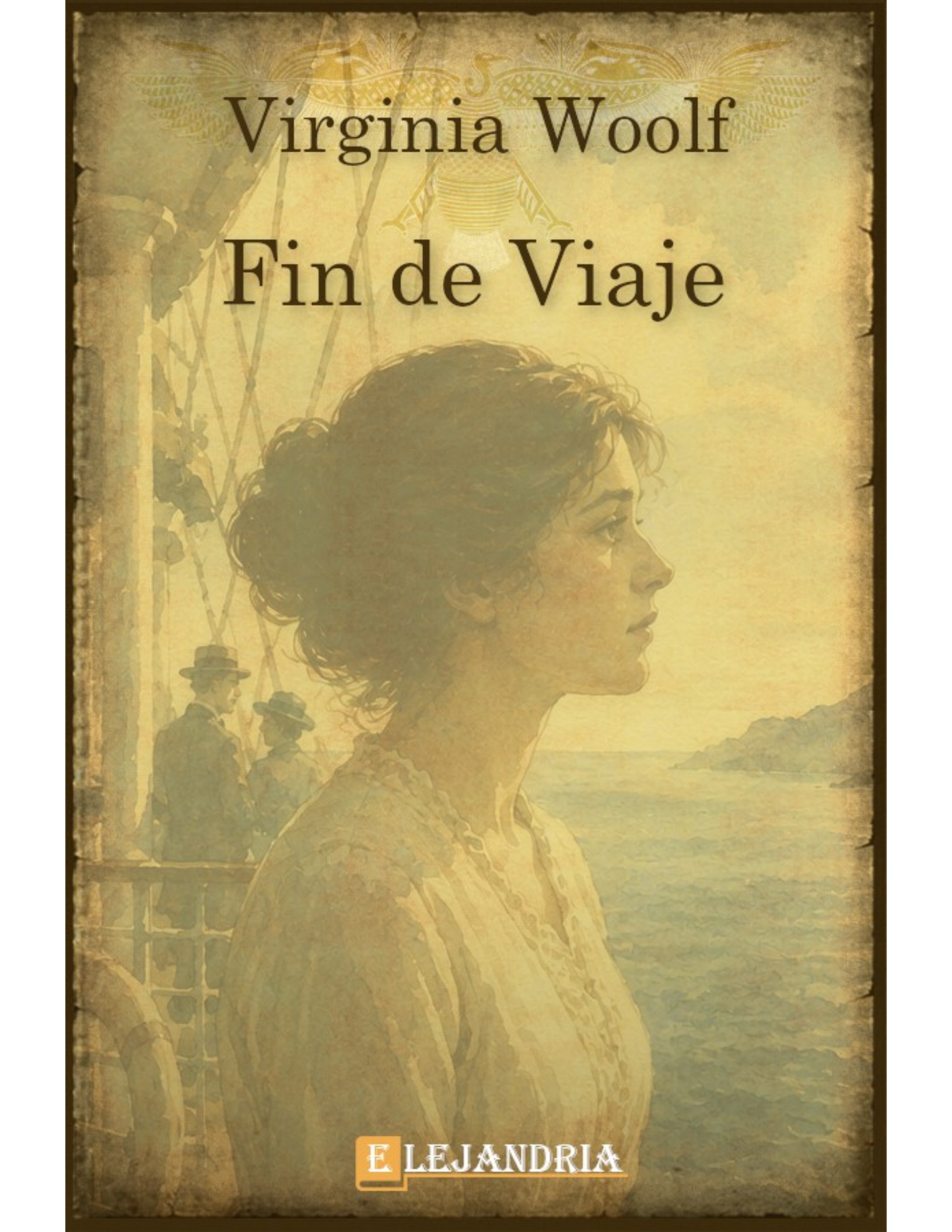




# Virginia Woolf

## Fin de Viaje

**E LEJANDRIA**

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **FIN DE VIAJE**

**VIRGINIA WOOLF**

**PUBLICADO: 1915  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

## CAPÍTULO I

Como las calles que van desde el Strand hasta el Embankment son muy estrechas, lo mejor es no bajarlas cogidos del brazo. Si se empeñan, los pasantes de los abogados tendrán que dar saltos acrobáticos hacia el barro; las señoritas mecanógrafas tendrán que moverse torpemente a su espalda. En las calles de Londres, donde la belleza pasa inadvertida, la excentricidad ha de pagar su precio, y lo mejor es no ser muy alto, no llevar una larga capa azul ni batir el aire con la mano izquierda.

Una tarde de principios de octubre, cuando el tráfico empezaba a animarse, un hombre alto caminaba a grandes zancadas por el borde de la acera con una dama del brazo. Miradas iracundas les golpeaban la espalda. Las figuras pequeñas y agitadas —pues en comparación con aquella pareja la mayoría de la gente parecía pequeña—, adornadas con estilógrafos y cargadas con maletines, tenían citas que cumplir y cobraban un sueldo semanal, de modo que había algún motivo para las miradas hostiles que se posaban sobre la estatura de Mr. Ambrose y sobre la capa de Mrs. Ambrose. Pero algún hechizo había puesto a los dos, hombre y mujer, más allá del alcance de la malicia y de la impopularidad. En el caso de él, cabía adivinar, por el movimiento de los labios, que era el pensamiento; en el de ella, por los ojos fijos, pétreos, directos al frente, a una altura superior a la de la mayoría, que era el dolor. Solo desdeñando a cuantos encontraba conseguía contenerse sin llorar, y la fricción de la gente que la rozaba al pasar le resultaba manifiestamente dolorosa. Tras contemplar el tráfico del Embankment durante uno o dos minutos con una mirada estoica, tiró de la manga de su marido y cruzaron entre la descarga veloz de los automóviles. Una vez a salvo en la otra orilla, ella retiró suavemente el brazo del de él, dejando al mismo tiempo que la boca se le aflojara, que le temblara; luego las lágrimas

rodaron, y apoyando los codos en la balaustrada, escondió el rostro de los curiosos. Mr. Ambrose intentó consolarla; le puso la mano en el hombro; pero ella no dio señales de admitirle, y sintiéndose incómodo junto a un dolor mayor que el suyo, cruzó los brazos a la espalda y dio unos pasos por la acera.

El malecón avanza aquí y allá en salientes angulares, como púlpitos; en lugar de predicadores, sin embargo, los ocupan chiquillos que cuelgan cuerdas, dejan caer guijarros o lanzan bolitas de papel a modo de barquitos. Con su afilado ojo para la excentricidad, estaban tentados de considerar a Mr. Ambrose algo terrible; pero el más listo gritó «¡Barbazul!» al cruzarse con él. Por si decidían meterse con su mujer, Mr. Ambrose les blandió el bastón, con lo cual resolvieron que era simplemente grotesco, y cuatro en lugar de uno gritaron «¡Barbazul!» a coro.

Aunque Mrs. Ambrose permaneció completamente inmóvil mucho más tiempo del que es natural, los chiquillos la dejaron en paz. Siempre hay alguien que mira hacia el río cerca del Waterloo Bridge; una pareja puede quedarse allí hablando media hora una tarde de buen tiempo; la mayoría de la gente, al pasear, contempla tres minutos; luego, tras haber comparado la ocasión con otras, o haberse formado alguna idea, sigue andando. A veces los bloques de pisos, las iglesias y los hoteles de Westminster parecen los perfiles de Constantinopla en la niebla; a veces el río es de un púrpura opulento, a veces del color del barro, a veces de un azul chispeante como el mar. Siempre vale la pena asomarse a ver qué ocurre. Pero esta dama no miraba ni hacia arriba ni hacia abajo; lo único que había visto desde que llevaba allí era una mancha iridiscente y circular que flotaba lentamente con una pajita en el centro. La pajita y la mancha volvían a nadar una y otra vez tras el estremecido cristal de una enorme lágrima que brotaba, y la lágrima subía y bajaba y caía en el río. Luego llegó, muy cerca de sus oídos—

Lars Porsena de Clusium por los nueve Dioses juró—

y después, más débilmente, como si quien hablaba hubiera pasado por su lado en el paseo—

Que la Gran Casa de Tarquino no sufriría más agravio.

Sí, sabía que tenía que volver a todo aquello, pero de momento tenía que llorar. Cubriéndose el rostro, sollozó con mayor regularidad que hasta en-

tonces, con los hombros que subían y bajaban acompasadamente. Era esta figura la que vio su marido cuando, habiendo llegado a la pulida Esfinge, y habiéndose enredado con un vendedor de tarjetas postales, se volvió; la estrofa se detuvo al instante. Se acercó a ella, le puso la mano en el hombro y dijo: «Cariño». Su voz era suplicante. Pero ella apartó el rostro de él, como dando a entender: «No puedes comprenderlo de ninguna manera».

Como él no se marchó, sin embargo, ella tuvo que enjugarse los ojos y levantarlos al nivel de las chimeneas de las fábricas de la otra orilla. Vio también los arcos del Waterloo Bridge y los carros que cruzaban por encima, como la fila de animales de una galería de tiro. Los veía sin fijarlos, pero ver algo era, naturalmente, el fin del llanto y el comienzo de caminar.

—Prefiero ir a pie —dijo, pues su marido ya había llamado a un cabriolé ocupado por dos hombres de negocios.

La inmovilidad de su estado de ánimo se rompió con el acto de caminar. Los automóviles que pasaban disparados, más parecidos a arañas en la luna que a objetos terrestres, los retumbantes carromatos, los tintineantes cabriolés y los pequeños coches negros le hacían pensar en el mundo en que vivía. En algún lugar de allí arriba, más allá de los pináculos donde el humo se alzaba formando una colina puntiaguda, sus hijos preguntaban por ella en aquel momento y recibían una respuesta tranquilizadora. En cuanto a la masa de calles, plazas y edificios públicos que los separaba, solo sentía en ese momento qué poco había hecho Londres por ganarse su cariño, aunque treinta de sus cuarenta años los había pasado en una calle. Sabía leer a la gente que la rodeaba: estaban los ricos, que a esa hora corrían de casa en casa unos de los otros; estaban los trabajadores obcecados que iban en línea recta a sus oficinas; estaban los pobres, que eran desgraciados y tenían razón en estar resentidos. Ya, aunque había sol entre la neblina, viejos y viejas andrajosos cabeceaban adormecidos en los bancos. Cuando uno dejaba de ver la belleza que revestía las cosas, este era el esqueleto que quedaba.

Una lluvia fina la ponía ahora aún más melancólica; las furgonetas con los nombres extraños de quienes se dedicaban a industrias extrañas — Sprules, Fabricante de Serrín; Grabb, para quien ningún trozo de papel inservible es desechable — caían planas como un chiste malo; los amantes atrevidos, cobijados bajo una misma capa, le parecían sórdidos, más allá de su pasión; las floristas, compañía resignada cuya charla siempre merece la

pena escuchar, eran viejas empapadas y desaliñadas; las flores rojas, amarillas y azules, con las cabezas apretadas unas contra otras, no ardían. Por si fuera poco, su marido caminando con una zancada rítmica y rápida, sacudiendo de vez en cuando la mano libre, era o bien un vikingo o bien un Nelson malherido; las gaviotas habían cambiado su canto.

—Ridley, ¿cogemos un coche? ¿Cogemos un coche, Ridley?

Mrs. Ambrose tuvo que hablar con brusquedad; para entonces él estaba ya muy lejos.

El cabriolé, al trazar a trote sostenido el mismo recorrido, pronto los sacó del West End y los sumergió en Londres. Resultaba evidente que aquello era un gran centro manufacturero donde la gente se dedicaba a fabricar cosas, como si el West End, con sus lámparas eléctricas, sus inmensos escaparates de cristal brillando todos en amarillo, sus casas de esmerado acabado y sus minúsculas figuras vivas que trotaban por la acera o rodaban en vehículos por la calzada, fuera el producto terminado. Le parecía un resultado muy pequeño para una fábrica tan enorme. Por algún motivo, se le antojaba como una pequeña borla dorada en el borde de una vasta capa negra.

Al observar que no pasaba ningún otro cabriolé, sino solo furgonetas y carros, y que ni uno solo de los mil hombres y mujeres que veía era un caballero o una dama, Mrs. Ambrose comprendió que, al fin y al cabo, lo normal es ser pobre, y que Londres es la ciudad de innumerables personas pobres. Sobresaltada por este descubrimiento y viéndose a sí misma dando vueltas en círculo durante todos los días de su vida en torno a Piccadilly Circus, sintió un gran alivio al pasar ante un edificio erigido por el Consejo del Condado de Londres para Escuelas Nocturnas.

—¡Dios, qué deprimente es esto! —gimió su marido—. ¡Pobres criaturas!

Con la angustia por sus hijos, los pobres y la lluvia, su mente era como una herida expuesta al aire para que seicara.

En ese momento el cabriolé se detuvo, pues corría el peligro de ser aplastado como una cáscara de huevo. El amplio Embankment, que antes había tenido espacio para cañonazos y escuadrones, se había reducido ahora a un callejón adoquinado que humeaba con olores a malta y a aceite y estaba

bloqueado por carros. Mientras su marido leía los carteles pegados en el ladrillo que anunciaban las horas a las que ciertos barcos zarpaban hacia Escocia, Mrs. Ambrose hizo cuanto pudo por encontrar información. De un mundo enteramente ocupado en cargar carros con sacos, medio borrado además por una fina niebla amarilla, no obtuvieron ni ayuda ni atención. Pareció un milagro cuando un anciano se acercó, adivinó su situación y se ofreció a llevarlos a su barco remando en el botecillo que tenía amarrado al pie de unos escalones. Con cierta vacilación se confiaron a él, tomaron asiento y pronto estaban balanceándose sobre el agua, mientras Londres se reducía a dos líneas de edificios a cada lado de ellos, edificios cuadrados y rectangulares colocados en hileras como la avenida de bloques de un niño.

El río, en el que había cierta cantidad de luz amarilla turbulenta, corría con gran fuerza; las barcasas pesadas bajaban a toda velocidad escoltadas por remolcadores; las lanchas de la policía adelantaban a todo lo demás; el viento iba con la corriente. El bote de remos abierto en el que estaban sentados daba tumbos y cabrioleos a través de la línea del tráfico. En mitad de la corriente, el anciano detuvo las manos sobre los remos y, mientras el agua pasaba junto a ellos, observó que en otro tiempo había transportado a muchos pasajeros por donde ahora casi no llevaba a nadie. Parecía evocar una época en que su bote, amarrado entre juncos, llevaba pies delicados hasta los jardines de Rotherhithe.

— Ahora quieren puentes — dijo, señalando el colosal perfil del Tower Bridge. Helen lo contempló con tristeza; era él quien ponía agua entre ella y sus hijos. Con tristeza miró el barco al que se acercaban; anclado en mitad de la corriente, apenas podían distinguir su nombre: *Euphrosyne*.

Muy difusamente, en el crepúsculo que caía, podían distinguir las líneas del aparejo, los mástiles y la oscura bandera que la brisa desplegaba en cuadro a su espalda.

Cuando el botecillo se arrimó de costado al vapor y el anciano levantó los remos, señalando una vez más hacia arriba, observó que los barcos de todo el mundo izaban esa bandera el día que zarpaban. En la mente de ambos pasajeros la bandera azul se presentó como un presagio siniestro, y aquel el momento de los presentimientos; pero, con todo, se levantaron, recogieron sus cosas y subieron a cubierta.



En el salón del barco de su padre, la señorita Rachel Vinrace, de veinticuatro años, esperaba nerviosa a su tío y a su tía. Para empezar, aunque eran parientes cercanos, apenas los recordaba; además, eran personas mayores, y finalmente, como hija de su padre, tenía que estar en cierto modo preparada para atenderlos. Los aguardaba como la gente civilizada aguarda generalmente el primer encuentro con gente civilizada: como si fueran algo parecido a una incomodidad física inminente, un zapato apretado o una ventana con corriente. Ya se había puesto en tensión de un modo poco natural para recibirlos. Mientras se ocupaba en colocar los tenedores con severa precisión junto a los cuchillos, oyó una voz de hombre que decía con tono sombrío:

—En una noche oscura uno caería por estas escaleras de cabeza —a lo que una voz de mujer añadió—: Y se mataría.

Al pronunciar estas últimas palabras, la mujer apareció en el umbral. Alta, de grandes ojos, envuelta en chales morados, Mrs. Ambrose era romántica y hermosa; quizás no del todo cordial, pues sus ojos miraban de frente y juzgaban lo que veían. Su rostro era mucho más cálido que un rostro griego; por otra parte, era mucho más atrevido que el de la habitual inglesa bonita.

—Ah, Rachel, qué tal —dijo, dándole la mano.

—¿Cómo estás, querida? —dijo Mr. Ambrose, inclinando la frente para que se la besaran. Su sobrina sintió instintivamente simpatía por su cuerpo enjuto y anguloso, y por la cabeza grande de rasgos marcados y los ojos agudos e ingenuos.

—Dile a Mr. Pepper —encargó Rachel a la doncella. El matrimonio tomó asiento entonces a un lado de la mesa, con su sobrina enfrente.

—Mi padre me dijo que empezara —explicó ella—. Está muy ocupado con los hombres... ¿Conoce usted a Mr. Pepper?

Un hombrecillo doblado, como ciertos árboles doblados por el vendaval en uno de sus lados, había entrado sin hacer ruido. Haciendo un gesto de saludo a Mr. Ambrose, le dio la mano a Helen.

—Corrientes de aire —dijo, levantando el cuello del abrigo.



—¿Sigue usted con reúma? —preguntó Helen. Su voz era grave y seductora, aunque hablaba con cierto distanciamiento, pues la imagen de la ciudad y el río seguía presente en su mente.

—Una vez reumático, siempre reumático, me temo —respondió él—. Hasta cierto punto depende del tiempo, aunque no tanto como la gente suele creer.

—Al menos no se muere de eso —dijo Helen.

—Como norma general, no —dijo Mr. Pepper.

—¿Sopa, tío Ridley? —preguntó Rachel.

—Gracias, querida —dijo él, y, al tender el plato, suspiró audiblemente —: ¡Ah! No es como su madre. Helen llegó demasiado tarde al dar un golpe con el vaso sobre la mesa para impedir que Rachel lo oyera y se pusiera colorada hasta la raíz del pelo.

—¡Cómo tratan las doncellas a las flores! —dijo ella apresuradamente. Acercó hacia sí un jarrón verde de borde ondulado y empezó a sacar los apretados crisantemos, que fue colocando sobre el mantel, disponiéndolos con minucioso esmero uno junto a otro.

Hubo una pausa.

—Usted conoció a Jenkinson, ¿verdad, Ambrose? —preguntó Mr. Pepper desde el otro extremo de la mesa.

—¿Jenkinson de Peterhouse?

—Ha muerto —dijo Mr. Pepper.

—¡Vaya, hombre! Le conocí... hace siglos —dijo Ridley—. Fue el héroe del accidente de la barcaza, ¿se acuerda? Un tipo raro. Se casó con una chica de una estanquería y fue a vivir en los Fens... nunca supe qué fue de él.

—La bebida... las drogas —dijo Mr. Pepper con siniestra concisión—. Dejó un comentario. Un desastre total, según me han dicho.

—El hombre tenía realmente grandes dotes —dijo Ridley.

—Su introducción a Jellaby sigue siendo válida —prosiguió Mr. Pepper—, lo cual es sorprendente dado lo que cambian los libros de texto.

—Había alguna teoría sobre los planetas, ¿verdad? —preguntó Ridley.

—Le faltaba un tornillo en algún sitio, no cabe duda —dijo Mr. Pepper, meneando la cabeza.

Entonces la mesa tembló levemente y una luz exterior se balanceó. Al mismo tiempo un timbre eléctrico sonó, agudo, una y otra vez.

—Nos vamos —dijo Ridley.

Una ola ligera pero perceptible pareció rodar bajo el suelo; luego cedió; luego llegó otra, más perceptible. Las luces se deslizaron de un extremo al otro de la ventana sin cortinas. El barco lanzó un sonoro y melancólico gemido.

—¡Nos vamos! —dijo Mr. Pepper. Otros barcos, tan tristes como él, le respondieron desde el río. El *gorgoteo y silbido del agua* se oía con toda claridad, y el barco cabeceó tanto que el mayordomo que traía los platos tuvo que guardar el equilibrio mientras corría la cortina. Hubo una pausa.

—Jenkinson de Cats, ¿sigue usted en contacto con él? —preguntó Ambrose.

—En la medida en que uno suele estarlo —dijo Mr. Pepper—. Nos vemos cada año. Este año ha tenido la desgracia de perder a su esposa, lo que ha sido doloroso, naturalmente.

—Muy doloroso —convino Ridley.

—Tiene una hija soltera que le lleva la casa, creo, pero nunca es lo mismo, no a su edad.

Ambos caballeros asintieron con gravedad mientras pelaban sus manzanas.

—¿Hubo algún libro, verdad? —preguntó Ridley.

—*Hubo* un libro, pero *nunca habrá* un libro —dijo Mr. Pepper con tal vehemencia que las dos damas lo miraron.

—Nunca habrá un libro porque otra persona se lo ha escrito —dijo Mr. Pepper con considerable acritud—. Eso es lo que pasa por dejarlo todo para más tarde, por coleccionar fósiles y por ponerle arcos normandos a las pocilgas.

—Confieso que lo entiendo —dijo Ridley con un melancólico suspiro—. Tengo debilidad por las personas que no saben empezar.

—...Las acumulaciones de toda una vida desperdiciadas —prosiguió Mr. Pepper—. Tenía acumulaciones suficientes para llenar un granero.

—Es un vicio del que algunos nos libramos —dijo Ridley—. Nuestro amigo Miles tiene hoy otra obra en la calle.

Mr. Pepper soltó una risita ácida. —Según mis cálculos —dijo—, ha producido dos volúmenes y medio al año, lo que, descontando el tiempo pasado en la cuna y demás, demuestra una industria encomiable.

—Sí, lo que el viejo Rector dijo de él se ha cumplido bastante —dijo Ridley.

—Una costumbre que tenían —dijo Mr. Pepper—. ¿Conoce usted la colección Bruce? No para publicar, naturalmente.

—Supongo que no —dijo Ridley con intención—. Para ser un clérigo era... notablemente libre.

—¿La bomba de Neville's Row, por ejemplo? —insinuó Mr. Pepper.

—Exactamente —dijo Ambrose.

Cada una de las damas, habituadas a la manera propia de su sexo, largamente adiestradas en fomentar la conversación de los hombres sin escucharla, podía pensar —sobre la educación de los hijos, sobre el uso de las sirenas de niebla en una ópera— sin delatarse. Solo que a Helen le pareció que Rachel estaba quizás demasiado inmóvil para ser la anfitriona, y que podría haber hecho algo con las manos.

—Quizás...— dijo al cabo, con lo que se levantaron y salieron, con vaga sorpresa de los caballeros, que o bien las habían creído atentas o bien habían olvidado su presencia.

—Ah, uno podría contar historias extraordinarias de los viejos tiempos —oyeron decir a Ridley mientras volvía a hundirse en su silla. Al echar una ojeada hacia atrás, desde el umbral, vieron a Mr. Pepper como si de pronto se hubiera soltado la ropa y se hubiera convertido en un vivaz y malicioso mono viejo.

Las mujeres, envolviéndose la cabeza con velos, salieron a cubierta. Avanzaban ya de forma sostenida río abajo, pasando junto a las oscuras siluetas de los barcos anclados, y Londres era un enjambre de luces con un pálido dosel amarillo que pendía sobre ella. Estaban las luces de los grandes teatros, las luces de las largas calles, luces que indicaban inmensos recintos de confort doméstico, luces que colgaban en lo alto del aire. Ninguna oscuridad se posaría jamás sobre aquellas lámparas, como ninguna oscuridad se había posado sobre ellas en cientos de años. Parecía terrible que la ciudad ardiera para siempre en el mismo lugar; terrible, al menos, para quienes se marchaban a la aventura del mar y la contemplaban como un montículo circunscrito, eternamente encendido, eternamente abrasado. Desde la cubierta del barco, la gran ciudad parecía una figura agachada y cobarde, un avaro sedentario.

Apoyadas en la barandilla, una junto a la otra, Helen dijo: —¿No tendrás frío? Rachel contestó: —No... ¡Qué hermoso! —añadió un momento después. Apenas se distinguía nada: unos pocos mástiles, una sombra de tierra aquí, una línea de ventanas brillantes allá. Intentaron abrirse paso contra el viento.

—¡Sopla, sopla! —jadeó Rachel, con las palabras arrastradas garganta abajo. Luchando a su lado, Helen se vio de pronto arrastrada por el impulso del movimiento, y avanzó empujada con las faldas enrollándose alrededor de las rodillas y los dos brazos levantados hacia el pelo. Pero poco a poco la embriaguez del movimiento fue apagándose y el viento se volvió áspero y frío. Miraron por una rendija de la persiana y vieron que en el comedor se fumaban largos puros; vieron a Mr. Ambrose arrojarle violentamente contra el respaldo de su silla, mientras Mr. Pepper arrugaba las mejillas como si las hubieran tallado en madera. Un fantasma de carcajada llegó hasta ellas y fue engullido de inmediato por el viento. En la seca sala iluminada en amarillo, Mr. Pepper y Mr. Ambrose eran ajenos a todo tumulto; estaban en Cambridge, y probablemente era en torno al año 1875.

—Son viejos amigos —dijo Helen, sonriendo ante la escena—. Vamos a ver si hay un cuarto donde podamos sentarnos.

Rachel abrió una puerta.

—Esto se parece más a un rellano que a una habitación —dijo ella. Y en efecto, el cuarto carecía del carácter cerrado e inmóvil de una habitación en

tierra firme. Una mesa estaba anclada en el centro, y los asientos iban empujados en las paredes. Por suerte, los soles tropicales habían desteñido los tapices hasta un apagado color verde azulado, y el espejo con su marco de conchas —obra del amor del camarero durante las horas muertas en los mares del sur— resultaba pintoresco más que feo. Caracoles retorcidos de labios rojos como cuernos de unicornio adornaban la repisa de la chimenea, que lucía un paño de felpa morada del que colgaban unas cuantas borlas. Dos ventanas se abrían a la cubierta, y la luz que entraba a raudales cuando el barco se asaba en el Amazonas había desteñido las láminas de la pared de enfrente hasta un amarillo pálido, de modo que «El Coliseo» apenas se distinguía de la reina Alejandra jugando con sus spaniels. Un par de butacas de mimbre junto a la chimenea invitaban a calentarse las manos ante una rejilla llena de virutas doradas; una gran lámpara oscilaba sobre la mesa, de esas que proyectan la luz de la civilización sobre los campos oscuros para el caminante nocturno.

—Es curioso que todo el mundo sea viejo amigo de Mr. Pepper —dijo Rachel con cierto nerviosismo, pues la situación era difícil, la habitación fría y Helen extrañamente callada.

—Supongo que lo das por descontado, ¿no? —dijo su tía.

—Es como esto —dijo Rachel, reparando en un pez fosilizado dentro de un cuenco y mostrándoselo.

—Creo que eres demasiado severa —observó Helen.

Rachel trató enseguida de matizar lo que había dicho, en contra de su propia convicción.

—En realidad no lo conozco bien —dijo, y se refugió en los hechos, creyendo que la gente mayor los prefería a los sentimientos. Contó lo que sabía de William Pepper. Le dijo a Helen que siempre les visitaba los domingos cuando estaban en casa; que entendía de muchísimas cosas: matemáticas, historia, griego, zoología, economía y las sagas islandesas. Había vertido poesía persa a prosa inglesa, y prosa inglesa a yambos griegos; era una autoridad en numismática; y había otra cosa más... ah, sí, creía que el tráfico rodado.

Estaba allí o bien para sacar cosas del mar, o bien para escribir sobre el probable itinerario de Odiseo, pues el griego era, a fin de cuentas, su

afición.

—Tengo todos sus folletos —dijo—. Folletos pequeños. Librillos amarillos. —No parecía haberlos leído.

—¿Se ha enamorado alguna vez? —preguntó Helen, que ya había elegido asiento.

Aquello era, inesperadamente, muy al caso.

—Tiene el corazón como un trozo de viejo cuero de zapato —declaró Rachel, dejando caer el pez. Pero cuando la interrogaron tuvo que reconocer que nunca se lo había preguntado.

—Yo se lo preguntaré —dijo Helen.

—La última vez que te vi estabas comprando un piano —continuó—. ¿Te acuerdas? El piano, la habitación en el desván, y aquellas plantas enormes con las espinas.

—Sí, y mis tías decían que el piano acabaría atravesando el suelo, pero a su edad ¿a quién le importaría que la mataran en plena noche? —preguntó ella.

—Tuve noticias de la tía Bessie hace poco —dijo Helen—. Le preocupa que te estropees los brazos si te empeñas en practicar tanto.

—Los músculos del antebrazo... ¿y entonces una no se casa?

—Ella no lo dijo exactamente así —repuso Mrs. Ambrose.

—Oh, no, claro que no lo diría así —dijo Rachel con un suspiro.

Helen la miró. Su rostro era más bien indeciso que resuelto, salvado de la insipidez por unos ojos grandes e inquisidores; privado de belleza, ahora que estaba al resguardo de la luz interior, por la falta de color y de rasgos definidos. Además, cierta vacilación al hablar, o más bien la tendencia a usar las palabras equivocadas, la hacía parecer más torpe de lo normal para su edad. Mrs. Ambrose, que había estado hablando bastante a la ligera, reflexionó ahora en que desde luego no le apetecía la intimidad de tres o cuatro semanas a bordo de un barco que eso auguraba. Como las mujeres de su misma edad solían aburrirla, supuso que las chicas serían peor. Volvió a mirar a Rachel. ¡Sí! Estaba claro que sería voluble, sentimental, y que cuando uno le dijera algo no dejaría más huella duradera que el trazo de un palo en

el agua. En las chicas no había nada a lo que aferrarse: nada sólido, permanente, satisfactorio. ¿Había dicho Willoughby tres semanas, o había dicho cuatro? Intentó recordarlo.

En ese momento, sin embargo, se abrió la puerta y entró en la habitación un hombre alto y corpulento que se adelantó y estrechó la mano de Helen con una efusividad de tintes emotivos: el propio Willoughby, el padre de Rachel, el cuñado de Helen. Como hubiera necesitado mucha más carne para ser gordo, dado lo grande que era su armazón, no lo era; tenía también un rostro de grandes proporciones, que, por lo pequeño de las facciones y el color encendido en el hueco de las mejillas, parecía más hecho para resistir los embates del tiempo que para expresar sentimientos y emociones, o para responder a los ajenos.

—Es un gran placer que hayas venido —dijo—, para los dos.

Rachel murmuró algo en obediencia a la mirada de su padre.

—Haremos lo posible para que estés cómoda. Y Ridley. Nos consideramos honrados de tenerle a nuestro cargo. Pepper tendrá alguien a quien llevar la contraria, cosa que yo no me atrevo a hacer. Te encuentras con que la niña ha crecido, ¿verdad? ¿Ya toda una mujer, eh?

Aún con la mano de Helen entre las suyas, pasó el brazo por los hombros de Rachel, lo que los obligó a apiñarse de forma un tanto incómoda; pero Helen se abstuvo de mirar.

—¿Te parece que nos hace honor? —preguntó.

—Oh, sí —dijo Helen.

—Porque esperamos grandes cosas de ella —continuó, apretando el brazo de su hija y soltándola—. Pero háblame de ti. —Se sentaron juntos en el pequeño sofá—. ¿Has dejado a los niños bien? Ya estarán en edad de ir al colegio, supongo. ¿Han salido a ti o a Ambrose? Tienen la cabeza bien amueblada, a que sí.

Al oír esto Helen se animó más que en todo lo anterior, y explicó que su hijo tenía seis años y su hija diez. Todo el mundo decía que el niño había salido a ella y la niña a Ridley. En cuanto a inteligencia, eran chiquillos espabilados, creía ella, y con cierta modestia se aventuró a contar una pequeña anécdota sobre su hijo: cómo, dejado solo un momento, había cogido



el trozo de mantequilla con los dedos, cruzado la habitación corriendo y lo había puesto en el fuego, simplemente por la gracia de hacerlo, un impulso que ella podía comprender perfectamente.

—¿Y tuvisteis que enseñarle al pequeño tunante que esas travesuras no se hacen, eh?

—¿A un niño de seis años? No creo que importe.

—Yo soy un padre a la antigua.

—Tonterías, Willoughby; Rachel lo sabe mejor que tú.

Aunque es de suponer que a Willoughby le habría encantado que su hija le elogiara, ella no lo hizo; sus ojos eran inexpresivos como el agua, sus dedos seguían jugando con el pez fosilizado y su mente estaba ausente. Los mayores pasaron a hablar de los arreglos que podían hacerse para la comodidad de Ridley: una mesa colocada donde no pudiera evitar ver el mar, lejos de las calderas y al mismo tiempo resguardada de los transeúntes. A menos que aprovechara el viaje como vacaciones, con sus libros ya empaquetados, no tendría vacaciones de ninguna clase; pues en Santa Marina, Helen sabía por experiencia que trabajaría todo el día; sus baúles, dijo ella, iban cargados de libros.

—¡Déjalo en mis manos, déjalo en mis manos! —dijo Willoughby, dando a entender claramente que haría mucho más de lo que ella le pedía. Pero en ese momento se oyó a Ridley y a Mr. Pepper forcejear con la puerta.

—¿Cómo estás, Vinrace? —dijo Ridley, tendiendo una mano lánguida al entrar, como si el encuentro fuera triste para ambos, aunque en conjunto más para él.

Willoughby mantuvo su cordialidad, atemperada por el respeto. Por un momento nadie dijo nada.

—Os miramos y os vimos reír —observó Helen—. Mr. Pepper acababa de contar un chiste muy bueno.

—Bah. Ninguno de los chistes era bueno —dijo su marido con malhumor.

—¿Sigue usted siendo un juez tan severo, Ridley? —preguntó Mr. Vinrace.

—Os aburrimos tanto que os fuisteis —dijo Ridley, dirigiéndose directamente a su esposa.

Como aquello era del todo cierto, Helen no intentó negarlo, y su siguiente comentario, «Pero ¿no mejoraron después de que nos fuéramos?», resultó poco afortunado, pues su marido respondió encogiéndose de hombros: «Si acaso, empeoraron.»

La situación era ya considerablemente incómoda para todos los presentes, como lo demostró un largo intervalo de tensión y silencio. Mr. Pepper, eso sí, creó una diversión a su manera: pegó un salto a su asiento con los pies recogidos bajo el cuerpo, con el mismo movimiento de una solterona que detecta un ratón, al sentir la corriente de aire en los tobillos. Encogido allí, chupando el puro y con los brazos ciñéndose las rodillas, tenía el aspecto de una imagen de Buda, y desde aquella altura inició un discurso —dirigido a nadie en particular, pues nadie se lo había pedido— sobre las insondables profundidades del océano. Manifestó su sorpresa al saber que, aunque Mr. Vinrace poseía diez barcos que hacían el trayecto regularmente entre Londres y Buenos Aires, ninguno de ellos tenía el encargo de investigar a los grandes monstruos blancos de las aguas profundas.

—No, no —rio Willoughby—, ¡los monstruos de la tierra ya son demasiados para mí!

Se oyó a Rachel suspirar: «¡Pobres cabritas!»

—Sin las cabras no habría música, hija mía; la música depende de las cabras —dijo su padre con cierta sequedad, y Mr. Pepper prosiguió describiendo a los monstruos blancos, lampiños y ciegos, que yacían enroscados en los lomos de arena del fondo del mar, los cuales estallarían si uno los llevara a la superficie, con los flancos reventando y esparciendo las entrañas a los cuatro vientos al liberarse de la presión; lo describió con considerable detalle y tal despliegue de conocimientos que Ridley, asqueado, le rogó que se callara.

De todo ello Helen sacó sus propias conclusiones, que eran bastante sombrías. Pepper era un plomo; Rachel era una chica sin pulir, sin duda proclive a las confidencias, la primera de las cuales sería sin falta: «¿Sabe usted?, no me entiendo con mi padre.» Willoughby, como siempre, amaba sus negocios y construía su Imperio, y entre todos la aburrirían de lo lindo. Sin em-

bargo, como era mujer de acción, se levantó y dijo que por su parte se iba a la cama. En la puerta se volvió instintivamente hacia Rachel, esperando que, por ser las dos mujeres, salieran juntas de la habitación. Rachel se levantó, miró vagamente el rostro de Helen y dijo con su leve tartamudeo: «Yo voy a s-s-salir a triunfar en el viento.»

Las peores sospechas de Mrs. Ambrose quedaron confirmadas; bajó por el pasillo bamboleándose de un lado a otro, apoyándose en la pared ora con el brazo derecho, ora con el izquierdo; con cada bandazo exclamaba con énfasis: «¡Maldita sea!»

## CAPÍTULO II

Por incómoda que resultase la noche, con su movimiento de vaivén y el olor a sal —y en un caso lo fue sin duda, pues a Mr. Pepper le faltaban mantas en la cama—, el desayuno de la mañana siguiente tenía una suerte de belleza. La travesía había comenzado, y había comenzado con buen pie: cielo azul suave y mar en calma. La sensación de recursos aún sin explotar, de cosas por decir que todavía no se habían dicho, confería peso a aquella hora, de modo que en años venideros quizá todo el viaje quedaría representado por esa única escena, con el sonido de las sirenas ululando en el río la noche anterior entremezclado de algún modo.

La mesa era alegre con manzanas, pan y huevos. Helen le pasó a Willoughby la mantequilla y, al hacerlo, le lanzó una mirada y reflexionó: «Y te casaste con ella, y fue feliz, supongo.»

Se adentró en una cadena de pensamientos conocida que la llevaba a toda clase de reflexiones trilladas, a partir de la antigua pregunta: ¿por qué se habría casado Theresa con Willoughby?

«Claro, todo eso ya se ve», pensó, queriendo decir que se ve que es grande y corpulento, y tiene una voz retumbante y poderosa, y mano firme y voluntad propia; «pero...» —y en esto se perdió en un análisis sutil de él que se resume mejor en una sola palabra, «sentimental», con la que quería decir que nunca era sincero ni honesto respecto a sus sentimientos—. Por ejemplo, rara vez hablaba de los muertos, pero conmemoraba los aniversarios con una pompa singular. Le sospechaba atrocidades innominables con su hija, del mismo modo que siempre le había sospechado que tiranizaba a su mujer. Era natural que se pusiera a comparar su propia suerte con la de su amiga, pues la esposa de Willoughby había sido quizá la única mujer a

quien Helen llamaba amiga, y esa comparación solía ser el material de sus charlas. Ridley era un erudito y Willoughby era un hombre de negocios. Ridley estaba preparando el tercer volumen de Píndaro cuando Willoughby botaba su primer barco. Construyeron una nueva fábrica el mismo año en que el comentario a Aristóteles —¿o era otro?— apareció en la imprenta universitaria. «Y Rachel», la miró, queriendo con ello, sin duda, zanjar el argumento —que por lo demás estaba demasiado equilibrado— declarando que Rachel no era comparable a sus propios hijos. «Podría tener perfectamente seis años», fue todo lo que dijo, sin embargo; este juicio se refería al contorno liso y sin marca del rostro de la muchacha, y no la condenaba en ningún otro sentido, pues si Rachel llegaba alguna vez a pensar, sentir, reír o expresarse, en lugar de dejar caer la leche desde lo alto como para ver qué clase de gotas formaba, podría resultar interesante, aunque nunca exactamente guapa. Se parecía a su madre como se parece al rostro vivo y encendido que se inclina sobre un estanque la imagen que este refleja en un día tranquilo de verano.

Mientras tanto, la propia Helen estaba siendo examinada, aunque no por ninguna de sus dos víctimas. Mr. Pepper la observaba; y sus meditaciones, que discurrían mientras cortaba la tostada en tiras y las untaba con cuidado, lo llevaron a recorrer un trecho considerable de su propia autobiografía. Una de sus penetrantes miradas le confirmó que anoche había tenido razón al juzgar que Helen era hermosa. Con afabilidad le pasó la mermelada. Estaba diciendo tonterías, pero no peores que las que suele decir la gente en el desayuno, pues la circulación cerebral, como él sabía por experiencia propia, tenía tendencia a dar problemas a esa hora. Siguió diciéndole «No» por principio, pues jamás cedía ante una mujer por razón de su sexo. Y aquí, bajando los ojos al plato, se volvió autobiográfico. Él no se había casado, y la razón era suficiente: nunca había conocido a una mujer que le inspirase respeto. Condenado a pasar los años susceptibles de la juventud en una estación de ferrocarril de Bombay, solo había tratado a mujeres de color, mujeres de militares, mujeres de funcionarios; y su ideal era una mujer que supiera griego, si no persa, de semblante irreprochablemente bello y capaz de entender las pequeñas cosas que él dejaba caer mientras se desnudaba. Así las cosas, había adquirido hábitos de los que no sentía el menor bochorno. Ciertos minutos sueltos de cada día los dedicaba a aprender cosas de memoria; nunca cogía un billete sin apuntar el número; enero lo consagraba a Petronio, febrero a Catulo, marzo quizá a los vasos etruscos; en

cualquier caso, había hecho buena labor en la India, y no había nada que lamentar en su vida salvo las deficiencias fundamentales que ningún hombre cuerdo lamenta mientras el presente aún le pertenece. Con esta conclusión levantó de pronto la vista y sonrió. Rachel le encontró los ojos.

«Y ahora habrá masticado algo treinta y siete veces, supongo», pensó, pero dijo con cortesía en voz alta: «¿Le molestan hoy las piernas, Mr. Pepper?»

—¿Los omóplatos? —preguntó él, moviéndolos con visible malestar—. Que yo sepa, la belleza no tiene efecto alguno sobre el ácido úrico —suspiró, contemplando el ojo de buey circular frente a él, a través del cual el cielo y el mar se mostraban azules. Al mismo tiempo sacó del bolsillo un pequeño volumen en pergamino y lo dejó sobre la mesa. Como estaba claro que invitaba a comentarios, Helen le preguntó el título. Obtuvo el título, pero obtuvo también una disquisición sobre el método correcto de construcción de carreteras. Comenzando por los griegos, que habían tenido, según dijo, numerosas dificultades que superar, continuó con los romanos, pasó a Inglaterra y al método correcto, que con prontitud se convirtió en el método incorrecto, y terminó con tal furia de denuncias dirigidas contra los constructores de carreteras del presente en general, y los de Richmond Park en particular, donde Mr. Pepper tenía la costumbre de salir en bicicleta cada mañana antes del desayuno, que las cucharas repiqueteaban de verdad contra las tazas de café, y las migas de al menos cuatro panecillos se amontonaban junto al plato de Mr. Pepper.

—¡Grava suelta! —concluyó, dejando caer otro pelotón de miga con rabia sobre el montón—. ¡Las carreteras de Inglaterra se arreglan con grava suelta! «Con las primeras lluvias torrenciales», les he dicho, «su carretera será un barrizal.» Una y otra vez mis palabras se han cumplido. ¿Pero cree usted que me hacen caso cuando se lo digo, cuando señalo las consecuencias, las consecuencias para las arcas públicas, cuando les recomiendo que lean a Coryphaeus? No, Mrs. Ambrose, usted no se formará una idea cabal de la estupidez de la humanidad hasta que haya formado parte de un Ayuntamiento. —El hombrecillo la fijó con una mirada de energía feroz.

—Yo he tenido criadas —dijo Mrs. Ambrose, concentrando la mirada—. En este momento tengo una niñera. Es buena mujer, dentro de lo que cabe, pero está empeñada en que mis hijos recen. Hasta ahora, gracias a mis

grandes precauciones, piensan en Dios como una especie de morsa; pero ahora que les doy la espalda... Ridley —exigió, volviéndose hacia su marido—, ¿qué haremos si los encontramos recitando el Padrenuestro cuando volvamos a casa?

Ridley emitió el sonido que se transcribe como «Bah». Pero Willoughby, cuya incomodidad al escuchar se manifestaba en un leve balanceo del cuerpo, dijo con torpeza:

—Vamos, Helen, un poco de religión no le hace daño a nadie.

—Prefiero que mis hijos digan mentiras —respondió ella, y mientras Willoughby reflexionaba que su cuñada era aún más excéntrica de lo que recordaba, apartó la silla y subió al piso de arriba de un vuelo. Al momento se oyó su voz llamando desde arriba: «¡Mirad! ¡Estamos en alta mar!»

La siguieron a cubierta. Todo el humo y las casas habían desaparecido, y el barco se hallaba en una gran extensión de mar, muy fresca y clara, aunque pálida en la luz temprana. Habían dejado a Londres sentada sobre su légamo. Una línea de sombra muy tenue se adelgazaba en el horizonte, apenas bastante gruesa para sostener el peso de París, que no obstante reposaba sobre ella. Estaban libres de carreteras, libres de la humanidad, y la misma exhilaración ante esa libertad los recorrió a todos. El barco avanzaba con paso firme entre pequeñas olas que lo golpeaban y luego chisporroteaban como agua efervescente, dejando un borde de burbujas y espuma a cada lado. El cielo sin color de octubre estaba ligeramente nublado, como por el rastro de humo de una hoguera de leña, y el aire era maravillosamente salino y vivo. En verdad hacía demasiado frío para quedarse quieto. Mrs. Ambrose tomó el brazo de su marido, y al alejarse los dos se podía ver, por el modo en que su mejilla inclinada se volvía hacia él, que tenía algo privado que comunicarle. Dieron unos pasos y Rachel los vio besarse.

Bajó la mirada hacia las profundidades del mar. Aunque en la superficie estaba ligeramente agitado por el paso del *Euphrosyne*, en el fondo era verde y sombrío, y se iba haciendo más sombrío a medida que se hundía, hasta que la arena del lecho no era más que una mancha pálida y difusa. Apenas se distinguían las costillas negras de los barcos naufragados, ni las torres en espiral que forman las galerías de las grandes anguilas, ni los lisos monstruos de flancos verdes que pasaban ondulando de un lado a otro.

—Oye, Rachel, si alguien me busca, estoy ocupado hasta la una —dijo su padre, subrayando sus palabras como solía cuando hablaba con su hija, con un golpecito enérgico en el hombro—. Hasta la una —repitió—. Y tú ya te buscarás algo en qué entretenerte, ¿eh? Escalas, francés, un poco de alemán, ¿eh? Ahí tienes a Mr. Pepper, que sabe más de verbos separables que ningún otro hombre en Europa, ¿eh? —y se fue riendo. Rachel también se rió, como de hecho había reído desde que tenía memoria, sin encontrarlo gracioso, sino porque admiraba a su padre.

Pero justo cuando se disponía a marcharse con la intención quizá de encontrar alguna ocupación, la interceptó una mujer tan ancha y tan maciza que resultar interceptada por ella era inevitable. La discreción y el tanteo con que se movía, junto con su sobrio vestido negro, mostraban que pertenecía a las clases bajas; pese a todo tomó posición como una roca, mirando a su alrededor para asegurarse de que ningún caballero estuviese cerca antes de entregar su mensaje, que tenía que ver con el estado de las sábanas y era de la mayor gravedad.

—Cómo vamos a arreglárnoslas durante esta travesía, señorita Rachel, de verdad que no sé —comenzó con un movimiento de cabeza—. Hay sábanas justas para lo que hay, y la del señor tiene una parte podrida en la que podría meter los dedos. Y las colchas. ¿Se ha fijado en las colchas? Yo pensé que una persona pobre se habría avergonzado de ellas. La que le di a Mr. Pepper no era digna ni de tapar a un perro... No, señorita Rachel, no se pueden remendar; no sirven más que para trapos del polvo. Aunque una se cosiera el dedo hasta el hueso, tendría el trabajo deshecho la próxima vez que fueran a la lavandería.

Su voz vaciló de indignación, como si estuviera a punto de llorar.

No había más remedio que bajar e inspeccionar un gran montón de ropa de cama apilada sobre una mesa. Mrs. Chailey manejaba las sábanas como si conociera a cada una por su nombre, su carácter y su constitución. Unas tenían manchas amarillas, otras tenían sitios donde los hilos formaban largas escalas de puntos corridos; pero a simple vista tenían más o menos el aspecto que suelen tener las sábanas: muy frías, blancas, tersas e irremediablemente limpias.

De repente Mrs. Chailey, apartándose del asunto de las sábanas, dejándolo de lado por completo, apretó los puños encima de ellas y proclamó:



—¡Y no se le podría pedir a ningún ser viviente que se sentara donde yo me siento!

Se esperaba que Mrs. Chailey se acomodara en un camarote que era bastante amplio pero demasiado próximo a las calderas, de modo que a los cinco minutos podía oír cómo le «latía» el corazón, se quejó, llevándose la mano al pecho, lo cual era una situación que Mrs. Vinrace, la madre de Rachel, jamás habría soñado con imponer —Mrs. Vinrace, que conocía cada sábana de su casa y esperaba de todo el mundo lo mejor que pudiera dar, pero nada más.

Era lo más sencillo del mundo ceder otro camarote, y a la vez el problema de las sábanas se resolvió de forma milagrosa: las manchas y las escalas de puntos no eran tan incurables después de todo, sino que...

—¡Mentiras! ¡Mentiras! ¡Mentiras! —exclamó la señora con indignación, mientras subía corriendo a cubierta—. ¿Para qué sirve que me digan mentiras?

Irritada porque una mujer de cincuenta años se comportase como una niña y se fuera a arrastrarse ante una chica porque quería sentarse donde no tenía permiso para sentarse, no pensó en el caso concreto, y, desempacando su música, no tardó en olvidarse de la vieja y sus sábanas.

Mrs. Chailey dobló sus sábanas, pero su expresión daba fe de un vacío interior. El mundo ya no se preocupaba por ella, y un barco no era un hogar. Cuando se encendieron las lámparas la noche anterior y los marineros anduvieron dando tumbos sobre su cabeza, había llorado; lloraría esa tarde; lloraría al día siguiente. No era un hogar. Mientras tanto arreglaba sus adornos en el camarote que había conquistado con demasiada facilidad. Eran adornos extraños para llevar en un viaje por mar: perrillos de porcelana, juegos de té en miniatura, tazas con las armas de la ciudad de Bristol estampadas con profusión, joyeros cubiertos de tréboles, cabezas de antílope en escayola pintada, junto con infinidad de pequeñas fotografías que representaban a honrados obreros con su traje de los domingos y a mujeres con bebés blancos en brazos. Pero había un retrato en marco dorado para el que se necesitaba un clavo, y antes de buscarlo Mrs. Chailey se puso las gafas y leyó lo que había escrito en un papelito pegado al dorso:

«Este retrato de su señora lo entrega a Emma Chailey Willoughby Vinrace en agradecimiento por treinta años de servicio leal y dedicado.»

Las lágrimas borraron las palabras y la cabeza del clavo.

—Mientras pueda hacer algo por la familia de usted —estaba diciendo, mientras lo clavaba a martillazos, cuando una voz llamó con melodía desde el pasillo:

—¡Mrs. Chailey! ¡Mrs. Chailey!

Chailey se arregló al instante el vestido, compuso el semblante y abrió la puerta.

—Estoy en un aprieto —dijo Mrs. Ambrose, sofocada y sin aliento—. Ya sabe cómo son los caballeros. Las sillas demasiado altas, las mesas demasiado bajas, hay quince centímetros entre el suelo y la puerta. Lo que necesito es un martillo, una manta vieja, y ¿tendrá usted por casualidad una mesa de cocina? En cualquier caso, entre las dos... —en ese momento abrió de par en par la puerta del saloncito de su marido y reveló a Ridley paseando de un lado a otro, con el ceño fruncido y el cuello del abrigo levantado.

—¡Parece que se hubieran esforzado en atormentarme! —exclamó, deteniéndose en seco—. ¿Me he embarcado en este viaje para coger reuma y pulmonía? La verdad es que podría haber esperado más sensatez de Vinrace. Querida —Helen estaba de rodillas debajo de una mesa—, solo estás consiguiendo ponerte perdida, y haríamos mucho mejor en reconocer que estamos condenados a seis semanas de miseria indescriptible. Embarcarse fue el colmo de la necedad, pero ya que estamos aquí supongo que podré afrontarlo como un hombre. Mis enfermedades empeoran, naturalmente —ya me encuentro peor que ayer—, pero solo podemos culparnos a nosotros mismos, y los niños, afortunadamente...

—¡Muévete! ¡Muévete! ¡Muévete! —gritó Helen, persiguiéndolo de rincón en rincón con una silla como si fuera una gallina descarriada—. ¡Quítate de en medio, Ridley, y en media hora lo tendrás listo!

Lo echó del cuarto, y pudieron oírle gemir y renegar mientras recorría el pasillo.

—Supongo que no tiene muy buena salud —dijo Mrs. Chailey, mirando a Mrs. Ambrose con compasión mientras ayudaba a desplazar y transportar

cosas.

—Son los libros —suspiró Helen, levantando del suelo un brazo cargado de abultados volúmenes para colocarlos en la estantería—. Griego de la mañana a la noche. Si la señorita Rachel se casa algún día, Chailey, rece usted para que se case con un hombre que no sepa ni la *a*.

Las incomodidades y asperezas iniciales, que por lo general hacen que los primeros días de un viaje por mar sean tan desabridos y pongan tan a prueba el temperamento, se superaron de algún modo, y los días siguientes transcurrieron con agrado suficiente. Octubre estaba ya bien avanzado, pero ardía con una constancia que hacía parecer muy jóvenes y caprichosos los primeros meses del verano. Grandes extensiones de la tierra yacían ahora bajo el sol otoñal, e Inglaterra entera, desde los páramos pelados hasta los acantilados de Cornualles, resplandecía del amanecer al ocaso y mostraba franjas de amarillo, verde y morado. Bajo aquella iluminación hasta los tejados de las grandes ciudades relucían. En miles de jardines pequeños, millones de flores de color rojo oscuro estaban en flor, hasta que las ancianas que las habían cuidado con tanto esmero bajaban por los senderos con sus tijeras, cortaban de un tajo los tallos carnosos y las depositaban sobre los fríos alféizares de piedra de la iglesia del pueblo. Innumerables grupos de excursionistas que volvían a casa al atardecer gritaban: «¿Ha habido alguna vez un día como este?» «Eres tú», susurraban los jóvenes; «Ay, eres tú», respondían las jóvenes. Todos los ancianos y muchos enfermos salían al aire libre, aunque fuera solo un paso o dos, y auguraban cosas agradables sobre el curso del mundo. En cuanto a las confidencias y declaraciones de amor que se escuchaban no solo en los campos de trigo sino en cuartos iluminados por lámparas, con las ventanas abiertas al jardín, y hombres con puros que besaban a mujeres de canas, no había modo de contarlas. Algunos decían que el cielo era un emblema de la vida por venir. Aves de larga cola tintineaban y chillaban, y cruzaban de bosque en bosque con ojos dorados en el plumaje.

Pero mientras todo esto ocurría en tierra, poca gente pensaba en el mar. Daban por sentado que el mar estaba en calma; y no había necesidad, como la hay en muchas casas cuando la enredadera golpea en los cristales del dormitorio, de que las parejas murmurasen antes de besarse: «Piensa en los barcos esta noche», o «¡Gracias a Dios que no soy el hombre del faro!» Por lo que a ellos concernía, los barcos, cuando desaparecían en el horizonte, se

disolvían como la nieve en el agua. La perspectiva de los adultos, a decir verdad, no era mucho más clara que la de las pequeñas criaturas en bañador que trotaban hacia la espuma a lo largo de todas las costas de Inglaterra y llenaban cubos de agua. Veían pasar velas blancas o penachos de humo por el horizonte, y si alguien les hubiese dicho que eran trombas marinas, o pétalos de flores marinas blancas, habrían estado de acuerdo.

La gente en los barcos, sin embargo, tenía una visión igualmente singular de Inglaterra. No solo les parecía una isla, y una isla muy pequeña, sino una isla que se encogía, en la que la gente estaba aprisionada. Uno los imaginaba primero hormigueando como hormigas sin rumbo, casi empujándose unos a otros hacia el borde; y luego, a medida que el barco se alejaba, uno los imaginaba alzando un clamor vano que, al no ser oído, cesaba, o se convertía en alboroto. Por último, cuando el barco ya no divisaba tierra, quedaba claro que la gente de Inglaterra había enmudecido por completo. La enfermedad atacaba otras partes de la tierra; Europa se encogía, Asia se encogía, África y América se encogían, hasta que parecía dudoso que el barco fuera a topar alguna vez de nuevo con alguna de aquellas arrugas de roca. Pero, en cambio, una inmensa dignidad había descendido sobre la nave; era una habitante del gran mundo, que tiene tan pocos habitantes, que viajaba todo el día por un universo vacío, con velos extendidos ante ella y detrás. Era más solitaria que la caravana que cruza el desierto; era infinitamente más misteriosa, avanzando por su propia fuerza y sosteniéndose con sus propios recursos. El mar podía darle la muerte o alguna alegría sin parangón, y nadie lo sabría. Era una novia que sale al encuentro de su esposo, una virgen desconocida de los hombres; en su vigor y en su pureza se la podría comparar con todas las cosas bellas, pues como nave tenía una vida propia.

En verdad, de no haber sido tan afortunadas con el tiempo —cada día azul sucediendo al anterior como una bola lisa, redonda y sin tacha— a Mrs. Ambrose todo aquello le habría resultado de lo más tedioso. Tal como estaban las cosas, había instalado el bastidor de bordado en cubierta, con una mesita al lado sobre la que descansaba abierto un voluminoso tomo negro de filosofía. Escogía un hilo de la maraña de colores que tenía en el regazo y cosía rojo en la corteza de un árbol, o amarillo en el torrente del río. Trabajaba en un gran diseño de río tropical que discurría por una selva tropical, donde ciervos moteados vendrían con el tiempo a pastar entre

masas de fruta —plátanos, naranjas y granadas gigantes—, mientras una tropa de nativos desnudos lanzaba dardos al aire. Entre puntada y puntada miraba a un lado y leía una frase sobre la Realidad de la Materia, o sobre la Naturaleza del Bien. A su alrededor, hombres con jerseys azules se arrodillaban y fregaban las tablas, o se apoyaban en las barandillas y silbaban, y no muy lejos Mr. Pepper estaba sentado cortando raíces con una navaja. Los demás se encontraban ocupados en otras partes del barco: Ridley con su griego —nunca había encontrado un alojamiento más de su agrado—; Willoughby con sus documentos, pues solía aprovechar los viajes para ponerse al día en los negocios atrasados; y Rachel... Helen, entre frase y frase de filosofía, se preguntaba a veces qué hacía Rachel *realmente* consigo misma. Tenía la vaga intención de ir a verlo. Apenas habían cruzado dos palabras desde aquella primera noche; se mostraban corteses cuando se encontraban, pero no había habido entre ellas ninguna clase de confianza. Rachel parecía llevarse muy bien con su padre —mucho mejor, pensaba Helen, de lo que debería—, y se mostraba tan dispuesta a dejar a Helen en paz como Helen a dejarla a ella.

En aquel momento Rachel estaba sentada en su camarote sin hacer absolutamente nada. Cuando el barco iba lleno, aquel compartimento ostentaba algún nombre de resonancias grandiosas y era el refugio de señoras entradas en años y aquejadas de mareo que cedían la cubierta a los jóvenes. En virtud del piano y un revoltijo de libros en el suelo, Rachel lo consideraba su habitación, y allí solía pasar horas tocando música de enorme dificultad, leyendo algo de alemán, o algo de inglés cuando el ánimo se lo pedía, y haciendo —como en aquel preciso instante— absolutamente nada.

La manera en que la habían educado, unida a una fina pereza natural, era desde luego parte de la explicación; la habían educado como se educaba a la mayoría de las chicas de buena familia en el último tercio del siglo XIX. Médicos bondadosos y apacibles catedráticos de edad le habían enseñado los rudimentos de unas diez disciplinas distintas, pero haberla obligado a dominar a fondo una sola de ellas les habría resultado tan impensable como decirle que tenía las manos sucias. La hora o las dos horas semanales transcurrían de manera muy agradable, en parte gracias a las otras alumnas, en parte porque la ventana daba a la parte trasera de una tienda donde en invierno aparecían siluetas recortadas contra los cristales rojos, y en parte por los imprevistos que siempre surgen cuando hay más de dos personas en el

mismo cuarto. Pero no había en el mundo ninguna materia que ella conociera con precisión. Su mente se hallaba en el estado de la de un hombre inteligente a comienzos del reinado de la reina Isabel: se creería casi cualquier cosa que le dijeran, e inventaría razones para cualquier cosa que dijera. La forma de la Tierra, la historia del mundo, cómo funcionaban los trenes o se invertía el dinero, qué leyes estaban en vigor, qué quería cada cual y por qué lo quería, la noción más elemental de un sistema en la vida moderna —nada de todo esto le había sido transmitido por ninguno de sus profesores o institutrices. Pero aquel sistema educativo tenía una gran ventaja. No enseñaba nada, mas tampoco ponía obstáculo alguno en el camino de cualquier talento verdadero que la alumna pudiera tener por casualidad. Rachel, siendo musical, tenía permitido no aprender más que música; se convirtió en una fanática de la música. Todas las energías que habrían podido volcarse en lenguas, ciencias o literatura, que habrían podido granjearle amistades o mostrarle el mundo, fueron a parar directamente a la música. Al encontrar a sus maestros insuficientes, se había enseñado prácticamente a sí misma. A los veinticuatro años sabía de música lo que suele saberse a los treinta, y tocaba tan bien como la naturaleza se lo permitía, lo cual, según iba siendo cada vez más evidente, era una concesión realmente generosa. Si este único don definido estaba rodeado de sueños e ideas de la índole más extravagante y necia, nadie llegaba a enterarse.

Siendo así de corriente su educación, sus circunstancias tampoco se salían de lo común. Era hija única y nunca había sido atormentada ni ridiculizada por hermanos y hermanas. Muerta su madre cuando ella tenía once años, dos tías, hermanas del padre, la criaron, y vivían por razón del aire en una cómoda casa en Richmond. La criaron, por supuesto, con excesivo cuidado, que siendo niña velaba por su salud, y siendo muchacha y mujer joven velaba por lo que resulta casi tosco llamar su moral. Hasta hacía relativamente poco había ignorado por completo que para las mujeres existieran tales cosas. Buscaba conocimiento en libros viejos y lo encontraba en fragmentos repulsivos, pero los libros no le gustaban de manera natural y por eso nunca se preocupó de la censura que ejercían primero sus tías, luego su padre. Las amistades podrían haberle explicado cosas, pero pocas tenía de su misma edad —Richmond era un lugar de acceso incómodo—, y la única chica que conocía bien resultó ser una fanática religiosa que en el fervor de la intimidad hablaba de Dios y de los mejores modos de cargar con la

propia cruz, tema que solo a ratos interesaba a alguien cuya mente alcanzaba otras cotas en otros momentos.

Pero tumbada en su silla, con una mano detrás de la cabeza y la otra aferrando el pomo del brazo, seguía con toda claridad el curso de sus pensamientos. Su educación le había dejado tiempo de sobra para pensar. Los ojos estaban clavados con tanta fijeza en una bola sobre la barandilla del barco que se habría sobresaltado e irritado si algo hubiera llegado a taparla ni por un instante. Había iniciado sus meditaciones con una carcajada provocada por la siguiente traducción de *Tristán*:

*En temblorosa turbación / su vergüenza parece ocultar / mientras al rey su relación / trae la novia de aspecto cadaveral. / ¿Os parece sin sentido lo que digo?*

Exclamó que sí, y arrojó el libro. Luego había cogido las *Cartas de Cowper*, el clásico prescrito por su padre que la había aburrido de tal modo que, al dar una frase por casualidad con algo acerca del olor de la retama en el jardín de Cowper, había visto de repente el pequeño vestíbulo de Richmond cargado de flores el día del funeral de su madre, con un olor tan intenso que desde entonces cualquier fragancia floral le devolvía aquella sensación malsana y horrible; y así, de una escena a otra, medio oyendo, medio viendo, fue avanzando. Vio a la tía Lucy arreglando flores en el salón.

—Tía Lucy —dijo—, no me gusta el olor de la retama; me recuerda a los funerales.

—Tonterías, Rachel —repuso la tía Lucy—; no digas esas bobadas, querida. Yo siempre la he considerado una planta particularmente alegre.

Tendida bajo el sol abrasador, la mente se le concentraba en el carácter de sus tías, en sus opiniones y en su manera de vivir. Era, en efecto, un asunto que le había dado para cientos de paseos matinales por Richmond Park y que borraba los árboles, la gente y los ciervos. ¿Por qué hacían lo que hacían, qué sentían, y de qué iba todo aquello? De nuevo oyó a la tía Lucy hablando con la tía Eleanor. Aquella mañana había ido a pedir referencias de una criada: «Y claro está, a las diez y media de la mañana una espera encontrar a la doncella fregando las escaleras.» ¡Qué raro! ¡Qué indeciblemente raro! Pero no sabía explicarse por qué de pronto, mientras hablaba su

tía, todo el sistema en el que vivían había aparecido ante sus ojos como algo completamente ajeno e inexplicable, y ellas mismas como sillas o paraguas desperdigados aquí y allá sin razón alguna. Solo pudo decir, con su leve tartamudeo: «¿Quieres t-t-tú a la tía Eleanor, tía Lucy?», a lo cual su tía respondió con su risita nerviosa de gallina clueca: «Pero, hija mía, ¿qué preguntas haces!»

—¿Cuánto? ¡Mucho! —insistió Rachel.

—No creo que haya pensado nunca *cuánto* —dijo la señorita Vinrace—. Si una quiere a alguien no piensa *cuánto*, Rachel —comentario dirigido a la sobrina que nunca había «llegado» a sus tías con la cordialidad que ellas deseaban.

—Pero ya sabes que me importas, ¿verdad, querida?, porque eres hija de tu madre, si no hay otra razón, y sí que *hay* muchas otras razones —y se inclinó sobre ella y la besó con cierta emoción, y el argumento se derramó irremediablemente por el suelo como un cubo de leche.

Por estos medios Rachel alcanzó esa fase del pensamiento —si es que puede llamarse pensamiento— en que los ojos están clavados con fijeza en una bola o un pomo y los labios dejan de moverse. Sus esfuerzos por llegar a una comprensión solo habían herido los sentimientos de su tía, y la conclusión tenía que ser que es mejor no intentarlo. Sentir algo con intensidad era crear un abismo entre una misma y los demás, que también sienten con intensidad quizá, pero de manera distinta. Era mucho mejor tocar el piano y olvidar todo lo demás. La conclusión era muy bienvenida. Que esos hombres y mujeres extraños —sus tías, los Hunt, Ridley, Helen, Mr. Pepper y los demás— fueran símbolos: sin rasgos pero con dignidad, símbolos de la vejez, de la juventud, de la maternidad, del saber, y bellos a menudo como lo son las personas en un escenario. Al parecer nadie decía jamás lo que quería decir, ni hablaba jamás de un sentimiento que de verdad sintiera; pero para eso estaba la música. Siendo la realidad aquello que se veía y se sentía pero no se nombraba, podía uno aceptar un sistema en el que las cosas giraban y giraban de manera que satisfacía a los demás, sin tomarse muchas veces la molestia de pensar en ello, salvo como algo superficialmente extraño. Absorta en su música aceptaba su suerte con bastante ecuanimidad, ardiendo en llamaradas de indignación quizá una vez cada dos semanas, y apagándose como se apagaba ahora. Inextricablemente confundida



en un ensoñamiento, su mente parecía entrar en comunión, expandirse deliciosamente y fundirse con el espíritu de las tablas blanquecinas de cubierta, con el espíritu del mar, con el espíritu de Beethoven op. 112, incluso con el espíritu del pobre William Cowper allá en Olney. Como un vilano rozó el mar, se elevó, lo rozó de nuevo, y así, entre alzarse y rozar, desapareció por fin de la vista. El subir y bajar del vilano lo representaba el súbito desplome hacia delante de su propia cabeza, y cuando desapareció de la vista ella dormía.

Diez minutos después Mrs. Ambrose abrió la puerta y la miró. No le sorprendió descubrir que así era como Rachel pasaba las mañanas. Paseó la vista por la habitación, el piano, los libros, el desorden general. En primer lugar contempló a Rachel desde una perspectiva estética; tumbada e indefensa ofrecía de algún modo el aspecto de una víctima caída de las garras de un ave de presa, pero considerada como mujer, como mujer joven de veinticuatro años, la visión suscitaba reflexiones. Mrs. Ambrose permaneció pensativa durante al menos dos minutos. Luego sonrió, se dio media vuelta sin hacer ruido y se marchó, para que la durmiente no despertara y se produjera entre ellas la torpeza de tener que hablar.

## CAPÍTULO III

A primera hora de la mañana siguiente se oyó sobre cubierta el estrépito de unas cadenas al ser arrastradas con brusquedad; el corazón constante del *Euphrosyne* dejó poco a poco de latir; y Helen, al asomar la nariz por encima de la borda, vio un castillo inmóvil sobre una colina inmóvil. Habían echado el ancla en la desembocadura del Tajo y, en lugar de hender nuevas olas sin cesar, las mismas olas volvían una y otra vez a batir los costados del barco.

En cuanto terminó el desayuno, Willoughby desapareció por el costado del buque, maleta de cuero marrón en mano, voceando por encima del hombro que todos tenían que portarse bien y comportarse como era debido, pues él estaría en Lisboa haciendo negocios hasta las cinco de aquella tarde.

Alrededor de esa hora reapareció, con su maletín, proclamando que estaba cansado, agobiado, hambriento, sediento, aterido y con urgente necesidad de su té. Frotándose las manos, les contó las aventuras del día: cómo había sorprendido al pobre y viejo Jackson peinándose el bigote ante el espejo del despacho, sin esperar en absoluto su llegada, y le había hecho hacer más trabajo en aquella mañana del que solía caerle en suerte; luego le había invitado a almorzar con champán y hortelanos; había ido a visitar a Mrs. Jackson, que estaba más gorda que nunca, pobrecilla, pero que preguntó con amabilidad por Rachel —y, Dios mío, el pequeño Jackson había confesado una condenada muestra de debilidad—, en fin, en fin, suponía que no se había hecho ningún daño, pero ¿de qué servía dar órdenes si las desobedecían de inmediato? Había dicho claramente que no tomaría pasajeros en este viaje. Aquí se puso a buscar en los bolsillos y al fin dio con una tarjeta que plantó sobre la mesa delante de Rachel. En ella leyó ella: «Mr. y Mrs. Richard Dalloway, 23 Browne Street, Mayfair.»

—Mr. Richard Dalloway —continuó Vinrace— parece ser un caballero que cree que, por haber sido en otro tiempo miembro del Parlamento y ser su esposa hija de un par del reino, puede conseguir lo que le dé la gana con solo pedirlo. De todos modos, se las arreglaron con el pobre Jackson. Dijeron que necesitaban pasajes a toda costa, presentaron una carta de Lord Glenaway pidiéndomelo como favor personal, rechazaron cualquier objeción que pusiera Jackson (que tampoco debió de ser para tanto), de modo que no hay más remedio que resignarse, supongo.

Pero era evidente que, por una razón u otra, Willoughby estaba bastante satisfecho de resignarse, pese a los aspavientos de queja.

La verdad era que Mr. y Mrs. Dalloway se habían visto varados en Lisboa. Llevaban algunas semanas viajando por el Continente, con la vista puesta principalmente en ampliar los horizontes de Mr. Dalloway. Imposibilitado temporalmente, por uno de esos accidentes de la vida política, de servir a su país en el Parlamento, Mr. Dalloway hacía todo lo posible por servirlo fuera del Parlamento. A tal fin, los países latinos eran perfectamente adecuados, aunque Oriente, naturalmente, hubiera sido mejor.

—Esperen tener noticias mías desde San Petersburgo o Teherán —había dicho, mientras se volvía para decir adiós con la mano desde los peldaños del Travellers'. Pero había estallado una enfermedad en Oriente, había cólera en Rusia, y de él se tuvo noticia, no con tanto romanticismo, en Lisboa. Habían recorrido Francia; él se había detenido en centros fabriles donde, armado de cartas de presentación, le habían enseñado las instalaciones y había tomado nota de datos en una libreta. En España, él y Mrs. Dalloway habían montado en mulo, pues querían entender cómo vivían los campesinos. ¿Estaban maduros para la rebelión, por ejemplo? Mrs. Dalloway había insistido entonces en pasar uno o dos días en Madrid con los cuadros. Por fin llegaron a Lisboa y pasaron allí seis días que, en un diario de circulación privada publicado más tarde, describieron como de «interés singular». Richard tuvo audiencias con ministros y pronosticó una crisis en fecha no muy lejana, «siendo los cimientos del gobierno incurablemente corruptos. Aunque cómo culpar, etc.»; mientras tanto, Clarissa inspeccionó los establos reales y tomó varias fotografías en las que aparecían hombres hoy exiliados y ventanas hoy rotas. Entre otras cosas, fotografió la tumba de Fielding y soltó un pajarillo que algún rufián había atrapado, «porque a una le resulta doloroso pensar en nada enjaulado donde yacen en-

terrados ingleses», decía el diario. Su gira fue de lo más poco convencional y no siguió ningún plan premeditado. Los corresponsales extranjeros de *The Times* decidían su itinerario tanto como cualquier otra cosa. Mr. Dalloway quería inspeccionar ciertos cañones y era de la opinión de que la costa africana estaba mucho más agitada de lo que la gente en casa tendía a creer. Por estas razones necesitaban una embarcación lenta y curiosa, cómoda — pues eran malos marineros —, pero no extravagante, que se detuviera uno o dos días en tal puerto y cual otro, tomando carbón mientras los Dalloway veían las cosas por sí mismos. Mientras tanto, se encontraban varados en Lisboa, incapaces por el momento de dar con la embarcación precisa que buscaban. Oyeron hablar del *Euphrosyne*, pero oyeron también que era ante todo un carguero y que solo admitía pasajeros por arreglo especial, siendo su cometido transportar mercancía seca al Amazonas y caucho de vuelta. «Por arreglo especial» eran, con todo, palabras de gran aliento para ellos, pues pertenecían a una clase en la que casi todo se arreglaba de modo especial, o podía arreglarse si hacía falta. En esta ocasión todo lo que hizo Richard fue escribir una nota a Lord Glenaway, el director de la compañía que lleva su nombre; pasar a ver al pobre y viejo Jackson; representarle cómo Mrs. Dalloway era fulana de tal, y él había sido tal cual otra cosa, y lo que necesitaban era esto y aquello. Se hizo. Se despidieron con cumplidos y satisfacción por ambas partes, y así, una semana después, llegó la lancha remando hacia el barco al anochecer con los Dalloway a bordo; en tres minutos estaban juntos sobre cubierta del *Euphrosyne*. Su llegada causó, como era natural, cierta agitación, y varios pares de ojos advirtieron que Mrs. Dalloway era una mujer alta y esbelta, el cuerpo envuelto en pieles, la cabeza en velos, mientras que Mr. Dalloway parecía un hombre de estatura media y complexión robusta, vestido como un cazador en un páramo otoñal. A su alrededor se fueron acumulando numerosas maletas sólidas de cuero marrón oscuro, a las que se añadían la cartera de despacho de Mr. Dalloway y el neceser de su esposa, que evocaba un collar de diamantes y frascos con tapones de plata.

— ¡Parece un Whistler! — exclamó ella, con un gesto hacia la orilla, al estrechar la mano de Rachel, y Rachel solo tuvo tiempo de mirar las colinas grises a un lado antes de que Willoughby presentara a Mrs. Chailey, que se llevó a la dama a su camarote.

Por momentánea que pareciera, la interrupción no dejaba de perturbar; todos se sintieron más o menos alterados por ella, desde Mr. Grice, el mayordomo, hasta el propio Ridley. Unos minutos después, Rachel pasó junto al fumador y encontró a Helen moviendo sillones. Estaba absorta en sus arreglos, y al ver a Rachel le dijo en tono confidencial:

—Si se puede dar a los hombres una sala para ellos solos donde se queden sentados, tanto mejor. Los sillones son *lo* importante —comenzó a moverlos de un lado a otro—. Ahora bien, ¿sigue pareciendo un bar de estación?

Arrancó de un tirón una cubierta de terciopelo de una mesa. El aspecto del lugar mejoró maravillosamente.

Asimismo, la llegada de los desconocidos le dejó claro a Rachel, según se acercaba la hora de cenar, que tenía que cambiarse de ropa; y cuando sonó la gran campana la encontró sentada al borde de su litera en tal postura que el pequeño espejo sobre el lavabo le devolvía la imagen de la cabeza y los hombros. En el espejo lucía una expresión de melancólica tensión, pues había llegado a la depresiva conclusión, desde la llegada de los Dalloway, de que su cara no era la cara que habría querido tener y que en toda probabilidad nunca lo sería.

No obstante, la puntualidad le había sido inculcada, y con la cara que tuviera, había que ir a cenar.

Willoughby había aprovechado esos minutos para esbozarles a los Dalloway las personas que iban a conocer, contándolas con los dedos.

—Está mi cuñado, Ambrose, el erudito (supongo que habrán oído su nombre), su esposa, mi viejo amigo Pepper, un hombre muy tranquilo, pero que sabe de todo, según me dicen. Y eso es todo. Somos un grupo muy pequeño. Los bajo en la costa.

Mrs. Dalloway, con la cabeza un poco ladeada, hizo todo lo posible por recordar a Ambrose —¿era un apellido?—, pero no lo consiguió. Lo que había oído le causó cierta inquietud. Sabía que los eruditos se casaban con cualquiera: chicas que conocían en granjas durante las vacaciones de lectura; o mujercillas de las afueras que decían con desagrado: «Claro que sé que es a mi marido a quien usted quiere ver; no a *mí*.»

Pero Helen entró en ese momento y Mrs. Dalloway vio con alivio que, aunque de aspecto un tanto excéntrico, no era desaliñada, se sostenía bien, y su voz tenía una medida que ella consideraba señal de dama. Mr. Pepper no se había molestado en cambiarse su traje pulcro y feo.

—Pero en fin —pensó Clarissa para sí mientras seguía a Vinrace hacia el comedor—, *todo el mundo* es interesante, en el fondo.

Una vez sentada a la mesa, tuvo cierta necesidad de esa convicción, principalmente por culpa de Ridley, que llegó tarde, con aspecto decididamente desgredado, y se puso a atacar la sopa sumido en una honda pesadumbre.

Entre marido y mujer pasó una señal imperceptible que significaba que habían captado la situación y se apoyarían mutuamente con lealtad. Sin apenas pausa, Mrs. Dalloway se volvió hacia Willoughby y comenzó:

—Lo que más me fastidia del mar es que no tiene flores. ¡Imaginad campos de malvarrosas y violetas en pleno océano! ¡Qué maravilla!

—Pero un tanto peligroso para la navegación —resonó Richard, con su voz grave, como el fagot acompañando el floreo del violín de su esposa—. En fin, las algas ya pueden ser bastante peligrosas, ¿a que sí, Vinrace? Recuerdo que una vez cruzaba en el *Mauretania* y le dije al capitán —Richards—, ¿lo conocía usted?, «Dígame, ¿cuál es el mayor peligro que teme realmente para su barco, capitán Richards?», esperando que dijera icebergs, o barcos abandonados, o niebla, o algo así. Nada de eso. Siempre he recordado su respuesta. «*Sedgius aquatici*», dijo, que yo interpreto como una especie de lenteja de agua.

Mr. Pepper levantó bruscamente la vista y estaba a punto de plantear una pregunta cuando Willoughby continuó:

—¡Lo que tienen que aguantar esos capitanes! ¡Tres mil almas a bordo!

—Sí, desde luego —dijo Clarissa. Se volvió hacia Helen con aire de profundidad—. Estoy convencida de que la gente se equivoca cuando dice que lo que agota es el trabajo; lo que agota es la responsabilidad. Por eso supongo que una paga más a la cocinera que a la doncella.

—Según eso, habría que pagarle el doble a la niñera; pero no es así —dijo Helen.

—No; ¡pero piense qué alegría tratar con bebés en vez de con cacerolas!  
—dijo Mrs. Dalloway, mirando a Helen con más interés, probable madre.

—Yo preferiría con mucho ser cocinera antes que niñera —dijo Helen—. Nada me induciría a hacerme cargo de niños.

—Las madres siempre exageran —dijo Ridley—. Un niño bien criado no supone ninguna responsabilidad. He viajado por toda Europa con los míos. Los envuelves bien y los metes en la red.

Helen rió ante eso. Mrs. Dalloway exclamó, mirando a Ridley:

—¡Qué de padre! Mi marido es exactamente igual. ¡Y luego se habla de la igualdad de los sexos!

—¿Se habla? —dijo Mr. Pepper.

—¡Oh, hay quienes lo hacen! —exclamó Clarissa—. Mi marido tenía que pasar todas las tardes de la última sesión junto a una señora furiosa que no decía otra cosa, me imagino.

—Estaba sentada a la puerta de la Cámara; era muy incómodo —dijo Dalloway—. Al final reuní valor y le dije: «Mi buena mujer, usted solo estorba donde está. Me entorpece a mí y no se hace ningún bien a sí misma.»

—Y entonces le agarró del abrigo y estuvo a punto de sacarle los ojos —intervino Mrs. Dalloway.

—Bah, eso está exagerado —dijo Richard—. No, me dan pena, lo confieso. Lo incómodo que debe de ser quedarse sentada en esos peldaños.

—Se lo tienen merecido —dijo Willoughby secamente.

—Oh, en eso estoy completamente de acuerdo —dijo Dalloway—. Nadie puede condenar la insensatez y la futilidad absolutas de semejante comportamiento más que yo; y en cuanto a toda la agitación, en fin, ¡quiera Dios que yo esté en la tumba antes de que una mujer tenga derecho a votar en Inglaterra! Eso es todo lo que digo.

La solemnidad de la declaración de su marido puso seria a Clarissa.

—Es impensable —dijo—. ¿No me diga que usted es sufragista? —se volvió hacia Ridley.

—Me importa un bledo de un modo u otro —dijo Ambrose—. Si alguna criatura está tan engañada como para creer que el voto le sirve de algo, que lo tenga. Pronto aprenderá.

—No es usted político, veo —sonrió ella.

—Líbreme Dios —dijo Ridley.

—Me temo que su marido no me va a tener en mucha estima —dijo Dalloway aparte a Mrs. Ambrose. Ella cayó de repente en la cuenta de que él había sido parlamentario.

—¿No le resulta a veces bastante aburrido? —preguntó, sin saber exactamente qué decir.

Richard extendió las manos ante sí, como si hubiera inscripciones que descifrar en las palmas.

—Si usted me pregunta si alguna vez me resulta bastante aburrido —dijo —, he de decir que sí; pero si me pregunta usted qué carrera considera usted, en conjunto, sopesando lo bueno y lo malo, la más satisfactoria y envidiable, sin hablar de su aspecto más serio, de todas las carreras, para un hombre, he de decir: «La del político.»

—El foro o la política, de acuerdo —dijo Willoughby—. Se saca más partido.

—Todas las facultades encuentran su cauce —dijo Richard—. Puede que esté pisando terreno peligroso; pero lo que yo siento respecto a poetas y artistas en general es esto: en vuestro propio terreno, nadie os gana, de acuerdo; pero fuera de vuestro terreno —pfff—, hay que hacer concesiones. Ahora bien, yo no quisiera que nadie tuviera que hacerlas conmigo.

—No estoy del todo de acuerdo, Richard —dijo Mrs. Dalloway—. Piensa en Shelley. Siento que en «Adonais» está casi todo lo que una desea.

—Lean «Adonais», desde luego —concedió Richard—. Pero cada vez que oigo hablar de Shelley me repito las palabras de Matthew Arnold: «¡Vaya fauna! ¡Vaya fauna!»

Eso despertó la atención de Ridley. —¿Matthew Arnold? ¡Un pedante detestable! —espetó.



—Pedante, de acuerdo —dijo Richard—; pero, creo, un hombre de mundo. Ahí está la clave de lo que digo. Nosotros, los políticos, sin duda les parecemos a ustedes —captó de algún modo que Helen representaba las artes— un grupo vulgar y trivial; pero vemos las dos caras; quizá seamos torpes, pero hacemos lo posible por abarcar las cosas. Sus artistas, en cambio, *encuentran* las cosas en un caos, se encogen de hombros, se vuelven a sus visiones —que concedo que pueden ser muy hermosas— y *dejan* las cosas en ese caos. Eso me parece eludir las propias responsabilidades. Además, no todos hemos nacido con la facultad artística.

—Es terrible —dijo Mrs. Dalloway, que mientras hablaba su marido había estado pensando—. Cuando estoy con artistas siento con toda intensidad las delicias de encerrarse en un mundito propio, con cuadros y música y todo lo bello, y luego salgo a la calle y el primer niño que me encuentro, con su carita pobre, hambrienta y sucia, me hace volverme y decir: «No, *no puedo* encerrarme; *no quiero* vivir en un mundo propio. Me gustaría suprimir toda la pintura, toda la escritura y toda la música hasta que esta clase de cosas dejaran de existir.» ¿No siente usted —concluyó, dirigiéndose a Helen— que la vida es un conflicto perpetuo? —Helen lo consideró un momento—. No —dijo—. Creo que no.

Hubo una pausa que resultó decididamente incómoda. Mrs. Dalloway se estremeció entonces levemente y preguntó si podían traerle su capa de pieles. Mientras se acomodaba la suave piel marrón en torno al cuello, le vino a la mente un tema nuevo.

—He de reconocer —dijo— que nunca olvidaré la *Antígona*. La vi en Cambridge hace años, y desde entonces me persigue. ¿No le parece la cosa más moderna que haya visto nunca? —le preguntó a Ridley—. Me pareció que había conocido a veinte Clitemnestras. Lady Ditchling, para empezar. No sé una sola palabra de griego, pero podría escucharlo eternamente...

En ese momento intervino Mr. Pepper:

πολλὰ τὰ δεινὰ, κούδὲν ἄν-θρώπου δεινότερον πέλει. τοῦτο καὶ πολιοῦ πέραν πόντου χειμερίῳ νότῳ χωρεῖ, περιβρυχίοισι περὶ ὧν ὑπ' οἴδμασι.

Mrs. Dalloway le miró con los labios apretados.

—Daría diez años de mi vida por saber griego —dijo cuando él hubo terminado.

—Podría enseñarle el alfabeto en media hora —dijo Ridley—, y en un mes leería a Homero. Lo consideraría un honor instruirle.

Helen, enfrascada con Mr. Dalloway en la costumbre, ya en decadencia, de citar el griego en la Cámara de los Comunes, anotó, en el gran libro de lugares comunes que permanece abierto a nuestro lado mientras hablamos, el hecho de que todos los hombres, incluso hombres como Ridley, prefieren en el fondo que las mujeres vayan a la moda.

Clarissa exclamó que no podía imaginarse nada más delicioso. Por un instante se vio a sí misma en su salón de Browne Street con un Platón abierto sobre las rodillas —Platón en griego original. No podía evitar creer que un auténtico erudito, si se interesara especialmente, podría meterle el griego en la cabeza sin apenas esfuerzo.

Ridley quedó comprometido a recibirla al día siguiente.

—¡Con tal de que su barco nos trate con amabilidad! —exclamó, reclamando la participación de Willoughby. Por el bien de los huéspedes, y éstos lo eran distinguidos, Willoughby estaba dispuesto a avalar con una inclinación de cabeza el buen comportamiento incluso de las olas.

—Yo soy muy mala marinera; y mi marido no es mucho mejor —suspiró Clarissa.

—Yo no me mareo nunca —explicó Richard—. Es decir, solo me he mareado de verdad una vez —se corrigió—. Fue cruzando el canal de la Mancha. Pero el mar picado, lo confieso, o peor aún, el oleaje, me producen un malestar considerable. Lo fundamental es no saltarse ninguna comida. Una mira la comida y dice: «No puedo»; se lleva un bocado a la boca y sabe Dios cómo va a poder tragarlo; pero uno persevera, y con frecuencia corta el ataque de raíz. Mi mujer es una cobarde.

Empezaban a apartar las sillas. Las señoras dudaban en el umbral.

—Mejor será que abra el camino —dijo Helen, adelantándose.

Rachel la siguió. No había tomado parte en la conversación; nadie le había dirigido la palabra; pero había escuchado todo lo que se decía. Había mirado de Mrs. Dalloway a Mr. Dalloway, y de Mr. Dalloway de vuelta a

ella. Clarissa, en efecto, era un espectáculo fascinante. Llevaba un vestido blanco y un largo collar reluciente. Con su atavío, y su rostro gracioso y delicado, que mostraba un rosa exquisito bajo el cabello que comenzaba a encanecer, se parecía asombrosamente a una obra maestra del siglo XVIII —un Reynolds o un Romney. Hacía que Helen y los demás parecieran toscos y desaliñados a su lado. Sentada con ligereza y elegancia parecía tratar el mundo a su antojo; el enorme globo terráqueo giraba en uno y otro sentido bajo sus dedos. ¡Y su marido! Mr. Dalloway, haciendo rodar aquella voz rica y pausada, resultaba aún más imponente. Parecía venir del centro zumbante y aceitoso de la maquinaria, donde las bielas pulidas se deslizan y los émbolos golpean; agarraba las cosas con tanta firmeza pero con tanta soltura; hacía que los demás parecieran solteronas regateando en los saldos. Rachel siguió a las damas como en trance; un curioso perfume de violetas venía flotando desde Mrs. Dalloway, mezclado con el suave susurro de sus faldas y el tintineo de sus cadenas. Mientras seguía sus pasos, Rachel pensó con suprema humillación, repasando toda la trayectoria de su vida y la de todos sus amigos: «Dijo que vivíamos en un mundo propio. Es cierto. Somos de lo más absurdos.»

—Aquí nos sentamos —dijo Helen, abriendo la puerta del salón.

—¿Toca usted? —dijo Mrs. Dalloway a Mrs. Ambrose, tomando la partitura del *Tristán* que había sobre la mesa.

—Mi sobrina —dijo Helen, posando la mano sobre el hombro de Rachel.

—¡Ay, cómo la envidio! —Clarissa se dirigió a Rachel por primera vez —. ¿Recuerda esto? ¿Verdad que es maravilloso? —Tocó uno o dos compases con los dedos enjovados sobre la página.

—Y luego Tristán va así, e Isolda... ¡oh!, ¡es todo tan emocionante! ¿Ha ido usted a Bayreuth?

—No, no he ido —dijo Rachel.

—Entonces eso está aún por llegar. Nunca olvidaré mi primer *Parsifal*: un día de agosto abrasador, y aquellas gordas alemanas de edad, llegadas con sus vestidos apretados y sofocantes, y luego el teatro a oscuras, y la música comenzando, y una no podía evitar sollozar. Un hombre amable fue a buscarme agua, lo recuerdo; ¡y yo solo podía llorar en su hombro! Me

llegó aquí —se tocó la garganta—. ¡No hay nada igual en el mundo! Pero ¿dónde tiene usted el piano?

—Está en otra sala —explicó Rachel.

—¿Pero tocará usted para nosotros? —suplicó Clarissa—. No se me ocurre nada más agradable que estar sentada al aire bajo la luz de la luna y escuchar música; aunque eso suena demasiado a colegiala. Sabe usted —dijo, volviéndose hacia Helen—, no creo que la música sea del todo buena para la gente; me temo que no.

—¿Demasiado esfuerzo? —preguntó Helen.

—Demasiado emotiva, de algún modo —dijo Clarissa—. Se nota enseguida cuando un chico o una chica se dedican a la música profesionalmente. Sir William Broadley me dijo exactamente lo mismo. ¿No le molestan esas actitudes que adopta la gente con Wagner? —así—. Puso los ojos en blanco, juntó las manos y adoptó una expresión de arrobamiento—. En realidad no significa que lo aprecien; de hecho, siempre pienso que es al contrario. Las personas que de verdad sienten un arte son siempre las menos afectadas. ¿Conoce usted a Henry Philips, el pintor? —le preguntó a Helen.

—Le he visto —dijo Helen.

—A juzgar por su aspecto, cualquiera pensaría que es un corredor de bolsa de éxito, y no uno de los más grandes pintores de la época. Eso es lo que me gusta.

—Hay muchos corredores de bolsa de éxito, si es que le gusta mirarlos —dijo Helen.

Rachel deseó con vehemencia que su tía no fuera tan contraria.

—Cuando ve usted a un músico con el pelo largo, ¿no sabe instintivamente que es malo? —preguntó Clarissa, volviéndose hacia Rachel—. Watts y Joachim tenían exactamente el mismo aspecto que usted y yo.

—¡Y cuánto mejor habrían quedado con rizos! —dijo Helen—. La pregunta es si uno aspira a la belleza o no.

—¡La limpieza! —dijo Clarissa—. Yo lo que quiero es que un hombre tenga aspecto limpio.

— Por limpieza entiende usted en realidad ropa bien cortada — dijo Helen.

— Hay algo por lo que se reconoce a un caballero — dijo Clarissa —, pero no sabría decir qué.

— Tome a mi marido, por ejemplo: ¿tiene aspecto de caballero?

La pregunta le pareció a Clarissa de un gusto extraordinariamente dudoso. «Una de las cosas que no se dicen», habría sido su veredicto. No encontró respuesta; solo una risita.

— Bueno, de todos modos — dijo, volviéndose hacia Rachel —, insistiré en que toque para mí mañana.

Había algo en sus maneras que hizo que Rachel la quisiera.

Mrs. Dalloway reprimió un diminuto bostezo, una mera dilatación de las fosas nasales.

— ¿Sabe usted — dijo — que me muero de sueño? Es el aire del mar. Creo que voy a escabullirme.

La voz de un hombre, que debía de ser la de Mr. Pepper, estridente en la discusión y aproximándose al salón, le dio la señal de alarma.

— ¡Buenas noches, buenas noches! — dijo —. Oh, ya conozco el camino; ¡recen por la calma! ¡Buenas noches!

Su bostezo debía de haber sido un bostezo solo de apariencia. En lugar de dejar caer la boca, dejar caer toda la ropa en montón como si dependiera de un solo hilo y estirar los miembros hasta el extremo de la litera, se limitó a cambiarse el vestido por una bata de dormir con innumerables volantes, y, con los pies envueltos en una manta, se sentó con un bloc de notas sobre las rodillas. En ese exiguo camarote ya se había instalado el tocador de una dama de calidad. Había frascos con líquidos; había bandejas, cajitas, cepillos, alfileres. Era evidente que no había un centímetro de su persona que careciera de su instrumento adecuado. El perfume que había embriagado a Rachel impregnaba el aire. Así instalada, Mrs. Dalloway se puso a escribir. Una pluma en sus manos se convertía en algo con lo que se acariciaba el papel, y bien podría estar acariciando y haciendo cosquillas a un gatito mientras escribía:

Imagínanos, querida, a bordo del barco más extraño que puedas concebir. No es tanto el barco como la gente. Siempre se topa una con especímenes raros cuando viaja. He de decir que lo encuentro sumamente divertido. Está el director de la compañía —se llama Vinrace—, un inglés agradable y corpulento, poco hablador; ya sabes el tipo. En cuanto a los demás, bien podrían haber salido de un viejo número de *Punch*. Son como personajes jugando al croquet en los años sesenta. Cuánto tiempo llevan todos encerrados en este barco no lo sé; años y años, diría yo; pero una tiene la sensación de haber embarcado en un pequeño mundo aparte, donde nunca han pisado tierra ni han hecho cosas corrientes en su vida. Es lo que siempre he dicho de la gente literaria: son con mucho los más difíciles de tratar. Lo peor es que esta gente —un hombre, su esposa y una sobrina— bien podrían haber sido, uno lo siente, como todo el mundo, de no haber sido engullidos por Oxford o Cambridge o algún lugar semejante, que los convirtió en excéntricos. El hombre es realmente encantador (si se cortara las uñas), y la mujer tiene una cara bastante buena, solo que va vestida, como es natural, con un saco de patatas, y lleva el pelo como una dependienta de Liberty's. Hablan de arte y nos consideran unos papanatas por vestirnos de noche. Aunque qué le voy a hacer; yo preferiría morir antes que sentarme a cenar sin cambiarme, ¿y tú no? Importa infinitamente más que la sopa. (Es curioso cómo esas cosas *sí* importan muchísimo más de lo que generalmente se supone. Preferiría que me cortaran la cabeza antes que llevar franela sobre la piel.) Luego hay una chica tímida y agradable —pobrecilla—; ojalá pudiera uno rescatarla antes de que sea demasiado tarde. Tiene unos ojos y un pelo bastante bonitos, solo que, claro está, ella también acabará siendo rara. Habría que fundar una sociedad para ampliar la mente de los jóvenes; mucho más útil que los misioneros, ¡Hester! Ah, casi me olvido de un individuo espantoso llamado Pepper. Es tal como su nombre. Es indescriptiblemente insignificante y tiene un genio bastante raro, pobrecillo. Es como sentarse a cenar con un fox-terrier malhumorado, con la diferencia de que a este no se le puede arreglar ni espolvorear de talco como haríamos con nuestro perro. ¡Qué lástima que a veces no se pueda tratar a la gente como a perros! El gran consuelo es que estamos lejos de los periódicos, de modo que Richard tendrá estas vacaciones de verdad. España no fueron vacaciones...

—¡Cobarde! —dijo Richard, llenando casi él solo con su corpulenta figura el camarote.

— ¡He cumplido con mi deber en la cena! — exclamó Clarissa.

— De todos modos, te has comprometido con el alfabeto griego.

— ¡Ay, cielo! ¿Quién *es* Ambrose?

— Entiendo que fue profesor en Cambridge; vive en Londres ahora y edita clásicos.

— ¿Has visto alguna vez una pandilla de excéntricos semejante? ¡La mujer me preguntó si creía que su marido tenía aspecto de caballero!

— La verdad es que la conversación en la cena no resultó fácil de sostener — dijo Richard —. ¿Cómo es que las mujeres, en esa clase social, son mucho más raras que los hombres?

— No están del todo mal físicamente; solo que... ¡son tan extravagantes!

Los dos rieron, pensando en las mismas cosas, de modo que no hacía falta comparar impresiones.

— Veo que tendré bastante de qué hablar con Vinrace — dijo Richard —. Conoce a Sutton y a todo ese círculo. Puede informarme muy bien sobre las condiciones de la construcción naval en el Norte.

— Me alegra oírlo. Los hombres *son* siempre tan superiores a las mujeres.

— Siempre se tiene algo de qué hablar con un hombre, desde luego — dijo Richard —. Pero no me cabe duda de que tú charlarás a toda velocidad sobre los bebés, Clarice.

— ¿Tiene hijos? No lo parece, no sé por qué.

— Dos. Un niño y una niña.

Una punzada de envidia atravesó el corazón de Mrs. Dalloway.

— *Tenemos* que tener un hijo, Dick — dijo.

— ¡Dios mío, qué oportunidades se les abren ahora a los jóvenes! — dijo Dalloway, pues su conversación le había puesto a pensar —. No creo que haya habido tan buenas perspectivas desde los tiempos de Pitt.

— ¡Y son tuyas! — dijo Clarissa.

— Ser un líder de hombres — reflexionó Richard en voz alta —. Es una carrera noble. ¡Dios mío, qué carrera!

El pecho se fue arqueando lentamente bajo el chaleco.

—¿Sabes, Dick, que no puedo evitar pensar en Inglaterra? —dijo su esposa pensativa, apoyando la cabeza sobre su pecho—. Estar en este barco lo hace todo mucho más vívido: lo que significa de verdad ser inglés. Piensa en todo lo que hemos hecho, y en nuestras marinas, y en la gente de India y África, y en cómo hemos seguido siglo tras siglo enviando chicos de pequeñas aldeas del campo, y en hombres como tú, Dick, y a una le da la sensación de que no *podría* soportar no ser inglesa. ¡Piensa en la luz que arde sobre la Cámara, Dick! Cuando estaba en cubierta hace un momento me pareció verla. Eso es lo que significa Londres para una.

—Es la continuidad —dijo Richard sentenciosamente. Una visión de la historia de Inglaterra, rey tras rey, primer ministro tras primer ministro, y ley tras ley, se le había impuesto mientras hablaba su esposa. Recorrió con la mente la línea de la política conservadora, que trazaba un camino sostenido desde Lord Salisbury hasta Alfred, y fue abarcando poco a poco, como un lazo que se abre y atrapa cosas, enormes pedazos del globo habitable.

—Ha llevado mucho tiempo, pero casi lo hemos conseguido —dijo—; ahora queda consolidarlo.

—¡Y esta gente no lo ve! —exclamó Clarissa.

—Para hacer un mundo hacen falta todo tipo de personas —dijo su marido—. Nunca habría un gobierno si no hubiera una oposición.

—Dick, tú eres mejor que yo —dijo Clarissa—. Tú ves en derredor, donde yo solo veo *aquí*. —Apretó un punto en el dorso de su mano.

—Ese es mi oficio, como intenté explicar en la cena.

—Lo que me gusta de ti, Dick —continuó—, es que eres siempre el mismo, y yo soy un ser de estados de ánimo.

—Eres un ser encantador, de todos modos —dijo él, mirándola con ojos más hondos.

—¿Eso crees? Entonces bésame.

Él la besó apasionadamente, de modo que la carta a medias escrita resbaló al suelo. Al recogerla, la leyó sin pedir permiso.



—¿Dónde está tu pluma? —dijo; y añadió con su letra pequeña y masculina:

*R.D. loquitur*: Clarice ha omitido decirte que estaba encantadora en la cena, y que conquistó a alguien comprometiéndose a aprender el alfabeto griego. Aprovecho esta ocasión para añadir que los dos lo estamos pasando muy bien en estos parajes exóticos, y solo deseamos la presencia de nuestros amigos (tú y John, para ser exactos) para que el viaje sea tan perfectamente grato como se presenta de instructivo...

Al fondo del corredor se oyeron voces. Mrs. Ambrose hablaba en voz baja; William Pepper decía con su tono tajante y algo ácido: «Ese es el tipo de dama con la que decididamente no congenio. Ella...»

Pero ni Richard ni Clarissa pudieron beneficiarse del veredicto, pues en cuanto pareció probable que fueran a oírlo, Richard hizo crujir una hoja de papel.

—A menudo me pregunto —murmuró Clarissa en la cama, sobre el pequeño volumen blanco de Pascal que la acompañaba a todas partes—, si es realmente bueno para una mujer vivir con un hombre que le es moralmente superior, como Richard lo es para mí. Le hace a una tan dependiente. Supongo que lo que siento por él es lo que mi madre y las mujeres de su generación sentían por Cristo. Ya se ve que una no puede prescindir de *algo*. —A continuación se quedó dormida, con el sueño extremadamente reparador y profundo que era su costumbre, aunque visitado por sueños fantásticos en los que enormes letras griegas deambulaban por la habitación; cuando se despertó y recordó dónde estaba, rió para sus adentros al advertir que las letras griegas eran personas reales que dormían a escasos metros. Luego, pensando en el negro mar de afuera que se sacudía bajo la luna, se estremeció y pensó en su marido y en los demás como compañeros de viaje. Los sueños, ciertamente, no se limitaban a ella, sino que pasaban de un cerebro a otro. Todos soñaron unos con otros aquella noche, como era natural, dado lo delgadas que eran las paredes entre ellos, y lo extrañamente que habían sido arrancados de la tierra para sentarse unos junto a otros en mitad del océano, y ver con todo detalle las caras de los demás, y oír cuanto por casualidad se dijese.

## CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente Clarissa fue la primera en levantarse. Se vistió y salió a cubierta a respirar el aire fresco de una mañana en calma, y al dar la segunda vuelta al barco se topó de frente con la figura enjuta de Mr. Grice, el mayordomo. Le pidió disculpas, y al mismo tiempo le rogó que la aclarara: ¿para qué servían aquellos soportes brillantes de latón, con la parte de arriba de cristal? Llevaba tiempo preguntándose sin lograr adivinarlo. Cuando él terminó de explicárselo, exclamó con entusiasmo:

— ¡Creo que ser marinero debe de ser lo más maravilloso del mundo!

— ¿Y qué sabe usted de eso? — dijo Mr. Grice, encendiéndose de una manera extraña—. Perdón. ¿Qué sabe ningún hombre ni mujer criados en Inglaterra acerca del mar? Lo dicen; pero no lo saben.

La amargura con que hablaba presagiaba lo que vendría a continuación. La llevó a su propia dependencia y, sentada en el borde de una mesa con ribetes de latón, pareciéndose extraordinariamente a una gaviota con su cuerpo blanco y afilado y su cara delgada y atenta, Mrs. Dalloway tuvo que escuchar la diatriba de un hombre fanático. ¿Se daba ella cuenta, para empezar, de qué pequeña parte del mundo era la tierra firme? ¿Cuánto más apacible, hermoso y benigno era el mar en comparación? Las aguas profundas podrían sustentar a Europa por sí solas aunque mañana muriera de la peste todo animal terrestre. Mr. Grice evocó escenas espantosas que había presenciado en la ciudad más rica del mundo: hombres y mujeres haciendo cola hora tras hora para recibir un tazón de sopa grasienta. «Y yo pensaba en la buena carne que esperaba aquí abajo para que la pescaran. No soy exactamente protestante ni católico, pero casi podría rezar para que volvieran los tiempos del papismo, por los ayunos.»

Mientras hablaba no dejaba de abrir cajones y mover pequeños frascos de cristal. Allí estaban los tesoros que le había otorgado el gran océano: peces pálidos en líquidos verdosos, bolas de gelatina con largos tentáculos, peces con luces en la cabeza, que vivían a tanta profundidad.

— Han nadado entre huesos — suspiró Clarissa.

— Está usted pensando en Shakespeare — dijo Mr. Grice, y tomando un ejemplar de un estante bien provisto de libros, recitó con voz enfática y nasal:

«A cinco brazas yace tu padre...»

— Un hombre admirable, Shakespeare — dijo, volviendo a colocar el volumen.

Clarissa se alegró mucho de oírsele decir.

— ¿Cuál es su obra favorita? Me pregunto si coincidiremos.

— *Enrique V* — dijo Mr. Grice.

— ¡Qué alegría! — exclamó Clarissa — . ¡La mía también!

*Hamlet* le resultaba, a juicio de Mr. Grice, demasiado introspectivo; los sonetos, demasiado apasionados; Enrique V era para él el modelo del caballero inglés. Pero su lectura favorita era Huxley, Herbert Spencer y Henry George; mientras que a Emerson y a Thomas Hardy los leía para evadirse. Estaba exponiéndole a Mrs. Dalloway sus opiniones sobre el estado actual de Inglaterra cuando la campana del desayuno sonó con tal imperiosidad que ella tuvo que marcharse a toda prisa, prometiéndole volver para que le enseñara sus algas marinas.

El grupo, que la noche anterior le había parecido tan extraño, estaba ya reunido alrededor de la mesa, todavía bajo la influencia del sueño y por tanto poco comunicativo, pero su entrada mandó un estremecimiento suave como una bocanada de aire por todos ellos.

— ¡He tenido la conversación más interesante de mi vida! — exclamó, tomando asiento junto a Willoughby — . ¿Se da usted cuenta de que uno de sus hombres es filósofo y poeta?

— Es un individuo muy interesante; siempre lo he dicho — dijo Willoughby, refiriéndose a Mr. Grice — . Aunque Rachel lo encuentra

aburrido.

—Es aburrido cuando habla de corrientes —dijo Rachel. Tenía los ojos cargados de sueño, pero Mrs. Dalloway seguía pareciéndole admirable.

—¡Yo no he encontrado a ningún aburrido hasta la fecha! —dijo Clarissa.

—¡Pues yo diría que el mundo está lleno de ellos! —exclamó Helen. Pero su belleza, que en la luz de la mañana era radiante, quitaba aspereza a sus palabras.

—Coincido en que es lo peor que se puede decir de alguien —dijo Clarissa—. ¡Cuánto más preferiría una ser asesina que aburrida! —añadió, con su aire habitual de decir algo profundo—. Uno puede imaginarse que le cae simpático un asesino. Con los perros pasa lo mismo. Algunos perros son unos aburridos espantosos, pobrecillos.

Dio la casualidad de que Richard estaba sentado junto a Rachel. Ella era curiosamente consciente de su presencia y de su apariencia: la ropa bien cortada, la pechera crujiente de la camisa, los puños con anillos azules y los dedos de punta cuadrada, muy limpios, con la piedra roja en el meñique de la mano izquierda.

—Tuvimos un perro que era un aburrido y lo sabía —le dijo, dirigiéndose a ella con tono desenvuelto y sereno—. Era un terrier de Skye, uno de esos largos, con las patitas asomando del pelo como... como orugas; no, diría que como sofás. El caso es que por entonces teníamos otro perro, un animal negro y vivaz, un Schipperke, creo que se llaman. No puede imaginarse un contraste mayor. El Skye tan lento y deliberado, mirándole a uno como algún anciano del club, como diciendo: «¿Habla usted en serio?», y el Schipperke ágil como un cuchillo. Yo prefería al Skye, debo confesarlo. Tenía algo de patético.

El relato parecía no tener desenlace.

—¿Qué le pasó? —preguntó Rachel.

—Ahí está la parte triste —dijo Richard, bajando la voz mientras pelaba una manzana—. Un día siguió el coche de mi esposa y un bruto de ciclista le atropelló.

—¿Murió? —preguntó Rachel.

Pero Clarissa, desde su extremo de la mesa, lo había oído.

—¡No hable de eso! —exclamó—. Es algo que no puedo soportar recordar ni hoy día.

¿Acaso le brillaban los ojos de lágrimas?

—Eso es lo doloroso de las mascotas —dijo Mr. Dalloway—; que se mueren. La primera pena que recuerdo fue por la muerte de un lirón. Lamento decir que me senté encima. Aun así, eso no hacía que uno se sintiera menos triste. Aquí yace el pato sobre el que se sentó Samuel Johnson, ¿eh? Yo era grande para mi edad.

—Luego tuvimos canarios —continuó—, una pareja de tórtolas, un lémur, y en cierto momento una golondrina.

—¿Vivía usted en el campo? —le preguntó Rachel.

—Vivíamos en el campo seis meses al año. Cuando digo «vivíamos» me refiero a cuatro hermanas, un hermano y yo. No hay nada como venir de una familia numerosa. Las hermanas en particular son una delicia.

—¡Dick, eras un mimado insoportable! —exclamó Clarissa desde el otro extremo de la mesa.

—No, no. Apreciado —dijo Richard.

Rachel tenía otras preguntas en la punta de la lengua; o más bien una pregunta enorme de la que no sabía en absoluto cómo encontrar palabras. La conversación parecía demasiado ligera para admitirla.

«Cuéntemelo todo, por favor.» Eso era lo que quería decir. Él había entreabierto una pequeña rendija y asomaban tesoros asombrosos. Le parecía increíble que un hombre así estuviera dispuesto a hablar con ella. Tenía hermanas y mascotas, y en algún tiempo había vivido en el campo. Removía el té en círculos; las burbujas que flotaban y se agrupaban en la taza le parecían la imagen de la unión de sus mentes.

La conversación mientras tanto pasaba rozándola, y cuando Richard de pronto afirmó en tono jocoso: «Estoy seguro de que la señorita Vinrace tiene inclinaciones secretas hacia el catolicismo», no tuvo ni idea de qué responder, y Helen no pudo evitar reír ante el sobresalto que se le notó.

Sin embargo, el desayuno había terminado y Mrs. Dalloway se estaba levantando. — Siempre pienso que la religión es como coleccionar escarabajos — dijo, resumiendo la discusión mientras subía la escalera con Helen—. Una persona siente pasión por los escarabajos negros; otra no; discutir sobre eso no sirve de nada. ¿Y cuál es *su* escarabajo negro?

— Supongo que son mis hijos — dijo Helen.

— Ah, eso es diferente — exhaló Clarissa—. Cuénteme. Tiene un niño, ¿verdad? ¿No es detestable, dejarlos?

Era como si una sombra azul hubiera caído sobre un estanque. Sus ojos se volvieron más hondos y sus voces más cálidas. En lugar de reunirse con ellas cuando comenzaron a pasear por cubierta, Rachel se indignó con aquellas matronas prósperas que le hacían sentirse excluida de su mundo y huérfana de madre, y dando media vuelta las dejó bruscamente. Cerró de golpe la puerta de su cuarto y sacó su música. Era toda música antigua: Bach y Beethoven, Mozart y Purcell; las páginas amarillentas, el grabado áspero al tacto. En tres minutos estaba inmersa en una fuga muy difícil y muy clásica en la, y en su cara fue apareciendo una expresión distante, impersonal y peculiar, de completa absorción y de satisfacción ansiosa. Aquí tropezaba; allí vacilaba y tenía que volver a tocar el mismo compás; pero un hilo invisible parecía ensartar las notas, del que nacía una forma, un edificio. Estaba tan ensimismada en este trabajo — pues era realmente difícil encontrar el modo en que todos aquellos sonidos debían sostenerse juntos, y absorbía todas sus facultades — que no oyó llamar a la puerta. Esta se abrió de golpe con ímpetu, y Mrs. Dalloway estaba en la habitación, dejando la puerta abierta de modo que una franja de cubierta blanca y de mar azul aparecía por la abertura. La forma de la fuga de Bach se derrumbó.

— No me interrumpa — suplicó Clarissa—. La oí tocar y no pude resistirlo. ¡Me encanta Bach!

Rachel se ruborizó y manoseó torpemente los dedos en el regazo. Se puso de pie con torpeza.

— Es demasiado difícil — dijo.

— ¡Pero tocaba usted magníficamente! Debería haberme quedado fuera.

— No — dijo Rachel.

Retiró del sillón las *Cartas* de Cowper y *Cumbres Borrascosas*, invitando así a Clarissa a sentarse.

—¡Qué cuartito tan encantador! —dijo, mirando alrededor—. ¡Oh, las *Cartas* de Cowper! Nunca las he leído. ¿Son amenas?

—Bastante aburridas —dijo Rachel.

—Escribía muy bien, ¿verdad? —dijo Clarissa—; si a una le gusta ese tipo de cosas: frases acabadas y todo eso. ¡*Cumbres Borrascosas*! Ah, eso ya es más de mi gusto. ¡No podría existir sin las Brontë! ¿No las adora usted? Aunque, en conjunto, preferiría prescindir de ellas antes que de Jane Austen.

Por liviano y al azar que fuera su tono, sus maneras transmitían un grado extraordinario de simpatía y deseo de hacerse amiga.

—¿Jane Austen? No me gusta Jane Austen —dijo Rachel.

—¡Qué monstruo! —exclamó Clarissa—. A duras penas puedo perdonárselo. ¿Por qué?

—Porque es tan... tan... bueno, tan como una trenza apretada —titubeó Rachel.

—Ah, ya entiendo lo que quiere decir. Pero no estoy de acuerdo. Y usted tampoco lo estará cuando sea mayor. A su edad a mí solo me gustaba Shelley. Recuerdo haber llorado sobre sus poemas en el jardín.

Ha remontado ya la sombra de nuestra noche; la envidia, la calumnia, el odio, el dolor

¿lo recuerda?

no pueden ya alcanzarle ni atormentarle, libres del contagio de la lenta mancha del mundo.

¡Qué divino! ¡Y sin embargo qué tontería! —Lanzó una mirada ligera por la habitación—. Siempre pienso que lo que cuenta es *vivir*, no morir. Realmente respeto a algún viejo y polvoriento corredor de bolsa que ha pasado sus días sumando columna tras columna y volviendo trotando a su villa de Brixton con algún perro viejo que adora y una mujercita aburrida sentada al extremo de la mesa, y marchándose a Margate dos semanas, le aseguro que conozco a montones así; bueno, me parecen *de verdad* más no-

bles que los poetas a quienes todo el mundo venera precisamente porque son genios y mueren jóvenes. ¡Pero no espero que usted esté de acuerdo conmigo!

Le apretó el hombro a Rachel.

—Mmm —siguió citando—

la inquietud que los hombres llaman por error deleite

cuando tenga mi edad verá que el mundo está *atestado* de cosas deliciosas. Creo que la gente joven se equivoca tanto en eso: no dejarse ser feliz. A veces pienso que la felicidad es lo único que cuenta. No la conozco lo bastante para asegurarlo, pero adivinaría que quizá tiene usted cierta tendencia a... cuando una es joven y atractiva, ¡voy a decirlo!, *todo* está a sus pies. —Lanzó una mirada a su alrededor como diciendo: «No solo unos cuantos libros polvorientos y Bach.»

—Tengo ganas de hacer preguntas —continuó—. Me resulta usted tan interesante. Si soy impertinente, que me dé usted un bofetón.

—Y yo... yo también quiero hacer preguntas —dijo Rachel con tal seriedad que Mrs. Dalloway tuvo que reprimir una sonrisa.

—¿Le importa que caminemos? —dijo—. El aire es tan delicioso.

Lo olfateó como un caballo de carreras al salir y ponerse de pie en cubierta.

—¿No es maravilloso estar vivo? —exclamó, y pasó el brazo de Rachel por el suyo.

—¡Mire, mire! ¡Qué hermoso!

Las costas de Portugal empezaban a perder su consistencia; pero la tierra seguía siendo tierra, aunque a gran distancia. Podían distinguir los pequeños pueblos esparcidos en los pliegues de las colinas y el humo que se alzaba en la lejanía. Los pueblos parecían muy pequeños comparados con las grandes montañas púrpuras que los flanqueaban.

—Sinceramente —dijo Clarissa, tras mirar—, no me gustan los paisajes. Son demasiado inhumanos. —Siguieron caminando.



—¡Qué curioso! —continuó de manera impulsiva—. A esta misma hora de ayer no nos conocíamos. Yo estaba haciendo las maletas en una habitación de hotel pequeña y sofocante. No sabemos absolutamente nada la una de la otra, y sin embargo... ¡siento como si *la* conociera!

—Tiene usted hijos; su marido estuvo en el Parlamento...

—Usted nunca ha ido a un colegio, y vive...

—Con mis tías en Richmond.

—¿Richmond?

—Es que a mis tías les gusta el parque. Les gusta la tranquilidad.

—¡Y a usted no! ¡Lo entiendo! —rió Clarissa.

—Me gusta pasear sola por el parque; pero no... con los perros — terminó.

—No; y hay quienes *son* perros, ¿verdad? —dijo Clarissa, como si hubiera adivinado un secreto—. Pero no todo el mundo; oh, no, no todo el mundo.

—No todo el mundo —dijo Rachel, y se calló.

—Puedo imaginarme perfectamente paseando sola —dijo Clarissa—, pensando... en un mundito propio. Pero cómo lo disfrutará algún día.

—¿Disfrutará de pasear con un hombre? ¿Es eso lo que quiere decir? —dijo Rachel, mirando a Mrs. Dalloway con sus grandes ojos inquisidores.

—No pensaba en ningún hombre en particular —dijo Clarissa—. Pero lo hará.

—No. No me casaré nunca —decidió Rachel.

—Yo no estaría tan segura —dijo Clarissa. La mirada de soslayo que le dirigió le decía a Rachel que la encontraba atractiva aunque estuviera inexplicablemente divertida.

—¿Por qué se casa la gente? —preguntó Rachel.

—Eso es lo que va a averiguar usted —rió Clarissa.

Rachel siguió la dirección de sus ojos y vio que se posaban por un instante en la figura robusta de Richard Dalloway, que en ese momento estaba

encendiendo una cerilla en la suela de su bota, mientras Willoughby le explicaba algo que parecía interesarles mucho a los dos.

—No hay nada como ello —concluyó—. Cuénteme algo de los Ambrose. ¿O es que hago demasiadas preguntas?

—Me resulta fácil hablar con usted —dijo Rachel.

El breve esbozo de los Ambrose resultó, no obstante, bastante superficial y no contenía mucho más que el dato de que Mr. Ambrose era su tío.

—¿El hermano de su madre?

Cuando un nombre ha caído en desuso, el más leve roce lo delata. Mrs. Dalloway continuó:

—¿Se parece usted a su madre?

—No; ella era diferente —dijo Rachel.

La embargó un deseo intenso de contarle a Mrs. Dalloway cosas que nunca le había contado a nadie, cosas que ella misma no había llegado a comprender hasta ese momento.

—Me siento sola —empezó—. Quiero... —No sabía lo que quería, de modo que no pudo terminar la frase; pero el labio le tembló.

Pero Mrs. Dalloway parecía capaz de comprender sin palabras.

—Lo sé —dijo, poniendo de hecho un brazo sobre el hombro de Rachel—. Cuando yo tenía su edad también quería. Nadie me entendió hasta que conocí a Richard. Él me dio todo lo que necesitaba. Es hombre y mujer a la vez. —Sus ojos se posaron en Mr. Dalloway, apoyado en la barandilla, aún hablando—. No lo digo porque sea mi marido; veo sus defectos con más claridad que los de nadie. Lo que una busca en la persona con quien convive es que le exija dar siempre lo mejor de sí misma. ¡A veces me pregunto qué he hecho yo para ser tan feliz! —exclamó, y una lágrima le resbaló por la mejilla. Se la limpió, estrechó la mano de Rachel y exclamó:

—¡Qué buena es la vida! —En ese momento, de pie en la brisa fresca, con el sol sobre las olas y la mano de Mrs. Dalloway en su brazo, le pareció en efecto que la vida, que antes no tenía nombre, era infinitamente maravillosa y demasiado buena para ser verdad.

En eso pasó Helen por su lado y, al ver a Rachel del brazo con una desconocida relativa, con aspecto animado, se divirtió pero al mismo tiempo se irritó levemente. Pero enseguida se les unió Richard, que había tenido una conversación muy interesante con Willoughby y estaba de humor sociable.

—Observe mi panamá —dijo, tocando el ala del sombrero—. ¿Sabe usted, señorita Vinrace, todo lo que puede hacerse para propiciar el buen tiempo con la indumentaria adecuada? He decidido que es un caluroso día de verano; le advierto que nada de lo que usted diga me hará cambiar de opinión. Por lo tanto, me voy a sentar. Le aconsejo que siga mi ejemplo. — Tres sillas en fila les invitaban a sentarse.

Recostado, Richard contempló las olas.

—Ese azul es muy bonito —dijo—. Pero hay un poco en exceso. La variedad es esencial en un paisaje. Así, si tiene uno colinas, debería haber un río; si un río, colinas. La mejor vista del mundo, a mi juicio, es la de Boars Hill en un día despejado; ha de ser un día despejado, fíjese bien... ¿Una manta? Oh, gracias, querida...; en ese caso cuenta además con la ventaja de las asociaciones: el pasado.

—¿Quieres hablar, Dick, o te leo en voz alta?

Clarissa había traído un libro junto con las mantas.

—*Persuasion* —anunció Richard, examinando el volumen.

—Es para la señorita Vinrace —dijo Clarissa—. Nuestra adorada Jane no le gusta.

—Eso —si se me permite decirlo— es porque no la ha leído —dijo Richard—. Es incomparablemente la más grande escritora que tenemos.

—Es la más grande —continuó—, y por esta razón: no intenta escribir como un hombre. Todas las demás lo intentan; por eso no las leo.

—Presente usted sus argumentos, señorita Vinrace —prosiguió, juntando las yemas de los dedos—. Estoy dispuesto a dejarme convencer.

Esperó mientras Rachel intentaba en vano reivindicar a su sexo del menosprecio que él le imponía.

— Me temo que tiene razón — dijo Clarissa — . Suele tenerla; ¡el muy bribón!

— Traje *Persuasion* — continuó — porque pensé que era un poco menos trillada que las otras; aunque, Dick, no tiene sentido que *tú* presumas de saberte a Jane de memoria cuando siempre te queda dormido.

— Tras las fatigas de la legislación, merezco dormir — dijo Richard.

— No pienses en esos cañones — dijo Clarissa, viendo que su mirada, al recorrer las olas, seguía buscando la tierra pensativa — , ni en marinas, ni en imperios, ni en nada. — Dicho esto, abrió el libro y comenzó a leer:

— «Sir Walter Elliott, de Kellynch Hall, en Somersetshire, era un hombre que, para su propio entretenimiento, nunca tomaba ningún libro que no fuera el *Baronetage*»; ¿no conocen a Sir Walter?; «en él encontraba ocupación para las horas ociosas y consuelo para las de angustia.» Escribe bien, ¿verdad? «Allí...» — Siguió leyendo con una voz ligera y llena de humor. Estaba empeñada en que Sir Walter apartara la mente de su marido de los cañones de Gran Bretaña y lo condujera a un mundo exquisito, pintoresco, vivaz y levemente ridículo. Al cabo de un rato pareció que el sol se ponía en aquel mundo y que los perfiles se iban suavizando. Rachel levantó la vista para ver qué causaba el cambio. Los párpados de Richard se cerraban y se abrían; se abrían y se cerraban. Un sonoro resoplido nasal anunció que ya no hacía caso de las apariencias, que estaba profundamente dormido.

— ¡Triunfo! — susurró Clarissa al terminar una frase. De repente levantó la mano en señal de protesta. Un marinero vaciló; ella le dio el libro a Rachel y se levantó con ligereza para recibir el mensaje: «Mr. Grice quería saber si le convenía», etc. Ella le siguió. Ridley, que había rondado sin que le prestaran atención, se detuvo con un arranque, se paró en seco y, con un gesto de disgusto, se encaminó a grandes zancadas hacia su estudio. El político dormido quedó al cuidado de Rachel. Ella leyó una frase y luego le miró. Dormido, parecía un abrigo colgado al extremo de una cama; tenía todas las arrugas, y las mangas y los pantalones conservaban su forma aunque ya no los rellenaran brazos ni piernas. Así es como mejor se aprecia la antigüedad y el estado de un abrigo. Le recorrió de arriba abajo con la vista hasta que le pareció que él tenía que protestar.

Tendría unos cuarenta años; aquí había arrugas en torno a los ojos, y allá unas curiosas hendiduras en las mejillas. Algo ajado parecía, pero tenaz y en la plenitud de la vida.

—Hermanas y un lirón y unos canarios —murmuró Rachel sin apartar los ojos de él—. Me pregunto, me pregunto. —Se interrumpió, con la barbilla en la mano, siguiendo mirándole. Una campana repicó a su espalda, y Richard levantó la cabeza. Luego abrió los ojos, que por un instante mostraron la expresión peculiar de quien tiene miopía y ha perdido las gafas. Necesitó un momento para recuperarse de la inconveniencia de haber roncado, y posiblemente gruñido, delante de una señorita. Despertarse y encontrarse solo con una también era algo levemente desconcertante.

—Supongo que me he quedado dormido —dijo—. ¿Qué ha sido de todo el mundo? ¿Y Clarissa?

—Mrs. Dalloway ha ido a ver los peces de Mr. Grice —respondió Rachel.

—Me lo podía imaginar —dijo Richard—. Es algo que ocurre con frecuencia. ¿Y cómo ha aprovechado usted el tiempo? ¿Se ha convertido?

—Creo que no he leído ni una línea —dijo Rachel.

—Es lo que yo siempre encuentro. Hay demasiadas cosas en que fijarse. A mí la naturaleza me estimula mucho. Mis mejores ideas me han venido al aire libre.

—¿Caminando?

—Caminando, a caballo, en yate... Supongo que las conversaciones más trascendentales de mi vida tuvieron lugar paseando por el gran patio de Trinity. Estudié en las dos universidades. Fue un capricho de mi padre. Creía que ampliaba la mente. Creo que tenía razón. Recuerdo... ¡qué lejos me parece aquello! cuando estaba sentando las bases de un estado futuro con quien hoy es secretario de Estado para la India. Nos creíamos muy inteligentes. No estoy seguro de que no lo fuéramos. Éramos felices, señorita Vinrace, y éramos jóvenes; dones que contribuyen a la sabiduría.

—¿Ha hecho usted lo que dijo que haría? —preguntó ella.

—¡Pregunta penetrante! Respondo: sí y no. Si por un lado no he logrado lo que me propuse lograr —¿quién lo logra?—, por otro puedo decir con

justicia esto: no he rebajado mi ideal.

Miró fijamente a una gaviota, como si su ideal volara en las alas del pájaro.

—Pero —dijo Rachel—, ¿cuál es *su* ideal?

—Ahí me pide usted demasiado, señorita Vinrace —dijo Richard con jovialidad.

Solo podía decir que quería saberlo, y Richard estaba suficientemente divertido para contestar.

—Bueno, ¿cómo responder? En una palabra: Unidad. Unidad de propósito, de dominio, de progreso. La difusión de las mejores ideas por la mayor extensión posible.

—¿Los ingleses?

—Reconozco que los ingleses parecen, en conjunto, más blancos que la mayoría de los hombres, con un historial más limpio. Pero, Dios mío, no se lleve usted la idea de que no veo los inconvenientes; los horrores; las cosas innombrables que ocurren en nuestro propio seno. No tengo ilusiones. Pocas personas tienen, supongo, tan pocas ilusiones como yo. ¿Ha estado usted alguna vez en una fábrica, señorita Vinrace? No, supongo que no; he de decir que espero que no.

En cuanto a Rachel, apenas había recorrido una calle pobre, y siempre bajo la escolta del padre, de alguna doncella o de las tías.

—Iba a decir que si hubiera usted visto alguna vez la clase de cosas que ocurren a su alrededor, entendería lo que me empuja a mí y a hombres como yo a la política. Hace un momento me preguntó si había hecho lo que me propuse. Pues bien, cuando considero mi vida, hay un hecho del que me enorgullezco: gracias a mí, miles de chicas de Lancashire —y muchos miles más que vendrán detrás— pueden pasar una hora al día al aire libre que sus madres tenían que pasar ante los telares. Me enorgullezco más de eso, lo reconozco, que de haber escrito por añadidura toda la obra de Keats y de Shelley.

Le resultó doloroso a Rachel ser una de esas personas que escriben la obra de Keats y de Shelley. Le caía bien Richard Dalloway y se entusiasmaba al verle entusiasmarse. Parecía hablar en serio.

—¡Yo no sé nada! —exclamó.

—Es mucho mejor que no sepa usted nada —dijo él con tono paternal—; y se hace un flaco favor, estoy seguro. Toca usted muy bien, según me han dicho, y no me cabe duda de que ha leído un montón de libros muy eruditos.

Los halagos condescendientes de un hombre mayor ya no podían detenerla.

—Habla usted de unidad —dijo—. Debería hacerme entender.

—Nunca permito que mi esposa hable de política —dijo él en serio—. Por esta razón. Es imposible que los seres humanos, constituidos como están, luchan y tengan ideales al mismo tiempo. Si he conservado los míos, como me alegra decir que en gran medida he hecho, es gracias al hecho de que cada noche puedo volver a casa con mi esposa y encontrar que ha pasado el día haciendo visitas, tocando el piano, jugando con los niños, atendiendo el hogar, lo que sea; sus ilusiones no han sido destruidas. Ella me da ánimos para seguir. La tensión de la vida pública es muy grande —añadió.

Esto le hacía parecer un mártir maltrecho que entregara cada día parte del oro más fino al servicio de la humanidad.

—No alcanzo a comprender —exclamó Rachel— cómo lo hace nadie.

—Explíquese, señorita Vinrace —dijo Richard—. Es algo que quiero aclarar.

Su amabilidad era genuina, y ella decidió aprovechar la oportunidad que él le brindaba, aunque hablar con un hombre de tanto mérito y autoridad le acelerara el corazón.

—Me parece que es así —comenzó, esforzándose primero por evocar y luego por exponer sus temblorosas visiones privadas.

—Hay una viuda anciana en su cuarto, pongamos en las afueras de Leeds.

Richard inclinó la cabeza para mostrar que aceptaba la viuda.

—En Londres se pasa usted la vida hablando, escribiendo, sacando adelante proyectos de ley, prescindiendo de lo que parece natural. El resultado de todo ello es que ella va a su despensa y encuentra un poco más de té,

unos terrones de azúcar, o un poco menos de té y un periódico. Admito que viudas por todo el país hacen esto. Con todo, está la mente de la viuda; los afectos; esos los deja usted intactos. Pero malgasta los propios.

—Si la viuda va a su despensa y la encuentra vacía —respondió Richard—, su perspectiva espiritual, podemos admitirlo, se verá afectada. Si se me permite señalar los puntos débiles de su filosofía, señorita Vinrace, que tiene sus méritos, señalaría que un ser humano no es un conjunto de compartimentos, sino un organismo. La imaginación, señorita Vinrace; use usted la imaginación; ahí es donde fallan los jóvenes liberales. Conciba el mundo como un todo. En cuanto a su segundo argumento: cuando asevera usted que intentando poner la casa en orden en beneficio de las generaciones jóvenes estoy malgastando mis capacidades superiores, estoy totalmente en desacuerdo. No puedo concebir propósito más elevado que ser ciudadano del Imperio. Mírelo de este modo, señorita Vinrace: imagine el Estado como una maquinaria compleja; nosotros, los ciudadanos, somos piezas de esa maquinaria; algunos cumplen funciones más importantes; otros (quizá yo sea uno de ellos) sirven únicamente para conectar algún oscuro mecanismo, oculto a los ojos del público. Pero si el tornillo más insignificante falla en su misión, el correcto funcionamiento del conjunto queda en peligro.

Era imposible combinar la imagen de una viuda delgada y enlutada asomada a su ventana, ansiando tener a alguien con quien hablar, con la imagen de una maquinaria gigantesca, como las que se ven en South Kensington, golpeando, golpeando, golpeando. El intento de comunicación había fracasado.

—No parece que nos entendamos —dijo ella.

—¿Quiere que le diga algo que le va a enojar mucho? —respondió él.

—No me enojará —dijo Rachel.

—Pues bien: ninguna mujer posee lo que yo llamaría el instinto político. Tienen ustedes grandes virtudes; yo espero ser el primero en reconocerlo; pero nunca he conocido a una mujer que entendiera siquiera lo que se quiere decir con estadismo. Voy a enojarla todavía más. Espero no conocer nunca a tal mujer. Ahora bien, señorita Vinrace, ¿somos enemigos de por vida?



La vanidad, la irritación y un apremiante deseo de ser comprendida la impulsaron a hacer un nuevo intento.

—Bajo las calles, en las alcantarillas, en los cables, en los teléfonos, hay algo vivo; ¿es eso lo que quiere decir? En cosas como los carros de la basura y los hombres que reparan las carreteras. Eso se siente todo el tiempo cuando uno pasea por Londres y cuando abre un grifo y sale el agua.

—Exactamente —dijo Richard—. Entiendo que quiere decir que toda la sociedad moderna se basa en el esfuerzo cooperativo. ¡Si más gente se diera cuenta de eso, señorita Vinrace, habría menos viudas solitarias en sus pensiones!

Rachel lo consideró.

—¿Es usted liberal o conservador? —preguntó.

—Me llamo conservador por razones de conveniencia —dijo Richard, sonriendo—. Pero hay más puntos en común entre los dos partidos de lo que la gente suele reconocer.

Hubo una pausa que no provino, por parte de Rachel, de ninguna falta de cosas que decir; como de costumbre, no podía decirlas, y se sentía además desconcertada por el hecho de que el tiempo para hablar probablemente se agotara. La asaltaban ideas absurdas y confusas: cómo, si uno retrocedía lo suficiente en el tiempo, todo era quizá inteligible; todo tenía algo en común; pues los mamuts que pacían en los campos de Richmond High Street se habían convertido en adoquines y cajas llenas de cintas, y en sus tías.

—¿Dijo usted que de niño vivía en el campo? —preguntó.

Por toscas que parecieran sus maneras, Richard se sintió halagado. No cabía duda de que su interés era genuino.

—Así es —sonrió.

—¿Y qué pasó? —preguntó ella—. ¿O es que hago demasiadas preguntas?

—Me halaga, se lo aseguro. Pero... a ver, ¿qué pasó? Pues equitación, lecciones, hermanas. Había un basurero encantado, lo recuerdo, donde ocurrían toda clase de cosas raras. ¡Qué curioso, las cosas que impresionan a los niños! Todavía hoy recuerdo el aspecto de aquel sitio. Es un error creer que

los niños son felices. No lo son; son desgraciados. Nunca he sufrido tanto como de niño.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—No me llevaba bien con mi padre —dijo Richard escuetamente—. Era un hombre muy capaz, pero duro. Bueno..., eso hace que uno esté determinado a no pecar de ese modo. Los niños no olvidan las injusticias. Perdonan muchísimas cosas que ofenden a los adultos; pero ese pecado es imperdonable. Eso sí, debo reconocer que yo debí de ser un niño difícil de manejar; pero cuando pienso en lo que estaba dispuesto a dar... No, fue más lo que padecí que lo que hice padecer. Luego fui al colegio, donde me fue bastante bien; y después, como digo, mi padre me mandó a las dos universidades... ¿Sabe usted, señorita Vinrace, que me ha hecho pensar? ¡Qué poco puede uno contarle a alguien sobre su propia vida! Aquí estoy yo sentado; ahí está usted; los dos repletos, no lo dudo, de las experiencias, ideas y emociones más interesantes; pero ¿cómo comunicarlas? Le he contado lo que cualquier segunda persona que uno encuentre podría contarle.

—No creo que sea así —dijo ella—. Está en el modo de decir las cosas, ¿verdad? No en las cosas en sí.

—Verdad —dijo Richard—. Perfectamente verdad. —Hizo una pausa—. Cuando miro atrás sobre mi vida —tengo cuarenta y dos años—, ¿cuáles son los grandes hechos que destacan? ¿Cuáles fueron las revelaciones, si se me permite llamarlas así? La miseria de los pobres y... —vaciló y se lanzó al vacío— ¡el amor!

Al pronunciar esa palabra bajó la voz; era una palabra que parecía desvelar el cielo para Rachel.

—Es algo extraño decírselo a una señorita —continuó—. Pero ¿tiene usted alguna idea de... lo que quiero decir con eso? No, claro que no. No lo uso en el sentido convencional. Lo uso como lo usan los hombres jóvenes. A las chicas las mantienen en una gran ignorancia, ¿verdad? Quizá sea lo más sensato..., quizá... ¿Usted *no* lo sabe?

Habló como si hubiera perdido conciencia de lo que estaba diciendo.

—No; no lo sé —dijo ella, hablando apenas por encima de un susurro.

—¡Dick, barcos de guerra! ¡Allí! ¡Mira! —Clarissa, liberada de Mr. Grice, tras haber admirado todas sus altas marinas, se deslizó hacia ellos gesticulando.

Había divisado dos siniestros buques grises, bajos en el agua y lisos como hueso, siguiendo el uno al otro de cerca con el aspecto de bestias sin ojos que buscan su presa. La conciencia regresó a Richard al instante.

—¡Caramba! —exclamó, y se quedó de pie haciendo visera con la mano.

—¿Los nuestros, Dick? —dijo Clarissa.

—La Flota del Mediterráneo —respondió él.

El *Euphrosyne* arriaba lentamente su bandera. Richard se quitó el sombrero. Convulsivamente Clarissa apretó la mano de Rachel.

—¿A que está orgullosa de ser inglesa? —dijo.

Los barcos de guerra pasaron de largo, proyectando sobre las aguas una curiosa sensación de disciplina y tristeza, y no fue hasta que volvieron a ser invisibles que la gente se habló con naturalidad. En el almuerzo, toda la conversación giró en torno al valor y a la muerte, y a las magníficas cualidades de los almirantes británicos. Clarissa citó a un poeta, Willoughby a otro. La vida a bordo de un buque de guerra era espléndida, convinieron todos, y los marineros, siempre que uno los trataba, resultaban de lo más agradables y sencillos.

Siendo así, a nadie le agradó que Helen observara que le parecía tan injusto tener marineros como tener un zoológico, y que en cuanto a morir en un campo de batalla, ya era hora de que dejáramos de alabar el valor; «o de escribir mala poesía sobre ello», gruñó Pepper.

Pero Helen estaba realmente preguntándose por qué Rachel, sentada en silencio, tenía aquel aspecto tan raro y encendido.

## CAPÍTULO V

Sin embargo, no pudo continuar con sus observaciones ni llegar a ninguna conclusión, pues por uno de esos accidentes a los que el mar es tan propenso, todo el curso de sus vidas quedó trastocado de golpe.

Ya en el té, el suelo se alzaba bajo sus pies y volvía a hundirse, y en la cena el barco parecía gemir y tensarse como bajo el golpe de un látigo. Ella, que había sido un robusto caballo de tiro sobre cuyos cuartos traseros unos pierrot bien podrían haber bailado un vals, se convirtió en un potro en medio de un campo. Los platos se escoraban alejándose de los cuchillos, y el rostro de Mrs. Dalloway palideció un instante al servirse y ver las patatas rodar de un lado a otro. Willoughby, por supuesto, ensalzó las virtudes del barco y citó lo que habían dicho de él expertos y distinguidos pasajeros, pues amaba lo que le pertenecía. Aun así, la cena transcurrió con incomodidad, y en cuanto las damas se quedaron solas, Clarissa reconoció que estaría mejor en cama y se fue, sonriendo con valor.

A la mañana siguiente la tormenta se había abatido sobre ellos, y no había cortesía capaz de ignorarla. Mrs. Dalloway permaneció en su camarote. Richard afrontó tres comidas comiendo con gallardía en cada una; pero en la tercera, unos espárragos glaseados que nadaban en aceite acabaron por vencerle.

—Esto me supera —dijo, y se retiró.

—Y de nuevo solos —observó William Pepper, mirando en torno a la mesa; pero nadie estaba dispuesto a entablar conversación con él, y la comida terminó en silencio.

Al día siguiente se encontraban unos a otros como se encuentran en el aire las hojas que vuelan. No estaban mareados; pero el viento los empujaba con violencia hacia los camarotes, los precipitaba escaleras abajo. Se cruzaban jadeantes en cubierta; se gritaban a través de las mesas. Llevaban abrigos de piel, y Helen no se dejaba ver sin un pañuelo atado a la cabeza. Para mayor comodidad se refugiaban en sus camarotes, donde, con los pies bien afianzados, dejaban que el barco botase y diera tumbos. Sus sensaciones eran las de las patatas en un saco sobre el lomo de un caballo al galope. El mundo exterior no era más que un tumulto gris y violento. Durante dos días gozaron de un descanso perfecto de sus viejas emociones. Rachel conservaba apenas la consciencia suficiente para imaginarse un asno en la cumbre de un páramo bajo una tormenta de granizo, con el pelaje encrespado en surcos por el viento; luego se convirtió en un árbol raquítico, azotado sin tregua por el salobre viento del Atlántico.

Helen, en cambio, se tambaleó hasta la puerta de Mrs. Dalloway, llamó, no pudo ser oída por el golpeteo de las puertas y el batir del viento, y entró.

Había palanganas, naturalmente. Mrs. Dalloway yacía recostada a medias sobre la almohada y no abrió los ojos. Luego murmuró:

—Oh, Dick, ¿eres tú?

Helen gritó —pues acababa de ser arrojada contra el lavabo—:

—¿Cómo estás?

Clarissa abrió un ojo. Le confería un aspecto increíblemente disoluto.

—¡Horrible! —jadeó. Tenía los labios blancos por dentro.

Plantando bien los pies, Helen se las arregló para verter champán en un vaso en el que había un cepillo de dientes.

—Champán —dijo.

—Hay un cepillo de dientes —murmuró Clarissa, y sonrió; bien podría haber sido la mueca de alguien que llora. Bebió.

—Asqueroso —susurró, señalando las palanganas. En su rostro aún centelleaban vestigios de humor, como luz de luna.

—¿Quieres más? —gritó Helen. Las palabras habían vuelto a quedar fuera del alcance de Clarissa. El viento tumbó el barco, haciéndolo esco-

rarse. Pálidas agonías cruzaban el cuerpo de Mrs. Dalloway en oleadas. Cuando las cortinas aleteaban, unos resplandores grises pulsaban sobre ella. Entre los espasmos de la tormenta, Helen aseguró la cortina, sacudió las almohadas, estiró la ropa de cama y refrescó las aletas de la nariz y la frente con agua de colonia fría.

— ¡Qué buena *eres*! —jadeó Clarissa—. ¡Qué horror de suciedad!

Intentaba disculparse por la ropa interior blanca que había caído y quedado esparcida por el suelo. Por un segundo abrió un solo ojo y vio que el camarote estaba ordenado.

— Así está bien —jadeó.

Helen la dejó; desde muy, muy lejos, supo que sentía una especie de afecto por Mrs. Dalloway. No podía evitar admirar su entereza y su deseo, incluso en medio de los tormentos del mareo, de tener el dormitorio en orden. Sin embargo, las enaguas de Helen le habían subido por encima de las rodillas.

De pronto la tormenta aflojó su presa. Ocurrió durante el té; el esperado paroxismo de la ráfaga cedió justo en su punto álgido y fue amainando, y el barco, en lugar de hundirse como de costumbre, avanzó con estabilidad. El ritmo monótono de hundirse y ascender, bramar y aflojar, quedó interrumpido, y todos en la mesa levantaron la vista y sintieron que algo se soltaba en su interior. La tensión se distendió y los sentimientos humanos empezaron a asomar de nuevo, como cuando la luz del día aparece al fondo de un túnel.

— Ven a dar una vuelta conmigo —llamó Ridley a Rachel desde el otro extremo.

— ¡Insensatos! —exclamó Helen, pero ellos subieron a tumbos por la escalerilla. Ahogados por el viento, el ánimo les subió de golpe, pues en los bordes de todo aquel gris tumulto se adivinaba una mancha dorada y brumosa. Al instante el mundo recuperó su forma; ya no eran átomos errantes en el vacío, sino personas que navegaban a bordo de un barco triunfal sobre el lomo del mar. El viento y la inmensidad quedaron desterrados; el mundo flotaba como una manzana en una tina, y el espíritu humano, que también había estado a la deriva, volvió a anclarse en las viejas certezas.

Tras dar dos vueltas a trompicones alrededor del barco y recibir del viento buen número de manotazos sonoros, vieron el rostro de un marinero bril-

lar con un dorado rotundo. Miraron y contemplaron un círculo amarillo y perfecto de sol; al minuto siguiente lo atravesaban jirones de nubes a la deriva, y luego quedó por completo oculto. Sin embargo, a la hora del desayuno de la mañana siguiente el cielo estaba despejado del todo, las olas, aunque empinadas, eran azules, y después de su incursión en aquel extraño mundo subterráneo habitado por fantasmas, la gente comenzó a vivir entre teteras y barras de pan con mayor entusiasmo que nunca.

Richard y Clarissa, no obstante, seguían en tierra de nadie. Ella no intentó incorporarse; su marido se puso en pie, examinó el chaleco y los pantalones, movió la cabeza y volvió a tumbarse. El interior de su cerebro aún subía y bajaba como el mar de un escenario. A las cuatro se despertó del sueño y vio cómo la luz del sol dibujaba un vivo ángulo sobre las cortinas de felpa roja y los pantalones de tweed gris. El mundo ordinario de fuera se fue deslizando en su mente, y para cuando estuvo vestido volvía a ser un caballero inglés.

Se puso junto a su mujer. Ella lo atrajo hacia sí tirándole de la solapa, lo besó y lo tuvo sujeto un momento.

— Ve a tomar el aire, Dick —dijo—. Tienes un aspecto agotado... ¡Qué bien hueles!... Y sé amable con esa mujer. Fue muy buena conmigo.

Acto seguido, Mrs. Dalloway se volvió hacia el lado frío de la almohada, terriblemente deshecha pero todavía invencible.

Richard encontró a Helen charlando con su cuñado ante dos fuentes de bizcocho amarillo y pan con mantequilla bien untado.

— ¡Tiene un aspecto horrible! —exclamó ella al verle—. Venga a tomar el té.

Él reparó en que las manos que se movían entre las tazas eran hermosas.

— Tengo entendido que fue usted muy amable con mi mujer —dijo—. Lo ha pasado francamente mal. Vino a verla y la alimentó con champán. ¿Se contó usted entre los salvados?

— ¿Yo? Oh, no me he mareado en veinte años... mareo de mar, quiero decir.

— Hay tres fases en la convalecencia, suelo decir siempre —interrumpió la voz campechana de Willoughby—. La fase de la leche, la fase del pan

con mantequilla y la fase del rosbif. Yo diría que usted está en la del pan con mantequilla. — Y le pasó la fuente.

— Ahora le aconsejaría un té copioso, luego un paseo vivo por cubierta, y a la hora de la cena pedirá la carne a voces, ¿verdad? — Se fue riendo, disculpándose por sus obligaciones.

— ¡Qué hombre tan magnífico! — dijo Richard —. Siempre entusiasmado con algo.

— Sí — dijo Helen —, siempre ha sido así.

— Es una gran empresa la suya — continuó Richard —. Un negocio que no se limitará a los barcos, creo yo. Lo veremos en el Parlamento, o mucho me equivoco. Es el tipo de hombre que necesitamos allí: un hombre que ha hecho cosas.

Pero Helen no sentía gran interés por su cuñado.

— Supongo que le duele la cabeza, ¿verdad? — preguntó, mientras volvía a llenar una taza.

— Pues sí — dijo Richard —. Es humillante descubrir hasta qué punto somos esclavos del cuerpo en este mundo. ¿Sabe que yo nunca puedo trabajar sin una tetera al fuego? Muchas veces no llego a tomar el té, pero necesito saber que puedo hacerlo si me apetece.

— Eso le sienta muy mal — dijo Helen.

— Le acorta a uno la vida; pero me temo, Mrs. Ambrose, que quienes nos dedicamos a la política hemos de resignarnos a ello desde el principio. Hay que quemar la vela por los dos extremos, o...

— ¡Le sale el tiro por la culata! — dijo Helen alegremente.

— No consigue usted tomarnos en serio, Mrs. Ambrose — protestó él —. ¿Me permite preguntar en qué ha ocupado usted el tiempo? ¿Leyendo... filosofía? — Vio el libro negro —. ¡Metafísica y pesca! — exclamó —. Si tuviera que vivir de nuevo, creo que me dedicaría a una o a la otra. — Y empezó a pasar páginas.

— «El bien, pues, es indefinible» — leyó en voz alta —. ¡Qué reconfortante saber que esto sigue ahí! «Que yo sepa, solo hay un filósofo moral, el profesor Henry Sidgwick, que ha reconocido y formulado claramente este



hecho.» Es exactamente el tipo de cosas de las que hablábamos cuando éramos jóvenes. Recuerdo haber discutido hasta las cinco de la mañana con Duffy —hoy Secretario para la India— dando vueltas y más vueltas a aquellos claustros, hasta que decidimos que era demasiado tarde para acostarse y salimos a dar un paseo a caballo. Si llegamos alguna vez a una conclusión... eso ya es otro asunto. Pero lo que importa es el debate. Son cosas así las que perduran en la vida. Nada ha sido tan vívido desde entonces. Son los filósofos, los eruditos —continuó—, quienes pasan la antorcha, quienes mantienen encendida la luz por la que vivimos. Dedicarse a la política no ciega a uno necesariamente ante eso, Mrs. Ambrose.

—No. ¿Por qué habría de hacerlo? —dijo Helen—. Pero ¿recuerda si su mujer toma azúcar?

Cogió la bandeja y se la llevó a Mrs. Dalloway.

Richard se enrolló una bufanda dos veces al cuello y subió a duras penas a cubierta. Su cuerpo, que se había vuelto blanco y sensible en la penumbra del camarote, hormigueó por entero en el aire fresco. Se sentía un hombre sin duda en la plenitud de la vida. El orgullo le brillaba en los ojos mientras dejaba que el viento lo azotase y se mantenía firme. Con la cabeza ligeramente agachada esquivaba los recodos, remontaba la pendiente a zancadas y afrontaba la ventolera de frente. Hubo una colisión. Por un segundo no alcanzó a ver qué cuerpo era aquel con el que había chocado. «Perdón.» «Perdón.» Era Rachel quien se disculpó. Los dos rieron, demasiado zaran-deados por el viento para hablar. Ella empujó la puerta de su camarote y entró en la calma que reinaba dentro. Para poder hablar con ella, Richard tuvo que seguirla. Se encontraron en un torbellino de viento; los papeles empezaron a volar en círculos, la puerta se cerró de un golpe, y cayeron riendo en las sillas. Richard se sentó sobre Bach.

—¡Cielos, qué temporal! —exclamó.

—Imponente, ¿verdad? —dijo Rachel. Ciertamente, la lucha con el viento le había dado una determinación que le faltaba; tenía las mejillas encendidas y el cabello suelto.

—¡Oh, qué divertido! —exclamó él—. ¿Qué tengo debajo? ¿Es este su camarote? ¡Qué bien! —Ahí... siéntese ahí —ordenó ella. Cowper volvió a resbalar.

—Qué agradable volver a vernos —dijo Richard—. Parece una eternidad. ¿*Las Cartas de Cowper*?... ¿Bach?... ¿*Cumbres Borrascosas*?... ¿Es aquí donde medita sobre el mundo y luego sale a poner en aprietos a los pobres políticos con sus preguntas? En los intervalos del mareo he pensado mucho en nuestra conversación. Se lo aseguro, me hizo reflexionar.

—¿Que yo le hice reflexionar? ¿Por qué?

—¿Qué icebergs solitarios somos, Miss Vinrace! ¿Qué poco nos comunicamos! Hay muchas cosas de las que me gustaría hablarle... conocer su opinión. ¿Ha leído a Burke?

—¿Burke? —repitió ella—. ¿Quién era Burke?

—¿No? Pues entonces me comprometo a enviarle un ejemplar. ¿*El discurso sobre la Revolución Francesa*? ¿*La rebelión americana*? ¿Cuál será, me pregunto? —Anotó algo en su agenda—. Y entonces deberá escribirme y contarme qué le parece. ¿Esta reticencia, este aislamiento: ese es el mal de la vida moderna! Ahora, hableme de usted. ¿Cuáles son sus intereses y ocupaciones? Me imagino que es una persona con intereses muy marcados. ¡Claro que lo es! ¡Dios mío! Cuando pienso en la época que vivimos, con sus oportunidades y posibilidades, la cantidad de cosas que hay que hacer y gozar... ¿Por qué no tenemos diez vidas en lugar de una? Pero, volviendo a usted...

—Verá, soy mujer —dijo Rachel.

—Lo sé, lo sé —dijo Richard, echando la cabeza hacia atrás y pasándose los dedos por los ojos.

—¿Qué extraño ser mujer! Una mujer joven y hermosa —continuó con solemnidad— tiene el mundo a sus pies. Eso es cierto, Miss Vinrace. Tiene usted un poder inestimable, para el bien o para el mal. Lo que no podría usted llegar a... —y se interrumpió.

—¿Qué? —preguntó Rachel.

—Tiene usted belleza —dijo él. El barco dio una sacudida. Rachel se inclinó ligeramente hacia delante. Richard la tomó entre sus brazos y la besó. Sujetándola con fuerza, la besó con pasión, de modo que ella sintió la dureza de aquel cuerpo y la aspereza de aquella mejilla grabadas en la suya. Cayó de nuevo en la silla con violentos latidos del corazón, cada uno de los

cuales le enviaba oleadas negras a los ojos. Él se apretó la frente con las manos.

—Me tienta usted —dijo. El tono de su voz era aterrador. Parecía ahogado de miedo. Ambos temblaban. Rachel se levantó y salió. Tenía la cabeza fría, las rodillas le flaqueaban, y el dolor físico de la emoción era tan intenso que solo podía mantenerse en movimiento por encima de los grandes saltos de su corazón. Se apoyó en la barandilla del barco y fue dejando de sentir poco a poco, pues un frío del cuerpo y del alma se fue apoderando de ella. Mar adentro, entre las olas, unos pequeños pájaros marinos blancos y negros cabeceaban sobre el agua. Subiendo y bajando con movimientos suaves y gráciles en los huecos de las olas, parecían singularmente ajenos a todo y despreocupados.

—Vosotros sí que estáis en paz —dijo. También ella fue quedándose en paz, y al mismo tiempo la invadió una extraña exaltación. La vida parecía albergar posibilidades infinitas que jamás había sospechado. Se apoyó en la barandilla y contempló las turbias aguas grises, donde la luz del sol centelleaba de forma intermitente sobre las crestas de las olas, hasta que el frío la dejó absolutamente serena. Con todo, algo maravilloso había ocurrido.

En la cena, sin embargo, no se sentía exaltada, sino simplemente incómoda, como si ella y Richard hubieran contemplado juntos algo que en la vida ordinaria permanece oculto, de modo que ninguno de los dos se atrevía a mirarse. Richard le lanzó una vez una mirada huidiza y llena de malestar, y no volvió a mirarla. Se fabricaron tópicos formales con esfuerzo, pero Willoughby estaba encendido.

—¡Carne para Mr. Dalloway! —gritó—. ¡Vamos, después de ese paseo ya estás en la fase del rosbif, Dalloway!

Vinieron a continuación historias masculinas prodigiosas sobre Bright y Disraeli y los gobiernos de coalición, historias portentosas que hacían que los comensales parecieran insignificantes y borrosos. Después de cenar, sentada a solas con Rachel bajo la gran lámpara oscilante, a Helen le llamó la atención su palidez. Una vez más le vino la impresión de que había algo extraño en el comportamiento de la muchacha.

—Pareces cansada. ¿Estás cansada? —preguntó.

—Cansada no —dijo Rachel—. Oh, sí, supongo que sí estoy cansada.

Helen le aconsejó que se acostara, y ella se fue, sin volver a ver a Richard. Debía de estar muy cansada, pues se quedó dormida de inmediato; pero después de una hora o dos de sueño sin sueños, soñó. Soñó que caminaba por un túnel largo que iba estrechándose por grados hasta que podía tocar con las manos los ladrillos húmedos de ambos lados. Al final el túnel se abrió y se convirtió en una bóveda; se encontró atrapada en ella, con ladrillos allá donde se volviera, a solas con un hombrecillo deforme que estaba en cuclillas en el suelo, mascullando palabras ininteligibles, con las uñas largas. Tenía el rostro picado y parecido al de un animal. La pared que había detrás de él rezumaba humedad, que se iba acumulando en gotas y resbalando hacia abajo. Yacía inmóvil y fría como la muerte, sin atreverse a moverse, hasta que rompió la agonía arrojándose de un lado al otro de la cama, y se despertó gritando: «¡Oh!»

La luz le mostró las cosas familiares: su ropa, caída de la silla; el agua-manil brillando en blanco; pero el horror no se disipó enseguida. Se sintió perseguida, de modo que se levantó y echó de verdad el cerrojo de la puerta. Una voz gemía llamándola; unos ojos la deseaban. Durante toda la noche hombres bárbaros acosaron el barco; bajaban arrastrando los pies por los pasillos y se detenían a olfatear junto a su puerta. No pudo volver a dormirse.

## CAPÍTULO VI

— ¡Ésa es la tragedia de la vida, como siempre digo! —exclamó Mrs. Dalloway—. Empezar las cosas y tener que ponerles fin. Aunque yo no pienso dejar que *ésta* acabe, si usted está dispuesta. —Era por la mañana, el mar estaba en calma, y el barco había vuelto a fondear no lejos de otra orilla.

Iba vestida con su largo abrigo de pieles, los velos enrollados en torno a la cabeza, y los lujosos baúles apilados unos sobre otros, de modo que la escena de unos días atrás parecía repetirse.

— ¿Cree usted que alguna vez nos veremos en Londres? —dijo Ridley con ironía—. Para cuando desembarque ahí habrá olvidado todo lo que sabía de mí.

Señaló hacia la orilla de la pequeña bahía, donde ya podían distinguirse los árboles con sus ramas en movimiento.

— ¡Qué antipático es usted! —rió ella—. Rachel vendrá a verme de todas formas, en cuanto regresen ustedes —añadió, estrechándole el brazo a Rachel—. ¡Ahora ya no tiene excusa!

Con un lapicero de plata escribió su nombre y su dirección en la guarda de *Persuasión* y le tendió el libro a Rachel. Los marineros cargaban el equipaje al hombro y la gente empezaba a congregarse. Estaban el capitán Cobbold, Mr. Grice, Willoughby, Helen y un oscuro hombre agradecido con un jersey azul.

— Oh, ya es la hora —dijo Clarissa—. Bueno, adiós. *De verdad* que me cae usted bien —murmuró mientras besaba a Rachel. La gente que había en medio impidió que Richard le tendiera la mano; se las arregló para mirarla

con suma rigidez durante un segundo antes de seguir a su mujer escalerilla abajo.

La barca se separó del barco y se dirigió hacia tierra, y durante unos minutos Helen, Ridley y Rachel se quedaron apoyados en la borda contemplando la escena. Mrs. Dalloway se volvió una vez y saludó con la mano; pero la embarcación fue haciéndose más y más pequeña hasta que dejó de subir y bajar con las olas, y nada pudo verse salvo dos espaldas resueltas.

— Bueno, ya está — dijo Ridley tras un largo silencio —. No volveremos a verlos *jamás* — añadió, girándose para ir a sus libros. Les invadió una sensación de vacío y melancolía; sabían en su fuero interno que todo había concluido, que se habían separado para siempre, y ese conocimiento los sumió en una depresión muy superior a la que habría podido justificar la brevedad del trato. Incluso mientras la barca se alejaba, sentían que otras imágenes y otros sonidos empezaban a ocupar el lugar de los Dalloway, y la sensación era tan desagradable que trataron de resistirla. Porque así, también, serían ellos olvidados.

Del mismo modo que Mrs. Chailey, en el piso de abajo, barría los pétalos de rosa marchitos del tocador, Helen se sentía impulsada a poner las cosas en orden después de que los visitantes se hubiesen ido. La evidente languidez e indolencia de Rachel la convertía en presa fácil y, de hecho, Helen había urdido una especie de trampa. Que algo había ocurrido lo tenía ya prácticamente por seguro; y es que, además, había llegado a la conclusión de que llevaban demasiado tiempo siendo unas desconocidas; quería saber cómo era la muchacha, en parte, claro está, porque Rachel no mostraba ninguna disposición a dejarse conocer. Así pues, al apartarse de la borda, dijo:

— Ven a hablar conmigo en vez de ponerte a practicar — y la condujo hasta el lado resguardado de cubierta donde las tumbonas se extendían al sol. Rachel la siguió con indiferencia. Su mente estaba absorbida por Richard; por la extrema rareza de lo ocurrido, y por un millar de sentimientos de los que hasta entonces no había tenido conciencia. Apenas hizo el menor intento de escuchar lo que Helen decía, mientras Helen se entregaba a los lugares comunes para romper el hielo. Mientras Mrs. Ambrose disponía su bordado, chupaba la seda y enhebraba la aguja, Rachel yacía recostada con la mirada fija en el horizonte.

—¿Te gustaron esas personas? —le preguntó Helen con despreocupación.

—Sí —respondió ella, vacía.

—Hablaste con él, ¿verdad?

Rachel guardó silencio un momento.

—Me besó —dijo sin cambiar el tono.

Helen se sobresaltó, la miró, pero no logró descifrar lo que sentía.

—M-m-m... sí —dijo tras una pausa—. Ya me imaginaba que era ese tipo de hombre.

—¿Qué tipo de hombre? —dijo Rachel.

—Pomposo y sentimental.

—A mí me gustaba —dijo Rachel.

—¿De modo que no te importó?

Por primera vez desde que Helen la conocía, los ojos de Rachel se encendieron con brillo.

—Sí que me importó —dijo con vehemencia—. Tuve sueños. No pude dormir.

—Cuéntame qué pasó —dijo Helen. Tuvo que esforzarse por no sonreír mientras escuchaba el relato de Rachel. Salió a borbotones, con gran seriedad y sin el menor sentido del humor.

—Hablamos de política. Me contó lo que había hecho por los pobres en algún sitio. Yo le hice toda clase de preguntas. Me habló de su propia vida. Anteayer, después de la tormenta, vino a verme. Ocurrió entonces, de repente. Me besó. No sé por qué. —Al hablar se fue ruborizando—. Me alteré bastante —prosiguió—. Pero no me importó hasta después; cuando... —hizo una pausa y volvió a ver la figura del hombrecillo hinchado— ... me entró el terror.

Por la expresión de sus ojos era evidente que el terror había vuelto. Helen no sabía en verdad qué decir. Por lo poco que sabía de la crianza de Rachel, suponía que la habían mantenido en la más completa ignorancia acerca de las relaciones entre hombres y mujeres. Con una timidez que sentía ante las

mujeres y no ante los hombres, no se atrevía a explicarle llanamente en qué consistían. Por eso optó por el otro camino y quitó importancia al asunto.

—Oh, bueno —dijo—. Era un hombre bastante necio, y si fuera tú no le daría más vueltas.

—No —dijo Rachel, incorporándose de golpe—. No voy a hacer eso. Voy a pensar en ello todo el día y toda la noche hasta descubrir exactamente qué significa.

—¿Es que no lees nunca? —preguntó Helen con cautela.

—*Las Cartas de Cowper*... ese tipo de cosas. Me las busca mi padre o mis tías.

Helen tuvo que contenerse para no decir en voz alta lo que pensaba de un hombre que criaba a su hija de tal manera que a los veinticuatro años apenas sabía que los hombres desean a las mujeres y se aterrorizaba ante un beso. Tenía sobrados motivos para temer que Rachel se hubiera puesto en una situación increíblemente ridícula.

—¿Conoces a muchos hombres? —preguntó.

—A Mr. Pepper —respondió Rachel con ironía.

—¿De modo que nadie ha querido nunca casarse contigo?

—No —contestó con ingenuidad.

Helen reflexionó que, dado que, según sus propias palabras, Rachel se pondría sin duda a darle vueltas a todo aquello, quizá lo mejor fuera ayudarla.

—No deberías asustarte —dijo—. Es lo más natural del mundo. Los hombres querrán besarte, igual que querrán casarse contigo. El error está en perder el sentido de la proporción. Es como fijarse en los ruidos que hace la gente al comer, o en los hombres que escupen; o, en fin, cualquier pequeñez que acaba por sacar de quicio.

Rachel parecía no prestar atención a estas observaciones.

—Dime —dijo de pronto—, ¿quiénes son esas mujeres que hay en Piccadilly?

—¿En Piccadilly? Son prostitutas —dijo Helen.



—Es *aterrador*, es *repugnante* —afirmó Rachel, como si incluyera a Helen en ese odio.

—Lo es —dijo Helen—. Pero...

—A mí él me gustaba —murmuró Rachel, como hablando consigo misma—. Quería hablar con él; quería saber qué había hecho. Las mujeres de Lancashire...

Al evocar la conversación, le pareció que había algo entrañable en Richard, algo bueno en aquel intento de amistad, y algo extrañamente lastimoso en la manera en que se habían despedido.

El ablandamiento de su ánimo no pasó inadvertido para Helen.

—Ya ves —dijo—, hay que aceptar las cosas como son; y si quieres tener amistad con los hombres debes correr riesgos. Personalmente —continuó, dejándose llevar por una sonrisa—, creo que merece la pena; a mí no me importa que me besen; es más, creo que estoy un poco celosa de que Mr. Dalloway te besara a ti y no a mí. Aunque —añadió— me aburrió considerablemente.

Pero Rachel no devolvió la sonrisa ni descartó el asunto como Helen pretendía. Su mente trabajaba muy deprisa, de manera inconsistente y dolorosa. Las palabras de Helen demolieron grandes bloques que habían estado allí siempre, y la luz que entró era fría. Después de permanecer un rato con la mirada fija, estalló:

—¡Entonces por eso no puedo andar sola!

A esa nueva luz vio su vida por primera vez como algo que se arrastraba y vivía cercado, conducido con cautela entre altos muros, aquí desviado, allá sumido en la oscuridad, embrutecido y lisiado para siempre —su vida, que era la única oportunidad que tenía—; un millar de palabras y actos se le volvieron transparentes de golpe.

—¡Porque los hombres son unas bestias! ¡Odio a los hombres! —exclamó.

—Creía que habías dicho que te gustaba —dijo Helen.

—Me gustaba, y me gustó que me besara —respondió, como si eso no hiciera más que añadir nuevas dificultades a su problema.

Helen se sorprendió al ver cuán genuinos eran tanto la conmoción como el problema, pero no se le ocurría manera de aliviar la dificultad salvo seguir hablando. Quería que su sobrina hablara, y así entender por qué ese político más bien soso, bondadoso y convincente había causado tan honda impresión en ella, pues a los veinticuatro años eso no parecía natural.

—¿Y te gustó también Mrs. Dalloway? —preguntó.

Al hablar vio que Rachel se ruborizaba; pues recordó algunas tonterías que había dicho, y además se le ocurrió que había tratado bastante mal a aquella mujer exquisita, dado que Mrs. Dalloway había dicho que amaba a su marido.

—Era bastante agradable, pero una criatura de poco seso —prosiguió Helen—. ¡Jamás he oído semejante disparate! Cháchara y más cháchara: el pescado, el alfabeto griego... sin escuchar una sola palabra de nadie... atiborrada de ideas estúpidas sobre cómo educar a los hijos... Cualquier día la prefiero a él. Era pomposo, pero al menos entendía lo que se le decía.

El encanto se desvaneció insensiblemente un poco, tanto de Richard como de Clarissa. Al fin y al cabo no habían sido tan maravillosos, vistos con ojos más maduros.

—Es muy difícil saber cómo es la gente —observó Rachel, y Helen vio con satisfacción que hablaba con más naturalidad—. Supongo que me dejé embaucar.

Eso era poco dudoso según Helen, pero se contuvo y dijo en voz alta:

—Hay que hacer experimentos.

—Y es que eran *agradables* —dijo Rachel—. Resultaban extraordinariamente interesantes. —Intentó evocar la imagen del mundo como una cosa viva que Richard le había dado, con tuberías como nervios y casas insalubres como manchas de piel enferma. Recordó sus palabras clave: Unidad, Imaginación, y vio de nuevo las burbujas que se juntaban en su taza de té mientras él hablaba de hermanas y canarios, de la infancia y de su padre, y su pequeño mundo se ensanchaba de manera prodigiosa.

—Pero no todas las personas te parecen igual de interesantes, ¿verdad? —preguntó Mrs. Ambrose.

Rachel explicó que hasta entonces la mayoría de las personas habían sido para ella símbolos; pero que cuando uno hablaba con ellos dejaban de ser símbolos y se convertían en... — ¡Podría escucharlos eternamente! — exclamó. Luego se levantó de un salto, desapareció escaleras abajo un momento y volvió con un grueso libro rojo.

— *Who's Who* — dijo, depositándolo sobre las rodillas de Helen y pasando las páginas — . Da breves biografías de personas; por ejemplo: «Sir Roland Beal; born 1852; parents from Moffatt; educated at Rugby; passed first into R.E.; married 1878 the daughter of T. Fishwick; served in the Bechuanaland Expedition 1884-85 (honourably mentioned). Clubs: United Service, Naval and Military. Recreations: an enthusiastic curler.»

Sentada en cubierta a los pies de Helen, siguió pasando páginas y leyendo biografías de banqueros, escritores, clérigos, marinos, cirujanos, jueces, profesores, estadistas, directores de periódico, filántropos, comerciantes y actrices; a qué clubes pertenecían, dónde vivían, qué deportes practicaban y cuántas hectáreas poseían.

Quedó absorta en el libro.

Helen, entretanto, daba puntadas en su bordado y reflexionaba sobre las cosas que habían dicho. Su conclusión era que le gustaría muchísimo enseñarle a su sobrina, si era posible, cómo vivir, o, como ella lo formulaba, cómo ser una persona razonable. Le parecía que algo fallaba en esa confusión entre la política y el hecho de besar a los políticos, y que una persona mayor debería poder ayudar.

— Estoy del todo de acuerdo — dijo — en que las personas son muy interesantes; solo que... — Rachel, con un dedo entre las páginas, levantó la vista con gesto interrogante.

— Solo que creo que debes ser más selectiva — concluyó — . Es una lástima encariñarse con gente que es, bueno, bastante mediocre, como los Dalloway, y darse cuenta después.

— ¿Pero cómo se sabe? — preguntó Rachel.

— La verdad es que no podría decírtelo — respondió Helen con franqueza, tras un momento de reflexión — . Tendrás que descubrirlo tú sola. Pero intenta... ¿Por qué no me llamas Helen? — añadió — . «Tía» es un nombre horrible. Nunca me gustaron mis tías.

—Me gustaría llamarte Helen —respondió Rachel.

—¿Te parezco muy poco comprensiva?

Rachel repasó los puntos que Helen sin duda no había llegado a entender; procedían en su mayor parte de la diferencia de casi veinte años que había entre ellas, lo cual hacía que Mrs. Ambrose pareciera demasiado irónica y distante ante algo de tanta trascendencia.

—No —dijo—. Hay cosas que naturalmente no entiendes.

—Naturalmente —convino Helen—. De modo que ahora puedes seguir adelante y ser una persona por cuenta propia —añadió.

La visión de su propia personalidad, de sí misma como algo real y eterno, distinto de todo lo demás, inabsoible, como el mar o el viento, destelló en la mente de Rachel, y una emoción profunda ante la idea de vivir se apoderó de ella.

—Puedo ser yo m-m-misma —tartamudeó—, a pesar de ti, a pesar de los Dalloway, y de Mr. Pepper, y de mi padre, y de mis tías, ¿a pesar de éstos?  
—Y pasó la mano por toda una página de estadistas y militares.

—A pesar de todos ellos —dijo Helen con gravedad. Luego depositó la aguja y explicó un plan que se le había ocurrido mientras hablaban. En vez de seguir navegando por el Amazonas hasta llegar a algún puerto tropical sulfuroso, donde uno tenía que permanecer en casa todo el día espantando insectos a abanicazos, lo sensato era sin duda pasar la temporada con ellos en su villa junto al mar, donde, entre otras ventajas, la propia Mrs. Ambrose estaría a mano para... —Al fin y al cabo, Rachel —se interrumpió—, es una tontería fingir que por haber veinte años de diferencia entre nosotras no podemos hablarnos como personas.

—No; porque nos gustamos —dijo Rachel.

—Sí —convino Mrs. Ambrose.

Ese hecho, junto con otros hechos, había quedado claro a lo largo de aquellos veinte minutos de conversación, aunque no habrían sabido explicar cómo habían llegado a esas conclusiones.

Fuera como fuese el modo en que llegaron a ellas, eran lo bastante serias como para llevar a Mrs. Ambrose, uno o dos días después, en busca de su

cuñado. Lo encontró sentado en su habitación trabajando, aplicando con autoridad un grueso lápiz azul a fajos de papel cebolla. Papeles a la izquierda y a la derecha, grandes sobres tan repletos de documentos que derramaban papeles sobre la mesa. Sobre él colgaba la fotografía de una cabeza de mujer. La necesidad de quedarse absolutamente quieta ante un fotógrafo londinense de barrio le había dado a los labios una pequeña contracción extraña, y los ojos, por la misma razón, parecían indicar que ella encontraba toda la situación ridícula. Era, sin embargo, la cabeza de una mujer singular e interesante, que sin duda se habría vuelto y se habría reído de Willoughby si hubiese podido cruzar con él la mirada; pero cuando él la miraba, suspiraba hondamente. En su mente, aquel trabajo suyo, las grandes fábricas de Hull que de noche parecían montañas, los barcos que cruzaban el océano con puntualidad, los proyectos para combinar esto y lo otro y levantar un sólido entramado industrial, todo era una ofrenda a ella; depositaba sus éxitos a sus pies y pensaba sin cesar en cómo educar a su hija para que Theresa pudiera estar orgullosa. Era un hombre muy ambicioso; y aunque, según pensaba Helen, no había sido especialmente amable con ella en vida, ahora creía que ella lo observaba desde el Cielo e inspiraba lo que en él había de bueno.

Mrs. Ambrose se disculpó por la interrupción y preguntó si podría hablarle de un plan que tenía. ¿Consentiría en dejar a su hija con ellos cuando desembarcaran, en vez de llevársela al Amazonas?

—Cuidaríamos mucho de ella —añadió—, y nos alegraría de verdad tenerla.

Willoughby se puso muy serio y apartó los papeles con cuidado.

—Es una buena chica —dijo al cabo—. ¿Hay algún parecido? —Asintió con la cabeza hacia la fotografía de Theresa y suspiró. Helen miró a Theresa frunciendo los labios ante el fotógrafo de barrio. Le sugería algo absurdamente humano, y sintió un vivo deseo de compartir alguna broma.

—Es lo único que me queda —suspiró Willoughby—. Pasamos los años sin hablar de estas cosas... —Se interrumpió—. Pero es mejor así. Solo que la vida es muy dura.

Helen lo compadeció y le dio una palmada en el hombro, pero se sentía incómoda cuando su cuñado expresaba sus sentimientos, y buscó refugio en

elogiar a Rachel y en explicarle por qué creía que su plan podría ser una buena idea.

—Cierto —dijo Willoughby cuando ella hubo terminado—. Las condiciones sociales son forzosamente primitivas. Yo estaría fuera mucho tiempo. Accedí porque ella lo deseaba. Y por supuesto tengo plena confianza en ti... Ya ves, Helen —prosiguió, tornándose confidencial—, quiero criarla como su madre habría querido. No comulgo con esas ideas modernas, igual que tú tampoco, ¿verdad? Es una chica tranquila y agradable, entregada a su música; un poco menos de *eso* no le vendría mal. Aunque le ha dado felicidad, y llevamos una vida muy tranquila en Richmond. Me gustaría que empezara a ver más gente. Quiero llevarla conmigo cuando vuelva a casa. Estoy pensando seriamente en alquilar una casa en Londres, dejar a mis hermanas en Richmond y llevarla a conocer a una o dos personas que serían amables con ella por mi causa. Voy dándome cuenta —continuó, estirándose en el asiento— de que todo esto apunta al Parlamento, Helen. Es la única manera de hacer las cosas como uno quiere. Lo hablé con Dalloway. En ese caso, naturalmente, me gustaría que Rachel pudiera participar más en todo. Habría que hacer ciertos actos sociales: cenas, alguna velada de vez en cuando. Los votantes de uno esperan ser agasajados, según tengo entendido. En todo eso Rachel podría serme de gran ayuda. De modo —concluyó— que me alegraría mucho, si acordamos esta visita (que ha de tener un carácter práctico, que quede claro), que pudieras orientar a mi hija, presentarla en sociedad —ahora es algo tímida—, hacer de ella la mujer que su madre habría querido que fuese —terminó, indicando con un gesto la fotografía.

El egoísmo de Willoughby, aunque compatible, como Helen veía, con un afecto genuino hacia su hija, la decidió a llevarse a la muchacha a pasar una temporada con ellos, aunque tuviera que prometer un curso completo de instrucción en las gracias femeninas. No pudo evitar reírse ante la idea: ¡Rachel, una anfitriona tory!, y al salir no dejó de maravillarse ante la asombrosa ignorancia de un padre.

Rachel, cuando la consultaron, mostró menos entusiasmo del que Helen habría deseado. Un momento se mostraba ilusionada, al siguiente dudosa. Visiones de un gran río, ora azul, ora amarillo bajo el sol tropical y surcado por aves de brillantes colores, ora blanco bajo la luna, ora sumido en la sombra entre árboles en movimiento y canoas que salían deslizándose de las

orillas tupidas, la asediaban. Helen le prometió un río. Luego no quería separarse de su padre. Ese sentimiento también parecía genuino; pero al final Helen se impuso, aunque una vez que ganó su causa la asaltaron las dudas y más de una vez lamentó el impulso que la había enredado en el destino de otro ser humano.

## CAPÍTULO VII

Desde lejos, el *Euphrosyne* parecía muy pequeño. Los catalejos de los grandes transatlánticos se volvían hacia él, y se le tachaba de carguero, de barco de mercancías, o de uno de esos miserables vaporcitos de pasajeros en que la gente se bambolea entre el ganado en cubierta. Las figuras insectiles de los Dalloway, los Ambrose y los Vinrace eran igualmente objeto de burla, tanto por la exigüidad extrema de sus personas como por la duda — que solo unos prismáticos potentes podían disipar — de si eran criaturas vivas o simples bultos en el aparejo. Mr. Pepper, con toda su erudición, había sido confundido con un cormorán, y luego, con igual injusticia, transformado en una vaca. Por las noches, en cambio, cuando los vales resonaban en el salón y algunos pasajeros aventajados recitaban, el pequeño barco — reducido a unos pocos puntos de luz en la oscuridad del mar abierto, y uno más alto en el palo mayor — les parecía algo misterioso e imponente a las parejas acaloradas que reposaban del baile. Se convertía en un barco que pasaba en la noche — emblema de la soledad de la vida humana, ocasión para confidencias insólitas y súplicas repentinas de comprensión.

Avanzó sin cesar, de día y de noche, siguiendo su rumbo, hasta que una mañana rompió el alba y mostró la tierra. Perdiendo su aspecto de sombra, la costa se fue haciendo primero escarpada y montañosa, luego gris y morada, luego salpicada de manchas blancas que fueron separándose poco a poco, y después, a medida que el avance del barco actuaba sobre el paisaje como un antejo de potencia creciente, se convirtieron en calles de casas. A las nueve en punto, el *Euphrosyne* había tomado posición en medio de una amplia bahía; soltó el ancla; inmediatamente, como si fuera un gigante recostado que requiriese examen, barcas pequeñas comenzaron a pulular a su alrededor. El barco resonó con gritos; los hombres saltaron a bordo; sus cu-



biertas retumbaron bajo los pasos. La solitaria isleta fue invadida por todos los flancos a la vez, y tras cuatro semanas de silencio aturdía oír hablar a la gente. Solo Mrs. Ambrose no prestaba atención a todo aquel bullicio. Estaba pálida de ansiedad mientras la barca con los sacos de correo se acercaba hacia ellos. Absorta en sus cartas, no advirtió que había abandonado el *Euphrosyne*, y no sintió tristeza cuando el barco alzó la voz y mugió tres veces como una vaca separada de su ternero.

—¡Los niños están bien! —exclamó. Mr. Pepper, sentado enfrente con un gran montón de bolsas y mantas sobre las rodillas, dijo: «Gratificante». Rachel, para quien el final del viaje suponía un cambio completo de perspectiva, estaba demasiado aturdida por la proximidad de la costa para comprender qué niños estaban bien ni por qué era gratificante. Helen siguió leyendo.

Avanzando muy despacio y cabeceando de modo absurdo sobre cada ola, la barca se aproximaba ahora a un blanco arco de arena. Detrás se abría un verde y profundo valle, con colinas definidas a uno y otro lado. En la ladera de la colina de la derecha, casas blancas de tejados marrones se asentaban como gaviotas anidando, e hileras de cipreses listaban la colina con franjas negras a intervalos. Montañas cuyas laderas se teñían de rojo, pero cuyos crestones quedaban pelados, se alzaban formando un pico que ocultaba a medias otro pico detrás. Por ser la hora todavía temprana, toda la vista era de una ligereza y una luminosidad exquisitas; los azules y los verdes del cielo y los árboles eran intensos, pero sin bochorno. A medida que se fueron acercando y pudieron distinguir los detalles, el efecto de la tierra con sus minúsculos objetos, sus colores y sus distintas formas de vida resultó abrumador después de cuatro semanas de mar, y los dejó en silencio.

—Trescientos años largos —dijo Mr. Pepper al cabo, con tono meditativo.

Como nadie preguntó «¿Qué?», se limitó a sacar un frasco y tragarse una píldora. La información que murió con él era la siguiente: trescientos años atrás, cinco bergantines isabelinos habían echado el ancla donde ahora flotaba el *Euphrosyne*. Varados a medias en la playa yacía un número igual de galeones españoles, sin tripulación, pues el país era todavía tierra virgen tras un velo. Deslizándose sobre el agua, los marineros ingleses se llevaron lingotes de plata, fardos de lienzo, maderos de cedro, crucifijos de oro en-

gastados de esmeraldas. Cuando los españoles bajaron de sus francachelas, se entabló una reyerta; los dos bandos revolvieron la arena y se empujaron mutuamente hacia el oleaje. Los españoles, hinchados de buena vida a costa de los frutos de aquella tierra prodigiosa, cayeron en montones; pero los tenaces ingleses, curtidos de navegación, con barbas de semanas sin navaja, músculos de alambre, colmillos ansiosos de carne y dedos que picaban de codicia de oro, remataron a los heridos, arrojaron a los agonizantes al mar, y en poco tiempo redujeron a los indígenas a un estado de asombro supersticioso. Allí se hizo un asentamiento; se importaron mujeres; nacieron niños. Todo parecía favorecer la expansión del Imperio Británico, y de haber existido hombres como Richard Dalloway en tiempos de Carlos I, el mapa habría sido sin duda de color rojo donde ahora es un odioso verde. Pero cabe suponer que la mente política de aquella época carecía de imaginación, y que, por mera falta de unos pocos miles de libras y unos pocos miles de hombres, se apagó la chispa que debería haber sido una conflagración. Del interior llegaban indios con venenos sutiles, cuerpos desnudos e ídolos pintados; del mar llegaban españoles sedientos de venganza y portugueses rapaces; expuestos a todos estos enemigos — aunque el clima resultó ser asombrosamente benigno y la tierra pródiga —, los ingleses fueron menguando hasta casi desaparecer. Hacia mediados del siglo XVII, una sola balandra esperó su momento y escapó de noche, llevando en su seno todo lo que quedaba de la gran colonia británica: unos pocos hombres, unas pocas mujeres, y quizá una docena de niños de tez oscura. La historia de Inglaterra niega desde entonces cualquier conocimiento del lugar. Por una causa y otra, la civilización desplazó su centro a un punto situado entre seiscientos y ochocientos kilómetros más al sur, y hoy Santa Marina no es mucho mayor de lo que era trescientos años atrás. En cuanto a su población, es un feliz compromiso: padres portugueses se casan con madres indias, y sus hijos contraen matrimonio con españoles. Aunque traen sus arados de Manchester, confeccionan sus trajes con la lana de sus propias ovejas, obtienen su seda de sus propios gusanos y labran sus muebles con sus propios cedros, de suerte que en artes e industrias el lugar se halla todavía muy cerca de donde estaba en la época isabelina.

Las razones que llevaron a los ingleses a cruzar el mar para fundar una pequeña colonia en el transcurso de los últimos diez años no se describen con tanta facilidad, y acaso no lleguen nunca a recogerse en los libros de historia. Dada la facilidad de los viajes, la paz, el buen comercio y demás,

existía además una especie de descontento entre los ingleses con los países más viejos y la enorme acumulación de piedra labrada, vidrieras y rica pintura de tonos pardos que ofrecían al turista. El movimiento en busca de algo nuevo era, por supuesto, infinitamente reducido, y afectaba solo a un puñado de personas acomodadas. Comenzó con unos cuantos maestros de escuela que se pagaban el pasaje a Sudamérica ejerciendo de sobrecargos en cargueros. Regresaban a tiempo para el trimestre de verano, y entonces sus relatos de las grandezas y penalidades de la vida en el mar, los caprichos de los capitanes, las maravillas del anochecer y el amanecer, y los prodigios del lugar deleitaban a los no iniciados y a veces llegaban a publicarse. El país en sí agotaba sus facultades descriptivas: decían que era mucho mayor que Italia, y verdaderamente más noble que Grecia. Y además declaraban que los indígenas eran de una belleza extraña, de gran estatura, morenos, apasionados y prestos a echar mano al cuchillo. El lugar parecía nuevo y lleno de nuevas formas de belleza, prueba de lo cual ofrecían pañuelos que las mujeres llevaban ceñidos a la cabeza y tallas primitivas pintadas de verdes y azules intensos. De algún modo, como ocurre con las modas, la moda se extendió; un antiguo monasterio fue transformado con presteza en hotel, mientras una famosa compañía de vapores modificó su ruta para comodidad de los pasajeros.

La casualidad quiso, de modo un tanto singular, que el menos satisfactorio de los hermanos de Helen Ambrose hubiera sido enviado años atrás a hacer fortuna —o, cuando menos, a mantenerse alejado de los caballos de carreras— en el mismísimo lugar que ahora se había puesto tan de moda. Muchas veces, recostado en la columna del porche, había visto entrar en la bahía los barcos ingleses con maestros de escuela de sobrecargos. Habiendo ganado al fin lo suficiente para tomarse unas vacaciones, y harto del lugar, se ofreció a poner su villa, en la ladera de la montaña, a disposición de su hermana. Ella también se había dejado contagiar un poco por las conversaciones sobre un mundo nuevo, donde siempre había sol y nunca niebla, que circulaban a su alrededor, y la oportunidad, cuando estaban planeando dónde pasar el invierno fuera de Inglaterra, parecía demasiado buena para desaprovecharla. Por estas razones decidió aceptar la oferta de Willoughby de pasajes gratuitos en su barco, confiar los niños a sus abuelos y hacer las cosas a fondo mientras estaba en ello.

Tomando asiento en un coche tirado por caballos de cola larga con plumas de faisán enhiestas entre las orejas, los Ambrose, Mr. Pepper y Rachel salieron traqueteando del puerto. El calor del día arreciaba a medida que subían por la colina. La carretera atravesaba la ciudad, donde los hombres parecían golpear el cobre y gritar «¡Agua!», donde el paso quedaba bloqueado por mulas y despejado a golpe de látigo y maldiciones, donde las mujeres caminaban descalzas con cestos en equilibrio sobre la cabeza y los tullidos exhibían con presteza miembros mutilados; la carretera salía entre empinados campos verdes, aunque no tan verdes que no se viera la tierra debajo. Grandes árboles daban sombra a todo salvo al centro del camino, y un arroyo de montaña, tan somero y tan vivo que se trenzaba en hebras al correr, discurría junto al borde. Fueron subiendo, hasta que Ridley y Rachel echaron a andar detrás; luego tomaron un camino sembrado de piedras, donde Mr. Pepper alzó su bastón e indicó en silencio un arbusto que, entre escasas hojas, exhibía una copiosa flor de color morado; y a un medio galope desvencijado se cubrió el último tramo del camino.

La villa era una espaciosa casa blanca que, como suele ocurrir con la mayoría de las casas del continente, tenía a ojos ingleses un aspecto frágil, destartalado y absurdamente frívolo, más parecido a una pagoda de un jardín de té que a un lugar donde dormir. El jardín reclamaba con urgencia los servicios de un jardinero. Los arbustos agitaban sus ramas a través de los senderos, y las briznas de hierba, con espacios de tierra entre ellas, podían contarse una a una. En el espacio circular frente al porche había dos jarrones agrietados de los que colgaban flores rojas, con una fuente de piedra entre ellos, seca y reseca bajo el sol. El jardín circular daba paso a un jardín largo donde las tijeras del jardinero apenas habían intervenido, salvo quizá de vez en cuando, cuando cortaba una rama en flor para su amada. Unos pocos árboles altos le daban sombra, y unos arbustos redondos de flores céreas juntaban sus copas en fila. Un jardín de césped bien tendido, dividido por setos espesos y con arriates de flores vistosas como los que guardamos tras muros en Inglaterra, habría desentonado en la ladera de aquella colina pelada. No había fealdad que excluir, y la villa miraba de frente, por encima del hombro de una ladera surcada de olivos, hacia el mar.

La indecencia del lugar hirió a Mrs. Chailey con toda su fuerza. No había persianas para resguardarse del sol, ni tampoco muebles propiamente dichos que el sol pudiera estropear. De pie en el desnudo recibidor de piedra,

contemplando una escalera de anchura soberbia, pero cuarteada y sin alfombrar, aventuró además la opinión de que había ratas tan grandes como los terriers de Inglaterra, y que si uno pisaba con alguna fuerza acabaría hundiéndose por el suelo. En cuanto al agua caliente —en este punto sus pesquisas la dejaron sin palabras.

—¡Pobrecilla! —murmuró dirigiéndose a la cetrina criada española que salió con los cerdos y las gallinas a recibirlos—. ¡No me extraña que apenas parezca usted un ser humano! Maria aceptó el cumplido con una gracia española exquisita. En opinión de Chailey habrían hecho mejor quedándose a bordo de un barco inglés, pero nadie sabía mejor que ella que su deber le ordenaba quedarse.

Una vez instalados, y encauzada una ocupación diaria, hubo cierta especulación acerca de las razones que indujeron a Mr. Pepper a quedarse, tomando alojamiento en casa de los Ambrose. Días antes de desembarcar se habían hecho esfuerzos por hacerle comprender las ventajas del Amazonas.

—¡Ese río inmenso! —comenzaba Helen, con la mirada de quien ve una cascada visionaria—. Casi me dan ganas de ir yo misma, Willoughby, si no fuera porque no puedo. Piensa en los atardeceres y en las salidas de luna... Los colores deben de ser inimaginables.

—Hay pavos reales salvajes —aventuró Rachel.

—Y criaturas maravillosas en el agua —aseguró Helen.

—Se podría descubrir un reptil nuevo —continuó Rachel.

—Me han dicho que seguro que hay una revolución —insistió Helen.

El efecto de estos subterfugios quedó algo amortiguado por Ridley, quien, tras observar a Pepper durante unos momentos, lanzó un suspiro en voz alta: «¡Pobre hombre!», y especuló en su fuero interno sobre la crueldad de las mujeres.

Él se quedó, sin embargo, en aparente contentamiento durante seis días, jugando con un microscopio y un cuaderno de notas en uno de los muchos saloncillos escasamente amueblados; pero en la tarde del séptimo, mientras estaban cenando, parecía más inquieto que de costumbre. La mesa del comedor estaba puesta entre dos ventanales largos que Helen había ordenado dejar sin cortinas. En aquel clima la oscuridad caía afilada como un

cuchillo, y la ciudad brotaba entonces en círculos y líneas de puntos luminosos bajo ellos. Edificios que de día no se veían aparecían de noche, y el mar parecía extenderse sobre la tierra a juzgar por las luces móviles de los vapores. El espectáculo cumplía la misma función que una orquesta en un restaurante londinense, y el silencio tenía así su marco. William Pepper lo contempló durante un rato; se puso las gafas para examinar la escena.

—He identificado el bloque grande de la izquierda —observó, e indicó con el tenedor un cuadrado formado por varias hileras de luces.

—Cabe inferir que saben cocinar las verduras —añadió.

—¿Un hotel? —dijo Helen.

—En otro tiempo, un monasterio —dijo Mr. Pepper.

No se dijo nada más por el momento; pero al día siguiente Mr. Pepper regresó de un paseo a mediodía y se quedó parado en silencio ante Helen, que leía en el porche.

—He tomado una habitación allí —dijo.

—¿Se va usted? —exclamó ella.

—En conjunto... sí —respondió—. Ningún cocinero particular *sabe* cocinar las verduras.

Conociendo su aversión a las preguntas —aversión que ella compartía en cierta medida—, Helen no preguntó más. Con todo, una sospecha inquieta se instaló en su ánimo: que William estaba ocultando una herida. Se ruborizó al pensar que sus palabras, o las de su marido, o las de Rachel habían calado y le habían dolido. Estuvo a punto de exclamar: «Espere, William; explíquese», y habría vuelto al asunto en el almuerzo de no haber mostrado William un aspecto impenetrable y frío, levantando trozos de ensalada con la punta del tenedor, con el ademán de quien pincha algas marinas, detecta gravilla y sospecha gérmenes.

—¡Si se mueren todos ustedes de tifoidea, yo no me hago responsable!  
—soltó de pronto.

—Si muere usted de aburrimiento, tampoco yo —se hizo eco Helen en su corazón.

Reflexionó que nunca le había preguntado si había estado enamorado. En vez de acercarse a ese tema, se habían ido alejando cada vez más de él, y no pudo evitar sentir cierto alivio cuando William Pepper, con toda su erudición, su microscopio, sus cuadernos, su genuina bondad y su buen sentido, pero con cierta aridez del alma, se marchó. Tampoco pudo evitar encontrar triste que las amistades terminasen así, aunque en este caso tener la habitación vacía era de algún modo un consuelo, y trató de consolarse con la reflexión de que nunca se sabe hasta qué punto sienten los demás las cosas que se supone que deberían sentir.

## CAPÍTULO VIII

Los meses siguientes transcurrieron, como pueden transcurrir muchos años, sin acontecimientos definidos y, sin embargo, si de pronto se los hubiera perturbado, habría quedado de manifiesto que aquellos meses o años tenían un carácter distinto a los demás. Los tres meses transcurridos los habían llevado a principios de marzo. El clima había cumplido su promesa, y el cambio de estación del invierno a la primavera había marcado muy poca diferencia, de modo que Helen, sentada en el salón con una pluma en la mano, podía mantener las ventanas abiertas aunque un gran fuego de leños ardiera a un lado. Abajo, el mar seguía siendo azul y los tejados seguían siendo pardos y blancos, aunque el día declinaba con rapidez. El crepúsculo había invadido la estancia que, amplia y vacía en todo momento, ahora parecía más amplia y más vacía que de costumbre. Su propia figura, tal como estaba sentada escribiendo con un bloc sobre las rodillas, participaba del efecto general de amplitud y falta de detalle, pues las llamas que recorrían los troncos, devorando de repente pequeños brotes verdes, ardían a intervalos y proyectaban iluminaciones irregulares sobre su rostro y las paredes de escayola. No había cuadros en las paredes, pero aquí y allá ramas cargadas de flores de pétalos gruesos se extendían a lo ancho contra ellas. De los libros caídos en el suelo desnudo y apilados sobre la mesa grande, en aquella luz solo era posible distinguir el contorno.

Mrs. Ambrose estaba escribiendo una carta muy larga. Comenzando con «Querido Bernard», proseguía describiendo lo que había ocurrido en la villa San Gervasio durante los tres últimos meses: que, por ejemplo, habían invitado a cenar al cónsul británico, los habían llevado a visitar un buque de guerra español y habían presenciado numerosas procesiones y fiestas religiosas, que eran tan hermosas que Mrs. Ambrose no concebía por qué, si la



gente tenía que tener religión, no se hacían todos católicos romanos. Habían realizado varias excursiones, aunque ninguna de cierta extensión. Valía la pena venir aunque solo fuera por los árboles en flor que crecían silvestres muy cerca de la casa, y los asombrosos colores del mar y la tierra. La tierra, en lugar de ser parda, era roja, púrpura, verde. «No me lo creerás», añadía, «en Inglaterra no existe ese color.» Adoptaba, en efecto, un tono condescendiente hacia aquella pobre isla, que a la sazón hacía avanzar sus fríos azafranes y sus violetas ateridas en rincones, en sotos, en acogedores recovecos, atendidos por sonrosados viejos jardineros enfundados en bufandas, siempre llevándose la mano al sombrero y haciendo obsequiosas reverencias. Pasaba luego a burlarse de los propios isleños. Los rumores de un Londres en efervescencia por unas elecciones generales les habían llegado incluso hasta allí. «Parece increíble», continuaba, «que la gente se preocupe de si Asquith entra o Austen Chamberlain sale, y mientras os desgañáis con la política dejáis morir de hambre a los únicos que intentan hacer algo bueno, o simplemente os reís de ellos. ¿Cuándo habéis alentado a un artista vivo? ¿O comprado su mejor obra? ¿Por qué sois todos tan feos y tan serviles? Aquí los criados son personas. Hablan con uno como si fueran sus iguales. Por lo que puedo ver, no hay aristócratas.»

Quizá fue la mención de los aristócratas lo que le recordó a Richard Dalloway y a Rachel, pues siguió escribiendo con la misma plumada para describir a su sobrina.

«Es un destino extraño el que me ha puesto al cargo de una muchacha», escribía, «si se tiene en cuenta que nunca me he llevado bien con las mujeres ni he tenido mucho trato con ellas. No obstante, debo retractarme de algunas de las cosas que he dicho en su contra. Si las educaran como es debido, no veo por qué no habrían de ser iguales a los hombres, es decir, igual de satisfactorias; aunque, naturalmente, muy distintas. La cuestión es cómo educarlas. El método actual me parece abominable. Esta muchacha, aun teniendo veinticuatro años, nunca había oído que los hombres desearan a las mujeres y, hasta que yo se lo expliqué, no sabía cómo nacen los niños. Su ignorancia sobre otros asuntos igualmente importantes» (aquí la carta de Mrs. Ambrose no puede citarse) ... «era absoluta. Me parece no solo una necedad, sino un crimen, criar a la gente de ese modo. Al margen del sufrimiento que les causa, ello explica por qué las mujeres son como son; lo sorprendente es que no sean peores. He tomado sobre mí la tarea de ilustrar-

la y ahora, aunque todavía bastante llena de prejuicios y propensa a exagerar, es un ser humano más o menos razonable. Mantenerlas en la ignorancia, por supuesto, malogra su propio propósito, y cuando empiezan a comprender lo toman todo demasiado en serio. Mi cuñado bien merecía una catástrofe, que no le llegará. Ahora ruego que venga un hombre joven en mi ayuda; alguien, quiero decir, que hable con ella abiertamente y le demuestre lo absurdas que son la mayor parte de sus ideas sobre la vida. Por desgracia, esos hombres parecen casi tan escasos como las mujeres. La colonia inglesa desde luego no ofrece ninguno: artistas, comerciantes, gente cultivada..., son estúpidos, convencionales y coquetones...» Se detuvo y, con la pluma en la mano, se quedó mirando el fuego, convirtiendo los leños en grutas y montañas, pues había oscurecido demasiado para seguir escribiendo. Además, la casa empezó a agitarse a medida que se acercaba la hora de cenar; oía el tintineo de los platos en el comedor contiguo, y a Chailey instruyendo a la chica española sobre dónde poner las cosas en un vigoroso inglés. Sonó el timbre; se levantó, se reunió con Ridley y Rachel en el pasillo, y todos pasaron al comedor.

Tres meses habían cambiado muy poco el aspecto de Ridley o de Rachel; y, sin embargo, un observador sagaz habría podido notar que la muchacha se mostraba ahora más resuelta y segura de sí misma que antes. Tenía la piel morena, los ojos decididamente más brillantes, y prestaba atención a cuanto se decía como si en cualquier momento fuera a contradecirlo. La comida comenzó con el silencio confortable de quienes se encuentran totalmente a gusto entre sí. Luego, Ridley, apoyado en el codo y mirando por la ventana, observó que era una noche preciosa.

—Sí —dijo Helen. Y añadió—: Ha empezado la temporada —mirando las luces que había debajo. Le preguntó a Maria en español si el hotel no estaba llenándose de visitantes. Maria le informó con orgullo de que llegaría un momento en que sería realmente difícil comprar huevos: los tenderos no tendrían reparos en pedir los precios que se les antojara; los conseguirían de todas formas, de los ingleses.

—Ese de la bahía es un vapor inglés —dijo Rachel, mirando un triángulo de luces abajo—. Llegó esta mañana temprano.

—Entonces podemos esperar cartas y enviar las nuestras —dijo Helen.

Por alguna razón, la mención de las cartas hacía gemir siempre a Ridley, y el resto de la comida transcurrió en una viva discusión entre marido y mujer acerca de si era o no totalmente ignorado por el conjunto del mundo civilizado.

—Teniendo en cuenta el último lote —dijo Helen—, te mereces una paliza. Te invitaron a dar conferencias, te ofrecieron un título honorífico, y una señora imbécil alabó no solo tus libros, sino tu belleza: dijo que eras lo que habría sido Shelley si Shelley hubiera vivido hasta los cincuenta y cinco años y se hubiera dejado barba. De verdad, Ridley, creo que eres el hombre más vanidoso que conozco —concluyó, levantándose de la mesa—, lo cual, te lo digo yo, es mucho decir.

Al encontrar la carta sobre la chimenea añadió algunas líneas, y luego anunció que iba a llevar las cartas ahora: Ridley debía traer las suyas; ¿y Rachel?

—Espero que les hayas escrito a tus tías. Ya va siendo hora.

Las mujeres se pusieron capas y sombreros y, tras invitar a Ridley a que las acompañase, lo que él rechazó rotundamente exclamando que de Rachel esperaba que fuera una tonta, pero que Helen debería saber más, se disponían a salir. Él se quedó junto al fuego, mirando las profundidades del espejo, y componiendo su rostro a semejanza de un general que inspecciona un campo de batalla o un mártir que observa cómo las llamas le lamen los pies, antes que a la de un profesor retirado del mundo.

Helen le asió de la barba.

—¿Soy una tonta? —dijo.

—Suéltame, Helen.

—¿Soy una tonta? —repitió.

—¡Mujer infame! —exclamó él, y la besó.

—Te dejamos con tus vanidades —le gritó ella desde la puerta al salir.

Era una tarde hermosa, aún con luz suficiente para ver el camino a considerable distancia, aunque las estrellas iban apareciendo. El buzón estaba empotrado en una alta tapia amarilla donde el callejón se unía a la carretera y, una vez depositadas las cartas, Helen quería volver.

—No, no —dijo Rachel, cogiéndola de la muñeca—. Vamos a «ver la vida». Lo prometiste.

«Ver la vida» era la expresión que usaban para la costumbre de pasear por la ciudad después de oscurecer. La vida social de Santa Marina se desarrollaba casi en su totalidad a la luz de los faroles, que el calor de las noches y los aromas arrancados de las flores hacían bastante agradable. Las jóvenes, con el cabello maravillosamente recogido en moños, una flor roja detrás de la oreja, se sentaban en los escalones de las puertas o salían a los balcones, mientras los jóvenes deambulaban arriba y abajo, lanzando un saludo de vez en cuando y deteniéndose aquí y allá para entablar amena conversación. En las ventanas abiertas se veía a los comerciantes ajustando las cuentas del día, y a mujeres de más edad pasando jarras de un estante a otro. Las calles estaban llenas de gente, hombres en su mayoría, que intercambiaban sus puntos de vista sobre el mundo mientras caminaban, o se reunían en torno a las mesas del vino en las esquinas, donde un viejo tullido rasgueaba las cuerdas de su guitarra mientras una muchacha pobre entonaba su apasionada canción desde el arroyo. Las dos inglesas despertaron cierta curiosidad afable, pero nadie las molestó.

Helen pasaba despacio, observando con satisfacción a las diferentes personas con sus ropas modestas, que parecían tan despreocupadas y tan naturales.

—¡Piensa en the Mall esta noche! —exclamó al fin—. Es el quince de marzo. A lo mejor hay un acto de corte. —Imaginó a la multitud esperando en el frío aire primaveral a que pasaran los grandes carruajes—. Hace mucho frío, si es que no llueve —dijo—. Primero están los vendedores de postales; luego las miserables dependientas con sus sombrereras redondas; luego los empleados de banco con frac; y después..., modistas a mansalva. La gente de South Kensington llega en un simón; los funcionarios, con una pareja de bayos; los condes, en cambio, tienen permitido un lacayo de pie en la trasera; los duques, dos; los duques de sangre real, según me dijeron, tres; el rey, supongo, puede tener cuantos quiera. ¡Y el pueblo se lo cree!

Desde allí parecía como si la gente de Inglaterra debiera de tener el cuerpo moldeado a imagen de los reyes y reinas, caballeros y peones del tablero de ajedrez, tan extrañas eran sus diferencias, tan marcadas y tan aceptadas sin discusión.

Tuvieron que separarse para rodear una multitud.

—Creen en Dios —dijo Rachel cuando volvieron a encontrarse. Se refería a la gente de la multitud; pues recordaba las cruces con figuras de escayola ensangrentada que se erigían donde los senderos confluían, y el inexplicable misterio de un oficio en una iglesia católica romana.

—¡Nunca lo entenderemos! —suspiró.

Habían caminado bastante y ya era noche cerrada, pero un poco más adelante, a la izquierda del camino, alcanzaban a ver un gran portón de hierro.

—¿Piensas llegar hasta el hotel? —preguntó Helen.

Rachel empujó el portón; este se abrió de par en par y, al no ver a nadie y juzgar que en aquel país nada era privado, echaron a andar sin más. El camino era completamente recto y una hilera de árboles lo flanqueaba. Los árboles cesaron de repente; el camino torcía en una curva y se encontraron ante un gran edificio cuadrado. Habían salido a la amplia terraza que rodeaba el hotel y no estaban más que a unos metros de las ventanas. Una hilera de ventanas largas se abría casi hasta el suelo. Todas estaban sin cortinas y todas brillantemente iluminadas, de modo que se podía ver el interior con todo detalle. Cada ventana revelaba una sección diferente de la vida del hotel. Se refugiaron en una de las anchas columnas de sombra que separaban las ventanas y se asomaron. Se hallaban justo frente al comedor. Lo estaban barriando; un camarero comía un racimo de uvas con la pierna apoyada en el canto de una mesa. A continuación estaba la cocina, donde fregaban los cacharros; los cocineros de blanco hundían los brazos en los calderos, mientras los camareros daban cuenta vorazmente de los restos de comida, empapando la salsa con pedazos de miga. Siguiendo adelante, se adentraron en una espesura de arbustos y luego se encontraron de repente ante el salón, donde damas y caballeros, habiendo cenado bien, reposaban recostados en profundos sillones, hablando de vez en cuando o pasando las páginas de revistas. Una mujer delgada subía y bajaba por el teclado del piano.

—¿Qué es una dahabeya, Charles? —preguntó la voz clara de una viuda, sentada en un sillón junto a la ventana, a su hijo.

Era el final de la pieza, y la respuesta de él se perdió en el general carraspeo de gargantas y palmadas en las rodillas.

—En esta habitación son todos viejos —susurró Rachel.

Avanzando sigilosamente, descubrieron que la ventana siguiente mostraba a dos hombres en mangas de camisa que jugaban al billar con dos señoritas.

— ¡Me ha pellizcado el brazo! — exclamó la joven rolliza al fallar el golpe.

— Vosotros dos, nada de bromas — les reprendió el joven de cara colorada que llevaba el marcador.

— Cuidado o nos verán — susurró Helen, tirando de Rachel por el brazo. Sin darse cuenta, la cabeza de esta había ascendido hasta la mitad de la ventana.

Al doblar la esquina llegaron a la sala más grande del hotel, que daba a cuatro ventanas y se llamaba el Lounge, aunque en realidad era un vestíbulo. Con sus armaduras y bordados nativos colgados de las paredes, sus divanes y sus biombos que delimitaban cómodos rincones, la sala resultaba menos formal que las otras y era evidentemente el territorio de la juventud. El Signor Rodriguez, al que conocían como gerente del hotel, estaba de pie muy cerca, en el umbral de la puerta, observando la escena: los caballeros repantingados en los sillones, las parejas inclinadas sobre las tazas de café, la partida de cartas en el centro bajo profusos racimos de luz eléctrica. Se felicitaba por la iniciativa que había transformado el refectorio, una fría sala de piedra con tinajas sobre caballetes, en la estancia más confortable del hotel. El hotel estaba muy lleno y confirmaba su criterio de que ningún hotel puede prosperar sin un Lounge.

Los huéspedes estaban repartidos en parejas o grupos de cuatro, y o bien se trataban con mayor familiaridad, o bien la informalidad de la sala relajaba sus modales. Por la ventana abierta llegaba un murmullo irregular, parecido al que sube de un rebaño de ovejas encerrado en apriscos al caer la tarde. La partida de cartas ocupaba el centro del primer plano.

Helen y Rachel los observaron jugar varios minutos sin lograr distinguir una sola palabra. Helen observaba con atención a uno de los hombres. Era un hombre enjuto, de aspecto algo cadavérico, de edad parecida a la de ella, que les ofrecía el perfil, y era el compañero de una muchacha de colores encendidos, evidentemente inglesa de nacimiento.

De pronto, de la manera extraña en que ciertas palabras se desprenden del resto, lo oyeron decir con toda nitidez:

—Lo que necesita es práctica, Miss Warrington; coraje y práctica: lo uno sin lo otro no vale de nada.

—¡Hughling Elliot! ¡Claro! —exclamó Helen. Agachó la cabeza al instante, pues al oír su nombre él había levantado la vista. La partida continuó unos minutos más y luego se interrumpió por la llegada de una silla de ruedas en la que iba una voluminosa anciana que se detuvo junto a la mesa y dijo:

—¿Mejor suerte esta noche, Susan?

—Toda la suerte está de nuestro lado —dijo un joven que hasta ese momento había mantenido la espalda vuelta hacia la ventana. Parecía más bien corpulento y tenía una mata de pelo espesa.

—¿Suerte, Mr. Hewet? —dijo su compañera, una señora de mediana edad con gafas—. Le aseguro, Mrs. Paley, que nuestro éxito se debe exclusivamente a lo brillante de nuestro juego.

—Si no me acuesto temprano, no duermo prácticamente nada —se oyó explicar a Mrs. Paley, como justificando su apropiación de Susan, que se levantó y se puso a empujar la silla hacia la puerta.

—Buscarán a alguien que ocupe mi lugar —dijo ella, animosa. Pero se equivocaba. No se hizo el menor intento de encontrar otro jugador, y después de que el joven levantara tres pisos de un castillo de naipes que se derrumbó, los jugadores se desperdigaron en distintas direcciones.

Mr. Hewet se volvió hacia la ventana de frente. Pudieron ver que tenía los ojos grandes, velados por las gafas; el cutis, sonrosado; el labio superior, afeitado; y, visto entre gente corriente, parecía un rostro interesante. Se dirigió directamente hacia ellas, pero sus ojos no estaban fijos en las fisgonas, sino en el punto donde la cortina colgaba formando pliegues.

—¿Dormido? —dijo.

Helen y Rachel se sobresaltaron al pensar que alguien había estado sentado cerca de ellas sin que lo hubieran advertido en ningún momento. En la sombra se distinguían unas piernas. Una voz melancólica brotó por encima de ellas.

—Dos mujeres —dijo.

Se oyó un revoloteo sobre la grava. Las mujeres habían huido. No dejaron de correr hasta que tuvieron la certeza de que ningún ojo podía penetrar la oscuridad y el hotel no era más que una sombra cuadrada en la distancia, con agujeros rojos recortados a intervalos regulares.



## CAPÍTULO IX

Pasó una hora, y las estancias de la planta baja del hotel se fueron ensombreciendo y quedaron casi desiertas, mientras que los pequeños cuadrados de las habitaciones de arriba brillaban intensamente iluminados. Unas cuarenta o cincuenta personas se estaban recogiendo para dormir. Desde arriba llegaba el golpe sordo de jarras depositadas en el suelo y el tintineo de la porcelana, pues el tabique entre las habitaciones no era tan grueso como uno hubiera deseado, según determinó Miss Allan, la dama entrada en años que había estado jugando al bridge, tras propinar a la pared un golpe seco con los nudillos. No era más que madera contrachapada, concluyó: habían dividido una sala grande en muchos cuartos pequeños. Las enaguas grises resbalaron hasta el suelo, y, agachándose, dobló la ropa con dedos meticulosos aunque no cariñosos, se recogió el cabello en una trenza, dio cuerda al gran reloj de oro de su padre y abrió las obras completas de Wordsworth. Estaba leyendo *El preludio*, en parte porque siempre leía *El preludio* en el extranjero, y en parte porque estaba redactando un breve Compendio de Literatura Inglesa —de Beowulf a Swinburne— que dedicaría un párrafo a Wordsworth. Andaba enfrascada en el quinto libro, deteniéndose incluso a apuntar una nota a lápiz, cuando un par de botas cayeron, una tras otra, en el suelo de arriba. Levantó la vista y se quedó pensando. ¿De quién serían aquellas botas?, se preguntó. Luego advirtió un sonido como de ropa rozando al otro lado de la pared —una mujer, a todas luces, guardando el vestido—. Lo siguió un suave repiqueteo acompasado, del tipo que acompaña el cepillado del cabello. Le resultaba muy difícil mantener la atención fija en *El preludio*. ¿Era Susan Warrington dando aquellos golpecitos? Se obligó, no obstante, a leer hasta el final del libro; entonces colocó un marcador entre las páginas, suspiró satisfecha y apagó la luz.

Muy distinta era la habitación del otro lado de la pared, aunque de forma tan parecida como lo son dos cajas de huevos. Mientras Miss Allan leía, Susan Warrington se cepillaba el cabello. Los siglos han consagrado esta hora, y la más augusta de las acciones domésticas, a las confidencias amorosas entre mujeres; pero Miss Warrington, estando sola, no podía hablar con nadie: solo podía contemplarse con extrema solicitud en el espejo. Volvió la cabeza a uno y otro lado, lanzando los mechones pesados ora hacia un lado, ora hacia el otro; luego retrocedió un par de pasos y se consideró con seriedad.

—Soy agraciada —determinó—. Guapa, quizá no del todo. —Se irguió un poco—. Sí..., la mayoría diría que soy una mujer hermosa.

En realidad estaba preguntándose qué diría Arthur Venning que era. Lo que sentía hacia él era francamente extraño. No se admitía a sí misma que estuviera enamorada de él ni que quisiera casarse con él, y sin embargo pasaba cada minuto de soledad preguntándose qué pensaría él de ella y comparando lo que habían hecho aquel día con lo que habían hecho el anterior.

—No me pidió que jugara, pero no cabe duda de que me siguió al vestíbulo —meditó, haciendo el balance de la velada. Tenía treinta años, y a causa del número de sus hermanas y el aislamiento de la vida en una rectoría de provincias, no había recibido hasta entonces ninguna propuesta de matrimonio. La hora de las confidencias era a menudo una hora triste, y se sabía que en ocasiones se metía en cama de un salto, maltratando el cabello, sintiéndose preterida por la vida en comparación con las demás. Era una mujer grande y bien formada, con manchas de rojo demasiado definidas en las mejillas, pero su ansiedad grave le confería una especie de belleza.

Estaba a punto de retirar la ropa de cama cuando exclamó: «Ah, pero si se me olvidaba», y fue a su escritorio. Sobre él reposaba un volumen marrón sellado con las cifras del año en curso. Se puso a escribir en la letra cuadrada y poco elegante de una niña mayor, como escribía a diario año tras año, llevando los diarios, aunque rara vez los releía.

«M. —Hablé con Mrs. H. Elliot sobre los vecinos del campo. Conoce a los Mann; también a los Selby-Carroway. ¡Qué pequeño es el mundo! Me cae bien. Leí un capítulo de *La aventura de Miss Appleby* a la tía E. T. —Jugué al tenis en la hierba con Mr. Perrott y Evelyn M. No me gusta Mr. P.

Tengo la impresión de que no es 'del todo', aunque inteligente sí que es. Les gané. Día espléndido, vistas maravillosas. Una se acostumbra a la falta de árboles, aunque al principio resulta excesivamente pelado. Cartas después de cenar. La tía E. animada, aunque algo dolorida, dice. *Mem.*: preguntar por las sábanas húmedas.»

Se arrodilló a rezar y luego se tendió en la cama, arropándose bien con las mantas, y al cabo de unos minutos su respiración reveló que estaba dormida. Con sus profundos y apacibles suspiros y sus vacilaciones, se asemejaba a la de una vaca que pasa toda la noche de pie con las rodillas entre la hierba alta.

Una ojeada a la habitación de al lado no revelaba más que una nariz prominente asomando sobre las sábanas. A medida que la vista se acostumbraba a la oscuridad —pues las ventanas estaban abiertas y mostraban rectángulos grises con astillas de luz de estrellas—, se distinguía una forma enjuta, terriblemente parecida al cuerpo de un difunto: el cuerpo, en efecto, de William Pepper, dormido también. Treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho: he aquí tres hombres de negocios portugueses, dormidos al parecer, pues un ronquido llegaba con la regularidad de un gran reloj de péndulo. El treinta y nueve era una habitación en esquina, al fondo del pasillo, pero tarde como era —el «uno» dio suavemente abajo—, una franja de luz bajo la puerta revelaba que alguien seguía despierto.

—¡Qué tarde llegas, Hugh! —dijo una mujer, tumbada en cama, con voz quejumbrosa aunque solícita. Su marido se estaba lavando los dientes y tardó unos momentos en responder.

—Debías haberte dormido —replicó—. Estaba hablando con Thornbury.

—Pero si ya sabes que no puedo dormir cuando te estoy esperando —dijo ella.

A eso él no respondió nada, sino que simplemente dijo: —Bien, pues apagamos la luz. —Quedaron en silencio.

El pulso tenue pero penetrante de un timbre eléctrico se oyó entonces en el pasillo. La vieja Mrs. Paley, que se había despertado hambrienta pero sin las gafas, estaba llamando a su doncella para que encontrara la caja de galletas. Una vez acudida la doncella, soñolienta aunque respetuosa incluso a esas horas y envuelta en un impermeable, el pasillo volvió al silencio.

Abajo todo estaba vacío y a oscuras; pero en el piso superior ardía aún una luz en la habitación donde las botas habían caído con tal estrépito sobre la cabeza de Miss Allan. Allí estaba el caballero que pocas horas antes, a la sombra de la cortina, había parecido consistir íntegramente en piernas. Hundido en un sillón, leía el tercer volumen de la *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* de Gibbon a la luz de una vela. Mientras leía, sacudía la ceniza del cigarrillo maquinalmente, de vez en cuando, y pasaba la página, mientras toda una procesión de espléndidas frases entraba en su capaciosa frente y avanzaba en orden a través de su mente. Parecía probable que el proceso pudiera prolongarse una hora o más, hasta que el regimiento entero hubiera desfilado y tomado nuevas posiciones, de no haber abierto la puerta el joven que tendía a echar carnes, que entró con los grandes pies descalzos.

— Ah, Hirst, lo que se me olvidó decirte era...

— Dos minutos — dijo Hirst, levantando un dedo.

Guardó con seguridad las últimas palabras del párrafo.

— ¿Qué era lo que se te había olvidado decir? — preguntó.

— ¿Crees que concedes suficiente margen a los sentimientos? — preguntó Mr. Hewet. Había vuelto a olvidar lo que pretendía decir.

Tras una intensa contemplación del immaculado Gibbon, Mr. Hirst sonrió ante la pregunta de su amigo. Dejó el libro a un lado y reflexionó.

— Yo diría que la tuya es una mente singularmente desordenada — observó—. ¿Los sentimientos? ¿No son justamente lo que tenemos en cuenta? Ponemos el amor aquí arriba, y todo lo demás en algún lugar de abajo. — Con la mano izquierda señaló la cima de una pirámide, y con la derecha la base.

— Pero no te has levantado de la cama para decirme eso — añadió con severidad.

— Me levanté de la cama — dijo Hewet vagamente — solo para hablar, supongo.

— Mientras tanto, yo me desnudo — dijo Hirst. Cuando no le quedaba más que la camisa y se inclinaba sobre el lavabo, Mr. Hirst ya no impresionaba por la majestad de su intelecto, sino por el patetismo de su cuerpo

joven pero feo, pues era encorvado, y tan delgado que entre los distintos huesos del cuello y los hombros se abrían surcos oscuros.

—Las mujeres me interesan —dijo Hewet, que, sentado en la cama con la barbilla apoyada en las rodillas, no prestaba ninguna atención al proceso de desnudarse de Mr. Hirst.

—Son tan tontas —dijo Hirst—. Estás sentado encima de mi pijama.

—¿Son tontas, crees? —se preguntó Hewet.

—No creo que quepa la menor duda al respecto —dijo Hirst, cruzando la habitación a saltitos—, a no ser que estés enamorado... ¿Es esa Warrington, la gordita? —inquirió.

—No una gorda: todas las gordas —suspiró Hewet.

—Las mujeres que vi esta noche no eran gordas —dijo Hirst, que estaba aprovechando la compañía de Hewet para cortarse las uñas de los pies.

—Descríbelas —dijo Hewet.

—¡Ya sabes que yo no sé describir las cosas! —dijo Hirst—. Eran bastante parecidas a las demás mujeres, diría yo. Siempre lo son.

—No; ahí es donde diferimos —dijo Hewet—. Yo digo que todo es distinto. No hay dos personas que se parezcan lo más mínimo. Toma tú y yo, por ejemplo.

—Eso también pensé yo en otro tiempo —dijo Hirst—. Pero ahora todos son tipos. No nos tomes a nosotros: toma este hotel. Podrías trazar un círculo alrededor de todos y ninguno saldría jamás de él.

(«Se puede matar a una gallina haciendo eso»), murmuró Hewet.

—Mr. Hughling Elliot, Mrs. Hughling Elliot, Miss Allan, Mr. y Mrs. Thornbury: un círculo —continuó Hirst—. Miss Warrington, Mr. Arthur Venning, Mr. Perrott, Evelyn M.: otro círculo; luego hay todo un grupo de lugareños; y por último, nosotros.

—¿Estamos solos en nuestro círculo? —preguntó Hewet.

—Completamente solos —dijo Hirst—. Intentas salir, pero no puedes. Solo consigues armar un lío cuando lo intentas.

— Yo no soy una gallina en un círculo — dijo Hewet—. Soy una paloma en lo alto de un árbol.

— Me pregunto si esto es lo que llaman una uña encarnada — dijo Hirst, examinándose el dedo gordo del pie izquierdo.

— Vuelo de rama en rama — continuó Hewet—. El mundo es profundamente agradable. — Se echó hacia atrás en la cama, con los brazos bajo la nuca.

— ¿Crees que es realmente bueno ser tan impreciso como lo eres tú? — preguntó Hirst, mirándole—. La falta de continuidad: eso es lo que tiene de peculiar — prosiguió—. A los veintisiete años, que ya son casi treinta, parece que no hayas sacado ninguna conclusión. Una reunión de viejas señoras te entusiasma todavía como si tuvieras tres años.

Hewet contempló en silencio, un momento, al joven anguloso que barría meticulosamente las cortezas de sus uñas hacia la chimenea.

— Te respeto, Hirst — observó.

— Te envidio algunas cosas — dijo Hirst—. Primera: tu capacidad de no pensar. Segunda: la gente te aprecia más que a mí. Las mujeres te aprecian, supongo.

— Me pregunto si no es eso, en el fondo, lo que más importa — dijo Hewet. Tendido ya de espaldas en la cama, agitó la mano en círculos vagos sobre su cabeza.

— Claro que sí — dijo Hirst—. Pero esa no es la dificultad. La dificultad es, ¿no?, encontrar un objeto apropiado.

— ¿No hay gallinas hembras en tu círculo? — preguntó Hewet.

— Ni la sombra de una — dijo Hirst.

Aunque se conocían desde hacía tres años, Hirst no había oído nunca la verdadera historia de los amores de Hewet. En la conversación ordinaria se daba por sentado que eran muchos, pero en privado el tema quedaba en suspenso. El hecho de tener dinero suficiente para no trabajar, de haber abandonado Cambridge al cabo de dos trimestres por un desacuerdo con las autoridades, y de haber viajado y vagado desde entonces, hacía su vida extraña en muchos puntos donde la de sus amigos era bastante uniforme.

—No veo tus círculos; no los veo —continuó Hewet—. Veo algo parecido a una peonza que gira entrando y saliendo..., chocando con las cosas..., lanzándose de un lado a otro..., acumulando cifras..., más y más y más, hasta que el lugar entero está lleno de ellas. Dan vueltas y más vueltas... ahí fuera, por encima del borde..., fuera de la vista.

Sus dedos mostraron cómo las peonzas que valseaban habían volado por encima del borde de la colcha y caído de la cama al infinito.

—¿Podrías imaginarte tres semanas solo en este hotel? —preguntó Hirst, tras una breve pausa.

Hewet se puso a pensar.

—La verdad es que uno nunca está solo y nunca está acompañado —concluyó.

—¿Qué quieres decir? —dijo Hirst.

—¿Qué quiero decir? Algo sobre burbujas..., auras..., ¿cómo se llaman? No puedes ver mi burbuja; yo no puedo ver la tuya; lo único que vemos el uno del otro es un punto, como la mecha en el centro de esa llama. La llama nos acompaña a todas partes; no somos nosotros exactamente, sino lo que sentimos; el mundo es pequeño, o la gente sobre todo; toda clase de personas.

—¡Vaya burbuja tan abigarrada que debes de tener! —dijo Hirst.

—Y supongamos que mi burbuja pudiera chocar con la burbuja de otro...

—¿Y estallaran las dos? —apuntó Hirst.

—Entonces..., entonces..., entonces... —caviló Hewet como para sí—, sería un mundo e-nor-me —dijo, abriendo los brazos hasta el límite, como si aun así apenas alcanzaran a abarcar el universo ondulante, pues cuando estaba con Hirst se sentía siempre insólitamente optimista e impreciso.

—No te creo tan necio como te creía, Hewet —dijo Hirst—. No sabes lo que quieres decir, pero lo intentas.

—¿Pero no lo estás pasando bien aquí? —preguntó Hewet.

—En conjunto, sí —dijo Hirst—. Me gusta observar a la gente. Me gusta contemplar las cosas. Este país es de una belleza asombrosa. ¿Te fijaste en

cómo la cima de la montaña se volvió amarilla esta noche? Realmente tenemos que coger algo de comida y pasar el día fuera. Estás engordando de una manera lamentable. — Señaló la pantorrilla de la pierna desnuda de Hewet.

— Organizaremos una excursión — dijo Hewet con energía — . Invitaremos a todo el hotel. Alquilaremos burros y...

— ¡Dios mío! — dijo Hirst — . ¡Cierra el pico! Veo a Miss Warrington y Miss Allan y Mrs. Elliot y el resto en cuclillas sobre las piedras cacareando: «¡Qué delicia!».

— Invitaremos a Venning y Perrott y a Miss Murgatroyd..., a todo el que podamos echar mano — continuó Hewet — . ¿Cómo se llama el viejito saltamontés con gafas? ¿Pepper?... Que Pepper nos guíe.

— Gracias a Dios que nunca conseguirás los burros — dijo Hirst.

— Tengo que tomar nota de eso — dijo Hewet, bajando despacio los pies al suelo — . Hirst escolta a Miss Warrington; Pepper avanza solo sobre un asno blanco; víveres distribuidos equitativamente..., ¿o alquilamos una mula? Las matronas — ¡Mrs. Paley, Dios mío! — comparten un carruaje.

— Ahí es donde meterás la pata — dijo Hirst — . Mezclando vírgenes con matronas.

— ¿Cuánto tiempo crees tú que llevaría una excursión así, Hirst? — preguntó Hewet.

— De doce a dieciséis horas, diría yo — dijo Hirst — . El tiempo que suele ocupar un primer parto.

— Va a necesitar una organización considerable — dijo Hewet. Andaba ya de un lado a otro por la habitación con pasos suaves y se detuvo a revolver los libros sobre la mesa. Estaban apilados unos sobre otros.

— También vamos a necesitar algunos poetas — observó — . No Gibbon; no; ¿por casualidad tienes *Amor moderno* o John Donne? Verás, me imagino unas pausas cuando la gente se canse de mirar el paisaje, y entonces estaría bien leer en voz alta algo de cierta dificultad.

— Mrs. Paley lo disfrutará — dijo Hirst.



—Mrs. Paley lo disfrutará, sin duda —dijo Hewet—. Es una de las cosas más tristes que conozco: la manera en que las damas de cierta edad dejan de leer poesía. Y sin embargo qué a propósito viene esto:

*Hablo como quien sondea el hondo abismo de la vida, quien por fin puede medir claridades y certezas. Pero... ¿qué queda tras el amor? Una escena ennegrecida, unas pocas horas vacías y tristes y, luego, el Telón.*

A buen seguro que Mrs. Paley es la única de nosotros que puede comprenderlo de verdad.

—Se lo pediremos —dijo Hirst—. Por favor, Hewet, si vas a acostarte, córreme la cortina. Pocas cosas me afligen más que la luz de la luna.

Hewet se retiró, con los poemas de Thomas Hardy bajo el brazo, y en sus camas, una junto a la otra, ambos jóvenes se durmieron pronto.

Entre la extinción de la vela de Hewet y el despertar del oscuro muchacho español que fue el primero en contemplar la desolación del hotel a primera hora de la mañana, mediaron unas pocas horas de silencio. Casi se podía oír respirar hondo a un centenar de personas, y por muy desvelado e inquieto que uno estuviera, habría sido difícil escapar al sueño en medio de tanto sueño ajeno. Mirando por las ventanas, no se veía más que oscuridad. Por la mitad en sombra del mundo la gente yacía tendida, y unas pocas luces parpadeantes en calles vacías señalaban los lugares donde estaban construidas sus ciudades. Los ómnibus rojos y amarillos se amontonaban en Piccadilly; las mujeres suntuosas se mecían inmóviles; pero aquí, en la oscuridad, un búho revoloteaba de árbol en árbol, y cuando la brisa levantaba las ramas, la luna destellaba como si fuera una antorcha. Hasta que todos los hombres volvieran a despertar, los animales sin techo campaban a sus anchas: los tigres y los ciervos, y los elefantes que bajaban en la oscuridad a beber en los abrevaderos. El viento nocturno que soplaba sobre las colinas y los bosques era más puro y fresco que el viento de día, y la tierra, despojada de sus detalles, más misteriosa que la tierra coloreada y dividida por caminos y campos. Durante seis horas existió esa belleza profunda, y luego, según el oriente fue blanqueando y blanqueando, el suelo emergió a la superficie, los caminos quedaron al descubierto, el humo se alzó y las gentes se movieron, y el sol brilló sobre los cristales del hotel de Santa Marina hasta que fueron descorridos los visillos y el gong resonó por toda la casa anunciando el desayuno.

En cuanto terminó el desayuno, las damas deambularon como de costumbre de manera imprecisa por el vestíbulo, recogiendo periódicos y volviéndolos a dejar.

—¿Y qué va a hacer usted hoy? —preguntó Mrs. Elliot, al confluir con Miss Warrington a la deriva.

Mrs. Elliot, esposa de Hughling, el catedrático de Oxford, era una mujer bajita cuya expresión habitual era de queja. Los ojos le iban de cosa en cosa como si ninguna le pareciera suficientemente agradable para posarse en ella durante mucho tiempo.

—Voy a intentar sacar a la tía Emma al pueblo —dijo Susan—. Aún no ha visto nada.

—Lo encuentro tan animoso por su parte, a su edad —dijo Mrs. Elliot—, venir hasta aquí desde su propio hogar.

—Sí, siempre le decimos que morirá a bordo de un barco —replicó Susan—. Ella nació en uno —añadió.

—En otros tiempos —dijo Mrs. Elliot—, mucha gente nacía así. ¡Cuánta lástima me dan siempre aquellas pobres mujeres! ¡Tenemos mucho de qué quejarnos! —Movi6 la cabeza. Sus ojos vagaron por la mesa y observó sin venir a cuento—: ¡La pobrecita reina de Holanda! Los periodistas prácticamente, por así decirlo, a las puertas de su alcoba.

—¿Hablaban de la reina de Holanda? —dijo la voz afable de Miss Allan, que buscaba las páginas gruesas de *The Times* entre un montón de hojas extranjeras de papel fino.

—Siempre envidio a quien vive en un país tan extraordinariamente llano —observó.

—¡Qué cosa tan rara! —dijo Mrs. Elliot—. A mí un país llano me deprime enormemente.

—Entonces me temo que no debe de ser usted muy feliz aquí, Miss Allan —dijo Susan.

—Al contrario —dijo Miss Allan—, me gustan mucho las montañas. —Al divisar *The Times* a cierta distancia, se alejó a buscarlo.

—Bueno, debo ir a buscar a mi marido —dijo Mrs. Elliot, yéndose a la deriva.

—Y yo debo ir con mi tía —dijo Miss Warrington, y tomando las obligaciones del día emprendieron camino.

Sea o no prueba de frivolidad e ignorancia la delgadez de las hojas extranjeras y la tosquedad de sus tipos, es indudable que los ingleses apenas consideran noticias lo leído en ellas, del mismo modo que un programa comprado a un vendedor de la calle no inspira demasiada confianza en lo que dice. Una pareja de respetables personas entradas en años, tras inspeccionar las largas mesas de periódicos, no consideró que valiera la pena leer más que los titulares.

—El debate del día quince debería habernos llegado ya —murmuró Mrs. Thornbury. Mr. Thornbury, que estaba perfectamente aseado y tenía rojo frotado en la cara atractiva y curtida como rastros de pintura sobre una figura de madera a la intemperie, miró por encima de sus gafas y vio que Miss Allan tenía *The Times*.

El matrimonio se sentó, pues, en unos sillones a esperar.

---

#### ACTUALIZACIONES AL GLOSARIO:

- *Modern Love* (poema narrativo de George Meredith) → *Amor moderno* (se traduce el título, pues existe versión en castellano con ese nombre). - «teetotum» → peonza (juguete de madera que gira sobre un eje; se usa «peonza» que es el término castellano más natural y evocador). - «ingrowing toe-nail» → uña encarnada. - «biscuit-box» → caja de galletas. - «mackintosh» → impermeable (se evita el anglicismo «mackintosh», aunque el contexto lo admite). - «toe-nails» → uñas de los pies / uñas. - «fire-place» → chimenea. - «counterpane» → colcha. - «primer» → compendio (Compendio de Literatura Inglesa, más natural en contexto editorial español que «cartilla»). - «dusky Spanish boy» → oscuro muchacho español (se mantiene «dusky» como adjetivo de tez, no como anglicismo, traducido descriptivamente). - «first confinement» → primer parto (expresión médica directa, sin eufemismos innecesarios). - El poema de Thomas Hardy al final del capítulo («I speak as one who plumbs...») se ha vertido en verso castel-

lano manteniendo el metro libre, el tono elegíaco y la estructura de la estrofa original.

— Ah, ahí está Mr. Hewet —dijo Mrs. Thornbury—. Mr. Hewet — prosiguió—, venga a sentarse con nosotros. Le decía a mi marido cuánto me recuerda usted a una querida amiga de toda la vida: Mary Umpleby. Era una mujer encantadora, se lo aseguro. Cultivaba rosas. Solíamos ir a quedarnos con ella en los viejos tiempos.

— A ningún hombre joven le gusta que le digan que se parece a una solterona entrada en años —dijo Mr. Thornbury.

— Al contrario —dijo Mr. Hewet—, siempre me parece un halago recordarle a alguien a otra persona. Pero Miss Umpleby... ¿por qué cultivaba rosas?

— Ah, pobrecilla —dijo Mrs. Thornbury—, eso es un cuento largo. Había pasado por penas terribles. Hubo un momento en que creo que habría perdido el juicio de no haber sido por su jardín. El suelo le era muy hostil, lo cual fue una bendición disfrazada; tenía que estar en pie al amanecer, salir con cualquier tiempo. Y luego están las plagas que se comen las rosas. Pero ella las venció. Siempre lo lograba. Era una mujer valerosa. —Suspiró hondo, pero con resignación al mismo tiempo.

— No me había dado cuenta de que estaba monopolizando el periódico —dijo Miss Allan, acercándose a ellos.

— Teníamos tantas ganas de leer sobre el debate —dijo Mrs. Thornbury, recibéndolo en nombre de su marido—. No se comprende bien lo interesante que puede ser un debate hasta que una tiene hijos en la marina. Aunque mis intereses están igualmente divididos; también tengo hijos en el ejército; y un hijo que pronuncia discursos en la Unión, ¡mi benjamín!

— Hirst lo conocerá, seguramente —dijo Hewet.

— Mr. Hirst tiene una cara muy interesante —dijo Mrs. Thornbury—. Pero creo que hay que ser muy inteligente para hablar con él. Bueno, ¿William? —preguntó, porque Mr. Thornbury había gruñido.

— Lo están echando a perder —dijo Mr. Thornbury. Había llegado a la segunda columna del artículo, una columna convulsa, pues los diputados irlandeses habían estado armando alboroto tres semanas atrás en Westminster

a propósito de una cuestión de eficiencia naval. Tras uno o dos párrafos agitados, la columna de texto volvía a correr sin tropiezos.

—¿Lo ha leído usted? —preguntó Mrs. Thornbury a Miss Allan.

—No, me avergüenza decir que solo he leído lo de los descubrimientos en Creta —dijo Miss Allan.

—¡Ah, pero yo daría tanto por hacer realidad el mundo antiguo! —exclamó Mrs. Thornbury—. Ahora que los viejos estamos solos —estamos en nuestra segunda luna de miel—, voy a ponerme a estudiar de verdad. Al fin y al cabo, estamos *cimentados* sobre el pasado, ¿verdad, Mr. Hewet? Mi hijo el militar dice que aún hay mucho que aprender de Aníbal. Uno debería saber tanto más de lo que sabe. El caso es que cuando leo el periódico empiezo siempre por los debates y, antes de que haya acabado, siempre se abre la puerta —somos un grupo muy numeroso en casa—, de modo que uno nunca dedica el tiempo suficiente a los antiguos y a todo lo que nos han dado. Pero usted empieza por el principio, Miss Allan.

—Cuando pienso en los griegos los imagino como hombres negros desnudos —dijo Miss Allan—, lo cual estoy segura de que es del todo incorrecto.

—¿Y usted, Mr. Hirst? —dijo Mrs. Thornbury, al percibir que el joven desgarbado estaba cerca—. Estoy segura de que usted lo lee todo.

—Me limito al cricket y a los crímenes —dijo Hirst—. Lo peor de venir de la clase alta —prosiguió— es que los amigos de uno no mueren nunca en accidentes de ferrocarril.

Mr. Thornbury arrojó el periódico y dejó caer los impertinentes con énfasis. Las hojas cayeron en medio del grupo, y todos las miraron.

—¿Ha ido mal? —preguntó su mujer con solicitud.

Hewet recogió una hoja y leyó: —Una señora paseaba ayer por las calles de Westminster cuando reparó en un gato en el escaparate de una casa abandonada. El famélico animal...

—De todas formas yo me quedaré al margen —interrumpió Mr. Thornbury con petulancia.

—A los gatos se los olvida con frecuencia —observó Miss Allan.

—Recuerda, William, que el primer ministro ha reservado su respuesta —dijo Mrs. Thornbury.

—A la edad de ochenta años, Mr. Joshua Harris, de Eeles Park, Brondesbury, ha tenido un hijo —dijo Hirst.

—«...El famélico animal, del que unos operarios habían notado la presencia desde hacía varios días, fue rescatado, pero... ¡por Dios! ¡Le arrancó la mano a mordiscos al hombre!»

—Enloquecido por el hambre, supongo —comentó Miss Allan.

—Todos ustedes están desaprovechando la principal ventaja de estar en el extranjero —dijo Mr. Hughling Elliot, que se había unido al grupo—. Podrían leer las noticias en francés, lo que equivale a no leer ninguna.

Mr. Elliot poseía un conocimiento profundo del copto, que disimulaba en la medida de lo posible, y citaba frases en francés con tanta exquisitez que costaba creer que también supiera hablar la lengua ordinaria. Sentía un inmenso respeto por los franceses.

—¿Vienen? —preguntó a los dos jóvenes—. Deberíamos salir antes de que el calor sea de verdad insoportable.

—Te lo ruego, no camines con este calor, Hugh —suplicó su esposa, tendiéndole un paquete anguloso que envolvía medio pollo y unas pasas.

—Hewet será nuestro barómetro —dijo Mr. Elliot—. Se derretirá antes que yo. —En efecto, si tan siquiera una gota se hubiera desprendido de sus costillas peladas, los huesos habrían quedado al aire. Las señoras se quedaron solas, rodeando The Times, que reposaba en el suelo. Miss Allan miró el reloj de su padre.

—Las once menos diez —observó.

—¿A trabajar? —preguntó Mrs. Thornbury.

—A trabajar —respondió Miss Allan.

—¡Qué mujer tan admirable! —murmuró Mrs. Thornbury, mientras la figura cuadrada envuelta en su abrigo de corte masculino se alejaba.

—Y estoy segura de que lleva una vida muy dura —suspiró Mrs. Elliot.

— Ah, sí, es una vida muy dura —dijo Mrs. Thornbury—. Las mujeres solteras que se ganan el sustento... es la vida más dura de todas.

— Y, sin embargo, parece bastante animada —dijo Mrs. Elliot.

— Debe de ser muy interesante —dijo Mrs. Thornbury—. Le envidio sus conocimientos.

— Pero eso no es lo que quieren las mujeres —dijo Mrs. Elliot.

— Me temo que es todo lo que muchas pueden aspirar a tener —suspiró Mrs. Thornbury—. Creo que ahora somos más que nunca. Sir Harley Lethbridge me decía hace poco lo difícil que es encontrar muchachos para la marina, en parte por culpa de sus dientes, eso es cierto. Y he oído a mujeres jóvenes hablar abiertamente de...

— ¡Terrible, terrible! —exclamó Mrs. Elliot—. La corona, por así decirlo, de la vida de una mujer. Yo, que sé lo que es no tener hijos... —suspiró y calló.

— Pero no debemos ser duras —dijo Mrs. Thornbury—. Las circunstancias han cambiado tanto desde que yo era joven.

— La maternidad, en todo caso, no cambia —dijo Mrs. Elliot.

— En ciertos aspectos podemos aprender mucho de los jóvenes —dijo Mrs. Thornbury—. Yo aprendo muchísimo de mis propias hijas.

— Creo que a Hughling en el fondo no le importa —dijo Mrs. Elliot—. Pero él tiene su trabajo.

— Las mujeres sin hijos pueden hacer tanto por los hijos de los demás —observó Mrs. Thornbury con dulzura.

— Yo dibujo mucho —dijo Mrs. Elliot—, pero eso no es realmente una ocupación. ¡Es tan desalentador comprobar que chicas que acaban de empezar lo hacen mejor que una! Y la naturaleza es difícil, ¡muy difícil!

— ¿No hay instituciones, clubes, en los que pudiese usted colaborar? —preguntó Mrs. Thornbury.

— Son tan agotadores —dijo Mrs. Elliot—. Parezco fuerte, por mi color; pero no lo soy; la pequeña de once hermanos nunca lo es.

—Si la madre tiene cuidado antes —dijo Mrs. Thornbury con mesura—, no hay razón para que el tamaño de la familia marque diferencia alguna. Y no hay formación comparable a la que se dan entre sí los hermanos. De eso estoy convencida. Lo he visto con mis propios hijos. Mi hijo mayor, Ralph, por ejemplo...

Pero Mrs. Elliot no prestaba atención a la experiencia de la dama mayor, y sus ojos vagaban por el vestíbulo.

—Mi madre tuvo dos abortos, que yo sepa —dijo de pronto—. El primero porque se encontró con uno de esos osos bailarines enormes; no debería permitírseles. El otro... era una historia horrible: la cocinera tuvo un hijo y había una cena de gala. Así que atribuyo mi dispepsia a eso.

—Y un aborto es bastante peor que un parto normal —murmuró Mrs. Thornbury distraídamente, ajustándose las gafas y cogiendo *The Times*. Mrs. Elliot se levantó y se alejó aleteando.

Cuando hubo escuchado lo que una de las millones de voces que hablaban en el periódico tenía que decir, y reparado en que una prima suya se había casado con un clérigo en Minehead —pasando por alto a las mujeres borrachas, los animales de oro de Creta, los movimientos de los batallones, las cenas, las reformas, los incendios, los indignados, los doctos y los benévolos—, Mrs. Thornbury subió a su habitación a escribir una carta para el correo.

El periódico yacía justo debajo del reloj, y ambos juntos parecían representar la estabilidad en un mundo cambiante. Mr. Perrott cruzó el salón; Mr. Venning se equilibró un instante en el borde de una mesa. Mrs. Paley pasó empujada en su silla de ruedas. Susan la siguió. Mr. Venning la siguió a su vez, paseando. Familias militares portuguesas, con ropas que delataban un tardío despertar en alcobas desordenadas, cruzaron arrastrando los pies, acompañadas de niñeras de confianza que portaban a niños ruidosos. Conforme el mediodía se acercaba y el sol caía a plomo sobre el tejado, un remolino de moscones enormes zumbaba en círculo; se servían bebidas con hielo bajo las palmeras; las largas persianas se bajaban con un chirrido, tiñendo toda la luz de amarillo. El reloj se encontró entonces con un salón silencioso en el que marcar sus tics, y con un auditorio de cuatro o cinco comerciantes soñolientos. Poco a poco, figuras blancas con sombreros de ala ancha iban entrando por la puerta, dejando pasar una cuña del caluroso



día veraniego y cerrándola de nuevo. Tras reposar un momento en la penumbra, subían la escalera. Simultáneamente, el reloj silbó la una y sonó el gong: empezó suave, fue trabajando hasta una especie de frenesí y se extinguió. Hubo una pausa. Luego, todos los que habían subido bajaron; bajaron los lisiados, plantando ambos pies en el mismo peldaño para no resbalar; bajaron niñas remilgadas aferradas al dedo de la niñera; bajaron hombres gruesos y viejos aún abrochándose el chaleco. El gong había resonado en el jardín, y poco a poco las figuras recostadas se incorporaron y entraron a comer, pues había llegado la hora de volver a alimentarse. Había charcos y franjas de sombra en el jardín incluso al mediodía, donde dos o tres viajeros podían tenderse a trabajar o charlar a sus anchas.

Debido al calor del día, el almuerzo era por lo general una comida silenciosa, en la que la gente observaba a sus vecinos y tomaba nota de los rostros nuevos que pudiera haber, aventurando conjeturas sobre quiénes serían y a qué se dedicarían. Mrs. Paley, aunque tenía bien cumplidos los setenta y estaba impedida de las piernas, disfrutaba de la comida y de las singularidades de sus semejantes. Estaba sentada en una mesa pequeña con Susan.

— ¡A saber yo lo que es esa! — se regodeó, observando a una mujer alta vestida de blanco de forma llamativa, con carmín en los huecos de las mejillas, que llegaba siempre tarde y siempre acompañada por una seguidora de aspecto desastrado; ante lo cual Susan se sonrojó y se preguntó por qué su tía decía esas cosas.

El almuerzo transcurrió metódicamente, hasta que cada uno de los siete platos quedó reducido a fragmentos y la fruta no era más que un juguete para pelar y cortar como un niño destroza una margarita, pétalo a pétalo. La comida servía de extintor a cualquier tenue llama del espíritu humano que pudiera sobrevivir al calor del mediodía; pero Susan se quedó en su cuarto después, dando vueltas una y otra vez al delicioso hecho de que Mr. Venning había venido a buscarla al jardín y se había quedado allí casi media hora mientras ella leía en voz alta a su tía. Hombres y mujeres buscaban rincones distintos donde tumbarse sin ser vistos, y de dos a cuatro podría decirse sin exageración que el hotel estaba habitado por cuerpos sin alma. Desastroso habría sido el resultado si un incendio o una muerte hubieran exigido de repente algo heroico a la naturaleza humana; pero las tragedias llegan en las horas del hambre. Hacia las cuatro, el espíritu humano volvió a lamer el cuerpo, como una llama lame un negro promontorio de carbón.

Mrs. Paley juzgó impropio abrir tan desmesuradamente su mandíbula desdentada, aunque no hubiera nadie cerca, y Mrs. Elliot examinó con inquietud su cara redonda y encendida en el espejo.

Media hora más tarde, habiendo borrado las huellas del sueño, se encontraron en el vestíbulo, y Mrs. Paley observó que iba a tomar el té.

—A usted también le gusta el té, ¿verdad? —dijo, e invitó a Mrs. Elliot, cuyo marido seguía fuera, a acompañarla en una mesita especial que había mandado poner bajo un árbol.

—Aquí el dinero cunde mucho —se regodeó.

Mandó a Susan a buscar otra taza.

—Las galletas son excelentes aquí —dijo, contemplando un platito lleno—. No galletas dulces, que no me gustan: galletas secas... ¿Ha estado usted dibujando?

—Bueno, he hecho dos o tres cosillas —dijo Mrs. Elliot, hablando en voz algo más alta de lo habitual—. Pero es tan difícil después de Oxfordshire, donde hay tantos árboles. La luz aquí es muy intensa. A algunas personas les encanta, ya lo sé, pero a mí me resulta muy fatigosa.

—La verdad es que no necesito que me arreglen nada, Susan —dijo Mrs. Paley, cuando su sobrina regresó—. Tendrás que moverme. —Hubo que moverlo todo. Al final la anciana quedó colocada de modo que la luz ondeaba sobre ella como si fuera un pez en una red. Susan escanció el té y estaba precisamente comentando que en Wiltshire también estaba haciendo calor cuando Mr. Venning preguntó si podía unirse a ellas.

—Qué agradable encontrar a un hombre joven que no desprecia el té —dijo Mrs. Paley, recobrando el buen humor—. Uno de mis sobrinos pidió el otro día una copa de jerez, ¡a las cinco de la tarde! Le dije que podía conseguirla en el bar de la esquina, pero no en mi salón.

—Antes prescindir del almuerzo que del té —dijo Mr. Venning—. Aunque eso no es del todo cierto. Los quiero los dos.

Mr. Venning era un joven moreno, de unos treinta y dos años, de modales muy desenvueltos y seguros de sí, aunque en ese momento estaba visiblemente algo nervioso. Su amigo Mr. Perrott era abogado, y como Mr. Perrott se negaba a ir a ningún sitio sin Mr. Venning, fue necesario, cuando Mr.

Perrott vino a Santa Marina por asuntos de una compañía, que Mr. Venning viniese también. Él era igualmente abogado, pero detestaba una profesión que lo tenía encerrado entre libros, y en cuanto muriera su madre viuda iba a dedicarse en serio a la aviación, según le había confiado a Susan, y a hacerse socio de una gran empresa fabricante de aeroplanos. La conversación derivó sin rumbo fijo. Versó, naturalmente, sobre las bellezas y singularidades del lugar, las calles, la gente y las numerosas manadas de perros amarillos sin dueño.

—¿No le parece una crueldad espantosa el trato que dan a los perros en este país? —preguntó Mrs. Paley.

—Yo los mataría a todos de un tiro —dijo Mr. Venning.

—Pero los cachorros son tan adorables —dijo Susan.

—Unos chicos muy simpáticos —dijo Mr. Venning—. Oiga, usted no tiene nada que comer. —Un enorme trozo de tarta llegó hasta Susan en la punta de un cuchillo tembloroso. También le temblaba la mano al cogerlo.

—Yo tengo un perro precioso en casa —dijo Mrs. Elliot.

—Mi loro no puede ver a los perros —dijo Mrs. Paley con aire de confianza—. Siempre sospecho que alguien lo atormentó (o la atormentó) cuando yo estaba en el extranjero.

—No llegó usted muy lejos esta mañana, Miss Warrington —dijo Mr. Venning.

—Hacía calor —respondió ella. Su conversación se volvió privada, debido a la sordera de Mrs. Paley y a la larga y triste historia que Mrs. Elliot había emprendido sobre un terrier de pelo duro, blanco con una sola mancha negra, perteneciente a un tío suyo, que se había suicidado. —Los animales sí que se suicidan —suspiró, como quien afirma un hecho doloroso.

—¿No podríamos explorar la ciudad esta noche? —sugirió Mr. Venning.

—Mi tía... —empezó Susan.

—Se merece usted un descanso —dijo él—. Siempre está haciendo cosas por los demás.

—Pero esa es mi vida —dijo ella, so pretexto de volver a llenar la tetera.

—Esa no es la vida de nadie —repuso él—, la de ninguna persona joven. ¿Vendrá?

—Me gustaría venir —murmuró.

En ese momento Mrs. Elliot levantó la vista y exclamó: —¡Oh, Hugh! Trae a alguien —añadió.

—Querrá tomar el té —dijo Mrs. Paley—. Susan, ve a buscar más tazas: son los dos jóvenes.

—Nos morimos de sed —dijo Mr. Elliot—. ¿Conoces a Mr. Ambrose, Hilda? Nos encontramos en el monte.

—Me ha arrastrado él —dijo Ridley—, si no, me habría dado vergüenza venir. Estoy polvoriento, sucio y de un humor de perros. —Señaló las botas, blancas de polvo, mientras una flor mustia que se doblegaba en el ojal, como un animal agotado sobre una verja, acentuaba el efecto de longitud y abandono. Lo presentaron a los demás. Mr. Hewet y Mr. Hirst acercaron sillitas, y el té empezó de nuevo; Susan iba llenando con cascadas de agua de tetera en tetera, siempre animosa y con la competencia de quien lleva mucho tiempo haciéndolo.

—El cuñado de mi mujer —explicó Ridley a Hilda, de quien no recordaba acordarse— tiene una casa aquí, que nos ha prestado. Estaba sentado en una roca sin pensar en nada cuando Elliot apareció como un hada de pantomima.

—El pollo se nos metió en la sal —dijo Hewet con aflicción a Susan—. Ni es cierto tampoco que los plátanos incluyan humedad además de sustento.

Hirst ya estaba bebiendo.

—Le hemos estado maldiciendo —dijo Ridley, en respuesta a los amables comentarios de Mrs. Elliot sobre su esposa—. Ustedes los turistas se comen todos los huevos, según me dice Helen. Y eso también ofende a la vista —hizo un gesto de cabeza hacia el hotel—. Un lujo asqueroso, en mi opinión. Nosotros vivimos con cerdos en el salón.

—La comida dista mucho de lo que debería ser, considerando el precio —dijo Mrs. Paley con seriedad—. Pero si no va uno a un hotel, ¿adónde va?

—A quedarse en casa —dijo Ridley—. ¡Cuánto me arrepiento a veces de no haberlo hecho! Todo el mundo debería quedarse en casa. Pero, claro, no lo hacen.

Mrs. Paley concibió cierto agravio hacia Ridley, que parecía criticar sus costumbres tras cinco minutos de conocimiento.

—Yo creo firmemente en viajar al extranjero —declaró—, siempre que uno conozca bien su propio país, lo cual creo honestamente poder decir de mí. Yo no dejaría viajar a nadie hasta que no hubiera visitado Kent y Dorsetshire: Kent por el lúpulo, y Dorsetshire por sus viejas casas de piedra. No hay nada aquí que pueda compararse.

—Sí..., siempre pienso que a algunas personas les gusta el llano y a otras les gustan las colinas —dijo Mrs. Elliot, algo vagamente.

Hirst, que había estado comiendo y bebiendo sin interrupción, encendió entonces un cigarrillo y observó: —Oh, pero a estas alturas todos estamos de acuerdo en que la naturaleza es un error. O es muy fea, o resulta agobiante en extremo, o da un miedo absolutamente aterrador. No sé qué me alarma más: una vaca o un árbol. Una vez me encontré con una vaca en un campo de noche. El animal me miró. Se lo juro, se me puso el pelo blanco. Es una vergüenza que se permita a los animales andar sueltos.

—¿Y qué pensó la vaca de él? —murmuró Venning a Susan, quien de inmediato decidió para sus adentros que Mr. Hirst era un joven terrible y que, aunque tenía todo el aire de ser inteligente, probablemente no lo era tanto como Arthur, en las cosas que de verdad importan.

—¿No fue Wilde quien descubrió que la naturaleza no tiene en cuenta los huesos de la cadera? —preguntó Hughling Elliot. Para entonces ya sabía exactamente qué becas y distinciones ostentaba Hirst, y se había formado una muy elevada opinión de sus capacidades.

Pero Hirst se limitó a apretar los labios con fuerza y no respondió.

Ridley calculó que ahora le era lícito despedirse. La cortesía le obligaba a dar las gracias a Mrs. Elliot por el té y a añadir, con un ademán de la mano: —Tienen que venir a vernos.

El ademán incluía a Hirst y a Hewet, y Hewet respondió: —Me encantaría.

El grupo se dispersó, y Susan, que nunca en su vida se había sentido tan feliz, estaba a punto de salir para su paseo por la ciudad con Arthur cuando Mrs. Paley la llamó. No conseguía entender, por el libro, cómo se juega el solitario del Doble Demonio; y sugirió que si se sentaban a resolverlo juntas les llenaría muy bien el tiempo antes de la cena.

---

#### ACTUALIZACIONES AL GLOSARIO:

- DOUBLE DEMON PATIENCE → EL SOLITARIO DEL DOBLE DEMONIO (juego de cartas en solitario; se traduce el nombre descriptivo del juego). - WIRE-HAIRED TERRIER → TERRIER DE PELO DURO (raza canina; traducción descriptiva natural). - BAROMETER (uso figurado: «Hewet will be our barometer») → BARÓMETRO (mantenido en sentido figurado, sin cursiva; uso ordinario del término). - PEELED AND SLICED AS A CHILD DESTROYS A DAISY, PETAL BY PETAL → imagen conservada íntegramente; «daisy» → «margarita». - «LICK THE BODY, AS A FLAME LICKS A BLACK PROMONTORY OF COAL» → imagen conservada íntegramente; «promontory of coal» → «promontorio de carbón». - ANGULAR PARCEL (el paquete de Mrs. Elliot) → PAQUETE ANGULOSO (adjetivo por forma, no por carácter). - SPARE RIBS (huesos de Elliot) → COSTILLAS PELADAS (imagen cómica conservada; no «costillas de cerdo» en sentido culinario). - AEROPLANE-MAKING BUSINESS → EMPRESA FABRICANTE DE AEROPLANOS (término de época, sin modernizar a «aviones»). - LOATHED A PROFESSION WHICH KEPT HIM INDOORS OVER BOOKS → DETESTABA UNA PROFESIÓN QUE LO TENÍA ENCERRADO ENTRE LIBROS (gerundio inglés → relativa de estado en castellano). - «A BLESSING IN DISGUISE» → UNA BENDICIÓN DISFRAZADA (expresión proverbial inglesa; traducción literal que funciona en castellano).

## CAPÍTULO X

Entre las promesas que Mrs. Ambrose había hecho a su sobrina en caso de que se quedara figuraba una habitación separada del resto de la casa, grande y privada —un cuarto donde pudiera tocar, leer, pensar, desafiar al mundo, fortaleza y santuario a la vez—. Las habitaciones, bien lo sabía, se convierten en mundos más que en habitaciones cuando se tienen veinticuatro años. Su juicio era certero, y en cuanto Rachel cerró la puerta entró en un lugar encantado donde cantaban los poetas y las cosas encontraban su justa proporción. Unos días después de la visión nocturna del hotel, estaba sentada a solas, hundida en un sillón, leyendo un volumen de brillante cubierta roja con las palabras Obras de Henrik Ibsen en el lomo. Había música abierta sobre el piano, y montones irregulares de partituras se apilaban en el suelo formando dos pilares dentados; pero de momento la música había quedado abandonada.

Lejos de parecer aburrida o ausente, sus ojos se concentraban casi con severidad en la página, y por su respiración, lenta pero contenida, podía verse que todo su cuerpo estaba preso en el trabajo de su mente. Al fin cerró el libro de golpe, se recostó y exhaló un profundo suspiro, expresión del asombro que marca siempre el tránsito del mundo imaginario al mundo real.

—Lo que quiero saber —dijo en voz alta— es esto: ¿cuál es la verdad? ¿Cuál es la verdad de todo ello?

Hablaba en parte como ella misma y en parte como la heroína de la obra que acababa de leer. El paisaje exterior, porque durante dos horas no había visto más que letra impresa, le pareció ahora de una solidez y una nitidez asombrosas; aunque había hombres en la ladera encalando los troncos de

los olivos con un líquido blanco, por un momento ella misma era lo más vívido de aquel cuadro —una estatua heroica en el centro del primer plano, dominando la vista—. Las obras de Ibsen la dejaban siempre en ese estado. Las representaba durante días enteros, con gran regocijo de Helen; y luego le llegaba el turno a Meredith y ella se convertía en Diana de las Encrucijadas. Pero Helen era consciente de que no todo era representación, y de que algo parecido a un cambio estaba teniendo lugar en el ser humano. Cuando Rachel se cansó de la rigidez de su postura en el respaldo de la silla, se volvió, se dejó resbalar cómodamente hacia el asiento y contempló los muebles y la ventana del fondo que daba al jardín. (Su mente se alejó de Nora, pero siguió pensando en las cosas que el libro le había sugerido, en las mujeres y en la vida.)

Durante los tres meses que llevaba allí había recuperado considerablemente, como Helen se había propuesto que ocurriera, el tiempo perdido en interminables paseos por jardines resguardados y en los cotilleos domésticos de sus tías. Pero Mrs. Ambrose habría sido la primera en rechazar cualquier influencia, o incluso cualquier convicción de que influir estuviera en su mano. La veía menos tímida y menos seria, lo cual era un bien, y los brincos violentos y los laberintos sin fin que habían conducido a ese resultado solían pasar inadvertidos para ella. La conversación era el remedio en que confiaba: conversación sobre todo, conversación libre, sin reservas, tan franca como la costumbre de hablar con hombres la hacía natural en su propio caso. Tampoco fomentaba los hábitos de abnegación y amabilidad fundados en la insinceridad que tanto se aprecian en los hogares mixtos de hombres y mujeres. Quería que Rachel pensara, y con ese fin le ofrecía libros y desalentaba una dependencia demasiado absoluta de Bach, Beethoven y Wagner. Pero cuando Mrs. Ambrose habría sugerido a Defoe, a Maupassant o alguna amplia crónica familiar, Rachel escogía libros modernos, libros de brillantes cubiertas amarillas, libros con mucho dorado en el lomo, que a ojos de su tía eran señal de ásperas querellas y disputas sobre hechos a los que los modernos atribuían una importancia que no tenían. Pero no intervino. Rachel leía lo que elegía, con la literalidad peculiar de quien no está habituado a las frases escritas, manejando las palabras como si fueran de madera, cada una separada e importante, con formas propias como mesas o sillas. De ese modo llegaba a conclusiones que debían remodelarse según las vicisitudes del día, y que eran refundidas con tanta lib-



ertad como pudiera desear cualquiera, dejando siempre tras de sí un pequeño sedimento de certeza.

A Ibsen lo sucedió una novela del tipo que Mrs. Ambrose detestaba, cuyo propósito era distribuir la culpa de la caída de una mujer entre los hombros correspondientes; propósito que se conseguía, si el malestar del lector servía de prueba. Arrojó el libro, se asomó a la ventana, se apartó de la ventana y volvió a recostarse en el sillón.

La mañana era calurosa, y el esfuerzo de la lectura dejaba su mente contrayéndose y expandiéndose como el muelle de un reloj, y los pequeños ruidos del mediodía —que no pueden atribuirse a ninguna causa concreta— latían con un ritmo regular. Todo era muy real, muy vasto, muy impersonal, y al cabo de un momento empezó a levantar el dedo índice y a dejarlo caer sobre el brazo del sillón para recuperar alguna conciencia de su propia existencia. A continuación la invadió la inexplicable rareza del hecho de estar sentada en un sillón, por la mañana, en medio del mundo. ¿Quiénes eran las personas que se movían por la casa —trasladando cosas de un lugar a otro—? ¿Y la vida, qué era? No era más que una luz que pasaba sobre la superficie y desaparecía, como ella misma desaparecería con el tiempo, aunque los muebles de la habitación permanecieran. Su disolución llegó a ser tan completa que ya no podía levantar el dedo y se quedó completamente inmóvil, escuchando y mirando siempre el mismo punto. Todo se volvía cada vez más extraño. La abrumó el asombro de que las cosas existieran en absoluto... Olvidó que tenía dedos que levantar... Las cosas que existían eran tan inmensas y tan desoladas... Siguió siendo consciente de aquellas vastas masas de sustancia durante un largo rato, mientras el reloj seguía marcando el tiempo en medio del silencio universal.

— Adelante —dijo maquinalmente, pues un resorte en su cerebro pareció tirar de ella ante el golpeteo persistente en la puerta. Con gran lentitud la puerta se abrió y un ser humano alto avanzó hacia ella tendiendo el brazo y diciendo:

—¿Qué debo responder a esto?

La absurdidad absoluta de una mujer que entraba en una habitación con un papel en la mano dejó a Rachel estupefacta.

—No sé qué contestar, ni quién es Terence Hewet —continuó Helen con la voz átona de un fantasma. Puso ante Rachel un papel en el que estaban escritas las palabras increíbles:

ESTIMADA MRS. AMBROSE: Estoy organizando una excursión para el próximo viernes, en la que nos proponemos partir a las once y media si el tiempo es bueno y realizar el ascenso al Monte Rosa. Llevará algún tiempo, pero las vistas deberían ser magníficas. Me causaría gran satisfacción que usted y Miss Vinrace accedieran a formar parte de la comitiva. Quedo de usted atentamente,

TERENCE HEWET

Rachel leyó las palabras en voz alta para poder creerlas. Por la misma razón puso la mano en el hombro de Helen.

—Libros..., libros..., libros —dijo Helen con su aire distraído de costumbre—. Más libros nuevos..., me pregunto qué les encuentras...

Por segunda vez Rachel leyó la carta, pero para sí. Esta vez, en lugar de parecer vagas como fantasmas, cada palabra resaltaba con una prominencia asombrosa; emergían como las cimas de las montañas entre la bruma. Viernes..., once y media..., Miss Vinrace. La sangre empezó a correrle por las venas; sintió que los ojos le brillaban.

—Tenemos que ir —dijo, sorprendiendo a Helen con su determinación—. Tenemos que ir sin falta —tal era el alivio de comprobar que las cosas seguían sucediendo, y en efecto parecían más brillantes por la bruma que las envolvía.

—Monte Rosa..., esa es la montaña de allí, ¿verdad? —dijo Helen—; pero Hewet..., ¿quién es? Alguno de los jóvenes que conoció Ridley, supongo. ¿Le digo que sí, entonces? Podría resultar terriblemente aburrido.

Tomó la carta y se fue, pues el mensajero esperaba respuesta.

La excursión propuesta unos días antes en la habitación de Mr. Hirst había tomado forma y era fuente de gran satisfacción para Mr. Hewet, que pocas veces había ejercitado sus dotes prácticas y se complacía en ver que estaban a la altura de la tarea. Sus invitaciones habían sido aceptadas sin excepción, lo cual resultaba tanto más alentador cuanto que Hirst le había de-

saconsejado cursarlas entre personas muy aburridas, en absoluto afines entre sí, y que con toda seguridad no acudirían.

—Sin duda alguna —dijo, haciendo girar entre los dedos una nota firmada Helen Ambrose—, las dotes necesarias para ser un gran general han sido ridículamente sobrevaloradas. Con la mitad del esfuerzo intelectual que se requiere para reseñar un libro de poesía moderna he conseguido reunir a siete u ocho personas, de sexos opuestos, en el mismo lugar, a la misma hora, el mismo día. ¿En qué consiste si no el arte militar, Hirst? ¿Qué hizo Wellington en el campo de Waterloo que no fuera eso? Es como contar los guijarros de un camino: tedioso pero no difícil.

Estaba sentado en su habitación, con una pierna sobre el brazo del sillón, mientras Hirst escribía una carta en el lado opuesto. Hirst se apresuró a señalar que todas las dificultades seguían en pie.

—Por ejemplo, aquí hay dos mujeres a las que no ha visto nunca. Suponga que una de ellas padece el mal de montaña, como mi hermana, y la otra...

—Oh, las mujeres son para usted —interrumpió Hewet—. Las invité exclusivamente en su beneficio. Lo que usted necesita, Hirst, bien lo sabe, es el trato con mujeres jóvenes de su edad. No sabe usted cómo relacionarse con las mujeres, lo cual es un grave defecto, dado que la mitad del mundo está compuesta por mujeres.

Hirst masculló que era perfectamente consciente de ello.

Pero la satisfacción de Hewet se enfrió un tanto mientras caminaba con Hirst hacia el lugar donde habían quedado todos en reunirse. Se preguntó por qué demonios había invitado a aquella gente y qué podía esperarse realmente de juntar seres humanos unos con otros.

—Las vacas —reflexionó—, se juntan en un prado; los barcos, en la calma; y nosotros hacemos exactamente lo mismo cuando no tenemos nada más que hacer. Pero ¿por qué lo hacemos? ¿Es para evitar asomarnos al fondo de las cosas —se detuvo junto a un arroyo y empezó a removerlo con el bastón, enturbiando el agua con barro—, construir ciudades y montañas y universos enteros de la nada, o es que de verdad nos queremos unos a otros, o vivimos, por el contrario, en un estado de perpetua incertidumbre, sin

saber nada, saltando de momento en momento como de mundo en mundo? Que es, en conjunto, la opinión a la que me inclino.

Saltó sobre el arroyo; Hirst dio la vuelta y fue a reunirse con él, observando que hacía tiempo que había dejado de buscar la razón de ninguna acción humana.

Medio kilómetro más adelante llegaron a un grupo de plátanos y a la alquería de color salmón a orillas del arroyo que habían elegido como punto de encuentro. Era un paraje sombreado, situado convenientemente justo donde la colina brotaba de la llanura. Entre los finos troncos de los plátanos los jóvenes podían ver pequeños grupos de burros pastando, y a una mujer alta que frotaba el morro de uno de ellos, mientras otra estaba arrodillada junto al arroyo bebiendo agua con las palmas de las manos.

Al entrar en el lugar sombreado, Helen levantó la vista y tendió la mano.

—Debo presentarme —dijo—. Soy Mrs. Ambrose.

Después de estrecharles la mano, dijo:

—Esa es mi sobrina.

Rachel se acercó con torpeza. Tendió la mano pero la retiró.

—Está mojada —dijo.

Apenas habían cruzado esas palabras cuando llegó el primer coche.

Los burros fueron rápidamente puestos en posición de firmes, y llegó el segundo coche. Poco a poco la arboleda se fue llenando de gente: los Elliot, los Thornbury, Mr. Venning y Susan, Miss Allan, Evelyn Murgatroyd y Mr. Perrott. Mr. Hirst hacía las veces de enérgico y ronco perro pastor. Con unas cuantas palabras de cáustico latín tuvo a los animales en orden, y echando hacia delante un hombro afilado ayudó a montar a las señoras.

—Lo que Hewet no entiende —observó— es que hay que ganar la parte más dura del ascenso antes del mediodía.

Estaba ayudando a una joven de nombre Evelyn Murgatroyd mientras hablaba. Ella se elevó hasta el asiento ligera como una pompa de jabón. Con una pluma que colgaba de un sombrero de ala ancha, vestida de blanco de los pies a la cabeza, parecía una gallarda dama de tiempos de Carlos I al frente de tropas realistas.

—Venga a mi lado —ordenó; y en cuanto Hirst hubo montado de un salto sobre una mula, los dos partieron al frente de la comitiva.

—No me llame Miss Murgatroyd. Lo detesto —dijo—. Me llamo Evelyn. ¿Y usted?

—St. John —dijo él.

—Me gusta —dijo Evelyn—. ¿Y cómo se llama su amigo?

—Como sus iniciales son R. S. T., lo llamamos el Monje —dijo Hirst.

—Oh, son todos demasiado ingeniosos —dijo ella—. ¿Por dónde? Córteme una rama. Vamos al galope.

Le dio a su burro un golpe seco con una vara y arrancó hacia delante. La lozana y novelesca carrera de Evelyn Murgatroyd queda mejor descrita con sus propias palabras: «Llámame Evelyn y yo te llamaré St. John». Lo decía con cualquier pretexto —bastaba su apellido—, pero aunque muchos jóvenes le habían respondido ya con considerable ardor, seguía diciéndolo sin decantarse por ninguno. Pero su burro tropezó y pasó al trote corto, y tuvo que cabalgar sola en cabeza, pues el sendero al iniciar el ascenso por una de las aristas de la colina se volvía estrecho y cubierto de piedras. La comitiva serpenteaba como una oruga articulada, erizada de las sombrillas blancas de las señoras y los sombreros de panamá de los caballeros. En un punto donde el terreno subía bruscamente, Evelyn saltó del asno, arrojó las riendas al muchacho nativo y exhortó a St. John Hirst a que desmontara también. Su ejemplo fue seguido por quienes necesitaban estirar las piernas.

—No veo ninguna necesidad de bajar —le dijo Miss Allan a Mrs. Elliot, que iba justo detrás—, teniendo en cuenta la dificultad que tuve para subir.

—Estos burritos lo aguantan todo, *n'est-ce pas*? —dijo Mrs. Elliot dirigiéndose al guía, quien inclinó la cabeza con obligada cortesía.

—Flores —dijo Helen, agachándose para recoger las pequeñas y hermosas florecillas que crecían aquí y allá sueltas por la ladera—. Si se les aplasta la hoja huelen —dijo, colocando una sobre la rodilla de Miss Allan.

—¿No nos hemos visto antes? —preguntó Miss Allan, mirándola.

—Yo lo daba por sentado —rió Helen, pues en el barullo del encuentro no las habían presentado.

—¡Qué sensato! —gorjeó Mrs. Elliot—. Es exactamente lo que a uno siempre le gustaría hacer..., aunque por desgracia no es posible.

—¿No es posible? —dijo Helen—. Todo es posible. ¿Quién sabe lo que puede pasar antes del anochecer? —continuó, burlándose de la timidez de la pobre señora, que dependía tan implícitamente de que una cosa siguiera a otra, que el mero atisbo de un mundo donde la cena pudiera pasarse por alto, o la mesa desplazarse un centímetro de su sitio habitual, la llenaba de temores por su propia estabilidad.

Cada vez más arriba, separándose del mundo. El mundo, cuando se volvían a mirarlo, se había aplanado y quedaba señalado por cuadrados de verde tenue y gris.

—Los pueblos son muy pequeños —observó Rachel, tapando con una mano Santa Marina entera y sus alrededores. El mar rellenaba con suavidad todos los ángulos de la costa rompiéndose en una orla blanca, y aquí y allá los barcos quedaban firmemente asentados en el azul. El mar estaba teñido de manchas moradas y verdes, y había una línea reluciente en el horizonte donde se juntaba con el cielo. El aire era muy limpio y silencioso salvo por el chirrido agudo de los grillos y el zumbido de las abejas, que sonaba alto en el oído cuando pasaban disparadas y desaparecían. El grupo hizo un alto y estuvo un rato sentado en una cantera de la ladera.

—Extraordinariamente claro —exclamó St. John, identificando uno tras otro los repliegues del terreno.

Evelyn M. estaba sentada a su lado con la barbilla apoyada en la mano. Contemplaba el paisaje con cierto aire de triunfo.

—¿Cree que Garibaldi estuvo alguna vez aquí arriba? —le preguntó a Mr. Hirst. ¡Oh, si hubiera sido su esposa! ¡Si en lugar de una excursión de placer aquello fuera una partida de patriotas, y ella, de camisa roja como los demás, hubiera yacido entre hombres austeros, tendida en el suelo, apuntando con su fusil a las torres blancas que había abajo, entornando los ojos para ver entre el humo! Pensando así, su pie se agitó con impaciencia, y exclamó:

—Yo a esto no le llamo vivir, ¿y usted?

—¿Qué llama usted vivir? —dijo St. John.

—Luchar..., la revolución —dijo ella, sin apartar los ojos de la ciudad condenada—. Usted solo piensa en los libros, lo sé.

—Está usted muy equivocada —dijo St. John.

—Explíquese —instó ella, pues no había fusiles que apuntar contra nadie, y recurrió a otro tipo de combate.

—¿Qué me importa a mí? La gente —dijo él.

—¡Vaya, no me lo esperaba! —exclamó—. Pone usted un gesto tan tremendamente serio. ¿Por qué no nos hacemos amigos y nos contamos cómo somos? Odio ser cautelosa, ¿y usted?

Pero St. John era decididamente cauteloso, como ella pudo ver por la repentina contracción de sus labios, y no tenía ninguna intención de revelar su alma a una joven. —El burro se está comiendo mi sombrero —observó, alargando la mano hacia él en lugar de responderle. Evelyn se ruborizó levemente y se volvió con cierto ímpetu hacia Mr. Perrott, y cuando volvieron a montar fue Mr. Perrott quien la ayudó a subir.

—Cuando una ha puesto los huevos, se come la tortilla —dijo Hughling Elliot con exquísitez en francés, dando a entender al resto que era hora de ponerse en marcha de nuevo.

El sol del mediodía que Hirst había previsto empezaba a apretar con fuerza. Cuanto más alto subían, más cielo aparecía, hasta que la montaña no era más que una pequeña tienda de tierra contra un inmenso fondo azul. Los ingleses callaron; los nativos que caminaban junto a los burros entonaron canciones extrañas y ondulantes y se lanzaban bromas unos a otros. El camino se volvía muy empinado, y cada jinete mantenía los ojos fijos en la forma tambaleante y encorvada del jinete y el burro que tenía delante. El esfuerzo que se les exigía era algo mayor del que está justificado en una excursión de placer, y Hewet alcanzó a oír uno o dos comentarios levemente quejumbrosos.

—Las excursiones con este calor son quizá algo poco prudentes —murmuró Mrs. Elliot a Miss Allan.

Pero Miss Allan respondió: —A mí siempre me gusta llegar a la cima; y era cierto, aunque era una mujer corpulenta, con rigidez en las articula-

ciones y no habituada a montar en burro, pues como sus vacaciones eran pocas les sacaba el mayor partido posible.

La vivaz figura blanca cabalgaba bien en cabeza; de algún modo se había hecho con una rama frondosa y la llevaba alrededor del sombrero como una guirnalda. Avanzaron unos minutos en silencio.

—Las vistas serán magníficas —les aseguró Hewet, volviéndose en la silla y sonriendo para darles ánimos. Rachel le cruzó la mirada y sonrió también. Siguieron bregando un buen rato, sin oírse más que el golpeteo de los cascos esforzándose sobre las piedras sueltas. Entonces vieron que Evelyn había bajado del asno y que Mr. Perrott estaba de pie en la actitud de un estadista en Parliament Square, extendiendo un brazo pétreo hacia el paisaje. Un poco a su izquierda había una pared baja en ruinas, el tronco de una torre de vigilancia isabelina.

—No habría aguantado mucho más —le confió Mrs. Elliot a Mrs. Thornbury, pero la emoción de estar en la cima al cabo de un momento y ver el panorama impidió que nadie le respondiera. Uno tras otro fueron saliendo a la explanada de la cumbre y se detuvieron sobrecogidos de asombro. Ante ellos se extendía un espacio inmenso: arenas grises que se fundían en bosque, y el bosque en montañas, y las montañas bañadas de aire, las distancias infinitas de América del Sur. Un río cruzaba la llanura, tan plano como la tierra, y con apariencia de estar igualmente quieto. El efecto de tanto espacio resultaba al principio más bien estremecedor. Se sintieron muy pequeños, y durante un rato nadie dijo nada. Entonces Evelyn exclamó:

—¡Espléndido!

Tomó la mano que tenía más cerca; resultó ser la mano de Miss Allan.

—Norte..., Sur..., Este..., Oeste —dijo Miss Allan, inclinando ligeramente la cabeza hacia los puntos cardinales.

---

#### ACTUALIZACIONES AL GLOSARIO:

- «main-spring of a clock» → muelle de un reloj (la imagen del reloj que se contrae y expande se resuelve con «muelle», término mecánico preciso y natural en castellano). - «jog-trot» → trote corto (ritmo de marcha pausado del burro; se evita «trote cansino» por ser algo interpretativo). - «leafy



branch» → rama frondosa (sin añadir adjetivos innecesarios). - «salmon-pink farmhouse» → alquería de color salmón (se usa «alquería» como equivalente rural y evocador, más preciso que «granja» o «cortijo»). - «plane trees» → plátanos (*Platanus orientalis/hispanica*; el «plátano de sombra» es el árbol de este tipo habitual en paisajes mediterráneos). - «quarry» → cantera (en el contexto de ladera de montaña, «cantera» es más preciso que «corte» o «cañón»). - «hoarse energetic sheep-dog» → enérgico y ronco perro pastor (orden de adjetivos ajustado al castellano). - «swung himself across a mule» → hubo montado de un salto sobre una mula (se resuelve la imagen dinámica con construcción verbal natural). - «*n'est-ce pas*» → se conserva en francés, igual que en el original. - «When one has laid the eggs one eats the omelette» → «Cuando una ha puesto los huevos, se come la tortilla». Woolf escribe el refrán en inglés y se limita a indicar que Elliot lo dijo «en francés con exquisitez»: NO transcribe el francés. Por coherencia con el original, se traduce el refrán al castellano (sin inventar el francés) y se conserva la acotación «en francés», que es la broma real (el lector recibe el sentido, como en Woolf). Se descarta cualquier reconstrucción francesa por ser contenido espurio ajeno al texto. - «stump of an Elizabethan watch-tower» → tronco de una torre de vigilancia isabelina («tronco» en el sentido de «resto» o «base» de una torre, más natural que «muñón»). - «the world, when they turned to look back, flattened itself out» → el mundo, cuando se volvían a mirarlo, se había aplanado (se usa el pluscuamperfecto para marcar el aspecto resultativo, más natural en este contexto descriptivo).

Hewet, que se había adelantado un poco, miró a sus invitados como si buscara justificarse ante ellos por haberlos traído. Observó con qué extrañeza aquella hilera de personas, con los cuerpos ligeramente inclinados hacia delante y la ropa pegada por el viento a la forma de sus siluetas, se asemejaba a estatuas desnudas. Sobre su pedestal de tierra tenían algo desacostumbrado y noble, pero al instante siguiente habían roto la fila y él tuvo que ocuparse de disponer la comida. Hirst acudió en su auxilio, y entre los dos fueron pasando los paquetes de pollo y pan de mano en mano.

Cuando St. John entregó a Helen el suyo, ella le miró de frente y dijo:

—¿Se acuerda usted... de dos mujeres?

Él la miró con fijeza.

—Me acuerdo —respondió.

—¡Así que son ustedes las dos mujeres! —exclamó Hewet, pasando los ojos de Helen a Rachel.

—Sus luces nos tentaron —dijo Helen—. Les estuvimos viendo jugar a las cartas, sin saber que también nos observaban a nosotras.

—Fue como algo de teatro —añadió Rachel.

—Y Hirst no supo describirlas —dijo Hewet.

Era, desde luego, curioso haber visto a Helen y no encontrar nada que decir sobre ella.

Hughling Elliot levantó el monóculo y comprendió la situación.

—No conozco nada más terrible —dijo, tirando de la articulación de un muslo de pollo— que ser visto cuando uno no es consciente de ello. Uno está seguro de que lo han pillado haciendo alguna tontería: mirándose la lengua en un cabriolé, por ejemplo.

Entonces los demás dejaron de contemplar el paisaje y, agrupándose, se sentaron en círculo alrededor de los cestos.

—Y aun así esos pequeños espejos de los cabriolés tienen su propio encanto —dijo Mrs. Thornbury—. El propio rostro resulta tan distinto cuando solo se ve un fragmento.

—Pronto quedarán muy pocos cabriolés —dijo Mrs. Elliot—. Y los de cuatro ruedas... les aseguro que incluso en Oxford es casi imposible encontrar un coche de cuatro ruedas.

—Me pregunto qué habrá sido de los caballos —dijo Susan.

—Pastel de ternera —dijo Arthur.

—Ya es hora de que los caballos se extingan de todos modos —dijo Hirst—. Son horriblemente feos, aparte de ser viciosos.

Pero Susan, que había sido educada en la convicción de que el caballo es la más noble de las criaturas de Dios, no podía estar de acuerdo; y Venning pensó que Hirst era un perfecto imbécil, aunque era demasiado educado para no continuar la conversación.

—Cuando nos vean caer de los aeroplanos se desquitarán un poco, supongo —observó.

—¿Vuela usted? —preguntó el anciano Mr. Thornbury, poniéndose los anteojos para mirarlo.

—Espero hacerlo algún día —dijo Arthur.

A partir de ahí se debatió ampliamente sobre la aviación, y Mrs. Thornbury pronunció una opinión que casi llegó a ser un discurso en el sentido de que sería del todo necesaria en tiempos de guerra, y de que Inglaterra iba terriblemente a la zaga. «Si yo fuera joven», concluyó, «me certificaría sin falta.» Era curioso contemplar a aquella menuda señora entrada en años, con su traje gris, un sándwich en la mano y los ojos encendidos de fervor mientras se imaginaba a sí misma como un joven piloto en un aeroplano. Por alguna razón, sin embargo, la conversación no fluyó con facilidad después de eso, y cuanto dijeron fue sobre la bebida, la sal y el paisaje. De pronto, Miss Allan, que estaba sentada de espaldas al muro en ruinas, dejó su sándwich, se quitó algo del cuello y declaró: «Estoy cubierta de bichitos.» Era verdad, y el descubrimiento fue muy bien recibido. Las hormigas bajaban en aluvión por un glaciar de tierra suelta amontonada entre las piedras de la ruina: hormigas pardas y grandes, de cuerpo reluciente. Tendió una en el dorso de la mano para que Helen la viera.

—¿Y si pican? —dijo Helen.

—No picarán, pero pueden infestar la comida —dijo Miss Allan, y en el acto se tomaron medidas para desviar a las hormigas de su camino. A propuesta de Hewet, se acordó emplear los métodos de la guerra moderna contra un ejército invasor. El mantel representaba el país invadido; a su alrededor levantaron barricadas de cestos, colocaron las botellas de vino formando un parapeto, construyeron fortines de pan y cavaron fosos de sal. Cuando alguna hormiga lograba pasar, quedaba expuesta a un fuego de migas de pan, hasta que Susan declaró que eso era una crueldad, y premió a aquellos espíritus valientes con un botín en forma de lengua. Jugando a esto perdieron la rigidez y llegaron incluso a atreverse más de lo habitual: Mr. Perrott, que era muy tímido, dijo «Permítame» y le retiró una hormiga del cuello a Evelyn.

—No tendría nada de gracioso en realidad —confió Mrs. Elliot a Mrs. Thornbury — que una hormiga se metiera entre la combinación y la piel.

El alboroto creció de pronto, porque se descubrió que una larga fila de hormigas había encontrado la manera de llegar al mantel por una entrada trasera; y si el éxito pudiera medirse por el ruido, Hewet tenía sobradas razones para considerar su excursión un éxito. No obstante, se sumió, sin motivo alguno, en una profunda melancolía.

«No son satisfactorios; son innobles», pensó, contemplando a sus invitados desde cierta distancia, mientras recogía los platos. Los recorrió con la mirada: inclinados y oscilantes y gesticulando en torno al mantel. Afables y modestos, respetables en muchos aspectos, hasta simpáticos en su satisfacción y su deseo de ser amables, ¡qué mediocres eran todos, y de qué sosa crueldad eran capaces entre sí! Ahí estaba Mrs. Thornbury, dulce pero frívola en su egoísmo maternal; Mrs. Elliot, quejándose sin cesar de su suerte; su marido, un mero guisante en su vaina; y Susan, que no tenía personalidad propia y no contaba ni para bien ni para mal; Venning era tan honrado y tan brutal como un colegial; el pobre Mr. Thornbury cumplía sencillamente su ronda como un caballo en un molino; y cuanto menos se examinara el carácter de Evelyn, mejor, sospechaba. Y sin embargo, eran estas personas quienes tenían dinero, y a ellas, y no a otras, se les confiaba la gestión del mundo. Poner entre ellos a alguien más vital, que amara la vida o la belleza, ¡qué tormento, qué despilfarro infligirían a ese alguien si trataba de compartir con ellos en lugar de flagelarlos!

«Está Hirst», concluyó, llegando a la figura de su amigo; con el pequeño ceño de concentración habitual en su frente, pelaba la piel de un plátano. «Y es tan feo como el pecado.» De la fealdad de St. John Hirst, y de las limitaciones que la acompañaban, hacía responsables a los demás de algún modo. Era culpa de ellos que él tuviera que vivir solo. Luego llegó a Helen, atraído por el sonido de su risa. Se reía de Miss Allan. «¿Lleva usted combinación con este calor?», decía en voz que pretendía ser discreta. Le gustó su aspecto enormemente, no tanto su belleza como su amplitud y su sencillez, que la hacían destacar entre los demás como una gran estatua de piedra, y siguió adelante con ánimo más apacible. Su mirada recayó en Rachel. Estaba recostada un poco detrás de los otros, apoyada en un codo; podría haber estado pensando exactamente lo mismo que el propio Hewet. Tenía los ojos fijos, con cierta tristeza pero sin intensidad, en la hilera de personas que tenía enfrente. Hewet se arrastró hasta ella de rodillas, con un trozo de pan en la mano.

—¿Qué está mirando usted? —preguntó.

Ella se sobresaltó un poco, pero respondió sin rodeos:

—Seres humanos.

---

ACTUALIZACIONES AL GLOSARIO: - «banana» → plátano (término más habitual en España peninsular) - «four-wheeled cabs» → coches de cuatro ruedas (descripción literal, variedad del cabriolé tirado por caballos) - «qualify» (en contexto aviación) → certificarse (obtener la certificación de piloto) - «back entrance» → entrada trasera (sentido literal en contexto de la picnic/mantel)

## CAPÍTULO XI

Uno tras otro se levantaron y se desperezaron, y en pocos minutos se dividieron más o menos en dos grupos separados. Uno de ellos estaba dominado por Hughling Elliot y Mrs. Thornbury, quienes, habiendo leído los mismos libros y considerado las mismas cuestiones, se afanaban ahora en nombrar los lugares que se extendían a sus pies y colgar de ellos retazos de información sobre armadas y ejércitos, partidos políticos, nativos y productos minerales —todo lo cual, decían, demostraba en conjunto que Sudamérica era el país del futuro.

Evelyn M. escuchaba con sus brillantes ojos azules clavados en los oráculos.

—¡Cómo le dan a una ganas de ser hombre! —exclamó.

Mr. Perrott respondió, contemplando la llanura, que un país con futuro era cosa muy hermosa.

—Si yo fuera usted —dijo Evelyn, volviéndose hacia él y pasándose el guante con vehemencia entre los dedos—, reuniría un ejército y conquistaría un gran territorio y lo haría espléndido. Para eso harían falta mujeres. Me encantaría comenzar la vida desde el principio, como debe ser: nada sórdido, sino grandes salones y jardines y hombres y mujeres magníficos. Pero usted... ¡a usted solo le gustan los tribunales!

—¿Y de verdad se conformaría sin vestidos bonitos ni dulces y todas esas cosas que gustan a las señoritas? —preguntó Mr. Perrott, disimulando cierta cantidad de dolor bajo su tono irónico.

—Yo no soy una señorita —replicó Evelyn con un destello en los ojos; se mordió el labio inferior—. Solo porque me gustan las cosas espléndidas se

ríe usted de mí. ¿Por qué no hay hombres como Garibaldi hoy en día? —exigió saber.

—Mire —dijo Mr. Perrott—, no me da usted ninguna oportunidad. Dice que deberíamos empezar las cosas desde cero. De acuerdo. Pero no veo exactamente cómo... ¿conquistar un territorio? Ya están todos conquistados, ¿no?

—No es ningún territorio en particular —explicó Evelyn—. Es la idea, ¿no lo entiende? Llevamos vidas tan apacibles. Y estoy segura de que usted lleva dentro cosas espléndidas.

Hewet vio cómo las cicatrices y las oquedades del sagaz rostro de Mr. Perrott se relajaban con una expresión patética. Podía imaginar los cálculos que incluso en aquel momento discurrían por su mente: si estaría justificado en pedirle matrimonio a una mujer, teniendo en cuenta que no ganaba más de quinientas libras al año en el foro, que carecía de rentas propias y que tenía a su cargo a una hermana inválida. Mr. Perrott sabía también que no era del todo «de los suyos», como Susan anotaba en su diario; no del todo un caballero, quería decir, pues era hijo de un tendero de Leeds, había comenzado la vida con un cesto a la espalda y ahora, aunque prácticamente indistinguible de un gentleman de cuna, revelaba su origen a los ojos perspicaces en una impecable pulcritud en el vestir, en una cierta falta de soltura en los modales, en una limpieza extremada en la persona, y en una indescriptible timidez y precisión al manejar el cuchillo y el tenedor que podía ser el vestigio de tiempos en que la carne escaseaba y la manera de tratarla no tenía nada de remilgada.

Los dos grupos, que habían estado paseando y perdiendo su cohesión, se reunieron por fin y se quedaron juntos mirando fijamente las manchas amarillas y verdes del paisaje abrasado que se extendía debajo. El aire caliente bailoteaba sobre él, haciendo imposible distinguir con nitidez los tejados de una aldea en la llanura. Incluso en lo alto de la montaña, donde una brisa soplaba con suavidad, hacía mucho calor, y el calor, la comida, la inmensidad del espacio y quizás alguna causa menos definida produjeron en ellos una soñolienta placidez y una sensación de feliz relajamiento. No hablaban demasiado, pero no sentían ninguna incomodidad en el silencio.

—¿Vamos a ver qué hay por allá? —le dijo Arthur a Susan, y la pareja se alejó junta, y su partida suscitó sin duda alguna sacudida de emoción en los

demás.

—Son un grupo raro, ¿verdad? —dijo Arthur—. Pensé que no conseguiríamos llevarlos a todos hasta arriba. Pero me alegra que hayamos venido, ¡caramba! No me lo hubiera perdido por nada.

—No me *gusta* Mr. Hirst —dijo Susan de manera incongruente—. Supongo que es muy inteligente, pero ¿por qué han de ser tan...? Estoy segura de que en el fondo es muy buena persona —añadió, atenuando instintivamente lo que podría haber parecido un comentario poco caritativo.

—¿Hirst? Ah, es uno de esos eruditos —dijo Arthur con indiferencia—. No parece que lo disfrute. Debería oírle hablar con Elliot. A mí me cuesta seguirles el hilo... Yo nunca fui muy dado a los libros.

Con estas frases y las pausas que se intercalaban llegaron a un pequeño montículo en cuya cima crecían varios árboles esbeltos.

—¿Le importa si nos sentamos aquí? —dijo Arthur, mirando a su alrededor—. Es agradable a la sombra... y la vista... —Se sentaron y miraron durante un rato directamente al frente, en silencio.

—Pero sí que envidio a veces a esos tipos inteligentes —observó Arthur—. No creo que ellos nunca... —No terminó la frase.

—No entiendo por qué habría de envidiarlos —dijo Susan con toda sinceridad.

—Le pasan a uno cosas raras —dijo Arthur—. Uno va tirando sin problemas, una cosa detrás de otra, todo muy divertido y sencillo, y uno cree que lo entiende todo, y de repente uno no sabe dónde está ni nada, y todo parece distinto de como solía ser. Hoy, por ejemplo, subiendo por ese sendero, cabalgando detrás de ti, me parecía ver todo como si... —hizo una pausa y arrancó una brizna de hierba de raíz. Desmenuzó los pequeños terrones de tierra que se adherían a las raíces—. Como si tuviera una especie de sentido. Tú has marcado la diferencia para mí —soltó de golpe—, no veo por qué no decírtelo. Lo he sentido desde que te conozco... Es porque te quiero.

Incluso mientras decían cosas triviales Susan había sido consciente de la excitación de la intimidad, que parecía dejar al descubierto algo no solo en ella, sino también en los árboles y en el cielo, y el avance de las palabras de



él, que le parecía inevitable, le resultaba positivamente doloroso, pues ningún ser humano se había acercado nunca tanto a ella.

Quedó inmóvil mientras él seguía hablando, y el corazón le dio grandes saltos separados ante las últimas palabras. Estaba sentada con los dedos en torno a una piedra, mirando directamente al frente, montaña abajo, sobre la llanura. Entonces había ocurrido de verdad: una propuesta de matrimonio.

Arthur la miró; tenía el rostro extrañamente contraído. Ella respiraba con tal dificultad que apenas podía contestar.

— Ya deberías haberlo sabido. — La estrechó entre sus brazos; una y otra vez y otra vez se abrazaron, murmurando palabras inarticuladas.

— Bueno — suspiró Arthur, dejándose caer sobre la hierba —, es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida. — Tenía el aspecto de quien intenta poner junto a las cosas reales lo que ha visto en un sueño.

Se hizo un largo silencio.

— Es lo más perfecto del mundo — declaró Susan, en voz muy queda y con profunda convicción. Ya no era simplemente una propuesta de matrimonio, sino de matrimonio con Arthur, de quien estaba enamorada.

En el silencio que siguió, con la mano de él apretada entre las suyas, pidió a Dios que le ayudara a ser una buena esposa.

— ¿Y qué dirá Mr. Perrott? — preguntó al cabo.

— El buen hombre — dijo Arthur, quien, pasado el primer estupor, se abandonaba a una inmensa sensación de placer y contento —. Tenemos que ser muy amables con él, Susan.

Le contó lo dura que había sido la vida de Perrott y lo absurdamente devoto que este le era. Luego le habló de su madre, una viuda de carácter firme. A su vez, Susan le trazó los retratos de su propia familia — Edith en particular, su hermana menor, a quien quería más que a nadie, «excepto a ti, Arthur... Arthur — prosiguió —, ¿qué fue lo primero que te gustó de mí?»

— Fue una hebilla que llevabas una noche en el barco — dijo Arthur, tras reflexionar con detenimiento —. Recuerdo que me fijé — ¡es una tontería en la que fijarse! — en que no tomabas guisantes, porque yo tampoco los tomo.

De ahí pasaron a cotejar sus gustos más serios, o más bien Susan fue averiguando lo que le importaba a Arthur y se declaró muy aficionada a las mismas cosas. Vivirían en Londres, tal vez con una casita en el campo cerca de la familia de Susan, pues al principio les costaría acostumbrarse a no tenerla. La mente de ella, aturdida al principio, echó a volar hacia los distintos cambios que traería su compromiso: qué delicioso sería incorporarse a las filas de las mujeres casadas, dejar de depender de grupos de chicas mucho más jóvenes, escapar de la larga soledad de la vida de solterona. De vez en cuando su asombrosa buena suerte la desbordaba y se volvía hacia Arthur con una exclamación de amor.

Yacían el uno en brazos del otro sin saber que los observaban. Sin embargo, dos figuras aparecieron de pronto entre los árboles que había encima de ellos. «Hay sombra aquí», empezaba a decir Hewet cuando Rachel se detuvo en seco. Vieron a un hombre y una mujer tendidos en el suelo debajo de ellos, que se balanceaban levemente de un lado a otro a medida que el abrazo se estrechaba y aflojaba. El hombre se incorporó entonces y la mujer, que resultó ser Susan Warrington, quedó tendida en el suelo con los ojos cerrados y una expresión absorta en el rostro, como si no estuviera del todo consciente. Ni tampoco podía uno deducir por su expresión si era feliz o si había sufrido algo. Cuando Arthur volvió a volverse hacia ella, topando con ella como un cordero topa con la oveja, Hewet y Rachel se retiraron sin decir palabra. Hewet se sintió violentamente cohibido.

—No me gusta eso —dijo Rachel al cabo de un momento.

—Recuerdo que a mí tampoco me gustaba —dijo Hewet—. Recuerdo... —pero cambió de idea y continuó en un tono de voz corriente—: Bueno, podemos dar por sentado que están comprometidos. ¿Cree usted que él llegará a volar algún día, o ella le pondrá freno?

Pero Rachel seguía agitada; no podía apartar los ojos de lo que acababan de ver. En lugar de responder a Hewet, insistió:

—El amor es algo raro, ¿verdad?, eso de que se le acelere a uno el corazón.

—Es que es algo enormemente importante, ¿comprende? —respondió Hewet—. Sus vidas han cambiado para siempre.

— Y a uno le da lástima de ellos también — prosiguió Rachel, como si rastreara el curso de sus propios sentimientos—. No conozco a ninguno de los dos, pero podría echarme a llorar. Eso es una tontería, ¿verdad?

— Solo porque están enamorados — dijo Hewet—. Sí — añadió tras un momento de reflexión —, hay algo terriblemente patético en ello, estoy de acuerdo.

Y ahora, como habían caminado un buen trecho desde la arboleda y habían llegado a una pequeña hondonada muy tentadora para la espalda, procedieron a sentarse, y la impresión de los enamorados perdió algo de su fuerza, aunque cierta intensidad de visión, que probablemente era el resultado de lo que habían visto, permaneció en ellos. Como un día en que se ha reprimido alguna emoción es diferente de los demás días, este día era ahora diferente, simplemente porque habían visto a otras personas en un momento crucial de sus vidas.

— Bien podrían ser tiendas de un gran campamento — dijo Hewet, mirando al frente hacia las montañas—. ¿No le recuerdan también a una acuarela? Ya sabe cómo se secan las acuarelas dejando crestas por todo el papel... Me he estado preguntando a qué se parecían.

Los ojos se le volvieron soñadores, como si estuviera cotejando cosas, y le recordaron a Rachel en su color la carne verde de un caracol. Ella se sentó a su lado mirando también las montañas. Cuando mirarlas se hizo doloroso, pues la inmensidad de la vista parecía dilatar los ojos más allá de su límite natural, bajó la mirada al suelo; le complacía escrutar esa pulgada de tierra sudamericana con tal minuciosidad que notaba cada grano de tierra y lo convertía en un mundo donde ella estaba dotada de poder supremo. Dobló una brizna de hierba, posó un insecto en la punta más alta de ella y se preguntó si el insecto era consciente de su extraña aventura, y pensó qué raro era que hubiera doblado precisamente esa punta y no cualquiera de los millones de puntas.

— No me ha dicho usted su nombre — dijo Hewet de pronto—. Miss Vinrace de algo... Me gusta saber los nombres de pila de las personas.

— Rachel — respondió ella.

— Rachel — repitió él—. Tengo una tía llamada Rachel que puso en verso la vida del padre Damien. Es una fanática religiosa, consecuencia de cómo

la criaron, allá en Northamptonshire, sin ver un alma. ¿Tiene usted tías?

—Vivo con ellas —dijo Rachel.

—¿Y se pregunta usted qué estarán haciendo ahora? —preguntó Hewet.

—Probablemente comprando lana —determinó Rachel. Intentó describirlas—. Son mujeres menudas, bastante pálidas —comenzó—, muy limpias. Vivimos en Richmond. Tienen también un perro viejo que solo quiere comer el tuétano de los huesos... Van siempre a la iglesia. Ordenan los cajones con mucho esmero. —Pero aquí la venció la dificultad de describir a las personas.

—¡Es imposible creer que todo eso siga pasando! —exclamó.

El sol estaba a sus espaldas y de pronto dos largas sombras se tendieron en el suelo ante ellos, una ondeante porque la producía una falda, y la otra inmóvil, porque la proyectaban un par de piernas con pantalón.

—¡Qué cómodos estáis! —dijo la voz de Helen por encima de ellos.

—Hirst —dijo Hewet, señalando la sombra en forma de tijera; luego se volvió rodando para mirarlos desde abajo.

—Hay sitio para todos aquí —dijo.

Cuando Hirst se hubo acomodado, preguntó:

—¿Han felicitado a la joven pareja?

Al parecer, Helen y Hirst, que habían llegado al mismo lugar pocos minutos después que Hewet y Rachel, habían visto exactamente lo mismo.

—No, no les felicitamos —dijo Hewet—. Parecían muy felices.

—Bueno —dijo Hirst, frunciendo los labios—, con tal de que no tenga que casarme ni con uno ni con otra...

—Nos emocionó mucho —dijo Hewet.

—Ya me lo figuraba —dijo Hirst—. ¿Cuál de las dos cosas fue, Monk? ¿El pensamiento de las pasiones inmortales o el de que nazcan varones que mantengan a raya a los católicos? Le aseguro —le dijo a Helen— que es capaz de emocionarse por ambas.

Rachel se sintió bastante herida por sus pullas, que le parecían dirigidas contra los dos por igual, pero no encontró respuesta.

—Nada conmueve a Hirst —rio Hewet; él no parecía herido en absoluto—. A no ser quizás un número transfinito que se enamorara de uno finito... Supongo que esas cosas ocurren, incluso en matemáticas.

—Al contrario —dijo Hirst con un punto de irritación—, me considero una persona de pasiones muy intensas. —Era evidente por su tono que lo decía en serio; hablaba, naturalmente, para las señoras.

—Por cierto, Hirst —dijo Hewet tras una pausa—, tengo una terrible confesión que hacerte. Tu libro... los poemas de Wordsworth, que si recuerdas cogí de tu mesa justo cuando salíamos, y que sin duda me metí en el bolsillo aquí...

—Está perdido —terminó Hirst por él.

—Sigo creyendo que hay posibilidades —insistió Hewet, dándose palmadas a derecha e izquierda—, de que al final no lo cogiera.

—No —dijo Hirst—. Está aquí. —Se señaló el pecho.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Hewet—. ¡Ya no tendré que sentir que he matado a un niño!

—Me parece que siempre está usted perdiendo cosas —observó Helen, mirándole pensativa.

—Yo no pierdo las cosas —dijo Hewet—. Las extravío. Por eso Hirst se negó a compartir camarote conmigo en el viaje de ida.

—¿Vinieron juntos? —preguntó Helen.

—Propongo que cada miembro de esta reunión haga ahora una breve semblanza biográfica de sí mismo —dijo Hirst, incorporándose—. Miss Vinrace, usted primero; empiece.

Rachel declaró que tenía veinticuatro años, que era hija de un armador, que nunca había recibido una educación como es debido, que tocaba el piano, que no tenía hermanos ni hermanas y que vivía en Richmond con sus tías, pues su madre había muerto.

—Siguiente —dijo Hirst, habiendo asimilado estos datos; señaló a Hewet —. Soy hijo de un gentleman inglés. Tengo veintisiete años —comenzó Hewet—. Mi padre era un hacendado aficionado a la caza. Murió cuando yo tenía diez años en una cacería. Recuerdo que me trajeron el cuerpo a casa, en unas angarillas supongo, justo cuando bajaba a merendar, y me fijé en que había mermelada para merendar y me pregunté si me dejarían...

—Sí, pero ciñámonos a los hechos —lo interrumpió Hirst.

—Estudié en Winchester y Cambridge, que tuve que abandonar al cabo de un tiempo. Desde entonces he hecho muchas cosas...

—¿Profesión?

—Ninguna... o mejor dicho...

—¿Aficiones?

—Literarias. Estoy escribiendo una novela.

—¿Hermanos y hermanas?

—Tres hermanas, ningún hermano y una madre.

—¿Es todo lo que vamos a saber de usted? —dijo Helen. Ella declaró que era muy mayor —cuarenta años cumplidos en octubre—, y que su padre había sido procurador en la City y había quebrado, razón por la cual ella no había recibido gran educación: vivían en un sitio tras otro, pero un hermano mayor solía prestarle libros.

—Si les contara todo... —se detuvo y sonrió—. Llevaría demasiado tiempo —concluyó—. Me casé a los treinta años y tengo dos hijos. Mi marido es un erudito. Y ahora... le toca a usted —asintió en dirección a Hirst.

—Ha dejado usted fuera muchas cosas —la reprendió él—. Me llamo St. John Alaric Hirst —comenzó en un tono desenvuelto—. Tengo veinticuatro años. Soy hijo del reverendo Sidney Hirst, vicario de Great Wappyng en Norfolk. Gané becas en todas partes: Westminster, King's. Ahora soy fellow de King's. ¿A que suena desolador? Mis padres siguen vivos (por desgracia). Dos hermanos y una hermana. Soy un joven muy distinguido —añadió.

—Uno de los tres, o ¿son cinco?, más distinguidos de Inglaterra —observó Hewet.

—Exactamente —dijo Hirst.

—Todo eso es muy interesante —dijo Helen tras una pausa—. Pero claro, hemos omitido las únicas preguntas que importan. Por ejemplo, ¿somos cristianos?

—Yo no. —Yo no —respondieron ambos jóvenes.

—Yo sí —declaró Rachel.

—¿Cree usted en un Dios personal? —exigió saber Hirst, volviéndose hacia ella y clavándole los lentes.

—Yo creo... creo —titubeó Rachel—, creo que hay cosas que no conocemos, y que el mundo podría cambiar en un instante y aparecer cualquier cosa.

Ante esto Helen soltó una carcajada abierta.

—Tonterías —dijo—. No eres cristiana. Nunca te has parado a pensar lo que eres. Y hay muchas otras preguntas —prosiguió—, aunque quizás no podamos hacerlas todavía. —A pesar de haber hablado con tanta libertad, todos tenían incómodamente presente que en realidad no sabían nada los unos de los otros.

—Las preguntas importantes —reflexionó Hewet—, las verdaderamente interesantes. Dudo que uno llegue a hacerlas nunca.

Rachel, que tardaba en aceptar que solo se pueden decir muy pocas cosas incluso entre personas que se conocen bien, insistió en saber a qué se refería.

—¿Si alguna vez hemos estado enamorados? —preguntó—. ¿Es ese el tipo de pregunta que quiere decir?

Helen se rio de ella de nuevo, cubriéndola con benevolencia de manojos de la hierba de largas puntas, pues era tan valiente y tan imprudente.

—¡Ay, Rachel! —exclamó—. Tenerte cerca es como tener un cachorro en casa..., un cachorro que baja la ropa interior al recibidor.

Pero de nuevo el luminoso suelo que tenían delante se cruzó de figuras fantásticas y ondulantes, sombras de hombres y mujeres.

—¡Ahí están! —exclamó Mrs. Elliot. En su voz había un toque de irritación—. Les hemos buscado por todas partes. ¿Saben qué hora es?

Mrs. Elliot y Mr. y Mrs. Thornbury los encaraban ahora; Mrs. Elliot tendía el reloj y lo golpeaba en la esfera con aire juguetón. Hewet cayó en la cuenta de que aquella era una excursión de la que él era responsable, y al momento los condujo de regreso a la torre de vigilancia, donde tomarían el té antes de partir de vuelta a casa. Una vistosa bufanda carmesí ondeaba desde lo alto del muro, que Mr. Perrott y Evelyn estaban atando a una piedra cuando llegaron los demás. El calor había cambiado lo justo para que, en lugar de sentarse a la sombra, se sentaran al sol, que seguía siendo bastante intenso para teñirles de rojo y amarillo las caras y colorear grandes franjas de la tierra que se extendía a sus pies.

—¡No hay nada tan agradable como el té! —dijo Mrs. Thornbury, tomando su taza.

—Nada —dijo Helen—. ¿No recuerdas de niña picar heno... —hablaba con mayor rapidez de lo habitual, sin apartar los ojos de Mrs. Thornbury— y fingir que era té, y que las niñeras te regañaran? Por qué, no lo alcanzo a imaginar, salvo que las niñeras son unas brutas; no permiten que uses pimienta en vez de sal, aunque no haya el menor inconveniente en ello. ¿No eran las tuyas igual?

Durante este parlamento Susan se acercó al grupo y se sentó al lado de Helen. Pocos minutos después Mr. Venning se aproximó desde la dirección opuesta con aire desenvuelto. Tenía las mejillas algo encendidas y el ánimo dispuesto a responder con hilaridad a cuanto se le dijera.

—¿Qué habéis hecho en la tumba de ese viejo? —preguntó, señalando la bandera roja que ondeaba en lo alto de las piedras.

—Hemos intentado hacerle olvidar la desgracia de haber muerto hace trescientos años —dijo Mr. Perrott.

—¡Sería espantoso... estar muerto! —exclamó Evelyn M.

—¿Estar muerto? —dijo Hewet—. No creo que fuera espantoso. Es bastante fácil imaginarlo. Esta noche, cuando se vaya usted a la cama, cruce las manos así... respire cada vez más despacio... —Se recostó con las manos enlazadas sobre el pecho y los ojos cerrados—. Ahora —murmuró con voz



pareja y monótona — , nunca, nunca, nunca volveré a moverme. Su cuerpo, tendido entre ellos, evocó por un instante la muerte.

— ¡Esto es una exhibición horrible, Mr. Hewet! — exclamó Mrs. Thornbury.

— ¡Más pastel para nosotros! — dijo Arthur.

— Les aseguro que no hay nada horrible en ello — dijo Hewet, incorporándose y echando mano al pastel.

— Es algo tan natural — repitió —. Quien tenga hijos debería hacerles practicar ese ejercicio cada noche... Aunque no es que yo anhele estar muerto.

— Y cuando alude usted a una tumba — dijo Mr. Thornbury, que tomaba la palabra casi por primera vez — , ¿tiene algún fundamento para llamar tumba a esas ruinas? Estoy completamente de acuerdo con usted en rechazar la interpretación corriente, que las declara restos de una torre de vigilancia isabelina; del mismo modo que tampoco creo que los montículos circulares o túmulos que encontramos en la cima de nuestras campiñas inglesas fueran campamentos. Los anticuarios llaman campamento a todo. Siempre les pregunto: ¿y entonces, dónde creen que guardaban el ganado nuestros antepasados? La mitad de los campamentos de Inglaterra son simplemente el antiguo redil o *barton*, como lo llamamos en mi tierra. El argumento de que nadie guardaría su ganado en parajes tan expuestos e inaccesibles no tiene peso alguno si se considera que en aquellos tiempos el ganado de un hombre era su capital, su caudal, la dote de sus hijas. Sin ganado era un siervo, un hombre de otro hombre... Sus ojos fueron perdiendo poco a poco su intensidad, y murmuró unas palabras finales entre dientes, con un aire singular de vejez y desamparo.

Hughling Elliot, de quien cabría haber esperado que se enfrascara en discusión con el anciano, estaba ausente en ese momento. Llegó entonces con un amplio cuadrado de tela de algodón en la mano, sobre el que lucía un diseño delicado impreso en colores vivos y agradables que hacían parecer pálida su mano.

— Una ganga — anunció, depositándolo sobre el mantel —. Acabo de comprárselo al hombre corpulento de los pendientes. Bonito, ¿verdad? No

le sentaría bien a cualquiera, claro, pero es justo lo que necesita —¿a que sí, Hilda?— Mrs. Raymond Parry.

—¡Mrs. Raymond Parry! —exclamaron a la vez Helen y Mrs. Thornbury.

Se miraron como si una niebla que hasta entonces les velaba el rostro se hubiera disipado de golpe.

—Ah... ¿ha frecuentado usted también esas veladas tan extraordinarias? —preguntó Mrs. Elliot con interés.

El salón de Mrs. Parry, aunque distaba miles de kilómetros, al otro lado de una vasta curva de agua en un diminuto pedazo de tierra, se materializó ante sus ojos. Quienes hasta entonces parecían carecer de solidez o arraigo, de pronto se sintieron vinculados a él de algún modo, y al instante más reales. Quizá habían coincidido en el salón al mismo tiempo; quizá se habían cruzado en la escalera; en todo caso conocían a algunas de las mismas personas. Se examinaron mutuamente de arriba abajo con renovado interés. Pero no les fue posible hacer otra cosa que mirarse, pues no había tiempo de saborear los frutos del descubrimiento. Los burros avanzaban, y convenía iniciar el descenso sin demora, ya que la noche caía con tal rapidez que de lo contrario la oscuridad los alcanzaría antes de llegar a casa.

Así pues, montaron de nuevo en orden y fueron desfilando cuesta abajo. Fragmentos de conversación flotaban de unos a otros. Al principio hubo bromas y risas; algunos anduvieron parte del camino a pie, cogieron flores e hicieron rodar piedras por delante de ellos.

—¿Quién hace los mejores versos latinos en su college, Hirst? —preguntó Mr. Elliot desde atrás, fuera de lugar, y Mr. Hirst respondió que no tenía la menor idea.

El crepúsculo cayó tan de repente como los nativos les habían advertido; las hondonadas de la montaña a uno y otro lado se llenaron de sombra, y el sendero se volvió tan oscuro que resultaba sorprendente seguir oyendo los cascotes de los burros golpear la roca dura. El silencio fue apoderándose de uno, luego de otro, hasta envolver a todos, con las mentes derramadas en el aire azul y profundo. El camino parecía más corto en la oscuridad que a plena luz, y pronto las luces del pueblo aparecieron en la llanura, allá abajo.

De pronto alguien gritó:

—¡Ah!

Al instante, el lento destello amarillo volvió a ascender desde la llanura; subió, se detuvo, se abrió como una flor y cayó en una lluvia de chispas.

—Fuegos artificiales —gritaron.

Otro subió con mayor rapidez; luego otro; casi podían oír cómo giraba y rugía.

—La festividad de algún santo, supongo —dijo una voz. El ímpetu y el abrazo de los cohetes al elevarse por el aire evocaban el modo ardiente en que los amantes se alzan de pronto y se unen, dejando a la multitud con los rostros blancos y tensos vueltos hacia ellos. Pero Susan y Arthur, que bajaban a caballo la colina, no se dijeron una sola palabra y mantuvieron entre sí una distancia escrupulosa.

Luego los fuegos artificiales se volvieron irregulares y pronto cesaron del todo, y el resto del trayecto se hizo casi en tinieblas: la montaña era una gran sombra a sus espaldas, y los matorrales y los árboles, pequeñas sombras que extendían oscuridad por el camino. Junto a los plátanos se dispersaron, subiéndose a los coches y marchando sin decirse buenas noches, o diciéndolas apenas a medias.

Era tan tarde que no hubo lugar para la conversación habitual entre la llegada al hotel y el retiro a los dormitorios. Pero Hirst se asomó al cuarto de Hewet con un cuello de camisa en la mano.

—Bien, Hewet —dijo, en el punto más alto de un bostezo descomunal—, yo creo que ha sido un gran éxito. —Bostezó—. Pero ten cuidado de no verte atrapado con esa joven... A mí, en realidad, las jóvenes no me gustan...

Hewet estaba demasiado adormecido por las horas al aire libre para responder nada. De hecho, todos los miembros de la excursión se quedaron profundamente dormidos con pocos minutos de diferencia entre unos y otros, a excepción de Susan Warrington. Ella estuvo mirando largo rato, en blanco, la pared de enfrente, con las manos entrelazadas sobre el corazón y la luz encendida a su lado. Todo pensamiento articulado la había abandonado hacía tiempo; el corazón parecía haberle crecido hasta el tamaño de un sol, e iluminaba todo su cuerpo, derramando como el sol una corriente serena de calor.

—Soy feliz, soy feliz, soy feliz —repetía—. Quiero a todo el mundo. Soy feliz.

## CAPÍTULO XII

Una vez aprobado en casa el compromiso de Susan y dado a conocer a quienes pudieran tener interés en él en el hotel —y para entonces la sociedad del hotel se había dividido de tal manera que los límites invisibles trazados a tiza que Mr. Hirst describiera resultaban ya perceptibles—, la noticia pareció justificar algún festejo: ¿una excursión? Eso ya estaba hecho. Un baile, entonces. La ventaja del baile residía en que suprimía una de aquellas largas veladas que tendían a volverse tediosas y a acabar con horas ridículamente tempranas a pesar del bridge.

Dos o tres personas apostadas bajo el cuerpo erguido del leopardo disecado en el vestíbulo tuvieron el asunto resuelto en un momento. Evelyn se deslizó un par de pasos en una y otra dirección, y declaró que el suelo era excelente. Signor Rodriguez les habló de un viejo español que tocaba el violín en las bodas —con tal arte que hacía vals a una tortuga— y de su hija, quien, pese a tener los ojos tan negros como cubos de carbón, ejercía el mismo poder sobre el piano. Para quienes prefiriesen las ocupaciones sedentarias a girar y contemplar cómo giraban los demás la noche en cuestión —bien por enfermedad, bien por mal humor—, el salón y la sala de billar quedaban a su disposición. Hewet asumió como misión propia el conciliar a los marginados en la medida de lo posible. A la teoría de Hirst sobre las marcas invisibles de tiza no pensaba prestarle la menor atención. Le obsequiaron con algún que otro desdén, pero, como recompensa, descubrió que caballeros oscuros y solitarios se deleitaban con la oportunidad de hablar con alguien de su condición, y la dama de reputación dudosa daba ya todas las señales de estar a punto de confiarle su caso. Le quedó bien claro, en suma, que las dos o tres horas entre la cena y la cama encerraban

una cantidad de infelicidad verdaderamente digna de lástima, pues muchas personas no habían logrado hacer una sola amistad.

Se acordó que el baile sería el viernes, una semana después del compromiso, y a la hora de cenar Hewet se declaró satisfecho.

—¡Vienen todos! —le dijo a Hirst—. ¡Pepper! —llamó, al ver a William Pepper escabullirse junto al servicio de la sopa con un folleto bajo el brazo—. Contamos con usted para abrir el baile.

—Sin duda alguna me impedirá dormir —respondió Pepper.

—Le ha tocado usted con Miss Allan —prosiguió Hewet, consultando una hoja de notas a lápiz.

Pepper se detuvo y se lanzó a un discurso sobre los bailes en redondo, las danzas de campo, las danzas morris y las cuadrillas, todos ellos muy superiores al vals bastardo y la polca espuria que los han desplazado tan injustamente de la popularidad contemporánea, hasta que los camareros lo encaminaron suavemente hacia su mesa en el rincón.

El comedor ofrecía en aquel momento un cierto parecido fantástico con un corral de labranza sembrado de grano sobre el que no cesaban de descender vistosas palomas. Casi todas las señoras llevaban vestidos que aún no habían lucido, y sus cabellos se alzaban en ondas y espirales que los asemejaban más a la madera tallada de las iglesias góticas que al cabello propiamente dicho. La cena fue más breve y menos formal que de costumbre; incluso los camareros parecían contagiados de la excitación general. Diez minutos antes de que el reloj diera las nueve, el comité realizó una visita de inspección al salón de baile. El vestíbulo, vaciado de muebles, brillantemente iluminado, adornado con flores cuyo perfume teñía el aire, ofrecía un aspecto maravilloso de alegría etérea.

—Es como un cielo estrellado en una noche absolutamente sin nubes —murmuró Hewet, mirando a su alrededor, hacia la sala aérea y vacía.

—Un suelo soberbio, desde luego —añadió Evelyn, cogiendo carrerilla y deslizándose dos o tres pasos.

—¿Y esas cortinas? —preguntó Hirst. Las cortinas carmesí estaban corridas sobre los ventanales. —Hace una noche perfecta ahí fuera.

—Sí, pero las cortinas dan confianza —decidió Miss Allan—. Cuando el baile esté en pleno apogeo será el momento de descorrerlas. Incluso podríamos abrir un poco las ventanas... Si lo hacemos ahora, la gente mayor imaginará que hay corrientes de aire.

Su buen juicio había llegado a reconocerse y a respetarse. Entretanto, mientras conversaban, los músicos desempaquetaban sus instrumentos, y el violín repetía una y otra vez la nota que pulsaba el piano. Todo estaba listo para empezar.

Tras unos minutos de pausa, el padre, la hija y el yerno que tocaba la trompa irrumpieron al unísono. Como las ratas que siguieron al flautista, en la puerta aparecieron cabezas al instante. Hubo otro floreo, y luego el trío se lanzó de golpe al arrebatado compás del vals. Fue como si la sala se inundara de agua en un instante. Tras un momento de vacilación, primero una pareja, luego otra, saltó a la corriente y se puso a girar y girar en los remolinos. El rumor cadencioso de los bailarines sonaba como un estanque en torbellino. La sala fue calentándose de forma perceptible. El olor de los guantes de cabritilla se mezclaba con la fragancia intensa de las flores. Los remolinos parecían girar cada vez más deprisa, hasta que la música se elevó a un estallido, se detuvo, y los círculos se deshicieron en pequeños fragmentos dispersos. Las parejas se separaron en distintas direcciones, dejando una delgada hilera de personas mayores pegadas a las paredes, y aquí y allá un adorno, un pañuelo o una flor en el suelo. Hubo una pausa, y luego la música volvió a comenzar, los remolinos giraron, las parejas circularon por ellos, hasta que hubo un estallido y los círculos se rompieron en piezas sueltas.

Tras repetirse esto unas cinco veces, Hirst, apoyado en el marco de una ventana como una gárgola singular, advirtió que Helen Ambrose y Rachel estaban en el umbral. La afluencia era tal que no podían moverse, pero las reconoció por un trozo del hombro de Helen y un atisbo de la cabeza de Rachel al volverse. Se abrió paso hasta ellas; ellas lo acogieron con alivio.

—Estamos sufriendo las penas del infierno —dijo Helen.

—Esto es lo que yo imagino como el infierno —dijo Rachel.

Tenía los ojos brillantes y una expresión desconcertada.

Hewet y Miss Allan, que habían estado bailando el vals con cierto esfuerzo, se detuvieron a saludar a las recién llegadas.

—Cuánto me alegra verlas —dijo Hewet—. Pero ¿dónde está Mr. Ambrose?

—Píndaro —dijo Helen—. ¿Puede bailar una mujer casada que cumplió cuarenta en octubre? No puedo quedarme quieta. —Pareció fundirse con Hewet, y los dos se disolvieron entre la multitud.

—Nosotros debemos hacer lo mismo —le dijo Hirst a Rachel, y la tomó del codo con resolución. Rachel, sin ser una bailarina experta, bailaba bien gracias a su buen oído para el ritmo; pero Hirst carecía de gusto musical, y unas pocas clases de baile en Cambridge solo le habían proporcionado el esqueleto anatómico de un vals, sin transmitirle ninguno de su espíritu. Una sola vuelta les bastó para comprobar que sus métodos eran incompatibles; en lugar de acoplarse, sus huesos parecían sobresalir en ángulos que hacían imposible el giro fluido y, además, chocaban con el avance circular de los demás bailarines.

—¿Paramos? —dijo Hirst. Rachel advirtió por su expresión que estaba molesto.

Se tambalearon hasta unos asientos en el rincón desde los que dominaban la sala, que seguía agitándose en oleadas de azul y amarillo, surcadas por los trajes de etiqueta negros de los caballeros.

—Un espectáculo asombroso —observó Hirst—. ¿Baila usted mucho en Londres? —Ambos jadeaban y estaban algo excitados, aunque cada cual estaba decidido a no dar muestras de ello.

—Casi nunca. ¿Y usted?

—Mi familia da un baile cada Navidad.

—No es mal suelo, la verdad —dijo Rachel. Hirst no intentó responder al tópico. Se quedó completamente callado, mirando a los bailarines. Al cabo de tres minutos el silencio se le hizo tan insoportable a Rachel que se vio obligada a aventurar otro lugar común sobre la belleza de la noche. Hirst la interrumpió sin contemplaciones.

—¿Era todo mentira lo que dijo usted el otro día de ser cristiana y no tener educación? —preguntó.



—Era prácticamente cierto —respondió ella—. Pero también toco el piano muy bien —añadió—; mejor, creo, que cualquiera en esta sala. Usted es el hombre más distinguido de Inglaterra, ¿verdad? —preguntó con timidez.

—Uno de los tres —corrigió él.

Helen pasó girando y lanzó un abanico al regazo de Rachel.

—Es muy hermosa —observó Hirst.

Volvieron a guardar silencio. Rachel se preguntaba si él también la consideraba a ella agraciada; St. John meditaba sobre la enorme dificultad de hablar con muchachas que no tenían ninguna experiencia de la vida. Rachel evidentemente no había pensado, sentido ni visto nada, y podría ser inteligente o podría ser como todas las demás. Pero la burla de Hewet le escocía en la mente —«no sabes tratar a las mujeres»— y estaba resuelto a aprovechar la oportunidad. La ropa de noche le confería a ella el grado justo de irrealdad y distinción que hacía romántico hablarle, y despertaba en él un deseo de conversar que le irritaba porque no sabía cómo empezar. La miró de reojo, y le pareció muy remota e inexplicable, muy joven e inmaculada. Suspiró y comenzó.

—A ver, los libros. ¿Qué ha leído usted? ¿Solo Shakespeare y la Biblia?

—No he leído muchos clásicos —declaró Rachel. Le irritaba un tanto el tono desenfadado y algo forzado de él, mientras que la erudición masculina de Hirst la llevaba a formarse un concepto muy modesto de sus propias capacidades.

—¿Me está diciendo que ha llegado a los veinticuatro años sin leer a Gibbon? —exigió saber él.

—Así es —respondió ella.

—¡Mon Dieu! —exclamó, abriendo los brazos—. Tiene que empezar mañana mismo. Le mandaré mi ejemplar. Lo que yo quiero saber es... —la miró con ojo crítico—. El problema, ya ve, es si realmente se puede hablar con usted. ¿Tiene usted cabeza, o es como el resto de su sexo? Me parece usted absurdamente joven comparada con los hombres de su edad.

Rachel lo miró sin decir nada.

—Lo de Gibbon —prosiguió—. ¿Cree usted que será capaz de apreciarlo? Es la prueba de fuego, claro está. Con las mujeres es terriblemente difícil saberlo —continuó—; es decir, cuánto se debe a la falta de formación y cuánto a la incapacidad innata. No veo por qué no debería usted entenderlo... solo que supongo que ha llevado una vida absurda hasta ahora; ha ido en fila de a dos, supongo, con el cabello suelto sobre la espalda.

La música volvía a comenzar. La mirada de Hirst vagó por la sala en busca de Mrs. Ambrose. Pese a toda su buena voluntad, era consciente de que no se estaban entendiendo demasiado bien.

—Me gustaría prestarle libros —dijo, abotonándose los guantes y levantándose del asiento—. Nos volveremos a ver. Ahora me voy.

Se puso en pie y la dejó sola.

Rachel miró a su alrededor. Se sintió rodeada, como una niña en una fiesta, por caras de desconocidos que le eran hostiles, con narices ganchudas y ojos burlones e indiferentes. Estaba junto a una ventana; la empujó de un golpe y salió al jardín. Los ojos se le nublaron de lágrimas de rabia.

—¡Maldito sea ese hombre! —exclamó, habiendo asimilado algunas de las palabras de Helen—. ¡Maldita su insolencia!

Se quedó en medio del pálido cuadrado de luz que la ventana abierta proyectaba sobre la hierba. Las siluetas de grandes árboles negros se alzaban imponentes frente a ella. Permaneció inmóvil mirándolos, estremecida levemente de ira y excitación. Escuchaba el taconeo y el vaivén de los bailarines a su espalda, y el ritmo mecedor de la música del vals.

—Ahí están los árboles —dijo en voz alta. ¿Compensarían los árboles a St. John Hirst? Sería una princesa persa lejos de la civilización, cabalgando sola por las montañas y haciendo cantar a sus mujeres al atardecer, lejos de todo aquello, de la discordia y los hombres y las mujeres... Una figura salió de la sombra; una lucecita roja ardía en lo alto de su oscuridad.

—¿Miss Vinrace, verdad? —dijo Hewet, mirándola con atención—. ¿Estaba bailando con Hirst?

—¡Me ha puesto furiosa! —exclamó con vehemencia—. ¡Nadie tiene derecho a ser tan insolente!

—¿Insolente? —repitió Hewet, sacándose el cigarro de la boca con sorpresa—. ¿Hirst... insolente?

—Es una insolencia... —dijo Rachel, y se detuvo. No sabía con exactitud por qué le había causado tanta rabia. Haciendo un gran esfuerzo se dominó.

—Bueno —añadió, con la imagen de Helen y su ironía ante los ojos—, supongo que soy una tonta. —Hizo ademán de volver al salón de baile, pero Hewet la detuvo.

—Por favor, explíqueme —dijo—. Estoy seguro de que Hirst no pretendía hacerle daño.

Cuando Rachel intentó explicarse, le resultó muy difícil. No podía decir que la imagen de sí misma yendo en fila de a dos con el cabello suelto le parecía particularmente injusta y horrible, ni podía explicar por qué la presunción de Hirst sobre la superioridad de su naturaleza y su experiencia le había parecido no solo humillante sino aterradora, como si una verja se le hubiera cerrado en la cara. Paseando arriba y abajo por la terraza junto a Hewet dijo con amargura:

—Es inútil; deberíamos vivir separados; no podemos entendernos; solo sacamos lo peor el uno del otro.

Hewet desechó de un manotazo sus generalizaciones sobre la naturaleza de los dos sexos, pues tales generalizaciones le aburrían y le parecían por lo general falsas. Pero, al conocer a Hirst, imaginó con bastante exactitud lo ocurrido y, aunque en el fondo se sentía muy divertido, estaba resuelto a que Rachel no guardara el incidente en la memoria para integrarlo en su visión de la vida.

—Ahora lo va a odiar —dijo—, lo cual está mal. Pobre Hirst... no puede evitar su método. Y, en verdad, Miss Vinrace, lo hacía con buena intención; le estaba haciendo un cumplido, estaba intentando... estaba intentando... —no pudo terminar por la risa que le sobrevino.

Rachel giró en redondo de súbito y también rió. Vio que había algo de ridículo en Hirst, y quizás también en ella misma.

—Supongo que es su manera de trabar amistad —rió—. Bueno..., yo haré mi parte. Empezaré así: «Siendo usted tan feo de cuerpo y repulsivo de mente, Mr. Hirst...»

—¡Así se habla! —exclamó Hewet—. Ese es el trato que merece. Mire, Miss Vinrace, tiene que tener paciencia con Hirst. Ha pasado toda su vida, por así decirlo, frente a un espejo, en una sala preciosa con paneles de madera, adornada con grabados japoneses y sillas y mesas antiguas y espléndidas, solo una mancha de color, ya sabe, en el lugar justo —entre las ventanas, creo que es—, y allí se pasa hora tras hora con los pies junto a la lumbre, hablando de filosofía y de Dios y de su hígado y de su corazón y de los corazones de sus amigos. Todos están rotos. No se puede esperar que esté en su mejor forma en un salón de baile. Necesita un lugar acogedor, lleno de humo, masculino, donde pueda estirar las piernas y solo hablar cuando tenga algo que decir. A mí, personalmente, me parece bastante lúgubre. Pero lo respeto. Se toman todo tan en serio. Las cosas serias las toman muy en serio de verdad.

La descripción que Hewet hacía de la vida de Hirst interesó tanto a Rachel que casi olvidó el agravio personal contra él, y su respeto revivió.

—¿Son realmente muy inteligentes, entonces? —preguntó.

—Por supuesto que sí. En cuanto a inteligencia, creo que es cierto lo que él dijo el otro día: son las personas más inteligentes de Inglaterra. Pero... tendría usted que tomarlo en mano —añadió—. Tiene mucho más de lo que nadie le ha sacado nunca. Necesita a alguien que se ría de él... La idea de que Hirst le diga a usted que no ha tenido experiencias. ¡Pobre Hirst!

Habían estado paseando arriba y abajo por la terraza mientras hablaban, y en ese momento, una a una, las ventanas oscuras fueron recorridas por una mano invisible, y rectángulos de luz cayeron a intervalos regulares e iguales sobre la hierba. Se detuvieron a mirar hacia el salón: descubrieron a Mr. Pepper escribiendo solo en una mesa.

—Ahí está Pepper escribiéndole a su tía —dijo Hewet—. Debe de ser una anciana muy notable; ochenta y cinco años, me ha dicho, y él la lleva de excursión por el New Forest... ¡Pepper! —llamó, dando golpecitos en el cristal—. Cumpla con su deber. Miss Allan le espera.

Cuando llegaron a los ventanales del salón de baile, el vaivén de los bailarines y el ritmo de la música eran irresistibles.

—¿Bailamos? —dijo Hewet, y se cogieron de las manos y se lanzaron magníficamente al gran estanque en torbellino. Aunque era solo la segunda

vez que se veían — la primera habían sido testigos de un hombre y una mujer besándose, y la segunda Hewet había descubierto que una mujer joven enfadada se parece mucho a una niña —, al unir las manos en el baile se sintieron más a gusto entre sí de lo que suele ser habitual.

Era medianoche y el baile estaba en su apogeo. Criados se asomaban a las ventanas; el jardín estaba salpicado de las siluetas blancas de parejas sentadas fuera. Mrs. Thornbury y Mrs. Elliot estaban sentadas una junto a la otra bajo una palmera, sosteniendo abanicos, pañuelos y broches que las muchachas encendidas les habían ido depositando en el regazo. De vez en cuando intercambiaban comentarios.

— Miss Warrington *sí* que parece feliz — dijo Mrs. Elliot; las dos sonrieron; las dos suspiraron.

— Tiene mucho carácter — dijo Mrs. Thornbury, refiriéndose a Arthur.

— Y el carácter es lo que importa — dijo Mrs. Elliot —. Ese joven *sí* que es *listo* — añadió, señalando con la cabeza a Hirst, que pasaba con Miss Allan del brazo.

— No parece muy fuerte — dijo Mrs. Thornbury —. No tiene buen color. ¿Se lo arranco? — preguntó, porque Rachel se había detenido, consciente de un largo volante que le arrastraba por detrás.

— ¿Se están divirtiendo? — preguntó Hewet a las señoras.

— ¡Para mí esta situación es muy familiar! — sonrió Mrs. Thornbury —. ¡He sacado a cinco hijas al mundo, y a todas les encantaba bailar! ¿A usted también le gusta, Miss Vinrace? — preguntó, mirando a Rachel con ojos maternos —. Yo sé que a mi edad me pasaba lo mismo. Cuánto le suplicaba a mi madre que me dejara quedarme..., y ahora me compadezco de las pobres madres..., ¡aunque también me compadezco de las hijas!

Sonrió a Rachel con simpatía y al mismo tiempo con cierta perspicacia.

— Parece que tienen mucho que decirse — comentó Mrs. Elliot, mirando significativamente las espaldas de la pareja al alejarse —. ¿Se fijó en el picnic? Él era el único que conseguía que ella abriera la boca.

— Su padre es un hombre muy interesante — dijo Mrs. Thornbury —. Tiene uno de los mayores negocios navieros de Hull. Dio una réplica muy hábil, recuerda usted, a Mr. Asquith en las últimas elecciones. Es tan intere-

sante descubrir que un hombre con su experiencia es un decidido Proteccionista.

Le habría gustado hablar de política, que le interesaba más que los asuntos personales, pero Mrs. Elliot solo quería hablar del Imperio en una forma menos abstracta.

—Llegan noticias alarmantes de Inglaterra sobre las ratas —dijo—. Una cuñada que vive en Norwich me dice que ha sido bastante peligroso encar- gar aves de corral. La peste, ya se sabe. Ataca a las ratas y a través de ellas a otras criaturas.

—¿Y las autoridades locales no están tomando las medidas oportunas? —preguntó Mrs. Thornbury.

—Eso no lo dice. Pero describe la actitud de las personas instruidas — que deberían saber más— como de una indiferencia absoluta. Claro que mi cuñada es una de esas mujeres modernas y activas que siempre se implican en todo, ya sabe..., el tipo de mujer que uno admira, aunque no llega uno a sentir, o al menos yo no siento... pero es que ella tiene una constitución de hierro.

Mrs. Elliot, devuelta a la consideración de su propia delicadeza, suspiró en este punto.

—Una cara muy animada —dijo Mrs. Thornbury, mirando a Evelyn M., que se había detenido cerca de ellas para sujetarse una flor escarlata en el pecho. No conseguía que se quedara puesta, y con un gesto impaciente y vivo la clavó en el ojal de su pareja. Era un joven alto y melancólico, que recibió el obsequio como un caballero que acepta el favor de su dama.

—Muy fatigoso para los ojos —fue la siguiente observación de Mrs. Elliot, tras contemplar unos minutos el torbellino amarillo en que tan pocos de quienes giraban tenían para ella nombre o carácter. Abriéndose paso entre la multitud, Helen se acercó a ellas y tomó una silla vacía.

—¿Puedo sentarme con ustedes? —dijo, sonriendo y jadeando—. Supongo que debería avergonzarme —prosiguió al sentarse—, a mi edad.

Su belleza, ahora que estaba acalorada y animada, era más radiante que de costumbre, y ambas señoras sintieron el mismo deseo de tocarla.

— ¡*Estoy* disfrutando muchísimo! — jadeó — . El movimiento..., ¿no es algo extraordinario?

— Siempre he oído decir que no hay nada como el baile cuando una sabe bailar de verdad — dijo Mrs. Thornbury, mirándola con una sonrisa.

Helen se balanceó levemente, como si estuviera suspendida de hilos.

— ¡Podría bailar eternamente! — exclamó — . ¡Deberían dejarse llevar más! ¡Deberían saltar y girar! ¡Mira cómo caminan con esos pasos tan remilgados!

— ¿Ha visto usted a esos maravillosos bailarines rusos? — comenzó Mrs. Elliot. Pero Helen vio que se acercaba su pareja y se levantó como se levanta la luna. Ya había recorrido medio salón antes de que las otras le apartaran los ojos de encima, pues no podían sino admirarla, aunque les parecía un poco raro que una mujer de su edad disfrutara tanto del baile.

En cuanto Helen se quedó sola un momento, se le acercó St. John Hirst, que había estado esperando la ocasión.

— ¿Te importaría sentarte conmigo? — preguntó — . Es que soy absolutamente incapaz de bailar. — Condujo a Helen a un rincón dotado de dos butacas, aprovechando así la ventaja de la semiprivacidad. Se sentaron, y durante unos minutos Helen estaba demasiado bajo el influjo del baile como para hablar.

— ¡Asombroso! — exclamó por fin — . ¿Qué forma cree que tiene su cuerpo? — Este comentario lo suscitó una señora que pasó junto a ellos, más contoneándose que caminando, apoyada en el brazo de un hombre corpulento de ojos verdes y globulosos incrustados en un rostro blanco y gordo. Algún apoyo era necesario, pues ella era muy gruesa y tan comprimida que la parte superior del cuerpo le colgaba considerablemente por delante de los pies, que solo podían avanzar a pasitos diminutos, dada la tirantez de la falda alrededor de los tobillos. El vestido en sí consistía en un pequeño trozo de satén amarillo brillante, adornado aquí y allá, sin ningún orden, con redondeles de cuentas azules y verdes que imitaban los tonos del pecho de un pavo real. En la cima de un esponjoso castillo de cabello se erguía una pluma morada, mientras que el cuello corto quedaba rodeado por una cinta de terciopelo negro con tachuelas de pedrería, y sendas pulseras de oro estaban apretadamente encajadas en la carne de sus regordetos brazos enguanta-

dos. Tenía la cara de un cerdito impertinente pero jovial, moteada de rojo bajo una capa de polvos.

St. John no pudo compartir la risa de Helen.

—Me da asco —declaró—. Todo esto me da asco... Piensa en la mentalidad de esas personas, en sus sentimientos. ¿No estás de acuerdo?

—Siempre me hago el propósito de no ir a ninguna fiesta de ninguna clase —respondió Helen—, y siempre lo rompo.

Se recostó en la butaca y miró al joven con una sonrisa. Veía que estaba de verdad irritado, aunque al mismo tiempo algo excitado.

—De todas formas —dijo, recuperando su tono desenfadado—, supongo que uno tiene que resignarse.

—¿A qué?

—A que nunca habrá más de cinco personas en el mundo que valgan la pena como interlocutoras.

El rubor y el brillo del rostro de Helen fueron extinguiéndose poco a poco, y volvió a tener esa expresión serena y observadora de siempre.

—¿Cinco personas? —repitió—. Yo diría que son más de cinco.

—Entonces has tenido mucha suerte —dijo Hirst—. O quizá yo he tenido muy mala suerte. —Guardó silencio.

—¿Dirías que soy una persona difícil de tratar? —preguntó con brusquedad.

—La mayoría de la gente inteligente lo es cuando es joven —respondió Helen.

—Y por supuesto lo soy yo: inmensamente inteligente —dijo Hirst—. Soy infinitamente más inteligente que Hewet. Es perfectamente posible —continuó con ese aire curiosamente impersonal que le era propio— que vaya a ser una de las personas que realmente importan. Eso es algo completamente distinto de ser listo, aunque no se puede esperar que la familia de uno lo entienda —añadió con amargura.

Helen consideró que estaba justificada para preguntar:

—¿Tu familia te resulta difícil de tratar?



—Insoportable... Quieren que sea par del reino y consejero privado del Rey. En parte he venido aquí para resolver el asunto. Hay que resolverlo. O entro en el foro, o me quedo en Cambridge. Claro que cada opción tiene sus inconvenientes evidentes, pero los argumentos me parecen claramente favorables a Cambridge. ¡Todo esto! —agitó la mano hacia el concurrido salón—. Repugnante. Noto que tengo también una gran capacidad de afecto. No soy, claro está, susceptible como lo es Hewet. Tengo mucho cariño a unas pocas personas. Creo, por ejemplo, que hay algo que decir en favor de mi madre, aunque sea en tantos aspectos tan deplorable... En Cambridge, naturalmente, me convertiría sin remedio en el hombre más importante del lugar, pero hay otras razones por las que Cambridge me aterra —calló.

—¿Te estoy resultando un pesado insoportable? —preguntó. Pasó de manera curiosa del amigo que confía en otro amigo al joven convencional en una fiesta.

—En absoluto —dijo Helen—. Me gusta mucho.

—No puedes imaginar —exclamó, hablando casi con emoción— lo que cambia todo el tener a alguien con quien hablar. En cuanto te vi sentí que quizá podrías entenderme. Tengo mucho cariño a Hewet, pero no tiene la menor idea de cómo soy yo. Eres la única mujer que he conocido que parece tener la más remota noción de lo que quiero decir cuando digo algo.

El siguiente baile estaba empezando; era la Barcarola de Hoffmann, que hacía que Helen marcara el ritmo con el pie; pero sintió que después de semejante cumplido era imposible levantarse e irse, y, además de divertida, estaba de verdad halagada, y la honestidad de su vanidad le resultaba atractiva. Sospechaba que no era feliz, y era lo bastante mujer como para desear recibir confidencias.

—Soy muy vieja —suspiró.

—Lo curioso es que no me lo pareces en absoluto —respondió él—. Me parece como si tuviéramos exactamente la misma edad. Además... —aquí vaciló, pero se armó de valor con una mirada a su cara—, me parece como si pudiera hablarte con toda franqueza, como se hace con un hombre, sobre las relaciones entre los sexos, sobre... y sobre...

A pesar de su seguridad, un ligero rubor le subió a la cara al pronunciar las dos últimas palabras.

Ella lo tranquilizó de inmediato con la risa con que exclamó:

—¡Eso espero!

Él la miró con verdadera cordialidad, y las arrugas que le surcaban la nariz y los labios se aflojaron por primera vez.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Ahora podemos comportarnos como personas civilizadas.

Sin duda, una barrera que suele mantenerse firme había caído, y era posible hablar de asuntos de los que generalmente solo se trata entre hombres y mujeres cuando hay médicos presentes, o la sombra de la muerte. En cinco minutos él le estaba contando la historia de su vida. Era larga, pues estaba llena de episodios sumamente elaborados, que desembocaron en una discusión sobre los principios en que se funda la moral, y de ahí en varios asuntos muy interesantes que incluso en aquel salón de baile había que tratar en susurros, no fuera que alguna de las señoras paloma buchona o algún opulento comerciante los oyera y procediera a exigirles que abandonaran el lugar. Cuando llegaron al final, o, para ser más exactos, cuando Helen dio a entender con una leve distensión de su atención que ya llevaban allí el tiempo suficiente, Hirst se levantó exclamando:

—¡Entonces no hay razón alguna para tanto misterio!

—Ninguna, salvo que somos ingleses —respondió ella. Tomó su brazo y cruzaron el salón de baile, abriéndose paso con dificultad entre las parejas que giraban, visiblemente despeinadas ya, y a ojos críticos en modo alguno hermosas en sus figuras. La emoción de haber iniciado una amistad y la duración de su conversación les habían abierto el apetito, y fueron en busca de comida al comedor, que estaba ya lleno de personas cenando en mesitas separadas. En la puerta se encontraron con Rachel, que subía a bailar de nuevo con Arthur Venning. Estaba sonrosada y parecía muy feliz, y Helen reparó en que en ese estado era sin duda más atractiva que la generalidad de las chicas jóvenes. Nunca lo había notado con tanta claridad.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó, al detenerse un momento.

—Miss Vinrace —respondió Arthur por ella— acaba de hacer una confesión: no tenía ni idea de que los bailes pudieran ser tan deliciosos.

—¡Sí! —exclamó Rachel—. ¡He cambiado por completo mi visión de la vida!

—¡No me digas! —se burló Helen. Siguieron adelante.

—Eso es muy típico de Rachel —dijo—. Cambia su visión de la vida cada dos por tres. Oye —añadió al sentarse—, creo que eres exactamente la persona que necesito para ayudarme a completar su educación. La han criado prácticamente en un convento. Su padre es demasiado absurdo. Yo he estado haciendo lo que puedo, pero soy demasiado mayor, y soy mujer. ¿Por qué no hablas tú con ella? ¿Explicarle las cosas, hablar con ella como has hablado conmigo?

—Esta noche ya lo he intentado una vez —dijo St. John—. Tengo mis dudas de que haya dado resultado. Me parece tan joven e inexperta. Le he prometido prestarle a Gibbon.

—No es Gibbon exactamente —reflexionó Helen—. Creo que son los hechos de la vida, eso es lo que quiero decir. Lo que pasa realmente, lo que siente la gente, aunque por lo general trate de ocultarlo. No hay nada que temer. Es mucho más hermoso que las apariencias, siempre más interesante, siempre mejor, diría yo, que *eso*.

Hizo un gesto con la cabeza hacia una mesa cercana donde dos chicas y dos jóvenes se tomaban el pelo a grandes voces y mantenían un diálogo afectado y lleno de insinuaciones, salpicado de apelativos cariñosos, sobre, al parecer, un par de medias o un par de piernas. Una de las chicas agitaba un abanico y fingía escandalizarse, y el espectáculo era muy desagradable, en parte porque resultaba evidente que las chicas se tenían una secreta antipatía.

—Sin embargo, con los años —suspiró Helen—, voy llegando a pensar que a la larga da lo mismo lo que uno haga: la gente siempre sigue su propio camino, nada la influirá nunca. —Asintió con la cabeza en dirección a la mesa de los que cenaban.

Pero St. John no estaba de acuerdo. Dijo que creía que el punto de vista de uno podía marcar realmente una gran diferencia, los libros y todo eso, y añadió que pocas cosas importaban más en el momento presente que la ilustración de las mujeres. A veces pensaba que casi todo dependía de la educación.

En el salón de baile, entretanto, los bailarines estaban formándose en cuadros para los lanceros. Arthur y Rachel, Susan y Hewet, Miss Allan y Hughling Elliot se encontraron juntos.

Miss Allan miró el reloj.

—La una y media —anunció—. Y mañana tengo que despachar a Alexander Pope.

—¡Pope! —resopló Mr. Elliot—. ¿Quién lee a Pope, me gustaría saber? ¿Y para qué escribir sobre él? No, no, Miss Allan; déjese convencer de que beneficiará usted al mundo mucho más bailando que escribiendo. —Era una de las afectaciones de Mr. Elliot que nada en el mundo podía compararse con las delicias del baile, que nada en el mundo era tan tedioso como la literatura. Así procuraba, con bastante patetismo, congraciarse con los jóvenes y demostrarles sin lugar a dudas que, aunque casado con una mujer boba y algo pálido y encorvado y cargado por el peso del saber, estaba tan vivo como el más joven de todos ellos.

—Es cuestión de ganarse el pan —dijo Miss Allan con calma—. De todas formas, parece que me esperan. —Tomó su posición y señaló con un dedo de pie de zapato negro cuadrado.

—Mr. Hewet, usted me hace una reverencia. —Era evidente desde el primer momento que Miss Allan era la única de todos ellos que tenía un conocimiento verdaderamente sólido de las figuras del baile.

Después de los lanceros hubo un vals; después del vals, una polca; y entonces ocurrió algo terrible: la música, que había sonado sin interrupción con pausas de cinco minutos, se detuvo de repente. La señora de los grandes ojos oscuros empezó a envolver el violín en seda, y el caballero colocó con cuidado la trompa en su estuche. Les rodearon las parejas implorándoles en inglés, en francés, en español, que tocaran un baile más, solo uno; todavía era pronto. Pero el anciano del piano se limitó a mostrar el reloj y a mover la cabeza. Se subió el cuello del abrigo y sacó una bufanda de seda roja que deshizo por completo su apariencia festiva. Por extraño que pareciera, los músicos estaban pálidos y con los ojos entornados de sueño; parecían aburridos y prosaicos, como si el colmo de sus deseos fuera carne fría y cerveza, seguidas sin dilación de la cama.

Rachel fue una de las que les habían pedido que continuaran. Cuando se negaron, se puso a pasar las hojas de las partituras de música de baile que había sobre el piano. Las piezas solían llevar portadas de colores con ilustraciones de escenas románticas: gondoleros a horcajadas sobre la hoz de la luna, monjas asomadas a los barrotes de una ventana de convento, o jóvenes con el cabello suelto apuntando con un revólver a las estrellas. Recordó que el efecto general de la música al ritmo de la cual habían bailado con tanta alegría era el de un apasionado lamento por el amor muerto y los años inocentes de la juventud; terribles pesares habían separado siempre a los bailarines de su dicha pasada.

—No me extraña que se cansen de tocar estas cosas —comentó, leyendo un par de compases—; no son más que himnos tocados muy deprisa, con fragmentos de Wagner y Beethoven.

—¿Toca usted? ¿Podría tocar? ¡Cualquier cosa, con tal de poder bailar!  
—De todas partes se insistía en su habilidad al piano, y no tuvo más remedio que acceder. Como enseguida agotó las únicas piezas de música de baile que recordaba, siguió tocando un aire de una sonata de Mozart.

—Pero eso no es para bailar —dijo alguien que se detuvo junto al piano.

—Sí lo es —respondió ella, moviendo la cabeza con énfasis—. Inventad los pasos. —Segura de su melodía, marcó el ritmo con decisión para allanar el camino. Helen captó la idea; agarró a Miss Allan del brazo y giró con ella por el salón, haciendo reverencias, dando vueltas, avanzando de un lado a otro como una niña que salta por un prado.

—¡Este es el baile para los que no saben bailar! —gritó. La melodía se convirtió en un minué; St. John saltó con increíble agilidad, primero sobre la pierna izquierda, luego sobre la derecha; la melodía fluía con suavidad; Hewet, agitando los brazos y sosteniendo los faldones del frac, se deslizó por el salón imitando el voluptuoso y soñoliento baile de una doncella india bailando ante su rajá. La melodía marcaba el paso, y Miss Allan avanzó con las faldas extendidas e hizo una profunda reverencia a la pareja de prometidos. En cuanto sus pies encontraron el ritmo, mostraron una total ausencia de cohibición. De Mozart, Rachel pasó sin interrupción a viejas canciones de caza inglesas, villancicos e himnos, pues, como había observado, cualquier buena melodía, con un poco de mano, se convertía en música para bailar. Poco a poco, todos los presentes en el salón empezaron a girar y dar

vueltas en parejas o solos. Mr. Pepper ejecutó un ingenioso paso de puntas derivado del patinaje artístico, disciplina en la que había ganado algún campeonato local en otro tiempo; mientras Mrs. Thornbury intentaba recordar una antigua danza campestre que había visto bailar a los arrendatarios de su padre en Dorsetshire en los viejos tiempos. En cuanto a Mr. y Mrs. Elliot, galopaban una y otra vez alrededor del salón con tal ímpetu que los demás bailarines se estremecían al verlos acercarse. Algunos censuraron la actuación por ser demasiado alborotada; para otros fue la parte más agradable de la velada.

—¡Ahora el gran baile en corro! —gritó Hewet. Al instante se formó un círculo gigantesco, los bailarines cogidos de las manos gritando «D'you ken John Peel» mientras giraban cada vez más deprisa, hasta que la tensión fue demasiada y un eslabón de la cadena —Mrs. Thornbury— cedió, y los demás salieron disparados por el salón en todas direcciones, a caer sobre el suelo o las sillas o en brazos de los demás, según resultara más conveniente.

Al levantarse de esas posiciones, sin aliento y despeinados, se dieron cuenta por primera vez de que las luces eléctricas iluminaban el aire de manera bastante fútil, e instintivamente muchos ojos se volvieron hacia las ventanas. Sí: ahí estaba el alba. Mientras bailaban, la noche había pasado, y había llegado. Afuera, las montañas se veían muy puras y lejanas; el rocío brillaba sobre la hierba, y el cielo estaba teñido de azul, salvo por los amarillos y rosados pálidos del Este. Los bailarines se agolparon en las ventanas, las abrieron, y aquí y allá alguno se aventuró a poner un pie sobre la hierba.

—¡Qué ridículas parecen las pobres luces! —dijo Evelyn M. en un tono curiosamente apagado—. Y nosotros mismos; no favorece nada. —Era verdad: el cabello revuelto y las gemas verdes y amarillas, que media hora antes habían parecido tan festivos, resultaban ahora baratos y descuidados. El cutis de las señoras de más edad sufría de manera terrible, y, como si fueran conscientes de que se había posado sobre ellas una mirada fría, empezaron a despedirse y a retirarse a sus habitaciones.

Rachel, a pesar de haber perdido a su público, había seguido tocando para sí. De John Peel pasó a Bach, que era en ese momento el objeto de su entusiasmo más intenso, y uno a uno algunos de los bailarines más jóvenes fueron entrando desde el jardín y tomando asiento en las doradas sillas desiertas junto al piano, y como el salón había quedado ya tan despejado, apa-

garon las luces. Al quedarse sentados escuchando, los nervios se les fueron aplacando; el calor y el ardor de los labios, consecuencia de hablar y reír sin cesar, se fue disipando. Permanecían muy quietos, como si contemplaran un edificio de espacios y columnas que se sucedían alzándose en el espacio vacío. Luego empezaron a verse a sí mismos y a sus vidas, y toda la vida humana avanzando con gran nobleza bajo la dirección de la música. Se sintieron ennoblecidos, y cuando Rachel dejó de tocar no deseaban otra cosa que dormir.

Susan se levantó.

— ¡Creo que esta ha sido la noche más feliz de mi vida! —exclamó—. Me encanta la música —dijo al dar las gracias a Rachel—. Parece que dice todo lo que una no sabe decir. —Dio una risita nerviosa y miró a todos con gran benevolencia, como si quisiera decir algo pero no encontrara las palabras para expresarlo—. Todo el mundo ha sido tan amable, tan increíblemente amable —dijo. Y también ella se fue a la cama.

La fiesta había terminado de la manera abrupta en que terminan las fiestas, y Helen y Rachel estaban en la puerta con los abrigos puestos, buscando un carruaje.

— Supongo que os habéis dado cuenta de que no queda ningún carruaje —dijo St. John, que había salido a mirar—. Tendréis que dormir aquí.

— Oh, no —dijo Helen—; iremos andando.

— ¿Podemos ir nosotros también? —preguntó Hewet—. Es imposible acostarse. Imagínate tumbado entre almohadones mirando el lavabo una mañana como esta... ¿Es ahí donde vivís? —Habían empezado a bajar por la avenida, y él se volvió señalando la villa blanca y verde en la ladera, que parecía tener los ojos cerrados.

— ¿Eso no es una luz encendida? —preguntó Helen con inquietud.

— Es el sol —dijo St. John. Las ventanas superiores tenían cada una un punto dorado.

— Temía que fuera mi marido, todavía leyendo griego —dijo—. Todo este tiempo ha estado editando *Píndaro*.

Atravesaron el pueblo y tomaron la cuesta empinada, perfectamente despejada aunque todavía sin bordes de sombra. En parte por el cansancio, y

en parte porque la luz del amanecer los subyugaba, apenas hablaron, pero respiraron el aire fresco y delicioso, que parecía pertenecer a un estado de vida distinto al del aire del mediodía. Cuando llegaron al alto muro amarillo donde el sendero se separaba de la carretera, Helen quiso despedir a los dos jóvenes.

— Ya habéis venido bastante lejos —dijo—. Volved a la cama.

Pero ellos parecían reacios a moverse.

— Sentémonos un momento —dijo Hewet. Extendió su chaqueta sobre el suelo—. Sentémonos y reflexionemos. Se sentaron y contemplaron la bahía; todo estaba muy quieto, el mar se rizaba apenas, y líneas de verde y azul comenzaban a surcarlo. No había todavía veleros, pero un vapor estaba anclado en la bahía, de aspecto muy fantasmal entre la bruma; lanzó un grito sobrenatural, y luego todo quedó en silencio.

Rachel se entretuvo en recoger una piedra gris tras otra y apilarlas formando un pequeño mojón; lo hacía con mucha calma y cuidado.

— ¿Así que has cambiado tu visión de la vida, Rachel? —dijo Helen.

Rachel añadió otra piedra y bostezó.

— No lo recuerdo —respondió—. Me siento como un pez en el fondo del mar.

Bostezó de nuevo. Ninguna de aquellas personas tenía poder alguno para asustarla allí fuera, en el alba, y se sentía en perfecta confianza incluso con Mr. Hirst.

— Mi cerebro, en cambio —dijo Hirst—, se encuentra en un estado de actividad anormal. — Se había sentado en su postura favorita, con los brazos ciñéndole las piernas y la barbilla apoyada en lo alto de las rodillas—. Veo a través de todo, absolutamente todo. La vida ya no tiene misterios para mí.

— Habló con convicción, aunque no pareció desear respuesta. Por más juntos que estuvieran, y por más confianza que sintieran, eran meras sombras los unos para los otros.

— Y toda esa gente de ahí abajo que se va a dormir —empezó Hewet soñadoramente—, pensando en cosas tan distintas... Miss Warrington estará ahora de rodillas, supongo; los Elliot están algo agitados, no es frecuente que *ellos* se queden sin aliento, y desean dormirse cuanto antes; luego está



ese pobre muchacho delgaducho que bailó toda la noche con Evelyn; está poniendo su flor en agua y preguntándose: «¿Será esto el amor?», y el pobre viejo Perrott, me imagino, no conseguirá dormir en absoluto y estará leyendo su libro griego favorito para consolarse, y los demás... no, Hirst —concluyó—, a mí no me parece nada sencillo.

— Yo tengo una llave —dijo Hirst en tono críptico. Seguía con la barbilla sobre las rodillas y los ojos fijos al frente.

Siguió un silencio. Luego Helen se levantó y les dio las buenas noches.

— Pero —dijo— no olviden que tienen que venir a vernos.

Se despidieron con un gesto y se separaron, pero los dos jóvenes no regresaron al hotel; salieron a dar un paseo durante el cual apenas hablaron, y no mencionaron en ningún momento los nombres de las dos mujeres, que eran, en buena medida, el asunto de sus pensamientos. No deseaban compartir sus impresiones. Regresaron al hotel a tiempo para el desayuno.

## CAPÍTULO XIII

Había muchas habitaciones en la villa, pero una que poseía carácter propio porque la puerta estaba siempre cerrada y de ella no brotaba sonido alguno de música ni de risas. Todos en la casa eran vagamente conscientes de que algo ocurría tras aquella puerta y, sin saber en absoluto de qué se trataba, sus propios pensamientos se veían influidos por la certeza de que, si pasaban ante ella, la puerta estaría cerrada, y de que, si hacían ruido, Mr. Ambrose que había dentro se vería perturbado. Ciertos actos adquirirían así un mérito particular, y otros resultaban reprensibles, de modo que la vida se tornaba más armoniosa y menos descosida de lo que habría sido si Mr. Ambrose hubiera abandonado la edición del *Píndaro* para llevar una existencia nómada, entrando y saliendo de todas las habitaciones de la casa. Tal como estaban las cosas, todos eran conscientes de que, observando ciertas normas —como la puntualidad y el silencio, cocinando bien y cumpliendo con otros pequeños deberes—, una oda tras otra quedaba satisfactoriamente restituida al mundo, y todos participaban de la continuidad de la vida del erudito. Por desgracia, así como la edad levanta una barrera entre los seres humanos, y el saber otra, y el sexo una tercera, Mr. Ambrose en su estudio se encontraba a cerca de mil seiscientos kilómetros del ser humano más próximo, que en aquella casa era inevitablemente una mujer. Pasaba hora tras hora entre libros de páginas blancas, solo como un ídolo en una iglesia vacía, inmóvil salvo por el deslizamiento de la mano de un lado al otro del folio, silencioso excepto por algún que otro carraspeo que le obligaba a extender la pipa un momento en el aire. Conforme penetraba cada vez más en el corazón del poeta, su silla quedaba cada vez más profundamente cercada de libros abiertos en el suelo, que solo podían sortearse con un cuidadoso proceso de pisadas tan delicado que sus visitantes solían detenerse en los márgenes para dirigirle la palabra.

Sin embargo, a la mañana siguiente al baile, Rachel entró en el cuarto de su tío y lo llamó dos veces —«Tío Ridley»— antes de que él le prestara atención.

Al fin, el tío alzó la vista por encima de las gafas.

—¿Qué? —preguntó.

—Quiero un libro —respondió ella—. *La historia de la decadencia y caída del Imperio romano* de Gibbon. ¿Me lo prestas?

Observó cómo las arrugas del rostro de su tío se reordenaban poco a poco ante la pregunta. Antes de que ella hablara, ese rostro había sido liso como una máscara.

—Repite eso, por favor —dijo el tío, bien porque no la había oído, bien porque no la había entendido.

Ella repitió las mismas palabras y se ruborizó ligeramente al hacerlo.

—¡Gibbon! ¿Para qué diablos lo quieres? —inquirió él.

—Alguien me aconsejó leerlo —balbuceó Rachel.

—¡Pero si yo no viajo con una colección miscelánea de historiadores del siglo XVIII! —exclamó el tío—. ¡Gibbon! Como mínimo diez voluminosos tomos.

Rachel dijo que sentía haberle interrumpido y se volvió para marcharse.

—¡Espera! —exclamó el tío. Dejó la pipa, apartó el libro, se levantó y la condujo lentamente por la habitación, llevándola del brazo—. Platón —dijo, posando un dedo sobre el primero de una fila de libros pequeños y oscuros—, y Jorrock a continuación, lo cual está mal. Sófocles, Swift. Los comentaristas alemanes no te interesan, supongo. Franceses, entonces. ¿Lees en francés? Deberías leer a Balzac. Luego llegamos a Wordsworth y Coleridge, Pope, Johnson, Addison, Wordsworth, Shelley, Keats. Una cosa lleva a la otra. ¿Qué hace aquí Marlowe? Mrs. Chailey, supongo. Pero ¿de qué sirve leer si no se lee en griego? Al fin y al cabo, si se lee en griego no hace falta leer nada más, puro desperdicio de tiempo, puro desperdicio de tiempo —así hablaba, mitad para sí, con movimientos rápidos de las manos; habían rodeado de nuevo el círculo de libros en el suelo y su avance quedó detenido.

—Bueno —preguntó—, ¿cuál será?

—Balzac —dijo Rachel—, ¿o tienes el *Discurso sobre la Revolución Americana*, tío Ridley?

—¿El *Discurso sobre la Revolución Americana*? —preguntó él. La miró de nuevo con fijeza—. ¿Otro joven del baile?

—No. Ese fue Mr. Dalloway —confesó ella.

—¡Dios mío! —echó la cabeza hacia atrás al evocar a Mr. Dalloway.

Ella misma eligió al azar un volumen, se lo presentó a su tío, quien, al ver que era *La prima Bette*, le dijo que lo tirara si lo encontraba demasiado horrible, y estaba a punto de dejarlo cuando él le preguntó si había disfrutado del baile.

A continuación quiso saber qué hacía la gente en los bailes, dado que él solo había asistido a uno treinta y cinco años atrás, y nada le había parecido entonces más absurdo y estúpido. ¿Disfrutaban dando vueltas y más vueltas al chirrido de un violín? ¿Conversaban, decían cosas agradables, y si era así, por qué no lo hacían en condiciones razonables? En cuanto a él mismo —suspiró y señaló las muestras de laboriosidad repartidas a su alrededor que, pese al suspiro, llenaban su semblante de tanta satisfacción que la sobrina estimó oportuno marcharse. Al darle un beso fue autorizada a irse, pero no sin antes comprometerse a aprender al menos el alfabeto griego y a devolver la novela francesa cuando la terminara, momento en el que le encontraría algo más adecuado.

Así como las habitaciones en que vive la gente suelen producir algo del mismo impacto que sus rostros cuando se ven por primera vez, Rachel bajó la escalera muy despacio, absorta en su asombro ante el tío, sus libros, su desdén por los bailes y su visión de la vida: extraña, del todo inexplicable, pero al parecer satisfactoria; entonces su mirada se posó en una nota con su nombre encima, que descansaba en el vestíbulo. La dirección estaba escrita con una letra pequeña y firme que le era desconocida, y la nota, que carecía de encabezamiento, decía así:

*Le mando el primer volumen de Gibbon, como prometí. Personalmente, tengo poco que decir a favor de los modernos, pero voy a enviarle a Wedekind cuando acabe con él. ¿Donne? ¿Ha leído a Webster y a todos*

*esos? Le envidio que los lea por primera vez. Completamente agotado después de anoche. ¿Y usted?*

El floreo de iniciales que ella interpretó como St. J. A. H. ponía fin a la carta. Le halagó mucho que Mr. Hirst se hubiera acordado de ella y hubiera cumplido su promesa con tanta prontitud.

Aún faltaba una hora para el almuerzo, y con el Gibbon en una mano y el Balzac en la otra salió por la verja y bajó por el caminito de barro apisonado entre los olivos de la ladera. Hacía demasiado calor para subir colinas, pero por el valle había árboles y una senda de hierba que corría junto al cauce del río. En aquel país donde la población se concentraba en los pueblos, era posible perder de vista la civilización en muy poco tiempo, sin cruzarse más que con alguna alquería ocasional donde las mujeres manejaban raíces rojas en el patio, o con algún muchacho tendido de codos en la ladera rodeado de un rebaño de cabras negras de olor fuerte. Salvo por un hilo de agua en el fondo, el río era tan solo un hondo cauce de piedras amarillas y secas. En la orilla crecían aquellos árboles de los que Helen había dicho que el viaje valía la pena solo por verlos. Abril había hecho reventar sus yemas, y lucían grandes flores entre las hojas verdes y brillantes, con pétalos de una sustancia gruesa y cérea teñida de un crema o un rosa o un carmín intenso exquisitos. Pero invadida por una de esas exaltaciones irrazonables que surgen por lo general de una causa desconocida y arrastran en su abrazo países y cielos enteros, caminaba sin ver. La noche iba ganando terreno al día. Los oídos le zumbaban con las melodías que había tocado la noche anterior; cantaba, y el canto la hacía caminar cada vez más deprisa. No veía con claridad adónde iba; los árboles y el paisaje no eran más que masas de verde y azul, con algún que otro espacio de cielo de otro color. Ante ella desfilaban los rostros de las personas que había visto la noche anterior; oía sus voces; dejó de cantar y empezó a repetir cosas o a decirlas de manera distinta, o a inventar cosas que podrían haberse dicho. La presión de estar entre extraños con un largo vestido de seda hacía que caminar así a solas resultara extraordinariamente excitante. Hewet, Hirst, Mr. Venning, Miss Allan, la música, la luz, los árboles oscuros del jardín, el alba...; mientras andaba, todo ello giraba tumultuosamente en su cabeza, un fondo tormentoso del que el momento presente, con su posibilidad de hacer exactamente lo que le apeteciera, emergía más vívidamente maravilloso aún que la noche anterior.

Así podría haber caminado hasta perder todo conocimiento del camino, de no haber sido por la interrupción de un árbol que, aunque no crecía a través de su senda, la detuvo con tanta eficacia como si las ramas le hubieran golpeado en el rostro. Era un árbol cualquiera, pero a ella le pareció tan extraño que bien podría haber sido el único árbol del mundo. El tronco era oscuro en el centro, y las ramas se extendían aquí y allá dejando entre sí intervalos irregulares de luz con tanta nitidez como si hubiera brotado de la tierra en aquel mismo instante. Tras contemplar una visión que duraría toda una vida y que para toda una vida conservaría ese segundo, el árbol volvió a hundirse en el rango ordinario de los árboles, y ella pudo sentarse a su sombra y recoger las flores rojas de hojas verdes y delgadas que crecían bajo él. Las fue colocando una al lado de otra, flor junto a flor y tallo junto a tallo, acariciándolas como recompensa por haber caminado sola. Las flores e incluso los guijarros de la tierra tenían su propia vida y su propio carácter, y devolvían los sentimientos de una niña para quien habían sido compañeros. Al levantar la vista, su mirada fue atraída por la línea de las montañas que se lanzaban con energía a través del cielo como el latigazo de un látigo en espiral. Contempló el cielo pálido y lejano y los altos parajes desnudos de las cumbres, expuestos al sol. Al sentarse había dejado caer los libros sobre la tierra, a sus pies, y ahora los veía allí, tan cuadrados sobre la hierba; un tallo alto se doblaba sobre ellos y hacía cosquillas en la cubierta marrón y lisa del Gibbon, mientras que el Balzac azul jaspeado yacía desnudo al sol. Con el presentimiento de que abrirlos y leer sería sin duda una experiencia sorprendente, volvió la página del historiador y leyó que:

*Sus generales, en los primeros años de su reinado, emprendieron la conquista de Etiopía y Arabia Feliz. Marcharon cerca de mil seiscientos kilómetros al sur del trópico; pero el calor del clima no tardó en repeler a los invasores y protegió a los pacíficos nativos de aquellas apartadas regiones... Los países septentrionales de Europa apenas merecían los gastos y el esfuerzo de la conquista. Los bosques y los pantanos de Germania estaban poblados de una raza robusta de bárbaros que despreciaba la vida cuando estaba separada de la libertad.*

Nunca habían sido las palabras tan vívidas y tan hermosas: Arabia Feliz, Etiopía. Pero aquellas no eran más nobles que las otras: bárbaros robustos, bosques y pantanos. Parecían abrir caminos que llegaban hasta el mismísimo principio del mundo, a cuyos lados las poblaciones de todos los tiempos

y todos los países se alineaban en avenidas, y recorriéndolos todos el saber sería suyo, y el libro del mundo quedaría vuelto a la primerísima página. Tan grande fue su emoción ante las posibilidades del conocimiento que se le abrían que dejó de leer, y una brisa al volver la página hizo que las tapas del Gibbon se agitaran suavemente y se cerraran. Se levantó entonces y siguió caminando. Poco a poco la mente fue serenándose y fue a buscar los orígenes de su exaltación, que eran dobles y podían reducirse, con cierto esfuerzo, a las personas de Mr. Hirst y Mr. Hewet. Todo análisis claro de ambos resultaba imposible debido a la bruma de asombro en que se hallaban envueltos. No podía razonar sobre ellos como sobre personas cuyos sentimientos se rigieran por las mismas normas que los suyos, y su mente se demoraba en ellos con una especie de placer físico semejante al que produce la contemplación de objetos brillantes suspendidos bajo el sol. De ellos parecía irradiar toda la vida; hasta las mismas palabras de los libros estaban empapadas de resplandor. La asaltó entonces una sospecha a la que tanto se resistía a afrontar que agradeció tropezar entre la hierba porque así su atención se dispersó, pero al cabo de un segundo se había recogido de nuevo. Sin advertirlo, había ido caminando cada vez más deprisa, como si el cuerpo intentara adelantarse a la mente; pero ahora se hallaba en la cima de un pequeño montículo de tierra que se alzaba sobre el río y descubría el valle. Ya no era capaz de manejar varias ideas a la vez, sino que tenía que vérselas con la más persistente, y una especie de melancolía reemplazó la exaltación. Se dejó caer sobre la tierra, ciñéndose las rodillas con los brazos y mirando al frente con expresión ausente. Durante un rato observó una gran mariposa amarilla que abría y cerraba las alas muy despacio sobre una pequeña piedra plana.

—¿Qué es estar enamorada? —preguntó, tras un largo silencio; cada palabra al nacer parecía lanzarse a un mar desconocido. Hipnotizada por las alas de la mariposa y sobrecogida ante el descubrimiento de una posibilidad terrible en la vida, permaneció sentada un poco más. Cuando la mariposa emprendió el vuelo, se levantó, y con sus dos libros bajo el brazo regresó a casa, muy parecida a un soldado que se prepara para la batalla.

## CAPÍTULO XIV

Al ponerse ese mismo sol, el crepúsculo fue saludado como de costumbre en el hotel por un destello instantáneo de luces eléctricas. Las horas entre la cena y el momento de acostarse siempre resultaban suficientemente difíciles de matar, y la noche siguiente al baile quedaban además empañadas por el mal humor propio de la disipación. En opinión de Hirst y Hewet, que reposaban en sendos sillones largos en el centro del vestíbulo, con las tazas de café al lado y los cigarrillos en la mano, la velada era inusitadamente aburrida, las mujeres iban inusitadamente mal vestidas y los hombres eran inusitadamente necios. Es más, cuando el correo se había repartido media hora antes no había cartas para ninguno de los dos jóvenes. Como prácticamente todos los demás habían recibido dos o tres cartas gruesas de Inglaterra, que en ese momento leían con aplicación, la cosa parecía injusta, y movió a Hirst a lanzar el comentario cáustico de que se había dado de comer a los animales. Aquel silencio, dijo, le recordaba el silencio en la casa de las fieras cuando cada bestia sostiene entre las garras un trozo de carne cruda. Y animado por ese símil, siguió comparando a unos con hipopótamos, a otros con canarios, a éstos con cerdos, a aquéllos con loros, y a algunos con repugnantes reptiles enroscados en torno a los cuerpos medio podridos de ovejas. Los sonidos intermitentes —ora una tos, ora un horrible jadeo o carraspeo, ora el breve parloteo de alguna conversación— eran exactamente, declaró, lo que se oye si uno se planta en la casa de las fieras cuando los huesos están siendo masticados. Pero estas comparaciones no lograron despertar a Hewet, quien, tras una mirada distraída por el salón, clavó los ojos en un matorral de lanzas indígenas dispuestas con tal ingenio que apuntaban hacia uno viniera de donde viniera. Era evidente que permanecía ajeno a cuanto le rodeaba; por lo que Hirst, al advertir que la mente de Hewet era un completo vacío, centró su atención con mayor detenimiento en sus seme-



jantes. Estaba demasiado lejos de ellos, sin embargo, para oír lo que decían, pero le complacía construir pequeñas teorías sobre cada cual a partir de sus gestos y su aspecto.

Mrs. Thornbury había recibido numerosas cartas. Estaba por completo absorta en ellas. Cuando terminaba una página se la pasaba a su marido, o le daba el sentido de lo que leía mediante una serie de citas breves enlazadas por un sonido que le salía del fondo de la garganta.

—Evie dice que George ha ido a Glasgow. «Encuentra a Mr. Chadbourne tan agradable para trabajar, y esperamos pasar la Navidad juntos, aunque no me gustaría alejar mucho a Betty y Alfred (no, con razón), si bien es difícil imaginar el frío con este calor... Eleanor y Roger vinieron en el nuevo coche... Eleanor tenía sin duda mejor aspecto del que le he visto desde el invierno. Ha pasado al Bebé a tres biberones ya, lo que me parece muy sensato (a mí también), y así duerme mejor las noches... Sigo perdiendo pelo. ¡Lo encuentro en la almohada! Pero me anima una carta de Tottie Hall Green... Muriel está en Torquay disfrutando enormemente de los bailes. *Va* a presentar al fin a su carlino negro.»... Una línea de Herbert —tan ocupado, pobrecillo—. ¡Ah! Margaret dice: «La pobre Mrs. Fairbank murió el día ocho, de repente, en el invernadero, con sólo una doncella en casa, que no tuvo la presencia de ánimo de levantarla, lo que creen que podría haberla salvado, aunque el médico dice que podía haberle ocurrido en cualquier momento, y sólo cabe sentirse agradecida de que fuera en casa y no en la calle (¡ya lo creo!). Las palomas se han multiplicado de manera alarmante, igual que los conejos hace cinco años...»

Mientras leía, su marido asentía con la cabeza, muy levemente pero sin parar, en señal de aprobación.

Cerca de allí, Miss Allan leía también su correspondencia. No era del todo agradable, como podía deducirse de la leve rigidez que se apoderaba de su rostro amplio y fino al terminar de leerlas y devolverlas con pulcritud a sus sobres. Las huellas de la preocupación y la responsabilidad que surcaban su cara la asemejaban más a un hombre entrado en años que a una mujer. Las cartas le traían noticias del fracaso de la cosecha de fruta del año anterior en Nueva Zelanda, lo cual era un asunto serio, pues Hubert, su único hermano, se ganaba la vida en una finca frutícola, y si volvía a fallar, naturalmente, dejaría el sitio, regresaría a Inglaterra, y ¿qué harían con él esta

vez? El viaje hasta aquí, que suponía la pérdida de un trimestre de trabajo, se convertía en un lujo y ya no en las vacaciones justas y merecidas a las que tenía derecho después de quince años de clases puntuales y corrección de ensayos sobre literatura inglesa. Emily, su hermana, que también era profesora, escribía: «Debemos estar preparadas, aunque no me cabe duda de que Hubert será más razonable esta vez.» Y a continuación añadía, con su sensatez habitual, que estaba pasando unas vacaciones muy agradables en los Lagos. «Están preciosos en este momento. Rara vez he visto los árboles tan avanzados en esta época del año. Hemos salido varios días a comer al campo. La vieja Alice está tan joven como siempre y pregunta cariñosamente por todos. Los días pasan muy deprisa y el trimestre se acercará pronto. Las perspectivas políticas *no* son buenas, creo yo en privado, pero no quiero enfriar el entusiasmo de Ellen. Lloyd George ha asumido el proyecto, pero también lo han hecho muchos antes que él, y seguimos donde estamos; confío, no obstante, en equivocarme. En cualquier caso, tenemos trabajo por delante... ¿No crees que a Meredith le falta esa nota *humana* que tanto se aprecia en W. W.?» —concluía, y pasaba a comentar algunas cuestiones de literatura inglesa que Miss Allan había planteado en su última carta.

A poca distancia de Miss Allan, en un asiento resguardado y convertido en rincón casi privado por un espeso grupo de palmeras, Arthur y Susan leían las cartas del otro. Las grandes letras desenvueltas de jóvenes aficionadas al hockey en Wiltshire descansaban sobre las rodillas de Arthur, mientras Susan descifraba trazos diminutos y apretados, de letra de abogado, que raramente llenaban más de una página y transmitían siempre la misma impresión de jovialidad y cordialidad campechana.

—Espero de verdad que Mr. Hutchinson me vaya a gustar, Arthur —dijo ella, levantando la vista.

—¿Quién es tu «cariñosa Flo»? —preguntó Arthur.

—Flo Graves, la chica de la que te hablé, la que estaba comprometida con ese horrible Mr. Vincent —dijo Susan—. ¿Está casado Mr. Hutchinson? —preguntó.

Ya tenía la mente ocupada en benévolos proyectos para sus amigas; o más bien en un proyecto magnífico, que era también sencillo: todas debían casarse, y pronto, en cuanto ella regresara. El matrimonio, el matrimonio

era lo correcto, lo único correcto, la solución que necesitaban cuantos conocía, y buena parte de sus reflexiones la dedicaba a rastrear cada manifestación de malestar, soledad, mala salud, ambición insatisfecha, inquietud, excentricidad, afición a emprender cosas y abandonarlas, oratoria pública y activismo filantrópico — tanto en hombres como, sobre todo, en mujeres — hasta llegar a la causa de que querían casarse, intentaban casarse, y no habían logrado casarse. Si esos síntomas persistían a veces, como no podía por menos de reconocer, después del matrimonio, sólo podía achacarlo a la desgraciada ley de la naturaleza que decretaba que no había más que un Arthur Venning, y que sólo había una Susan que pudiera casarse con él. Su teoría, naturalmente, tenía el mérito de estar plenamente respaldada por su propio caso. Llevaba dos o tres años sintiéndose vagamente incómoda en casa, y un viaje como ése con su egoísta anciana tía, que le pagaba el pasaje pero la trataba a la vez como sirvienta y como dama de compañía, era un ejemplo típico de lo que la gente esperaba de ella. En cuanto se comprometió, Mrs. Paley se comportó con instintivo respeto, protestó de veras cuando Susan, como de costumbre, se arrodilló para atarle los zapatos, y pareció genuinamente agradecida por una hora de compañía de Susan allí donde antes solía exigir dos o tres como cosa debida. Así pues, Susan preveía una vida de mucho mayor comodidad que la que había conocido, y el cambio ya había producido un notable aumento de calor en sus sentimientos hacia los demás.

Hacía ya casi veinte años que Mrs. Paley era incapaz de atarse los zapatos por sí sola, o incluso de verlos, pues la desaparición de sus pies había coincidido más o menos exactamente con la muerte de su marido, un hombre de negocios, poco después de cuyo fallecimiento Mrs. Paley comenzó a engordar. Era una anciana egoísta e independiente, dueña de una renta considerable que invertía en el mantenimiento de una casa que requería siete criados y una asistente en Lancaster Gate, y de otra con jardín y caballos de carruaje en Surrey. El compromiso de Susan la había librado de la única gran preocupación de su vida: que su hijo Christopher se «enredara» con su prima. Privada ahora de esa fuente habitual de interés, se sentía algo decaída e inclinada a ver en Susan más de lo que solía ver. Había decidido hacerle un regalo de boda muy espléndido, un cheque de doscientas, doscientas cincuenta, o quizá, concebiblemente — dependía del ayudante de jardinero y de la factura de Huths por el arreglo del salón — trescientas libras esterlinas.

Pensaba precisamente en esa cuestión, dándole vueltas a las cifras, mientras estaba sentada en su silla de ruedas con una mesa de cartas al lado. El solitario se había enredado de algún modo, y no quería llamar a Susan para que la ayudara, ya que Susan parecía estar ocupada con Arthur.

—Tiene todo el derecho a esperar un regalo espléndido de mi parte, claro está —pensó, mirando vagamente al leopardo sobre sus patas traseras—, ¡y no me cabe duda de que así lo espera! El dinero llega lejos con todo el mundo. Los jóvenes son muy egoístas. Si yo muriera, nadie me echaría de menos salvo Dakyns, ¡y ella se consolará con el testamento! Sin embargo, no tengo motivos para quejarme... Sigo siendo capaz de disfrutar. No soy una carga para nadie... Me gustan muchas cosas bastante, a pesar de las piernas.

Presa de cierta depresión, sin embargo, pasó a pensar en las únicas personas que había conocido que no le parecían en absoluto egoístas ni aficionadas al dinero, que le parecían de algún modo algo mejores que el común de los mortales; personas que reconocía de buen grado que eran mejores que ella. No eran más que dos. Uno era su hermano, que se había ahogado ante sus ojos; la otra era una joven, su mejor amiga, que había muerto al dar a luz a su primer hijo. Esas cosas habían ocurrido unos cincuenta años atrás.

—No debían haber muerto —pensó—. Pero murieron, y los viejos egoístas como yo seguimos adelante.

Las lágrimas asomaron a sus ojos; sintió una pena genuina por ellos, una especie de respeto por su juventud y su belleza, y una especie de vergüenza de sí misma; pero las lágrimas no llegaron a caer, y abrió una de aquellas innumerables novelas que solía calificar de buenas o malas, o bastante mediocres, o realmente maravillosas.

—No entiendo cómo se le ocurren esas cosas a la gente —solía decir, quitándose las gafas y mirando hacia arriba con aquellos ojos desteñidos que empezaban a rodearse de blanco.

Justo detrás del leopardo disecado, Mr. Elliot jugaba al ajedrez con Mr. Pepper. Iba perdiendo, naturalmente, pues Mr. Pepper apenas apartaba los ojos del tablero, mientras que Mr. Elliot no dejaba de recostarse en su silla y lanzar comentarios a un caballero que sólo había llegado la noche anterior,

un hombre alto y apuesto, con una cabeza que recordaba la de un carnero intelectual. Tras intercambiar algunas observaciones de índole general, iban descubriendo que conocían a algunas personas en común, algo que en realidad había resultado evidente desde el primer momento en que se vieron.

— Ah, sí, el viejo Truefit — dijo Mr. Elliot—. Tiene un hijo en Oxford. He estado muchas veces en su casa. Es una casa jacobina preciosa. Unos Greuze exquisitos, uno o dos cuadros holandeses que el viejo guardaba en los sótanos. Y luego montones y montones de grabados. ¡El polvo que había en esa casa! Era un avaro, ¿sabe usted? El chico se casó con una hija de Lord Pinwells. También a ellos los conozco. La manía coleccionista tiende a ser hereditaria. Éste colecciona hebillas —hebillas de zapato de hombre, tiene que ser, en uso entre los años 1580 y 1660; las fechas pueden no ser exactas, pero el hecho es como digo. Todo verdadero coleccionista tiene siempre alguna manía incomprensible de ese tipo. En todo lo demás es tan sensato como un criador de shorthorns, que es lo que resulta ser. En cuanto a los Pinwells, como usted probablemente sabe, también tienen su cuota de excentricidad. Lady Maud, por ejemplo... —fue interrumpido aquí por la necesidad de considerar su jugada—, Lady Maud tiene horror a los gatos, a los clérigos y a la gente con los dientes de delante muy grandes. La he oído gritar desde un extremo a otro de la mesa: «¡Cierre la boca, Miss Smith; los tiene tan amarillos como zanahorias!», a través de la mesa, fíjese. Conmigo siempre ha sido la misma amabilidad. Cultiva las letras, le gusta reunir a unos cuantos en su salón, pero mencione a un clérigo, a un obispo incluso, es más, al propio Arzobispo, y se pone a gorgotear como un pavo. Me han dicho que es una rencilla familiar, algo relacionado con un antepasado del reinado de Carlos I. Sí —prosiguió, encajando jaque tras jaque—, siempre me ha gustado saber algo de las abuelas de nuestros jóvenes de moda. En mi opinión conservan todo lo que admiramos en el siglo XVIII, con la ventaja, en la mayoría de los casos, de que son personalmente limpias. No que uno pretenda insultar a la vieja Lady Barborough llamándola limpia. ¿Cuántas veces crees tú, Hilda —llamó a su mujer—, que su señoría se baña?

— No sabría decirlo, Hugh —respondió Mrs. Elliot con una risita—, pero como siempre va con terciopelo color ciruela, incluso en el día más caluroso de agosto, de algún modo no se nota.

— Pepper, me tiene usted —dijo Mr. Elliot—. Mi ajedrez es aún peor de lo que recordaba.

Aceptó su derrota con gran ecuanimidad, pues en realidad lo que quería era hablar.

Acercó su silla a la de Mr. Wilfrid Flushing, el recién llegado.

—¿Son de su interés estas cosas? —preguntó, señalando una vitrina que tenían delante, donde cruces muy pulidas, joyas y retazos de bordado, obra de los nativos, se exhibían para tentar a los visitantes.

—Falsificaciones, todas —dijo Mr. Flushing lacónicamente—. Esta alfombra, en cambio, no está nada mal. —Se detuvo y levantó un extremo de la alfombra que tenían a los pies—. No es antigua, claro, pero el diseño sigue bastante fielmente la tradición. Alice, préstame el broche. Fíjese en la diferencia entre el trabajo antiguo y el nuevo.

Una dama que leía con gran concentración se desabrochó el broche y se lo tendió a su marido sin mirarlo ni responder a la tentativa de reverencia que Mr. Elliot deseaba hacerle. De haber prestado atención, quizá le hubiera hecho gracia la referencia a la vieja Lady Barborough, su tía abuela; pero, ajena a cuanto la rodeaba, siguió leyendo.

El reloj, que llevaba varios minutos resollando como un anciano que se prepara para toser, dio las nueve. El sonido sacudió levemente a ciertos soñolientos comerciantes, funcionarios y rentistas que reposaban en sus sillones, charlando, fumando, rumiando sus asuntos con los ojos entornados; alzaron los párpados un instante al oírlo y los volvieron a cerrar. Tenían el aspecto de cocodrilos tan repletos de su última comida que el porvenir del mundo no les produce la menor inquietud. La única perturbación en la plácida y luminosa sala la causaba una mariposa nocturna de gran tamaño que se lanzaba de luz en luz zumbando por encima de elaborados peinados e impulsaba a varias jóvenes a alzar las manos con un gesto nervioso y exclamar:

—¡Habría que matarla!

Absortos en sus propios pensamientos, Hewet y Hirst llevaban mucho rato sin hablar.

Cuando el reloj dio la hora, Hirst dijo:

—Ah, las criaturas empiezan a agitarse... —Los observó incorporarse, mirar a su alrededor y volver a acomodarse—. Lo que más aborrezco de

todo —concluyó—, es el seno femenino. ¡Imagina ser Venning y tener que meterte en la cama con Susan! Pero lo verdaderamente repugnante es que ellas no sienten absolutamente nada; lo mismo que yo cuando me doy un baño caliente. ¡Son ordinarias, son absurdas, son del todo insoportables!

Dicho esto, y sin obtener respuesta de Hewet, se puso a pensar en sí mismo, en la ciencia, en Cambridge, en el Colegio de Abogados, en Helen y lo que ésta pensaría de él, hasta que, rendido de cansancio, empezó a cabecear.

De repente Hewet lo sacudió.

—¿Cómo sabes lo que sientes, Hirst?

—¿Estás enamorado? —preguntó Hirst. Se encajó el monóculo.

—No seas tonto —dijo Hewet.

—Pues bien, me sentaré a pensarlo —dijo Hirst—. Uno realmente debería hacerlo. Si esta gente se pusiera a pensar en las cosas, el mundo sería un lugar mucho mejor para vivir en él todos. ¿Estás intentando pensar?

Eso era exactamente lo que Hewet había estado haciendo durante la última media hora, pero Hirst no le parecía el confidente oportuno en ese momento.

—Voy a dar un paseo —dijo.

—Recuerda que anoche no nos acostamos —dijo Hirst con un bostezo descomunal.

Hewet se levantó y se desperezó.

—Necesito salir a tomar el aire —dijo.

Una sensación extraña lo había estado molestando toda la tarde, impidiéndole seguir ningún hilo de pensamiento hasta el final. Era exactamente como si hubiera estado en medio de una conversación que le interesaba profundamente cuando alguien se acercó y lo interrumpió. No podía terminar la conversación, y cuanto más tiempo permanecía allí sentado, más quería terminarla. Como la conversación interrumpida era una conversación con Rachel, tuvo que preguntarse por qué sentía eso, y por qué quería seguir hablando con ella. Hirst diría simplemente que estaba enamorado de ella. Pero no estaba enamorado de ella. ¿Empezaba el amor de ese modo, con el deseo de seguir hablando? No. En su caso siempre empezaba

con sensaciones físicas definidas, y éstas ahora estaban ausentes; ni siquiera la encontraba físicamente atractiva. Había algo, desde luego, insólito en ella: era joven, inexperta y curiosa; habían sido más sinceros el uno con el otro de lo que suele ser posible. Siempre le resultaba interesante conversar con las chicas, y seguramente éstas eran buenas razones para querer seguir hablando con ella; y la noche anterior, entre la muchedumbre y la confusión, apenas había podido empezar a hablar con ella. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? Quizá tumbada en un sofá mirando el techo. Podía imaginársela así, y a Helen en un sillón, con las manos posadas en el brazo de éste, así, mirando al frente con sus grandes ojos —bueno no, estarían hablando, claro, del baile. Pero si Rachel se iba en uno o dos días, si ése era el final de su visita, y su padre había llegado en uno de los vapores anclados en la bahía —era intolerable saber tan poco. Por eso exclamó: «¿Cómo sabes lo que sientes, Hirst?», para dejar de pensar.

Pero Hirst no le ayudó, y las demás personas con sus movimientos sin rumbo y sus vidas desconocidas resultaban perturbadoras, de modo que ansiaba la oscuridad vacía. Lo primero que buscó al salir por la puerta del hotel fue la luz de la villa de los Ambrose. Cuando hubo decidido con certeza que una determinada luz, apartada de las otras, más arriba en la colina, era la suya, se sintió considerablemente más tranquilo. Parecía haber de pronto cierta estabilidad en toda aquella incoherencia. Sin ningún plan preciso en la cabeza, tomó el desvío a la derecha, atravesó la ciudad y llegó al muro del cruce de caminos, donde se detuvo. Se oía el retumbo del mar. La masa de color azul oscuro de las montañas se alzaba contra el azul más pálido del cielo. No había luna, pero sí miríadas de estrellas, y luces ancladas de arriba abajo en las oscuras olas de tierra a su alrededor. Había pensado dar la vuelta, pero la luz solitaria de la villa de los Ambrose se había convertido ahora en tres luces separadas, y sintió la tentación de seguir adelante. Bien podía asegurarse de que Rachel seguía allí. Caminando deprisa, pronto se plantó ante la verja de hierro del jardín y la empujó para abrirla; el perfil de la casa apareció de repente con nitidez ante sus ojos, y la delgada columna del porche recortándose sobre la gravilla pálidamente iluminada de la terraza. Vaciló. Al fondo de la casa alguien hacía ruido con latas. Se acercó a la fachada; la luz en la terraza le indicó que las salas de estar daban a ese lado. Se situó tan cerca de la luz como pudo, en la esquina de la casa, con las hojas de una enredadera rozándole la cara. Al cabo de un momento pudo oír una voz. La voz proseguía de manera sostenida; no era una conver-



sación, sino que, por la continuidad del sonido, era una voz que leía en voz alta. Se arrimó un poco más; apretó las hojas entre sí para que dejaran de susurrarle en los oídos. Podía ser la voz de Rachel. Salió de la sombra y entró en el radio de luz, y entonces oyó una frase dicha con toda nitidez.

—«Y allí vivimos desde el año 1860 hasta el año 1895, los años más felices de la vida de mis padres, y allí nació en 1862 mi hermano Maurice, para regocijo de sus progenitores, pues estaba destinado a ser el regocijo de cuantos le conocieron.»

La voz se aceleró, y el tono se volvió conclusivo, ascendiendo ligeramente en el registro, como si esas palabras fueran el final del capítulo. Hewet retrocedió de nuevo hacia la sombra. Hubo un silencio prolongado. Alcanzaba a oír apenas el ruido de sillas moviéndose dentro. Casi había decidido regresar cuando, de pronto, dos figuras aparecieron en la ventana, a no más de dos metros de él.

—Fue Maurice Fielding, claro, con quien estuvo prometida tu madre —dijo la voz de Helen. Habló en tono meditabundo, mirando hacia el jardín oscuro, pensando evidentemente tanto en el aspecto de la noche como en lo que decía.

—¿Mi madre? —dijo Rachel. El corazón de Hewet dio un vuelco, y él tomó nota del hecho. Su voz, aunque baja, estaba llena de sorpresa.

—¿No lo sabías? —dijo Helen.

—Nunca supe que hubiera habido nadie más —dijo Rachel. Estaba claramente sorprendida, pero todo lo que decían lo decían en voz baja y sin énfasis, porque hablaban hacia afuera, hacia la fría oscuridad de la noche.

—Más personas estuvieron enamoradas de ella que de cualquier otra que haya conocido —afirmó Helen—. Tenía ese don: sabía disfrutar de las cosas. No era guapa, pero... Estuve pensando en ella anoche en el baile. Se entendía con todo tipo de personas, y además lo hacía todo tan asombrosamente... gracioso.

Daba la impresión de que Helen volvía hacia el pasado, eligiendo las palabras con deliberación, comparando a Theresa con las personas que había conocido desde que Theresa murió.

—No sé cómo lo hacía —prosiguió, y calló, y hubo una pausa larga, en la que un mochuelo pequeño llamó desde aquí y desde allá, moviéndose de árbol en árbol por el jardín.

—Es tan propio de la tía Lucy y la tía Katie —dijo Rachel al cabo—. Siempre dan a entender que era muy triste y muy buena.

—¿Y entonces por qué, por el amor de Dios, no hacían más que criticarla cuando estaba viva? —dijo Helen. Sus voces sonaban muy suaves, como si se desvanecieran entre las olas del mar.

—Si yo me muriera mañana... —empezó.

Las frases truncadas tenían una belleza y un desapego extraordinarios para los oídos de Hewet, y también una especie de misterio, como si las pronunciaran personas que hablan dormidas.

—No, Rachel —continuó la voz de Helen—, no voy a salir al jardín; está húmedo, seguro que está húmedo; además, veo por lo menos una docena de sapos.

—¿Sapos? Esas son piedras, Helen. Sal. Fuera se está mejor. Las flores huelen —respondió Rachel.

Hewet retrocedió todavía más. El corazón le latía muy deprisa. Al parecer Rachel intentó arrastrar a Helen hacia la terraza, y Helen se resistió. Hubo cierto forcejeo, ruegos, resistencia y risas de las dos. Luego apareció la silueta de un hombre. Hewet no alcanzaba a oír lo que decían todos. Al cabo de un momento habían entrado; oyó chirriar los cerrojos; se hizo un silencio absoluto y todas las luces se apagaron.

Se alejó, deshaciendo y volviendo a deshacer entre los dedos un puñado de hojas que había arrancado del muro. Una exquisita sensación de placer y alivio se apoderó de él; todo era tan sólido y tranquilo después del baile del hotel, y tanto si estaba enamorado de ellas como si no —y no lo estaba—, qué bueno era que estuvieran vivas.

Tras permanecer inmóvil un minuto o dos, dio media vuelta y empezó a caminar hacia la verja. Con el movimiento del cuerpo, la emoción, el romanticismo y la riqueza de la vida se agolparon en su cabeza. Gritó un verso, pero las palabras se le escaparon, y trastabilló entre versos y fragmentos de versos que no significaban nada salvo por la belleza de las palabras.

Cerró la verja y echó a correr cuesta abajo, balanceándose de un lado a otro, gritando cualquier disparate que se le venía a la cabeza.

—Aquí estoy yo —gritaba con ritmo, mientras sus pies golpeaban a izquierda y derecha—, lanzándome hacia adelante como un elefante por la jungla, arrancando las ramas a mi paso —arrebato las ramitas de un arbusto al borde del camino—, bramando innumerables palabras, hermosas palabras sobre innumerables cosas, corriendo cuesta abajo y diciéndome disparates en voz alta sobre caminos y hojas y luces y mujeres que salen a la oscuridad, sobre mujeres, sobre Rachel, sobre Rachel.

Se detuvo y respiró hondo. La noche parecía inmensa y acogedora, y aunque tan oscura, parecía haber movimiento allá abajo en el puerto y movimiento en el mar. Miró fijo hasta que la oscuridad lo entorpeció, y entonces siguió andando deprisa, murmurando aún para sí.

—Y debería estar en la cama, roncando y soñando, soñando, soñando. Sueños y realidades, sueños y realidades, sueños y realidades —repitió todo el camino por la avenida, sin saber apenas lo que decía, hasta que llegó a la puerta principal. Allí se detuvo un segundo y se recogió antes de abrir la puerta.

Tenía los ojos deslumbrados, las manos muy frías y la mente excitada y a la vez medio dormida. Al otro lado de la puerta todo era como lo había dejado, salvo que el vestíbulo estaba ahora vacío. Allí estaban los sillones inclinados unos hacia otros donde la gente había estado sentada charlando, y los vasos vacíos sobre las mesitas, y los periódicos desperdigados por el suelo. Al cerrar la puerta tuvo la sensación de quedar encerrado en una caja cuadrada, y de encogerse al instante. Todo era muy luminoso y muy pequeño. Se detuvo un minuto junto a la mesa larga para buscar un periódico que había tenido intención de leer, pero aún estaba demasiado bajo la influencia de la oscuridad y del aire fresco para considerar con cuidado cuál era o dónde lo había visto.

Mientras revolvía distraídamente entre los periódicos, vio una figura cruzar el rabillo del ojo, bajando la escalera. Oyó el susurro de una falda, y para su gran sorpresa, Evelyn M. se le acercó, posó la mano sobre la mesa como para impedirle que cogiera ningún periódico, y le dijo:

—Eres justo la persona con quien quería hablar. —Su voz era algo desagradable y metálica, tenía los ojos muy brillantes y los mantenía clavados en él.

—¿Hablar conmigo? —repitió él—. Pero si estoy medio dormido.

—Pero creo que tú entiendes mejor que la mayoría —respondió ella, y se sentó en una sillita colocada junto a un gran sillón de cuero, de modo que Hewet tuvo que sentarse a su lado.

—Bien —dijo él. Bostezó sin disimulo y encendió un cigarrillo. Le costaba creer que eso le estuviera ocurriendo de verdad—. ¿Qué pasa?

—¿Eres de verdad comprensivo, o es sólo una pose? —preguntó ella.

—Eso te corresponde decirlo —respondió él—. Creo que me interesa la gente. —Seguía sintiéndose entumecido y con la sensación de que ella estaba demasiado cerca.

—¡Cualquiera puede interesarse! —exclamó ella con impaciencia—. Tu amigo Mr. Hirst también se interesa, supongo; aunque a ti sí te creo. Tienes cara de tener una hermana simpática, no sé por qué. —Hizo una pausa, tirando de unas lentejuelas en la falda, y luego, como si se hubiera decidido, arrancó a hablar—: En fin, voy a pedirte consejo. ¿Sabes lo que es estar en un estado en que no sabes lo que quieres? Pues ése es el estado en que estoy ahora. Verás, anoche en el baile, Raymond Oliver —es el chico alto y moreno que parece tener sangre india, aunque dice que no es así—, pues bien, estábamos sentados juntos fuera y me contó todo sobre sí mismo, lo desgraciado que es en casa y lo mucho que detesta estar aquí. Lo han metido en algún negocio de minería horrible. Dice que es horrible, aunque a mí me gustaría, lo sé, pero eso no viene al caso. Y me dio muchísima lástima; no podía evitarlo, y cuando me pidió que le dejara besarme, lo hice. No ves ningún mal en eso, ¿verdad? Y luego esta mañana me dijo que había creído que yo quería decir algo más, y que yo no era de las que dejan que cualquiera las bese. Y estuvimos hablando y hablando. Probablemente fui muy tonta, pero no se puede evitar encariñarse con la gente cuando se la compadece. Me gusta muchísimo... —Hizo una pausa—. Así que le di una promesa a medias, y luego, verás, está Alfred Perrott.

—Ah, Perrott —dijo Hewet.

—Nos conocimos en aquella excursión del otro día —continuó ella—. Parecía tan solo, sobre todo porque Arthur se había ido con Susan, y uno no podía por menos de adivinar lo que le rondaba por la mente. Así que tuvimos una conversación bastante larga mientras vosotros mirabais las ruinas, y me contó todo sobre su vida y sus esfuerzos, y lo tremendamente difícil que había sido todo. ¿Sabes que de niño trabajaba en una tienda de comestibles y llevaba paquetes a casa de la gente en una cesta? Eso me pareció interesantísimo, porque siempre digo que no importa cómo se haya nacido si uno tiene madera de verdad. Y me habló de su hermana, que está paralítica, pobrecilla, y se ve que supone una carga muy pesada, aunque es evidente que él le tiene mucho cariño. ¡Hay que reconocer que esa clase de personas me merecen toda mi admiración! Supongo que tú no, porque eres muy listo. Bueno, pues anoche estuvimos sentados juntos en el jardín, y no pude por menos de ver lo que quería decir, y de consolarlo un poco, y decirle que me importaba —y es verdad—; pero entonces, está Raymond Oliver. Lo que quiero que me digas es: ¿puede una estar enamorada de dos personas a la vez, o no?

Cayó en silencio y se quedó con la barbilla apoyada en las manos, con cara de estar muy concentrada, como si fuera un problema real que debían resolver entre los dos.

—Creo que depende de qué clase de persona se es —dijo Hewet. La miró. Era menuda y guapa, de unos veintiocho o veintinueve años, y aunque tenía facciones vivaces y bien definidas, no expresaban nada con demasiada claridad, salvo mucho brío y buena salud.

—¿Quién eres, qué eres; verás que no sé nada de ti —continuó.

—Bueno, iba a hablar de eso —dijo Evelyn M. Siguió con la barbilla en las manos, mirando fijamente hacia adelante—. Soy hija de una madre y ningún padre, si eso te interesa —dijo—. No es lo más agradable del mundo. Es lo que pasa muchas veces en el campo. Mi madre era hija de un granjero, y él era un señorito —el joven de la casa grande. Nunca arregló las cosas, nunca se casó con ella, aunque nos dejó bastante dinero. Los suyos no le dejaron. ¡Pobre padre! No puedo evitar quererle. Mi madre no era la clase de mujer que habría podido sujetarle de todas formas. Lo mataron en la guerra. Creo que sus hombres lo adoraban. Dicen que grandísimos soldados se echaron a llorar sobre su cuerpo en el campo de

batalla. Ojalá lo hubiera conocido. A mi madre le aplastaron toda la vida que tenía dentro. El mundo... —Apretó el puño—. ¡La crueldad que puede tener la gente con una mujer así! —Se volvió hacia Hewet.

—Bueno —dijo—, ¿quieres saber algo más de mí?

—¿Y tú? —preguntó él—. ¿Quién se ocupó de ti?

—Yo me he ocupado de mí misma en su mayor parte —se rió—. He tenido amigos espléndidos. ¡Me gusta tantísimo la gente! Ese es el problema. ¿Qué harías si te gustaran dos personas, las dos tremendamente, y no pudieras saber cuál te gusta más?

—Seguiría queriéndolas a las dos; esperaría y ya vería. ¿Por qué no?

—Pero hay que decidirse —dijo Evelyn—. ¿O eres de los que no creen en el matrimonio y todo eso? Mira, esto no es justo: yo lo cuento todo y tú no cuentas nada. Quizá eres igual que tu amigo —lo miró con desconfianza—; quizá no te gusto.

—No te conozco —dijo Hewet.

—¡Yo sé en el acto si alguien me gusta, nada más verle! Supe que me gustabas desde la primera noche, en la cena. Vaya —continuó con impaciencia—, ¡cuántas complicaciones se ahorrarían si la gente dijera directamente las cosas que piensa! Yo soy así. No puedo evitarlo.

—Pero ¿no encuentras que eso lleva a dificultades? —preguntó Hewet.

—Eso es culpa de los hombres —respondió ella—. Siempre lo meten por medio: el amor, digo.

—Y así llevas una propuesta tras otra —dijo Hewet.

—No creo que haya tenido más propuestas que la mayoría de las mujeres —dijo Evelyn, aunque lo dijo sin convicción.

—¿Cinco, seis, diez? —aventuró Hewet.

Evelyn dio a entender que quizá diez era la cifra correcta, pero que en realidad no era una cifra elevada.

—Creo que me estás tomando por una coqueta sin corazón —protestó—. Pero me da lo mismo. Me da igual lo que piense nadie de mí. Porque a una

le interese la gente y le guste tratar con hombres y hablar con ellos como se habla con las mujeres, la llaman coqueta.

—Pero, Miss Murgatroyd...

—Me gustaría que me llamaras Evelyn —lo interrumpió ella.

—Después de diez propuestas, ¿honradamente crees que los hombres son iguales que las mujeres?

—Honradamente, honradamente... ¡cómo odio esa palabra! La usan siempre los mojigatos —exclamó Evelyn—. Honradamente creo que deberían serlo. Eso es lo decepcionante. Cada vez una piensa que no va a pasar, y cada vez pasa.

—«La persecución de la Amistad» —dijo Hewet—. El título de una comedia.

—Eres horrible —exclamó ella—. No te importa lo más mínimo. Igual que Mr. Hirst.

—Bien —dijo Hewet—, consideremos. Consideremos... —Hizo una pausa, porque por un momento no recordaba qué era lo que debían considerar. Le interesaba ella mucho más que su historia, pues a medida que hablaba su entumecimiento había ido desapareciendo, y se reconocía en una mezcla de simpatía, lástima y desconfianza—. ¿Has prometido casarte con los dos, con Oliver y con Perrott? —concluyó.

—No exactamente prometido —dijo Evelyn—. No consigo decidir cuál me gusta más. ¡Cómo detesto la vida moderna! —soltó ella—. ¡Debía de ser mucho más fácil para los isabelinos! Pensé el otro día en aquella montaña que me habría gustado ser uno de aquellos colonos, talar árboles y promulgar leyes y todo eso, en vez de andar tonteando con toda esta gente que te trata de jovencita guapa. Que no lo soy. De verdad podría *hacer* algo. —Reflexionó en silencio un momento. Luego dijo:

—Me temo que en el fondo de mi corazón Alfred Perrott *no* vale. No es fuerte, ¿verdad?

—Quizá no sería capaz de talar un árbol —dijo Hewet—. ¿No has querido nunca a nadie? —preguntó.

—He querido a montones de personas, pero no para casarme con ellas —dijo ella—. Supongo que soy demasiado exigente. Toda mi vida he querido a alguien a quien poder admirar, alguien grande, poderoso y espléndido. La mayoría de los hombres son tan mezquinos.

—¿Qué entiendes por espléndido? —preguntó Hewet—. Las personas son... nada más que eso.

Evelyn se quedó perpleja.

—No queremos a las personas por sus cualidades —intentó explicar él—. Es que nos gustan, sin más —encendió una cerilla—; simplemente eso —dijo, señalando las llamas.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo ella—, pero no estoy de acuerdo. Sé por qué me gusta la gente, y creo que casi nunca me equivoco. Veo en el acto lo que hay en cada persona. Ahora bien: creo que tú debes de ser bastante espléndido; Mr. Hirst, no.

Hewet sacudió la cabeza.

—No es ni de lejos tan generoso, ni tan comprensivo, ni tan grande de espíritu, ni tan íntegro —continuó Evelyn.

Hewet se quedó callado, fumando su cigarrillo.

—A mí talar árboles me horrorizaría —comentó.

—¡No estoy intentando coquetear contigo, aunque supongo que lo crees! —soltó Evelyn—. ¡Nunca habría venido a ti si hubiera pensado que ibas a tener tan mala opinión de mí! —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Coqueteas alguna vez? —preguntó él.

—Claro que no —protestó ella—. ¿No te lo he dicho ya? Quiero amistad; quiero querer a alguien más grande y más noble que yo, y si se enamoran de mí no es culpa mía; no lo quiero; me resulta absolutamente odioso.

Hewet comprendió que seguir con la conversación tenía muy poco sentido, pues era evidente que Evelyn no quería decir nada en concreto, sino grabar en él una imagen de sí misma siendo, por alguna razón que no revelaría, desgraciada o insegura. Estaba muy cansado, y un pálido camarero seguía paseándose con ostentación hasta el centro de la sala y mirándolos de manera significativa.



—Quieren cerrar —dijo—. Mi consejo es que mañana le digas a Oliver y a Perrott que has decidido que no piensas casarte con ninguno de los dos. Estoy seguro de que no piensas hacerlo. Si cambias de opinión, siempre puedes decírselo. Los dos son hombres sensatos; lo entenderán. Y así acabará todo este lío. —Se puso de pie.

Pero Evelyn no se movió. Se quedó mirándolo con sus ojos brillantes y ansiosos, en cuyo fondo él creyó detectar cierta decepción o insatisfacción.

—Buenas noches —dijo él.

—Tengo aún un montón de cosas que decirte —dijo ella—. Y voy a decírtelas, algún día. Supongo que tienes que irte a la cama ahora, ¿verdad?

—Sí —dijo Hewet—. Estoy medio dormido. —Y la dejó sola, sentada en el vestíbulo vacío.

—¿Por qué será que *no* quieren ser sinceras? —murmuró para sí mientras subía las escaleras. ¿Por qué las relaciones entre las personas eran tan insatisfactorias, tan fragmentarias, tan azarosas, y las palabras tan peligrosas que el impulso de identificarse con otro ser humano era un impulso que convenía examinar con cuidado y, probablemente, sofocar? ¿Qué había querido decirle realmente Evelyn? ¿Qué sentiría al quedarse sola en el vestíbulo vacío? El misterio de la vida y la irrealidad incluso de las propias sensaciones se apoderaron de él mientras recorría el pasillo que llevaba a su habitación. Estaba débilmente iluminado, pero lo suficiente para que distinguiera una figura con una vistosa bata que pasó velozmente ante él: la figura de una mujer que cruzaba de una habitación a otra.

## CAPÍTULO XV

Sean cuales sean los lazos que unen a las personas que se encuentran por azar en un hotel a medianoche —demasiado tenues, quizás, o demasiado vagos—, poseen al menos una ventaja sobre los vínculos que atan a las personas mayores, que ya han convivido y por tanto deben convivir para siempre. Tenues pueden ser, pero vívidos y genuinos, precisamente porque el poder de romperlos está al alcance de cada uno, y no hay razón para que continúen salvo el verdadero deseo de que así sea. Cuando dos personas llevan años casadas parecen perder la conciencia de la presencia corporal del otro, de modo que se mueven como si estuvieran solas, dicen cosas en voz alta sin esperar respuesta y, en general, parecen gozar de todas las comodidades de la soledad sin su desamparo. La vida en común de Ridley y Helen había llegado a esta fase de comunión, y con frecuencia uno u otro tenía que esforzarse en recordar si algo lo había dicho o tan solo pensado, si lo había compartido o soñado en la intimidad. A las cuatro de la tarde, dos o tres días después, Mrs. Ambrose estaba de pie cepillándose el cabello, mientras su marido se encontraba en el cuarto de aseo contiguo al dormitorio y, de vez en cuando, a través del rumor del agua —se estaba lavando la cara—, ella captaba algunas exclamaciones: «Así pasa año tras año; ojalá, ojalá, ojalá pudiera poner fin a todo esto», a las que no prestaba ninguna atención.

—¿Es blanco? ¿O solo castaño? —musitaba ella para sí, examinando un cabello que relucía sospechosamente entre los castaños. Lo arrancó y lo depositó sobre el tocador. Se estaba mirando con ojo crítico, o más bien contemplándose con aprobación, un poco alejada del espejo, observando su propio rostro con una mezcla soberbia de orgullo y melancolía, cuando su marido apareció en el umbral en mangas de camisa, con medio rostro oculto bajo una toalla.

—A menudo me dices que no me fijo en las cosas —observó él.

—Pues dime si este cabello es blanco —respondió ella. Y lo depositó en su mano.

—No tienes ni un pelo blanco —exclamó él.

—Ay, Ridley, empiezo a dudarle —suspiró ella; e inclinó la cabeza ante sus ojos para que pudiera juzgar, pero el examen no produjo sino un beso en la raya del cabello, y marido y mujer siguieron entonces moviéndose por la habitación, murmurando con desenfado.

—¿Qué decías? —preguntó Helen, tras un intervalo de conversación que ningún tercero habría podido entender.

—Rachel... deberías vigilar a Rachel —observó él en tono significativo, y Helen, aunque siguió cepillándose el cabello, le miró. Sus observaciones solían dar en el blanco.

—Los jóvenes no se interesan por la educación de las jóvenes sin algún motivo —señaló.

—Oh, Hirst —dijo Helen.

—Hirst o Hewet, para mí es lo mismo; los dos están llenos de granos —replicó él—. Le aconseja que lea a Gibbon. ¿Lo sabías?

Helen no lo sabía, pero no iba a permitir que su marido la superara en capacidad de observación. Se limitó a decir:

—Nada me sorprendería ya. Ni siquiera ese espantoso aviador que conocimos en el baile... ni siquiera Mr. Dalloway... ni siquiera...

—Te aconsejo que andes con cuidado —dijo Ridley—. Está Willoughby, no lo olvides... Willoughby —señaló una carta.

Helen contempló con un suspiro un sobre que reposaba sobre su tocador. Sí, allí estaba Willoughby: escueto, inexpresivo, perpetuamente jocosos, despojando a todo un continente de su misterio, preguntando por los modales y la moral de su hija —esperando que no fuera un aburrimiento, y encargándoles que la despacharan a bordo del primer barco disponible si lo era—, y luego agradecido y afectuoso con una emoción contenida, y después media página sobre sus propios triunfos sobre unos miserables nativos de poca monta que se habían puesto en huelga y se negaban a cargar sus barcos,

hasta que él les largó una retahíla de maldiciones en inglés, «asomando la cabeza por la ventana tal como estaba, en mangas de camisa. Los muy sinvergüenzas tuvieron la sensatez de dispersarse».

—Si Theresa se casó con Willoughby —observó ella, pasando la página con una horquilla—, no se ve qué impediría que Rachel...

Pero Ridley ya se había enfrascado en sus propias quejas, relacionadas con el lavado de sus camisas, lo que de algún modo llevó a las frecuentes visitas de Hughling Elliot, que era un aburrimiento, un pedante, un hombre seco y acartonado, y sin embargo Ridley no podía sencillamente señalarle la puerta y decirle que se marchara. Lo cierto era que veían a demasiada gente. Y así sucesivamente, una charla conyugal más que repiqueteaba suave e inteligiblemente, hasta que los dos estuvieron listos para bajar a tomar el té.

Lo primero que atrajo la atención de Helen al bajar las escaleras fue un carruaje a la puerta, atestado de faldas y plumas que se bamboleaban en lo alto de los sombreros. Apenas tuvo tiempo de llegar al salón cuando la doncella española pronunció con extraña torpeza dos nombres, y Mrs. Thornbury entró ligeramente por delante de Mrs. Wilfrid Flushing.

—Mrs. Wilfrid Flushing —dijo Mrs. Thornbury con un gesto de la mano—. Amiga de nuestra amiga común Mrs. Raymond Parry.

Mrs. Flushing estrechó la mano con energía. Era una mujer de unos cuarenta años, muy bien formada y erguida, de una robustez espléndida, aunque no tan alta como hacía parecer el porte recto de su cuerpo.

Miró a Helen directamente a los ojos y dijo:

—Tiene usted una casa encantadora.

Tenía un rostro de rasgos marcados, con ojos que miraban de frente a su interlocutor, y aunque por temperamento su manera era imperativa, al mismo tiempo mostraba cierta nerviosidad. Mrs. Thornbury hacía las veces de intérprete, allanando cualquier aspereza con una serie de encantadores comentarios de circunstancias.

—Me he tomado la libertad, Mr. Ambrose —dijo—, de prometerle a Mrs. Flushing que tendrá usted la amabilidad de ponerle a disposición su experiencia. Estoy segura de que nadie en este lugar conoce el país tan bien como usted. Nadie da paseos tan maravillosamente largos. Nadie tiene, estoy con-

vencida, sus conocimientos enciclopédicos sobre todos los temas. Mr. Wilfrid Flushing es coleccionista. Ya ha encontrado cosas verdaderamente hermosas. Yo no tenía ni idea de que los campesinos fueran tan artísticos, aunque claro, en el pasado...

—No cosas antiguas: cosas nuevas —interrumpió Mrs. Flushing seca-mente—. Es decir, si hace caso de mi criterio.

Los Ambrose habían vivido suficientes años en Londres como para conocer de nombre a bastante gente, y Helen recordó haber oído hablar de los Flushing. Mr. Flushing era un hombre que regentaba una tienda de muebles antiguos; siempre había dicho que no se casaría porque la mayoría de las mujeres tienen las mejillas coloradas, y que no alquilaría casa porque la mayoría de las casas tienen escaleras estrechas, y que no comería carne porque la mayoría de los animales sangran al morir; y entonces se había casado con una excéntrica dama aristocrática que, desde luego, no era pálida, que tenía toda la pinta de comer carne, que le había obligado a hacer todo lo que más detestaba, y aquella era precisamente la dama en cuestión. Helen la contempló con interés. Habían salido al jardín, donde estaba servido el té bajo un árbol, y Mrs. Flushing se estaba sirviendo mermelada de cerezas. Tenía un peculiar movimiento brusco del cuerpo cuando hablaba, que hacía que el plumero color canario de su sombrero se agitara también. Sus rasgos pequeños pero bien definidos y enérgicos, junto con el rojo intenso de labios y mejillas, apuntaban a varias generaciones de antepasados bien alimentados y bien criados.

—Nada de lo que tenga más de veinte años me interesa —prosiguió—. Cuadros mohosos y viejos, libros sucios y rancios: los meten en los museos cuando lo que merecen es la hoguera.

—Estoy completamente de acuerdo —rió Helen—. Pero mi marido se pasa la vida desenterrando manuscritos que a nadie interesan. —Le divertía la expresión de atónita desaprobación de Ridley.

—Hay un pintor con talento en Londres que se llama John y que pinta muchísimo mejor que los viejos maestros —continuó Mrs. Flushing—. Sus cuadros me entusiasman: lo antiguo no me entusiasma en nada.

—Pero hasta sus cuadros envejecerán —intervino Mrs. Thornbury.

—Entonces los haré quemar, o lo pondré en mi testamento —dijo Mrs. Flushing.

—Y Mrs. Flushing vivía en una de las casas más hermosas y antiguas de Inglaterra: Chillingley —explicó Mrs. Thornbury al resto de los presentes.

—Si fuera por mí, la quemaría mañana mismo —rió Mrs. Flushing. Tenía una risa parecida al chillido de un arrendajo: a un tiempo estridente y sin alegría.

—¿Para qué quiere nadie en su sano juicio esas casas enormes? —preguntó—. Si bajas al sótano después de que anochece, te cubres de cucarachas, y la electricidad siempre está fallando. ¿Qué haría usted si salieran arañas del grifo al abrir el agua caliente? —demandó, clavando la mirada en Helen.

Mrs. Ambrose se encogió de hombros con una sonrisa.

—Esto es lo que a mí me gusta —dijo Mrs. Flushing. Con un gesto de la cabeza señaló la villa—. Una casita en un jardín. Tuve una así en Irlanda. Una podía quedarse en la cama por la mañana y coger rosas por la ventana con los dedos de los pies.

—¿Y los jardineros no se sorprendían? —preguntó Mrs. Thornbury.

—No había jardineros —se rió entre dientes Mrs. Flushing—. Nadie más que yo y una anciana sin un solo diente. ¿Sabe usted que los pobres de Irlanda pierden los dientes a partir de los veinte años? Pero eso no lo entendería un político: Arthur Balfour no lo entendería.

Ridley suspiró que él nunca esperaba que nadie entendiera nada, y menos aún los políticos.

—De todas formas —concluyó—, hay una ventaja que encuentro en la extrema vejez: lo único que importa un comino es la comida y la digestión. Lo único que pido es que me dejen en paz para pudrir a solas. Está claro que el mundo va a toda velocidad hacia el... el Abismo Más Profundo, y lo único que puedo hacer es quedarme quieto y consumir el mayor humo propio que pueda. —Gruñó, y con una mirada melancólica untó la mermelada en el pan, pues sentía el ambiente de aquella mujer brusca decididamente antipático.

— Yo siempre le llevo la contraria a mi marido cuando dice eso — dijo Mrs. Thornbury con dulzura—. ¡Los hombres! ¿Adónde iríais sin las mujeres?

— Lean el *Simposio* — dijo Ridley con sequedad.

— ¿El *Simposio*? — exclamó Mrs. Flushing—. ¿Eso es en latín o en griego? Dígame, ¿hay una buena traducción?

— No — dijo Ridley—. Tendrá que aprender griego.

Mrs. Flushing soltó una carcajada: — ¡Ah, ah, ah! Preferiría picar piedras en la carretera. Siempre he envidiado a los que pican piedras y se sientan en esos montoncitos tan monos todo el día con sus gafas. Preferiría infinitamente picar piedras que limpiar gallineros, o dar de comer a las vacas, o...

En ese momento llegó Rachel desde el jardín de abajo con un libro en la mano.

— ¿Qué libro es ese? — preguntó Ridley cuando ella hubo estrechado las manos.

— Es Gibbon — dijo Rachel mientras se sentaba.

— ¿*La historia de la decadencia y caída del Imperio romano*? — dijo Mrs. Thornbury—. Un libro extraordinario, ya lo creo. Mi querido padre nos lo citaba constantemente, con el resultado de que nos propusimos no leer ni una sola línea.

— ¿Gibbon, el historiador? — preguntó Mrs. Flushing—. Lo asocio con algunos de los momentos más felices de mi vida. Nos metíamos en la cama a leer a Gibbon — sobre las matanzas de los cristianos, recuerdo— cuando se suponía que estábamos dormidas. No es broma, se lo aseguro, leer un librote enorme, a doble columna, con una lamparilla de noche, y la luz que se filtra por la rendija de la puerta. Luego estaban las polillas: polillas tigre, polillas amarillas y unos horrorosos abejorros. Louisa, mi hermana, quería la ventana abierta. Yo la quería cerrada. Nos peleamos cada noche de nuestras vidas por culpa de esa ventana. ¿Ha visto usted alguna vez morir una polilla en una lamparilla de noche?

La conversación volvió a interrumpirse. Hewet y Hirst aparecieron en la ventana del salón y se acercaron a la mesa del té.

El corazón de Rachel latió con fuerza. Tenía conciencia de una intensidad extraordinaria en todo, como si su presencia arrancara algún velo de la superficie de las cosas; pero los saludos fueron de lo más anodino.

—Perdón —dijo Hirst, levantándose de su silla nada más sentarse. Entró en el salón y volvió con un cojín que colocó cuidadosamente en su asiento.

—El reuma —observó mientras se sentaba por segunda vez.

—¿Consecuencia del baile? —preguntó Helen.

—Siempre que estoy un poco bajo de forma tiendo al reuma —declaró Hirst. Dobló la muñeca bruscamente hacia atrás —. ¡Oigo pedacitos de tiza que rechinan entre sí!

Rachel le miró. Le hacía gracia, pero a la vez le infundía cierto respeto; si tal cosa era posible, la parte superior de su rostro parecía reírse mientras la inferior contenía la risa.

Hewet recogió el libro que estaba en el suelo.

—¿Le gusta? —preguntó en voz baja.

—No, no me gusta —respondió ella. En efecto, había estado intentando leerlo toda la tarde, y por alguna razón el esplendor que había percibido al principio se había desvanecido, y por más que lo intentara no lograba captar su sentido con la mente.

—Da vueltas, vueltas y más vueltas, como un rollo de hule —arriesgó. Era evidente que pretendía que solo Hewet la oyera, pero Hirst preguntó:

—¿Qué quiere decir con eso?

Al instante se avergonzó de su figura retórica, pues no podía explicarla en términos de crítica seria.

—Es sin duda el estilo más perfecto, en lo que al estilo se refiere, que jamás se haya inventado —continuó él—. Cada frase es prácticamente perfecta, y el ingenio...

«Feo de cuerpo, repulsivo de espíritu», pensó ella, en lugar de pensar en el estilo de Gibbon. «Sí, pero fuerte, penetrante, inflexible de espíritu.» Observó su cabeza enorme, en la que la frente ocupaba una parte desproporcionada, y la mirada directa y severa.



—La doy a usted por imposible —dijo él. Lo dijo a la ligera, pero ella se lo tomó en serio, y creyó que su valía como ser humano disminuía por el hecho de no admirar el estilo de Gibbon. Los demás hablaban ahora en grupo sobre los pueblos indígenas que Mrs. Flushing debería visitar.

—Yo también me rindo —dijo ella impetuosamente—. ¿Cómo va a juzgar a las personas únicamente por su mente?

—Usted está de acuerdo con mi tía solterona, supongo —dijo St. John en su tono desenfadado, que siempre resultaba irritante porque hacía quedar a su interlocutor como torpe y excesivamente serio—. «Sé buena, amada mía»: creía que Mr. Kingsley y mi tía eran cosa del pasado.

—Se puede ser muy buena persona sin haber leído un libro —afirmó ella. Sus palabras sonaron muy tontas y simples, y la dejaban expuesta al ridículo.

—¿Acaso lo he negado yo? —preguntó Hirst levantando las cejas.

Fue entonces, de forma del todo inesperada, cuando Mrs. Thornbury intervino, ya fuera porque su misión era la de suavizar las fricciones, ya porque hacía tiempo que deseaba hablar con Mr. Hirst, pues consideraba a los jóvenes como hijos suyos.

—He pasado toda mi vida entre personas como su tía, Mr. Hirst —dijo, inclinándose hacia adelante en su silla. Sus ojos castaños de ardilla brillaron aún más de lo habitual—. Nunca han oído hablar de Gibbon. Solo les interesan sus faisanes y sus campesinos. Son hombres corpulentos que tienen un porte magnífico a caballo, como debían de tenerlo, creo yo, en los tiempos de las grandes guerras. Diga lo que quiera en su contra —son animales, son antiintelectuales; ellos mismos no leen, ni quieren que lean los demás—, pero son algunos de los seres humanos más nobles y más generosos que hay sobre la faz de la tierra. Se sorprendería con algunas de las historias que podría contarle. Quizá no ha imaginado nunca todos los romances que se tejen en el corazón del campo. Esa es la gente, siento yo, entre la cual nacerá Shakespeare si vuelve a nacer. En aquellas casas antiguas, arriba en las colinas de los Downs...

—Mi tía —interrumpió Hirst— pasa su vida en el East Lambeth entre los pobres más degradados. Solo la he citado porque tiene tendencia a perseguir a los que ella llama «intelectuales», que es lo que sospecho que hace Miss

Vinrace. Ahora está muy de moda. Si uno es listo, siempre se da por supuesto que carece por completo de empatía, comprensión, afecto, de todo lo que realmente importa. ¡Oh, ustedes los cristianos! ¡Son el grupo más engreído, condescendiente e hipócrita de mojigatos que existe en el reino! Desde luego —continuó—, soy el primero en reconocer las grandes virtudes de los hidalgos rurales. Entre otras cosas, probablemente son bastante francos en lo que respecta a sus pasiones, lo que nosotros no somos. Mi padre, que es clérigo en Norfolk, dice que casi no hay terrateniente en el condado que no...

—Pero, volviendo a Gibbon —interrumpió Hewet. La expresión de tensión nerviosa que había aparecido en todos los rostros se relajó con la interrupción.

—Usted lo encuentra monótono, supongo. Pero es que... —Abrió el libro y comenzó a buscar pasajes para leer en voz alta, y al cabo de poco encontró uno bueno que consideró adecuado. Pero no había nada en el mundo que aburriera más a Ridley que que le leyeran en voz alta, y además era meticulosamente exigente en cuanto al vestir y al comportamiento de las señoras. En el espacio de quince minutos había dictaminado contra Mrs. Flushing por el hecho de que su plumero naranja no le favorecía, de que hablaba demasiado alto, de que cruzaba las piernas, y finalmente, cuando la vio aceptar un cigarrillo que le ofrecía Hewet, se levantó de un salto, exclamando algo sobre «tabernas», y los dejó. Mrs. Flushing quedó visiblemente aliviada ante su marcha. Dio una calada al cigarrillo, estiró las piernas y examinó a Helen pormenorizadamente acerca del carácter y la reputación de su amiga común Mrs. Raymond Parry. Mediante una serie de pequeñas estratagemas la fue llevando a describir a Mrs. Parry como una mujer algo entrada en años, en modo alguno bella, muy pintarrajeada: una vieja arpía insolente, en resumen, cuyas veladas eran entretenidas porque se encontraba gente singular; pero Helen siempre compadecía al pobre Mr. Parry, del que se entendía que estaba encerrado en el piso de abajo con cajas llenas de gemas, mientras su mujer se divertía en el salón. «No es que yo crea lo que la gente dice contra ella, aunque claro, da a entender...» Ante esto, Mrs. Flushing exclamó con deleite:

—¡Es mi prima hermana! ¡Siga, siga!

Cuando Mrs. Flushing se levantó para marcharse, era evidente que estaba encantada con sus nuevas relaciones. Propuso tres o cuatro planes distintos para verse o hacer una excursión, o enseñarles a Helen las cosas que habían comprado, de camino al carruaje. Los incluyó todos en una invitación vaga pero magnífica.

Al regresar Helen al jardín, las palabras de advertencia de Ridley acudieron a su mente, y vaciló un momento y miró a Rachel sentada entre Hirst y Hewet. Pero no podía sacar ninguna conclusión, pues Hewet seguía leyendo a Gibbon en voz alta, y Rachel, a juzgar por su expresión, podría haber sido una concha, y las palabras de él agua que le rozara los oídos, como el agua roza una concha en el borde de una roca.

La voz de Hewet era muy agradable. Cuando llegó al final del párrafo, Hewet se detuvo, y nadie ofreció ningún comentario.

—¡Adoro a la aristocracia! —exclamó Hirst tras un breve silencio—. Son asombrosamente desaprensivos. Ninguno de nosotros se atrevería a comportarse como se comporta esa mujer.

—Lo que a mí me gusta de ellos —dijo Helen mientras se sentaba— es que tienen una constitución magnífica. Desnuda, Mrs. Flushing sería soberbia. Vestida como se viste, es ridícula, claro.

—Sí —dijo Hirst. Una sombra de abatimiento le cruzó el rostro—. En mi vida he pesado más de sesenta y cuatro kilos —dijo—, lo cual es ridículo dada mi estatura, y de hecho he perdido peso desde que llegamos aquí. Supongo que eso explica el reuma. —Volvió a doblar la muñeca bruscamente hacia atrás, para que Helen pudiera oír el rechinar de los trozos de tiza. Ella no pudo evitar sonreír.

—Para mí no tiene ninguna gracia, se lo aseguro —protestó él—. Mi madre es una inválida crónica, y siempre estoy esperando que me digan que yo también tengo una enfermedad del corazón. El reuma siempre acaba en el corazón.

—Por el amor de Dios, Hirst —protestó Hewet—; cualquiera diría que eres un pobre inválido de ochenta años. Si a eso vamos, yo tuve una tía que murió de cáncer, pero le planté cara... —Se levantó y empezó a balancear la silla sobre sus patas traseras—. ¿Alguien tiene ganas de dar un paseo? Hay uno magnífico, aquí detrás de la casa. Se llega a un acantilado y se ve el

mar directamente desde arriba. Las rocas son todas rojas; se ven a través del agua. El otro día vi algo que me dejó sin aliento: unas veinte medusas, semitransparentes, de color rosa, con largos tentáculos, flotando en la cresta de las olas.

—¿Seguro que no eran sirenas? —dijo Hirst—. Hace demasiado calor para subir cuestras. —Miró a Helen, que no daba señales de moverse.

—Sí, hace demasiado calor —concluyó Helen.

Hubo un breve silencio.

—Me gustaría ir —dijo Rachel.

«Pero eso lo habría dicho de todos modos», pensó Helen para sí mientras Hewet y Rachel se alejaban juntos, y Helen se quedaba sola con St. John, con evidente satisfacción de este.

Puede que estuviera satisfecho, pero su habitual dificultad para decidir que un asunto merecía más atención que otro le impidió hablar durante un buen rato. Se quedó sentado mirando fijamente la cabeza de una cerilla apagada, mientras Helen consideraba —así lo indicaba la expresión de sus ojos— algo no estrechamente relacionado con el momento presente.

Al fin St. John exclamó: —¡Maldita sea! ¡Maldito todo! ¡Maldito sea todo el mundo! —añadió—. En Cambridge hay gente con quien hablar.

—En Cambridge hay gente con quien hablar —le repitió Helen, rítmicamente y sin prestar atención. Luego se despertó—. A propósito, ¿has decidido ya qué vas a hacer? ¿Cambridge o el foro?

Él frunció los labios, pero no respondió de inmediato, pues Helen seguía ligeramente distraída. Había estado pensando en Rachel y en cuál de los dos jóvenes era más probable que se enamorara, y ahora, sentada frente a Hirst, pensó: «Es feo. Es una lástima que sean tan feos».

No incluía a Hewet en esta crítica; pensaba en los jóvenes inteligentes, honrados e interesantes que conocía, de los que Hirst era un buen ejemplo, y se preguntaba si era necesario que el pensamiento y la erudición maltrataran así sus cuerpos y elevaran así sus mentes hasta una torre muy alta desde la que la especie humana les parecía ratas y ratones que se agitaban en el llano.

«¿Y el futuro?», reflexionó, imaginando vagamente una raza de hombres que se parecían cada vez más a Hirst y una raza de mujeres que se parecían cada vez más a Rachel. «No», concluyó, lanzándole una mirada, «uno no se casaría contigo. Bien, pues el futuro de la raza está en manos de Susan y Arthur; no... eso es terrible. De los jornaleros del campo; no... no de los ingleses en absoluto, sino de los rusos y los chinos.» Esta cadena de pensamientos no le satisfizo, y fue interrumpida por St. John, que volvió a hablar:

—Ojalá conocieras a Bennett. Es el hombre más grande del mundo.

—¿Bennett? —preguntó ella. Al ir sintiéndose más a gusto, St. John abandonó la brusquedad concentrada de sus maneras y explicó que Bennett era un hombre que vivía en un viejo molino de viento a diez kilómetros de Cambridge. Llevaba la vida perfecta, según St. John: muy solitaria, muy sencilla, sin preocuparse más que de la verdad de las cosas, siempre dispuesto a conversar, y extraordinariamente modesto pese a la grandeza de su mente.

—¿No te parece —dijo St. John cuando hubo terminado de describirle— que ese modo de vida hace que este tipo de vida parezca bastante endeble? ¿Te has fijado durante el té en que el pobre Hewet tuvo que cambiar de tema? ¿En que todos estaban dispuestos a abalanzarse sobre mí porque pensaban que iba a decir algo indecoroso? En realidad no era nada. Si Bennett hubiera estado allí, habría dicho exactamente lo que quería decir, o se habría levantado y se habría ido. Pero hay algo en eso bastante perjudicial para el carácter... quiero decir si uno no tiene el carácter de Bennett. Tiende a amargarle a uno. ¿Dirías que soy amargado?

Helen no respondió, y él continuó:

—Desde luego que lo soy, asquerosamente amargado, y es una cosa horrible. Pero lo peor de mí es que soy tan envidioso. Envidio a todo el mundo. No soporto que la gente haga las cosas mejor que yo: cosas perfectamente absurdas también... camareros que equilibran pilas de platos... hasta Arthur, porque Susan está enamorada de él. Quiero que la gente me quiera, y no me quiere. Es en parte por mi aspecto, supongo —prosiguió—, aunque es una mentira absoluta decir que tengo sangre judía: de hecho llevamos en Norfolk, los Hirst de Hirstbourne Hall, al menos tres siglos. Debe de ser ex-

traordinariamente reconfortante ser como tú: que todo el mundo te coja simpatía de inmediato.

—Te aseguro que no es así —rió Helen.

—Que sí —dijo Hirst con convicción—. En primer lugar, eres la mujer más bella que he visto en mi vida; en segundo lugar, tienes una personalidad excepcionalmente agradable.

Si Hirst la hubiera mirado en lugar de mirar fijamente su taza de té, habría visto a Helen ruborizarse, en parte de placer, en parte por un impulso de afecto hacia el joven que le había parecido, y volvería a parecerle, tan feo y tan limitado. Le compadecía, pues sospechaba que sufría, y le resultaba interesante, porque muchas de las cosas que decía le parecían verdaderas; admiraba la moralidad de la juventud, y sin embargo se sentía aprisionada. Como si su instinto fuera escapar hacia algo vivamente coloreado e impersonal que pudiera tener en las manos, entró en casa y volvió con su bordado. Pero él no se interesó por el bordado; ni siquiera lo miró.

—Acerca de Miss Vinrace —empezó—, ah, oye, ¿por qué no nos llamamos St. John y Helen, y Rachel y Terence? ¿Qué es ella? ¿Razona, siente, o es simplemente una especie de escabel?

—En absoluto —dijo Helen con gran decisión. A juzgar por lo observado durante el té, se inclinaba a dudar de que Hirst fuera la persona adecuada para educar a Rachel. Poco a poco había llegado a interesarse por su sobrina y a encariñarse con ella; había cosas de ella que le disgustaban mucho, otras que le hacían gracia; pero la sentía, en conjunto, como un ser humano vivo aunque sin formar, que experimentaba, y no siempre con fortuna en sus experimentos, pero con ciertas dotes propias, y una capacidad para sentir. En lo más hondo también, la unían a Rachel los lazos indestructibles si inexplicables del sexo. «Parece vaga, pero tiene voluntad propia», dijo, como si en ese intervalo hubiese pasado revista a sus cualidades.

El bordado, que requería reflexión —el diseño era difícil y los colores pedían meditación—, producía pausas en el diálogo en que ella parecía absorta en sus madejas de seda o, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás y los ojos entornados, contemplaba el efecto del conjunto. Así que tan solo dijo «Mmm» al siguiente comentario de St. John: «Le pediré que salga a pasear conmigo».

Quizá le molestó esa división de atención. Se quedó sentado mirando a Helen con detenimiento.

—Eres completamente feliz —declaró al fin.

—¿Sí? —inquirió Helen, clavando la aguja.

—El matrimonio, supongo —dijo St. John.

—Sí —dijo Helen, sacando la aguja con suavidad.

—¿Los hijos? —preguntó St. John.

—Sí —dijo Helen, clavando la aguja de nuevo—. No sé por qué soy feliz —rió de pronto, mirándole de frente. Hubo una pausa considerable.

—Hay un abismo entre nosotros —dijo St. John. Su voz sonaba como si brotara de las profundidades de una caverna en las rocas—. Eres infinitamente más sencilla que yo. Las mujeres siempre lo son, claro. Ahí está la dificultad. Nunca se sabe cómo llega una mujer adonde llega. Supón que todo el tiempo estás pensando: «¡Vaya joven tan morboso!»

Helen se quedó sentada mirándole con la aguja en la mano. Desde su posición veía su cabeza recortada contra la oscura pirámide de una magnolia. Con un pie apoyado en el travesaño de una silla y el codo en alto en la actitud de coser, su propia figura poseía la sublimidad de una mujer del mundo antiguo que hilara el hilo del destino: la sublimidad que poseen muchas mujeres del presente cuando adoptan la postura que exigen fregar o coser. St. John la miraba.

—Supongo que en toda tu vida no has hecho nunca un cumplido a nadie —dijo, a destiempo.

—Quizá malcríe un poco a Ridley —consideró Helen.

—Voy a preguntarte a bocajarro: ¿te caigo bien?

Tras una pausa, respondió:

—Sí, desde luego.

—¡Gracias a Dios! —exclamó él—. Es un alivio. Verás —continuó con emoción—, me importa más que te caiga bien que lo que me importaría con cualquier otra persona que haya conocido.

—¿Y los cinco filósofos? —dijo Helen con una sonrisa, cosiendo con firmeza y rapidez en su lienzo—. Me gustaría que me los describieras.

Hirst no tenía ningún deseo especial de describirlos, pero cuando empezó a pensar en ellos se encontró tranquilizado y fortalecido. Por más que estuvieran al otro lado del mundo, en habitaciones con humo, en grises patios medievales, se le aparecían como figuras notables, hombres de palabra franca con quienes uno podía estar a gusto; incomparablemente más sutiles en sus emociones que la gente de aquí. Le daban, sin duda, lo que ninguna mujer podía darle, ni siquiera Helen. Animándose al pensarlos, pasó a exponer su caso ante Mrs. Ambrose. ¿Debía quedarse en Cambridge o ir al foro? Un día pensaba una cosa, otro día otra. Helen escuchaba con atención. Al fin, sin ningún preámbulo, pronunció su veredicto.

—Deja Cambridge y vete al foro —dijo. Él le presionó para que le diera sus razones.

—Creo que disfrutarías más de Londres —dijo ella. No parecía un razonamiento muy sutil, pero ella daba la impresión de considerarlo suficiente. Le observó recortado contra el fondo de la magnolia en flor. Había algo curioso en aquella visión. Quizá era que las grandes flores céreas eran tan lisas e inarticuladas, y su rostro —se había quitado el sombrero, tenía el cabello revuelto, sostenía los quevedos en la mano, de modo que aparecía una marca roja a cada lado de la nariz— era tan preocupado y parlanchín. Era un arbusto hermoso, de gran extensión, y todo el tiempo que había estado allí sentada conversando había ido notando los manchones de sombra y la forma de las hojas, y la manera en que las grandes flores blancas reposaban en medio del verde. Lo había notado a medias conscientemente, pero aun así el cuadro había pasado a formar parte de su conversación. Dejó el bordado y empezó a pasearse por el jardín, y Hirst se levantó también y caminó a su lado. Estaba algo perturbado, incómodo, lleno de pensamientos. Ninguno de los dos habló.

El sol empezaba a declinar, y un cambio se había operado en las montañas, como si les hubieran arrebatado su sustancia terrena y estuvieran compuestas únicamente de intensa bruma azul. Largas nubes delgadas de rojo flamenco, con bordes como los bordes de plumas de avestruz rizadas, se tendían por el cielo a distintas alturas. Los tejados de la ciudad parecían haberse hundido más de lo habitual; los cipreses se veían muy negros entre



los tejados, y los propios tejados eran pardos y blancos. Como de costumbre al atardecer, gritos aislados y campanas aisladas se fueron haciendo audibles, ascendiendo desde abajo.

St. John se detuvo de repente.

—Bien, tendrás que asumir la responsabilidad —dijo—. Me he decidido: voy al foro.

Sus palabras eran muy serias, casi emotivas; volvieron a llamar la atención de Helen tras un instante de vacilación.

—Estoy segura de que aciertas —dijo con calidez, y estrechó la mano que él le tendía—. Serás un gran hombre, estoy convencida.

Luego, como para hacerle contemplar el paisaje, describió un arco con el brazo abarcando la circunferencia inmensa de la vista. Desde el mar, sobre los tejados de la ciudad, a lo largo de las crestas de las montañas, sobre el río y la llanura, y de nuevo a lo largo de las crestas de las montañas fue recorriendo el paisaje hasta alcanzar la villa, el jardín, la magnolia, y las figuras de Hirst y ella misma de pie juntos, donde cayó a su costado.

## CAPÍTULO XVI

Hacía ya mucho que Hewet y Rachel habían llegado al lugar concreto en el borde del acantilado donde, mirando hacia el mar, podía uno encontrarse con medusas y delfines. Mirando en la otra dirección, la vasta extensión de tierra les provocaba una sensación que no produce ningún paisaje, por amplio que sea, en Inglaterra, pues allá los pueblos y las colinas tienen nombres, y el horizonte más lejano de colinas se inclina con frecuencia mostrando una franja de bruma que es el mar; aquí el paisaje era el de una tierra interminable reseca por el sol, tierra puntiaguda en pináculos, amontonada en barreras inmensas, tierra que se extendía y se abría cada vez más como el inmenso suelo del mar, tierra entrecruzada por el día y la noche y dividida en distintas tierras donde se fundaron ciudades famosas, y las razas de hombres pasaron de salvajes oscuros a hombres blancos civilizados y volvieron de nuevo a salvajes oscuros. Quizá su sangre inglesa les hacía aquel panorama incómodamente impersonal y hostil, pues habiendo vuelto una vez los ojos hacia allá, los volvieron después hacia el mar, y el resto del tiempo permanecieron sentados mirando el mar. El mar, aunque era aquí un agua delgada y rutilante que parecía incapaz de marejada o furia, acababa por estrecharse, enturbiaba su tono puro con el gris, y se arremolinaba por canales estrechos y se rompía en un estremecimiento de aguas quebradas contra macizas rocas de granito. Era ese mar el que desembocaba en la boca del Támesis, y el Támesis bañaba las raíces de la ciudad de Londres.

Los pensamientos de Hewet habían seguido un camino parecido, pues lo primero que dijo mientras permanecían de pie en el borde del acantilado fue:

— ¡Me gustaría estar en Inglaterra!

Rachel se recostó apoyándose en el codo y apartó las hierbas altas que crecían en el borde para tener una vista despejada. El agua estaba muy quieta; subía y bajaba suavemente al pie del acantilado, y era tan clara que se veían las piedras rojas del fondo. Así había sido en el nacimiento del mundo, y así había permanecido desde entonces. Probablemente ningún ser humano había surcado jamás aquellas aguas con barca ni con cuerpo. Obedeciendo a algún impulso, decidió turbar aquella eternidad de paz y arrojó la piedra más grande que encontró. Golpeó el agua, y los círculos se fueron ensanchando. Hewet también miró hacia abajo.

—Es maravilloso —dijo al ver cómo se ensanchaban y cesaban. La frescura y la novedad le parecieron maravillosas. También él arrojó una piedra. Apenas hubo ruido.

—Pero Inglaterra —murmuró Rachel en el tono absorto de quien tiene los ojos concentrados en alguna visión—. ¿Qué quieres de Inglaterra?

—Sobre todo mis amigos —dijo él—, y todas las cosas que uno hace.

Podía mirar a Rachel sin que ella se diera cuenta. Seguía absorta en el agua y en las sensaciones exquisitamente gratas que sugiere una pequeña hondura de mar sobre rocas. Reparó en que llevaba un vestido de color azul intenso, confeccionado con una tela de algodón suave y ligera que se ceñía a la forma de su cuerpo. Era un cuerpo con los ángulos y los huecos de un cuerpo de mujer joven aún sin desarrollar del todo, pero de ningún modo distorsionado, e interesante y hasta entrañable por ello. Alzando los ojos, Hewet observó su cabeza; se había quitado el sombrero, y el rostro reposaba en la mano. Mientras miraba el mar, tenía los labios ligeramente entreabiertos. La expresión era la de una atención infantil, como si estuviera al acecho de un pez que nadara sobre las rocas rojas y claras. Sin embargo, sus veinticuatro años de vida le habían dado una expresión de reserva. Su mano, que reposaba en el suelo con los dedos ligeramente curvados hacia dentro, era de forma bien proporcionada y competente; los dedos de punta cuadrada y nerviosos eran los dedos de una música. Con algo parecido a la angustia, Hewet comprendió que, lejos de resultarle indiferente, su cuerpo le atraía poderosamente. Ella alzó la vista de pronto. Sus ojos estaban llenos de viveza e interés.

—¿Escribe usted novelas? —preguntó.

Por un momento no pudo recordar qué estaba diciendo. Le sobrevino el deseo de estrecharla entre sus brazos.

—Oh, sí —dijo—. Es decir, quiero escribirlas.

Ella no apartaba sus grandes ojos grises de su rostro.

—Novelas —repitió—. ¿Por qué escribe novelas? Debería escribir música. La música, ¿ve usted? —desplazó los ojos y se volvió menos deseable mientras su cerebro empezaba a funcionar, imprimiendo cierto cambio en su rostro—: la música va directamente a las cosas. Lo dice todo de golpe. Con la escritura me parece que hay tanto... —hizo una pausa buscando la expresión, y frotó los dedos en la tierra— raspar de cerilla. La mayor parte del tiempo que estuve leyendo a Gibbon esta tarde estaba terriblemente, oh, infernalmente, condenadamente aburrida. —Soltó una carcajada sacudiendo la cabeza y mirando a Hewet, que también rió.

—Yo no le prestaré libros —observó él.

—¿Por qué es —continuó Rachel— que puedo reírme de Mr. Hirst con usted, pero no delante de él? Durante el té quedé completamente aplastada, no por su fealdad... sino por su mente. —Trazó un círculo en el aire con las manos. Comprendió con un gran sentimiento de alivio con qué facilidad podía hablar con Hewet; esas espinas o aristas que desgarran la superficie de algunas relaciones quedaban aquí suavizadas.

—Ya lo noté —dijo Hewet—. Es algo que nunca deja de asombrarme. —Había recuperado la compostura hasta el punto de poder encender un cigarrillo y fumarlo, y al percibir su soltura, se sintió él mismo feliz y desenvuelto.

—El respeto que sienten las mujeres, incluso las muy cultas, las muy capaces, por los hombres —prosiguió—. Creo que debemos de tener sobre ustedes el mismo tipo de poder que se dice que tenemos sobre los caballos. Nos ven tres veces más grandes de lo que somos; si no, nunca nos obedecerían. Por esa misma razón, me inclino a dudar de que lleguen a hacer nada, ni siquiera cuando tengan el voto. —La miró con atención. Parecía muy suave y sensible y joven—. Harán falta al menos seis generaciones para que tengan el pellejo suficientemente curtido para entrar en juzgados y despachos. Considere qué matón es el hombre corriente —continuó—: el abogado o el hombre de negocios trabajador y algo ambicioso, con una fa-

milia que sacar adelante y una posición que mantener. Y luego, claro, las hijas tienen que ceder ante los hijos; los hijos tienen que recibir educación; ellos tienen que pelear y abrirse paso por sus esposas y sus familias, y así vuelve a empezar. Y mientras tanto están las mujeres en segundo plano... ¿De verdad cree que el voto les va a servir de algo?

—¿El voto? —repitió Rachel. Tuvo que imaginárselo como un pequeño trozo de papel que se echa en una urna para entender su pregunta, y al mirarse mutuamente sonrieron ante lo absurdo de la pregunta.

—A mí no —dijo ella—. Pero toco el piano... ¿Son los hombres realmente así? —preguntó, volviendo a la cuestión que le interesaba—. A usted no le tengo miedo. —Le miró con naturalidad.

—Oh, yo soy distinto —respondió Hewet—. Tengo entre seiscientas y setecientas libras al año propias. Y además nadie se toma en serio a un novelista, gracias a Dios. No cabe duda de que ayuda a compensar el tedio de una profesión que un hombre sea tomado muy, muy en serio por todos: que reciba nombramientos, que tenga cargos y un título, y un montón de letras detrás del nombre, y cintas y diplomas. No se los envidio, aunque a veces me entra... ¡Qué concoción tan asombrosa! ¡Qué milagro es la concepción masculina de la vida: jueces, funcionarios, ejército, marina, Cámaras del Parlamento, alcaldes mayores! ¡Vaya mundo que nos hemos montado! Mire a Hirst. Le aseguro —dijo— que no ha pasado un solo día desde que llegamos aquí sin que se discuta si debe quedarse en Cambridge o irse al foro. Es su carrera, su sagrada carrera. Y si yo lo he oído veinte veces, su madre y su hermana lo habrán oído quinientas. ¿Se imagina las deliberaciones familiares, y a la hermana a quien mandan a dar de comer a los conejos para que St. John pueda tener el cuarto de estudio para él solo?: «St. John está trabajando», «St. John quiere que le lleven el té». ¿No conoce esa clase de cosa? Con razón St. John lo considera un asunto de considerable importancia. Y lo es. Tiene que ganarse la vida. Pero la hermana de St. John... —Hewet dio una calada en silencio—. Nadie la toma en serio, pobrecilla. Da de comer a los conejos.

—Sí —dijo Rachel—. Yo he dado de comer a los conejos durante veinticuatro años; ahora me parece raro. —Adoptó un aire pensativo, y Hewet, que había estado hablando bastante a la ligera y adoptando instintivamente

el punto de vista femenino, vio que ella hablaría ahora de sí misma, que era lo que él quería, pues así quizás llegarían a conocerse.

Ella volvió la mirada, pensativa, sobre su vida pasada.

—¿Cómo pasa el día? —preguntó él.

Ella siguió meditando. Cuando pensaba en su día le parecía que estaba cortado en cuatro partes por las comidas. Aquellas divisiones eran absolutamente rígidas, y el contenido del día tenía que acomodarse dentro de los cuatro barrotes rígidos. Mirando atrás su vida, era eso lo que veía.

—Desayuno a las nueve; comida a la una; merienda a las cinco; cena a las ocho —dijo.

—Bien —dijo Hewet—. ¿Y qué hace por la mañana?

—Solía tocar el piano durante horas y horas.

—¿Y después de comer?

—Entonces iba de compras con una de mis tías. O íbamos a visitar a alguien, o llevábamos un recado, o hacíamos algo que había que hacer: los grifos podían estar goteando. Visitan mucho a los pobres: viejas fregonas con las piernas malas, mujeres que necesitan billetes para el hospital. O yo paseaba sola por el parque. Y después de la merienda venía gente a veces; o en verano nos sentábamos en el jardín o jugábamos al croquet; en invierno yo leía en voz alta mientras ellas trabajaban; después de cenar yo tocaba el piano y ellas escribían cartas. Si padre estaba en casa invitaba a cenar a sus amigos, y una vez al mes más o menos íbamos al teatro. De vez en cuando cenábamos fuera; alguna vez iba yo a un baile en Londres, pero eso era difícil por la vuelta. Las personas que veíamos eran viejos amigos de la familia y parientes, pero no veíamos a mucha gente. Estaba el clérigo, Mr. Pepper, y los Hunt. Padre solía querer estar tranquilo cuando llegaba a casa, porque trabaja mucho en Hull. Además, mis tías no tienen muy buena salud. Una casa da mucho trabajo si se hace bien. Nuestras criadas siempre eran malas, así que la tía Lucy hacía mucho trabajo en la cocina, y la tía Clara, creo, pasaba la mayor parte de la mañana quitando el polvo en el salón y revisando la ropa blanca y la platería. Luego estaban los perros. Había que sacarlos de paseo, además de bañarlos y cepillarlos. Sandy ya ha muerto, pero la tía Clara tiene una cacaatúa muy vieja que vino de la India. Todo en nuestra casa —exclamó— viene de algún sitio. Está llena de muebles viejos, no

realmente antiguos, victorianos, cosas que tenían la familia de mamá o la familia de papá, que supongo que no quisieron deshacerse de ellos, aunque de verdad no tenemos sitio para ellos. Es una casa bastante agradable — continuó—, salvo que es un poco lúgubre, sosa diría yo. —Evocó ante sus ojos la imagen del salón de casa: una habitación rectangular y grande, con una ventana cuadrada abierta al jardín. Sillas de terciopelo verde contra la pared; una pesada estantería tallada con puertas de cristal, y una impresión general de fundas de sofá descoloridas, grandes espacios de verde pálido y cestillas con labores de lana que asomaban. En las paredes colgaban fotografías de los viejos maestros italianos y vistas de puentes venecianos y cascadas suecas que los miembros de la familia habían visto años atrás. También había uno o dos retratos de padres y abuelas, y un grabado de John Stuart Mill según el cuadro de Watts. Era una habitación sin carácter definido: no abiertamente horrorosa y típica, ni decididamente artística, ni realmente cómoda. Rachel se sacudió la contemplación de aquella imagen familiar.

—Pero esto no le resultará muy interesante —dijo, alzando la vista.

—¡Por Dios! —exclamó Hewet—. En mi vida he estado tan interesado. —Ella comprendió entonces que, mientras ella había estado pensando en Richmond, sus ojos no se habían apartado de su rostro. El saber esto la excitó.

—Siga, por favor, siga —la instó—. Imaginemos que es un miércoles. Estáis todas en la comida. Tú estás aquí, la tía Lucy aquí, y la tía Clara aquí —colocó tres guijarros en el césped entre ambos.

—La tía Clara trincha el pescuezo de cordero —continuó Rachel. Fijó la mirada en los guijarros—. Delante de mí hay una feísima fuente de china amarilla, que llaman una mesa giratoria, con tres platos, uno para galletas, uno para mantequilla y uno para queso. Hay un tiesto con helechos. Luego está Blanche, la doncella, que resuella por la nariz. Hablamos... ah, sí, es la tarde de la tía Lucy en Walworth, así que despachamos la comida más deprisa. Ella se va. Lleva un bolso morado y un cuaderno negro. La tía Clara tiene en el salón los miércoles una reunión de lo que llaman G.F.S., así que yo saco a los perros. Subo por Richmond Hill, a lo largo de la terraza, hasta el parque. Es el 18 de abril, el mismo día que aquí. Es primavera en Inglaterra. El suelo está algo húmedo. De todas formas, cruzo la carretera,

piso el césped y echamos a andar, y yo canto como hago siempre cuando estoy sola, hasta que llegamos al claro donde se ve toda Londres debajo, en un día despejado. El campanario de Hampstead por allá, la Catedral de Westminster por allá, y chimeneas de fábricas por aquí. Suele haber una neblina sobre las zonas bajas de Londres, pero a menudo el cielo es azul sobre el parque cuando Londres está en la bruma. Es el claro por donde pasan los globos camino de Hurlingham. Son de color amarillo pálido. Además, huele muy bien, sobre todo si resulta que están quemando madera en la cabaña del guarda que hay allí. Ahora sería capaz de decirle cómo ir de un sitio a otro, y exactamente qué árboles pasaría, y dónde cruzaría las calles. Lo que pasa es que jugaba allí de pequeña. La primavera está bien, pero lo mejor es en otoño cuando braman los ciervos; entonces anochece, y vuelvo por las calles, y la gente no se ve bien del todo; pasan muy rápido, uno solo les ve las caras y ya se han ido... eso es lo que me gusta... y nadie sabe en absoluto lo que estás haciendo...

—Pero tiene que estar de vuelta para la merienda, ¿no? —la cortó Hewet.

—¿La merienda? Ah, sí. A las cinco. Entonces cuento lo que he hecho, y mis tías cuentan lo que han hecho, y a veces viene alguien: Mrs. Hunt, pongamos. Es una señora mayor con una pierna coja. Tiene u otrora tuvo ocho hijos; así que preguntamos por ellos. Están repartidos por el mundo; así que preguntamos dónde están, y a veces están enfermos, o destinados en una zona de cólera, o en algún lugar donde solo llueve una vez cada cinco meses. Mrs. Hunt —dijo con una sonrisa— tuvo un hijo al que mató un oso de un abrazo.

Aquí se detuvo y miró a Hewet para ver si le divertían las mismas cosas que a ella. Se quedó tranquila. Pero creyó necesario disculparse de nuevo; había estado hablando demasiado.

—No puede imaginarse cuánto me interesa —dijo él. En efecto, el cigarrillo se le había apagado y tuvo que encender otro.

—¿Por qué le interesa? —preguntó ella.

—En parte porque es usted una mujer —respondió él. Cuando dijo esto, Rachel, que había perdido la conciencia de todo y había vuelto a un estado infantil de interés y deleite, perdió su libertad y se volvió consciente de sí misma. Se sintió al mismo tiempo singular y observada, como se sentía con



St. John Hirst. Estaba a punto de lanzarse a una discusión que los habría llenado a ambos de amargura mutua, y a definir sensaciones que no tenían la importancia que las palabras estaban destinadas a darles, cuando Hewet desvió sus pensamientos en una dirección distinta.

—Con frecuencia he caminado por las calles donde vive la gente toda en fila, y una casa es exactamente igual que la otra, y me he preguntado qué demonios hacen las mujeres dentro —dijo—. Piense: estamos a comienzos del siglo veinte, y hasta hace unos años ninguna mujer había salido por sí sola y dicho nada. Allí estaba, transcurriendo en segundo plano, durante todos esos miles de años, esa vida silenciosa, curiosa, sin representación. Claro que siempre escribimos sobre las mujeres: las insultamos, o nos burlamos de ellas, o las adoramos; pero nunca ha venido de las propias mujeres. Creo que todavía no sabemos en absoluto cómo viven, ni qué sienten, ni qué hacen exactamente. Si uno es hombre, las únicas confidencias que recibe son las de las mujeres jóvenes sobre sus amores. Pero la vida de las mujeres de cuarenta años, de las mujeres solteras, de las mujeres que trabajan, de las mujeres que tienen tiendas y crían hijos, de mujeres como sus tías, o Mrs. Thornbury, o Miss Allan... no se sabe nada de ellas. No cuentan nada. O tienen miedo, o tienen una manera de tratar a los hombres. Es el punto de vista masculino el que está representado, ¿ve usted? Piense en un tren: quince vagones para hombres que quieren fumar. ¿No le hierva la sangre? Si yo fuera mujer, le volaría la cabeza a alguien. ¿No se ríe de nosotros mucho? ¿No le parece todo un gran disparate? Usted, quiero decir: ¿cómo le parece todo esto?

Su empeño en saber, aun dando sentido a su conversación, le resultaba cohibidor; parecía presionar cada vez más, y lo hacía todo parecer tan importante. Se tomó su tiempo para responder, y durante ese tiempo repasó una y otra vez el curso de sus veinticuatro años de vida, deteniéndose ora en un punto ora en otro: sus tías, su madre, su padre, y por último su mente se fijó en sus tías y en su padre, y trató de describirlos tal como a esa distancia se le aparecían.

Le tenían mucho miedo a su padre. Era una gran fuerza difusa en la casa, gracias a la cual se mantenían asidas al gran mundo que aparece cada mañana en el *Times*. Pero la vida real de la casa era algo completamente distinto. Transcurría con independencia de Mr. Vinrace y tendía a ocultársele. Él era benévolo con ellas, pero desdeñoso. Ella siempre había dado por

sentado que su punto de vista era el justo, fundado en una escala ideal de valores en la que la vida de una persona era absolutamente más importante que la de otra, y que en aquella escala ellas valían mucho menos que él. Pero ¿lo creía realmente? Las palabras de Hewet la hacían pensar. Ella siempre se sometía a su padre, igual que ellas, pero eran sus tías quienes la influían de verdad; sus tías quienes habían construido la sustancia fina y apretada de su vida en casa. Eran menos espléndidas pero más naturales que su padre. Todos sus arrebatos habían sido contra ellas; aquel mundo suyo con sus cuatro comidas, su puntualidad y las criadas en las escaleras a las diez y media, era el que ella examinaba con tanto detenimiento y deseaba con tanta vehemencia romper en mil pedazos. Siguiendo estos pensamientos alzó la vista y dijo:

— Y hay una especie de belleza en ello: ahí están en Richmond en este mismo momento construyendo cosas. Quizás se equivocan en todo, pero hay una especie de belleza en ello —repitió—. Es tan inconsciente, tan modesto. Y sin embargo sienten. Sí les importa cuando muere la gente. Las solteronas siempre están haciendo cosas. No sé muy bien qué hacen. Solo que eso era lo que yo sentía al vivir con ellas. Era muy real.

Repasó sus pequeñas idas y venidas, a Walworth, a fregonas con las piernas enfermas, a reuniones por esto o por aquello, sus minúsculos actos de caridad y desprendimiento que florecían con puntualidad a partir de una idea clara de lo que debían hacer, sus amistades, sus gustos y hábitos; lo veía todo como granos de arena que caían, que seguían cayendo a lo largo de innumerables días, creando una atmósfera y levantando una masa sólida, un trasfondo. Hewet la observaba mientras ella lo sopesaba todo.

— ¿Era usted feliz? —preguntó.

De nuevo se había abstraído en otra cosa, y él la devolvió a una conciencia de sí misma extraordinariamente vívida.

— Las dos cosas —respondió—. Era feliz y era desgraciada. Usted no puede ni imaginarse lo que es... ser una mujer joven. —Lo miró fijamente—. Hay terrores y agonías —dijo, sin apartar los ojos de él, como si quisiera detectar el menor asomo de risa.

— Lo creo perfectamente —dijo él. Le devolvió la mirada con perfecta sinceridad.

—Las mujeres que se ven por la calle —dijo ella.

—¿Prostitutas?

—Hombres que te besan.

Él asintió con la cabeza.

—¿Nunca se lo dijeron?

Ella negó con la cabeza.

—Y luego —comenzó, y se detuvo. Ahí se abría el gran espacio de la vida en el que nadie había penetrado jamás. Todo cuanto había estado diciendo sobre su padre y sus tías y los paseos por Richmond Park, y lo que hacían hora tras hora, era pura superficie. Hewet la estaba observando. ¿Acaso exigía que describiera también aquello? ¿Por qué se sentaba tan cerca y no apartaba los ojos de ella? ¿Por qué no daban fin a todo aquello, al escrutinio y a la agonía? ¿Por qué no se besaban sin más? Deseaba besarlo. Pero seguía hilvanando palabras sin parar.

—Una chica está más sola que un chico. A nadie le importa lo más mínimo lo que haga. Nada se espera de ella. Si no es muy guapa, nadie escucha lo que dice... Y eso es lo que a mí me gusta —añadió con energía, como si el recuerdo fuera muy grato—. Me gusta pasear por Richmond Park y canturrear y saber que no le importa un bledo a nadie. Me gusta ver cómo transcurren las cosas —como les vimos a ustedes aquella noche cuando no nos veían—, adoro la libertad que da... es como ser el viento o el mar. —Se volvió con un movimiento curioso de las manos y miró el mar. Seguía muy azul, danzando hasta donde alcanzaba la vista, pero la luz que lo bañaba era más amarillenta, y las nubes se tornaban de un rojo flamenco.

Una sensación de honda depresión cruzó la mente de Hewet mientras ella hablaba. Parecía evidente que nunca llegaría a preferir a una persona sobre las demás; era manifiestamente indiferente a él; parecían acercarse mucho el uno al otro y luego volver a estar tan distantes como siempre; y el gesto con que ella se había vuelto había sido de una extraña belleza.

—Tonterías —dijo él de repente—. A usted le gustan las personas. Le gusta que la admiren. Su verdadero resentimiento contra Hirst es que él no la admira.

Ella tardó un momento en responder. Luego dijo:

—Probablemente tiene razón. Claro que me gustan las personas; me gusta casi todo el mundo que he conocido.

Le volvió la espalda al mar y miró a Hewet con ojos amistosos aunque críticos. Era atractivo en el sentido de que siempre había tenido carne suficiente que comer y aire fresco que respirar. Tenía la cabeza grande; los ojos eran también grandes; aunque por lo general vagos, podían ser enérgicos; y los labios eran sensibles. Cabía considerarlo un hombre de pasiones considerables y energía intermitente, propenso a quedar a merced de estados de ánimo que tenían poca relación con los hechos; a la vez tolerante y exigente. La anchura de su frente denotaba capacidad intelectual. El interés con que Rachel le miraba se traslucía en su voz.

—¿Qué clase de novelas escribe usted? —preguntó.

—Quiero escribir una novela sobre el Silencio —dijo él—; sobre las cosas que la gente no dice. Pero la dificultad es inmensa. —Suspiró—. Aunque a usted le da igual —continuó. La miró casi con severidad—. A nadie le importa. Lo único que se busca en una novela es ver qué clase de persona es el autor, y si se le conoce, cuáles de sus amigos ha metido en ella. En cuanto a la novela misma, la concepción toda entera, la manera en que uno ha visto la cosa, la ha sentido, la ha situado en relación con otras cosas, de eso no le importa ni a uno entre un millón. Y sin embargo, a veces me pregunto si hay algo más en el mundo entero que valga la pena hacer. Esa gente —indicó el hotel— siempre desea algo que no puede conseguir. Pero hay una satisfacción extraordinaria en escribir, aun en el intento de escribir. Lo que usted decía hace un momento es verdad: uno no quiere ser las cosas; uno quiere sencillamente que le dejen verlas.

Algo de la satisfacción de la que hablaba asomó a su rostro mientras miraba el mar.

Le tocó el turno a Rachel de sentirse abatida. Al hablar de escritura, él se había vuelto de repente impersonal. Quizá nunca le importaría nadie en particular; todo aquel deseo de conocerla y llegar hasta ella, que ella había sentido presionar sobre sí casi dolorosamente, había desaparecido por completo.

—¿Es usted buen escritor? —preguntó.

—Sí —dijo él—. No soy de primera categoría, claro; soy bueno de segunda; más o menos tan bueno como Thackeray, diría yo.

Rachel se quedó asombrada. Por un lado la asombraba oír a Thackeray tildado de segunda categoría; y por otro no conseguía ampliar su punto de vista hasta creer que pudieran existir grandes escritores en la actualidad, o que si los había, cualquiera de sus conocidos pudiera serlo; la confianza en sí mismo de aquel hombre la dejó atónita, y él fue haciéndose cada vez más lejano.

—Mi otra novela —continuó Hewet— trata de un joven obsesionado por una idea: la idea de ser un caballero. Se las arregla para subsistir en Cambridge con cien libras al año. Tiene un abrigo; en su día fue un abrigo muy bueno. Pero los pantalones... esos no están tan bien. Bien, sube a Londres, entra en la buena sociedad gracias a una aventura matinal a orillas del Serpentine. Se ve llevado a decir mentiras —mi idea, ¿ve usted, es mostrar la corrupción gradual del alma— y se hace pasar por hijo de un gran terrateniente de Devonshire. Entre tanto el abrigo va envejeciendo cada vez más, y apenas se atreve a ponerse los pantalones. ¿No se imagina usted al desdichado, después de alguna espléndida noche de desenfreno, contemplando esas prendas, colgándolas del extremo de la cama, colocándolas ora a plena luz, ora en sombra, y preguntándose si ellas le sobrevivirán a él, o él a ellas? Los pensamientos de suicidio le rondan. Tiene también un amigo, un hombre que se mantiene de algún modo vendiendo pájaros pequeños, para los que pone trampas en los campos cerca de Uxbridge. Son eruditos los dos. Conozco a uno o dos pobres diablos famélicos así, que te citan a Aristóteles sobre un arenque frito y una pinta de porter. La vida elegante también tengo que representarla con cierta extensión, para mostrar a mi héroe en toda clase de circunstancias. Lady Theo Bingham Bingley, cuya yegua baya tuvo la buena fortuna de detener, es hija de un muy ilustre y antiguo par conservador. Voy a describir la clase de veladas a las que yo asistí una vez: los intelectuales de moda, ¿sabe?, los que gustan de tener el último libro sobre la mesa. Dan fiestas, fiestas fluviales, fiestas en que se juega. No hay dificultad en concebir los incidentes; la dificultad está en darles forma, en no dejarse arrastrar, como le ocurrió a Lady Theo. Para ella acabó en desastre, la pobre, pues el libro, tal como yo lo tenía planeado, iba a concluir en una respetabilidad profunda y sórdida. Repudiada por su padre, se casa con mi héroe, y viven en una agradable ca-

sita a las afueras de Croydon, donde él se establece como agente inmobiliario. Nunca logra convertirse en un verdadero caballero, después de todo. Esa es la parte interesante. ¿Le parece a usted el tipo de libro que le gustaría leer? —inquirió; —o quizá preferiría mi tragedia de los Estuardo —continuó, sin aguardar a que ella respondiera—. Mi idea es que hay cierta cualidad de belleza en el pasado que el novelista histórico corriente destruye por completo con sus absurdas convenciones. La luna se convierte en la Regente de los Cielos. La gente espolea a sus caballos, etcétera. Yo voy a tratar a las personas como si fueran exactamente iguales a nosotros. La ventaja es que, desligadas de las condiciones modernas, uno puede hacerlas más intensas y más abstractas que las personas que viven como nosotros.

Rachel había escuchado todo aquello con atención, pero con cierta perplejidad. Los dos se quedaron sentados, pensando en sus cosas.

—Yo no soy como Hirst —dijo Hewet, tras una pausa; hablaba pensativamente—; yo no veo círculos de tiza entre los pies de la gente. A veces lo desearía. Me parece todo de una complicación y una confusión tremendas. No se puede llegar a ninguna conclusión; uno es cada vez menos capaz de emitir juicios. ¿Usted no nota eso? Y luego uno nunca sabe lo que siente nadie. Todos estamos a oscuras. Intentamos averiguarlo, pero ¿puede imaginarse algo más ridículo que la opinión que una persona tiene de otra? Uno va por ahí creyendo que sabe; pero en realidad no sabe.

Al decir esto, estaba apoyado en el codo, colocando y desplazando en la hierba las piedras que habían representado a Rachel y a sus tías durante el almuerzo. Hablaba tanto para sí mismo como para Rachel. Razonaba contra el deseo, que había vuelto con intensidad, de tomarla entre sus brazos, de acabar con los rodeos, de explicar exactamente lo que sentía. Lo que decía iba en contra de su convicción; todo lo que era importante en ella, lo conocía; lo sentía en el aire que los envolvía; pero no dijo nada, y siguió moviendo las piedras.

—Me cae usted bien; ¿le caigo yo bien a usted? —observó Rachel de repente.

—Me cae usted enormemente bien —respondió Hewet, hablando con el alivio de quien recibe inesperadamente la oportunidad de decir lo que quiere decir. Dejó de mover los guijarros.

—¿No podríamos llamarnos Rachel y Terence? —preguntó.

—Terence —repitió Rachel—. Terence... es como el grito de un búho.

Levantó la vista con una súbita oleada de alegría, y al mirar a Terence con los ojos ensanchados por el placer, le llamó la atención el cambio que se había producido en el cielo a sus espaldas. El azul rotundo del día había palidecido hacia un azul más tenue y etéreo; las nubes eran de color rosa, lejanas y muy juntas entre sí; y la paz del atardecer había reemplazado al calor de la tarde del sur en que habían iniciado el paseo.

—¡Debe de ser tardísimo! —exclamó.

Eran casi las ocho.

—Pero las ocho no cuentan aquí, ¿verdad? —preguntó Terence, mientras se levantaban y volvían a internarse tierra adentro. Empezaron a bajar la colina con paso bastante vivo por un sendero entre los olivos.

Se sentían más íntimos porque compartían la conciencia de lo que las ocho significaban en Richmond. Terence caminaba delante, pues no había sitio para ir uno junto al otro.

—Lo que yo quiero hacer escribiendo novelas se parece mucho a lo que usted quiere hacer cuando toca el piano, creo —comenzó, volviéndose y hablando por encima del hombro—. Los dos queremos descubrir lo que hay detrás de las cosas, ¿verdad? —Mire las luces de ahí abajo —continuó—, desperdigadas de cualquier manera. Las cosas que siento me llegan como luces... Quiero combinarlas... ¿Ha visto alguna vez fuegos artificiales que forman figuras?... Quiero hacer figuras... ¿Es eso lo que usted quiere hacer?

Ya habían salido a la carretera y podían caminar uno junto al otro.

—¿Cuando toco el piano? La música es distinta... Pero ya entiendo lo que quiere decir. —Trataron de idear teorías y de hacerlas coincidir. Como Hewet no entendía de música, Rachel cogió su bastón y trazó figuras en el polvo blanco y fino para explicarle cómo Bach componía sus fugas.

—Mi talento musical quedó arruinado —explicó él, mientras seguían andando tras una de estas demostraciones— por el organista del pueblo de casa, que había inventado un sistema de notación que intentó enseñarme, con el resultado de que nunca llegué a tocar melodías propiamente dichas. Mi madre pensaba que la música no era cosa de hombres para los chicos;

quería que yo matara ratas y pájaros; eso es lo malo de vivir en el campo. Vivimos en Devonshire. Es el lugar más hermoso del mundo. Solo que... siempre es difícil en casa cuando uno ha crecido. Me gustaría que conociera a alguna de mis hermanas... Ah, aquí está su verja. —La empujó para abrirla. Se detuvieron un momento. Ella no podía invitarle a entrar. No podía decirle que esperaba que se volvieran a ver; no había nada que decir, y así, sin pronunciar palabra, ella cruzó la verja y pronto se hizo invisible. En cuanto Hewet la perdió de vista, sintió que le volvía el antiguo malestar, incluso con más fuerza que antes. La conversación había quedado interrumpida en mitad, justo cuando él estaba empezando a decir las cosas que quería decir. Al fin y al cabo, ¿qué habían podido decirse? Repasó mentalmente las cosas que habían dicho, las cosas aleatorias e innecesarias que habían girado y girado en torbellino y consumido todo el tiempo, y los habían acercado tanto y los habían lanzado tan lejos el uno del otro, y lo habían dejado al final insatisfecho, ignorante aún de lo que ella sentía y de cómo era. ¿Para qué servía hablar, hablar, no hacer más que hablar?



## CAPÍTULO XVII

Era ya el apogeo de la temporada, y cada barco que llegaba de Inglaterra dejaba en las costas de Santa Marina a unas pocas personas que subían al hotel en coche. El hecho de que los Ambrose tuvieran una casa donde uno podía escapar momentáneamente de la atmósfera levemente inhumana de un hotel era fuente de auténtico placer no solo para Hirst y Hewet, sino para los Elliot, los Thornbury, los Flushing, Miss Allan, Evelyn M. y otras personas cuya identidad estaba tan poco desarrollada que los Ambrose no llegaron a descubrir que poseían nombres. Poco a poco se fue estableciendo una suerte de correspondencia entre las dos casas, la grande y la pequeña, de modo que a casi cualquier hora del día la una podía adivinar lo que ocurría en la otra, y las palabras «la villa» y «el hotel» evocaban la idea de dos sistemas de vida separados. Los simples conocidos daban muestras de convertirse en amigos, pues aquel único vínculo con el salón de Mrs. Parry se había desgajado inevitablemente en muchos otros lazos ligados a distintas partes de Inglaterra, y a veces estas alianzas parecían cínicamente frágiles, y a veces dolorosamente agudas, faltas como estaban del sustento que proporciona la vida inglesa organizada. Una noche en que la luna era redonda entre los árboles, Evelyn M. le contó a Helen la historia de su vida y reclamó su amistad eterna; en otra ocasión, por un suspiro, una pausa o una palabra caída sin querer, la pobre Mrs. Elliot abandonó la villa casi llorando, jurando no volver a ver jamás a la mujer fría y desdeñosa que la había insultado, y en verdad, no volvieron a verse. No parecía que valiera la pena recomponer una amistad tan tenue.

Hewet, a decir verdad, habría podido encontrar en aquella época en la villa material excelente para algunos capítulos de la novela que iba a titularse «El silencio, o las cosas que la gente no dice». Helen y Rachel se

habían vuelto muy silenciosas. Al haber descubierto, según creía, un secreto, y al juzgar que Rachel pretendía ocultárselo, Mrs. Ambrose lo respetaba con esmero; pero por esa causa, aunque sin proponérselo, fue creciendo entre ellas una curiosa atmósfera de reserva. En lugar de compartir sus opiniones sobre toda clase de asuntos y lanzarse tras una idea dondequiera que condujese, hablaban principalmente en comentario sobre las personas que veían, y el secreto que mediaba entre ellas se hacía sentir incluso en lo que decían de los Thornbury y los Elliot. Siempre serena e impasible en sus juicios, Mrs. Ambrose tendía ahora a ser abiertamente pesimista. No se mostraba severa con los individuos tanto como incrédula ante la benevolencia del destino, de la suerte, de lo que ocurre a la larga, y propensa a insistir en que ello resultaba por lo general adverso a las personas en proporción a sus méritos. Incluso esta teoría estaba dispuesta a desecharla en favor de otra que hacía triunfar al caos, según la cual las cosas suceden sin razón alguna y todo el mundo anda a tientas en la ilusión y la ignorancia. Con cierto placer desarrollaba estas ideas ante su sobrina, tomando como piedra de toque una carta recibida de casa: traía buenas noticias, pero bien podría haber traído malas. ¿Cómo sabía ella que en ese preciso momento sus dos hijos no yacían muertos, aplastados por un omnibús? «Le ocurre a alguien: ¿por qué no me va a ocurrir a mí?», argumentaba, mientras su rostro adoptaba la expresión estoica del dolor anticipado. Por sinceras que pudieran ser estas opiniones, eran sin duda suscitadas por el estado irracional de la mente de su sobrina. Era tan voluble, y pasaba tan deprisa de la alegría a la desesperación, que parecía necesario oponerle alguna opinión estable que naturalmente se volvía oscura además de estable. Quizás Mrs. Ambrose abrigaba la idea de que, llevando la conversación por esos derroteros, podría descubrir lo que Rachel tenía en la cabeza; pero era difícil saberlo, pues a veces ella se mostraba de acuerdo con lo más sombrío que se decía, y otras veces se negaba a escuchar y le hacía tragar a Helen sus propias teorías a fuerza de risas, charla, las más desatadas burlas e incluso arrebatos furiosos ante lo que llamaba «el graznar de un cuervo en el barro».

— Ya es bastante duro sin eso — afirmó.

— ¿Qué hay de duro? — preguntó Helen.

— La vida — respondió, y entonces las dos callaron.

Helen podía sacar sus propias conclusiones sobre por qué la vida era dura, y sobre por qué una hora después, tal vez, la vida era algo tan maravilloso y vívido que los ojos de Rachel al contemplarla resultaban positivamente estimulantes para un espectador. Fiel a su credo, no intentó intervenir, aunque había sobrados momentos de debilidad y abatimiento como para que una persona menos escrupulosa se hubiera abierto paso y lo hubiera sabido todo; y quizás Rachel lamentaba que no lo hiciera. Todos esos estados de ánimo se fundían en un efecto general que Helen comparaba con el deslizarse de un río, rápido, más rápido, cada vez más rápido, al precipitarse hacia una cascada. Su instinto era gritar ¡Detente!, pero aunque hubiera servido de algo, se habría abstenido, pensando que era mejor dejar que las cosas siguieran su curso, que el agua corría porque la tierra estaba formada para hacerla correr.

Parecía que Rachel no tenía la menor conciencia de que la observaban, ni de que hubiera nada en su actitud susceptible de llamar la atención. Lo que le había ocurrido, ella misma no lo sabía. La mente se hallaba en un estado muy semejante al del agua en fuga con que Helen la comparaba. Quería ver a Terence; anhelaba verlo sin cesar cuando no estaba; era una agonía no verlo; agonías jalonaban su jornada a causa de él, pero nunca se preguntó de dónde brotaba esa fuerza que la atravesaba. No pensaba en consecuencias, igual que un árbol empujado sin tregua por el viento no considera la consecuencia de ser empujado por el viento.

Durante las dos o tres semanas transcurridas desde su paseo, se habían ido acumulando en el cajón media docena de notas de él. Las leía y pasaba toda la mañana en una bruma de felicidad; la tierra soleada al otro lado de la ventana era tan incapaz de analizar su propio color y su calor como ella de analizar los suyos. En esos estados de ánimo le resultaba imposible leer o tocar el piano; hasta moverse quedaba más allá de sus deseos. El tiempo pasaba sin que lo advirtiera. Cuando anochecía, las luces del hotel la atraían hacia la ventana. Una luz que se encendía y se apagaba era la de la habitación de Terence: allí estaba él, leyendo quizás, o en ese momento paseando de arriba abajo sacando un libro tras otro; y ahora volvía a estar sentado en su sillón, y ella intentaba imaginarse en qué pensaba. Las luces fijas marcaban las habitaciones donde Terence permanecía con personas que se movían a su alrededor. Todos los huéspedes del hotel tenían a su alrededor un peculiar halo de romance y de interés. No eran personas corrientes.

Atribuía sabiduría a Mrs. Elliot, belleza a Susan Warrington, una espléndida vitalidad a Evelyn M., porque Terence hablaba con ellas. Igualmente irreflexivos y omnipresentes eran los estados de ánimo de abatimiento. La mente era entonces como el paisaje de fuera cuando se oscurece bajo las nubes y es azotado cruelmente por el viento y el granizo. Y volvía a quedarse sentada en el sillón, pasiva, expuesta al dolor, y las palabras fantásticas o sombrías de Helen eran como dardos que la agujoneaban a clamar contra la dureza de la vida. Lo mejor eran los estados de ánimo en que, de nuevo sin razón, esa tensión del sentimiento aflojaba y la vida transcurría como siempre, solo que con una alegría y un colorido en sus sucesos que antes eran desconocidos; tenían una significación parecida a la que había visto en el árbol: las noches eran barras negras que la separaban de los días; le habría gustado fundir todos los días en una larga continuidad de sensación. Aunque estos estados de ánimo eran causados directa o indirectamente por la presencia de Terence o por el pensamiento de él, nunca se decía que estaba enamorada de él, ni consideraba qué ocurriría si seguía sintiendo tales cosas, de modo que la imagen de Helen del río que se deslizaba hacia la cascada guardaba gran semejanza con los hechos, y la inquietud que Helen sentía a veces estaba justificada.

En esa curiosa condición de sensaciones sin analizar, era incapaz de concebir un plan que pudiera tener algún efecto sobre su estado de ánimo. Se abandonaba a la merced de los accidentes, perdiendo a Terence un día, encontrándolo al siguiente, recibiendo sus cartas siempre con un sobresalto de sorpresa. Cualquier mujer con experiencia en el proceso del cortejo habría extraído de todo ello ciertas conclusiones que le habrían proporcionado al menos una teoría sobre la que apoyarse; pero nadie se había enamorado nunca de Rachel, ni ella se había enamorado de nadie. Además, ninguno de los libros que leía, desde *Cumbres Borrascosas* hasta *Hombre y superhombre* y las obras de Ibsen, sugería en su análisis del amor que lo que sentían sus heroínas fuera lo que ella sentía ahora. Le parecía que sus sensaciones carecían de nombre.

Se veía con Terence con frecuencia. Cuando no se veían, él solía mandarle una nota con un libro o a propósito de un libro, pues al final no había podido descuidar ese acceso a la intimidad. Pero a veces pasaban varios días sin que viniera ni escribiera. Y cuando se encontraban, el encuentro podía ser de una alegría estimulante o de una angustia atormentadora. Sobre todas

sus despedidas pesaba la sensación de interrupción, dejándolos a los dos insatisfechos, aunque sin saber que el otro compartía ese sentimiento.

Si Rachel ignoraba sus propios sentimientos, ignoraba aún más por completo los de él. Al principio se movía como un dios; a medida que lo fue conociendo mejor seguía siendo el centro de la luz, pero unía a esa belleza un maravilloso poder de hacerla audaz y segura de sí misma. Era consciente de emociones y capacidades que nunca había sospechado en sí misma, y de una profundidad en el mundo hasta entonces desconocida. Cuando pensaba en la relación entre ambos, veía más que razonaba, y representaba su idea de lo que sentía Terence mediante la imagen de él cruzando la habitación para ponerse a su lado. Ese trayecto por la habitación equivalía a una sensación física, pero lo que significaba, no lo sabía.

Así fue pasando el tiempo, con un aspecto sereno y luminoso en su superficie. Llegaban cartas de Inglaterra, llegaban cartas de Willoughby, y los días acumulaban sus pequeños sucesos que daban forma al año. Superficialmente, Ridley reparó tres odas de Píndaro, Helen avanzó unos cinco centímetros en el bordado y St. John terminó los dos primeros actos de una obra de teatro. Como él y Rachel eran ya muy buenos amigos, se los leyó en voz alta, y ella quedó tan genuinamente impresionada por la habilidad de sus ritmos y la variedad de sus adjetivos, así como por el hecho de que fuera amigo de Terence, que él empezó a preguntarse si no estaría destinado a la literatura más que al derecho. Era una época de reflexión profunda y de revelaciones repentinas para más de una pareja, y para varias personas solas.

Un domingo llegó que nadie en la villa, salvo Rachel y la doncella española, se propuso reconocer. Rachel seguía yendo a la iglesia porque nunca había tomado la molestia, según Helen, de pensar en ello. Como desde hacía un tiempo celebraban el oficio en el hotel, fue allí esperando obtener algún placer del trayecto por el jardín y a través del vestíbulo del hotel, aunque era muy dudoso que viera a Terence, o en todo caso tuviera oportunidad de hablar con él.

Como la gran mayoría de los huéspedes del hotel eran ingleses, había casi tanta diferencia entre el domingo y el miércoles como en Inglaterra, y el domingo aparecía allí como allá, el mudo fantasma negro o espíritu penitente del ajetreado día laborable. Los ingleses no podían palidecer el sol,

pero sí podían, de algún modo milagroso, ralentizar las horas, apagar los sucesos, alargar las comidas y hacer que hasta los criados y los botones lucieran un aire de aburrimiento y decoro. La ropa de domingo que todo el mundo se ponía contribuía al efecto general; parecía que ninguna dama pudiera sentarse sin doblar una enagua almidonada y limpia, ni ningún caballero respirar sin un crujido repentino de la pechera rígida de la camisa. Cuando las agujas del reloj se acercaban a las once de aquel domingo en particular, diversas personas tendieron a congregarse en el vestíbulo, apretando en las manos pequeños libros de tapas rojas. El reloj marcaba pocos minutos para la hora cuando una figura negra y corpulenta atravesó el vestíbulo con expresión preocupada, como si prefiriese no reconocer los saludos, aunque era consciente de ellos, y desapareció por el pasillo que partía de allí.

—Mr. Bax —susurró Mrs. Thornbury.

El pequeño grupo de personas comenzó entonces a moverse en la misma dirección que la figura negra y corpulenta. Mirados con cierta extrañeza por quienes no hacían ningún esfuerzo por unirse a ellos, avanzaron, con una excepción, despacio y con consciencia hacia las escaleras. Mrs. Flushing era la excepción. Bajó corriendo por la escalera, cruzó el vestíbulo a grandes zancadas, se unió a la procesión bastante sin aliento y preguntó a Mrs. Thornbury en un susurro agitado: —¿Dónde, dónde?

—Vamos todos —dijo Mrs. Thornbury con dulzura, y en seguida bajaron las escaleras de dos en dos. Rachel estaba entre las primeras en bajar. No vio que Terence y Hirst entraban en la retaguardia sin ningún volumen negro, sino con un delgado libro encuadernado en tela azul claro que St. John llevaba bajo el brazo.

La capilla era la antigua capilla de los monjes. Era un lugar profundo y fresco donde habían dicho misa durante cientos de años, y habían hecho penitencia a la luz fría de la luna, y venerado viejos cuadros oscuros y santos tallados que alzaban las manos en actitud de bendición en los huecos de las paredes. La transición del culto católico al protestante había sido salvada por un período de desuso, cuando no se celebraban oficios y el lugar servía para almacenar jarras de aceite, licor y tumbonas; al prosperar el hotel, algún organismo religioso se había hecho cargo del lugar, y estaba ahora equipado con varios bancos amarillos y vidriados, reclinatorios color bur-

deos; contaba con un pequeño púlpito y un águila de bronce que llevaba la Biblia sobre el lomo, mientras que la piedad de diversas mujeres había aportado feos cuadrados de alfombra y largas tiras de bordado profusamente trabajado con monogramas en oro.

Al entrar la congregación, los recibieron suaves y dulces acordes que emanaban de un armonio, donde Miss Willett, oculta a la vista por una cortina de fieltro verde, pulsaba acordes enérgicos con dedos indecisos. El sonido se expandía por la capilla como los círculos que se abren en el agua al caer una piedra. Las veinte o veinticinco personas que componían la congregación inclinaron primero la cabeza y luego se incorporaron y miraron a su alrededor. Reinaba gran quietud, y la luz allí abajo parecía más pálida que la de arriba. Se prescindió de los saludos y sonrisas habituales, pero se reconocieron unos a otros. El padrenuestro fue recitado sobre ellos. Al elevarse el combate infantil de las voces, la congregación, muchos de cuyos miembros no se habían visto más que en la escalera, se sintió unida de manera entrañable y bien dispuesta hacia los demás. Como si la plegaria fuera una antorcha aplicada a la yesca, parecía que una humareda ascendía automáticamente y llenaba el lugar con los fantasmas de innumerables oficios en innumerables mañanas de domingo en casa. Susan Warrington sentía en particular la más dulce sensación de hermandad, con el rostro cubierto entre las manos y viendo a través de las rendijas entre los dedos retazos de espaldas inclinadas. Sus emociones ascendían serena y uniformemente, aprobándose a sí misma y aprobando la vida al mismo tiempo. Todo era tan tranquilo y tan bueno. Pero habiendo creado esa atmósfera de paz, Mr. Bax giró la página de repente y leyó un salmo. Aunque lo leyó sin cambiar el tono de voz, el ambiente se rompió.

«Ten misericordia de mí, oh Dios —leyó—, porque el hombre me persigue para devorarme: cada día me ataca y me atormenta... Cada día tergiversan mis palabras: todo lo que imaginan es hacerme daño. Se unen todos y se esconden... Rómpeles los dientes, oh Dios, en su boca; quiebra las mandíbulas de los leones, oh Señor: derrítanse como el agua que se escapa; y cuando disparen sus saetas, sean aniquilados.»

Nada en la experiencia de Susan se correspondía con esto, y como no tenía amor por el lenguaje, hacía tiempo que había dejado de prestar atención a tales palabras, aunque las seguía con el mismo tipo de respeto maquinal con que escuchaba leer en voz alta muchos de los parlamentos de

Lear. La mente seguía serena y realmente ocupada en alabar su propia naturaleza y en alabar a Dios, es decir, el orden solemne y satisfactorio del mundo.

Pero bastaba una ojeada a sus rostros para ver que la mayoría de los demás, y los hombres en particular, sentían la incomodidad de la irrupción repentina de ese viejo salvaje. Adoptaron un aire más profano y crítico mientras escuchaban los delirios del viejo hombre negro con un paño en torno a los lomos que maldecía con gesto vehemente junto a una hoguera en el desierto. Después de eso se oyó el ruido general de páginas que se pasaban como si estuvieran en clase, y leyeron un pequeño fragmento del Antiguo Testamento sobre la excavación de un pozo, muy a la manera en que los escolares traducen un pasaje sencillo de la *Anábasis* cuando han cerrado la gramática francesa. Luego volvieron al Nuevo Testamento y a la figura triste y hermosa de Cristo. Mientras Cristo hablaba, hicieron un nuevo esfuerzo por ajustar su interpretación de la vida a las vidas que ellos mismos llevaban; pero como todos eran muy distintos entre sí —unos prácticos, otros ambiciosos, otros torpes, otros impetuosos y dados a la experimentación, algunos enamorados, y otros ya ajenos a todo sentimiento salvo al de comodidad—, hicieron cosas muy diversas con las palabras de Cristo.

Por sus caras parecía que la mayoría no hacía esfuerzo alguno, y que, como recostados, aceptaban las ideas que las palabras sugerían como representación de la bondad, del mismo modo, sin duda, en que una de aquellas laboriosas bordadoras había aceptado el brillante y feo dibujo de su tapete como representación de la belleza.

Fuera cual fuese la razón, por primera vez en su vida, en lugar de deslizarse de inmediato en alguna nube curiosa y agradable de emoción, demasiado familiar para merecer atención, Rachel escuchó con sentido crítico lo que se decía. Para cuando habían oscilado de manera irregular desde la oración al salmo, del salmo a la historia, de la historia a la poesía, y Mr. Bax enunciaba ya su texto, ella se hallaba en un estado de agudo malestar. Era el mismo malestar que sentía cuando la obligaban a escuchar una pieza musical insatisfactoria y mal interpretada. Exasperada y enfurecida por la torpe insensibilidad del director, que acentuaba los lugares equivocados, e irritada por el vasto rebaño del público que aplaudía y asentía mansamente sin saber ni importarle nada, así se sentía ella ahora exasperada y enfurecida; solo que aquí, con los ojos entornados y los labios fruncidos, la atmós-



fera de solemnidad forzada acrecentaba su cólera. A su alrededor había personas que fingían sentir lo que no sentían, mientras que en algún lugar por encima de ella flotaba la idea que ninguno de ellos era capaz de asir, que pretendían asir, siempre escapándose fuera de su alcance, una idea bella, una idea como una mariposa. Una tras otra se le aparecieron, vastas y duras y frías, las iglesias de todo el mundo donde ese torpe esfuerzo y ese malentendido se perpetuaban sin cesar, grandes edificios repletos de innumerables hombres y mujeres que no veían con claridad, que al fin renunciaban al esfuerzo de ver y recaían mansamente en la alabanza y el asentimiento, entornando los ojos y frunciendo los labios. El pensamiento producía el mismo tipo de malestar físico que causa una película de niebla interpuesta siempre entre los ojos y la página impresa. Hizo cuanto pudo por apartar ese velo y concebir algo que adorar mientras continuaba el oficio, pero fracasó, desviada siempre por la voz de Mr. Bax, que decía cosas que tergiversaban la idea, y por el murmullo de voces humanas inexpresivas y baladoras que caían en torno a ella como hojas húmedas. El esfuerzo era agotador y descorazonador. Dejó de escuchar y fijó los ojos en el rostro de una mujer próxima a ella, una enfermera de hospital, cuya expresión de devota atención parecía demostrar que recibía cuando menos alguna satisfacción. Pero al observarla con detenimiento llegó a la conclusión de que la enfermera se limitaba a asentir servilmente, y que aquella expresión de satisfacción no nacía de ninguna concepción espléndida de Dios en su interior. ¿Cómo iba a concebir, en efecto, nada muy alejado de su propia experiencia, una mujer con una cara tan vulgar como la suya, una carita redonda y rubicunda en la que los deberes triviales y los rencores triviales habían trazado sus líneas, cuyos débiles ojos azules miraban sin intensidad ni individualidad, cuyos rasgos eran borrosos, insensibles y embotados? Adoraba algo superficial y presuntuoso, y se aferraba a ello, como atestiguaba la boca obstinada, con la asiduidad de una lapa; nada la arrancaría de su recatada creencia en su propia virtud y en las virtudes de su religión. Era una lapa, con el lado sensible pegado a la roca, muerta para siempre al paso de las cosas frescas y hermosas. El rostro de esa solitaria feligresa quedó impreso en la mente de Rachel con una sensación de agudo horror, y de repente se le reveló lo que Helen y St. John querían decir cuando proclamaban su odio al cristianismo. Con la violencia que marcaba ya sus sentimientos, rechazó todo cuanto había creído de manera implícita.

Mientras tanto, Mr. Bax iba por la mitad de la segunda lectura. Rachel lo miró. Era un hombre de mundo con labios ágiles y maneras agradables, era en verdad un hombre de mucha bondad y sencillez, aunque en modo alguno inteligente; pero ella no estaba de humor para reconocerle a nadie tales cualidades, y lo examinó como si fuera un compendio de todos los vicios de su oficio.

Al fondo de la capilla, Mrs. Flushing, Hirst y Hewet estaban sentados en fila con un estado de ánimo muy distinto. Hewet miraba el techo con las piernas estiradas delante de él, pues como nunca había intentado que el oficio encajara con ningún sentimiento o idea propia, era capaz de disfrutar de la belleza del lenguaje sin trabas. Su mente se ocupaba primero de cosas accidentales, como el cabello de las mujeres que tenía delante, la luz sobre los rostros, luego de las palabras que le parecían magníficas, y después, de manera más vaga, del carácter de los demás feligreses. Pero cuando de pronto divisó a Rachel, todos esos pensamientos fueron expulsados de su cabeza y pensó únicamente en ella. Los salmos, las oraciones, la Letanía y el sermón se redujeron a un único sonido cantado que se detenía y luego se reanudaba, un poco más alto o un poco más bajo. Miraba alternativamente a Rachel y al techo, pero su expresión no la producía ya lo que veía, sino algo que le ocupaba la mente. Estaba casi tan dolorosamente perturbado por sus pensamientos como ella por los suyos.

Al comienzo del oficio, Mrs. Flushing había descubierto que había cogido una Biblia en lugar de un devocionario y, como estaba sentada junto a Hirst, echó una mirada furtiva por encima del hombro de él. Este leía con detenimiento en el delgado volumen de tapas azul pálido. Sin comprender qué era, ella se inclinó más, ante lo cual Hirst puso cortésmente el libro delante de ella, señalando el primer verso de un poema en griego y luego la traducción de la página de enfrente.

—¿Qué es esto? —susurró ella con curiosidad.

—Safo —respondió él—. La que hizo Swinburne: lo mejor que se ha escrito jamás.

Mrs. Flushing no pudo resistir semejante oportunidad. Se tragó la Oda a Afrodita durante la Letanía, conteniendo a duras penas las ganas de preguntar cuándo vivió Safo y qué más escribió que mereciera leerse, y logrando

incorporarse puntualmente al final con «el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén».

Mientras tanto, Hirst sacó un sobre y empezó a garabatear en el reverso. Cuando Mr. Bax subió al púlpito, cerró a Safo dejando el sobre entre las páginas a modo de marcador, se colocó los lentes y fijó la mirada con atención en el clérigo. De pie en el púlpito, parecía muy corpulento; la luz que entraba por los vidrios verdosos sin tinter hacía que su rostro pareciera liso y blanco como un huevo muy grande.

Pasó la vista por todos los rostros que lo miraban con mansedumbre desde abajo —aunque algunos de ellos eran rostros de hombres y mujeres con edad de ser sus abuelos— y enunció su texto con grave solemnidad. El argumento del sermón era que los visitantes a esa hermosa tierra, aunque estuvieran de vacaciones, tenían una obligación con los nativos. En verdad, no difería mucho de un artículo de fondo sobre temas de interés general en los semanarios. Divagaba con una especie de verbosidad amena de un asunto a otro, sugiriendo que todos los seres humanos son en el fondo muy parecidos, y lo ilustraba con la semejanza entre los juegos que practican los niños españoles y los que practican los niños en las calles de Londres; observaba que las cosas muy pequeñas influyen mucho en las personas, en especial en los nativos; de hecho, un queridísimo amigo de Mr. Bax le había dicho que el éxito de nuestro gobierno en la India, ese vasto país, dependía en gran medida del estricto código de cortesía que los ingleses adoptaban con los nativos, lo cual llevaba a la observación de que las cosas pequeñas no son necesariamente pequeñas, y que en cierto modo todo esto apuntaba a la virtud de la simpatía, que era una virtud más necesaria que nunca en los tiempos que corrían, cuando vivíamos en una época de experimento y convulsión —ahí estaban el aeroplano y el telégrafo sin hilos, y había otros problemas que apenas se le habían presentado a nuestros padres, pero que ningún hombre que se preciara de serlo podía dejar sin resolver. Aquí Mr. Bax adoptó un tono más decididamente clerical —si es que era posible—, parecía hablar con cierta inocente astucia al señalar que todo ello imponía un deber especial a los cristianos fervorosos. Lo que los hombres tendían a decir hoy era: «Ese fulano, un cura». Lo que queremos que digan es: «Es un buen tipo», es decir: «Es mi hermano». Los exhortó a mantenerse en contacto con los hombres del tipo moderno; debían simpatizar con sus múltiples intereses para no perder de vista que, cualesquiera que fueran los des-

cubrimientos que se hicieran, había uno que no podía ser superado, que era en efecto tan necesario para el más exitoso y más brillante de todos ellos como lo había sido para sus padres. El más humilde podía contribuir; las cosas menos importantes tenían su influencia (aquí su talante se volvió claramente sacerdotal y sus palabras parecían dirigidas a las mujeres, pues en efecto los feligreses de Mr. Bax estaban compuestos principalmente de mujeres, y él tenía por costumbre asignarles sus tareas en sus inocentes campañas clericales). Dejando atrás la instrucción más concreta, siguió adelante y su tema se ensanchó en una peroración para la cual tomó aire largo y se irguió del todo: «Como una gota de agua, desprendida, sola, separada de las demás, que cae de la nube y entra en el gran océano, *altera*, nos dicen los científicos, no solo el punto inmediato del océano donde cae, sino todas las miríadas de gotas que juntas componen el gran universo de las aguas, y por este medio altera la configuración del globo y la vida de millones de criaturas marinas, y al final la vida de los hombres y mujeres que buscan su sustento en las orillas — como todo esto está al alcance de una sola gota de agua, como las que cualquier aguacero envía por millones para perderse en la tierra, para perderse, decimos, pero bien sabemos que los frutos de la tierra no podrían florecer sin ellas —, así está a nuestro alcance, al alcance de cada uno de nosotros, un prodigio comparable a este: el que, dejando caer una pequeña palabra o un pequeño acto en el gran universo, *lo altera*; sí, es un pensamiento solemne, *lo altera*, para bien o para mal, no por un instante ni en un lugar próximo, sino a lo largo de toda la raza, y por toda la eternidad.» Dando media vuelta como para esquivar los aplausos, continuó con el mismo aliento, pero en un tono de voz distinto: «Y ahora a Dios Padre...»

Dio su bendición y entonces, mientras los acordes solemnes volvían a emanar del armonio detrás de la cortina, las distintas personas empezaron a arrastrarse y a moverse torpemente y con visible conciencia de sí mismas hacia la puerta. A mitad de la escalera, en el punto donde la luz y los sonidos del mundo de arriba chocaban con la penumbra y la melodía moribunda del himno de abajo, Rachel sintió que una mano se posaba sobre su hombro.

— Señorita Vinrace — susurró Mrs. Flushing con voz perentoria —, quédese a almorzar. Es un día tan lúgubre. Aquí ni siquiera ponen carne en el almuerzo. Por favor, quédese.

Salieron al vestíbulo, donde una vez más el pequeño grupo fue recibido con miradas curiosas y respetuosas por las personas que no habían ido a la iglesia, aunque su indumentaria dejaba claro que aprobaban el domingo hasta el borde mismo de ir a la iglesia. Rachel se sintió incapaz de aguantar más aquella atmósfera y estaba a punto de decir que debía volver, cuando Terence pasó por su lado, arrastrado en conversación con Evelyn M. Rachel se conformó entonces con decir que la gente tenía muy buena presencia, observación tan vaga que Mrs. Flushing la interpretó como un sí.

—¡Los ingleses en el extranjero! —exclamó esta con un destello vivísimo de malicia—. ¡Son espantosos! Pero no nos quedaremos aquí —añadió, tirando del brazo de Rachel—. Suba a mi cuarto.

La llevó a rastras más allá de Hewet y Evelyn y los Thornbury y los Elliot. Hewet dio un paso al frente.

—El almuerzo... —empezó.

—La señorita Vinrace ha prometido almorzar conmigo —dijo Mrs. Flushing, y se lanzó a subir la escalera con energía, como si la clase media inglesa la persiguiera. No se detuvo hasta haber cerrado de un portazo la puerta de su dormitorio.

—Bueno, ¿qué le ha parecido? —preguntó, sin aliento todavía.

Todo el asco y el horror que Rachel había ido acumulando estallaron más allá de todo control.

—¡Ha sido lo más repugnante que he visto en mi vida! —soltó—. ¿Cómo pueden...? ¿Cómo se atreven...? ¿Qué significa todo eso? Mr. Bax, las enfermeras, los viejos, las prostitutas, qué asco...

Enumeró los puntos que recordaba tan deprisa como pudo, pero estaba demasiado indignada para detenerse a analizar sus sentimientos. Mrs. Flushing la observaba con vivo regocijo mientras ella gesticulaba en medio de la habitación con movimientos enfáticos de cabeza y manos.

—Siga, siga, por favor siga —rió, dando palmadas—. ¡Es un placer oírla!

—Pero ¿por qué va usted? —preguntó Rachel.

—Llevo yendo todos los domingos de mi vida desde que tengo memoria —respondió Mrs. Flushing con una risita, como si eso fuera en sí mismo

una razón suficiente.

Rachel se volvió bruscamente hacia la ventana. No sabía qué la había puesto en semejante estado de exaltación; la visión de Terence en el vestíbulo le había enturbiado los pensamientos y no le dejaba sino la indignación. Miró directamente hacia la villa propia, a mitad de la ladera de la montaña. La vista más familiar, enmarcada por el cristal, adquiere cierta distinción desconocida, y al contemplarla se fue serenando. Entonces recordó que estaba en presencia de alguien a quien conocía poco, y se volvió a mirar a Mrs. Flushing. Mrs. Flushing seguía sentada en el borde de la cama, mirándola con los labios entreabiertos, de modo que sus fuertes dientes blancos asomaban en dos hileras.

—Dígame —dijo—, ¿cuál le gusta más, Mr. Hewet o Mr. Hirst?

—Mr. Hewet —respondió Rachel, aunque su voz no sonó natural.

—¿Cuál es el que lee en griego en la iglesia? —quiso saber Mrs. Flushing.

Podría haber sido cualquiera de los dos, y mientras Mrs. Flushing se ponía a describirlos a ambos y a decir que los dos le daban miedo, aunque el uno más que el otro, Rachel buscó una silla. La habitación era, como era de esperar, una de las más grandes y lujosas del hotel. Había muchos sillones y sofás tapizados en muselina marrón, pero cada uno de ellos estaba ocupado por un gran cuadrado de cartulina amarilla, y todos los cuadrados de cartulina estaban salpicados o rayados de manchas o trazos de pintura al óleo de colores vivos.

—Pero no debe mirar esas cosas —dijo Mrs. Flushing al ver que la mirada de Rachel se desviaba hacia ellas. Se levantó de un salto y dio la vuelta a todas las que pudo, dejándolas boca abajo en el suelo. Rachel, sin embargo, logró apoderarse de una, y con la vanidad propia de una artista, Mrs. Flushing preguntó ansiosa:

—¿Y bien, y bien?

—Es una colina —respondió Rachel. No cabía duda de que Mrs. Flushing había captado el empuje vigoroso y abrupto de la tierra lanzándose al aire; casi se podían ver los terrones salir volando al girar.

Rachel pasó de una a otra. Todas estaban marcadas por algo del brusco arranque y la decisión de quien las había hecho; todas eran acometidas completamente incultas del pincel sobre alguna idea a medio concretar sugerida por una colina o un árbol, y todas eran en cierto modo características de Mrs. Flushing.

— Yo veo las cosas moviéndose —explicó Mrs. Flushing—. Así —y describió un arco con la mano a través de un metro de aire. Luego cogió una de las cartulinas que Rachel había dejado aparte, se sentó en un taburete y empezó a trazar rayas con un trozo de carboncillo. Mientras ella se ocupaba en esas rayas que parecían servirle de lenguaje, Rachel, muy inquieta, miraba a su alrededor.

— Abra el armario —dijo Mrs. Flushing al cabo de un momento, hablando con dificultad por el pincel que tenía en la boca—, y mire lo que hay dentro.

Como Rachel vacilaba, Mrs. Flushing se acercó, todavía con el pincel en la boca, abrió de golpe las puertas del armario y arrojó sobre la cama una cantidad de chales, telas, capas y bordados. Rachel empezó a pasarlos entre los dedos. Mrs. Flushing volvió a acercarse y dejó caer sobre los tejidos una cantidad de cuentas, broches, pendientes, pulseras, borlas y peines. Luego regresó a su taburete y se puso a pintar en silencio. Las telas eran de colores, oscuras y claras; formaban un curioso hervidero de líneas y colores sobre la colcha, con los cantos rodados rojizos y las plumas de pavo real y los peines de carey transparente y pálido mezclados entre ellas.

— Las mujeres las llevaban hace cientos de años, y las siguen llevando —observó Mrs. Flushing—. Mi marido recorre la zona a caballo y las encuentra; no saben lo que valen, así que nos las venden baratas. Y nosotros se las venderemos a las señoras elegantes de Londres —rió entre dientes, como si la imagen de esas damas y su aspecto absurdo la divirtiera. Después de pintar unos minutos, dejó de pronto el pincel y fijó los ojos en Rachel.

— Le voy a decir lo que quiero hacer —dijo—. Quiero subir hasta allá y ver las cosas con mis propios ojos. Es una tontería quedarse aquí con un hatajo de solteritas como si estuviéramos en la costa de Inglaterra. Quiero subir por el río y ver a los nativos en sus campamentos. No es más que cuestión de diez días de acampada. Mi marido ya lo ha hecho. Uno dormiría bajo los árboles de noche y lo llevarían río abajo en barca de día, y si

viéramos algo bonito gritaríamos para que pararan. — Se levantó y empezó a clavar y desclavar un largo alfiler dorado en la cama una y otra vez, mientras observaba el efecto que su propuesta producía en Rachel.

— Habrá que organizar un grupo — siguió diciendo —. Diez personas podrían alquilar una lancha. Usted vendrá, y Mrs. Ambrose vendrá, ¿y vendrán Mr. Hirst y el otro caballero? ¿Dónde hay un lápiz?

Se fue entusiasmando y animando cada vez más a medida que desarrollaba el plan. Se sentó en el borde de la cama y anotó una lista de apellidos, que invariablemente escribía mal. Rachel estaba entusiasmada, pues la idea le resultaba incalculablemente deliciosa. Siempre había tenido un gran deseo de ver el río, y el nombre de Terence arrojaba un lustre sobre la perspectiva que la hacía parecer casi demasiado buena para ser verdad. Hizo cuanto pudo por ayudar a Mrs. Flushing sugiriendo nombres, ayudándola a escribirlos bien y contando los días de la semana con los dedos. Como Mrs. Flushing quería saber todo lo que Rachel pudiera contarle sobre el origen y las ocupaciones de cada persona que sugería, y añadía por su cuenta historias disparatadas sobre el temperamento y las costumbres de los artistas, y de personas del mismo apellido que solían ir a Chillingley en los viejos tiempos, aunque sin duda no eran las mismas, aunque también ellos eran hombres muy inteligentes interesados en la egiptología, el asunto llevó su tiempo.

Por último, Mrs. Flushing recurrió a su agenda para ayudarse, pues el método de contar fechas con los dedos resultaba poco fiable. Abrió y cerró todos los cajones de su escritorio y luego exclamó con furia: «¡Yarmouth! ¡Yarmouth! ¡Maldita mujer! ¡Siempre desaparece cuando se la necesita!»

En ese momento el gong del almuerzo empezó a trabajarse en su frenesí del mediodía. Mrs. Flushing llamó con el timbre enérgicamente. La puerta la abrió una doncella hermosa que se mantenía casi tan erguida como su señora.

— Yarmouth — dijo Mrs. Flushing —, busca mi agenda y mira adónde nos llevaría diez días a partir de ahora, y pregunta al conserje cuántos hombres harían falta para llevar a ocho personas río arriba durante una semana, y cuánto costaría, y ponlo en un papel y déjalo en mi tocador. Ahora... — señaló la puerta con un dedo soberano de modo que Rachel tuvo que tomar la delantera.



— Ah, y Yarmouth — llamó Mrs. Flushing por encima del hombro — . Recoge esas cosas y cuélgalas en su sitio, como buena chica, que si no, a Mr. Flushing le da un sofoco.

A todo lo cual Yarmouth se limitó a responder: «Sí, señora.»

Al entrar en el largo comedor resultaba evidente que el día seguía siendo domingo, aunque el ambiente empezaba a suavizarse un poco. La mesa de los Flushing estaba junto a la ventana lateral, de modo que Mrs. Flushing podía escrutar a cada persona que entraba, y su curiosidad parecía ser muy intensa.

— La vieja Mrs. Paley — susurró Mrs. Flushing cuando la silla de ruedas fue abriéndose paso lentamente por la puerta, con Arthur empujando por detrás — . Los Thornbury — anunció a continuación — . Qué mujer tan agradable — le dio un codazo a Rachel para que mirara a Miss Allan — . ¿Cómo se llama? La dama pintarrajeada que siempre llegaba tarde, entrando en el comedor con una sonrisa ensayada como si saliera a escena, bien podría haberse acobardado ante la mirada de Mrs. Flushing, que expresaba su hostilidad acerada hacia toda la tribu de damas pintarrajeadas. Después llegaron los dos jóvenes a quienes Mrs. Flushing llamaba colectivamente «los Hirst». Se sentaron enfrente, al otro lado del pasillo central.

Mr. Flushing trataba a su esposa con una mezcla de admiración e indulgencia, compensando con la suavidad y fluidez de su propia palabra la brusquedad de la de ella. Mientras ella disparaba y prorrumpía en exclamaciones, él fue trazándole a Rachel un esbozo de la historia del arte sudamericano. Atendía cada una de las exclamaciones de su mujer para volver acto seguido, con la mayor naturalidad, al hilo de su discurso. Sabía muy bien cómo hacer que un almuerzo transcurriera de forma agradable, sin resultar aburrido ni íntimo. Había llegado a la conclusión, así se lo dijo a Rachel, de que en las profundidades de aquella tierra dormían tesoros maravillosos; las cosas que Rachel había visto no eran más que bagatelas recogidas a lo largo de un único viaje breve. Pensaba que podría haber dioses gigantescos tallados en la roca viva de las laderas montañosas; y figuras colosales solitarias en mitad de vastas praderas verdes donde jamás hubiera pisado nadie que no fuera nativo. Antes del amanecer del arte europeo, creía él, los primitivos cazadores y sacerdotes habían levantado templos de pesadas losas de piedra, habían dado forma, en la roca oscura y los grandes cedros, a majes-

tuosas figuras de dioses y bestias, y a símbolos de las grandes fuerzas —el agua, el aire, el bosque— entre las que vivían. Quizá existieran ciudades prehistóricas, como las de Grecia o Asia, emplazadas en claros entre los árboles, repletas de obras de aquella raza primitiva. Nadie había estado allí; apenas se sabía nada. Así hablaba, desplegando las más pintorescas de sus teorías, y la atención de Rachel quedó prendida de él.

No vio que Hewet la miraba desde el otro lado del pasillo central, entre las figuras de los camareros que pasaban a toda prisa con los platos. Él estaba distraído, y Hirst lo encontraba, además, muy malhumorado e intratable. Habían tocado todos los temas de siempre: política y literatura, cotilleos y cristianismo. Habían discutido sobre el oficio religioso, que era tan hermoso como Safo, a juicio de Hewet; de modo que el paganismo de Hirst no era sino pura ostentación. ¿A qué ir a la iglesia, preguntaba, si solo era para leer a Safo? Hirst replicó que había escuchado cada palabra del sermón, cosa que podría demostrar si Hewet deseaba que se lo repitiera; y que iba a la iglesia para comprender la naturaleza de su Creador, lo cual había conseguido con toda nitidez esa mañana, gracias a Mr. Bax, quien le había inspirado los tres versos más sublimes de la literatura inglesa, una invocación a la Divinidad.

—Los escribí en el dorso del sobre de la última carta de mi tía —dijo, y lo sacó de entre las páginas de Safo.

—Vamos, a ver —dijo Hewet, levemente aplacado ante la perspectiva de una discusión literaria.

—Mi querido Hewet, ¿deseas que nos echen a los dos del hotel a empellones por una turba enardecida de Thornbury y Elliot? —preguntó Hirst—. Bastaría el más leve susurro para incriminarme de por vida. ¡Dios mío! —exclamó—, ¿de qué sirve intentar escribir cuando el mundo está poblado de semejantes imbéciles? En serio, Hewet, te aconsejo que abandones la literatura. ¿Para qué sirve? Ahí tienes a tu público.

Señaló con la cabeza las mesas donde una colección de lo más variopinta de europeos estaba ya entregada a comer, y en algunos casos a roer, las correosas aves extranjeras. Hewet miró, y el malhumor no hizo sino crecerle. Hirst miró también. Sus ojos se posaron en Rachel, y le hizo una inclinación.

—Creo que Rachel está enamorada de mí —observó cuando la mirada le volvió al plato—. Eso es lo malo de la amistad con las mujeres jóvenes: tienden a enamorarse de uno.

A eso Hewet no respondió en absoluto, y se quedó inmóvil de una manera singular. Hirst no pareció importarle no obtener respuesta, pues volvió a Mr. Bax, citando la peroración sobre la gota de agua; y cuando Hewet apenas replicó tampoco a esas observaciones, él se limitó a fruncir los labios, eligió un higo y recayó con toda placidez en sus propios pensamientos, de los que siempre tenía un suministro muy abundante. Al terminar el almuerzo se separaron, llevando sus tazas de café a distintos rincones del salón.

Desde su sillón bajo la palmera, Hewet vio a Rachel salir del comedor con los Flushing; los vio buscar sillas con la mirada y elegir tres en un rincón donde pudieran seguir hablando en privado. Mr. Flushing estaba ya en plena efusión de su discurso. Sacó una hoja de papel sobre la que iba haciendo dibujos mientras hablaba. Vio a Rachel inclinarse y mirar, señalando esto y aquello con el dedo. Con cierta crueldad, Hewet comparó en su fuero interno a Mr. Flushing, que iba extremadamente bien vestido para aquel clima caluroso y era más bien elaborado en sus maneras, con un comerciante muy persuasivo. Entre tanto, sentado y mirándolos, se vio enredado entre los Thornbury y Miss Allan, quienes, tras revolotear durante un par de minutos, se acomodaron en unas sillas a su alrededor con las tazas en la mano. Querían saber si él podía decirles algo sobre Mr. Bax. Mr. Thornbury, como de costumbre, permanecía sentado sin decir nada, mirando vagamente al frente, levantando de vez en cuando los quevedos como si fuera a ponerse-los, pero siempre recapacitando en el último momento y dejándolos caer de nuevo. Tras cierta discusión, las señoras disiparon toda duda: Mr. Bax no era hijo del señor William Bax. Se hizo un silencio. Luego Mrs. Thornbury observó que ella seguía teniendo la costumbre de decir Reina en lugar de Rey al cantar el Himno Nacional. Otro silencio. Entonces Miss Allan observó con aire reflexivo que asistir a la iglesia en el extranjero siempre le daba la sensación de haber estado en el funeral de un marinero.

Se produjo entonces un silencio muy prolongado que amenazaba con ser definitivo, cuando, por fortuna, un pájaro del tamaño aproximado de una urraca, pero de color azul metálico, apareció en el tramo de la terraza que se veía desde donde estaban sentados. Mrs. Thornbury fue llevada a pregun-

tarse si nos gustaría que todos nuestros grajos fueran azules. —¿Tú qué opinas, William? —preguntó, tocándole la rodilla a su marido.

—Si todos nuestros grajos fueran azules —dijo él—; se subió los quevedos; se los puso de hecho en la nariz—, no durarían mucho en Wiltshire —concluyó; se los volvió a bajar al costado. Las tres personas mayores contemplaron entonces el pájaro con aire meditabundo; el ave tuvo la amabilidad de quedarse en el centro del paisaje durante un tiempo considerable, eximiéndolos así de la necesidad de volver a hablar. Hewet empezaba a preguntarse si no podría cruzar hasta el rincón de los Flushing cuando Hirst apareció al fondo del salón, se deslizó hasta una silla junto a Rachel y comenzó a hablar con ella con todo el aspecto de la familiaridad. Hewet no pudo aguantarlo más. Se levantó, cogió el sombrero y salió disparado al exterior.

## CAPÍTULO XVIII

Todo cuanto veía le resultaba desagradable. Aborrecía el azul y el blanco, la intensidad y la definición rotunda, el zumbido y el calor del sur; el paisaje le parecía tan duro y romántico como un telón de cartón sobre un escenario, y la montaña no era sino un biombo de madera contra una lámina pintada de azul. Caminaba deprisa a pesar del sol.

Dos caminos salían de la ciudad por el lado oriental; uno se bifurcaba hacia la villa de los Ambrose, el otro se internaba en el campo y llegaba finalmente a un pueblo en la llanura, pero del segundo partían numerosas veredas, marcadas en la tierra cuando aún estaba húmeda, que cruzaban grandes campos secos hacia cortijos dispersos y las villas de ricos lugares. Hewet se apartó del camino y tomó una de aquellas veredas para escapar de la dureza y el calor de la carretera principal, cuyo polvo levantaban sin cesar, en pequeñas nubes, los carros y los desvencijados simones que transportaban grupos de campesinos de fiesta, o pavos que se hinchaban irregularmente como un fardo de globos bajo una red, o el somier de latón y las cajas de madera negra de algún matrimonio recién casado.

El ejercicio bastó, en efecto, para disipar las irritaciones superficiales de la mañana, pero él seguía sintiéndose desdichado. Parecía demostrado más allá de toda duda que Rachel era indiferente hacia él, pues apenas lo había mirado, y había conversado con Mr. Flushing con el mismo interés con que conversaba con él mismo. Para colmo, las odiosas palabras de Hirst le cruzaron la mente como un latigazo, y recordó que la había dejado hablando con Hirst. En ese momento estaba hablando con él, y podría ser verdad, como Hirst decía, que ella estuviese enamorada de él. Repasó todas las pruebas que sustentaban esa suposición: el repentino interés de Rachel por los escritos de Hirst, su modo de citar las opiniones de aquel con deferencia,

o con apenas media risa; incluso el apodo que le había puesto, «el Gran Hombre», podría tener algún significado serio. Suponiendo que entre ellos hubiera algún entendimiento, ¿qué significaría eso para él?

—¡Maldita sea! —se preguntó—. ¿Estoy enamorado de ella?

A eso solo podía darse una respuesta. Estaba enamorado de ella, sin ninguna duda, si es que sabía lo que era el amor. Desde la primera vez que la vio había sentido interés y atracción, cada vez más interés y más atracción, hasta el punto de no poder pensar en casi nada que no fuera Rachel. Pero justo cuando se deslizaba hacia uno de aquellos prolongados festines de meditación sobre los dos, se detuvo preguntándose si quería casarse con ella. Ese era el verdadero problema, porque aquellas miserias y aquellas angustias no podían soportarse, y era necesario que tomara una decisión. Al instante resolvió que no quería casarse con nadie. En parte porque estaba irritado con Rachel, la idea del matrimonio le irritaba. Evocó de inmediato la imagen de dos personas sentadas solas junto al fuego; el hombre leía, la mujer cosía. Había una segunda imagen: veía a un hombre levantarse de un salto, dar las buenas noches, abandonar la compañía y alejarse a toda prisa con la expresión tranquila y secreta de quien se escapa hacia una felicidad segura. Ambas imágenes eran muy desagradables, y aún más desagradable era una tercera, la del marido, la esposa y el amigo; y los casados se miraban el uno al otro como si estuvieran satisfechos de dejar pasar algo sin cuestionarlo, siendo ellos mismos poseedores de una verdad más profunda. Otras imágenes —caminaba muy deprisa en su irritación, y se le presentaban sin ningún esfuerzo consciente, como imágenes proyectadas en una pantalla— fueron sucediéndose. Allí estaba el matrimonio gastado sentado con sus hijos alrededor, muy paciente, tolerante y prudente. Pero esa también era una imagen desagradable. Probó con todo tipo de imágenes, tomadas de la vida de amigos suyos, pues conocía muchas parejas casadas diferentes; pero siempre los veía encerrados en un cuarto cálido iluminado por el fuego. En cambio, cuando pensaba en personas solteras, las veía activas en un mundo sin límites; sobre todo, de pie en el mismo terreno que los demás, sin refugio ni ventaja. Los más individuales y más humanos de sus amigos eran solteros y solteras; de hecho, le sorprendió comprobar que las mujeres que más admiraba y mejor conocía eran mujeres solteras. El matrimonio parecía ser peor para ellas que para los hombres. Dejando atrás esas imágenes generales, consideró a las personas que había observado última-

mente en el hotel. Con frecuencia había revuelto esas preguntas en su cabeza mientras miraba a Susan y Arthur, o a Mr. y Mrs. Thornbury, o a Mr. y Mrs. Elliot. Había observado cómo la tímida felicidad y el asombro de la pareja prometida habían ido siendo reemplazados paulatinamente por una actitud de cómoda tolerancia, como si ya hubieran concluido la aventura de la intimidad y estuvieran asumiendo sus papeles. Susan solía perseguir a Arthur con un jersey, porque un día él se le había escapado que un hermano suyo había muerto de pulmonía. El espectáculo le divertía, pero no era agradable si sustituía a Terence y Rachel por Arthur y Susan; y Arthur tenía muchas menos ganas de arrinconarte para hablar de vuelo y de mecánica aeronáutica. Acabarían por asentarse. Luego consideró a las parejas que llevaban varios años casadas. Era cierto que Mrs. Thornbury tenía marido, y que en su mayor parte era admirablemente hábil para incorporarlo a la conversación, pero resultaba imposible imaginar qué se decían cuando estaban solos. La misma dificultad se presentaba con los Elliot, salvo que probablemente se disputaban abiertamente en privado. A veces reñían en público, aunque esos desacuerdos quedaban dolorosamente encubiertos por pequeñas insinceridades de la esposa, que temía la opinión ajena porque era bastante más torpe que su marido y tenía que esforzarse para retenerlo. No había duda, decidió, de que el mundo habría salido ganando si esas parejas se hubieran separado. Incluso los Ambrose, a quienes admiraba y respetaba profundamente —con todo el amor que había entre ellos, ¿no era también su matrimonio un compromiso? Ella cedía ante él; lo mimaba; le organizaba las cosas; ella, que era toda sinceridad con los demás, no era sincera con su marido, no era sincera con sus amigos si estos entraban en conflicto con su marido. Era un defecto extraño y lastimoso en su carácter. Quizá Rachel había tenido razón, pues, cuando dijo aquella noche en el jardín: «Lo peor de cada uno sale a relucir con el otro; deberíamos vivir separados.»

¡No, Rachel había estado completamente equivocada! Cada argumento parecía ir en contra de asumir la carga del matrimonio, hasta que llegaba al argumento de Rachel, que era manifiestamente absurdo. De perseguido, se convirtió en perseguidor. Dejando de lado los argumentos contra el matrimonio, empezó a considerar las peculiaridades de carácter que la habían llevado a decir aquello. ¿Lo habría dicho en serio? Sin duda habría que conocer el carácter de la persona con la que tal vez uno pasara toda la vida; siendo novelista, que intentara descubrir qué clase de persona era ella. Cuando estaba con ella no podía analizar sus cualidades, porque parecía conocerlas

instintivamente, pero cuando estaba lejos de ella le parecía a veces que no la conocía en absoluto. Era joven, pero también madura; tenía poca confianza en sí misma, y sin embargo tenía buen ojo para las personas. Era feliz; pero ¿qué la hacía feliz? Si estuvieran solos y la emoción se hubiera disipado, y tuvieran que enfrentarse a los hechos cotidianos del día, ¿qué ocurriría? Al examinar su propio carácter, dos cosas le resultaron evidentes: que era muy impuntual y que le disgustaba contestar cartas. Por lo que sabía, Rachel tendía a ser puntual, pero no recordaba haberla visto jamás con una pluma en la mano. Que imaginara a continuación una cena, pongamos en casa de los Croom, con Wilson, que la habría llevado a la mesa, hablándole del estado del Partido Liberal. Ella diría... claro que era absolutamente ignorante en política. No obstante, era inteligente sin duda, y honesta también. Su carácter era voluble —eso lo había observado—, y no era hogareña, ni fácil de trato, ni serena, ni hermosa, salvo con ciertos vestidos y con cierta luz. Pero el gran don que tenía era que entendía lo que se le decía; nunca había habido nadie como ella para conversar. Uno podía decirle cualquier cosa —uno podía decírselo todo—, y sin embargo ella nunca era servil. En ese punto se detuvo, porque le parecía de repente que la conocía menos que a nadie. Todos esos pensamientos se le habían presentado ya muchas veces; con frecuencia había intentado razonar y argumentar; y de nuevo había llegado al viejo estado de duda. No la conocía, y no sabía lo que ella sentía, ni si podrían vivir juntos, ni si quería casarse con ella, y sin embargo estaba enamorado de ella.

Suponiendo que fuera a verla y le dijera (aflojó el paso y empezó a hablar en voz alta, como si le hablara a Rachel):

—Te adoro, pero detesto el matrimonio, odio su satisfacción consigo mismo, su seguridad, su compromiso, y la idea de que tú interfirieras en mi trabajo, que me estorbaras; ¿qué responderías?

Se detuvo, se apoyó en el tronco de un árbol y contempló sin verlas unas piedras dispersas en la orilla del cauce seco del río. Vio el rostro de Rachel con nitidez: los ojos grises, el cabello, la boca; ese rostro que podía expresar tantas cosas —anodino, vacío, casi insignificante, o arrebatado, apasionado, casi hermoso—, pero que a sus ojos era siempre el mismo por la extraordinaria libertad con que lo miraba y hablaba tal como sentía. ¿Qué respondería ella? ¿Qué sentía? ¿Lo amaba, o no sentía nada por él ni por ningún



otro hombre, siendo, como ella había dicho esa tarde, libre como el viento o el mar?

—¡Oh, eres libre! —exclamó, con júbilo al pensar en ella—. ¡Y yo te mantendría libre. Seríamos libres juntos. Lo compartiríamos todo. No habría felicidad comparable a la nuestra. Ninguna vida podría compararse con la nuestra.

Abrió los brazos de par en par como para abarcar a ella y al mundo en un solo abrazo.

Incapaz ya de reflexionar sobre el matrimonio, o de sopesar serenamente cómo era el carácter de ella, o cómo sería si vivieran juntos, se dejó caer al suelo y se sentó absorto en el pensamiento de ella, atormentado bien pronto por el deseo de hallarse de nuevo en su presencia.

## CAPÍTULO XIX

Pero Hewet no tenía por qué acrecentar sus tormentos imaginando que Hirst seguía hablando con Rachel. El grupo se dispersó muy pronto: los Flushing fueron en una dirección, Hirst en otra, y Rachel se quedó en el vestíbulo revolviendo las revistas ilustradas, pasando de una a otra, con los movimientos que expresaban el deseo informe e inquieto que la agitaba por dentro. No sabía si marcharse o quedarse, aunque Mrs. Flushing le había ordenado que se presentara a la hora del té. El vestíbulo estaba vacío, salvo por Miss Willett, que repasaba escalas con los dedos sobre una hoja de música sacra, y por los Carter, una pareja opulenta que sentía antipatía por la chica porque llevaba los cordones desatados y no tenía el aire suficientemente alegre, lo que mediante algún proceso indirecto de pensamiento les llevaba a concluir que ella tampoco los encontraría simpáticos. Sin duda Rachel no los habría encontrado simpáticos, de haberles prestado atención, por la sencilla razón de que Mr. Carter se enceraba el bigote y Mrs. Carter llevaba pulseras, y era evidente que eran el tipo de personas a quienes ella no les caería bien; pero estaba demasiado absorta en su propia inquietud para pensar o mirar a nadie.

Estaba pasando las páginas resbaladizas de una revista norteamericana cuando la puerta del vestíbulo se abrió de golpe, una cuña de luz se proyectó sobre el suelo, y una pequeña figura blanca sobre la que la luz parecía concentrarse cruzó la sala en línea recta hacia ella.

—¡Cómo! ¿Estás tú aquí? —exclamó Evelyn—. En el almuerzo solo te vislumbré; pero no te dignabas mirarme a *mí*.

Era parte del carácter de Evelyn que, pese a los muchos desaires que recibía o imaginaba recibir, nunca desistía de buscar a las personas que

quería conocer, y a la larga generalmente conseguía conocerlas e incluso hacer que le tomaran afecto.

Echó una mirada alrededor. —Odio este lugar. Odio a esta gente —dijo—. Ojalá subieras a mi cuarto conmigo. Tengo muchas ganas de hablar contigo.

Como Rachel no tenía ganas ni de quedarse ni de marcharse, Evelyn la tomó de la muñeca y tiró de ella hasta sacarla del vestíbulo y subir la escalera. Mientras subían de dos en dos los escalones, Evelyn, que seguía sujetando la mano de Rachel, soltaba frases entrecortadas sobre que le importaba un bledo lo que dijera la gente. «¿Por qué iba a importarle a una, si sabe que tiene razón? ¡Y que se vayan todos al cuerno! ¡Esas son mis opiniones!»

Estaba muy excitada y los músculos del brazo le temblaban nerviosamente. Era evidente que solo esperaba a que se cerrara la puerta para contárselo todo a Rachel. En efecto, en cuanto estuvieron dentro del cuarto, Evelyn se sentó en el borde de la cama y dijo:

—Supongo que pensarás que estoy loca.

Rachel no estaba de humor para pensar con claridad sobre el estado de ánimo de nadie. Sí estaba, en cambio, de humor para decir lo primero que se le pasara por la cabeza sin temer las consecuencias.

—Alguien te ha pedido que te cases con él —observó.

—¿Cómo demonios lo has adivinado? —exclamó Evelyn, con una mezcla de placer y sorpresa—. ¿Tengo tan pinta de haber recibido una proposición?

—Tienes pinta de recibirlas a diario —respondió Rachel.

—Aunque no creo que hayas tenido más que yo —rio Evelyn con cierta insinceridad.

—Yo no he tenido ninguna.

—Pero las tendrás... muchas... es lo más fácil del mundo... Pero eso no es exactamente lo que ha pasado esta tarde. Es que... ¡Ay, es un lío, un lío detestable, horrible, repugnante!

Se acercó al lavabo y empezó a pasarse una esponja húmeda con agua fría por las mejillas, que le ardían. Con la esponja todavía en la cara y temblando levemente, se volvió y explicó con la voz en falsete propia de la excitación nerviosa: «Alfred Perrott dice que le he prometido casarme con él, y yo digo que no es verdad. Sinclair dice que se pegará un tiro si no me caso con él, y yo le digo: "Pues pégátelo". Claro que no lo hace: nunca lo hacen. Y Sinclair me agarró esta tarde y empezó a importunarme para que le diera una respuesta, acusándome de coquetear con Alfred Perrott, y me dijo que no tenía corazón y que no era más que una Sirena, y muchas otras cosas agradables por el estilo. Así que por fin le dije: "Sinclair, ya has dicho bastante. Suéltame de una vez". Y entonces me agarró y me besó, el bruto asqueroso... todavía siento su cara horrible y peluda justo aquí... ¡como si tuviera algún derecho, después de lo que me había dicho!»

Frotó con energía un punto de la mejilla izquierda.

— ¡No he conocido a ningún hombre que valga lo que vale una mujer! — exclamó—. No tienen dignidad, no tienen valor, no tienen más que sus miserables pasiones y su fuerza bruta. ¿Habría actuado así alguna mujer, si un hombre le hubiera dicho que no la quería? Nosotras tenemos demasiado amor propio; somos infinitamente superiores a ellos.

Paseó por la habitación dándose toquécitos en las mejillas mojadas con una toalla. Las lágrimas corrían ahora mezcladas con las gotas de agua fría.

— Me da rabia — explicó, secándose los ojos.

Rachel permaneció sentada, mirándola. No pensaba en la situación de Evelyn; pensaba únicamente en que el mundo estaba lleno de personas atormentadas.

— Solo hay un hombre aquí que me guste de verdad — continuó Evelyn —: Terence Hewet. Uno siente que puede fiarse de él.

Al oír esas palabras, Rachel sintió un escalofrío indescriptible; le pareció que unas manos frías le apretaban el corazón.

— ¿Por qué? — preguntó—. ¿Por qué puedes fiarte de él?

— No lo sé — dijo Evelyn—. ¿No tienes tú intuiciones sobre la gente? ¿Intuiciones de las que estás absolutamente convencida de que son acertadas? Una noche tuve una larga charla con Terence. Después sentí que

éramos amigos de verdad. Tiene algo de mujer... — Se detuvo como si estuviera pensando en cosas muy íntimas que Terence le había confiado: eso, al menos, fue lo que Rachel interpretó en su mirada.

Intentó obligarse a preguntar: «¿Te ha pedido que te cases con él?», pero la pregunta era demasiado grande, y al momento siguiente Evelyn estaba diciendo que los hombres más nobles se parecían a las mujeres, y que las mujeres eran más nobles que los hombres; por ejemplo, era imposible imaginarse a una mujer como Lillah Harrison teniendo un pensamiento mezquino o algo ruin en ella.

— ¡Cómo me gustaría que la conocieras! — exclamó.

Iba calmándose poco a poco y tenía ya las mejillas completamente secas. Los ojos habían recobrado su expresión habitual de vivacidad intensa, y parecía haber olvidado a Alfred y a Sinclair y toda su agitación anterior. «Lillah lleva un hogar para mujeres alcohólicas en Deptford Road — continuó—. Lo fundó ella, lo dirige, lo hizo todo por su cuenta, y ahora es el mayor de su clase en Inglaterra. No puedes imaginarte cómo son esas mujeres... y sus hogares. Pero ella va a verlas a cualquier hora del día y de la noche. Yo la he acompañado muchas veces... Eso es lo que nos pasa a nosotras... Que no *hacemos* nada. ¿Qué haces tú?» — preguntó, mirando a Rachel con una sonrisa levemente irónica. Rachel apenas había escuchado nada de todo eso y su expresión era vacua y triste. Sentía igual antipatía por Lillah Harrison y su labor en Deptford Road que por Evelyn M. y su derroche de aventuras amorosas.

— Toco — dijo con un afectado aplomo.

— ¡Eso es! — rio Evelyn—. Ninguna de nosotras hace más que jugar. Y por eso mujeres como Lillah Harrison, que vale veinte veces más que tú y que yo, tienen que trabajar hasta dejar los huesos. Pero yo estoy harta de jugar — continuó, tumbándose en la cama y elevando los brazos por encima de la cabeza. Así tendida parecía más menuda que nunca.

— Voy a hacer algo. Se me ha ocurrido una idea estupenda. Mira, tienes que unirte. Estoy segura de que tienes mucha madera, aunque pareces... bueno, como si hubieras vivido toda tu vida en un jardín. — Se incorporó y empezó a explicarse con animación—. Pertenezco a un club en Londres. Se reúne todos los sábados, así que se llama el Club de los Sábados. Se supone

que hablamos de arte, pero estoy harta de hablar de arte; ¿de qué sirve, con todo tipo de cosas reales pasando alrededor? Además, tampoco es que tengan nada que decir sobre el arte. Así que lo que voy a decirles es que hemos hablado bastante de arte y que más vale que hablemos de la vida por variar. Cuestiones que de verdad importan en la vida de la gente: la trata de blancas, el sufragio femenino, la ley del seguro, etcétera. Y cuando hayamos decidido qué queremos hacer, podríamos organizarnos en una sociedad para hacerlo... Estoy convencida de que si personas como nosotras tomáramos las cosas en nuestras manos, en vez de dejárselas a policías y magistrados, podríamos acabar con la prostitución —bajó la voz al pronunciar la palabra fea— en seis meses. Mi idea es que hombres y mujeres deberían unirse en estas cuestiones. Deberíamos salir a Piccadilly y parar a una de esas pobres desgraciadas y decirle: "Mira, yo no soy mejor que tú y no pretendo serlo, pero estás haciendo algo que sabes que es una porquería, y no voy a consentir que hagas porquerías, porque en el fondo todas somos iguales, y si haces una porquería a mí también me importa". Eso es lo que decía Mr. Bax esta mañana, y es verdad, aunque la gente lista —tú también eres lista, ¿verdad? — no se lo crea.

Cuando Evelyn se ponía a hablar —era un hecho que a ella misma le pesaba—, los pensamientos le venían tan deprisa que nunca tenía tiempo de escuchar los pensamientos ajenos. Continuó sin más pausa que la necesaria para tomar aliento.

—No veo por qué la gente del Club de los Sábados no podría hacer una labor realmente importante de esa manera —prosiguió—. Claro que haría falta organización, alguien que le dedicara su vida, pero yo estoy dispuesta a hacerlo. Mi idea es pensar primero en los seres humanos y dejar que las ideas abstractas se cuiden solas. Lo que le falla a Lillah, si es que le falla algo, es que piensa primero en la Templanza y en las mujeres después. En cambio, hay una cosa que puedo decir en mi favor —continuó—: no soy intelectual ni artística ni nada de eso, pero soy muy humana. —Se bajó de la cama y se sentó en el suelo mirando a Rachel. La escrutó como si intentara adivinar qué clase de carácter se ocultaba tras aquel rostro. Le puso la mano en la rodilla.

—Lo que importa *es* ser humana, ¿verdad? —continuó—. Ser real, diga lo que diga Mr. Hirst. ¿Eres tú real?

Rachel sintió algo parecido a lo que había sentido Terence: que Evelyn estaba demasiado cerca de ella, y que aquella cercanía tenía algo excitante, aunque también resultaba incómoda. Se le ahorró la necesidad de encontrar una respuesta a la pregunta, porque Evelyn prosiguió: «¿*Crees* tú en algo?»

Para poner fin al escrutinio de aquellos ojos azules y brillantes, y para aliviar su propia inquietud física, Rachel apartó la silla hacia atrás y exclamó: «¡En todo!», y empezó a tocar distintos objetos: los libros de la mesa, las fotografías, la planta de hojas recientes con sus tiesas cerdas, que estaba en un gran tiesto de barro en la ventana.

—Creo en la cama, en las fotografías, en el tiesto, en el balcón, en el sol, en Mrs. Flushing —dijo, hablando todavía a la ligera, con algo en el fondo de la mente que la empujaba a decir las cosas que normalmente no se dicen—. Pero no creo en Dios, no creo en Mr. Bax, no creo en la enfermera del hospital. No creo... —Tomó una fotografía y, mirándola, dejó la frase a medias.

—Es mi madre —dijo Evelyn, que seguía sentada en el suelo con las rodillas abrazadas por los brazos, mirando a Rachel con curiosidad.

Rachel contempló el retrato. «Bueno, tampoco creo mucho en ella», observó al cabo de un momento en voz baja.

Mrs. Murgatroyd tenía, en efecto, el aspecto de alguien a quien la vida le ha sido aplastada; estaba arrodillada en una silla, mirando con expresión de súplica desde detrás del cuerpo de un perro de Pomerania que apretaba contra la mejilla como buscando protección.

—Y este es mi padre —dijo Evelyn, pues había dos fotografías en el mismo marco. La segunda representaba a un apuesto militar de rasgos regulares y pronunciados y un espeso bigote negro; la mano descansaba en la empuñadura del sable; había un parecido evidente entre él y Evelyn.

—Y es por culpa de ellos —dijo Evelyn— por lo que voy a ayudar a las otras mujeres. Supongo que habrás oído hablar de mí. No estaban casados, ¿ves?; yo no soy hija de nadie en particular. No me avergüenza lo más mínimo. Se quisieron, de todas formas, y eso ya es más de lo que la mayoría de la gente puede decir de sus padres.

Rachel se sentó en la cama con las dos fotografías en las manos y las comparó: el hombre y la mujer que, según decía Evelyn, se habían querido.

Aquel hecho le interesaba más que la campaña en favor de las mujeres desafortunadas que Evelyn había vuelto a describir. Las miró de nuevo, de una a la otra.

—¿Cómo crees tú que es —preguntó, cuando Evelyn hizo una pausa de un momento— estar enamorada?

—¿No has estado nunca enamorada? —preguntó Evelyn—. Ah, no... basta mirarte para verlo —añadió. Se quedó pensativa—. Yo sí estuve enamorada de verdad una vez —dijo. Se hundió en la reflexión; los ojos perdieron su vivacidad intensa y se aproximaron a algo parecido a una expresión de ternura—. ¡Fue maravilloso! Mientras duró. Lo malo es que no dura, no a mí. Eso es lo que fastidia.

Pasó a reflexionar sobre la dificultad con Alfred y Sinclair, sobre la que había fingido pedir consejo a Rachel. Pero no quería consejo; quería intimidad. Cuando miraba a Rachel, que seguía mirando las fotografías sobre la cama, no podía dejar de ver que Rachel no pensaba en ella. ¿En qué pensaba, entonces? Evelyn estaba atormentada por esa chispa de vida que llevaba dentro, que siempre intentaba abrirse camino hacia los demás y siempre encontraba rechazo. Callada, se puso a observar a su visita: los zapatos, las medias, los peines en el pelo, todos los detalles de su indumentaria en suma, como si captando cada detalle pudiera acercarse más a la vida que latía dentro.

Rachel dejó por fin las fotografías, fue hasta la ventana y observó: «Qué curioso. La gente habla tanto del amor como de la religión».

—Ojalá te sentaras y hablaras —dijo Evelyn con impaciencia.

En vez de eso, Rachel abrió la ventana, que constaba de dos hojas largas, y se asomó al jardín de abajo.

—Ahí fue donde nos perdimos la primera noche —dijo—. Tuvo que ser entre esos arbustos.

—Allí abajo matan gallinas —dijo Evelyn—. Les cortan la cabeza con un cuchillo. ¡Qué asco! Pero dime, ¿qué...?

—Me gustaría explorar el hotel —la interrumpió Rachel. Metió la cabeza y miró a Evelyn, que seguía sentada en el suelo.

—Es como cualquier otro hotel —dijo Evelyn.



Puede que fuera así, aunque cada habitación, cada pasillo, cada silla del lugar tenía para los ojos de Rachel un carácter propio; pero no era capaz de quedarse quieta en un sitio ni un momento más. Se fue moviendo despacio hacia la puerta.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo Evelyn—. Me haces sentir como si estuvieras pensando siempre en algo que no dices... ¡Dilo de una vez!

Pero Rachel tampoco respondió a esta invitación. Se detuvo con la mano en el pomo de la puerta, como si recordara que de ella se esperaba alguna especie de declaración.

—Supongo que te casarás con uno de ellos —dijo, y acto seguido giró el pomo y cerró la puerta tras de sí. Bajó despacio por el pasillo, deslizando la mano a lo largo de la pared. No pensaba adónde iba, y así tomó un pasillo que no llevaba más que a una ventana y un balcón. Miró abajo hacia los servicios de cocina, el lado feo de la vida del hotel, que quedaba separado del lado presentable por un laberinto de arbustos pequeños. El suelo estaba pelado, había viejos cubos de hojalata esparcidos aquí y allá, y los arbustos lucían en la cabeza toallas y delantales puestos a secar. De vez en cuando salía un camarero de blanco con un delantal y arrojaba basura en un montón. Dos mujeres corpulentas con vestidos de percal estaban sentadas en un banco con bandejas de hojalata manchadas de sangre delante y cuerpos amarillentos a través de las rodillas. Desplumaban las aves y charlaban mientras lo hacían. De repente, una gallina llegó aleteando, mitad volando, mitad corriendo, al espacio abierto, perseguida por una tercera mujer cuya edad difícilmente podía ser inferior a los ochenta años. Aunque enjuta y con las piernas inseguras, mantenía la persecución, animada por las risas de las otras; en el rostro se le leía una expresión de furia salvaje, y mientras corría blasfemaba en español. Espantada por un manotazo aquí, un trapo allá, el ave corría en ángulos bruscos de un lado a otro, hasta que por fin voló derecha hacia la anciana, que abrió sus escasas faldas grises para atraparla, se dejó caer sobre ella en un bulto, y a continuación, sosteniéndola, le cortó la cabeza con una expresión de energía vindicativa y triunfo a la vez. La sangre y el feo revoloteo del cuerpo hipnotizaron a Rachel de tal manera que, aunque notó que alguien se había acercado por detrás y estaba a su lado, no se volvió hasta que la anciana se hubo instalado en el banco junto a las otras. Entonces levantó la vista bruscamente, a causa de la fealdad de lo que había visto. Era Miss Allan quien estaba junto a ella.

—No es una estampa agradable —dijo Miss Allan—, aunque supongo que en realidad es más humano que nuestro método... No creo que hayas estado nunca en mi cuarto —añadió, y se dio la vuelta como dando a entender que Rachel debía seguirla. Rachel la siguió, pues le parecía posible que cada persona nueva pudiera despejar el misterio que la abrumaba.

Los dormitorios del hotel seguían todos el mismo patrón, salvo que unos eran más grandes y otros más pequeños; tenían suelo de baldosas de color rojo oscuro; tenían una cama alta, velada por mosquiteras; tenían cada uno un escritorio y un tocador, y un par de sillones. Pero en cuanto se desempacaba una maleta los cuartos se volvían muy distintos, de modo que el cuarto de Miss Allan no se parecía en nada al de Evelyn. No había en su tocador pasadores de colores variados; ni frascos de perfume; ni tijeras estrechas y curvas; ni gran variedad de zapatos y botas; ni enaguas de seda sobre las sillas. La habitación era de una pulcritud extrema. Todo parecía estar por pares. El escritorio, en cambio, estaba cubierto de manuscritos, y habían sacado una mesita junto al sillón, sobre la que descansaban dos montones separados de libros oscuros de biblioteca, con muchas tiras de papel asomando por distintos grosores. Miss Allan había invitado a Rachel a pasar por bondad, pensando que andaba por ahí sin saber qué hacer. Además, le gustaban las mujeres jóvenes, pues había enseñado a muchas, y agradecida por la hospitalidad que tanto le había dispensado la familia Ambrose, se alegraba de poder corresponder aunque fuera en una mínima parte. Buscó con la mirada algo que mostrarle. La habitación no ofrecía mucho entretenimiento. Tocó su manuscrito. «La época de Chaucer; la época de Isabel; la época de Dryden —reflexionó—; me alegra que no haya muchas más épocas. Todavía estoy en mitad del siglo XVIII. Siéntese, señorita Vinrace. La silla, aunque pequeña, es sólida... *Eufues*. El germen de la novela inglesa —continuó, echando una ojeada a otra página—. ¿Es ese el tipo de cosa que le interesa?»

Miró a Rachel con gran bondad y sencillez, como si estuviera dispuesta a hacer cuanto estuviera en su mano para procurarle lo que deseara. Esa expresión tenía un encanto notable en un rostro por lo demás muy surcado de preocupaciones y pensamientos.

—Ah, no, usted es la de la música, ¿verdad? —continuó, recordando—, y por lo general he comprobado que las dos cosas no van juntas. A veces, claro, tenemos genios... —Buscaba algo con la vista y ahora reparó en un

tarro sobre la repisa de la chimenea, que descolgó y entregó a Rachel — . Si mete el dedo en este tarro quizá pueda sacar un trozo de jengibre en conserva. ¿Es usted un genio?

Pero el jengibre estaba en el fondo y no había manera de alcanzarlo.

—No te molestes —dijo Rachel, mientras Miss Allan buscaba algún otro utensilio—. Seguramente el jengibre en conserva no me gustaría.

—¿No lo ha probado nunca? —preguntó Miss Allan—. Pues considero que es su obligación probarlo ahora. Podría añadir un nuevo placer a su vida, y siendo usted todavía joven... —Se preguntó si un abotonador serviría—. Yo tengo por norma probarlo todo —dijo—. ¿No le parecería muy fastidioso probar el jengibre por primera vez en el lecho de muerte y descubrir que nunca había encontrado nada tan de su gusto? A mí me irritaría tanto que creo que me pondría buena por ese solo motivo.

Logró su propósito, y un trozo de jengibre emergió en la punta del abotonador. Mientras ella fue a limpiar el utensilio, Rachel mordió el jengibre y al instante exclamó: «¡Tengo que escupirlo!»

—¿Está segura de haberlo probado de verdad? —exigió saber Miss Allan.

Por toda respuesta, Rachel lo lanzó por la ventana.

—Una experiencia, en cualquier caso —dijo Miss Allan con calma—. A ver... no tengo nada más que ofrecerle, a menos que quisiera probar esto. Un pequeño armario colgaba sobre su cama, y de él sacó un frasco esbelto y elegante lleno de un líquido de color verde brillante.

—Crème de Menthe —dijo—. Un licor, ya sabe. Parece que yo beba, ¿verdad? Lo cierto es que viene a demostrar lo sumamente abstemia que soy. Llevo ese frasco conmigo desde hace veintiséis años —añadió, mirándolo con orgullo mientras lo inclinaba; por la altura del líquido podía verse que la botella estaba todavía intacta.

—¿Veintiséis años? —exclamó Rachel.

Miss Allan se sintió satisfecha, pues había pretendido que Rachel se sorprendiera.

—Cuando fui a Dresde hace veintiséis años —dijo—, una cierta amiga mía anunció su intención de hacerme un regalo. Pensó que en caso de naufragio o accidente un estimulante podría resultar útil. Sin embargo, como no tuve ocasión de necesitarlo, se lo devolví a mi regreso. En vísperas de cualquier viaje al extranjero aparece siempre la misma botella, con la misma nota; a mi regreso sana y salva se devuelve invariablemente. La considero una especie de talismán contra los accidentes. Aunque en una ocasión me vi retenida veinticuatro horas a causa de un accidente al tren que iba delante del mío, yo misma nunca he sufrido ningún percance. Sí —continuó, dirigiéndose ahora a la botella—, hemos visto juntos muchos climas y muchos armarios, ¿verdad que sí? Tengo el propósito de mandarle hacer algún día una etiqueta de plata con una inscripción. Es un caballero, como podrá observar, y su nombre es Oliver... No creo que pudiera perdonarle, Miss Vinrace, que rompiera a mi Oliver —dijo con firmeza, quitándole la botella de las manos a Rachel y volviéndola a guardar en el armario.

Rachel estaba columpiando la botella por el cuello. Miss Allan la había interesado tanto que había olvidado la botella.

—Pues mire —exclamó—, sí que me parece raro; haber tenido una amiga durante veintiséis años, y una botella, y... haber hecho todos esos viajes.

—En absoluto; yo lo llamo todo lo contrario de raro —replicó Miss Allan—. Siempre me considero la persona más corriente que conozco. Es bastante distinguido ser tan corriente como yo lo soy. Se me olvida: ¿es usted un prodigio, o dijo que no lo era?

Le sonrió a Rachel con mucha amabilidad. Parecía haber conocido y vivido tanto, mientras se movía pesadamente por la habitación, que sin duda debía de haber en sus palabras bálsamo para toda angustia, si uno lograba inducirla a recurrir a ellas. Pero Miss Allan, que en ese momento cerraba la puerta del armario con llave, no daba muestras de romper la reserva bajo la que llevaba años enterrada. Una sensación incómoda mantuvo a Rachel en silencio; por un lado, deseaba girar en el aire y arrancar una chispa de aquella carne fría y sonrosada; por otro, comprendía que no había nada que hacer salvo dejarse llevar la una junto a la otra en silencio.

—No soy un prodigio. Me resulta muy difícil decir lo que pienso... —observó al fin.

—Es una cuestión de temperamento, creo —la ayudó Miss Allan—. Hay personas que no tienen ninguna dificultad; yo, por mi parte, encuentro que hay muchísimas cosas que sencillamente no puedo decir. Aunque claro, me considero muy lenta. Una de mis colegas sabe si le cae bien alguien o no —a ver, ¿cómo lo hace?— por la manera en que le dice usted buenos días en el desayuno. A mí me lleva a veces años llegar a una conclusión. ¿Pero la mayoría de los jóvenes lo encuentran fácil?

—Oh, no —dijo Rachel—. ¡Es difícil!

Miss Allan miró a Rachel en silencio, sin decir nada; sospechaba que había dificultades de algún tipo. Luego se llevó la mano a la nuca y descubrió que uno de los rizos grises se le había soltado.

—Debo pedirle la amabilidad de que me excuse —dijo, levantándose—, si me arreglo el cabello. Nunca he encontrado un tipo de horquilla que me satisfaga. También tendré que cambiarme de vestido, ya que estamos; y me alegraría especialmente contar con su ayuda, porque hay una tanda de corchetes molesta que yo *puedo* abrocharme sola, pero me lleva entre diez y quince minutos, mientras que con su ayuda...

Se quitó el abrigo, la falda y la blusa, y se quedó arreglándose el cabello ante el espejo, una figura maciza y sin pretensiones, con la enagua tan corta que mostraba un par de gruesas piernas de un gris pizarroso.

—Dicen que la juventud es agradable; yo encuentro la mediana edad mucho más grata —observó, quitándose las horquillas y las peinetas y cogiendo el cepillo. Suelto, el cabello le llegaba solo hasta el cuello.

—Cuando una era joven —continuó—, las cosas podían parecer muy serias si una era así de propensa a ello... Y ahora mi vestido.

En un tiempo asombrosamente breve su cabello había vuelto a sus lazadas de siempre. La mitad superior del cuerpo quedó de un verde oscuro con rayas negras; la falda, sin embargo, necesitaba abrocharse en distintos puntos, y Rachel tuvo que arrodillarse en el suelo para hacer entrar los corchetes en los ojales.

—Nuestra señorita Johnson solía encontrar la vida muy insatisfactoria, recuerdo —continuó Miss Allan. Se volvió de espaldas a la luz—. Y luego se aficionó a criar cobayas por sus manchas, y eso la absorbió por completo.

Acabo de enterarme de que la cobaya amarilla ha tenido una cría negra. Teníamos una apuesta de seis peniques sobre ello. Estará muy ufana.

La falda quedó abrochada. Se miró en el espejo con esa particular rigidez del rostro que suele provocar mirarse en el espejo.

—¿Estoy en condiciones de encontrarme con mis semejantes? —preguntó—. No recuerdo cómo es, pero parece que los animales negros rara vez tienen crías de color; aunque puede que sea al revés. Me lo han explicado tantas veces que es muy torpe de mi parte haberlo olvidado de nuevo.

Se movió por la habitación recogiendo con calma y decisión pequeños objetos que fue fijándose encima: un medallón, un reloj con su cadena, un grueso brazalete de oro y el botón bicolor de una asociación sufragista. Por fin, perfectamente equipada para el té del domingo, se plantó ante Rachel y le sonrió con amabilidad. No era una mujer impulsiva, y su vida la había adiestrado a contener la lengua. Al mismo tiempo, albergaba tal cantidad de buena voluntad hacia los demás, y en particular hacia los jóvenes, que a menudo lamentaba que la palabra fuera tan difícil.

—¿Bajamos? —dijo.

Puso una mano sobre el hombro de Rachel, y agachándose, recogió con la otra un par de zapatos de andar y los colocó ordenadamente uno junto al otro ante la puerta. Al recorrer el pasillo vieron muchos pares de botas y zapatos, unos negros y otros marrones, todos en fila, y todos distintos, hasta en la manera de quedar juntos.

—Siempre pienso que las personas se parecen mucho a sus zapatos —dijo Miss Allan—. Esos son los de Mrs. Paley... —pero al decirlo se abrió la puerta y Mrs. Paley salió rodando en su silla, también ella equipada para el té.

Saludó a Miss Allan y a Rachel.

—Decía que las personas se parecen mucho a sus zapatos —dijo Miss Allan. Mrs. Paley no oyó. Lo repitió en voz más alta. Mrs. Paley no oyó. Lo repitió por tercera vez. Mrs. Paley oyó, pero no entendió. Al parecer estaba a punto de repetirlo por cuarta vez cuando Rachel dijo de pronto algo inarticulado y desapareció pasillo abajo. Aquel malentendido, que había producido un atasco completo en el corredor, le resultó insoportable. Echó a andar deprisa y a ciegas en dirección contraria, y se encontró al fondo de un

*cul de sac*. Había una ventana, y una mesa con una silla junto a ella, y sobre la mesa un tintero oxidado, un cenicero, un viejo ejemplar de un periódico francés y una pluma con la punta rota. Rachel se sentó, como para estudiar el periódico francés, pero una lágrima cayó sobre la borrosa letra francesa y levantó una mancha blanda. Levantó la cabeza bruscamente, exclamando en voz alta: «¡Es intolerable!» Mirando por la ventana con unos ojos que no habrían visto nada aunque no los hubiera nublado el llanto, se abandonó al fin a una violenta execración del día entero. Había sido miserable de principio a fin; primero, el oficio en la capilla; luego el almuerzo; luego Evelyn; luego Miss Allan; luego la anciana Mrs. Paley obstruyendo el pasillo. Durante todo el día la habían tentado y aplazado. Había alcanzado ahora una de esas alturas que son fruto de alguna crisis, desde las cuales el mundo se muestra al fin en sus verdaderas proporciones. Le disgustaba profundamente su aspecto: las iglesias, los políticos, los desajustes y los enormes embustes; hombres como Mr. Dalloway, hombres como Mr. Bax, Evelyn con su parloteo, Mrs. Paley obstruyendo el pasillo. Entre tanto, el latido acompasado de su propio pulso representaba la ardiente corriente de sentimiento que corría por debajo; latiendo, pugnando, agitándose. Por el momento, su propio cuerpo era la fuente de toda la vida del mundo, que trataba de brotar aquí, allá, y era reprimida ora por Mr. Bax, ora por Evelyn, ora por la imposición de la pesada estupidez, el peso del mundo entero. Así atormentada, se retorció las manos, pues todo estaba mal, todos eran estúpidos. Al ver vagamente que había personas en el jardín bajo ella, las representó como masas inertes de materia que flotaban a la deriva, sin más propósito que estorbarle. ¿Qué hacían, esas otras personas en el mundo?

—Nadie lo sabe —dijo. La fuerza de su rabia empezaba a agotarse, y la visión del mundo que había sido tan nítida se fue apagando.

—Es un sueño —murmuró. Contempló el tintero oxidado, la pluma, el cenicero y el viejo periódico francés. Esos objetos pequeños y sin valor le parecieron una representación de las vidas humanas.

—Estamos dormidos y soñando —repitió. Pero la posibilidad que se le insinuó entonces de que una de aquellas figuras pudiera ser la de Terence la sacudió de su aletargada melancolía. Volvió a sentirse tan inquieta como antes de sentarse. Ya no le era posible ver el mundo como una ciudad extendida a sus pies. Lo cubría en cambio una bruma de niebla roja y febril. Había regresado al estado en que había estado todo el día. Pensar no era es-

capatoria. El movimiento físico era el único refugio, entrando y saliendo de habitaciones, entrando y saliendo de las mentes ajenas, buscando sin saber qué. Se levantó, pues, apartó la mesa y bajó las escaleras. Salió por la puerta principal y, al doblar la esquina del hotel, se encontró entre las personas que había visto desde la ventana. Pero por efecto del sol pleno tras los pasillos en sombra, y de la consistencia de las personas vivas tras los sueños, el grupo apareció con una intensidad sobrecogedora, como si hubieran pelado la polvorienta superficie de todo y no quedara sino la realidad y el instante. Tenía el aspecto de una visión impresa en la oscuridad nocturna. Figuras blancas, grises y malvas estaban diseminadas sobre el verde, en torno a mesas de mimbre; en el centro, la llama del samovar hacía temblar el aire como un panel de vidrio defectuoso; un árbol verde y corpulento se alzaba sobre ellos como una fuerza en movimiento mantenida en reposo. Al acercarse, pudo oír la voz de Evelyn que repetía monótonamente: «Ven, ven, bonito perro, ven aquí»; por un momento nada pareció suceder; todo se quedó inmóvil, y entonces comprendió que una de las figuras era Helen Ambrose, y el polvo comenzó de nuevo a posarse.

El grupo, en efecto, se había reunido de forma heterogénea; una mesa de té que se sumaba a otra, y tumbonas que servían de nexos entre dos corrillos. Pero ya desde lejos podía verse que Mrs. Flushing, erguida e imperiosa, dominaba la reunión. Hablaba con vehemencia con Helen al otro lado de la mesa.

—Diez días de acampada —decía—. Sin comodidades. Si quiere comodidades, no venga. Pero le digo que si no viene se arrepentirá toda su vida. ¿Dice que sí?

En ese momento Mrs. Flushing vio a Rachel.

—Ah, ahí está su sobrina. Ella ya lo ha prometido. Usted viene, ¿verdad?  
—Habiendo adoptado el plan, lo perseguía con la energía de una niña.

Rachel tomó partido con entusiasmo.

—Claro que voy. Usted también, Helen. Y Mr. Pepper también. —Al sentarse advirtió que estaba rodeada de personas conocidas, pero que Terence no estaba entre ellas. Desde distintos ángulos la gente empezó a exponer lo que pensaba de la excursión propuesta. Según unos haría calor, pero las noches serían frías; según otros, las dificultades estarían más bien en con-



seguir una barca y en hablar el idioma. Mrs. Flushing zanjó todas las objeciones, tanto las debidas al hombre como las debidas a la naturaleza, anunciando que su marido lo arreglaría todo.

Entre tanto, Mr. Flushing explicaba tranquilamente a Helen que la excursión era en realidad una cosa sencilla; cinco días como mucho; y el lugar, una aldea indígena, bien merecía la pena verlo antes de que ella regresara a Inglaterra. Helen murmuró con ambigüedad, sin comprometerse con una respuesta ni con otra.

La reunión del té, sin embargo, reunía demasiados tipos distintos de personas para que la conversación general floreciera, y desde el punto de vista de Rachel ofrecía la gran ventaja de que era perfectamente innecesario hablar. Allí Susan y Arthur le explicaban a Mrs. Paley que se había propuesto una excursión; y Mrs. Paley, una vez captado el hecho, dio el consejo de viajera experimentada de que llevaran buenas conservas de verdura, abrigos de piel y polvos contra los insectos. Se inclinó hacia Mrs. Flushing y le susurró algo que a juzgar por el brillo de sus ojos probablemente se refería a chinches. Helen, por su parte, recitaba «Dobla por los valientes» a St. John Hirst, al parecer para ganar seis peniques que había sobre la mesa; mientras Mr. Hughling Elliot imponía silencio a su sector del auditorio con su fascinante anécdota sobre Lord Curzon y la bicicleta de un estudiante. Mrs. Thornbury intentaba recordar el nombre de un hombre que podría haber sido otro Garibaldi, y que había escrito un libro que deberían leer; y Mr. Thornbury recordó que tenía unos prismáticos a disposición de quien los necesitara. Miss Allan, entretanto, murmuraba con esa intimidad curiosa que una solterona suele alcanzar con los perros, al fox terrier que Evelyn había logrado por fin atraer hacia ellos. De cuando en cuando caían sobre los platos pequeñas partículas de polvo o de flor cuando las ramas suspiraban arriba. Rachel parecía ver y oír un poco de todo, como un río que siente las ramitas que caen en él y ve el cielo sobre sí, pero sus ojos tenían una vaguedad que no era del gusto de Evelyn. Esta se acercó y se sentó en el suelo a los pies de Rachel.

—¿Bueno? —preguntó de pronto—. ¿En qué piensas?

—En Miss Warrington —respondió Rachel a la ligera, porque tenía que decir algo. Y en efecto veía a Susan murmurarle a Mrs. Elliot, mientras

Arthur la miraba con una confianza completa en su propio amor. Tanto Rachel como Evelyn se pusieron entonces a escuchar lo que decía Susan.

—Está lo de los pedidos y los perros y el jardín, y los niños que vienen a que les enseñen —procedía su voz con ritmo, como repasando la lista—, y mi tenis, y el pueblo, y las cartas que hay que escribir para papá, y un sinfín de pequeñeces que no parecen gran cosa; pero nunca tengo un momento para mí, y cuando me voy a la cama tengo tanto sueño que me duermo antes de que la cabeza toque la almohada. Además me gusta estar mucho con mis tías —soy un gran fastidio, ¿verdad, tía Emma? —(le sonrió a la anciana Mrs. Paley, que con la cabeza levemente inclinada contemplaba el pastel con afectuosa especulación)—, y papá tiene que tener mucho cuidado con los resfriados en invierno, lo que significa mucho trajín, porque no se cuida nada, ¡igual que tú, Arthur! ¡Total que se acumula todo!

Su voz también fue en aumento, en un suave éxtasis de satisfacción con su vida y con su propia naturaleza. Rachel sintió de pronto una violenta antipatía hacia Susan, haciendo caso omiso de todo lo que en ella había de bondadoso, modesto e incluso patético. Le parecía insincera y cruel; la vio engordar y ser prolífica, los amables ojos azules ahora opacos y llorosos, el lustre de las mejillas endurecido en una red de secos canales rojizos.

Helen se volvió hacia ella.

—¿Fuiste a la iglesia? —preguntó. Había ganado sus seis peniques y parecía dispuesta a marcharse.

—Sí —dijo Rachel—. Por última vez —añadió.

Al prepararse para ponerse los guantes, Helen se le cayó uno.

—¿Os vais? —preguntó Evelyn, aferrando un guante como para retenerlas.

—Ya es hora de que nos vayamos —dijo Helen—. ¿No ves qué silenciosos están todos...?

Había caído sobre ellos un silencio, provocado en parte por uno de esos accidentes de la conversación, y en parte porque vieron que alguien se acercaba. Helen no alcanzaba a ver quién era, pero manteniendo los ojos fijos en Rachel observó algo que le hizo decirse para sus adentros: «O sea que es Hewet.» Se puso los guantes con una extraña sensación de que aquel mo-

mento tenía su importancia. Luego se levantó, pues Mrs. Flushing también había visto a Hewet y le pedía información sobre ríos y barcas, lo que indicaba que toda la conversación iba a repetirse desde el principio.

Rachel la siguió, y caminaron en silencio por el paseo. A pesar de lo que Helen había visto y comprendido, el sentimiento que prevalecía en su mente era ahora curiosamente perverso: si hacía esa excursión, no podría bañarse, y el esfuerzo le parecía grande y desagradable.

—Es tan ingrato estar encerrada con personas a las que apenas se conoce —observó—. Personas a las que les importa que las vean desnudas.

—¿No piensas ir? —preguntó Rachel.

La intensidad con que esto fue dicho irritó a Mrs. Ambrose.

—No digo que vaya a ir, ni que no vaya a ir —replicó. Se volvió cada vez más despreocupada e indiferente.

—Después de todo, supongo que ya hemos visto todo lo que hay que ver; y está la molestia de llegar hasta allá, y digan lo que digan tiene que ser horriblemente incómodo.

Rachel tardó algún tiempo en responder; pero cada frase que pronunciaba Helen agudizaba su amargura. Al fin estalló:

—¡Gracias a Dios, Helen, que no soy como tú! A veces pienso que no piensas, ni sientes, ni tienes ganas de hacer nada más que existir. Eres como Mr. Hirst. Ves que las cosas son malas, y te enorgulleces de decirlo. A eso lo llamas ser honesta; en realidad es ser perezosa, ser sosa, ser nada. No ayudas; pones fin a las cosas.

Helen sonrió como si disfrutara un tanto del ataque.

—¿Y bien? —preguntó.

—Me parece mal; eso es todo —respondió Rachel.

—Puede que tengas razón —dijo Helen.

En cualquier otro momento Rachel habría quedado probablemente reducida al silencio por la franqueza de su tía; pero aquella tarde no estaba de humor para que nadie la silenciara. Una pelea le habría venido bien.

—Estás solo a medias viva —continuó.

—¿Es porque no acepté la invitación de Mr. Flushing? —preguntó Helen—. ¿O siempre piensas eso?

En ese momento le pareció a Rachel que siempre había visto los mismos defectos en Helen, desde aquella primera noche a bordo del *Euphrosyne*, a pesar de su belleza, a pesar de su magnanimidad y del amor que se profesaban.

—¡Oh, es simplemente lo que le pasa a todo el mundo! —exclamó—. Nadie siente..., nadie hace sino hacer daño. Te lo digo, Helen, el mundo es malo. Es una agonía, vivir, desear...

En ese punto arrancó un puñado de hojas de un arbusto y las estrujó para contenerse.

—Las vidas de esta gente —intentó explicar—, la falta de propósito, la manera en que viven. Se pasa de unos a otros, y todo es lo mismo. Nunca se obtiene de ninguno lo que uno quiere.

Su estado de agitación y su confusión la habrían hecho presa fácil si Helen hubiera querido argumentar o arrancarle confidencias. Pero en lugar de hablar se sumió en un silencio profundo mientras seguían caminando. Sin rumbo, trivial, carente de sentido, oh, no: lo que había visto en el té le hacía imposible creer eso. Las pequeñas bromas, la cháchara, las insustancialidades de la tarde se habían marchitado ante sus ojos. Bajo los afectos y las antipatías, los encuentros y las separaciones, estaban ocurriendo cosas grandes..., cosas terribles, por ser tan grandes. La sensación de seguridad que tenía se había quebrado, como si entre ramitas y hojas muertas hubiera visto el movimiento de una serpiente. Le pareció que se concedía un instante de tregua, un instante de fingimiento, y luego la ley profunda e insondable se imponía de nuevo, amoldándolos a todos a su antojo, creando y destruyendo.

Miró a Rachel caminando a su lado, todavía estrujando las hojas entre los dedos, absorta en sus propios pensamientos. Estaba enamorada, y Helen la compadecía profundamente. Pero se sacudió esos pensamientos y se disculpó. —Lo siento mucho —dijo—, pero si soy aburrida, es cosa de mi naturaleza, y no tiene remedio. Si era un defecto natural, sin embargo, encontró un remedio sencillo, pues pasó a decir que le parecía muy buena la idea de Mr. Flushing, que solo precisaba cierta reflexión, la cual, al parecer, ya

había llevado a cabo para cuando llegaron a casa. Para entonces habían decidido que, si se volvía a mencionar el asunto, aceptarían la invitación.

## CAPÍTULO XX

Cuando Mr. Flushing y Mrs. Ambrose examinaron los detalles de la expedición, esta no resultó ni peligrosa ni difícil. Descubrieron también que ni siquiera era inusual. Cada año, en esta estación, los ingleses formaban grupos que remontaban el río un corto trecho en vapor, desembarcaban, visitaban el poblado indígena, compraban cierta cantidad de cosas a los nativos y regresaban sin daño alguno para el cuerpo ni el espíritu. Una vez que quedó claro que seis personas deseaban realmente lo mismo, los preparativos se ultimaron sin tardanza.

Desde la época de Isabel, muy pocos habían visto el río, y nada se había hecho para cambiar su aspecto respecto de lo que contemplaron los ojos de los navegantes isabelinos. La época de Isabel solo distaba del presente un instante en el espacio, comparada con las eras transcurridas desde que el agua discurría entre esas orillas, y la espesura verde pululaba allí, y los arbolillos se habían convertido en árboles inmensos y rugosos en la soledad. Sin más cambios que los del sol y las nubes, aquella masa verde ondeante había permanecido allí siglo tras siglo, y el agua había corrido sin cesar entre sus orillas, arrancando a veces tierra y a veces ramas de árboles, mientras en otras partes del mundo una ciudad se levantaba sobre las ruinas de otra y los hombres que las habitaban se volvían cada vez más elocuentes y distintos entre sí. Desde lo alto de la montaña donde el grupo del hotel había merendado semanas antes se divisaban algunos kilómetros de aquel río. Susan y Arthur lo habían visto mientras se besaban, Terence y Rachel mientras conversaban sobre Richmond, y Evelyn y Perrott mientras paseaban imaginando que eran grandes capitanes enviados a colonizar el mundo. Habían visto la ancha franja azul sobre la arena donde desembocaba en el mar, y la nube verde de árboles que se apretaban a su alrededor río arriba

para ocultar por fin sus aguas a la vista. A intervalos, a lo largo de los primeros treinta kilómetros más o menos, había casas diseminadas en la orilla; poco a poco las casas daban paso a chozas, y después ya no había ni choza ni casa, sino árboles y hierba, que solo veían cazadores, exploradores o comerciantes, a pie o en barco, pero sin establecerse en ningún lugar.

Partiendo de Santa Marina de madrugada, tras recorrer treinta kilómetros en coche y doce a caballo, el grupo, formado finalmente por seis ingleses, llegó a la orilla del río al caer la noche. Llegaron al galope entre los árboles: Mr. y Mrs. Flushing, Helen Ambrose, Rachel, Terence y St. John. Los fatigados caballos se detuvieron entonces solos, y los ingleses desmontaron. Mrs. Flushing avanzó a grandes zancadas hasta la orilla con el ánimo muy alto. El día había sido largo y caluroso, pero ella había disfrutado de la velocidad y el aire libre; había abandonado el hotel, que detestaba, y encontraba la compañía de su agrado. El río corría veloz en la oscuridad; apenas distinguían la superficie lisa y en movimiento del agua, y el aire estaba lleno de su sonido. Estaban de pie en un espacio despejado entre grandes troncos de árboles, y allá afuera una pequeña luz verde que oscilaba suavemente les indicaba dónde estaba el vapor en el que habrían de embarcarse.

Cuando estuvieron todos sobre cubierta, vieron que era una embarcación muy pequeña que vibró suavemente bajo sus pies durante unos minutos y luego avanzó deslizándose por el agua. Parecía que se adentraban en el corazón de la noche, pues los árboles se cerraban ante ellos y por todas partes se oía el susurro de las hojas. La gran oscuridad tenía el efecto habitual de suprimir todo deseo de comunicación, haciendo que sus palabras sonaran tenues y pequeñas; y tras dar tres o cuatro vueltas por la cubierta se agruparon, bostezando sin cesar y mirando un mismo punto de densa penumbra en las orillas. Murmurando muy bajo, con el tono cadencioso de quien se siente oprimido por el aire, Mrs. Flushing empezó a preguntarse dónde iban a dormir, pues no podían dormir abajo, no podían dormir en un cuchitril que olía a aceite, no podían dormir en cubierta, no podían dormir... Bostezó profundamente. Era tal como Helen había previsto: la cuestión de la desnudez había surgido ya, aunque estaban medio dormidos y casi invisibles los unos para los otros. Con ayuda de St. John, extendió un toldo y convenció a Mrs. Flushing de que podía quitarse la ropa detrás de él, y de que nadie lo notaría si por casualidad alguna parte de su persona que había permanecido oculta durante cuarenta y cinco años quedaba expuesta a los

ojos ajenos. Se extendieron colchonetas, se repartieron mantas, y las tres mujeres se tendieron próximas entre sí bajo el suave aire abierto.

Los caballeros, tras fumar un número determinado de cigarrillos, dejaron caer las puntas encendidas al río, y contemplaron un rato las ondas que rizaban el agua negra bajo ellos; luego se desvistieron también y se tumbaron en el otro extremo de la embarcación. Estaban muy cansados, y la oscuridad tendía una cortina entre unos y otros. La luz de un farol caía sobre algunos cabos, algunas tablas de la cubierta y la barandilla de la embarcación, pero más allá reinaba una oscuridad sin fisuras; ninguna luz alcanzaba sus rostros ni los árboles agrupados a ambos lados del río.

Pronto Wilfrid Flushing se durmió, y Hirst también. Solo Hewet permanecía despierto, mirando de frente al cielo. El suave movimiento y las formas oscuras que cruzaban sin cesar ante sus ojos le impedían pensar. La proximidad de Rachel lo adormecía. Estando ella tan cerca, a unos pocos pasos en el otro extremo de la embarcación, le resultaba tan imposible pensar en ella como lo habría sido verla si estuviera pegada a él, con la frente contra la suya. De un modo extraño, la embarcación se fue identificando con él mismo, y del mismo modo que habría sido inútil levantarse a gobernar el barco, era inútil luchar más tiempo contra la fuerza irresistible de sus propios sentimientos. Se dejaba llevar hacia adelante, lejos de todo lo conocido, deslizándose sobre obstáculos y más allá de referencias familiares hacia aguas desconocidas, tal como la embarcación se deslizaba sobre la superficie lisa del río. En honda paz, envuelto en una inconsciencia más profunda que la que había conocido en muchas noches, yacía en cubierta observando cómo las copas de los árboles desplazaban levemente su posición contra el cielo, se arqueaban, y se hundían y alzaban inmensas, hasta que pasó de verlas a soñar que yacía bajo la sombra de los árboles gigantes, mirando al cielo.

Cuando despertaron a la mañana siguiente, habían remontado el río una distancia considerable; a la derecha se alzaba una alta ribera de arena amarilla salpicada de árboles, a la izquierda un pantano que temblaba de juncos altos y bambúes en cuyas cimas se balanceaban, ligeramente, aves de vívido verde y amarillo. La mañana era calurosa y quieta. Después del desayuno acercaron las sillas y se sentaron formando un semicírculo irregular en la proa. Un toldo sobre sus cabezas los protegía del sol, y la brisa que creaba la marcha de la embarcación los aireaba con suavidad. Mrs. Flushing ya



trazaba puntos y rayas en su lienzo, con la cabeza moviéndose a un lado y otro como la de un pájaro que picotea nerviosamente; los demás tenían libros, papeles o bordados en el regazo, sobre los que fijaban la vista a ratos para volver a mirar el río. En un momento dado, Hewet leyó en voz alta un fragmento de un poema, pero la cantidad de cosas en movimiento venció por completo sus palabras. Dejó de leer, y nadie habló. Avanzaron bajo la sombra de los árboles. Había entonces una bandada de aves rojas que se alimentaban en uno de los islotes de la izquierda, o bien un loro azul y verde que volaba chillando de árbol en árbol. A medida que avanzaban, el paisaje se volvía cada vez más salvaje. Los árboles y la maleza parecían estrangularse mutuamente cerca del suelo en una lucha multitudinaria, mientras que aquí y allá un árbol espléndido se erguía muy por encima del hervidero, agitando levemente sus delgados parasoles verdes en el aire de las alturas. Hewet volvió a coger el libro. La mañana era tan tranquila como lo había sido la noche, solo que muy extraña porque podía ver que era de día, y podía ver a Rachel y oír su voz y estar cerca de ella. Tenía la sensación de estar esperando, de hallarse de algún modo inmóvil entre cosas que pasaban sobre él y a su alrededor — voces, cuerpos, pájaros —, y que Rachel también esperaba junto a él. La miraba a veces como si ella tuviera que saber que esperaban juntos, que eran llevados juntos hacia adelante sin poder oponer resistencia alguna. Volvió a leer en su libro:

Quienquiera que seas que me tienes ahora en tu mano, sin una cosa todo habrá sido inútil.

Un pájaro lanzó una risa salvaje, un mono rió entre dientes con una pregunta maliciosa, y, como el fuego se apaga bajo el sol ardiente, sus palabras parpadearon y se extinguieron.

A medida que el río se estrechaba y los altos bancos de arena cedían ante una llanura cubierta de espesa arboleda, los sonidos de la selva se fueron haciendo audibles. Resonaba como una sala. Había gritos repentinos, y luego largos silencios, como los que hay en una catedral cuando la voz de un niño ha callado y el eco parece seguir vagando por los rincones remotos de la bóveda. Una vez, Mr. Flushing se levantó y habló con un marinero, y llegó a anunciar que tiempo después del almuerzo el vapor se detendría y podrían caminar un poco por la selva.

—Hay senderos por todos esos árboles —explicó—. Aún no estamos lejos de la civilización.

Examinó el cuadro de su mujer. Demasiado cortés para elogiarlo abiertamente, se conformó con tapar la mitad del cuadro con una mano y hacer un floreo en el aire con la otra.

—¡Dios! —exclamó Hirst, mirando fijamente al frente—. ¿No os parece de una belleza asombrosa?

—¿Belleza? —inquirió Helen. Le parecía una palabrita extraña, y tanto Hirst como ella eran tan pequeños que se olvidó de responderle.

Hewet sintió que debía decir algo.

—De ahí sacaron su estilo los isabelinos —murmuró, mirando la profusión de hojas, flores y frutos prodigiosos.

—¿Shakespeare? ¡Shakespeare me horroriza! —exclamó Mrs. Flushing; y Wilfrid respondió con admiración: —Creo que eres la única persona que se atreve a decir eso, Alice. Pero Mrs. Flushing siguió pintando. No parecía dar mucho valor al cumplimiento de su marido, y pintaba sin pausa, murmurando a veces alguna palabra o quejido apenas audible.

La mañana era ya muy calurosa.

—¡Miren a Hirst! —susurró Mr. Flushing. Las hojas de papel habían resbalado hasta la cubierta, la cabeza reposaba hacia atrás, y lanzaba una larga y sonora respiración.

Terence recogió las hojas y las desplegó ante Rachel. Era una continuación del poema sobre Dios que Hirst había empezado en la capilla, y era tan indecente que Rachel no entendió la mitad, aunque advirtió que lo era. Hewet empezó a rellenar los espacios que Hirst había dejado en blanco, pero pronto desistió; el lápiz rodó por la cubierta. Poco a poco se fueron acercando a la orilla de la derecha, de modo que la luz que los cubría adquirió un verde definitivo, filtrada por la penumbra verde de las hojas, y Mrs. Flushing dejó el boceto a un lado y miró al frente en silencio. Hirst se despertó; los llamaron a almorzar, y mientras comían, el vapor se inmovilizó a poca distancia de la orilla. La lancha que llevaban remolcada fue traída al costado y las señoras fueron ayudadas a bajar a ella.

Para protegerse del aburrimiento, Helen se puso un libro de memorias bajo el brazo y Mrs. Flushing su caja de pinturas, y, así pertrechadas, se dejaron desembarcar en la orilla misma de la selva.

No habían andado más que unos cientos de metros por el sendero que discurría paralelo al río cuando Helen declaró que el calor era insoportable. La brisa del río había cesado, y de la selva llegaba una atmósfera caliente y húmeda, cargada de perfumes.

—Me siento aquí —anunció, señalando el tronco de un árbol caído hacía mucho tiempo y recubierto ahora de enredaderas y zarzas semejantes a correas. Se sentó, abrió la sombrilla y contempló el río que se divisaba entre los troncos. Volvió la espalda a los árboles, que se perdían en una sombra negra detrás de ella.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Mrs. Flushing, y procedió a abrir su caja de pinturas. Su marido se alejó unos pasos para encontrarle un punto de vista interesante. Hirst despejó un espacio en el suelo junto a Helen y se sentó con gran deliberación, como si no tuviera intención de moverse hasta haber conversado largamente con ella. Terence y Rachel se quedaron solos de pie, sin ocupación. Terence vio que el momento había llegado, como estaba destinado a llegar, pero aunque lo comprendía se sentía del todo sereno y dueño de sí. Optó por detenerse unos instantes a hablar con Helen, tratando de persuadirla para que abandonara su sitio. Rachel se sumó también a convencerla de que los acompañara.

—De toda la gente que he conocido —dijo—, usted es la menos aventurera. Podría estar sentada en sillas verdes en Hyde Park. ¿Va a quedarse aquí toda la tarde? ¿No va a dar un paseo?

—No —dijo Helen—, basta con abrir los ojos. Aquí hay de todo, todo —repitió con voz soñolienta—. ¿Qué ganan ustedes caminando?

—Volverán acalorados y de mal humor a la hora del té; nosotros estaremos frescos y de buen humor —intervino Hirst. En sus ojos, mientras los levantaba hacia ellos, habían aparecido reflejos amarillos y verdes del cielo y las ramas, despojándolos de su intensidad, y parecía pensar lo que no decía. Así quedó sobreentendido entre ambos que Terence y Rachel se proponían adentrarse solos en la selva; con una sola mirada el uno al otro, se alejaron.

—¡Adiós! —exclamó Rachel.

—Adiós. Cuidado con las serpientes —respondió Hirst. Se acomodó aún más bajo la sombra del árbol caído y la figura de Helen. Mientras se alejaban, Mr. Flushing les gritó: —Hemos de partir en una hora. Hewet, por favor no lo olvide. Una hora.

Ya fuera obra de la mano del hombre o preservado por algún designio de la naturaleza, había un amplio sendero que se internaba en la selva en ángulo recto con el río. Se asemejaba a un camino de un bosque inglés, salvo que a los lados crecían arbustos tropicales de hojas parecidas a sables, y el suelo estaba cubierto de un musgo liso y elástico, sin marcas, salpicado de pequeñas flores amarillas. Al adentrarse en las profundidades de la selva, la luz se fue atenuando, y los ruidos del mundo ordinario fueron reemplazados por esos crujidos y susurros que sugieren al viajero en la selva que camina por el fondo del mar. El sendero se estrechaba y torcía; lo cercaban enredaderas tupidas que anudaban árbol con árbol y estallaban aquí y allá en flores carmesí en forma de estrella. Los suspiros y crujidos de lo alto se rompían a intervalos con el graznido discordante de algún animal asustado. El ambiente era denso, y el aire llegaba en lentas bocanadas de perfume. La vasta luz verde se interrumpía aquí y allá por un círculo de sol amarillo puro que penetraba por algún claro del inmenso paraguas verde de arriba, y en esos espacios amarillos revoloteaban y posaban mariposas carmesí y negras. Terence y Rachel casi no hablaban.

No solo les pesaba el silencio, sino que ninguno de los dos era capaz de articular pensamiento alguno. Entre ellos había algo que tenía que ser dicho. Uno de los dos tenía que empezar, pero ¿cuál? Entonces Hewet cogió un fruto rojo y lo lanzó tan alto como pudo. Cuando cayera, hablaría. Oyeron el batir de grandes alas; oyeron el fruto repiquetear entre las hojas y caer al fin con un golpe sordo. El silencio volvió a ser profundo.

—¿Esto te da miedo? —preguntó Terence cuando el sonido del fruto al caer se hubo extinguido por completo.

—No —respondió ella—. Me gusta.

Repitió: «Me gusta». Caminaba deprisa, más erguida que de costumbre. Hubo otra pausa.

—¿Te gusta estar conmigo? —preguntó Terence.

—Sí, contigo —respondió ella.

Él calló un momento. El silencio parecía haberse abatido sobre el mundo entero.

—Eso es lo que he sentido desde que te conozco —respondió—. Somos felices juntos. No parecía que él hablara ni que ella escuchara.

—Muy felices —respondió ella.

Siguieron caminando en silencio durante un rato. Sus pasos se aceleraron sin que se dieran cuenta.

—Nos amamos —dijo Terence.

—Nos amamos —repitió ella.

El silencio se rompió entonces con sus voces, que se unieron en tonos de sonido extraño y desconocido que no formaban palabras. Caminaron cada vez más deprisa; se detuvieron al mismo tiempo, se estrecharon en un abrazo, y luego, soltándose, cayeron al suelo. Se sentaron uno junto al otro. Del fondo surgían sonidos que tendían un puente sobre su silencio; oyeron el susurro de los árboles y algún animal croando en un mundo remoto.

—Nos amamos —repitió Terence, escrutando su rostro. Tenían los dos el rostro muy pálido y tranquilo, y no dijeron nada. Él tenía miedo de besarla de nuevo. Poco a poco ella se fue acercando a él y recostó la cabeza en su hombro. En esa postura permanecieron un rato. Ella dijo «Terence» una vez; él respondió «Rachel».

—Terrible... terrible —murmuró ella después de otra pausa, aunque al decirlo pensaba tanto en el batir incesante del agua como en su propio sentimiento. Y seguía allá lejos, insensato y cruel, ese batir incesante del agua. Ella advirtió que las lágrimas corrían por las mejillas de Terence.

El siguiente movimiento fue de él. Pareció transcurrir un tiempo muy largo. Sacó el reloj.

—Flushing dijo una hora. Llevamos más de media hora fuera.

—Y eso tarda en volver —dijo Rachel. Se incorporó muy despacio. Cuando estuvo de pie, extendió los brazos y tomó una larga bocanada de aire, mitad suspiro, mitad bostezo. Parecía muy cansada. Tenía las mejillas blancas. —¿Por dónde? —preguntó.

—Por ahí —dijo Terence.

Emprendieron el camino de vuelta por el sendero musgoso. Los suspiros y crujidos continuaban allá en lo alto, y los graznidos discordantes de los animales. Las mariposas seguían revoloteando en los manchones de luz solar amarilla. Al principio Terence estaba seguro del camino, pero a medida que caminaban empezó a dudar. Tuvieron que pararse a pensar, y después desandar lo andado y reemprender la marcha, pues aunque estaba seguro de la dirección del río no lo estaba de dar con el punto exacto donde habían dejado a los demás. Rachel le seguía, parándose donde él se paraba, girando donde él giraba, ignorante del camino, ignorante de por qué se paraba o giraba.

—No quiero llegar tarde —dijo—, porque... —Le puso una flor en la mano y los dedos de ella se cerraron sobre ella sin prisa. —Tan tarde, tan tarde, tan horriblemente tarde —repitió como si hablara dormido—. Ah, por aquí. Giramos aquí.

Se encontraron de nuevo en el camino ancho, semejante al de un bosque inglés, por donde habían partido al alejarse de los demás. Anduvieron en silencio como personas que caminan dormidas, con una conciencia extraña, de vez en cuando, de la corporeidad de sus cuerpos. Entonces Rachel exclamó de pronto: —¡Helen!

En el claro soleado al borde de la selva vieron a Helen, que seguía sentada en el tronco, con el vestido muy blanco al sol, y a Hirst todavía apoyado en el codo a su lado. Se detuvieron instintivamente. Ante la presencia de otras personas no podían seguir. Permanecieron de la mano durante uno o dos minutos en silencio. No soportaban la idea de enfrentarse a otros.

—Pero tenemos que ir —insistió Rachel al fin, con ese tono peculiarmente apagado en que ambos habían estado hablando, y con un gran esfuerzo se obligaron a cubrir la corta distancia que los separaba de la pareja sentada en el tronco.

Al acercarse, Helen se volvió a mirarlos. Los miró durante un buen rato sin hablar, y cuando estuvieron cerca de ella dijo en voz queda:

—¿Se han cruzado con Mr. Flushing? Ha ido a buscarlos. Creía que se habían perdido, aunque yo le dije que no.

Hirst se volvió a medias y echó la cabeza hacia atrás de modo que quedó mirando las ramas que se entrecruzaban en el aire sobre él.

—Bueno, ¿mereció la pena el esfuerzo? —preguntó con aire soñador.

Hewet se sentó en la hierba a su lado y empezó a abanicarse.

Rachel se había acomodado cerca de Helen en el extremo del tronco.

—Mucho calor —dijo.

—Pareces agotada de todas formas —dijo Hirst.

—El ambiente entre esos árboles es sofocante —observó Helen, cogiendo su libro y sacudiéndolo para quitar las briznas de hierba seca que habían caído entre las páginas. Luego guardaron todos silencio, contemplando el río que pasaba veloz ante ellos entre los troncos de los árboles, hasta que Mr. Flushing los interrumpió. Salió de entre los árboles a unos cien metros a la izquierda, exclamando con sequedad:

—Ah, así que han encontrado el camino después de todo. Pero es tarde, mucho más tarde de lo acordado, Hewet.

Estaba levemente molesto y, en su calidad de jefe de la expedición, inclinado a mostrarse autoritario. Habló con rapidez, con palabras curiosamente cortantes y sin sustancia.

—Llegar tarde no importaría en condiciones normales, claro está —dijo —, pero cuando se trata de que los hombres cumplan sus horarios...

Los reunió a todos y los condujo a la orilla del río, donde los esperaba la lancha para llevarlos al vapor.

El calor del día iba declinando, y durante el té los Flushing tendieron a volverse comunicativos. A Terence, mientras los escuchaba hablar, le parecía que la existencia discurría ahora en dos planos distintos. Allí estaban los Flushing hablando, hablando en algún lugar muy por encima de él, mientras él y Rachel habían caído juntos al fondo del mundo. Pero con algo de la franqueza directa de un niño, Mrs. Flushing poseía también ese instinto que lleva a los niños a sospechar lo que los mayores desean ocultar. Fijó en Terence sus vivos ojos azules y se dirigió a él en particular. Quería saber qué haría si la embarcación chocara contra una roca y se hundiera.

—¿Le importaría algo que no fuera salvarse usted mismo? ¿A mí me importaría? No, no —rio—, ni lo más mínimo, no me lo digan. Solo hay dos criaturas por las que se preocupa la mujer corriente —prosiguió—: su hijo y su perro; y no creo que sean ni dos en el caso de los hombres. Se lee mucho sobre el amor, por eso la poesía aburre tanto. Pero ¿qué pasa en la vida real, eh? ¡No es el amor!

Terence murmuró algo ininteligible. Mr. Flushing, sin embargo, había recobrado su afabilidad. Fumaba un cigarrillo, y en ese momento respondió a su mujer.

—Siempre debes recordar, Alice —dijo—, que tu educación fue muy poco convencional, insólita, querría decir. No tuvieron madre —explicó, abandonando algo de la formalidad de su tono—; y un padre... era un hombre muy encantador, sin duda, pero solo le importaban los caballos de carreras y las estatuas griegas. Cuéntales lo del baño, Alice.

—En el patio de las caballerizas —dijo Mrs. Flushing—. Cubierto de hielo en invierno. Teníamos que meternos; si no, nos azotaban. Los más fuertes sobrevivían; los demás morían. Lo que llaman la supervivencia del más apto, un plan excelentísimo, sin duda, si se tienen trece hijos.

—¡Y todo esto sucediendo en el corazón de Inglaterra, en el siglo XIX! —exclamó Mr. Flushing, volviéndose hacia Helen.

—Yo trataría a mis hijos exactamente igual si los tuviera —dijo Mrs. Flushing.

Cada palabra resonaba con toda claridad en los oídos de Terence; pero ¿qué decían, y con quién hablaban, y quiénes eran, esas personas fantásticas suspendidas en algún lugar muy por encima, en el aire? Ahora que habían tomado el té, se levantaron y se inclinaron sobre la proa. El sol declinaba y el agua era oscura y carmesí. El río se había ensanchado de nuevo, y pasaban junto a un islote pequeño, encajado como una cuña oscura en mitad de la corriente. Dos grandes pájaros blancos con reflejos rojos permanecían en él sobre patas de zancudo, y la playa del islote estaba inmaculada, salvo por la huella esquelética de las patas de los pájaros. Las ramas de los árboles de la orilla parecían más retorcidas y angulosas que nunca, y el verde de las hojas era turbio y salpicado de oro. Entonces Hirst empezó a hablar, inclinado sobre la proa.



— Todo esto marea, ¿no creen? — se quejó —. Estos árboles destrozan los nervios; todo es tan desmesurado. Dios está sin duda loco. ¿Qué persona en su sano juicio habría concebido una selva así y la habría poblado de monos y caimanes? Yo me volvería loco si viviera aquí: loco de remate.

Terence intentó responderle, pero fue Mrs. Ambrose quien respondió en su lugar. Le pidió que mirara la manera en que las cosas se agrupaban, que mirara los colores asombrosos, que mirara las formas de los árboles. Parecía estar protegiendo a Terence de la aproximación de los demás.

— Sí — dijo Mr. Flushing —. Y en mi opinión — prosiguió —, la ausencia de población a la que objeta Hirst es precisamente el detalle significativo. Debe reconocer usted, Hirst, que hasta una pequeña ciudad italiana vulgarizaría toda la escena, restaría grandeza a la vastedad, al sentido de la grandiosidad elemental. — Tendió las manos hacia la selva y calló un momento, mirando la gran masa verde, que empezaba ya a quedar en silencio —. Reconozco que nos hace sentir bastante pequeños, a nosotros, no a ellos. — Señaló con la cabeza a un marinero que se inclinaba sobre la borda escupiendo al río —. Y eso, creo yo, es lo que siente mi mujer, la superioridad esencial del campesino... Al amparo de las palabras de Mr. Flushing, que continuaba ahora razonando suavemente con St. John y persuadiéndolo, Terence llevó a Rachel hacia un lado, señalando ostensiblemente un gran tronco nudoso que había caído y yacía medio sumergido. Lo que quería, en cualquier caso, era estar cerca de ella, pero descubrió que no podía decir nada. Oían a Mr. Flushing seguir discurrendo, sobre su mujer, sobre el arte, sobre el futuro del país, palabras insignificantes flotando a gran altura en el aire. Como empezaba a refrescar, se puso a pasear por la cubierta con Hirst. Fragmentos de su conversación llegaban con nitidez al pasar: arte, emoción, verdad, realidad.

— ¿Es verdad, o es un sueño? — murmuró Rachel cuando hubieron pasado.

— Es verdad, es verdad — respondió él.

Pero la brisa arreció, y cundió el deseo general de moverse. Cuando el grupo se reorganizó bajo mantas y abrigos, Terence y Rachel quedaron en extremos opuestos del círculo y no podían hablarse. Pero a medida que caía la oscuridad, las palabras de los demás parecían enroscarse y desvanecerse como las cenizas de un papel quemado, y los dejaban sentados en perfecto

silencio en el fondo del mundo. De vez en cuando los recorrían estremecimientos de alegría exquisita, y luego volvía la calma.

## CAPÍTULO XXI

Gracias a la disciplina de Mr. Flushing, alcanzaron los tramos del río previstos a las horas previstas, y cuando a la mañana siguiente, tras el desayuno, las sillas volvieron a disponerse en semicírculo en la proa, la lancha se encontraba a pocos kilómetros del campamento indígena que marcaba el límite del viaje. Mr. Flushing, al sentarse, les aconsejó que mantuvieran los ojos fijos en la orilla izquierda: pronto pasarían por un claro y en ese claro había una choza donde Mackenzie, el célebre explorador, había muerto de fiebre unos diez años atrás, casi al alcance de la civilización —Mackenzie, repitió, el hombre que se había internado más que nadie en el continente—. Los demás volvieron la vista obedientemente hacia allá. Los ojos de Rachel no veían nada. Formas amarillas y verdes pasaban ante ellos, es cierto, pero ella solo sabía que unas eran grandes y otras pequeñas; no sabía que eran árboles. Aquellas indicaciones de mirar aquí o allá la irritaban, igual que una interrupción irrita a quien está absorto en sus pensamientos, aunque ella no estuviera pensando en nada. Le molestaba todo cuanto se decía, y los movimientos sin rumbo de los cuerpos ajenos, porque le parecía que se interponían entre ella y la posibilidad de hablar con Terence. Al poco, Helen la vio mirando con aire hosco un ovillo de cuerda sin hacer el menor esfuerzo por atender. Mr. Flushing y St. John sostenían una conversación más o menos continua sobre el futuro político del país y sobre el grado en que había sido explorado; los demás, con las piernas estiradas o el mentón apoyado en las manos, contemplaban el paisaje en silencio.

Helen miraba y escuchaba con suficiente docilidad, pero por dentro la dominaba una inquietud difícil de atribuir a una causa concreta. Mirando la orilla tal como Mr. Flushing le pedía, encontraba el paisaje muy hermoso, aunque también sofocante y amenazador. No le gustaba sentirse presa de

emociones que no sabía clasificar, y lo cierto era que, según avanzaba la lancha bajo el sol ardiente de la mañana, algo la conmovía sin razón aparente. Si era la extrañeza de la selva o algo menos definido, no lograba determinarlo. La mente se le fue del paisaje y se ocupó de inquietudes por Ridley, por sus hijos, por cosas lejanas como la vejez, la pobreza y la muerte. También Hirst estaba sombrío. Había aguardado esa expedición como unas vacaciones, pues lejos del hotel tenían que ocurrir cosas maravillosas; en cambio no había ocurrido nada, y allí seguían, tan incómodos, tan cohibidos, tan pendientes de sí mismos como siempre. Eso, claro, era lo que traía consigo esperar algo: la decepción era inevitable. Culpaba a Wilfrid Flushing, tan bien vestido y tan ceremonioso; culpaba a Hewet y a Rachel. ¿Por qué no hablaban? Los miró sentados, callados y ensimismados, y la visión le irritó. Supuso que estaban prometidos o a punto de estarlo, pero lejos de resultar lo más mínimo romántico o emocionante, era tan insípido como todo lo demás; también le molestaba pensar que estaban enamorados. Se acercó a Helen y se puso a contarle lo incómoda que había sido su noche durmiendo en cubierta, a ratos demasiado calor, a ratos demasiado frío, y las estrellas tan brillantes que no había podido conciliar el sueño. Había estado despierto toda la noche pensando, y cuando hubo bastante luz para ver, había escrito veinte versos de su poema sobre Dios, y lo terrible era que había demostrado con bastante rigor que Dios no existía. No se daba cuenta de que la estaba fastidiando, y siguió preguntándose qué ocurriría si Dios existiera — «¿un anciano caballero con barba y una larga bata azul, de lo más irascible y desagradable, como es lógico que sea? ¿Se te ocurre alguna rima? Dios, tos, voz... todas usadas. ¿Alguna más?»

Aunque hablaba más o menos como de costumbre, Helen habría podido ver, de haberse fijado, que también estaba impaciente e inquieto. Pero no tuvo que responder, porque Mr. Flushing exclamó en ese momento: «¡Ahí está!» Miraron la choza en la orilla, un lugar desolado con una gran brecha en el tejado y el suelo de alrededor amarillento, quemado por hogueras y sembrado de latas oxidadas y abiertas.

—¿Encontraron allí su cadáver? —exclamó Mrs. Flushing, inclinándose hacia delante con ansia por contemplar el lugar donde el explorador había muerto.

—Encontraron el cuerpo, las pieles y un cuaderno —respondió su marido. Pero la lancha los había llevado ya más lejos y el lugar quedó atrás.

Hacía tanto calor que apenas se movían, salvo para cambiar un pie de sitio o encender una cerilla. Los ojos, clavados en la orilla, reflejaban el mismo verdor, y los labios estaban levemente apretados, como si las escenas que iban dejando atrás suscitaban pensamientos; solo los labios de Hirst se movían de cuando en cuando mientras buscaba, casi sin conciencia de ello, rimas para la palabra Dios. Cualesquiera que fuesen los pensamientos de los demás, nadie dijo nada durante un buen rato. Se habían acostumbrado tanto a la muralla de árboles a ambos lados que levantaron la vista con sobresalto cuando la luz se abrió de pronto y los árboles se interrumpieron.

—Casi recuerda a un parque inglés —dijo Mr. Flushing.

Y en efecto, no podría haberse dado un contraste mayor. En ambas orillas del río se extendía un espacio abierto de aspecto apacible, cubierto de hierba y plantado —pues la suavidad y el orden del lugar sugerían una mano humana— de airoso árboles sobre pequeñas lomas. Hasta donde alcanzaba la vista, ese prado ondulaba con el movimiento sereno de un viejo parque inglés. El cambio de paisaje invitaba a cambiar de postura, con alivio para la mayoría. Se levantaron y se apoyaron en la borda.

—Podría ser Arundel o Windsor —prosiguió Mr. Flushing—, si se talara ese arbusto de las flores amarillas; y, ¡caramba, mirad!

Una hilera de lomos pardos hizo una pausa y luego saltó, con ese movimiento de quien brinca sobre las olas, y desapareció de la vista. Por un momento ninguno quiso creer que hubieran visto de verdad animales vivos al aire libre —una manada de ciervos salvajes—, y la visión despertó en ellos una alegría casi infantil que disipó su melancolía.

—¡En mi vida he visto nada más grande que una liebre! —exclamó Hirst con entusiasmo genuino—. ¡Menudo estúpido, no haber traído la Kodak!

Poco después la lancha fue aminorando hasta detenerse, y el capitán explicó a Mr. Flushing que sería agradable para los pasajeros dar un paseo por tierra; si querían volver en una hora, los llevaría hasta el poblado; si preferían caminar —no había más de un par de kilómetros—, los esperaría en el embarcadero.

Acordado el plan, los desembarcaron una vez más: los marineros, sacando pasas y tabaco, se apoyaron en la borda y observaron alejarse a los seis ingleses, con sus abrigo y sus vestidos tan extraños sobre el verde. Un

chiste nada decente los hizo reír a todos, y después se volvieron y se tumbaron a sus anchas en cubierta.

En cuanto pisaron tierra, Terence y Rachel se juntaron, ligeramente por delante de los demás.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Terence, soltando un largo suspiro—. Por fin estamos solos.

—Y si nos mantenemos adelante, podremos hablar —dijo Rachel.

Sin embargo, aunque su posición unos metros por delante de los otros les permitía decir cualquier cosa, los dos guardaron silencio.

—¿Me quieres? —preguntó Terence al fin, rompiendo el silencio con esfuerzo. Hablar o callar le costaba lo mismo, porque en el silencio eran intensamente conscientes el uno de la presencia del otro, y las palabras eran o demasiado triviales o demasiado grandes.

Ella murmuró algo ininteligible y acabó preguntando:

—¿Y tú?

—Sí, sí —respondió él; pero había tantas cosas que decir, y ahora que estaban solos parecía necesario acercarse todavía más el uno al otro y franquear una barrera que había surgido desde la última vez que habían hablado. Era difícil, incluso aterrador, extrañamente embarazoso. En un momento lo veía todo con lucidez, y al siguiente, todo se le confundía.

—Ahora voy a empezar por el principio —dijo con resolución—. Voy a contarte lo que debería haberte contado antes. Para empezar, nunca he estado enamorado de otras mujeres, pero he tenido otras mujeres. Además, tengo grandes defectos. Soy muy perezoso, soy temperamental... —Insistió, a pesar de la exclamación de ella—: Tienes que conocer lo peor de mí. Soy lujurioso. Me aplasta un sentido de inutilidad, de incompetencia. No debería haberte pedido que te casaras conmigo, supongo. Soy un poco esnob; soy ambicioso...

—¡Ay, nuestros defectos! —exclamó ella—. ¿Qué importan? —Y luego preguntó—: ¿Estoy enamorada? ¿Es esto el amor? ¿Vamos a casarnos?

Arrebatado por el encanto de su voz y de su presencia, exclamó:

—Oh, eres libre, Rachel. Para ti el tiempo no cambiará nada, ni el matrimonio ni...

Las voces de los otros, detrás, llegaban flotando, ora más lejos, ora más cerca, y la risa de Mrs. Flushing se elevó sola y nítida.

—¿El matrimonio? —repitió Rachel.

Los gritos de atrás se renovaron, advirtiéndoles que se desviaban demasiado hacia la izquierda. Corrigiendo el rumbo, él continuó:

—Sí, el matrimonio. —La sensación de que no podían unirse de verdad hasta que ella supiera todo de él le impulsó de nuevo a explicarse—: Todo lo que en mí ha sido malo, lo que he aguantado, lo mediocre...

Ella murmuró, repasó su propia vida, pero no supo describir cómo la veía ahora.

—¡Y la soledad! —continuó él. Le vino a los ojos una imagen de los dos caminando por las calles de Londres—. Saldremos a pasear juntos —dijo. La sencillez de la idea los alivió, y por primera vez se rieron. Habrían querido, de haberse atrevido, tomarse de la mano, pero todavía no se habían sacudido la conciencia de los ojos fijos en ellos desde atrás.

—Libros, gente, estampas... Mrs. Nutt, Greeley, Hutchinson —murmuró Hewet.

Con cada palabra, la bruma que los había envuelto haciéndolos irreales el uno para el otro desde la tarde anterior se disipaba un poco más, y el contacto entre ellos se volvía cada vez más natural. Por encima del sofocante paisaje sureño veían aparecer el mundo que conocían, más nítido y más vívido que nunca. Como aquella vez en el hotel cuando se había sentado junto a la ventana, el mundo volvía a ordenarse ante su mirada con viveza y en sus justas proporciones. Ella echaba miradas furtivas a Terence de vez en cuando, fijándose en su abrigo gris y su corbata morada; observando al hombre con quien iba a pasar el resto de su vida.

Tras una de esas miradas, murmuró:

—Sí, estoy enamorada. No hay duda; estoy enamorada de ti.

Con todo, seguían estando incómodamente separados; tan unidos en el instante en que ella hablaba que no parecía haber distancia entre ellos, y al

momento siguiente, alejados y distantes otra vez. Sintiéndolo con dolor, ella exclamó:

— Va a ser una lucha.

Pero al mirarlo reparó en la forma de sus ojos, las arrugas alrededor de la boca y otras particularidades que le agradaban, y añadió:

— Donde yo quiero pelear, tú tienes compasión. Eres mejor que yo; mucho mejor.

Él le devolvió la mirada y sonrió, percibiendo, igual que había hecho ella, los pequeños detalles concretos de ella que la hacían deliciosa para él. Era suya para siempre. Una vez franqueada esa barrera, se abrían ante los dos infinitas dichas.

— Yo no soy mejor —respondió—. Solo soy mayor, más perezoso; un hombre, no una mujer.

— Un hombre —repitió ella, y una curiosa sensación de posesión se apoderó de ella: se le ocurrió que ahora podía tocarlo; alargó la mano y le rozó la mejilla con suavidad. Los dedos de él siguieron el camino de los de ella, y el roce de su propia mano en la cara le devolvió una abrumadora sensación de irrealidad. Ese cuerpo era irreal; el mundo entero era irreal.

— ¿Qué ha pasado? —empezó a decir—. ¿Por qué te pedí que te casaras conmigo? ¿Cómo ocurrió?

— ¿Me pediste que me casara contigo? —se preguntó ella. Se difuminaron el uno para el otro, y ninguno recordaba qué se había dicho.

— Estábamos sentados en el suelo —evocó él.

— Estábamos sentados en el suelo —confirmó ella. El recuerdo de haber estado sentados en el suelo, tal como era, parecía unirlos de nuevo, y siguieron caminando en silencio, con la mente trabajando a veces con dificultad y a veces sin trabajar en absoluto, y solo los ojos percibiendo lo que los rodeaba. Él volvía a intentar contarle sus defectos y por qué la quería; ella describía lo que había sentido en tal o cual momento, y juntos interpretaban ese sentimiento. Tan hermoso era el sonido de sus voces que poco a poco dejaron de atender a las palabras. Entre sus palabras se instalaron largos silencios, que ya no eran silencios de esfuerzo y confusión sino silencios reparadores en los que se movían pensamientos ligeros. Empezaron a hablar



con naturalidad de cosas corrientes, de las flores y los árboles, cómo crecían allí tan rojos como las flores de un jardín inglés, y más allá retorcidos y encorvados como el brazo de un viejo.

Muy suave y silenciosamente, casi como si fuera la sangre cantando en las venas o el agua del arroyo deslizándose sobre las piedras, Rachel tomó conciencia de una sensación nueva en su interior. Se preguntó un momento qué era, y luego se dijo, con cierta sorpresa al reconocer en sí misma algo tan celebrado:

«Esto es la felicidad, supongo.» Y en voz alta, a Terence, dijo:

—Esto es la felicidad.

A renglón seguido él respondió:

—Esto es la felicidad —y con eso comprendieron que el sentimiento había brotado en los dos al mismo tiempo. Se pusieron entonces a describir cómo era esa sensación, en qué se parecía y en qué se diferenciaba la de cada uno; porque eran muy distintos.

Las voces que gritaban detrás no les llegaban a través del agua en que ahora estaban sumergidos. La repetición del nombre de Hewet en sílabas breves y entrecortadas era para ellos el crujido de una rama seca o la risa de un pájaro. Los pastos y las brisas sonaban y susurraban a su alrededor sin que repararan en que el roce de las hierbas se hacía cada vez más fuerte y no cesaba cuando amainaba el viento. Una mano cayó de golpe, pesada como el hierro, sobre el hombro de Rachel; podría haber sido un rayo del cielo. Cayó bajo ella, y la hierba le azotó los ojos y le llenó la boca y los oídos. Entre los tallos que se agitaban vio una figura, grande y sin forma definida contra el cielo. Era Helen, que se había lanzado sobre ella. Rodó de un lado a otro, viendo ahora solo bosques de verde y ahora el cielo azul y alto; sin palabras y casi sin conciencia. Por fin quedó quieta, con las hierbas sacudiéndose a su alrededor y ante ella al ritmo de su jadeo. Sobre ella se cernían dos grandes cabezas, las cabezas de un hombre y una mujer, las de Terence y Helen.

Ambos estaban colorados, ambos reían, y los labios se movían; se juntaron y se besaron en el aire sobre ella. Fragmentos rotos de palabras le llegaban desde el suelo. Creyó oírles hablar de amor y luego de matrimonio. Al incorporarse y sentarse, también ella sintió el cuerpo suave de Helen, los

brazos fuertes y acogedores, y la felicidad hinchándose y rompiéndose en una ola inmensa. Cuando eso pasó, y las hierbas volvieron a tenderse y el cielo recuperó su horizontalidad y la tierra se extendió llana a cada lado y los árboles quedaron de pie, fue ella la primera en distinguir a lo lejos una pequeña hilera de figuras humanas que esperaban con paciencia. Por un momento no recordó quiénes eran.

—¿Quiénes son? —preguntó, y luego lo recordó.

Poniéndose en fila detrás de Mr. Flushing, tuvieron cuidado de dejar entre la puntera de sus botas y el borde de la falda de ella al menos tres metros.

Él los guió por una franja de hierba junto a la orilla del río y luego por un bosquecillo, indicándoles los signos de presencia humana: la hierba ennegrecida, los tocones carbonizados, y allí, entre los árboles, extraños nidos de madera agrupados bajo un arco allí donde los árboles se separaban: el poblado que era el destino del viaje.

Con paso cauteloso, observaron a las mujeres, que estaban acucilladas en el suelo en figuras triangulares, moviendo las manos, ya trenzando paja, ya amasando algo en cuencos. Pero cuando llevaban un momento mirando sin que les descubrieran, los descubrieron, y Mr. Flushing, que había avanzado hasta el centro del claro, se encontró enredado en conversación con un hombre delgado y majestuoso, cuyos huesos y cavidades hacían que la figura del inglés pareciera de inmediato fea y antinatural. Las mujeres no prestaron atención a los extraños, salvo que las manos se les detuvieron un instante y los ojos alargados y estrechos se deslizaron hacia ellos y se posaron con la mirada inmóvil e inexpresiva de quienes están separados los unos de los otros más allá del alcance de las palabras. Las manos volvieron a moverse, pero la mirada continuó. Los siguió mientras caminaban, mientras se asomaban a las chozas donde podían distinguirse fusiles apoyados en un rincón, cuencos en el suelo y haces de juncos; en la penumbra, los ojos solemnes de los niños los contemplaban, y las ancianas también miraban desde la puerta. Mientras se paseaban, la mirada los seguía, recorriendo sus piernas, sus cuerpos, sus cabezas, con una curiosidad no exenta de hostilidad, como el avance de una mosca invernal. La mujer que apartó el chal y ofreció el pecho a los labios de su bebé no apartó en ningún momento los ojos de sus rostros, aunque ellos se removieron incómodos bajo esa mirada y al final se alejaron, antes que seguir allí mirándola. Cuando les ofrecieron

dulces, alargaron sus grandes manos rojas para cogerlos, y se sintieron torpes y pesados como soldados de uniforme rígido entre aquella gente suave e instintiva. Pero pronto la vida del poblado dejó de reparar en ellos; quedaron absorbidos por ella. Las manos de las mujeres volvieron a afanarse con la paja; los ojos se bajaron. Si se movían, era para buscar algo en la choza, o para atrapar a un niño que se escapaba, o para cruzar el espacio con un cántaro equilibrado en la cabeza; si hablaban, era para lanzar algún grito áspero e incomprensible. Las voces se elevaban cuando pegaban a un niño y volvían a caer; se elevaban en cantos que ascendían un poco y descendían un poco, para posarse de nuevo en la misma nota grave y melancólica. Buscándose el uno al otro, Terence y Rachel se juntaron bajo un árbol. Apacible y hasta hermoso al principio, el espectáculo de las mujeres, que habían dejado de mirarlos, les producía ahora una sensación de frío y melancolía.

— Bueno — suspiró Terence al cabo —, nos hace sentir insignificantes, ¿verdad?

Rachel asintió. Así sería siempre y para siempre, dijo: aquellas mujeres sentadas bajo los árboles, los árboles y el río. Se volvieron y echaron a caminar entre los árboles, apoyados el uno en el otro sin miedo a ser vistos. No habían dado muchos pasos antes de volver a asegurarse que estaban enamorados, que eran felices, que estaban a gusto; pero ¿por qué dolía tanto estar enamorado, por qué había tanto dolor en la felicidad?

La visión del poblado los había afectado a todos de manera peculiar, aunque de modo distinto en cada uno. St. John se había separado de los demás y bajaba despacio hacia el río, absorto en sus propios pensamientos, amargos y tristes, porque se sentía solo; y Helen, de pie sola en el espacio soleado entre las mujeres indígenas, estaba expuesta a presagios de desastre. Los gritos de las bestias sin razón le resonaban en los oídos, altos y bajos en el aire, mientras saltaban de los troncos a las copas. ¡Qué pequeñas parecían las figuritas que vagaban entre los árboles! Cobró una conciencia aguda de los miembros frágiles, las venas delgadas, la carne delicada de hombres y mujeres, que se rompe tan fácilmente y deja escapar la vida comparada con estos grandes árboles y estas aguas profundas. Una rama que cae, un pie que resbala, y la tierra los aplasta o el agua los ahoga. Pensando así, mantenía los ojos clavados con ansiedad en los amantes,

como si con eso pudiera protegerlos de su destino. Al volverse, encontró a los Flushing a su lado.

Hablaban de las cosas que habían comprado y discutían si eran realmente antiguas y si no se apreciaban aquí y allá señales de influencia europea. Recurrieron a Helen. Le pidieron que mirara un broche, y luego unos pendientes. Pero todo el tiempo los culpaba por haber emprendido esa expedición, por haberse aventurado demasiado lejos y haberse expuesto. Luego se sacudió y trató de hablar, pero a los pocos momentos se sorprendió a sí misma viendo la imagen de una barca volcada en el río, en Inglaterra, a plena luz del día. Era morboso, lo sabía, imaginar semejantes cosas; con todo, buscó con los ojos las figuras de los demás entre los árboles, y cuando los localizaba no los perdía de vista, para poder protegerlos de cualquier desgracia.

Pero cuando el sol se puso y el vapor giró y emprendió el regreso hacia la civilización, sus temores se calmaron de nuevo. En la semioscuridad, las sillas de cubierta y las personas sentadas en ellas eran formas angulosas, la boca indicada por un pequeño punto luminoso y el brazo por ese mismo punto que subía y bajaba según el cigarro o el cigarrillo se acercaba o se alejaba de los labios. Las palabras cruzaban la oscuridad, pero, al no saber dónde caían, parecían carecer de energía y sustancia. De la gran mole blanca que representaba la persona de Mrs. Flushing brotaban suspiros profundos y regulares, aunque con cierto esfuerzo por contenerlos. El día había sido largo y muy caluroso, y ahora que todos los colores se habían borrado, el fresco del aire nocturno parecía posar suaves dedos sobre los párpados, sellándolos. Algún comentario de índole filosófica dirigido, por lo visto, a St. John Hirst erró el blanco y quedó suspendido en el aire tanto tiempo antes de ser engullido por un bostezo que se lo dio por muerto, y eso fue la señal para el movimiento de piernas y los murmullos sobre el sueño. La mole blanca se agitó, se estiró al fin y desapareció, y tras unos cuantos pasos y vueltas también St. John y Mr. Flushing se retiraron, dejando las tres sillas aún ocupadas por tres cuerpos silenciosos. La luz que emanaba de un farol alto en el mástil y de un cielo pálido de estrellas les dejaba formas pero no rasgos; pero incluso en esa oscuridad la retirada de los otros los hizo sentirse muy próximos, pues todos pensaban en lo mismo. Durante un rato nadie habló; luego Helen dijo con un suspiro:

—¿Así que los dos sois muy felices?

Lavada por el aire, su voz sonaba más espiritual y más suave que de costumbre. Voces a cierta distancia le respondieron:

—Sí.

En la oscuridad los estaba mirando a los dos e intentando distinguirlo a él. ¿Qué podía decirles? Rachel había salido ya de su tutela. Una voz podía llegarle a los oídos, pero nunca volvería a penetrar tan hondo como veinticuatro horas atrás. Con todo, parecía que antes de irse a la cama le correspondía a ella decir algo. Quería hablar, pero se sentía extrañamente vieja y abatida.

—¿Os dais cuenta de lo que estáis haciendo? —preguntó—. Sois jóvenes los dos, y el matrimonio... —Aquí se interrumpió. Pero ellos la instaron a continuar con tanta seriedad en la voz, como si únicamente buscaran consejo, que se vio llevada a añadir—: El matrimonio... bueno, no es fácil.

—Eso es precisamente lo que queremos saber —respondieron, y ella adivinó que en ese momento se estarían mirando el uno al otro.

—Depende de los dos —declaró. Tenía el rostro vuelto hacia Terence, y aunque él apenas podía verla, le pareció que sus palabras ocultaban un deseo genuino de saber más sobre él. Se incorporó desde su posición semitumbada y se dispuso a contarle lo que quería saber. Habló con la mayor ligereza posible para disipar la melancolía de Helen.

—Tengo veintisiete años y unas setecientas libras al año —empezó—. De carácter soy bastante apacible, y la salud excelente, aunque Hirst detecta cierta tendencia gotosa. Bien: creo que soy muy inteligente. —Hizo una pausa como aguardando confirmación.

Helen asintió.

—Aunque, por desgracia, bastante perezoso. Pienso dejar que Rachel sea una tonta cuando le apetezca, y... ¿te parezco en conjunto satisfactorio en los demás aspectos? —preguntó con timidez.

—Sí, me gusta lo que conozco de ti —respondió Helen—. Pero claro... uno conoce tan poco.

—Viviremos en Londres —continuó él—, y... —Con una sola voz preguntaron de pronto si no creía que eran las personas más felices que había conocido jamás.

—Chist —los atajó— , Mrs. Flushing, acordaos. Está detrás de nosotros.

Entonces callaron, y Terence y Rachel sintieron instintivamente que su felicidad la había entristecido, y aunque tenían ganas de seguir hablando de sí mismos, no se atrevían.

—Hemos hablado demasiado de nosotros —dijo Terence—. Cuéntanos...

—Sí, cuéntanos... —repitió Rachel. Los dos estaban en ese estado de ánimo en que se cree que todo el mundo es capaz de decir algo muy profundo.

—¿Qué puedo contaros? —reflexionó Helen, hablando más para sí misma, con un estilo divagador, que como profetisa que entrega un mensaje. Se obligó a hablar—: Después de todo, aunque riño a Rachel, tampoco yo soy mucho más sabia. Soy mayor, claro, estoy a mitad de camino, y vosotros acabáis de empezar. Es desconcertante..., a veces, creo, decepcionante; las grandes cosas quizá no son tan grandes como uno esperaba..., pero es interesante..., sí, estáis seguros de encontrarlo interesante..., y así sigue —aquí cobraron conciencia del desfile de árboles oscuros hacia el que, hasta donde alcanzaba la vista, Helen miraba ahora—, y hay placeres donde uno no los espera (tienes que escribirle a tu padre), y seréis muy felices, no tengo duda. Pero tengo que irme a la cama, y si sois sensatos me seguiréis en diez minutos, y así... —se levantó y se plantó ante ellos, casi sin rasgos y muy grande—: Buenas noches. —Desapareció tras la cortina.

Tras permanecer sentados en silencio la mayor parte de los diez minutos que ella les había concedido, se levantaron y se inclinaron sobre la borda. Bajo ellos, el agua negra y lisa se deslizaba rápida y silenciosa. Una chispa de cigarrillo desapareció a sus espaldas.

—Una voz hermosa —murmuró Terence.

Rachel asintió. Helen tenía una voz hermosa.

Tras un silencio ella preguntó, mirando hacia el cielo:

—¿Estamos en la cubierta de un vapor en un río de América del Sur?  
¿Soy Rachel, eres Terence?

El gran mundo negro los rodeaba. Mientras avanzaban deslizándose se diría que estaba dotado de una densidad y una permanencia inmensas. Distinguían copas de árboles puntiagudas y copas redondeadas y romas. Levantando los ojos por encima de los árboles, los posaron en las estrellas y

en el borde pálido del cielo sobre las copas. Los pequeños puntos de luz helada, infinitamente lejanos, atrajeron sus ojos y los retuvieron fijos, de manera que parecieron permanecer mucho tiempo y caer desde una gran altura cuando volvieron a ser conscientes de sus manos aferradas a la borda y de sus cuerpos separados, uno al lado del otro.

—Me habías olvidado por completo —la reprendió Terence, tomándola del brazo y empezando a pasear por cubierta—. Yo nunca te olvido.

—Oh, no —susurró ella, no lo había olvidado, solo las estrellas... la noche... la oscuridad...

—Eres como un pájaro medio dormido en su nido, Rachel. Estás dormida. Hablas dormida.

Medio dormidos y musitando palabras inconexas, se quedaron de pie en el ángulo que formaba la proa del barco. La lancha seguía deslizándose río abajo. Sonó una campana en el puente, y oyeron el chapoteo del agua al rizar las orillas, y una vez un pájaro, sobresaltado en su sueño, emitió un chirrido, voló hacia el árbol siguiente y volvió a callarse. La oscuridad caía a raudales y los dejaba con apenas sensación de vida, salvo que estaban allí juntos, de pie en la oscuridad.

## CAPÍTULO XXII

La oscuridad caía, pero volvía a levantarse, y conforme cada día se extendía ampliamente sobre la tierra y los alejaba de aquel extraño día en el bosque en que se habían visto obligados a confesarse lo que deseaban, ese anhelo suyo quedó a la vista de los demás y, en el proceso, se volvió levemente extraño para ellos mismos. Al parecer no había ocurrido nada fuera de lo común: sencillamente se habían prometido en matrimonio. El mundo, que para ellos consistía en su mayor parte en el hotel y la villa, se manifestó complacido, en líneas generales, de que dos personas fueran a casarse, y les dio a entender que no se esperaba de ellos que participaran en el trabajo que ha de hacerse para que el mundo siga su curso, sino que bien podían ausentarse por un tiempo. Así pues, los dejaron solos hasta que el silencio se les hizo sentir como si, jugando en una iglesia vastísima, alguien hubiera cerrado la puerta tras ellos. Se veían impulsados a caminar solos, a sentarse solos, a visitar lugares secretos donde las flores nunca habían sido cortadas y los árboles vivían en soledad. En la soledad podían expresar esos deseos hermosos pero demasiado vastos que resultaban tan incómodamente extraños a los oídos del resto de hombres y mujeres: deseos de un mundo tal como el suyo propio —que para ellos contenía dos personas— les parecía que era: un mundo en que las personas se conocían íntimamente y, por tanto, se juzgaban por lo que había de bueno en ellas, y nunca reñían, porque eso era malgastar el tiempo.

Hablaban de semejantes cuestiones entre libros, o al sol, o sentados a la sombra de un árbol sin ser importunados. Ya no sentían turbación, ni tenían la garganta medio anudada por un significado que no lograba expresarse; no se temían el uno al otro ni se deslumbraban, como viajeros en un río de curvas cerradas, ante la belleza repentina que aparece al doblar un recodo; lo



inesperado ocurría, pero hasta lo ordinario resultaba entrañable, y en muchos aspectos preferible a lo extático y misterioso, pues tenía una solidez que reconfortaba, y exigía esfuerzo, y el esfuerzo en tales circunstancias no era esfuerzo sino deleite.

Mientras Rachel tocaba el piano, Terence permanecía cerca de ella, ocupado —según atestiguaba la escritura ocasional de alguna palabra a lápiz— en dar forma al mundo tal como se le aparecía ahora que él y Rachel iban a casarse. Era distinto, sin duda. El libro titulado *Silencio* no sería ya el mismo que habría sido. Entonces dejaba el lápiz y se quedaba mirando al frente, preguntándose en qué aspectos había cambiado el mundo; tenía, quizás, mayor solidez, más coherencia, más importancia, mayor profundidad. La tierra misma, a veces, le parecía muy honda: no tallada en colinas y ciudades y campos, sino amontonada en grandes masas. Se quedaba mirando por la ventana diez minutos seguidos; pero no, la tierra barrida de seres humanos no le atraía. Le gustaban los seres humanos: le gustaban, sospechaba, más de lo que le gustaban a Rachel. Ahí estaba ella, balanceándose con entusiasmo sobre su música, completamente ajena a él —pero esa cualidad era precisamente lo que le gustaba de ella. Le gustaba la impersonalidad que eso producía en ella. Al fin, tras haber anotado una serie de frases cortas con signos de interrogación al final, observó en voz alta:

—Mujeres... bajo el epígrafe «Mujeres» he escrito: «No son en realidad más vanidosas que los hombres. La falta de confianza en una misma está en la raíz de la mayoría de sus defectos más graves. ¿La antipatía hacia el propio sexo es una tradición o tiene fundamento en la realidad? Cada mujer no es tanto una libertina de corazón como una optimista, porque no piensan.» ¿Qué me dices, Rachel? —Se quedó con el lápiz en la mano y un pliego de papel sobre la rodilla.

Rachel no dijo nada. Fue subiendo, subiendo la empinada espiral de una tardísima sonata de Beethoven, como alguien que asciende una escalera en ruinas: con energía al principio, luego avanzando los pies con esfuerzo creciente hasta no poder seguir y descender de un tirón para empezar de nuevo desde el fondo.

—Asimismo, ahora está de moda decir que las mujeres son más prácticas y menos idealistas que los hombres, y también que tienen una capacidad organizativa considerable pero ningún sentido del honor... —pregunta: ¿qué

se entiende por el término masculino «honor»?— ¿qué corresponde a eso en vuestro sexo? ¿Eh?

Volviendo a atacar su escalera, Rachel desaprovechó de nuevo esta ocasión de revelar los secretos de su sexo. En verdad había avanzado tanto en la búsqueda de la sabiduría que dejaba esos secretos en paz; parecía que estaban reservados para una generación posterior que los discutiera filosóficamente.

Dejando caer con estrépito un acorde final con la mano izquierda, exclamó por fin, girando hacia él en el taburete:

—No, Terence, es imposible; aquí estoy yo, la mejor músico de toda América del Sur, por no hablar de Europa y Asia, y no puedo tocar ni una nota por tu culpa, interrumpiéndome a cada momento.

—Parece que no te das cuenta de que eso es lo que he estado intentando conseguir durante la última media hora —observó él—. No me opongo a las melodías bonitas y sencillas; de hecho, me son de gran ayuda para mi composición literaria, pero esa clase de cosa es simplemente como un pobre perro viejo dando vueltas sobre las patas traseras bajo la lluvia.

Empezó a hojear los pequeños pliegos de papel de carta desperdigados por la mesa, con las felicitaciones de sus amigos.

—«... todos los deseos posibles de toda la felicidad posible» —leyó—. Correctas, pero no muy expresivas, ¿verdad?

—¡Son puras tonterías! —exclamó Rachel—. ¡Piensa en las palabras comparadas con los sonidos! —continuó—. Piensa en las novelas, en las obras de teatro, en los libros de historia... —Encaramada en el borde de la mesa, removié los volúmenes rojos y amarillos con desdén. Le parecía estar en una posición desde la que podía despreciar todo el saber humano. Terence los miró también.

—¡Dios mío, Rachel, qué basura lees! —exclamó—. Y encima vas con retraso, querida. Nadie sueña ya con leer esta clase de cosas: anticuadas obras de teatro de tesis, lacerantes descripciones de la vida en el East End... No, no, todo eso ha quedado descartado. Lee poesía, Rachel, ¡poesía, poesía, poesía!

Cogiendo uno de los libros, comenzó a leer en voz alta con intención de parodiar los ladridos secos y breves del estilo del autor; pero ella no prestó atención, y tras un intervalo de reflexión exclamó:

—¿Te parece alguna vez, Terence, que el mundo está compuesto enteramente de enormes bloques de materia, y que nosotros no somos más que manchas de luz —miró las suaves manchas de sol que oscilaban sobre la alfombra y subían por la pared—, como esas?

—No —dijo Terence—. Yo me siento sólido; inmensamente sólido; las patas de mi silla podrían estar enraizadas en las entrañas de la tierra. Pero en Cambridge, recuerdo, había momentos en que uno caía en estados ridículos de semicoma hacia las cinco de la mañana. Hirst lo tendrá ahora, imagino... no, Hirst no lo tendría.

—El día que llegó tu nota invitándonos a la excursión —continuó Rachel—, yo estaba sentada donde estás tú ahora, pensando eso; me pregunto si podría volver a pensarlo. Me pregunto si el mundo ha cambiado, y si es así, cuándo dejará de cambiar, y cuál es el mundo real.

—Cuando te vi por primera vez —comenzó él—, pensé que eras como una criatura que hubiera vivido toda su vida entre perlas y huesos viejos. Tenías las manos húmedas, ¿recuerdas?, y no dijiste una sola palabra hasta que te di un trozo de pan, y entonces dijiste: «¡Seres humanos!»

—Y yo te tomé a ti por... un engreído —recordó ella—. No; eso no es del todo exacto. Estaban las hormigas que se llevaban la lengua, y pensé que tú y St. John erais como esas hormigas: muy grandes, muy feos, muy activos, con todas vuestras virtudes a cuestas. Sin embargo, cuando hablé contigo me gustaste...

—Te enamoraste de mí —la corrigió él—. Estabas enamorada de mí todo el tiempo, solo que no lo sabías.

—No, nunca me enamoré de ti —sostuvo ella.

—Rachel... qué mentira... ¿acaso no te sentabas aquí mirando mi ventana... no merodeabas por el hotel como un búho bajo el sol...?

—No —repitió ella—. Nunca me enamoré, si enamorarse es lo que la gente dice que es, y es el mundo el que miente y soy yo quien dice la verdad. ¡Qué mentiras, qué mentiras!

Arrugó entre las manos un puñado de cartas de Evelyn M., de Mr. Pepper, de Mrs. Thornbury y de Miss Allan, y de Susan Warrington. Era extraño, dada la enorme diferencia entre todas esas personas, que empleasen frases casi idénticas cuando escribían para felicitarla por su compromiso.

Que cualquiera de esas personas hubiera sentido alguna vez lo que ella sentía, o pudiera sentirlo algún día, o tuviera siquiera el derecho de fingir por un solo segundo que era capaz de sentirlo, la consternaba tanto como había hecho el servicio religioso en la iglesia, tanto como había hecho el rostro de la enfermera del hospital; y si no sentían eso, ¿por qué fingían que sí? La simplicidad y la arrogancia y la dureza de su juventud, ahora concentradas en una chispa única por su amor hacia él, desconcertaban a Terence; estar prometido no le producía ese efecto a él; el mundo era distinto, pero no de esa manera; seguía deseando lo que siempre había deseado, y en particular deseaba la compañía de los demás más que nunca, quizás. Le quitó las cartas de la mano y protestó:

—Son absurdas, claro que sí, Rachel; claro que dicen lo que dicen simplemente porque los demás lo dicen, pero aun así, qué buena mujer es Miss Allan; eso no puedes negarlo; y Mrs. Thornbury también; es cierto que tiene demasiados hijos, pero si la mitad de ellos se hubieran echado a perder en lugar de elevarse indefectiblemente a la cima de sus respectivos árboles... ¿no tiene una cierta belleza, una simplicidad elemental, como diría Flushing? ¿No se parece un poco a un árbol viejo y frondoso que murmura bajo la luna, o a un río que sigue y sigue y sigue? A propósito, han nombrado a Ralph gobernador de las islas Carroway: el gobernador más joven del servicio; muy bien, ¿verdad?

Pero Rachel era por el momento incapaz de concebir que la inmensa mayoría de los asuntos del mundo transcurriera sin estar unida por un solo hilo a su propio destino.

—No voy a tener once hijos —declaró—. No voy a tener los ojos de una anciana. Te mira de arriba abajo, de arriba abajo, como si fueras un caballo.

—Tenemos que tener un hijo y tenemos que tener una hija —dijo Terence, dejando las cartas—, porque, aparte de la ventaja inestimable de ser hijos nuestros, los educaríamos de maravilla. —Se pusieron a esbozar el plan de una educación ideal: a su hija se le exigiría desde la infancia contemplar un gran cuadrado de cartón pintado de azul, para sugerirle pen-

samientos sobre el infinito, pues las mujeres habían llegado a ser demasiado prácticas; y su hijo... él debería aprender a reírse de los grandes hombres, esto es, de los hombres distinguidos y de éxito, de los hombres que lucían condecoraciones y ascendían a la cima de sus árboles. No debería parecerse en nada (añadió Rachel) a St. John Hirst.

A esto Terence profesó la más viva admiración por St. John Hirst. Al enumerar sus buenas cualidades fue convenciéndose en serio de ellas; tenía una mente como un torpedo, declaró, apuntado contra la falsedad. ¿Dónde estaríamos todos sin él y su clase? Ahogados entre malezas; cristianos, fanáticos... la propia Rachel sería una esclava con abanico cantando canciones a los hombres cuando les entrara sueño.

—¡Pero tú nunca lo entenderás! —exclamó—; porque con todas tus virtudes no te importa, ni te importará nunca, con cada fibra de tu ser, la búsqueda de la verdad. No tienes respeto por los hechos, Rachel; eres esencialmente femenina. —Ella no se molestó en contradecirlo, ni consideró oportuno esgrimir el único argumento irrefutable contra los méritos que Terence admiraba en Hirst. St. John Hirst había dicho que ella estaba enamorada de él; eso nunca se lo perdonaría; pero ese argumento no era de los que seducen a un hombre.

—Pero me cae bien —dijo ella, y pensó para sus adentros que también le daba lástima, como da lástima la gente desafortunada que queda fuera del cálido y misterioso globo lleno de cambios y milagros en el que nosotros mismos nos movemos; pensó que debía de ser muy aburrido ser St. John Hirst.

Resumió lo que sentía respecto a él diciéndose que no le daría un beso aunque él lo deseara, lo cual era improbable.

Como si debiera alguna disculpa a Hirst por el beso que entonces le dio a Terence, este protestó:

—Y comparado con Hirst, yo soy un perfecto zoquete.

El reloj dio entonces las doce en lugar de las once.

—Estamos malgastando la mañana; yo debería estar escribiendo mi libro, y tú deberías estar contestando estas cartas.

—Solo nos quedan veintiún mañanas completas —dijo Rachel—. Y mi padre llegará en un par de días.

Sin embargo, acercó hacia sí una pluma y papel y empezó a escribir con esfuerzo:

«Querida Evelyn:»

Terence, entre tanto, leía una novela escrita por otro, proceso que consideraba imprescindible para la composición de la suya. Durante un buen rato no se oyó nada más que el tictac del reloj y el rasgueo intermitente de la pluma de Rachel, a medida que producía frases con un considerable parecido a las que ella había censurado. Ella misma se percató, pues dejó de escribir y alzó la vista; miró a Terence hundido en el sillón, miró los distintos muebles, su cama en el rincón, el cristal de la ventana a través del cual se veían las ramas de un árbol recortadas contra el cielo, oyó el tictac del reloj, y se asombró del abismo que mediaba entre todo aquello y su hoja de papel. ¿Llegaría algún día en que el mundo fuera uno e indivisible? Incluso con el propio Terence... qué lejos podían estar el uno del otro, qué poco sabía ella lo que pasaba en su cabeza en aquel momento. Luego terminó su frase, torpe y deslucida, en la que declaraba que los dos «eran muy felices, y pensaban casarse en otoño probablemente, y esperaban vivir en Londres, donde espero que vengas a vernos cuando regresemos». Eligiendo «con cariño», tras alguna reflexión adicional, antes que «atentamente», firmó la carta y estaba empezando con tesón la siguiente cuando Terence, citando su libro, dijo:

—Escucha esto, Rachel. «Es probable que Hugh» (él es el protagonista, un hombre de letras) «no hubiera comprendido en el momento de su matrimonio, como tampoco suele comprenderlo el joven dotado e imaginativo, la naturaleza del abismo que separa las necesidades y los deseos del hombre de las necesidades y los deseos de la mujer... Al principio habían sido muy felices. La excursión a pie por Suiza había sido para ambos una época de grata camaradería y reveladoras experiencias. Betty había demostrado ser la compañera ideal... Le habían cantado el uno al otro *Love in the Valley* a través de las laderas nevadas del Riffelhorn» (y así sucesivamente, etcétera; me salto las descripciones). «... Pero en Londres, tras el nacimiento del niño, todo cambió. Betty era una madre admirable; pero no tardó mucho en descubrir que la maternidad, tal como la entiende la madre de la alta clase

media, no absorbía la totalidad de sus energías. Era joven y robusta, de miembros sanos y con un cuerpo y una mente que pedían urgentemente ejercicio...» (En suma, empezó a dar tés.) «... Al volver tarde de aquella singular conversación con el viejo Bob Murphy en su ahumada y atiborrada de libros habitación, donde los dos hombres se habían abierto el alma el uno al otro, con el rumor del tráfico en los oídos y el brumoso cielo de Londres extendido trágicamente por su mente... encontró sombreros de mujer reparados entre sus papeles. Chales y absurdos zapatitos femeninos y paraguas en el vestíbulo... Luego empezaron a llegar las facturas... Intentó hablarle con franqueza. La encontró tendida sobre la gran piel de oso polar de su dormitorio, a medio vestir, pues iban a cenar con los Green en Wilton Crescent, con el rojizo resplandor del fuego haciendo centellear y titilar los diamantes sobre sus brazos desnudos y en la deliciosa curva de su seno: una visión de adorable feminidad. La perdonó por todo.» (Bueno, esto va de mal en peor, y finalmente, unas cincuenta páginas después, Hugh saca un billete de ida y vuelta a Swanage y «se lo plantea a solas en los páramos sobre Corfe»... Aquí hay unas quince páginas que nos saltamos. La conclusión es...) «Eran distintos. Quizás, en un futuro lejano, cuando generaciones de hombres hubieran luchado y fracasado como él debía ahora luchar y fracasar, la mujer sería, en efecto, lo que ahora fingía ser: la amiga y compañera, no la enemiga y parásita del hombre.»

»El caso es que, ya ves, Hugh volvió con su mujer, el pobre. Era su deber, como hombre casado. Dios mío, Rachel —concluyó—, ¿será así cuando nos casemos nosotros?

En lugar de responderle, ella preguntó:

—¿Por qué no escribe la gente sobre lo que de verdad siente?

—¡Ah, esa es la dificultad! —suspiró él, arrojando el libro.

—Bueno, entonces, ¿cómo será cuando nos casemos? ¿Qué es lo que la gente siente de verdad?

Ella pareció dudar.

—Siéntate en el suelo y déjame mirarte —ordenó él. Apoyando el mentón en su rodilla, ella lo miró directamente.

Él la examinó con curiosidad.

—No eres guapa —comenzó—, pero me gusta tu cara. Me gusta la manera en que el pelo te cae en punta hacia abajo, y también tus ojos... que nunca ven nada. Tienes la boca demasiado grande, y las mejillas estarían mejor con algo más de color. Pero lo que me gusta de tu cara es que hace preguntarse qué demonios estás pensando; me dan ganas de hacer esto... —Cerró el puño y lo agitó tan cerca de ella que Rachel retrocedió de un salto—, porque ahora pareces dispuesta a levantarme la tapa de los sesos. Hay momentos —continuó— en que, si estuviéramos juntos en lo alto de una roca, me tirarías al mar.

Hipnotizada por la fuerza de sus ojos en los suyos, ella repitió:

—Si estuviéramos en lo alto de una roca...

Ser lanzada al mar, ser arrastrada de acá para allá, impulsada hasta las raíces del mundo... la idea era incoherentemente deliciosa. Se puso de un salto en pie y empezó a moverse por la habitación, doblándose y apartando a un lado sillas y mesas como si en efecto estuviera abriéndose paso entre las aguas. Él la contempló con placer; parecía estar abriéndose camino y sobreponerse en triunfo a los obstáculos que habrían de entorpecer su paso por la vida.

—¡Parece posible! —exclamó él—, aunque siempre lo he tenido por lo más improbable del mundo: estaré enamorado de ti toda la vida, y nuestro matrimonio será lo más emocionante que haya ocurrido jamás. No tendremos un momento de paz... —La atrapó entre sus brazos al pasar, y lucharon por la victoria, imaginando una roca y el mar agitándose debajo de ellos. Al fin ella fue derribada al suelo, donde yació jadeando y pidiendo clemencia.

—¡Soy una sirena! Sé nadar —gritó—, así que el juego ha terminado. —Le habían rasgado el vestido, y, una vez restablecida la paz, buscó una aguja e hilo y se puso a remendar el desgarrón.

—Y ahora —dijo—, cállate y cuéntame cosas del mundo; cuéntame todo lo que ha pasado nunca, y yo te contaré... a ver, ¿qué puedo contarte? Te contaré lo de Miss Montgomerie y la fiesta en el río. Resulta que se quedó, ya ves, con un pie en la barca y el otro en tierra.

Ya habían pasado mucho tiempo así, completando el uno para el otro el curso de su vida pasada y el carácter de sus amigos y parientes, de modo



que muy pronto Terence no solo sabía lo que podía esperarse que dijeran las tías de Rachel en cualquier ocasión, sino también cómo tenían amueblados sus dormitorios y qué clase de sombreros usaban. Era capaz de sostener una conversación entre la señora Hunt y Rachel, y de animar una merienda con el reverendo William Johnson y Miss Macquoid, los científicos cristianos, con un parecido notable a la realidad. Pero él había conocido a mucho más gente, y dominaba el arte de la narración con mucha mayor maestría que Rachel, cuyas experiencias eran, en su mayor parte, de un carácter curiosamente infantil y humorístico, de suerte que por lo general le tocaba a ella escuchar y hacer preguntas.

Le contó no solo lo que había ocurrido, sino lo que había pensado y sentido, y le trazó retratos que la fascinaban de lo que otros hombres y mujeres podrían estar pensando y sintiendo, de modo que ella empezó a desear vivamente regresar a Inglaterra, que estaba llena de gente, donde le bastaría con plantarse en las calles y observarlos. Según él, además, existía un orden, un patrón que hacía razonable la vida, o si esa palabra era necia, la hacía profundamente interesante en todo caso, pues a veces parecía posible comprender por qué las cosas sucedían como sucedían. Ni eran las personas tan solitarias e incomunicadas como ella creía. Debía buscar la vanidad — la vanidad era una cualidad corriente — primero en sí misma, y luego en Helen, en Ridley, en St. John; todos tenían su parte de ella, y la encontraría en diez de cada doce personas que conociese; y una vez unidos por un vínculo así, los vería no como seres aislados e imponentes, sino prácticamente indistinguibles entre sí, y acabaría por amarlos cuando descubriera que eran como ella misma.

Si lo negaba, tendría que defender su convicción de que los seres humanos eran tan diversos como las bestias del zoo, con sus rayas y sus crines, sus cuernos y sus jorobas; y así, debatiéndose a lo largo de la lista entera de sus conocidos y derivando hacia la anécdota, la teoría y la especulación, llegaron a conocerse. Las horas pasaban veloces y les parecían tan plenas que a punto estaban de desbordar. Tras una noche de soledad, siempre estaban dispuestos a empezar de nuevo.

Las virtudes que Mrs. Ambrose había creído en otro tiempo encontrar en la conversación libre entre hombres y mujeres existían de hecho para ambos, aunque no exactamente en la medida que ella prescribía. Más que sobre la naturaleza del sexo, se demoraban en la naturaleza de la poesía; pero

era cierto que una charla sin fronteras ahondaba y ensanchaba la visión de una joven, que es tan angosta aunque tan luminosa. A cambio de lo que él podía contarle, ella le aportaba una curiosidad y una agudeza de percepción tales que él llegó a dudar de si cualquier don conferido por muchas lecturas y vivencias era del todo comparable a aquellos para el placer y el dolor. ¿Qué le daría la experiencia, a fin de cuentas, sino una especie de ridículo equilibrio formal, como el de un perro adiestrado en la calle? La miraba a la cara y se preguntaba cómo sería dentro de veinte años, cuando los ojos se hubiesen apagado y la frente mostrara esas pequeñas arrugas tenaces que parecen indicar que la madurez se enfrenta a algo duro que la juventud no alcanza a ver. ¿Qué sería para ellos esa cosa dura?, se preguntaba. Y entonces sus pensamientos viraron hacia la vida que les aguardaba en Inglaterra.

El pensamiento de Inglaterra era una delicia, pues juntos descubrirían de nuevo las cosas antiguas con ojos frescos; sería Inglaterra en junio, y habría noches de junio en el campo; y los ruiseñores cantarían en los caminos, hacia los que podrían escabullirse cuando el calor del cuarto se hiciera insostenible; y habría prados ingleses resplandecientes de agua y poblados de vacas solemnes, y nubes bajas que se arrastraban sobre las colinas verdes. Sentado con ella en aquel cuarto, deseaba con frecuencia estar ya de vuelta en el centro de la vida, haciéndolo todo con Rachel.

Se acercó a la ventana y exclamó:

— Señor, qué bien sienta pensar en los caminos, los caminos enfangados con sus zarzas y sus ortigas, ¿sabes?, y los campos de hierba verdadera, y las granjas con sus cerdos y sus vacas, y los hombres caminando junto a los carros con sus horcas... aquí no hay nada que se le compare. Mira esa tierra rojiza y pedregosa, y el mar de un azul intenso, y las casas blancas que encandilan: ¡qué hartura da todo eso! Y el aire, sin una mancha ni una arruga. Daría cualquier cosa por una bruma marina.

Rachel también había estado pensando en el campo inglés: la llanura que se extiende hasta el mar, y los bosques y los largos caminos rectos donde se puede caminar durante kilómetros sin ver a nadie, y los grandes campanarios de las iglesias y las singulares casas apiñadas en los valles, y los pájaros, y el crepúsculo, y la lluvia golpeando los cristales.

—Pero Londres, Londres es el lugar —continuó Terence. Contemplaron juntos la alfombra, como si Londres misma estuviera tendida allí en el suelo, con todos sus chapiteles y pináculos asomando entre el humo.

—A fin de cuentas, lo que más me apetecería en este momento —caviló Terence— sería encontrarme bajando por Kingsway, junto a esos grandes carteles, ¿sabes?, y doblar hacia el Strand. Quizá me llegara un momento al puente de Waterloo. Luego seguiría por el Strand pasando frente a las librerías con todos los libros nuevos en los escaparates, y atravesaría el pequeño arco de entrada al Temple. Siempre me gusta el silencio después del estrépito. De pronto oyes tus propios pasos, bien claros. El Temple es muy agradable. Creo que iría a ver si encuentro al buen Hodgkin, ese hombre que escribe libros sobre Van Eyck, ¿sabes? Cuando me fui de Inglaterra estaba muy afligido por su urraca amaestrada. Sospechaba que alguien la había envenenado. Y luego está Russell, que vive en la escalera de al lado. Creo que te gustaría. Tiene una pasión por Handel. En fin, Rachel —concluyó, dejando atrás la visión de Londres—, en seis semanas lo estaremos haciendo juntos, y entonces será mediados de junio, y junio en Londres... ¡Dios mío, qué delicia!

—Y además es seguro que lo tendremos —dijo ella—. No es como si estuviéramos pidiendo demasiado: simplemente pasear y mirar las cosas.

—Solo mil libras al año y plena libertad —replicó él—. ¿Cuánta gente crees que hay en Londres con eso?

—Y ahora lo has estropeado —se quejó ella—. Ahora tenemos que ponernos a pensar en las cosas horribles. —Miró con cierta animadversión la novela que en su día le había causado quizá una hora de malestar, tanto que nunca la había vuelto a abrir, aunque la tenía sobre la mesa y la contemplaba de vez en cuando, como el monje medieval que guardaba una calavera o un crucifijo para recordarse la fragilidad del cuerpo.

—¿Es verdad, Terence —preguntó— que las mujeres mueren con chinch-es cruzándoles la cara?

—Me parece muy probable —dijo él—. Pero has de reconocer, Rachel, que tan raramente pensamos en algo que no sea nosotros mismos, que un pequeño escozor de vez en cuando resulta en realidad bastante saludable.

Acusándolo de una afectación de cinismo que era tan mala como la propia sensiblería, se apartó de su lado y se arrodilló en el alféizar, enredando entre los dedos los flecos de la cortina. Una vaga insatisfacción la invadió.

—Lo más detestable de este país —exclamó— es el azul: siempre el cielo azul y el mar azul. Es como una cortina; todo lo que uno desea está al otro lado. Quiero saber qué ocurre detrás. Detesto estas divisiones, ¿no las detestas tú también, Terence? Una persona completamente a oscuras respecto a otra. Mira que me gustaron los Dalloway —prosiguió—, y se han ido. No volveré a verlos. Con solo subir a un barco nos separamos por completo del resto del mundo. Quiero ver Inglaterra allí, Londres allí, toda clase de personas... ¿por qué no? ¿Por qué ha de estar una encerrada sola en un cuarto?

Mientras hablaba así, en parte para sí misma y con una vaguedad creciente, porque la vista se le había ido hacia un barco que acababa de entrar en la bahía, no se dio cuenta de que Terence había dejado de mirar plácidamente al frente y la observaba con intensidad y con disgusto. Ella parecía capaz de soltarse de él y alejarse hacia lugares desconocidos donde no lo necesitaba. Aquel pensamiento despertó sus celos.

—A veces pienso que no estás enamorada de mí y que nunca lo estarás —dijo con energía. Ella se sobresaltó y se volvió al oírle.

—No te satisfago como tú me satisfaces a mí —continuó—. Hay algo en ti que no consigo asir. No me deseas como yo te deseo: siempre estás queriendo otra cosa.

Empezó a caminar de un lado a otro del cuarto.

—Quizá pido demasiado —prosiguió—. Quizá no sea posible tener lo que quiero. Los hombres y las mujeres son demasiado distintos. No puedes comprender... no comprendes...

Se acercó a donde ella estaba, mirándolo en silencio.

A ella le pareció entonces que lo que él decía era del todo cierto, y que deseaba muchas más cosas además del amor de un ser humano: el mar, el cielo. Se volvió de nuevo y contempló el azul lejano, tan suave y sereno donde el cielo se encontraba con el mar; era imposible que un solo ser humano le bastara.

—¿O es solo este maldito compromiso? —continuó él—. Casémonos aquí, antes de volver, ¿o es un riesgo demasiado grande? ¿Estamos seguros de que queremos casarnos el uno con el otro?

Se pusieron a caminar de un extremo a otro del cuarto, y aunque en su ir y venir quedaban muy cerca el uno del otro, procuraban no rozarse. La desesperanza de su situación los abrumó a los dos. Eran impotentes; nunca podrían amarse lo bastante para superar todas aquellas barreras, y nunca se conformarían con menos. Al comprender esto con una lucidez insoportable, ella se detuvo ante él y exclamó:

—Rompamos, entonces.

Las palabras hicieron más por unirlos que cualquier cantidad de argumentos. Como si se asomaran al borde de un precipicio, se aferraron el uno al otro. Supieron que no podían separarse; doloroso y terrible podía ser, pero estaban unidos para siempre. Cayeron en el silencio, y al cabo de un rato se acercaron el uno al otro en silencio. El simple hecho de estar tan juntos los calmó, y sentados el uno al lado del otro las divisiones desaparecieron, y fue como si el mundo fuera de nuevo sólido y entero, y como si, de algún modo extraño, hubieran crecido y se hubieran vuelto más fuertes.

Tardaron mucho en moverse, y cuando lo hicieron fue con gran desgana. Se pusieron de pie juntos ante el espejo e intentaron, con un cepillo, darse el aspecto de quienes no han sentido nada en toda la mañana, ni dolor ni felicidad. Pero algo se les heló al verse en el cristal, pues en lugar de ser vastos e indivisibles eran en realidad muy pequeños y separados, ya que el tamaño del espejo dejaba un amplio espacio para el reflejo de otras cosas.

## CAPÍTULO XXIII

Pero ningún pincel habría podido borrar del todo aquella expresión de felicidad, de modo que Mrs. Ambrose no podía tratarlos, cuando bajaban, como si hubieran pasado la mañana de una manera que admitiera conversación natural. Siendo así las cosas, se sumó a la conspiración universal de considerarlos por el momento incapacitados para los asuntos de la vida, abatidos por la intensidad de su sentimiento hasta convertirse en enemigos de ella, y casi logró desterrarlos de sus pensamientos.

Reflexionó que había hecho todo cuanto era preciso hacer en materia práctica. Había escrito muchísimas cartas y había obtenido el consentimiento de Willoughby. Había meditado tan a menudo sobre las perspectivas de Mr. Hewet, su profesión, su cuna, su aspecto y su temperamento, que casi había olvidado cómo era él en realidad. Cuando se refrescaba la memoria echándole un vistazo, solía preguntarse de nuevo cómo sería, y luego, concluyendo que eran felices en cualquier caso, no le daba más vueltas.

Más provechoso habría sido considerar qué ocurriría al cabo de tres años, o qué hubiera podido ocurrir si Rachel se hubiera quedado a explorar el mundo bajo la tutela de su padre. El resultado, era lo bastante honesta para reconocerlo, podría haber sido mejor —¿quién sabe? No se engañaba a sí misma: Terence tenía defectos. Se inclinaba a encontrarlo demasiado indulgente y tolerante, del mismo modo que él se inclinaba a encontrarla a ella tal vez un tanto severa —no, más bien era que no cedía un ápice. En ciertos aspectos encontraba a St. John preferible; pero entonces, claro está, jamás le habría convenido a Rachel. Su amistad con St. John estaba ya asentada, pues aunque fluctuaba entre la irritación y el interés de una manera que hacía honor a la sinceridad de su carácter, en conjunto le gustaba su compañía. Él la sacaba de ese pequeño mundo del amor y las emociones. Tenía

buen dominio de los hechos. Supongamos, por ejemplo, que Inglaterra daba un movimiento repentino hacia algún puerto desconocido en la costa de Marruecos: St. John sabía qué había detrás, y oírle enfrascado con su marido en una discusión sobre finanzas y el equilibrio de poder le producía una extraña sensación de estabilidad. Respetaba sus argumentos sin escucharlos siempre, del mismo modo que se respeta un sólido muro de ladrillo, o uno de esos inmensos edificios municipales que, aunque componen la mayor parte de nuestras ciudades, fueron levantados día tras día y año tras año por manos anónimas. Le gustaba sentarse y escuchar, y hasta experimentaba cierta pequeña satisfacción cuando la pareja de prometidos, tras dar muestras de su más profunda indiferencia, se escabullía del cuarto y se les veía deshojando flores en el jardín. No era que les tuviera envidia exactamente, pero sin duda los envidiaba por ese vasto futuro desconocido que tenían ante sí. De un pensamiento en otro fue a parar al comedor con fruta en las manos. A veces se detenía a enderezar una vela combada por el calor, o a rectificar alguna disposición demasiado rígida de las sillas. Tenía razones para sospechar que Chailey había estado haciendo equilibrios en lo alto de una escalera con un trapo húmedo durante su ausencia, y el cuarto no había vuelto a ser del todo el mismo desde entonces. Al regresar del comedor por tercera vez, reparó en que uno de los sillones estaba ahora ocupado por St. John. Yacía recostado en él, con los ojos entornados, con ese aspecto que tenía siempre de ir curiosamente abotonado en un pulcro traje gris y parapetado contra la exuberancia de un clima extranjero que podía en cualquier momento tomarse libertades con él. Los ojos de Helen se posaron sobre él con suavidad y luego pasaron más allá de su cabeza. Al cabo se instaló en el sillón de enfrente.

—No quería venir —dijo por fin—, pero me han obligado a ello, positivamente. Evelyn M. —gimió.

Se incorporó y comenzó a explicar con solemnidad burlesca cómo esa mujer insoportable estaba empeñada en casarse con él.

—Me persigue por todas partes. Esta mañana apareció en el fumadero. No me quedó más remedio que coger el sombrero y salir huyendo. No quería venir, pero no podía quedarme a aguantar otra comida con ella.

—Bueno, habrá que hacer de tripas corazón —respondió Helen con filosofía.

Hacía mucho calor, y entre los dos existía tal indiferencia hacia el silencio que permanecieron recostados en sus sillones esperando que ocurriera algo. Sonó el timbre del almuerzo, pero en la casa no se oía el menor movimiento. ¿Había alguna novedad?, preguntó Helen; ¿algo en los periódicos? St. John negó con la cabeza. Ah, sí, había recibido una carta de casa, una carta de su madre, que le contaba el suicidio de la doncella del salón. Se llamaba Susan Jane, y una tarde entró en la cocina y le pidió a la cocinera que le guardara el dinero: tenía veinte libras en oro. Luego salió a comprarse un sombrero. Volvió a las cinco y media y dijo que había tomado veneno. Apenas tuvieron tiempo de acostarla y llamar al médico antes de que muriera.

—¿Y bien? —preguntó Helen.

—Habrá que celebrar una investigación —dijo St. John.

¿Por qué lo había hecho? Se encogió de hombros. ¿Por qué se mata la gente? ¿Por qué hace la gente de clase baja cualquiera de las cosas que hace? Nadie lo sabe. Se quedaron sentados en silencio.

—Ha sonado el timbre hace un cuarto de hora y no han bajado —dijo Helen al fin.

Cuando aparecieron, St. John explicó por qué le había sido necesario venir a almorzar. Imitó el tono entusiasta de Evelyn al plantarle cara en el fumadero:

—Cree que no hay nada *tan* apasionante como las matemáticas, así que le he prestado una obra voluminosa en dos tomos. Será interesante ver qué saca de ella.

Rachel podía ya permitirse el lujo de reírse de él. Le recordó a Gibbon; tenía el primer volumen en algún sitio todavía; si se estaba encargando de la educación de Evelyn, esa sí era la prueba; o había oído que Burke, sobre la Rebelión Americana... Evelyn debería leerlos los dos a la vez. Cuando St. John hubo desbaratado su argumento y satisfecho el hambre, procedió a contarles que el hotel hervía de escándalos, algunos de lo más atroz, ocurridos durante su ausencia; era, en efecto, muy dado al estudio de sus semejantes.

—Evelyn M., por ejemplo... pero eso me lo contaron en confianza.



—¡Tonterías! —interrumpió Terence.

—¿También has oído lo del pobre Sinclair?

—Ah, lo de Sinclair sí. Se ha retirado a su mina con un revólver. Le escribe a Evelyn todos los días diciendo que está pensando en suicidarse. Le he asegurado que nunca ha sido tan feliz en su vida, y, en conjunto, ella se inclina a darme la razón.

—Pero resulta que ahora se ha enredado con Perrott —continuó St. John—; y tengo razones para pensar, por algo que vi en el pasillo, que entre Arthur y Susan las cosas no marchan como deberían. Hay una joven recién llegada de Manchester. Una cosa muy buena que lo dejasen, en mi opinión. Su vida de casados sería algo demasiado horrible de contemplar. Ah, y oí con toda claridad a la vieja Mrs. Paley soltar los juramentos más espantosos al pasar junto a la puerta de su habitación. Se supone que tortura a su doncella en privado —es prácticamente seguro que lo hace. Se nota por la mirada que tiene.

—Cuando tengas ochenta años y la gota te atenacea, tú también soltarás tacos como un carretero —observó Terence—. Estarás muy gordo, muy susceptible, muy desagradable. ¿Os lo podéis imaginar? —calvo como una bola de billar, con unos pantalones de cuadros escoceses, una corbatita con lunares y una barriga enorme.

Tras una pausa, Hirst observó que lo peor estaba todavía por contar. Se dirigió a Helen.

—Han echado a la prostituta. Una noche, mientras estábamos fuera, ese viejo zoquete de Thornbury andaba dando tumbos por los pasillos a hora muy intempestiva. (A nadie parece habersele ocurrido preguntarle *a él* qué hacía allí.) Vio a la Signora Lola Mendoza, como ella misma se hace llamar, cruzar el pasillo en camisón. A la mañana siguiente comunicó sus sospechas a Elliot, con el resultado de que Rodríguez fue a ver a la mujer y le dio veinticuatro horas para abandonar el establecimiento. Nadie parece haber tratado de averiguar si la historia era cierta, ni de preguntarle a Thornbury y a Elliot en qué les incumbía el asunto; salieron con la suya por completo. Propongo que firmemos todos una petición colectiva, vayamos a ver a Rodríguez en bloque e insistamos en que se abra una investigación en toda regla. Hay que hacer algo, ¿no os parece?

Hewet observó que no cabía ninguna duda sobre la profesión de la señora.

—Aun así —añadió—, es una gran vergüenza; pobre mujer; lo que pasa es que no veo qué se puede hacer...

—Estoy completamente de acuerdo contigo, St. John —estalló Helen—. Es monstruoso. La gazmoñería hipócrita de los ingleses me hace hervir la sangre. Un hombre que ha hecho una fortuna en el comercio, como Mr. Thornbury, tiene que ser el doble de malo que cualquier prostituta.

Respetaba la moral de St. John, que ella se tomaba mucho más en serio que nadie, y ahora se enzarzó con él en una discusión sobre las medidas que debían adoptarse para imponer su particular concepción de lo que estaba bien. La discusión llevó a algunas afirmaciones profundamente sombrías de carácter general. ¿Quiénes eran ellos, al fin y al cabo —qué autoridad tenían — qué poder frente a la masa de superstición e ignorancia? Era cosa de los ingleses, sin duda; algo debía de andar mal en la sangre inglesa. En cuanto uno se topaba con un inglés de clase media, experimentaba una indefinible sensación de repulsa; en cuanto se veía la hilera parda de casas sobre Dover, a uno le volvía esa misma sensación. Pero por desgracia, añadió St. John, tampoco podías fiarte de estos extranjeros...

Les interrumpieron los sonidos de una disputa en el extremo opuesto de la mesa. Rachel apeló a su tía.

—Terence dice que tenemos que ir a tomar el té con Mrs. Thornbury porque ha sido muy amable, pero yo no lo veo así; de hecho, preferiría que me serraran la mano derecha a pedazos —¡imaginaos! ¡los ojos de todas esas mujeres!

—¡Pamplinas, Rachel! —respondió Terence—. ¿A quién le importa mirarte? ¡Estás consumida por la vanidad! ¡Eres un monstruo de engreimiento! Ya tendrías que haberle enseñado, Helen, que es una persona absolutamente insignificante —ni guapa, ni bien vestida, ni destacable por su elegancia o su inteligencia, ni por su porte. Un espectáculo más vulgar que el que tú ofreces —concluyó—, aparte del desgarrón que llevas en el vestido, no lo he visto nunca. En fin, quédate en casa si quieres. Yo me voy.

Rachel volvió a apelar a su tía. No era que la miraran, explicó, sino lo que la gente iba a decir seguramente. Las mujeres sobre todo. Le gustaban

las mujeres, pero cuando había emoción de por medio eran como moscas sobre un terrón de azúcar. Seguro que le harían preguntas. Evelyn M. preguntaría: «¿Estás enamorada? ¿Es bonito estar enamorada?» Y Mrs. Thornbury... sus ojos irían arriba y abajo, arriba y abajo —se estremeció solo de pensarlo. En efecto, el retraimiento de su vida desde que se habían prometido la había vuelto tan sensible que no estaba exagerando.

Encontró aliada en Helen, que pasó a exponer su opinión sobre la raza humana, mientras contemplaba con complacencia la pirámide de frutas de colores que había en el centro de la mesa. No es que fueran crueles, ni que pretendieran hacer daño, ni siquiera que fueran estúpidos exactamente; pero siempre había observado que el vulgo tenía tan poca emoción en su propia vida que el olor de ella en la de los demás era como el olor de la sangre en los ollares de un sabueso. Calentándose con el tema, continuó:

—En cuanto ocurre algo —puede ser una boda, un nacimiento o una muerte; aunque en conjunto prefieren que sea una muerte—, todo el mundo quiere verte. Insisten en verte. No tienen nada que decirte; no les importas lo más mínimo; pero tienes que ir a comer o a tomar el té o a cenar, y como no vayas estás condenada. Es el olor de la sangre —continuó—; no los culpo; ¡pero de la mía no van a probar ni una gota, si puedo evitarlo!

Miró alrededor como si hubiera convocado a una legión de seres humanos, todos hostiles y todos antipáticos, que rodeaban la mesa con las bocas abiertas ávidas de sangre, y hacían que esta pareciera una pequeña isla de terreno neutral en medio del territorio enemigo.

Sus palabras despertaron a su marido, que había estado musitando rítmicamente para sí, observando a sus invitados y su comida y su mujer con ojos que eran ora melancólicos ora fieros, según los avatares de la dama de su balada. Cortó a Helen con una protesta. Detestaba incluso la apariencia de cinismo en las mujeres.

—Tonterías, tonterías —soltó bruscamente.

Terence y Rachel se miraron a través de la mesa, lo que quería decir que cuando se casaran ellos no se comportarían así. La irrupción de Ridley en la conversación tuvo un efecto extraño: esta se volvió a un tiempo más formal y más cortés. Habría sido imposible hablar con toda naturalidad de cualquier cosa que se les ocurriera, y pronunciar la palabra prostituta con la

misma sencillez que cualquier otra. La conversación giró entonces hacia la literatura y la política, y Ridley contó anécdotas de personas ilustres que había conocido en su juventud. Semejante conversación era una forma de arte, y las personalidades e informalidades de los jóvenes quedaron silenciadas. Al levantarse para marcharse, Helen se detuvo un momento, apoyados los codos en la mesa.

—Lleváis aquí sentados —dijo— casi una hora, y no habéis reparado en mis higos, ni en mis flores, ni en cómo entra la luz, ni en nada. Yo no he estado escuchando, porque os estaba mirando. Estabais muy hermosos; me gustaría que siguierais sentados para siempre.

Se dirigió al salón, donde tomó el bordado y volvió a disuadir a Terence de bajar al hotel con aquel calor. Pero cuanto más le disuadía, más decidido estaba él a ir. Se fue poniendo irritable y terco. Había momentos en que casi se antipatizaban. Él quería ver a otras personas; quería que Rachel los viera con él. Sospechaba que Mrs. Ambrose trataría ahora de disuadir a ella también de ir. Le molestaba toda aquella amplitud y aquella sombra y aquella belleza, y Hirst recostado, dejando caer una revista de la muñeca.

—Me voy —repitió—. Rachel no tiene por qué venir si no quiere.

—Si te vas, Hewet, te agradecería que hicieras averiguaciones sobre la prostituta —dijo Hirst—. Mira —añadió—, te acompañaré hasta la mitad del camino.

Para sorpresa general, se incorporó, miró el reloj y observó que, dado que habían transcurrido ya media hora desde el almuerzo, los jugos gástricos habían tenido tiempo suficiente de segregarse; estaba siguiendo un sistema, explicó, que consistía en breves periodos de ejercicio intercalados con intervalos de reposo más prolongados.

—Estaré de vuelta a las cuatro —le dijo a Helen—, cuando me tumbaré en el sofá y relajaré todos los músculos por completo.

—¿También te vas, Rachel? —preguntó Helen—. ¿No te quedas conmigo?

Sonrió, pero podría haber sido tristeza.

¿Estaba triste, o era realmente que se reía? Rachel no supo discernirlo, y por un momento se sintió muy incómoda entre Helen y Terence. Luego se

dio la vuelta, diciendo tan solo que iría con Terence, con la condición de que hablara él por los dos.

Una franja estrecha de sombra corría a lo largo del camino, que tenía anchura para dos pero no para tres. St. John se quedó, pues, algo rezagado detrás de la pareja, y la distancia entre ellos fue aumentando poco a poco. Caminando con vistas a la digestión y con un ojo en el reloj, miraba de vez en cuando a los dos que iban delante. Parecían tan felices, tan íntimos, a pesar de que caminaban uno junto al otro igual que camina cualquier otra persona. Se volvían ligeramente el uno hacia el otro de vez en cuando y se decían algo que a él le parecía muy íntimo. En realidad estaban disputando sobre el carácter de Helen, y Terence trataba de explicar por qué ella le sacaba de quicio a veces. Pero St. John creía que se estaban diciendo cosas que no querían que él oyera, y esto le llevó a pensar en su propia soledad. Esas personas eran felices, y en cierto modo las despreciaba por ser felices de una manera tan simple, y en otro las envidiaba. Él era mucho más notable que ellas, pero no era feliz. La gente no le quería nunca; a veces dudaba incluso de que Helen le quisiera. Ser sencillo, poder decir sencillamente lo que uno sentía, sin la terrible introspección que lo poseía y le mostraba perpetuamente su propio rostro y sus propias palabras en un espejo: eso valdría casi cualquier otro don, pues hacía a la gente feliz. La felicidad, la felicidad, ¿qué era la felicidad? Él nunca era feliz. Veía con demasiada claridad los pequeños vicios y engaños y flaquezas de la vida, y, al verlos, le parecía honrado dar fe de ellos. Esa era la razón, sin duda, por la que la gente generalmente le tenía poca simpatía y se quejaba de que era despiadado y amargo. Es cierto que nunca le decían las cosas que él quería que le dijeran, que era bueno y amable y que les caía bien. Pero era verdad que la mitad de las cosas hirientes que decía sobre los demás las decía porque él mismo estaba desdichado o herido. Sin embargo, reconocía que muy pocas veces le había dicho a nadie que se preocupaba por él, y cuando había sido efusivo, generalmente lo había lamentado después. Sus sentimientos hacia Terence y Rachel eran tan complicados que nunca había podido decidirse a decirles que se alegraba de que fueran a casarse. Veía sus defectos con tanta nitidez, y la naturaleza inferior de gran parte de lo que sentían el uno por el otro, y esperaba que su amor no durase. Volvió a mirarlos, y, muy extrañamente, pues estaba tan acostumbrado a pensar que raramente veía nada, su imagen le llenó de una simple emoción de afecto en la que había también algunos rastros de lástima. ¿Qué importaban, al fin y al cabo, los defectos de la

gente en comparación con lo que había de bueno en ella? Decidió que en ese momento les diría lo que sentía. Aceleró el paso y les dio alcance justo cuando llegaban a la esquina donde el sendero se unía con la carretera principal. Se detuvieron y empezaron a reírse de él, y a preguntarle si los jugos gástricos..., pero él los cortó y empezó a hablar muy de prisa y con cierta rigidez.

—¿Os acordáis de la mañana después del baile? —preguntó—. Fue aquí donde estuvimos sentados, y vosotros dijisteis tonterías, y Rachel hacía montoncitos de piedras. Yo, en cambio, tuve revelada de golpe toda la significación de la vida. —Hizo una pausa de un segundo y apretó los labios formando una pequeña mueca tensa—. El amor —dijo—. Me parece que lo explica todo. Así que, en conjunto, me alegra mucho que vosotros dos vayáis a casaros. —Luego se dio la vuelta de golpe, sin mirarles, y regresó a la villa. Se sentía a la vez exaltado y avergonzado de sí mismo por haber dicho lo que sentía. Probablemente se estaban riendo de él, probablemente le tomaban por un tonto, y además, ¿había dicho realmente lo que sentía?

Era verdad que se rieron cuando él se fue; pero la disputa sobre Helen, que se había ido caldeando un poco, cesó, y entre los dos se instaló la paz y la amistad.

## CAPÍTULO XXIV

Llegaron al hotel bastante temprano por la tarde, de modo que la mayoría de la gente seguía echada o sentada en silencio en sus habitaciones, y Mrs. Thornbury, aunque les había invitado a tomar el té, no aparecía por ningún lado. Se sentaron, pues, en el sombreado vestíbulo, casi desierto y lleno del suave siseo del aire que iba y venía por aquel espacio amplio y vacío. Sí, aquel sillón era el mismo en que Rachel se había sentado aquella tarde cuando Evelyn se acercó, y aquella era la revista que había estado hojeando, y ese el mismo grabado: una imagen de Nueva York a la luz de los faroles. Qué extraño parecía todo... nada había cambiado.

Poco a poco, cierto número de personas empezó a bajar las escaleras y a cruzar el vestíbulo, y en aquella luz tenue sus figuras poseían una especie de gracia y belleza, aunque eran todas desconocidas. Unas veces seguían de largo y salían al jardín por la puerta giratoria; otras se detenían un momento, se inclinaban sobre las mesas y empezaban a hojear los periódicos. Terence y Rachel los observaban con los ojos entornados: los Johnson, los Parker, los Bailey, los Simmons, los Lee, los Morley, los Campbell, los Gardiner. Algunos iban de blanco y llevaban raquetas bajo el brazo, algunos eran bajos, otros altos, algunos no eran más que niños y quizá otros fueran sirvientes, pero todos tenían su lugar, su razón para seguirse unos a otros a través del vestíbulo, su dinero, su posición, fuera lo que fuese. Terence desistió pronto de mirarlos, pues estaba cansado; y, cerrando los ojos, se quedó medio dormido en la butaca. Rachel los observó durante bastante más tiempo; la fascinaban la seguridad y la gracia de sus movimientos, y la inevitable manera en que parecían seguirse unos a otros, rezagarse, pasar y desaparecer. Pero al cabo de un rato sus pensamientos derivaron, y comenzó a pensar en el baile que había tenido lugar en esa misma sala, aunque en-

tonces la sala tenía un aspecto completamente distinto. Al echar una ojeada a su alrededor, apenas podía creer que fuera la misma. Aquella noche, cuando entraron desde la oscuridad, había parecido tan desnuda y tan brillante y formal; estaba llena también de caras pequeñas y encendidas, en perpetuo movimiento, y la gente iba tan vistosamente ataviada y mostraba tal animación que no parecía en absoluto gente real, y uno tampoco sentía que pudiera hablar con ella. Y ahora la sala estaba en penumbra y en silencio, y por ella transitaban personas hermosas y silenciosas a quienes uno podría acercarse a decirles cualquier cosa. Se sentía asombrosamente segura sentada en su sillón, capaz de repasar no solo aquella noche del baile, sino todo el pasado, con ternura y con humor, como si hubiera estado dando vueltas en la niebla durante mucho tiempo y ahora pudiera ver con exactitud dónde había girado. Porque los medios por los que había llegado a su situación actual le parecían muy extraños, y lo más extraño de todo era que no había sabido adónde la conducían. En eso consistía lo extraño: en que uno no sabe adónde va ni qué quiere, y sigue a ciegas, sufriendo tanto en secreto, siempre desprevenido y asombrado y sin saber nada; pero una cosa lleva a la otra y poco a poco algo se ha formado de la nada, y así se llega al fin a esta calma, a esta quietud, a esta certeza, y a ese proceso es a lo que la gente llama vivir. Quizá entonces todos supieran en realidad, como ella sabía ahora, adónde iban; y las cosas se configuraban en un patrón no solo para ella sino para ellos también, y en ese patrón residían la satisfacción y el sentido. Al volver la vista atrás podía ver que un sentido de alguna clase era perceptible en las vidas de sus tías, y en la breve visita de los Dalloway, a quienes no volvería a ver nunca, y en la vida de su padre.

El sonido de la respiración profunda de Terence dormido la confirmó en su calma. Ella no tenía sueño, aunque no veía las cosas con mucha nitidez; y si bien las figuras que cruzaban el vestíbulo se iban volviendo cada vez más vagas, estaba convencida de que todas sabían exactamente adónde iban, y la sensación de esa certeza la llenó de consuelo. Por un momento se encontraba tan desapegada e indiferente como si ya no tuviera ningún lugar en la vida, y pensó que ahora podría aceptar lo que le viniera sin dejarse desconcertar por la forma en que se presentara. ¿Qué había en la perspectiva de la vida que pudiera asustar o desconcertar? ¿Por qué habría de abandonarla de nuevo alguna vez esa lucidez? El mundo era en verdad tan grande, tan hospitalario, y al fin y al cabo tan sencillo. «El amor», había dicho St. John, «eso parece explicarlo todo.» Sí, pero no era el amor entre un



hombre y una mujer, el de Terence por Rachel. Aunque estaban sentados tan cerca el uno del otro, habían dejado de ser pequeños cuerpos separados; habían dejado de luchar y de desearse. Entre ellos parecía reinar la paz. Podría ser amor, pero no era el amor entre un hombre y una mujer.

Con los ojos entornados observó a Terence recostado en su butaca, y sonrió al ver lo grande que era su boca, y lo pequeño su mentón, y su nariz curva como una montaña rusa con una protuberancia al final. Naturalmente, con ese aspecto, era perezoso, ambicioso y de humor variable y lleno de defectos. Recordó sus riñas, y en particular cómo habían estado discutiendo por Helen esa misma tarde, y pensó en cuántas veces discutirían en los treinta, o cuarenta, o cincuenta años en que vivirían bajo el mismo techo, cogerían trenes juntos y se irritarían el uno con el otro por ser tan distintos. Pero todo eso era superficial y no tenía nada que ver con la vida que transcurría por debajo de los ojos y la boca y el mentón, porque esa vida era independiente de ella e independiente de todo lo demás. Del mismo modo, aunque fuera a casarse con él y a vivir con él durante treinta, o cuarenta, o cincuenta años, y a reñir con él y a estar tan cerca de él, era independiente de él; era independiente de todo lo demás. Sin embargo, como decía St. John, era el amor lo que le había permitido comprender esto, pues nunca había sentido esa independencia, esa calma y esa certeza hasta que se enamoró de él, y quizá eso también fuera amor. No quería nada más.

Desde hacía quizá dos minutos, Miss Allan estaba de pie a cierta distancia observando a la pareja tan apaciblemente recostada en sus butacas. No lograba decidir si molestarlos o no, y luego, como si recordara algo, cruzó el vestíbulo. El ruido de sus pasos despertó a Terence, que se incorporó y se frotó los ojos. Oyó a Miss Allan hablar con Rachel.

—Pues bien —decía—, esto es muy agradable. Muy agradable, sí señor. Parece que comprometerse se ha puesto de moda. No debe de ocurrir a menudo que dos parejas que nunca se han visto se encuentren en el mismo hotel y decidan casarse. —Hizo una pausa y sonrió, y pareció no tener nada más que decir, de modo que Terence se levantó y le preguntó si era cierto que había terminado su libro. Alguien había dicho que realmente lo había terminado. El rostro de ella se iluminó; se volvió hacia él con una expresión más animada que de costumbre.

—Sí, creo que puedo decir con justicia que lo he terminado —dijo—. Eso sí, dejando aparte a Swinburne... De Beowulf a Browning... a mí me gustan especialmente los dos B. De Beowulf a Browning —repitió—. Creo que ese es el tipo de título que podría llamar la atención en un quiosco de estación.

Estaba verdaderamente orgullosa de haber terminado su libro, pues nadie sabía la cantidad de determinación que había costado escribirlo. Además creía que era una buena obra, y, teniendo en cuenta la angustia que había sentido por su hermano mientras lo escribía, no pudo resistir la tentación de contarles algo más al respecto.

—He de confesar —continuó— que si hubiera sabido cuántos clásicos hay en la literatura inglesa, y con qué prolijidad se las arreglan los mejores para ser verbosos, nunca me habría embarcado en la empresa. Solo permiten setenta mil palabras, ¿sabe usted?

—¡Solo setenta mil palabras! —exclamó Terence.

—Sí, y hay que decir algo de todo el mundo —añadió Miss Allan—. Eso es lo que me resulta tan difícil: decir algo distinto de cada uno. —Luego pensó que ya había hablado bastante de sí misma, y les preguntó si habían bajado para participar en el torneo de tenis—. Los jóvenes están muy entusiasmados. Vuelve a empezar dentro de media hora.

Su mirada se posó con benevolencia sobre ambos, y, tras una pausa breve, observó mirando a Rachel como si hubiera recordado algo que serviría para distinguirla de las demás personas:

—Usted es la persona singular a quien no le gusta el jengibre. —Pero la amabilidad de la sonrisa en aquel rostro algo gastado y valeroso les hizo sentir que, aunque difícilmente los recordaría como individuos, les había impuesto la carga de la nueva generación.

—Y en eso estoy completamente de acuerdo con ella —dijo una voz detrás; Mrs. Thornbury había oído las últimas palabras sobre no gustar el jengibre—. Lo asocio en mi memoria con una horrible tía nuestra (pobre mujer, sufría muchísimo, así que no es justo llamarla horrible) que nos lo daba cuando éramos pequeños, y nunca tuvimos valor para decirle que no nos gustaba. Teníamos que tirarlo en los arbustos... tenía una casa grande cerca de Bath.

Se pusieron a cruzar lentamente el vestíbulo, cuando los interrumpió el impacto de Evelyn, que chocó contra ellos al bajar corriendo las escaleras para alcanzarlos, como si las piernas se le hubieran escapado de su control.

—¡Bueno! —exclamó con su entusiasmo habitual, agarrando a Rachel del brazo—. ¡Esto me parece estupendo! ¡Lo intuí desde el primer momento! ¡Veía que estabais hechos el uno para el otro! Ahora tenéis que contármelo todo: ¿cuándo va a ser?, ¿dónde vais a vivir? ¿Estáis los dos tremendamente felices?

Pero la atención del grupo se desvió hacia Mrs. Elliot, que pasaba junto a ellos con su movimiento ávido e inseguro, llevando en las manos un plato y una bolsa de agua caliente vacía. Habría seguido de largo, pero Mrs. Thornbury se adelantó y la detuvo.

—Gracias, Hughling está mejor —respondió ella a la pregunta de Mrs. Thornbury—, pero no es un enfermo fácil. Quiere saber cuál es su temperatura, y si se la digo se pone ansioso, y si no se la digo sospecha. ¡Sabe usted cómo son los hombres cuando están enfermos! Y por supuesto no se dispone de los aparatos adecuados, y, aunque parece muy dispuesto y deseoso de ayudar —aquí bajó la voz con aire misterioso—, uno no puede sentir que el Dr. Rodriguez sea lo mismo que un médico de verdad. Si usted pudiera venir a verle, Mr. Hewet —añadió—, sé que le animaría... estar allí en cama todo el día... y las moscas... Pero debo ir a buscar a Angelo... la comida aquí... claro que, con un enfermo, uno quiere que las cosas estén especialmente bien. —Y se apresuró a pasar junto a ellos en busca del jefe de comedor. La preocupación de cuidar a su marido le había grabado un ceño lastimero en la frente; estaba pálida y parecía infeliz y más ineficiente que de costumbre, y sus ojos vagaban con mayor vaguedad que nunca de un punto a otro.

—¡Pobre mujer! —exclamó Mrs. Thornbury. Les contó que Hughling Elliot llevaba varios días enfermo, y que el único médico disponible era el hermano del propietario, o al menos eso decía el propietario, cuyo derecho al título de médico no estaba por encima de toda sospecha.

—Sé lo espantoso que es caer enfermo en un hotel —observó Mrs. Thornbury, encabezando de nuevo el camino con Rachel hacia el jardín—. Pasé seis semanas de mi luna de miel con fiebre tifoidea en Venecia —continuó—. Pero incluso así, las recuerdo como algunas de las semanas más fe-

lices de mi vida. Ah, sí —dijo, tomando del brazo a Rachel—, usted cree que ahora es feliz, pero no es nada comparado con la felicidad que viene después. Y le aseguro que en mi corazón podría envidiarles a ustedes los jóvenes. Lo pasan mucho mejor que nosotros, se lo digo yo. Cuando lo recuerdo, apenas puedo creer cuánto han cambiado las cosas. Cuando éramos novios no me dejaban salir a pasear a solas con William... siempre tenía que haber alguien en la habitación con nosotros... creo que incluso tuve que enseñarles a mis padres todas sus cartas, ¡aunque le tenían mucho cariño también! De hecho, puede decirse que le consideraban como su propio hijo. Me hace gracia —continuó—, pensar en lo estrictos que fueron con nosotros, cuando veo cómo miman a sus nietos.

La mesa estaba puesta de nuevo bajo el árbol, y tomando su lugar ante las tazas, Mrs. Thornbury fue haciendo señas y llamando con la cabeza hasta reunir a un buen número de personas: Susan, Arthur y Mr. Pepper, que deambulaban por allí esperando que comenzara el torneo. Un árbol que murmuraba, un río que desbordaba a la luz de la luna... las palabras de Terence volvieron a Rachel mientras tomaba el té y escuchaba las palabras que fluían tan ligeras, tan amablemente, con una suavidad tan plateada. Aquella larga vida y todos aquellos hijos la habían dejado muy tersa; parecían haber borrado las huellas de la individualidad, dejando solo lo que era antiguo y maternal.

—¡Y las cosas que vosotros los jóvenes vais a ver! —continuó Mrs. Thornbury. Los incluía a todos en sus pronósticos, los incluía a todos en su maternidad, aunque la reunión comprendía a William Pepper y a Miss Allan, de quienes cabría suponer que ya habían visto una buena parte del panorama—. Cuando veo cuánto ha cambiado el mundo en mi vida —prosiguió—, no puedo ponerle límite a lo que puede ocurrir en los próximos cincuenta años. Ah, no, Mr. Pepper, en eso no estoy de acuerdo con usted en absoluto —rió, interrumpiendo su sombría observación de que las cosas iban de mal en peor de forma inexorable—. Sé que debería sentir eso, pero me temo que no lo siento. Van a ser personas mucho mejores que nosotros. Todo parece demostrarlo. A mi alrededor veo mujeres, mujeres jóvenes, mujeres con toda clase de obligaciones domésticas, que salen y hacen cosas que nosotros no habríamos creído posibles.

Mr. Pepper la consideraba sentimental e irracional como todas las mujeres mayores, pero la manera que tenía ella de tratarle como si fuera un

niño gruñón lo desconcertaba y lo encantaba, y solo pudo responderle con una extraña mueca que era más sonrisa que ceño.

— Y siguen siendo mujeres — añadió Mrs. Thornbury — . Le dan mucho a sus hijos.

Al decir esto, sonrió levemente en dirección a Susan y a Rachel. A ninguna de las dos le agradó que las incluyeran en el mismo lote, pero ambas sonrieron un poco, con cierta conciencia de sí mismas, y Arthur y Terence también se miraron el uno al otro. Ella les hacía sentir que todos estaban en el mismo barco, y los hombres miraron a las mujeres con quienes iban a casarse y las compararon. Era incomprensible que alguien quisiera casarse con Rachel, inconcebible que alguien estuviera dispuesto a pasar su vida con Susan; pero, por singular que tuviera que ser el gusto del otro, no se guardaban rencor por ello; más aún, cada uno apreciaba al otro algo más por la excentricidad de su elección.

— Le doy mi más sincera enhorabuena — observó Susan, inclinándose sobre la mesa para alcanzar la mermelada.

No parecía haber ningún fundamento en los cotilleos de St. John sobre Arthur y Susan. Bronceados y vigorosos, estaban sentados uno junto al otro con las raquetas sobre las rodillas, sin decir mucho pero con una leve sonrisa perpetua en los labios. A través de la ropa blanca y ligera que llevaban, era posible adivinar las líneas de sus cuerpos y sus piernas, las hermosas curvas de sus músculos, la delgadez de él y la carne de ella, y era natural pensar en los hijos robustos y de carne firme que serían suyos. Sus rostros tenían demasiado poco modelado para ser hermosos, pero poseían ojos claros y un aspecto de gran salud y resistencia, pues parecía como si la sangre no fuera a dejar de correr nunca por las venas de él, ni de aflorar profunda y serena en las mejillas de ella. Sus ojos en ese momento eran más brillantes que de costumbre, y lucían la expresión peculiar de placer y confianza en sí mismos que se ve en los ojos de los deportistas, pues habían estado jugando al tenis y los dos lo jugaban de primera.

Evelyn no había dicho nada, pero había estado mirando alternativamente a Susan y a Rachel. Bien... las dos habían tomado su decisión muy fácilmente, habían logrado en unas pocas semanas lo que a ella a veces le parecía que nunca sería capaz de conseguir. Aunque eran tan distintas, creyó ver en cada una la misma expresión de satisfacción y plenitud, la misma

calma de maneras y la misma lentitud de movimientos. Era esa lentitud, esa seguridad, ese contento lo que odiaba, pensó para sí. Se movían tan despacio porque ya no eran individuos sino pares, porque Susan estaba unida a Arthur y Rachel a Terence, y por el bien de ese único hombre habían renunciado a todos los demás hombres, y al movimiento, y a las cosas reales de la vida. El amor estaba muy bien, y también esas acogedoras casas domésticas, con la cocina abajo y el cuarto de los niños arriba, tan recogidas y autosuficientes como pequeñas islas en la corriente del mundo; pero las cosas reales eran sin duda las que sucedían, las causas, las guerras, los ideales, que ocurrían en el gran mundo exterior y transcurrían con tanta independencia de esas mujeres, que giraban tan quieta y hermosamente hacia los hombres. Las observó con atención. Desde luego eran felices y estaban satisfechas, pero tenía que haber cosas mejores que eso. Seguramente uno podía acercarse más a la vida, podía sacar más de la vida, podía disfrutar más y sentir más de lo que ellas sentirían nunca. Rachel en particular parecía tan joven... ¿qué podía saber de la vida? Se puso inquieta y, levantándose, fue a sentarse junto a Rachel. Le recordó que le había prometido afiliarse a su club.

—El problema es —continuó— que puede que no pueda ponerme a trabajar en serio hasta octubre. Acabo de recibir una carta de una amiga cuyo hermano tiene un negocio en Moscú. Me invitan a quedarme con ellos, y como están en el meollo de todas las conspiraciones y los anarquistas, estoy pensando seriamente en parar allí de camino a casa. Suena apasionante. — Quería que Rachel viera lo apasionante que era—. Mi amiga conoce a una chica de quince años a la que han enviado a Siberia de por vida simplemente porque la sorprendieron dirigiendo una carta a un anarquista. Y la carta ni siquiera era suya. Daría todo lo que tengo en este mundo por contribuir a una revolución contra el gobierno ruso, y tarde o temprano llegará.

Miró de Rachel a Terence. Ambos se sentían un poco enternecidos al verla, recordando las palabras poco amables que habían dicho de ella no hacía mucho, y Terence le preguntó en qué consistía su proyecto; ella explicó que pensaba fundar un club, un club para hacer cosas, para hacerlas de verdad. Se fue animando cada vez más según hablaba, pues afirmaba tener la certeza de que si veinte personas... no, con diez bastaría si eran de las que se entusiasman... se pusieran a hacer cosas en lugar de hablar de hacerlas, podrían acabar con casi todos los males que existen. Lo que hacía falta era in-

teligencia. Si solo las personas inteligentes... claro que necesitarían una sala, una sala agradable, a ser posible en Bloomsbury, donde pudieran reunirse una vez por semana...

Mientras ella hablaba, Terence podía distinguir en su rostro los rastros de una juventud que se desvanecía, las arrugas que la conversación y la excitación iban trazando alrededor de su boca y sus ojos, pero no la compadecía; mirando aquellos ojos vivos, algo duros y muy valientes, comprendía que ella no se compadecía de sí misma ni deseaba cambiar su propia vida por las vidas más refinadas y ordenadas de personas como él mismo o St. John, aunque, a medida que pasaran los años, la lucha se fuera haciendo cada vez más dura. Quizá, sin embargo, llegaría a asentarse; quizá, a fin de cuentas, se casaría con Perrott. Mientras su mente estaba a medias absorbida por lo que ella decía, pensó en el destino probable de Evelyn, y las leves nubes de humo de tabaco le servían para ocultar su rostro a los ojos de ella.

Terence fumaba, y Arthur fumaba, y Evelyn fumaba, de modo que el aire estaba lleno de la neblina y la fragancia de un buen tabaco. En los intervalos en que nadie hablaba, oían, a lo lejos, el murmullo grave del mar, con las olas que rompían tranquilamente y cubrían la playa con una lámina de agua, y se retiraban para volver a romper. La luz verde y fresca caía a través de las hojas del árbol, y sobre los platos y el mantel había suaves medias lunas y rombos de sol. Mrs. Thornbury, tras observarlos a todos en silencio durante un rato, comenzó a hacerle a Rachel preguntas amables: ¿cuándo regresarían todos? Ah, esperaban a su padre. Seguramente tenía ganas de verlo —habría mucho que contarle, y (miró a Terence con simpatía) estaría muy feliz, estaba segura. Hacía años, continuó, quizá diez o veinte años, recordaba haber conocido a Mr. Vinrace en una fiesta, y haber quedado tan impresionada por su rostro, tan diferente del rostro corriente que se ve en una fiesta, que había preguntado quién era, y le dijeron que era Mr. Vinrace, y siempre había recordado el nombre —un nombre poco común—, y tenía a su lado a una señora, una mujer de aspecto muy dulce, pero era uno de aquellos espantosos abarrotamientos londinenses, donde uno no habla, solo se miran, y aunque había estrechado la mano de Mr. Vinrace, no creía que hubieran dicho nada. Suspiró muy levemente, evocando el pasado.

Luego se volvió hacia Mr. Pepper, que se había vuelto muy dependiente de ella, hasta el punto de elegir siempre un asiento cerca del suyo y de

prestar atención a lo que decía, aunque raramente hacía ningún comentario propio.

—Usted, que lo sabe todo, Mr. Pepper —dijo—, cuéntenos cómo logran aquellas maravillosas damas francesas organizar sus salones. ¿Hicimos nosotros algo parecido alguna vez en Inglaterra, o cree usted que hay alguna razón por la que no podemos hacerlo en Inglaterra?

Mr. Pepper tuvo a bien explicar con gran exactitud por qué nunca ha existido un salón inglés. Había tres razones, y eran muy buenas, dijo. En cuanto a él, cuando iba a una fiesta, como a veces se veía obligado a hacer por no querer ofender —su sobrina, por ejemplo, se había casado hacía poco—, entraba en medio de la sala, decía «¡Já, já!» con toda la fuerza de sus pulmones, consideraba que había cumplido con su obligación y se marchaba. Mrs. Thornbury protestó. Iba a dar una fiesta en cuanto regresara, y todos estaban invitados, y pondría a alguien a vigilar a Mr. Pepper, y si llegaba a sus oídos que lo habían pillado diciendo «¡Já, já!» le haría... le haría algo verdaderamente terrible. Arthur Venning sugirió que lo que debía hacer era preparar algo con efecto sorpresa —un retrato, por ejemplo, de una agradable anciana con cofia de encaje, que ocultase un baño de agua fría el cual, a una señal, pudiera lanzarse sobre la cabeza de Pepper; o bien una silla que lo disparase a seis metros en el aire en cuanto se sentase.

Susan se rió. Había terminado su té y se sentía muy satisfecha, en parte porque había jugado al tenis de manera brillante, y además todo el mundo era tan agradable; cada vez le resultaba mucho más fácil hablar y defenderse incluso ante personas muy inteligentes, porque, de alguna manera, las personas inteligentes ya no la intimidaban. Incluso Mr. Hirst, a quien había encontrado antipático cuando lo conoció, no era realmente desagradable; y el pobre hombre tenía siempre un aspecto tan enfermizo; quizá estaba enamorado; quizá se había enamorado de Rachel —de verdad que no le extrañaría—, o quizá era de Evelyn, que por supuesto resultaba muy atractiva para los hombres. Inclinandose hacia delante, retomó la conversación. Dijo que creía que la razón por la que las fiestas eran tan aburridas era principalmente porque los caballeros no quieren vestir de etiqueta: incluso en Londres, señaló, le llamaba mucho la atención que la gente no considere necesario vestirse por las noches, y claro, si no se visten en Londres, tampoco se vestirán en el campo. Resultaba de verdad un placer en Navidad, cuando había los bailes de caza y los caballeros lucían sus bonitas casacas



rojas, pero a Arthur no le gustaba bailar, de modo que supuso que ni siquiera irían al baile de su pequeña ciudad en el campo. No creía que la gente aficionada a un deporte soliera interesarse por otro, aunque su padre era una excepción. Pero es que era una excepción en todo —tan buen jardinero, y conocía todo sobre pájaros y animales, y por supuesto lo adoraban sin más todas las ancianas del pueblo, y al mismo tiempo lo que de verdad le gustaba más era un libro. Siempre se sabía dónde encontrarlo si hacía falta; estaría en su estudio con un libro. Con toda probabilidad sería un libro viejo, viejo, alguna cosa rancia que nadie más soñaría con leer. Ella solía decirle que habría sido un ratón de biblioteca de primera categoría si no hubiera tenido que mantener a una familia de seis, y seis hijos, añadió con una seguridad encantadora en la simpatía universal, no dejan mucho tiempo para ser ratón de biblioteca.

Hablando todavía de su padre, de quien estaba muy orgullosa, se levantó, pues Arthur, al mirar el reloj, comprobó que era hora de volver a la pista de tenis. Los demás no se movieron.

—¡Son muy felices! —dijo Mrs. Thornbury, mirando tras ellos con benevolencia. Rachel estuvo de acuerdo; parecían estar tan seguros de sí mismos, parecían saber exactamente lo que querían.

—¿Crees que *son* felices? —murmuró Evelyn a Terence en voz baja, con la esperanza de que él dijera que no los creía felices; pero, en lugar de eso, él dijo que también ellos tenían que irse —volver a casa, porque siempre llegaban tarde a las comidas, y Mrs. Ambrose, que era muy estricta y exigente, no le gustaba eso. Evelyn se aferró a la falda de Rachel y protestó. ¿Por qué tenían que irse? Todavía era temprano, y tenía tantas cosas que decirles. —No —dijo Terence—, tenemos que irnos, porque caminamos muy despacio. Nos paramos a mirar las cosas, y hablamos.

—¿De qué habláis? —preguntó Evelyn, ante lo cual él se rió y dijo que hablaban de todo.

Mrs. Thornbury los acompañó hasta la verja, cruzando muy despacio y con gracilidad el césped y la gravilla, y hablando todo el tiempo de flores y pájaros. Les contó que había empezado a estudiar botánica desde que su hija se había casado, y era asombroso el número de flores que existían y que nunca había visto, a pesar de haber vivido en el campo toda su vida y tener ya setenta y dos años. Era bueno tener alguna ocupación completamente in-

dependiente de los demás, dijo, cuando una se hacía mayor. Pero lo curioso era que una nunca se sentía mayor. Ella siempre se sentía de veinticinco años, ni un día más ni un día menos, pero, claro está, no se podía pedir a los demás que estuvieran de acuerdo.

—Debe de ser maravilloso tener veinticinco años, y no solo imaginar que se tienen —dijo, mirándolos alternativamente con su mirada serena y luminosa—. Debe de ser maravilloso, verdaderamente maravilloso. —Se quedó hablando con ellos junto a la verja largo rato; parecía reacia a dejarlos marchar.

## CAPÍTULO XXV

La tarde era muy calurosa, tan calurosa que el romper de las olas en la orilla sonaba como el suspiro repetido de alguna criatura agotada, e incluso en la terraza, bajo un toldo, los ladrillos quemaban, y el aire bailoteaba sin cesar sobre la hierba corta y reseca. Las flores rojas en los macetones de piedra se doblaban por el calor, y los blancos capullos que pocas semanas antes habían sido tan lisos y tupidos estaban ahora secos, con los bordes rizados y amarillentos. Solo las plantas tiesas y hostiles del sur, cuyas hojas carnosas parecían brotar de espinas, seguían erguidas desafiando al sol para que las venciera. Hacía demasiado calor para hablar, y no era fácil encontrar ningún libro que resistiera el poder del sol. Se habían probado muchos y luego abandonado, y ahora Terence leía a Milton en voz alta, porque decía que las palabras de Milton tenían sustancia y forma, de modo que no era necesario entender lo que decía; bastaba con escuchar sus palabras; casi se podía palparlas.

*Hay una ninfa gentil no lejos de aquí,*

*leyó,*

*que con húmedo freno gobierna el liso Severn. Sabrina es su nombre, virgen pura; en otro tiempo fue hija de Locrine, que tuvo el cetro de su padre Bruto.*

Las palabras, pese a lo que Terence había dicho, parecían estar cargadas de significado, y quizá era por esa razón que resultaba doloroso escucharlas; sonaban extrañas; significaban cosas distintas de las que solían significar. Rachel, en todo caso, no lograba mantener la atención fija en ellas, y se dejaba llevar por curiosas corrientes de pensamiento sugeridas por palabras como «freno» y «Locrine» y «Bruto», que le traían imágenes desagradables

a los ojos, con independencia de su significado. A causa del calor y del aire bailoteante, el jardín también parecía extraño: los árboles estaban demasiado cerca o demasiado lejos, y su cabeza casi con toda certeza le dolía. No estaba del todo segura, y por eso no sabía si decírselo a Terence ahora o dejarlo seguir leyendo. Decidió que esperaría hasta que llegara al final de una estrofa, y si para entonces, tras volver la cabeza a un lado y a otro, le dolía en todas las posiciones sin ninguna duda, diría con mucha calma que le dolía la cabeza.

*Sabrina, hermosa, escucha desde donde estás sentada bajo la ola vítrea, fresca y traslúcida, tejiendo en trenzas retorcidas de lirios la suelta cabellera de tu pelo ambarino que gotea, escucha por amor al sagrado honor, diosa del lago de plata, ¡escucha y sálvanos!*

Pero le dolía la cabeza; le dolía cualquiera que fuese la posición en que la pusiera.

Se incorporó y dijo, tal como había resuelto: —Me duele tanto la cabeza que voy a entrar. —Él estaba a mitad de la estrofa siguiente, pero dejó caer el libro al instante.

—¿Te duele la cabeza? —repitió.

Durante unos momentos permanecieron sentados mirándose en silencio, tomados de la mano. En ese rato, la sensación de desconcierto y catástrofe que lo embargaba era casi físicamente dolorosa; en torno a él parecía oír el tintineo del cristal roto que, al caer al suelo, lo dejaba sentado a la intemperie. Pero al cabo de dos minutos, al advertir que ella no compartía su desconcierto y que simplemente estaba algo más lánguida y con los ojos más pesados que de costumbre, se repuso, fue a buscar a Helen y le pidió que le dijera qué debían hacer, pues Rachel tenía dolor de cabeza.

Mrs. Ambrose no se alteró, sino que aconsejó que fuera a la cama, y añadió que debía de esperarse que le doliese la cabeza si se acostaba a deshoras y salía con el calor, pero unas pocas horas en cama lo curaría del todo. Terence se tranquilizó de manera desproporcionada con sus palabras, igual que poco antes se había desanimado de manera desproporcionada. El sentido común de Helen parecía tener mucho en común con el implacable sentido común de la naturaleza, que castigaba la imprudencia con un dolor de cabeza, y que, como el sentido común de la naturaleza, era de fiar.

Rachel se fue a la cama; le pareció que yacía en la oscuridad muchísimo tiempo, pero al fin, despertando de un sueño de apariencia transparente, vio las ventanas blancas delante de ella y recordó que en algún momento anterior se había acostado con dolor de cabeza, y que Helen había dicho que se le habría pasado al despertar. Supuso, por tanto, que ya estaba del todo bien. Al mismo tiempo, la pared de su cuarto era dolorosamente blanca, y curvaba ligeramente en lugar de ser recta y plana. Volviendo los ojos hacia la ventana, lo que vio allí no la tranquilizó. El movimiento de la persiana al llenarse de aire y salir lentamente hacia afuera, arrastrando la cuerda con un suave sonido deslizante por el suelo, le pareció aterrador, como si fuera el movimiento de un animal dentro de la habitación. Cerró los ojos, y el pulso en su cabeza latía con tanta fuerza que cada pulsación parecía pisar un nervio, atravesándole la frente con una pequeña punzada de dolor. Quizá no era el mismo dolor de cabeza, pero desde luego tenía dolor de cabeza. Se volvió de un lado a otro con la esperanza de que la frescura de las sábanas la curase, y de que cuando volviese a abrir los ojos la habitación fuera como de costumbre. Después de un número considerable de vanos intentos, decidió aclarar la cuestión de una vez. Se levantó de la cama y se puso de pie, agarrándose a la bola de latón en el extremo de la cabecera. Helada al principio, pronto se calentó tanto como su palma, y como los dolores de cabeza y de cuerpo y la inestabilidad del suelo demostraban que sería mucho más intolerable estar de pie y caminar que yacer en la cama, volvió a meterse en ella; pero aunque el cambio resultó reconfortante al principio, la incomodidad de la cama pronto fue tan grande como la incomodidad de estar de pie. Aceptó la idea de que tendría que quedarse en cama todo el día, y, al apoyar la cabeza en la almohada, renunció a la felicidad del día.

Cuando Helen entró una hora o dos más tarde, paró en seco sus palabras alegres, pareció sobresaltarse un instante y luego se mostró con una calma antinatural; el hecho de que Rachel estuviera enferma quedó fuera de toda duda. Se confirmó cuando toda la casa lo supo, cuando la canción que alguien entonaba en el jardín se cortó de pronto, y cuando Maria, al traer agua, se deslizó junto a la cama con los ojos apartados. Quedaba toda la mañana por pasar, y después toda la tarde, y a ratos Rachel hacía un esfuerzo por trasladarse al mundo ordinario, pero descubrió que el calor y el malestar habían abierto un abismo entre su mundo y el mundo ordinario que no podía salvar. En un momento dado la puerta se abrió y Helen entró con un hombre pequeño y moreno que tenía —era lo que más notó de él— las

manos muy peludas. Estaba soñolienta e insoportablemente acalorada, y como él parecía tímido y obsequioso, apenas se molestó en contestarle, aunque entendió que era médico. En otro momento la puerta se abrió y Terence entró muy despacio, sonriendo con demasiada constancia, como comprendió Rachel, para que fuera natural. Se sentó y le habló, acariciándole las manos, hasta que le resultó molesto seguir en la misma postura y se dio la vuelta, y cuando volvió a mirar hacia arriba Helen estaba a su lado y Terence se había ido. No importaba; lo vería mañana, cuando todo volviera a ser normal. Su principal ocupación durante el día fue tratar de recordar cómo iban los versos:

*bajo la ola vítrea, fresca y traslúcida, tejiendo en trenzas retorcidas de lirios la suelta cabellera de tu pelo ambarino que gotea;*

y el esfuerzo la fatigaba porque los adjetivos se empeñaban en colocarse en los lugares equivocados.

El segundo día no difirió mucho del primero, salvo en que su cama había cobrado mucha importancia, y el mundo exterior, cuando intentaba pensar en él, parecía estar claramente más lejos. La ola vítrea, fresca y traslúcida era casi visible ante ella, rizándose al pie de la cama, y como era agradablemente fresca intentó mantener la mente fija en ella. Helen estaba aquí, y Helen estaba allá durante todo el día; a veces decía que era la hora del almuerzo, y a veces la del té; pero al día siguiente todos los mojones habían desaparecido, y el mundo exterior estaba tan lejos que los distintos sonidos, como los sonidos de gente moviéndose en el piso de arriba, solo podían atribuirse a su causa con un gran esfuerzo de memoria. El recuerdo de lo que había sentido, o de lo que había estado haciendo y pensando tres días antes, se había borrado por completo. En cambio, cada objeto de la habitación, y la propia cama, y su propio cuerpo con sus distintos miembros y sus diferentes sensaciones eran cada día más y más importantes. Estaba completamente aislada, incapaz de comunicarse con el resto del mundo, sola con su cuerpo.

Horas y horas pasaban así, sin avanzar en absoluto por la mañana, o bien unos pocos minutos bastaban para ir de plena luz del día a las profundidades de la noche. Una tarde, cuando la habitación parecía muy oscura, ya fuera por ser de tarde o porque las persianas estaban corridas, Helen le dijo: «Esta noche va a quedarse alguien aquí. ¿No te importa?»

Al abrir los ojos, Rachel vio no solo a Helen sino a una enfermera con gafas cuyo rostro le recordaba vagamente algo que había visto en algún momento. La había visto en la capilla. «Nurse McInnis», dijo Helen, y la enfermera sonrió con firmeza como hacían todos, y dijo que no encontraba a mucha gente que le tuviera miedo. Tras esperar un momento, ambas desaparecieron, y Rachel, habiendo dado la vuelta a la almohada, despertó para encontrarse en medio de una de aquellas noches interminables que no acaban a las doce, sino que se prolongan por cifras dobles: trece, catorce, y así sucesivamente hasta llegar a los veinte, y luego a los treinta, y luego a los cuarenta. Comprendió que nada impide a las noches hacer esto si se les antoja. A gran distancia, una mujer mayor estaba sentada con la cabeza inclinada; Rachel se incorporó ligeramente y vio con alarma que jugaba a las cartas a la luz de una vela encendida en el hueco de un periódico. La imagen tenía algo inexplicablemente siniestro, y ella se aterró y gritó, ante lo cual la mujer dejó las cartas y cruzó la habitación, protegiendo la vela con las manos. Acercándose cada vez más a través del gran espacio de la habitación, se quedó al fin sobre la cabeza de Rachel y dijo: «¿Sin dormir? Déjeme que la ponga cómoda.»

Dejó la vela y comenzó a arreglar la ropa de cama. A Rachel le llamó la atención que una mujer que se pasaba la noche entera jugando a las cartas en una caverna tendría las manos muy frías, y se estremeció ante el contacto de ellas.

— ¡Pero si hay un dedo del pie ahí abajo al fondo! —dijo la mujer, procediendo a meter la ropa de cama por los lados. Rachel no cayó en la cuenta de que el dedo era el suyo.

— Tiene que intentar quedarse quieta —continuó—, porque si se queda quieta tendrá menos calor, y si se agita tendrá más calor, y no queremos que tenga más calor del que ya tiene. —Se quedó de pie mirando a Rachel desde arriba durante un tiempo enorme.

— Y cuanto más quieta esté, antes se pondrá bien —repitió.

Rachel mantuvo los ojos fijos en la sombra picuda del techo, y toda su energía estaba concentrada en el deseo de que aquella sombra se moviera. Pero la sombra y la mujer parecían estar eternamente fijas encima de ella. Cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo habían pasado varias horas más, pero la noche duraba todavía sin fin. La mujer seguía jugando a las cartas,

solo que ahora estaba sentada en un túnel bajo un río, y la vela ardía en un pequeño arco en la pared encima de ella. Rachel gritó «¡Terence!» y la sombra picuda volvió a cruzar el techo, pues la mujer se alzó con un movimiento enorme y lento, y ambas se quedaron inmóviles sobre ella.

—Le cuesta tanto quedarse en cama como le costaba a Mr. Forrest —dijo la mujer—, y era un señor tan alto.

Para librarse de aquella visión estática y terrible Rachel volvió a cerrar los ojos, y se encontró caminando por un túnel bajo el Támesis donde había unas mujercitas deformes sentadas en arcos jugando a las cartas, mientras los ladrillos de los que estaba hecha la pared rezumaban humedad, que se concentraba en gotas y resbalaba pared abajo. Pero las viejecitas se convirtieron pasado un tiempo en Helen y Nurse McInnis, de pie juntas en la ventana susurrando, susurrando sin cesar.

Entretanto, fuera de su habitación, los sonidos, los movimientos y las vidas de las demás personas de la casa transcurrían a la luz ordinaria del sol, a lo largo de la sucesión habitual de horas. Cuando, el primer día de su enfermedad, quedó claro que no estaría completamente bien hasta el viernes —siendo ese martes, pues la temperatura era muy alta—, Terence sintió un resentimiento, no contra ella, sino contra la fuerza exterior que los separaba. Contó el número de días que casi con toda seguridad quedarían arruinados para ellos. Comprendió, con una mezcla peculiar de placer y fastidio, que, por primera vez en su vida, dependía tanto de otra persona que su felicidad estaba en manos de ella. Los días se perdían por completo en trivialidades sin importancia, porque después de tres semanas de tal intimidad e intensidad todas las ocupaciones habituales eran insoportablemente sosas y fuera de lugar. La ocupación menos intolerable era hablar con St. John sobre la enfermedad de Rachel, y comentar cada síntoma y su significado, y, cuando ese tema se agotaba, hablar de enfermedades de toda clase, de sus causas y sus remedios.

Dos veces al día entraba a sentarse con Rachel, y dos veces al día ocurría lo mismo. Al entrar en su habitación, que no estaba muy oscura y donde la partitura estaba sobre la mesa como de costumbre, junto con sus libros y sus cartas, su ánimo se reponía al instante. Al verla se sentía completamente tranquilizado. No tenía muy mal aspecto. Sentado a su lado le contaba lo que había estado haciendo, con su voz natural, solo unos tonos más bajo



que de costumbre; pero antes de que hubieran pasado cinco minutos se hundía en la más profunda desesperación. Ella no era la misma; no conseguía restablecer entre ellos su antigua relación; y aunque sabía que era una necedad, no podía evitar esforzarse por traerla de vuelta, por hacer que ella recordara, y cuando esto fracasaba caía en la desesperación. Siempre llegaba a la conclusión, al salir de su habitación, de que era peor verla que no verla; pero poco a poco, a medida que el día avanzaba, el deseo de verla regresaba y se hacía casi insoportable.

El jueves por la mañana, cuando Terence entró en la habitación de Rachel, sintió el habitual aumento de confianza. Ella se dio la vuelta e hizo un esfuerzo por recordar ciertos hechos del mundo que estaba a tantos millones de kilómetros.

—¿Has subido desde el hotel? —preguntó.

—No; me quedo aquí por el momento —dijo él—. Acabo de almorzar —continuó—, y ha llegado el correo. Tienes un buen montón de cartas —cartas de Inglaterra.

En lugar de decir, como él esperaba, que quería verlas, ella no dijo nada durante un rato.

—¿Ves? Ahí van rodando por el borde de la colina —dijo de pronto.

—¿Rodando, Rachel? ¿Qué ves rodar? No rueda nada.

—La vieja con el cuchillo —respondió ella, sin dirigirse en particular a Terence y con la mirada más allá de él. Como parecía estar mirando un jarón en el estante de enfrente, él se levantó y lo quitó.

—Ahora ya no pueden rodar más —dijo con animación. Sin embargo ella seguía mirando fijamente el mismo punto, y no le hizo más caso aunque él le habló. Se sintió tan profundamente desgraciado que no soportó quedarse a su lado, y anduvo vagando hasta que encontró a St. John, que leía *The Times* en la veranda. Éste lo dejó a un lado con paciencia y escuchó todo lo que Terence tenía que decirle sobre el delirio. Fue muy paciente con Terence. Lo trató como a un niño.

Para el viernes no podía negarse ya que la enfermedad no era un ataque que fuera a remitir en uno o dos días; era una enfermedad de verdad que requería una buena organización y absorbía la atención de al menos cinco per-

sonas, pero no había motivo para inquietarse. En lugar de durar cinco días iba a durar diez. Se entendió que Rodríguez había dicho que existían variedades bien conocidas de esa enfermedad. Rodríguez parecía creer que estaban tratando la enfermedad con excesiva ansiedad. Sus visitas siempre estaban marcadas por la misma muestra de confianza, y en sus conversaciones con Terence siempre desestimaba sus preguntas ansiosas y minuciosas con una especie de ademán que parecía indicar que se lo estaban tomando demasiado en serio. Parecía curiosamente reacio a sentarse.

—Una temperatura alta —dijo, mirando furtivamente por la habitación y pareciendo más interesado en los muebles y en el bordado de Helen que en cualquier otra cosa—. En este clima hay que esperar una temperatura alta. No hay que alarmarse por eso. Nos guiamos por el pulso —se dio un golpecito en su peluda muñeca—, y el pulso sigue siendo excelente.

Acto seguido hizo una reverencia y se escurrió hacia afuera. La entrevista se había llevado a cabo laboriosamente por ambas partes en francés, y esto, unido al hecho de que era optimista y de que Terence respetaba la profesión médica de oídas, lo hacía menos crítico de lo que habría sido de haber tratado al médico en cualquier otra circunstancia. Inconscientemente tomó partido por Rodríguez contra Helen, que parecía haber desarrollado una animadversión injustificada contra él.

Cuando llegó el sábado resultó evidente que las horas del día debían organizarse con más rigor que hasta entonces. St. John ofreció sus servicios; dijo que no tenía nada que hacer y que bien podía pasarse el día en la villa si podía ser de utilidad. Como si emprendieran juntos una expedición difícil, se repartieron las obligaciones entre los dos, escribiendo un esquema detallado de horas en una hoja grande de papel que clavaron en la puerta del salón. La distancia que los separaba del pueblo, y la dificultad de conseguir cosas poco comunes con nombres desconocidos en los lugares más inesperados, obligaban a pensar con mucho cuidado, y encontraron inesperadamente difícil hacer las cosas sencillas pero prácticas que se les exigían, como si, siendo muy altos, se les pidiera que se agacharan y dispusieran granos de arena diminutos en un dibujo sobre el suelo.

Era obligación de St. John ir a buscar al pueblo lo que hiciera falta, de modo que Terence se quedaba sentado durante las largas y calurosas horas, solo en el salón, junto a la puerta abierta, escuchando cualquier movimiento

del piso de arriba o cualquier llamada de Helen. Siempre se olvidaba de bajar las persianas, de manera que estaba al sol pleno, lo que le irritaba sin que él supiera la causa. La habitación era terriblemente rígida e incómoda. Había sombreros en las sillas, y frascos de medicamentos entre los libros. Intentaba leer, pero los libros buenos eran demasiado buenos, y los malos demasiado malos, y lo único que toleraba era el periódico, que con sus noticias de Londres y los movimientos de personas reales que daban cenas y pronunciaban discursos, parecía darle un pequeño fondo de realidad a lo que de otro modo era mera pesadilla. Luego, justo cuando su atención se concentraba en lo que leía, llegaba una llamada suave de Helen, o Mrs. Chailey traía algo que se necesitaba arriba, y él subía muy silenciosamente en calcetines y dejaba el jarro en la mesita que estaba abarrotada de jarros y tazas ante la puerta del dormitorio; o si podía atrapar a Helen un momento le preguntaba: «¿Cómo está?»

— Algo agitada... En conjunto, más tranquila, creo.

La respuesta sería una u otra.

Como de costumbre, ella parecía reservarse algo que no decía, y Terence era consciente de que no estaban de acuerdo y de que, sin decirlo en voz alta, argumentaban el uno contra el otro. Pero ella tenía demasiada prisa y estaba demasiado absorta para hablar.

La tensión de escuchar y el esfuerzo de hacer los arreglos prácticos y de ver que todo funcionara sin tropiezos absorbían todas las energías de Terence. Envuelto en aquella larga y lúgubre pesadilla, no intentaba pensar en lo que todo aquello significaba. Rachel estaba enferma; eso era todo; tenía que asegurarse de que hubiera medicamentos y leche, y de que las cosas estuvieran listas cuando se necesitaran. El pensamiento se había detenido; la propia vida se había paralizado. El domingo fue algo peor que el sábado, simplemente porque la tensión era un poco mayor cada día, aunque nada más hubiera cambiado. Los sentimientos distintos de placer, interés y dolor, que se combinan para formar el día ordinario, se fundían en una prolongada y única sensación de miseria sórdida y profundo aburrimiento. Nunca se había aburrido tanto desde que de niño lo encerraban solo en el cuarto de los juguetes. La imagen de Rachel tal como estaba ahora, confusa e indiferente, había borrado casi por completo la imagen de ella tal como había sido tiempo atrás; apenas podía creer que hubieran sido felices alguna

vez, o que hubieran estado prometidos, pues ¿qué eran los sentimientos, qué había que sentir? La confusión cubría cada imagen y cada persona, y le parecía ver a St. John, a Ridley y a las personas que de vez en cuando subían desde el hotel a preguntar, a través de una niebla; las únicas personas no ocultas en esa niebla eran Helen y Rodriguez, porque podían decirle algo concreto sobre Rachel.

No obstante, el día seguía las formas habituales. A ciertas horas pasaban al comedor, y cuando se sentaban alrededor de la mesa hablaban de cosas indiferentes. St. John solía hacer el esfuerzo de iniciar la conversación y de evitar que muriera.

—He descubierto la manera de hacer pasar a Sancho por delante de la casa blanca —dijo St. John el domingo durante el almuerzo—. Se le cruje un papel junto al oído, entonces se lanza como una bala unos cien metros, pero luego va bastante bien.

—Sí, pero necesita pienso. Hay que ver que tenga pienso.

—No me parece gran cosa lo que le dan, y Angelo parece un granuja sucio.

Hubo después un largo silencio. Ridley masculló unos versos en voz baja y observó, como para ocultar que lo había hecho: —Hoy hace mucho calor.

—Dos grados más que ayer —dijo St. John—. Me pregunto de dónde vienen estos frutos secos —observó, sacando uno del plato, dándole vueltas entre los dedos y mirándolo con curiosidad.

—De Londres, supongo —dijo Terence, mirando también el fruto.

—Un hombre de negocios competente haría aquí una fortuna en nada de tiempo —continuó St. John—. Supongo que el calor hace algo raro en los sesos de la gente. Hasta los ingleses se vuelven un poco raros. En todo caso, son personas imposibles con quienes tratar. Me tuvieron esperando tres cuartos de hora en la farmacia esta mañana, sin ningún motivo.

Hubo otra larga pausa. Luego Ridley preguntó: —¿Parece satisfecho Rodriguez?

—Completamente —dijo Terence con decisión—. Simplemente hay que dejar que siga su curso. —Ante lo cual Ridley lanzó un profundo suspiro. Sentía de verdad lástima por todos, pero al mismo tiempo echaba de menos

a Helen considerablemente, y le molestaba un poco la presencia constante de los dos jóvenes.

Pasaron al salón.

—Escucha, Hirst —dijo Terence—, no hay nada que hacer en dos horas. —Consultó la hoja clavada en la puerta—. Ve a descansar. Yo esperaré aquí. Chailey se queda con Rachel mientras Helen almuerza.

Pedirle a Hirst que se fuera sin esperar a ver a Helen era pedirle mucho. Esos pequeños vistazos a Helen eran los únicos descansos de la tensión y el aburrimiento, y con mucha frecuencia parecían compensar la incomodidad del día, aunque ella no tuviese nada que contarles. Sin embargo, como estaban juntos en una expedición, había decidido obedecer.

Helen tardó mucho en bajar. Tenía el aspecto de alguien que ha estado mucho tiempo sentado en la oscuridad. Estaba pálida y más delgada, y la expresión de sus ojos era de angustia pero de determinación. Comió el almuerzo deprisa, y parecía indiferente a lo que hacía. Rechazó las preguntas de Terence, y al fin, como si él no hubiera hablado, lo miró con un leve ceño y dijo:

—Así no podemos seguir, Terence. O buscas otro médico, o le dices a Rodriguez que deje de venir, y yo me arreglaré sola. De nada sirve que él diga que Rachel está mejor; no está mejor; está peor.

Terence sufrió un golpe terrible, como el que había sufrido cuando Rachel dijo: «Me duele la cabeza». Lo sofocó diciéndose que Helen tenía los nervios a flor de piel, y se sostuvo en esta opinión por su obstinada convicción de que ella se le oponía en el argumento.

—¿Crees que está en peligro? —preguntó.

—Nadie puede seguir tan enferma día tras día —respondió Helen. Lo miró y habló como si sintiera cierta indignación contra alguien.

—Muy bien, hablaré con Rodriguez esta tarde —respondió él.

Helen subió en seguida.

Nada podía ya calmar la ansiedad de Terence. No podía leer, ni podía estar quieto, y su sensación de seguridad estaba sacudida, a pesar de que es-

taba decidido a que Helen exageraba y a que Rachel no estaba muy enferma. Pero quería una tercera persona que lo confirmara en su convicción.

En cuanto Rodriguez bajó le preguntó: —Bueno, ¿cómo está? ¿Cree que está peor?

—No hay motivo para alarmarse, le digo que ninguno —respondió Rodriguez en su execrable francés, sonriendo con malestar y agitándose todo el tiempo como para escabullirse.

Hewet se interpuso firmemente entre él y la puerta. Estaba decidido a ver por sí mismo qué clase de hombre era. La confianza que había depositado en él se desvaneció al mirarlo y ver su insignificancia, su aspecto descuidado, su evasividad y su rostro peludo y poco inteligente. Era extraño que nunca lo hubiera visto antes.

—No le importará, por supuesto, que le pidamos consultar con otro médico —continuó.

El hombrecillo se mostró entonces abiertamente irritado.

—¡Ah! —exclamó—. ¿No tiene usted confianza en mí? ¿Objeta usted a mi tratamiento? ¿Desea usted que abandone el caso?

—En absoluto —respondió Terence—, pero en una enfermedad grave de esta clase...

Rodriguez se encogió de hombros.

—No es grave, se lo aseguro. Está usted demasiado ansioso. La señorita no está gravemente enferma, y yo soy médico. La señora, por supuesto, está asustada —dijo con desdén—. Eso lo entiendo perfectamente.

—El nombre y la dirección del médico son... —continuó Terence.

—No hay otro médico —respondió Rodriguez hosco—. Todo el mundo tiene confianza en mí. ¡Mire! Se lo demostraré.

Sacó un paquete de cartas viejas y empezó a hojearlas como si buscara una que refutara las sospechas de Terence. Mientras buscaba, comenzó a contar una historia sobre un lord inglés que había confiado en él —un gran lord inglés, cuyo nombre había olvidado, por desgracia.

—No hay otro médico en el lugar —concluyó, siguiendo dando la vuelta a las cartas.

—No importa —dijo Terence con sequedad—. Haré averiguaciones yo mismo. —Rodriguez guardó las cartas en el bolsillo.

—Muy bien —dijo—. No me opongo.

Levantó las cejas, se encogió de hombros, como para repetir que se lo tomaban todo demasiado en serio y que no había otro médico, y se escurrió hacia afuera, dejando tras de sí la impresión de que era consciente de que desconfiaban de él, y de que su rencor estaba despierto.

Después de esto Terence ya no pudo quedarse abajo. Subió, llamó a la puerta de Rachel y le preguntó a Helen si podía verla unos minutos. No la había visto el día anterior. Helen no puso objeción, y fue a sentarse a una mesa junto a la ventana.

Terence se sentó al lado de la cama. El rostro de Rachel había cambiado. Tenía el aspecto de quien estuviera concentrado por entero en el esfuerzo de mantenerse con vida. Tenía los labios tensos, y las mejillas hundidas y encendidas, aunque sin color. Los ojos no estaban completamente cerrados, dejando ver la mitad inferior de la parte blanca, no como si viera, sino como si permanecieran abiertos porque estaba demasiado agotada para cerrarlos. Los abrió del todo cuando él la besó. Pero solo vio a una vieja cortándole la cabeza a un hombre con un cuchillo.

—¡Ahí cae! —murmuró. Luego se volvió hacia Terence y le preguntó con ansiedad algo sobre un hombre con mulas, que él no pudo entender. — ¿Por qué no viene? ¿Por qué no viene? —repitió. Le horrorizó pensar en aquel hombrecillo sucio de abajo en relación con una enfermedad como aquella, y se volvió instintivamente hacia Helen, pero ella estaba haciendo algo en una mesa junto a la ventana y no parecía darse cuenta de cuánto tenía que ser el impacto para él. Se levantó para irse, pues no soportaba seguir escuchando; el corazón le latía rápida y dolorosamente de rabia y angustia. Al pasar junto a Helen, ella le pidió con la misma voz cansada, antinatural pero resuelta que le trajera más hielo y que mandara llenar el jarro de afuera con leche fresca.

Cuando terminó esos recados fue a buscar a Hirst. Agotado y con mucho calor, St. John se había quedado dormido en una cama, pero Terence lo des-

pertó sin contemplaciones.

—Helen cree que está peor —dijo—. No cabe duda de que está espantosamente enferma. Rodríguez no sirve para nada. Hay que buscar otro médico.

—Pero no hay otro médico —dijo Hirst soñoliento, incorporándose y frotándose los ojos.

—¡No digas estupideces! —exclamó Terence—. Claro que hay otro médico, y si no lo hay, tienes que encontrar uno. Debería haberse hecho hace días. Voy a ensillar el caballo. —No podía quedarse quieto en un sitio.

En menos de diez minutos St. John cabalgaba hacia el pueblo bajo el sol abrasador en busca de un médico, con la orden de encontrar uno y traerlo aunque tuviera que cogerlo en un tren especial.

—Deberíamos haberlo hecho hace días —repitió Hewet con rabia.

Cuando regresó al salón encontró a Mrs. Flushing allí, de pie muy erguida en el centro de la habitación, habiendo llegado, como la gente hacía por aquellos días, por la cocina o a través del jardín sin anunciarse.

—¿Está mejor? —preguntó Mrs. Flushing con brusquedad; no hicieron ademán de darse la mano.

—No —dijo Terence—. Más bien creen que está peor.

Mrs. Flushing pareció reflexionar un momento o dos, mirando a Terence fijamente todo el tiempo.

—Déjeme decirle —dijo, hablando en sacudidas nerviosas— que es siempre hacia el séptimo día cuando uno empieza a ponerse ansioso. Imagino que ha estado usted aquí sentado preocupándose solo. Usted cree que está mal, pero cualquiera que venga con ojos frescos vería que está mejor. Mr. Elliot tuvo fiebre; ya está bien —soltó—. No fue algo que cogiera en la expedición. ¿Qué importa unos días de fiebre? Mi hermano tuvo fiebre veintiséis días una vez. Y en una semana o dos estaba en pie. No le dimos nada más que leche y arrurruz...

Aquí entró Mrs. Chailey con un recado.

—Me llaman arriba —dijo Terence.



— Ya verá, estará mejor — soltó Mrs. Flushing mientras él salía de la habitación. Su ansiedad por convencer a Terence era muy grande, y cuando él se fue sin decir nada ella se sintió insatisfecha e inquieta; no quería quedarse, pero no soportaba marcharse. Deambuló de habitación en habitación buscando a alguien con quien hablar, pero todas las habitaciones estaban vacías.

Terence subió, se quedó junto a la puerta para recibir las instrucciones de Helen, miró a Rachel, pero no intentó hablarle. Ella parecía vagamente consciente de su presencia, pero parecía perturbada por ella, y se dio la vuelta de modo que le daba la espalda.

Pues durante seis días había estado ajena al mundo exterior, porque necesitaba toda su atención para seguir las imágenes calientes, rojas y veloces que desfilaban incesantemente ante sus ojos. Sabía que era de enorme importancia que prestara atención a esas imágenes y captara su significado, pero siempre llegaba justo demasiado tarde para oír o ver algo que lo explicara todo. Por esa razón, los rostros —el de Helen, el de la enfermera, el de Terence, el del médico—, que de vez en cuando se le acercaban mucho, la perturbaban porque la distraían y podía perderse la pista. Sin embargo, al cuarto día por la tarde de pronto fue incapaz de distinguir el rostro de Helen de las propias imágenes; sus labios se ensancharon mientras se inclinaba sobre la cama, y comenzó a balbucear de manera ininteligible como todos los demás. Las imágenes estaban todas relacionadas con alguna conspiración, alguna aventura, alguna huida. La naturaleza de lo que hacían cambiaba sin cesar, aunque siempre había una razón detrás que ella debía esforzarse por captar. Ahora estaban entre árboles y salvajes, ahora en el mar, ahora en lo alto de torres altísimas; ahora saltaban; ahora volaban. Pero justo cuando la crisis estaba a punto de producirse, algo se deslizaba invariablemente en su cerebro, de modo que el esfuerzo entero tenía que empezar de nuevo. El calor era sofocante. Por fin los rostros se alejaron más; cayó en un pozo profundo de agua pegajosa que acabó cerrándose sobre su cabeza. No veía nada y no oía nada salvo un tenue sonido de resonancia, que era el sonido del mar pasando por encima de su cabeza. Mientras todos sus torturadores pensaban que estaba muerta, ella no estaba muerta, sino enroscada en el fondo del mar. Allí yacía, a veces viendo oscuridad, a veces luz, mientras de vez en cuando alguien le daba la vuelta en el fondo del mar.

Después de que St. John pasara varias horas bajo el sol abrasador discutiendo con unos nativos evasivos y muy charlatanes, extrajo la información de que había un médico, un médico francés, que estaba de vacaciones en los montes. Era del todo imposible, según decían, encontrarlo. Con su experiencia del país, St. John consideró improbable que un telegrama se enviara o se recibiera; pero habiendo reducido la distancia de la localidad de montaña donde se hospedaba de cien kilómetros a treinta, y habiendo alquilado un carruaje y caballos, partió de inmediato a buscar al médico en persona. Logró encontrarlo y acabó por obligar al renuente hombre a dejar a su joven esposa y regresar sin demora. Llegaron a la villa el martes al mediodía.

Terence salió a recibirlos, y St. John advirtió que había adelgazado perceptiblemente en el intervalo; estaba además muy pálido; sus ojos tenían un aspecto extraño. Pero el hablar cortante y los modales hoscos y autoritarios del Dr. Lesage les causaron una impresión favorable a ambos, aunque al mismo tiempo era evidente que todo el asunto le contrariaba mucho. Al bajar dio sus instrucciones con énfasis, pero no se le ocurrió dar ninguna opinión, ya fuera por la presencia de Rodriguez —que ahora era obsequioso además de rencoroso— o porque daba por sentado que ellos ya sabían lo que había que saber.

—Claro —dijo encogiéndose de hombros cuando Terence le preguntó: «¿Está muy grave?»

Ambos experimentaron cierto alivio cuando el Dr. Lesage se marchó, dejando instrucciones precisas y prometiendo otra visita en pocas horas; pero, por desgracia, la subida de ánimo los llevó a hablar más de lo habitual, y al hablar se pelearon. Se pelearon por una carretera, la carretera de Portsmouth. St. John decía que era de macadán en el tramo por el que pasa Hindhead, y Terence sabía tan bien como su propio nombre que en ese punto no era de macadán. En el curso de la discusión se dijeron cosas muy duras, y el resto de la cena se comió en silencio, salvo alguna que otra reflexión a medias sofocada de Ridley.

Cuando oscureció y trajeron las lámparas, Terence se sintió incapaz de seguir dominando su irritación. St. John se fue a la cama en un estado de agotamiento completo, despidiéndose de Terence con algo más de afecto que de costumbre por la pelea, y Ridley se retiró a sus libros. Solo, Terence

se paseó arriba y abajo de la habitación; se quedó de pie ante la ventana abierta.

Las luces iban encendiéndose una tras otra en la ciudad que había abajo, y el jardín estaba muy tranquilo y fresco, de modo que salió a la terraza. Mientras estaba allí en la oscuridad, pudiendo ver tan solo las formas de los árboles a través de la tenue luz gris, le acometió un deseo de escapar, de terminar con aquel sufrimiento, de olvidar que Rachel estaba enferma. Se dejó caer en el olvido de todo. Como si un viento que hubiera bramado sin cesar se durmiese de pronto, la angustia y la tensión y la ansiedad que le habían estado oprimiendo se desvanecieron. Le pareció estar en pie en un espacio de aire sin turbulencias, en una pequeña isla para sí solo; estaba libre e inmune al dolor. No importaba si Rachel estaba bien o enferma; no importaba si estaban juntos o separados; nada importaba, nada importaba. Las olas rompían en la orilla allá lejos, y el viento suave pasaba entre las ramas de los árboles, pareciendo envolverlo de paz y seguridad, de oscuridad y nada. Sin duda el mundo de la lucha, la tensión y la ansiedad no era el mundo real, sino que éste era el mundo real, el mundo que yacía bajo el mundo superficial, de modo que, pasara lo que pasara, uno estaba seguro. La quietud y la paz parecían envolver su cuerpo en una delgada y fresca sábana, calmando cada nervio; su mente parecía expandirse de nuevo y recuperar su naturalidad.

Pero cuando llevaba un rato así, un ruido en la casa lo despertó; se dio la vuelta instintivamente y entró al salón. La visión de la habitación iluminada le trajo de golpe todo lo que había olvidado, de modo que se quedó un momento sin poder moverse. Lo recordó todo: la hora, incluso el minuto, el punto al que habían llegado y lo que estaba por venir. Se maldijo por haberse convencido un instante de que las cosas eran distintas de lo que son. La noche era ahora más difícil de afrontar que nunca.

Sin poder quedarse en el salón vacío, salió y se sentó en la escalera, a mitad de camino de la habitación de Rachel. Tenía ganas de hablar con alguien, pero Hirst estaba dormido, y Ridley estaba dormido; no había ningún sonido en la habitación de Rachel. El único sonido de la casa era el de Chailey moviéndose en la cocina. Por fin se oyó un roce en las escaleras de arriba, y Nurse McInnis bajó abrochándose los gemelos de los puños, preparándose para la guardia nocturna. Terence se levantó y la detuvo. Apenas había hablado con ella, pero era posible que ella lo confirmara en la

creencia que persistía aún en su mente de que Rachel no estaba gravemente enferma. Le contó en voz baja que el Dr. Lesage había venido y lo que había dicho.

—Ahora, Nurse —susurró—, dígame su opinión, por favor. ¿Considera que está muy gravemente enferma? ¿Corre algún peligro?

—El médico ha dicho... —comenzó ella.

—Sí, pero quiero su opinión. ¿Ha tenido usted experiencia de muchos casos como éste?

—No podría decirle más que el Dr. Lesage, Mr. Hewet —respondió ella con cautela, como si sus palabras pudieran usarse en su contra—. El caso es grave, pero puede estar usted completamente seguro de que estamos haciendo todo lo posible por la señorita Vinrace. —Habló con cierta satisfacción profesional. Pero quizá se dio cuenta de que no satisfacía al joven, que seguía bloqueándole el paso, pues movió ligeramente los pies en el peldaño y miró por la ventana desde donde podían ver la luna sobre el mar.

—Si quiere usted que le diga... —comenzó en un tono curiosamente furtivo—, a mí no me gusta el mes de mayo para mis pacientes.

—¿Mayo? —repitió Terence.

—Puede ser una manía, pero no me gusta ver enfermar a nadie en mayo —continuó—. Las cosas parecen torcerse en mayo. Quizá sea la luna. Dicen que la luna afecta al cerebro, ¿verdad, señor?

Él la miró, pero no pudo responderle; como todos los demás, al mirarla parecía encogerse ante sus ojos y volverse sin valor, maliciosa y poco de fiar.

Se escurrió pasándolo y desapareció.

Aunque se fue a su cuarto, fue incapaz incluso de quitarse la ropa. Durante mucho tiempo estuvo yendo y viniendo de un lado a otro, y luego, apoyándose en el alféizar, contempló la tierra que se extendía tan oscura contra el azul más claro del cielo. Con una mezcla de miedo y repulsión miró los esbeltos cipreses negros que seguían siendo visibles en el jardín, y escuchó los crujidos y chirridos desconocidos que revelan que la tierra aún guarda calor. Todos esos sonidos e imágenes le parecían siniestros y llenos de hostilidad y de mal agüero; junto con los nativos, la enfermera, el médi-

co y la fuerza terrible de la propia enfermedad, parecían conjurados contra él. Parecían unirse en su empeño de extraerle la mayor cantidad posible de sufrimiento. No podía acostumbrarse a su dolor; fue una revelación para él. Nunca había comprendido antes que bajo cada acción, bajo la vida de cada día, el dolor yace agazapado, pero dispuesto a devorar; le pareció poder ver el sufrimiento, como si fuera un fuego, rizándose por encima de los bordes de toda acción, devorando las vidas de los hombres y las mujeres. Pensó por primera vez con verdadera comprensión en palabras que antes le habían parecido vacías: la lucha de la vida; la dureza de la vida. Ahora sabía por sí mismo que la vida es dura y está llena de sufrimiento. Miró las luces dispersas en el pueblo que había abajo y pensó en Arthur y Susan, en Evelyn y Perrott, lanzándose sin saberlo hacia adelante, y exponiéndose con su felicidad a un sufrimiento como aquél. Cómo se atrevían a amarse, se preguntó; cómo se había atrevido él mismo a vivir como había vivido, deprisa y a la ligera, pasando de una cosa a otra, amando a Rachel como la había amado. Nunca volvería a sentirse seguro; nunca volvería a creer en la estabilidad de la vida, ni a olvidar qué abismos de dolor yacen bajo las pequeñas alegrías y los sentimientos de satisfacción y de seguridad. Le parecía, al mirar atrás, que su felicidad nunca había sido tan grande como era ahora su dolor. Siempre había habido algo imperfecto en su felicidad, algo que habían querido y no habían podido conseguir. Había sido fragmentaria e incompleta, porque eran muy jóvenes y no habían sabido lo que hacían.

La luz de su vela parpadeó sobre las ramas de un árbol fuera de la ventana, y mientras la rama se mecía en la oscuridad se le presentó en la mente una imagen de todo el mundo que se extendía fuera de su ventana; pensó en el inmenso río y en el bosque inmenso, en las vastas extensiones de tierra seca y en las llanuras del mar que rodean la tierra; desde el mar el cielo se alzaba empinado y enorme, y el aire fluía profundamente entre el cielo y el mar. Qué vasto y oscuro debía de ser aquella noche, expuesto al viento; y en todo ese gran espacio era curioso pensar lo escasas que eran las ciudades, y lo pequeñas que serían esas pequeñas circunferencias de luz, o lucecillas aisladas según las imaginaba, dispersas aquí y allá, entre los pliegues hinchados e incultos del mundo. Y en aquellas ciudades había hombrecillos y mujercillas, hombres y mujeres diminutos. Ah, era absurdo, al pensarlo, estar sentado aquí en un pequeño cuarto sufriendo y angustiándose. ¿Qué importaba nada? Rachel, una criaturilla, yacía enferma debajo de él, y aquí en su pequeño cuarto él sufría por ella. La cercanía de sus cuerpos en este vas-

to universo, y la pequeñez de sus cuerpos, le parecían absurdas y risibles. Nada importaba, repitió; no tenían poder, no tenían esperanza. Se apoyó en el alféizar, pensando, hasta que casi olvidó el tiempo y el lugar. Sin embargo, aunque estaba convencido de que era absurdo y risible, y de que eran pequeños y no tenían esperanza, nunca perdió la sensación de que esos pensamientos formaban de algún modo parte de una vida que él y Rachel vivirían juntos.

Quizá a causa del cambio de médico, Rachel pareció estar algo mejor al día siguiente. Terriblemente pálida y ojerosa aunque estaba Helen, había un ligero levantamiento de la nube que había estado en sus ojos durante todos aquellos días.

—Ha hablado conmigo —dijo ella espontáneamente—. Me ha preguntado qué día de la semana era, como ella misma.

Luego, de pronto, sin ninguna advertencia ni ninguna razón aparente, las lágrimas brotaron en sus ojos y rodaron sin parar por sus mejillas. Lloraba con apenas ningún movimiento en los rasgos, y sin ningún intento de contener el llanto, como si no supiera que estaba llorando. A pesar del alivio que le daban sus palabras, Terence se consternó ante aquella visión; ¿se había derrumbado todo? ¿No había límites al poder de aquella enfermedad? ¿Lo barrería todo? Helen siempre le había parecido fuerte y resuelta, y ahora era como una niña. La tomó en sus brazos, y ella se aferró a él como una niña, llorando en silencio y suavemente sobre su hombro. Luego se rehízo y se secó las lágrimas; era una tontería comportarse así, dijo; una gran tontería, repitió, cuando no cabía ninguna duda de que Rachel estaba mejor. Le pidió a Terence que la perdonara por su debilidad. Se detuvo en la puerta, volvió y lo besó sin decir nada.

En aquel día Rachel era verdaderamente consciente de lo que ocurría a su alrededor. Había subido a la superficie del oscuro y pegajoso pozo, y una ola parecía llevarla y bajarla consigo; había dejado de tener voluntad propia; yacía en lo alto de la ola, consciente de cierto dolor, pero sobre todo de debilidad. La ola fue reemplazada por la ladera de una montaña. Su cuerpo se convirtió en un deslizamiento de nieve que se fundía, sobre el cual se alzaban sus rodillas en enormes cimas escarpadas de hueso desnudo. Era verdad que veía a Helen y veía su habitación, pero todo se había vuelto muy pálido y semitransparente. A veces podía ver a través de la pared de en-

frente. A veces cuando Helen se iba, parecía alejarse tanto que los ojos de Rachel apenas podían seguirla. La habitación también tenía una extraña capacidad de expandirse, y aunque ella lanzaba la voz tan lejos como podía hasta que a veces se convertía en un pájaro y volaba, creía dudoso que llegara nunca a la persona a quien hablaba. Había intervalos o simas inmensos, pues las cosas conservaban todavía el poder de aparecer visiblemente ante ella, entre un momento y el siguiente; a veces tardaba una hora en que Helen levantara el brazo, deteniéndose durante largos instantes entre cada movimiento brusco, y sirviera la medicina. La figura de Helen inclinándose para incorporarla en la cama parecía de un tamaño gigantesco, y caía sobre ella como el techo al desplomarse. Pero durante largos espacios de tiempo simplemente yacía consciente de su cuerpo flotando sobre la cama y su mente arrinconada en algún rincón remoto de su cuerpo, o escapada y revoloteando por la habitación. Todas las imágenes suponían cierto esfuerzo, pero la imagen de Terence era el mayor esfuerzo, porque la obligaba a unir la mente al cuerpo en el deseo de recordar algo. No quería recordar; le molestaba que la gente intentara perturbar su soledad; quería estar sola. No deseaba nada más en el mundo.

Aunque Helen había llorado, Terence observó su mayor esperanza con algo semejante al triunfo; en el argumento entre ellos había dado la primera señal de reconocer que se había equivocado. Esperó a que el Dr. Lesage bajara aquella tarde con considerable ansiedad, pero con la misma certeza en el fondo de su mente de que acabaría por obligarlos a todos a admitir que estaban equivocados.

Como de costumbre, el Dr. Lesage se mostró hosco y muy conciso en sus respuestas. A la pregunta de Terence: «Parece que está mejor», respondió, mirándolo de manera extraña: «Tiene alguna posibilidad de vivir.»

La puerta se cerró y Terence cruzó hasta la ventana. Apoyó la frente contra el cristal.

—Rachel —se repitió para sí mismo—. Tiene alguna posibilidad de vivir. Rachel.

¿Cómo podían decir esas cosas de Rachel? ¿Había alguien que el día anterior creyera en serio que Rachel estaba muriéndose? Llevaban prometidos cuatro semanas. Hacía quince días ella estaba perfectamente bien. ¿Qué podían haber hecho catorce días para llevarla de aquel estado a éste?

Comprender lo que significaba decir que tenía alguna posibilidad de vivir estaba fuera de su alcance, sabiendo como sabía que estaban prometidos. Se dio la vuelta, envuelto aún en la misma niebla lúgubre, y caminó hacia la puerta. De pronto lo vio todo. Vio la habitación y el jardín, y los árboles moviéndose en el aire: todo aquello podía seguir sin ella; ella podía morir. Por primera vez desde que cayó enferma recordó exactamente cómo era ella y de qué manera se querían. La inmensa felicidad de sentirla cerca se mezcló con una angustia más intensa que cualquiera que hubiera sentido hasta entonces. No podía dejarla morir; no podía vivir sin ella. Pero tras un breve forcejeo, el telón cayó de nuevo, y no veía nada y no sentía nada con claridad. Todo seguía su curso —seguía, del mismo modo que antes. Salvo por un dolor físico cuando le latía el corazón, y por el hecho de que los dedos se le estaban quedando helados, no era consciente de sentir ansiedad por nada. Siguió dando instrucciones, arreglando cosas con Mrs. Chailey, redactando listas, y de vez en cuando subía y dejaba algo silenciosamente en la mesa junto a la puerta de Rachel. Aquella noche el Dr. Lesage parecía estar menos hosco que de costumbre. Se quedó voluntariamente unos momentos, y, dirigiéndose a St. John y a Terence por igual, como si no recordara cuál de los dos estaba prometido con la joven, dijo: «Considero que su estado esta noche es muy grave.»

Ninguno de los dos se fue a la cama ni propuso que el otro fuera. Se sentaron en el salón jugando a las cartas con la puerta abierta. St. John improvisó una cama en el sofá y, cuando estuvo lista, insistió en que Terence se tumbara en ella. Empezaron a discutir sobre quién debía tenderse en el sofá y quién en un par de sillas cubiertas con mantas. St. John acabó por obligar a Terence a tumbarse en el sofá.

—No seas tonto, Terence —dijo—. Si no duermes caerás enfermo.

—Hombre... —empezó, cuando Terence seguía negándose, y se cortó en seco, temiendo el sentimentalismo; se encontró al borde de las lágrimas.

Empezó a decir lo que hacía mucho tiempo quería decir: que sentía lástima por Terence, que le importaba, que le importaba Rachel. ¿Sabía ella cuánto le importaba, había dicho algo, quizá preguntado? Tenía muchas ganas de decirlo, pero se contuvo, pensando que a fin de cuentas era una pregunta egoísta y de qué servía molestar a Terence para que hablara de esas cosas. Ya estaba medio dormido. Pero St. John no podía dormirse en



seguida. Ojalá, pensó para sí mismo, mientras yacía en la oscuridad, pasara algo —ojalá aquella tensión llegara a su fin. No le importaba lo que ocurriera, con tal de que la sucesión de aquellos días duros y lúgubres se interrumpiera; no le importaba si ella moría. Se sintió desleal por no importarle, pero le pareció que ya no le quedaban sentimientos.

Durante toda la noche no hubo ninguna llamada ni ningún movimiento, salvo que la puerta del dormitorio se abrió y se cerró una vez. Poco a poco la luz volvió a la habitación desordenada. A las seis los criados empezaron a moverse; a las siete bajaron de puntillas a la cocina; y media hora más tarde el día volvió a comenzar.

Sin embargo no era igual que los días anteriores, aunque hubiera sido difícil decir en qué consistía la diferencia. Quizás era que parecían estar esperando algo. Había desde luego menos cosas que hacer que de costumbre. La gente pasaba por el salón: Mr. Flushing, Mr. y Mrs. Thornbury. Hablaban en voz muy baja con disculpas en el tono, se negaban a sentarse pero permanecían un tiempo considerable de pie, aunque lo único que tenían que decir era: «¿Hay algo que podamos hacer?», y no había nada que pudieran hacer.

Sintiéndose extrañamente ajeno a todo, Terence recordó que Helen había dicho que siempre que te ocurría algo la gente se comportaba así. ¿Tenía razón, o se equivocaba? Le interesaba demasiado poco para formarse una opinión propia. Guardaba las cosas en su mente, como si algún día fuera a pensar en ellas, pero no ahora. La niebla de irrealidad se había ido espesando y espesando hasta producir una sensación de entumecimiento por todo su cuerpo. ¿Era su cuerpo? ¿Eran realmente esas sus propias manos?

También aquella mañana, por primera vez, a Ridley le resultó imposible quedarse solo en su cuarto. Estaba muy incómodo abajo, y como no sabía lo que estaba pasando, se metía constantemente donde no debía; pero no quería marcharse del salón. Demasiado inquieto para leer, y sin nada que hacer, se puso a pasear arriba y abajo recitando versos en voz baja. Entregados a sus distintas tareas —deshaciendo unos paquetes, descorchando botellas, redactando instrucciones—, el sonido del canto de Ridley y el compás de sus pasos fueron calando durante toda la mañana en las mentes de Terence y St. John como un estribillo a medias comprendido.

\_Lucharon cuesta arriba, lucharon cuesta abajo, lucharon con saña y sin descanso: el demonio que ciega los ojos de los hombres aquella noche tuvo lo que buscaba.

Como ciervos rendidos entre los juncos descansaron un momento\_...

—¡Esto es intolerable! —exclamó Hirst, y se cortó al punto, como si fuera una infracción de su pacto tácito. Una y otra vez Terence trepaba a medias por la escalera por si lograba arrancar alguna noticia de Rachel. Pero las únicas noticias eran ahora de índole muy fragmentaria: había bebido algo; había dormido un poco; parecía más tranquila. Del mismo modo, el Dr. Lesage se limitaba a hablar de detalles, salvo en una ocasión en que informó espontáneamente de que acababan de llamarle para certificar, seccionando una vena de la muñeca, que una anciana de ochenta y cinco años estaba realmente muerta. Tenía horror a que la enterraran viva.

—Es un horror —observó— que encontramos generalmente en los muy viejos, y raramente en los jóvenes. — Ambos expresaron su interés por lo que les contó; les pareció muy extraño. Otra cosa extraña del día fue que el almuerzo fue olvidado por todos hasta bien entrada la tarde, y fue entonces cuando Mrs. Chailey les sirvió, y también ella tenía un aspecto extraño, pues llevaba un vestido de percal tieso con las mangas recogidas por encima de los codos. Sin embargo, parecía tan ajena a su propio aspecto como si la hubieran sacado de la cama por una alarma de incendio a medianoche, y había olvidado también su reserva y su compostura; les hablaba con toda llaneza, como si los hubiera criado y los hubiera tenido desnudos en sus rodillas. Les repitió una y otra vez que era su deber comer.

La tarde, así acortada, pasó más deprisa de lo esperado. En un momento Mrs. Flushing abrió la puerta, pero al verlos la cerró de nuevo con rapidez; en otro momento Helen bajó a buscar algo, pero se detuvo al salir de la habitación para mirar una carta dirigida a ella. Se quedó un instante dándole vueltas, y la belleza extraordinaria y melancólica de su actitud impresionó a Terence de la manera en que las cosas le impresionaban ahora: como algo que guardar en la mente y en lo que pensar después. Apenas hablaron; el argumento entre ellos parecía suspendido u olvidado.

Cuando el sol de la tarde ya no daba en la fachada de la casa, Ridley se paseaba arriba y abajo por la terraza repitiendo estrofas de un largo poema

en voz apagada pero de pronto sonora. Fragmentos del poema llegaban flotando por la ventana abierta a medida que iba y venía.

*Peor y Baalim abandonan sus templos sombríos, con ese dios dos veces derrotado de Palestina y la lunada Astaroth...*

El sonido de esas palabras resultaba extrañamente perturbador para los dos jóvenes, pero había que soportarlo. A medida que avanzaba la tarde y la luz roja del ocaso relucía a lo lejos sobre el mar, la misma sensación de desesperación se apoderó a la vez de Terence y St. John al pensar que el día estaba casi acabado y que otra noche se avecinaba. La aparición de una luz tras otra en el pueblo que había debajo produjo en Hirst una repetición de su terrible y angustiosa necesidad de derrumbarse y sollozar. Luego Chailey trajo las lámparas. Explicó que Maria, al abrir una botella, había tenido la mala ocurrencia de cortarse el brazo con profundidad, aunque ella lo había vendado; era una lástima cuando había tanto trabajo que hacer. La propia Chailey cojeaba por el reuma de los pies, pero le parecía un puro desperdicio de tiempo prestar atención a los desmanes de la carne de los criados. La velada siguió. El Dr. Lesage llegó de manera inesperada y se quedó arriba mucho tiempo. Bajó una vez y se tomó una taza de café.

—Está muy enferma —dijo en respuesta a la pregunta de Ridley. Para entonces toda la irritación había desaparecido de sus maneras; era grave y formal, pero al mismo tiempo lleno de una consideración que antes no había mostrado. Subió de nuevo. Los tres hombres se sentaron juntos en el salón. Ridley estaba completamente quieto ahora, y su atención parecía estar completamente despierta. Salvo por pequeños movimientos y exclamaciones a medias involuntarios que eran sofocados de inmediato, esperaron en completo silencio. Parecía como si al fin estuvieran frente a frente con algo definitivo.

Eran casi las once cuando el doctor Lesage apareció de nuevo en la habitación. Se acercó muy despacio y no habló de inmediato. Miró primero a St. John y luego a Terence, y dijo a Terence: —Mr. Hewet, creo que debería subir ahora.

Terence se levantó de inmediato, dejando a los demás sentados con el doctor Lesage inmóvil entre ellos.

Chailey estaba en el pasillo de fuera, repitiendo una y otra vez: — Es una maldad... es una maldad.

Terence no le prestó ninguna atención; oía lo que decía, pero sus palabras no le transmitían significado alguno. Durante todo el trayecto escaleras arriba no dejó de repetirse: «Esto no me ha ocurrido a mí. No es posible que esto me haya ocurrido a mí.»

Miró con extrañeza su propia mano en la barandilla. Las escaleras eran muy empinadas y le pareció que tardaba una eternidad en subirlas. En lugar de sentir con intensidad, como sabía que debería sentir, no sentía nada en absoluto. Al abrir la puerta vio a Helen sentada junto a la cama. Sobre la mesita había luces tamizadas, y la habitación, aunque parecía estar llena de muchas cosas, estaba muy ordenada. Flotaba un olor tenue y no desagradable a desinfectante. Helen se levantó y le cedió su silla en silencio. Al cruzarse, sus miradas se encontraron en una singular mirada serena y franca, y él se sorprendió de la extraordinaria claridad de aquellos ojos, y de la profunda calma y la tristeza que los habitaba. Se sentó junto a la cama y, un momento después, oyó cerrarse la puerta suavemente a sus espaldas. Estaba solo con Rachel, y le invadió una pálida resonancia del alivio que solían sentir cuando los dejaban solos. La miró. Esperaba encontrar en ella algún cambio terrible, pero no había ninguno. Tenía, en efecto, un aspecto muy delgado y, en la medida en que podía verlo, muy cansado, pero era la misma de siempre. Es más, le vio y le reconoció. Le sonrió y dijo: —Hola, Terence.

La cortina que había caído entre ellos durante tanto tiempo se disolvió al instante.

—Vaya, Rachel —respondió él con su voz de siempre, ante lo cual ella abrió los ojos del todo y sonrió con su sonrisa familiar. La besó y le tomó la mano.

—Ha sido horrible sin ti —dijo.

Ella siguió mirándole y sonriendo, pero pronto apareció en sus ojos una leve expresión de fatiga o perplejidad y los cerró de nuevo.

—Pero cuando estamos juntos somos perfectamente felices —dijo. Continuó sosteniéndole la mano.

Con la luz tan tenue, era imposible advertir ningún cambio en su rostro. Una sensación inmensa de paz invadió a Terence, de modo que no tenía ningún deseo de moverse ni de hablar. La terrible tortura y la irrealidad de los últimos días habían quedado atrás, y él había llegado ahora a una certeza y una paz perfectas. Su mente empezó a trabajar de nuevo con naturalidad y con gran facilidad. Cuanto más tiempo llevaba sentado allí, más conscientemente sentía la paz que invadía cada rincón de su alma. En un momento contuvo el aliento y escuchó con atención; ella seguía respirando; continuó pensando durante algún tiempo; les parecía pensar juntos; le parecía ser Rachel además de sí mismo; y entonces escuchó de nuevo; no, había dejado de respirar. Tanto mejor: esto era la muerte. Era nada; era dejar de respirar. Era la felicidad, era la felicidad perfecta. Tenían ahora lo que siempre habían querido tener, la unión que había sido imposible en vida. Sin saber si pensaba las palabras o las decía en voz alta, dijo: «Ninguna pareja ha sido tan feliz como lo hemos sido nosotros. Nadie ha amado como hemos amado nosotros.»

Le pareció que su unión plena y su felicidad llenaban la habitación de círculos que se expandían cada vez más y más. No le quedaba en el mundo ningún deseo por cumplir. Poseían lo que jamás podría arrebatárseles.

No era consciente de que nadie hubiera entrado en la habitación, pero más tarde, momentos después, o quizá horas después, sintió un brazo a sus espaldas. Unos brazos le rodeaban. No quería que lo rodearan brazos, y aquellos susurros misteriosos le irritaban. Depositó la mano de Rachel, que estaba ya fría, sobre la colcha, se levantó de la silla y cruzó la habitación hasta la ventana. Las ventanas no tenían cortinas y dejaban ver la luna, y una larga senda plateada sobre la superficie de las olas.

— Vaya — dijo con su tono de voz habitual —, mirad la luna. Tiene un halo. Mañana lloverá.

Los brazos, fueran de hombre o de mujer, volvieron a rodearlo; lo empujaban con suavidad hacia la puerta. Él giró por voluntad propia y avanzó con paso firme por delante de los brazos, con una leve sensación de ironía ante la extraña manera en que la gente se comportaba solo porque alguien había muerto. Saldría si así lo deseaban, pero nada de lo que pudieran hacer alteraría su felicidad.

Al ver el pasillo fuera de la habitación, y la mesita con las tazas y los platos, le sobrevino de repente la certeza de que aquí había un mundo en el que jamás volvería a ver a Rachel.

—¡Rachel! ¡Rachel! —gritó, tratando de precipitarse hacia ella. Pero ellos se lo impidieron y lo empujaron pasillo adelante hasta un dormitorio alejado del suyo. Abajo podían oír el golpe sordo de sus pies en el suelo mientras forcejeaba por soltarse; y dos veces le oyeron gritar: —¡Rachel, Rachel!

## CAPÍTULO XXVI

Durante dos o tres horas más, la luna derramó su luz sobre el aire vacío. Sin que ninguna nube la interrumpiera, caía en línea recta y se tendía casi como una escarcha blanca y fría sobre el mar y la tierra. En esas horas el silencio no se quebró, y el único movimiento lo provocaban los árboles y las ramas que se agitaban levemente, y entonces las sombras tendidas sobre los espacios blancos de la tierra también se movían. En aquel silencio profundo solo se oía un sonido: el de una respiración leve pero continua que no cesaba nunca, aunque tampoco se elevaba ni descendía. Siguió después de que los pájaros comenzaran a revolotear de rama en rama, y podía oírse detrás de las primeras y tenues notas de sus voces. Continuó durante todas las horas en que el oriente empalideció, se enrojeció y un azul tenue fue tiñiendo el cielo; pero cuando el sol salió, cesó y cedió el paso a otros sonidos.

Los primeros sonidos que se oyeron fueron pequeños gritos inarticulados, gritos, al parecer, de niños o de gente muy humilde, de personas muy débiles o en el dolor. Pero cuando el sol estuvo sobre el horizonte, el aire que había sido delgado y pálido se fue haciendo cada momento más rico y más cálido, y los sonidos de la vida se volvieron más atrevidos y más llenos de valor y de autoridad. Poco a poco el humo comenzó a ascender en volutas vacilantes sobre las casas, y esas volutas se fueron espesando hasta quedar tan redondas y rectas como columnas, y en lugar de golpear en pálidos estores blancos, el sol brillaba en ventanas oscuras, al fondo de las cuales había hondura y espacio.

Hacía muchas horas que el sol estaba en lo alto, y la gran bóveda del aire se hallaba caldeada y reluciente con finos hilos dorados de luz solar, antes de que nadie se moviera en el hotel. Blanco y macizo, se alzaba en la claridad temprana, medio adormecido con los estores echados.

Hacia las nueve y media, Miss Allan entró muy despacio en el vestíbulo y se acercó muy despacio a la mesa donde estaban los periódicos de la mañana, pero no extendió la mano para tomar ninguno; se quedó inmóvil, pensando, con la cabeza levemente hundida entre los hombros. Tenía un aspecto curiosamente viejo, y por la manera en que estaba de pie, un poco encogida y muy maciza, podía verse cómo sería cuando fuera de verdad anciana, cómo se sentaría día tras día en su silla mirando con placidez al frente. Fueron entrando otras personas en la sala y pasando junto a ella, pero no habló con ninguna ni siquiera las miró, y por fin, como si fuera necesario hacer algo, se sentó en una silla y miró al frente con tranquilidad y fijeza. Se sentía muy vieja aquella mañana, y también inútil, como si su vida hubiera sido un fracaso, como si hubiera sido dura y trabajosa sin ningún propósito. No quería seguir viviendo, y sin embargo sabía que lo haría. Era tan fuerte que viviría hasta ser una anciana muy mayor. Probablemente llegaría a los ochenta, y como tenía cincuenta, le quedaban treinta años más por vivir. Fue dando vueltas a sus manos en el regazo y las miró con atención; sus viejas manos, que tanto trabajo habían hecho por ella. No parecía que hubiera mucho sentido en todo ello; uno seguía, claro que seguía... Levantó la vista y vio que Mrs. Thornbury estaba junto a ella, con arrugas en la frente y los labios entreabiertos como si fuera a hacer una pregunta.

Miss Allan se le adelantó.

— Sí — dijo — . Murió esta mañana, muy temprano, hacia las tres.

Mrs. Thornbury lanzó una pequeña exclamación, apretó los labios y las lágrimas asomaron a sus ojos. A través de ellas contempló el vestíbulo, que estaba ahora tendido de anchos rayos de sol, y los grupos despreocupados y casuales de personas que estaban de pie junto a los sólidos sillones y las mesas. Le parecieron irreales, o como parecen quienes permanecen inconscientes de que una gran explosión está a punto de producirse junto a ellos. Pero no hubo ninguna explosión, y ellos siguieron de pie junto a las sillas y las mesas. Mrs. Thornbury dejó de verlos y, atravesándolos como si carecieran de sustancia, vio la casa, las personas en la casa, la habitación, la cama en la habitación y la figura de la muerta tendida e inmóvil en la oscuridad bajo las sábanas. Casi podía ver a la muerta. Casi podía oír las voces de los que la lloraban.



—¿Lo esperaban? —preguntó al cabo.

Miss Allan solo pudo sacudir la cabeza.

—Yo no sé nada —respondió—, salvo lo que me dijo la doncella de Mrs. Flushing. Murió esta mañana temprano.

Las dos mujeres se miraron con una mirada quieta y significativa, y luego, sintiéndose extrañamente aturdida y buscando algo que ella misma no sabría precisar bien, Mrs. Thornbury subió despacio la escalera y recorrió en silencio los pasillos, rozando la pared con los dedos como para guiarse. Las doncellas iban y venían afanosas de habitación en habitación, pero Mrs. Thornbury las evitaba; apenas las veía; le parecía que estaban en otro mundo. Ni siquiera levantó la vista directamente cuando Evelyn la detuvo. Era evidente que Evelyn había llorado hacía poco, y al ver a Mrs. Thornbury rompió de nuevo en llanto. Se arrimaron juntas al hueco de una ventana y permanecieron allí en silencio. Entre los sollozos de Evelyn fueron formándose al fin palabras inconexas.

—Era una crueldad —sollozó—, era una maldad... eran tan felices.

Mrs. Thornbury le dio unas palmadas en el hombro.

—Parece muy duro, muy duro —dijo. Hizo una pausa y miró hacia la ladera del monte, hacia la villa de los Ambrose; las ventanas ardían al sol, y pensó en cómo el alma de la muerta había salido por aquellas ventanas. Algo había abandonado el mundo. Todo le parecía extrañamente vacío.

—Y sin embargo, a medida que una envejece —continuó, recobrando los ojos más brillo del habitual—, más segura está de que hay una razón. ¿Cómo podría una seguir si no hubiera ninguna razón? —preguntó.

Hacía la pregunta dirigiéndola a alguien, pero no a Evelyn. Los sollozos de Evelyn se iban apaciguando.

—Tiene que haber una razón —dijo—. No puede ser solo un accidente. Porque fue un accidente... no tenía por qué haber ocurrido.

Mrs. Thornbury suspiró profundamente.

—Pero no debemos permitirnos pensar en eso —añadió—, y esperemos que ellos tampoco. Hubiesen hecho lo que hubiesen hecho, el resultado podría haber sido el mismo. Estas enfermedades tan terribles...

— ¡No hay ninguna razón, no creo que haya ninguna razón en absoluto! — exclamó Evelyn, tirando de la persiana hacia abajo y dejándola que saltara con un pequeño chasquido — . ¿Por qué tienen que ocurrir estas cosas? ¿Por qué tiene que sufrir la gente? Creo sinceramente — siguió, bajando un poco la voz — que Rachel está en el cielo, pero Terence...

— ¿Para qué sirve todo esto? — exigió saber.

Mrs. Thornbury sacudió levemente la cabeza pero no respondió, y estrechando la mano de Evelyn continuó por el pasillo. Impulsada por un vivo deseo de escuchar algo, aunque no sabía bien qué había que escuchar, se dirigía a la habitación de los Flushing. Al abrir la puerta tuvo la sensación de haber interrumpido alguna discusión entre marido y mujer. Mrs. Flushing estaba sentada de espaldas a la luz, y Mr. Flushing estaba de pie junto a ella, argumentando y tratando de persuadirla de algo.

— Ah, aquí está Mrs. Thornbury — comenzó él con cierto alivio en la voz — . Usted ya sabe, por supuesto. Mi mujer siente que fue en cierto modo responsable. Ella animó a la pobre Miss Vinrace a participar en la excursión. Estoy seguro de que usted estará de acuerdo conmigo en que es muy poco razonable sentirse así. Ni siquiera sabemos... de hecho creo muy improbable... que contrajera la enfermedad allí. Estas dolencias... Además, ella tenía muchas ganas de ir. Habría ido tanto si tú la invitabas como si no, Alice.

— No, Wilfrid — dijo Mrs. Flushing, sin moverse ni apartar los ojos del punto del suelo en que los tenía fijos — . ¿De qué sirve hablar? ¿De qué sirve...? — Y calló.

— Venía a preguntarle — dijo Mrs. Thornbury, dirigiéndose a Wilfrid, pues era inútil hablar con su mujer — : ¿hay algo que crea usted que una podría hacer? ¿Ha llegado ya el padre? ¿Podría una ir a verlos?

El deseo más intenso que sentía en aquel momento era poder hacer algo por aquellas personas desgraciadas: verlas, tranquilizarlas, ayudarlas. Era terrible estar tan lejos de ellas. Pero Mr. Flushing sacudió la cabeza; no creía que por el momento... quizás más adelante pudiera uno ayudar. En ese momento Mrs. Flushing se levantó con rigidez, les volvió la espalda y fue hacia el tocador contiguo. Al caminar se le veía el pecho subir lentamente y bajar lentamente. Pero su dolor era silencioso. Cerró la puerta tras de sí.

Cuando se quedó sola apretó los puños y empezó a golpear el respaldo de una silla con ellos. Era como un animal herido. Odiaba la muerte; estaba furiosa, ultrajada, indignada con la muerte, como si fuera un ser viviente. Se negaba a entregar a sus amigos a la muerte. No se sometería a la oscuridad y la nada. Empezó a pasearse de un lado a otro apretando las manos, sin hacer ningún intento de detener las lágrimas rápidas que le corrían por las mejillas. Al cabo se quedó sentada e inmóvil, pero no se sometió. Tenía un aspecto obstinado y fuerte cuando hubo dejado de llorar.

En la habitación contigua, entretanto, Wilfrid hablaba con Mrs. Thornbury con mayor libertad ahora que su mujer no estaba sentada allí.

—Es lo peor de estos lugares —decía—. La gente se comporta como si estuviera en Inglaterra, y no es así. Yo no tengo ninguna duda de que Miss Vinrace contrajo la infección en la propia villa. Probablemente tomaba riesgos una docena de veces al día que podrían haberle causado la enfermedad. Es absurdo decir que la contrajo con nosotros.

Si no lo hubiera lamentado de corazón, se habría sentido irritado.

—Pepper me dice —continuó— que abandonó la casa por la poca higiene que había allí. Dice que nunca lavaban bien las verduras. ¡Pobres! Es un precio terrible que pagar. Pero no es más que lo que he visto una y otra vez: la gente parece olvidarse de que estas cosas ocurren, y luego ocurren y se quedan estupefactos.

Mrs. Thornbury estuvo de acuerdo con él en que habían sido muy descuidados y en que no había ninguna razón para pensar que hubiera contraído la fiebre en la excursión; y después de hablar un rato de otras cosas, lo dejó y fue con pena por el pasillo hasta su propia habitación. Tiene que haber alguna razón para que ocurran estas cosas, se dijo al cerrar la puerta. Aunque al principio no era fácil comprender cuál era. Parecía tan extraño, tan increíble. ¡Si hacía apenas tres semanas..., quince días tan solo, que había visto a Rachel! Cuando cerraba los ojos casi podía verla aún, la chica callada y tímida que iba a casarse. Pensó en todo lo que ella habría perdido de haber muerto a la edad de Rachel: los hijos, la vida de casada, las profundidades inimaginables y los prodigios que a ella, mirando hacia atrás, le parecía que habían estado en torno suyo día tras día, año tras año. El aturdimiento que le había dificultado pensar fue cediendo poco a poco a un sentimiento de índole contraria; pensó con mucha rapidez y mucha claridad, y

repasando todas sus experiencias, trató de ordenarlas. Sin duda había mucho sufrimiento, mucha lucha, pero en conjunto, seguramente existía un saldo de felicidad; seguramente el orden prevalecía. Y tampoco la muerte de los jóvenes era en realidad la cosa más triste de la vida: se ahorran tanto; conservaban tanto. Los muertos —los que habían muerto jóvenes, de modo accidental— eran hermosos; ella soñaba a menudo con los muertos. Y con el tiempo el propio Terence llegaría a sentir... Se levantó y empezó a deambular con inquietud por la habitación.

Para una mujer de su edad era muy inquieta, y para alguien de su mente tan clara y rápida estaba inusualmente perpleja. No lograba asentarse en nada, de modo que sintió alivio cuando se abrió la puerta. Se acercó a su marido, lo tomó en sus brazos y lo besó con una intensidad que no era habitual en ella, y luego, al sentarse juntos, empezó a darle palmaditas y a hacerle preguntas como si fuera un bebé, un bebé viejo, cansado e irritable. No le contó la muerte de Miss Vinrace, pues eso solo lo alteraría, y ya estaba de mal humor. Trató de descubrir por qué se sentía intranquilo. ¿La política otra vez? ¿Qué estaban haciendo esa gente tan desagradable? Pasó toda la mañana hablando de política con su marido, y poco a poco fue interesándose profundamente en lo que decían. Pero de vez en cuando lo que estaba diciendo le parecía curiosamente huero de sentido.

A la hora del almuerzo varios comensales observaron que los huéspedes del hotel estaban empezando a marcharse; cada día había menos. Solo había cuarenta personas en el comedor, en lugar de las sesenta que había habido. Así lo calculó la anciana Mrs. Paley, mirando a su alrededor con sus ojos desvaídos mientras tomaba asiento en su mesa habitual junto a la ventana. Su grupo solía estar formado por Mr. Perrott además de Arthur y Susan, y aquel día Evelyn también almorzaba con ellos.

Estaba inusualmente apagada. Al advertir que tenía los ojos enrojecidos y adivinar el motivo, los demás se esforzaron por mantener entre ellos una conversación elaborada. Ella la toleró unos minutos, con ambos codos sobre la mesa y la sopa sin tocar, cuando de pronto exclamó:

—No sé cómo os sentís vosotros, ¡pero yo no puedo pensar en otra cosa!

Los caballeros murmuraron con simpatía y pusieron cara grave.

Susan respondió:

—Sí..., ¿a que es espantoso? Cuando piensas que era una chica tan buena... recién prometida, y esto no tenía por qué haber ocurrido..., parece demasiado trágico.

Y miró a Arthur como si él pudiera ayudarla a encontrar algo más adecuado.

—Muy duro —dijo Arthur con brevedad—. Pero fue una imprudencia ir por ese río. —Sacudió la cabeza—. Deberían haberlo sabido. No se puede esperar que unas inglesas aguanten las mismas penalidades que los nativos, aclimatados como están. Estuve a punto de avisarlas aquella tarde en que se debatió el asunto durante el té. Pero no hay manera de decir estas cosas: solo consigues que la gente se moleste, y de nada sirve.

La anciana Mrs. Paley, que hasta entonces se había contentado con su sopa, indicó en ese momento, llevándose una mano a la oreja, que deseaba saber qué se estaba diciendo.

—Ya ha oído usted, tía Emma, que la pobre Miss Vinrace ha muerto de la fiebre —le informó Susan con suavidad. No era capaz de hablar de la muerte en voz alta ni siquiera con su voz normal, de modo que Mrs. Paley no captó una sola palabra. Arthur acudió en su ayuda.

—Miss Vinrace ha muerto —dijo con mucha claridad.

Mrs. Paley se limitó a inclinarse un poco hacia él y preguntó:

—¿Eh?

—Miss Vinrace ha muerto —repitió. Solo tensando todos los músculos de la boca pudo evitar echarse a reír, y se obligó a repetir por tercera vez—: Miss Vinrace... Ha muerto.

Aparte de la dificultad de oír las palabras exactas, los hechos que estaban fuera de su experiencia cotidiana tardaban algún tiempo en llegar a la conciencia de Mrs. Paley. Parecía que un peso le reposaba en el cerebro, frenándolo sin llegar a dañarlo. Permaneció con la mirada vaga durante al menos un minuto antes de comprender lo que Arthur quería decir.

—¿Muerta? —dijo vagamente—. ¿Miss Vinrace muerta? Vaya... qué triste. Pero ahora mismo no recuerdo cuál era. Hemos hecho tantos conocidos aquí. —Miró a Susan en busca de ayuda—. ¿Una chica alta y morena, que por poco era guapa, con el color vivo?

—No —intervino Susan—. Ella era... —Y luego lo dejó con desesperación. No servía de nada explicarle a Mrs. Paley que estaba pensando en la persona equivocada.

—No debería haber muerto —siguió Mrs. Paley—. Tenía tan buen aspecto. Pero la gente insiste en beber agua. Nunca he podido entender por qué. Parece tan sencillo decirle a alguien que ponga una botella de agua de Seltz en su dormitorio. Es la única precaución que yo he tomado siempre, y he estado en todas partes del mundo, me atrevería a decir; en Italia doce veces por lo menos... Pero los jóvenes siempre creen que saben más, y luego pagan las consecuencias. Pobrecilla..., la compadezco mucho.

Pero la dificultad de escudriñar una fuente de patatas y servirse absorbió toda su atención.

Arthur y Susan esperaban en secreto ambos que el asunto estuviera ya zanjado, pues aquella conversación les resultaba un tanto desagradable. Pero Evelyn no estaba dispuesta a dejarlo correr. ¿Por qué no quería la gente hablar nunca de las cosas que importaban?

—¡No creo que os importe lo más mínimo! —dijo, volviéndose con ferocidad hacia Mr. Perrott, que había permanecido todo ese rato en silencio.

—¿Yo? Oh, sí, sí me importa —respondió él con torpeza, pero con evidente sinceridad. Las preguntas de Evelyn también lo hacían sentir incómodo.

—Es tan inexplicable —siguió Evelyn—. La muerte, quiero decir. ¿Por qué tiene ella que estar muerta y no tú o yo? Hace solo quince días estaba aquí con todos nosotros. ¿En qué crees tú? —le preguntó a Mr. Perrott—. ¿Crees que las cosas continúan, que ella sigue en algún lugar..., o crees que todo es un juego y que nos deshacemos en nada al morir? Estoy convencida de que Rachel no está muerta.

Mr. Perrott habría dicho casi cualquier cosa que Evelyn quisiera oír, pero afirmar que creía en la inmortalidad del alma no estaba en su mano. Permaneció callado, con el ceño más fruncido que de costumbre, desmenuzando el pan.

Para evitar que Evelyn le preguntara a continuación lo que él creía, Arthur, tras hacer una pausa equivalente a un punto y aparte, inició un tema completamente distinto.

—Suponed —dijo— que alguien os escribe diciéndoos que necesita cinco libras porque conoció a vuestro abuelo. ¿Qué haríais? El caso es este. Mi abuelo...

—Inventó una estufa —dijo Evelyn—. Ya sé todo eso. Teníamos una en el invernadero para calentar las plantas.

—No sabía que era tan famoso —dijo Arthur—. Bueno —continuó, resuelto a alargar su historia a toda costa—, el buen hombre, que fue más o menos el segundo mejor inventor de su época y también un abogado capaz, murió, como suelen hacer, sin hacer testamento. Ahora bien, Fielding, su escribiente, siempre afirmó, con cuánta razón no lo sé, que su amo tenía intención de hacer algo por él. El pobre hombre ha venido a menos por culpa de sus propios intentos como inventor, y vive en Penge encima de un estanco. He ido a verle allí. La pregunta es: ¿estoy obligado a soltar la pasta o no? ¿Qué exige el espíritu abstracto de la justicia, Perrott? Ten en cuenta que yo no me beneficié del testamento de mi abuelo, y no tengo forma de comprobar la veracidad de la historia.

—Yo no sé mucho sobre el espíritu abstracto de la justicia —dijo Susan, sonriendo con satisfacción a los demás—, pero de una cosa estoy segura: ¡se llevará sus cinco libras!

Y mientras Mr. Perrott procedía a dar su opinión, y Evelyn insistía en que era demasiado tacaño, como todos los abogados, que se atiene a la letra y no al espíritu, mientras Mrs. Paley exigía que la mantuvieran al tanto de lo que decían entre plato y plato, el almuerzo transcurrió sin ningún intervalo de silencio, y Arthur se felicitó a sí mismo por el tacto con que había suavizado la situación.

Al salir del comedor sucedió que la silla de ruedas de Mrs. Paley chocó con los Elliot, que estaban entrando por la puerta mientras ella salía. Detenidos así un momento, Arthur y Susan felicitaron a Hughling Elliot por su convalecencia —había bajado, bastante cadavérico, por primera vez—, y Mr. Perrott aprovechó la ocasión para decirle unas palabras en privado a Evelyn.

—¿Habría alguna posibilidad de verte esta tarde, hacia las tres y media? Estaré en el jardín, junto a la fuente.

El bloque se disolvió antes de que Evelyn respondiera. Pero al dejarlos en el vestíbulo, le dirigió una mirada luminosa y dijo: — A las tres y media, ¿ha dicho? Me va bien.

Subió corriendo las escaleras con esa sensación de exaltación espiritual y vida acelerada que la perspectiva de una escena emotiva siempre despertaba en ella. De que Mr. Perrott iba a proponerle matrimonio de nuevo no tenía la menor duda, y era consciente de que en esta ocasión debía tener preparada una respuesta definitiva, pues se marchaba en tres días. Pero no conseguía concentrar la mente en la cuestión. Llegar a una decisión le resultaba muy difícil, por su aversión natural a todo lo que es definitivo e irrevocable; le gustaba seguir adelante, siempre adelante. Se iba, y por eso se entretuvo en extender la ropa sobre la cama, una prenda al lado de la otra. Observó que algunas estaban muy desgastadas. Tomó la fotografía de su padre y su madre, y, antes de guardarla en el baúl, la sostuvo un momento entre las manos. Rachel la había mirado. De pronto la asaltó esa vívida sensación de la personalidad de alguien que a veces conservan las cosas que ha poseído o tocado; sintió a Rachel en la habitación con ella; fue como si estuviera en alta mar a bordo de un barco, y la vida de ese día resultara tan irreal como la tierra en la lejanía. Pero poco a poco la presencia de Rachel fue desvaneciéndose, y ya no pudo evocarla con nitidez, pues apenas la había conocido. Sin embargo, esa sensación fugaz la dejó deprimida y sin fuerzas. ¿Qué había hecho con su vida? ¿Qué futuro le aguardaba? ¿Qué era fingimiento y qué era real? ¿Eran reales esas propuestas, esas intimidades, esas aventuras, o era más real el sosiego que había visto en los rostros de Susan y de Rachel que cualquier cosa que ella hubiera sentido jamás?

Se preparó para bajar, de manera distraída, pero los dedos estaban tan bien adiestrados que realizaron el trabajo de adecentarla casi por sí solos. Cuando ya estaba bajando la escalera, la sangre también comenzó a circular por su cuerpo por propia iniciativa, pues la mente se le sentía muy embotada.

Mr. Perrott la esperaba. Es más, había salido directamente al jardín después de comer y llevaba más de media hora paseando arriba y abajo por el sendero, en un estado de angustiosa expectación.

— ¡Llego tarde, como siempre! — exclamó al divisarle —. Bueno, tendrá que perdonarme; tenía que hacer el equipaje... ¡Dios mío! Tiene aspecto de



tormenta. Y ese vapor de la bahía es nuevo, ¿verdad?

Miró hacia la bahía, donde un vapor acababa de fondear, con el humo todavía suspenso en torno a él, mientras un veloz estremecimiento negro recorría las olas. —Casi se le ha olvidado a una qué aspecto tiene la lluvia —añadió.

Pero Mr. Perrott no prestó atención alguna ni al vapor ni al tiempo.

—Miss Murgatroyd —comenzó con su formalidad de siempre—, le pedí que viniera aquí por un motivo muy egoísta, me temo. No creo que necesite que le asegure una vez más mis sentimientos; pero, dado que se marcha tan pronto, he sentido que no podía dejarla ir sin pedirle que me dijera... ¿tengo algún motivo para esperar que llegue usted a sentir algo por mí?

Estaba muy pálido y parecía incapaz de decir nada más.

El pequeño impulso de vitalidad que había animado a Evelyn al bajar corriendo la escalera la había abandonado, y se sentía impotente. No tenía nada que decirle; no sentía nada. Ahora que él le estaba pidiendo, con sus palabras amables y algo anticuadas, que se casara con él, sentía menos por él que nunca antes.

—Sentémonos a hablarlo —dijo con cierta inseguridad.

Mr. Perrott la siguió hasta un banco curvado y verde bajo un árbol. Contemplan la fuente que tenían delante, que hacía tiempo que había dejado de manar. Evelyn no apartaba los ojos de la fuente en lugar de pensar en lo que estaba diciendo; la fuente sin agua le parecía el símbolo de su propio ser.

—Por supuesto que me importa usted —comenzó, precipitando las palabras—; sería una persona horrible si no fuera así. Creo que es usted una de las personas más agradables que he conocido, y una de las mejores también. Pero ojalá... ojalá no sintiera usted eso por mí. ¿Está seguro de que es así?

Por un momento deseó de verdad que dijera que no.

—Del todo seguro —dijo Mr. Perrott.

—Verá, no soy tan sencilla como la mayoría de las mujeres —continuó Evelyn—. Creo que quiero más. No sé exactamente lo que siento.

Él permanecía sentado a su lado, observándola y absteniéndose de hablar.

—A veces pienso que no soy capaz de querer mucho a una sola persona. Otra persona le haría a usted una esposa mejor. Lo imagino a usted muy feliz con alguien distinto.

—Si cree usted que existe alguna posibilidad de que llegue a sentir algo por mí, estoy dispuesto a esperar el tiempo que sea necesario —dijo Mr. Perrott.

—Bueno, no hay prisa, ¿verdad? —dijo Evelyn—. ¿Y si lo pienso y le escribo cuando regrese? Voy a Moscú; le escribiré desde Moscú.

Pero Mr. Perrott insistió.

—No puede darme ninguna clase de indicación. No le pido una fecha... eso sería del todo irrazonable. —Hizo una pausa, con la vista fija en el sendero de grava.

Como ella no respondió de inmediato, él continuó.

—Sé muy bien que no soy... que no tengo mucho que ofrecerle, ni como persona ni en lo que respecta a mis circunstancias. Y lo olvido; no puede parecerle a usted el milagro que me parece a mí. Hasta que la conocí, seguía mi camino tranquilo, como siempre —somos gente muy tranquila, mi hermana y yo—, muy conforme con mi suerte. Mi amistad con Arthur era lo más importante de mi vida. Ahora que la conozco a usted, todo eso ha cambiado. Parece usted insuflar un espíritu nuevo en todo. La vida parece albergar tantas posibilidades que yo nunca había soñado.

—¡Eso es magnífico! —exclamó Evelyn, cogiéndole la mano—. Ahora volverá usted y emprenderá todo tipo de cosas y se labrará un gran nombre en el mundo; y nosotros seguiremos siendo amigos, pase lo que pase... seremos grandes amigos, ¿verdad?

—¡Evelyn! —gimió él de pronto, y la estrechó entre sus brazos y la besó. No le molestó, aunque apenas le causó impresión.

Al incorporarse de nuevo, dijo: —Nunca entiendo por qué no se puede seguir siendo amigos, aunque hay gente que sí lo entiende. Y las amistades marcan la diferencia, ¿no es cierto? Son de las cosas que importan en la vida de una.

Él la miró con expresión desconcertada, como si no comprendiera realmente lo que ella estaba diciendo. Con un esfuerzo considerable se rehízo,

se puso en pie y dijo: —Creo que ya le he dicho lo que siento, y solo añadiré que puedo esperar todo el tiempo que usted desee.

Sola ya, Evelyn caminó arriba y abajo por el sendero. ¿Qué importaba, entonces? ¿Cuál era el sentido de todo aquello?

## CAPÍTULO XXVII

Durante toda aquella tarde las nubes fueron acumulándose hasta cerrar por completo el azul del cielo. Parecían estrechar el espacio entre la tierra y el firmamento, de modo que el aire no tenía margen para moverse con libertad; y las olas, también ellas, yacían planas, pero rígidas, como si algo las contuviera. Las hojas de los arbustos y los árboles del jardín colgaban apretadas unas contra otras, y la sensación de presión y contención se acentuaba con los breves chirridos que brotaban de pájaros e insectos.

Tan extrañas eran la luz y la quietud que el bullicio de voces que por lo general llenaba el comedor a las horas de las comidas presentaba pausas inequívocas, y en esos silencios el tintineo de los cubiertos sobre los platos se volvía audible. El primer trueno y la primera gota pesada al golpear el cristal provocaron un pequeño sobresalto.

—¡Ya llega! —se dijo simultáneamente en varios idiomas distintos.

Siguió entonces un silencio profundo, como si el trueno se hubiera retirado hacia sus propias entrañas. La gente había vuelto apenas a comer cuando una ráfaga de aire frío irrumpió por las ventanas abiertas, levantando manteles y faldas; un relámpago destelló y al instante lo siguió un trueno que estalló justo encima del hotel. La lluvia se precipitó con él, y de inmediato se oyeron todos aquellos ruidos de ventanas cerrándose y puertas golpeando con violencia que siempre acompañan a una tormenta.

La sala se oscureció de pronto varios grados, pues el viento parecía arrastrar oleadas de oscuridad sobre la tierra. Nadie intentó comer por un momento; se quedaron mirando el jardín con los tenedores en el aire. Los relámpagos se sucedían ahora con frecuencia, iluminando los rostros como si fueran a ser fotografiados, sorprendiéndolos en expresiones tensas y anti-

naturales. Los truenos los seguían de cerca y con violencia. Varias mujeres se levantaron a medias de sus sillas y volvieron a sentarse, pero la cena continuó sin sosiego, con los ojos puestos en el jardín. Los arbustos de fuera se encrespaban y blanqueaban, y el viento los oprimía de tal modo que parecían doblarse hasta el suelo. Los camareros tenían que insistir para que los comensales repararan en los platos, y los comensales tenían que reclamar la atención de los camareros, pues todos estaban absortos mirando la tormenta. Como el trueno no daba señales de retirarse, sino que parecía haberse concentrado justo encima, mientras el rayo apuntaba directamente al jardín una y otra vez, una penumbra inquieta substituyó a la primera excitación.

Terminando la cena a toda prisa, la gente se congregó en el vestíbulo, donde se sentía más segura que en ningún otro lugar porque podía alejarse de las ventanas y, aunque el trueno se oía, no se veía nada. Un niño pequeño fue llevado en brazos por su madre, llorando a sollozos.

Mientras duraba la tormenta, nadie parecía inclinado a sentarse; se reunían en pequeños grupos bajo el tragaluz central, donde permanecían de pie en una atmósfera amarillenta, mirando hacia arriba. De vez en cuando sus rostros se volvían blancos con el destello del rayo, y finalmente llegó un estruendo pavoroso que hizo levantarse los cristales del tragaluz en sus juntas.

—¡Ah! —exclamaron varias voces al mismo tiempo.

—Algo ha caído —dijo una voz de hombre.

La lluvia se desplomó. Parecía ahora que la lluvia extinguía el rayo y el trueno, y el vestíbulo quedó casi a oscuras.

Al cabo de uno o dos minutos, cuando no se oía sino el repiqueteo del agua sobre el cristal, hubo una disminución perceptible del sonido y después la atmósfera se fue aclarando.

—Ya ha pasado —dijo otra voz.

Con un toque, se encendieron todas las luces eléctricas y revelaron una multitud de personas, todas de pie, todas mirando con expresión algo tensa hacia el tragaluz; pero al verse unas a otras bajo la luz artificial, se volvieron al instante y comenzaron a dispersarse. Durante algunos minutos la lluvia siguió repiqueteando sobre el tragaluz y el trueno dio una o dos

sacudidas más; pero era evidente, por cómo se disipaba la oscuridad y por el suave tamborileo de la lluvia sobre el tejado, que el vasto y confuso océano de aire se alejaba de ellos y pasaba muy por encima llevando consigo sus nubes y sus varas de fuego, camino del mar. El edificio, que durante el tumulto de la tormenta había parecido tan pequeño, recobró su amplitud y su solidez habituales.

Conforme la tormenta se alejaba, las personas que había en el vestíbulo del hotel fueron tomando asiento; y con una agradable sensación de alivio empezaron a contarse unas a otras historias de grandes tormentas, sacando en muchos casos sus entretenimientos para la velada. Se sacó el tablero de ajedrez, y Mr. Elliot, que llevaba un corbatín en lugar de cuello como señal de convalecencia pero por lo demás estaba como de costumbre, desafió a Mr. Pepper a una partida definitiva. En torno a ellos se reunió un grupo de señoras con sus labores de punto, o, a falta de punto, con novelas, para supervisar la partida, muy al modo en que se cuida a dos niños pequeños jugando a las canicas. De vez en cuando echaban un vistazo al tablero y hacían algún comentario alentador dirigido a los caballeros.

Mrs. Paley, un poco más allá, en su rincón, tenía las cartas dispuestas en largas escaleras delante de ella, con Susan sentada cerca para acompañarla pero no para corregirla, y los comerciantes y la variopinta gente cuyos nombres nadie había llegado a descubrir se recostaban en sus butacas con los periódicos sobre las rodillas. La conversación en aquellas circunstancias era muy suave, fragmentaria e intermitente, pero la sala estaba llena del indescriptible bullicio de la vida. De vez en cuando la mariposa nocturna, que tenía ya las alas grises y el tórax brillante, pasaba zumbando sobre sus cabezas y golpeaba las lámparas con un ruido sordo.

Una joven dejó su labor y exclamó: «¡Pobre criatura! Sería más compasivo matarla.» Pero nadie parecía dispuesto a molestarse en levantarse para matarla. La veían arrojar de lámpara en lámpara porque estaban cómodos y no tenían nada que hacer.

En el sofá, junto a los jugadores de ajedrez, Mrs. Elliot le estaba enseñando un punto nuevo a Mrs. Thornbury, de modo que sus cabezas se acercaban mucho la una a la otra y solo se distinguían por la cofia de encaje antiguo que Mrs. Thornbury llevaba por las tardes. Mrs. Elliot era una experta en el punto y rechazó un cumplido a ese respecto con evidente orgullo.

—Supongo que todas nos enorgullecemos de algo —dijo—, y yo me enorgullezco de mi labor. Creo que esas cosas vienen de familia. Todas hacemos bien el punto. Tuve un tío que se hacía sus propios calcetines hasta el día de su muerte, y lo hacía mejor que cualquiera de sus hijas, el buen anciano. Ahora me asombra que usted, Miss Allan, que tanto usa los ojos, no se ponga a hacer punto por las tardes. Le resultaría de gran alivio, creo yo, un descanso para los ojos, y en los bazares siempre agradecen las cosas. — Su voz fue adoptando el tono suave y casi inconsciente de la experta en punto; las palabras salían una tras otra con calma—. Todo lo que hago lo coloco siempre, lo cual es un consuelo, pues así siento que no estoy perdiendo el tiempo...

Miss Allan, al verse interpelada, cerró la novela y observó a las demás con placidez durante un rato. Por fin dijo: «Ciertamente no parece natural abandonar a tu esposa porque resulte que está enamorada de ti. Pero eso es, a juzgar por lo que logro entender, lo que hace el caballero de mi historia.»

—Hum, hum, eso no suena bien, no, eso no suena en absoluto natural —murmuraron las que hacían punto con sus voces absortas.

—Con todo, es el tipo de libro que la gente llama muy inteligente —añadió Miss Allan.

—*Maternidad*, de Michael Jessop, imagino —intervino Mr. Elliot, pues nunca podía resistir la tentación de hablar mientras jugaba al ajedrez.

—¿Sabe usted? —dijo Mrs. Elliot al cabo de un momento—. No creo que hoy se escriban buenas novelas, no tan buenas como antes, en cualquier caso.

Nadie se tomó la molestia de darle la razón ni de contradecirla. Arthur Venning, que deambulaba de un lado a otro mirando de vez en cuando la partida o leyendo una página de una revista, miró a Miss Allan, que estaba medio dormida, y dijo con sorna: —Un penique por sus pensamientos, Miss Allan.

Los demás levantaron la vista. Se alegraban de que no les hubiera hablado a ellos. Pero Miss Allan respondió sin titubear: —Estaba pensando en mi tío imaginario. ¿No tiene todo el mundo un tío imaginario? —continuó—. Yo tengo uno, un anciano delicioso. Siempre está haciéndome regalos. A veces es un reloj de oro; a veces un carruaje con dos caballos; a veces un

precioso cottage en el New Forest; a veces un billete al lugar que más deseo ver.

Los hizo pensar vagamente a todos en las cosas que deseaban. Mrs. Elliot sabía exactamente lo que quería: quería un hijo; y el pequeño ceño habitual se le acentuó en la frente.

—Somos personas de mucha suerte —dijo, mirando a su marido—. En realidad no nos falta de nada. —Solía decir eso, en parte para convencerse a sí misma y en parte para convencer a los demás. Pero se le impidió reflexionar sobre hasta qué punto lograba convencer con la entrada de Mr. y Mrs. Flushing, que atravesaron el vestíbulo y se detuvieron junto al tablero de ajedrez. Mrs. Flushing tenía un aspecto más arrebatado que nunca. Un grueso mechón de cabello negro le cruzaba la frente, tenía las mejillas encendidas de un rojo oscuro como la sangre, y gotas de lluvia le trazaban marcas húmedas sobre ellas.

Mr. Flushing explicó que habían estado en el tejado viendo la tormenta.

—Ha sido un espectáculo magnífico —dijo—. Los rayos se extendían sobre el mar y alumbraban las olas y los barcos a lo lejos. No os podéis imaginar lo imponentes que estaban también las montañas, con aquellas luces encima y las grandes masas de sombra. Ya ha pasado todo.

Se dejó caer en una silla, prendado de repente por el desenlace de la partida.

—¿Y mañana volvéis? —dijo Mrs. Thornbury, mirando a Mrs. Flushing.

—Sí —respondió ella.

—Y en verdad que no es de lamentar volver —dijo Mrs. Elliot, adoptando un aire de ansiedad melancólica—, después de tanta enfermedad.

—¿Tiene usted miedo de morir? —exigió Mrs. Flushing con desdén.

—Creo que todos lo tenemos —respondió Mrs. Elliot con dignidad.

—Supongo que todos somos cobardes llegado el momento —dijo Mrs. Flushing, restregando la mejilla contra el respaldo de la silla—. Yo desde luego lo soy.

—¡Nada de eso! —dijo Mr. Flushing, volviéndose, pues Mr. Pepper tardaba una eternidad en meditar su jugada—. No es cobardía querer vivir,



Alice. Es todo lo contrario. Personalmente, me gustaría seguir otros cien años, siempre que, claro está, conservara el pleno uso de mis facultades. ¡Piensa en todo lo que tiene que ocurrir!

—Eso es lo que yo siento —se sumó Mrs. Thornbury—. Los cambios, las mejoras, los inventos... y la belleza. ¿Sabe usted que a veces tengo la sensación de que no soportaría morir y dejar de ver las cosas hermosas que me rodean?

—Resultaría sin duda muy aburrido morir antes de que descubran si hay vida en Marte —añadió Miss Allan.

—¿De verdad cree usted que hay vida en Marte? —preguntó Mrs. Flushing, volviéndose hacia ella por primera vez con vivo interés—. ¿Quién se lo ha dicho? ¿Alguien que lo sabe? ¿Conoce usted a un hombre que se llama...?

En ese momento Mrs. Thornbury dejó su labor de punto, y una expresión de solicitud extrema apareció en sus ojos.

—Ahí está Mr. Hirst —dijo en voz queda.

St. John acababa de cruzar la puerta giratoria. El viento lo había despeinado bastante, y tenía las mejillas terriblemente pálidas, sin afeitar y hundidas. Tras quitarse el abrigo, iba a pasar directamente por el vestíbulo y subir a su habitación, pero no pudo ignorar la presencia de tantas personas conocidas, sobre todo porque Mrs. Thornbury se levantó y se acercó a él tendiéndole la mano. Pero la sacudida de la cálida sala iluminada, junto con la visión de tantos seres humanos animados sentados a sus anchas, después del oscuro paseo bajo la lluvia y los largos días de tensión y horror, lo venció por completo. Miró a Mrs. Thornbury y no pudo hablar.

Todos guardaron silencio. La mano de Mr. Pepper se quedó suspendida sobre el Caballo. Mrs. Thornbury lo condujo de algún modo hasta una silla, se sentó junto a él, y con lágrimas en los propios ojos le dijo suavemente: —Ha hecho usted todo lo que estaba en su mano por su amigo.

Su gesto hizo que todos reemprendieran la conversación como si nunca la hubieran interrumpido, y Mr. Pepper terminó la jugada con su Caballo.

—No había nada que hacer —dijo St. John. Hablaba muy despacio—. Parece imposible...

Se pasó la mano por los ojos como si algún sueño se interpusiera entre él y los demás e impidiera que viera dónde estaba.

—Y ese pobre muchacho —dijo Mrs. Thornbury, con las lágrimas corriéndole de nuevo por las mejillas.

—Imposible —repitió St. John.

—¿Tuvo el consuelo de saber...? —comenzó Mrs. Thornbury con mucho tiento.

Pero St. John no respondió. Se recostó en la silla, viendo a los demás a medias, oyendo a medias lo que decían. Estaba agotado, y la luz y el calor, el movimiento de las manos y las voces suaves y comunicativas lo envolvían con una extraña sensación de quietud y alivio. Mientras permanecía allí, inmóvil, aquella sensación de alivio se fue convirtiendo en una sensación de dicha profunda. Sin ningún sentimiento de deslealtad hacia Terence y Rachel, dejó de pensar en ninguno de los dos. Los movimientos y las voces parecían confluir desde distintos rincones de la sala y componerse ante sus ojos en un dibujo; le bastaba con estar sentado observando en silencio cómo aquel dibujo se iba construyendo, mirando lo que apenas veía.

La partida era realmente buena, y Mr. Pepper y Mr. Elliot se enfrascaban cada vez más en la contienda. Mrs. Thornbury, viendo que St. John no deseaba hablar, retomó su labor de punto.

—¡Un rayo! —exclamó de pronto Mrs. Flushing. Un destello amarillo cruzó el ventanal azul y por un instante se vieron los árboles verdes del exterior. Se dirigió a la puerta a grandes zancadas, la empujó y se asomó a medias al aire libre.

Pero la luz no era más que el reflejo de la tormenta ya pasada. La lluvia había cesado, las pesadas nubes se habían disipado y el aire estaba tenue y claro, aunque jirones de niebla vaporosa cruzaban veloces ante la luna. El cielo era de nuevo de un azul hondo y solemne, y el perfil de la tierra se veía al fondo del aire, enorme, oscuro y sólido, alzándose hasta la masa en punta de la montaña, salpicada aquí y allá en las laderas por las diminutas luces de las villas. El aire agitado, el rumor de los árboles y la luz centelleante que de vez en cuando desplegaba una ancha iluminación sobre la tierra llenaron a Mrs. Flushing de exaltación. Su pecho subía y bajaba.

—¡Espléndido! ¡Espléndido! —murmuró para sí. Luego se volvió hacia el vestíbulo y exclamó en tono imperioso: —Sal a ver, Wilfrid; es maravilloso.

Algunos se removieron a medias; algunos se levantaron; algunos dejaron caer sus ovillos de lana y empezaron a agacharse para buscarlos.

—A la cama, a la cama —dijo Miss Allan.

—Ha sido el movimiento con la Reina lo que lo ha decidido, Pepper —exclamó Mr. Elliot con satisfacción, barriendo las piezas y poniéndose de pie. Había ganado la partida.

—¿Cómo? ¿Por fin Pepper ha perdido? ¡Le felicito! —dijo Arthur Venning, que empujaba la silla de ruedas de la anciana Mrs. Paley camino de su habitación.

Todas aquellas voces sonaban gratas en los oídos de St. John mientras yacía medio dormido y sin embargo vívidamente consciente de todo cuanto lo rodeaba. Ante sus ojos desfiló una procesión de objetos oscuros e indefinidos: las figuras de las personas recogiendo sus libros, sus cartas, sus ovillos de lana, sus cestas de costura y pasando ante él una tras otra en su camino hacia la cama.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**